BERTHA VON SUTTNER

¡Abajo las armas!

Edición de Olga García



Lectulandia

Bertha von Suttner descendía de una familia de la más rancia aristocracia austriaca, que nunca la aceptó. Rechazó casarse con los pretendientes que su madre le buscaba, prefiriendo trabajar y mantenerse por sí misma. Hablaba varios idiomas y poseía una sólida cultura, lo que le permitió trabajar como institutriz y como secretaria de Alfred Nobel. De hecho, a ella se debe la existencia del Premio Nobel de la Paz. Prolífica escritora, trabajó siempre junto a su marido. Pacifista convencida, fundó en 1891 la Sociedad Autriaca de la Paz.

"¡Abajo las armas!" es la biografía de ficción de una mujer a quien la guerra le ha arrebatado dos maridos. Un relato naturalista de las campañas bélicas de 1859, 1864, 1866 y 1870/1871. Una implacable descripción de los horrores y odios, cuando no injusticias, que provocan los conflictos armados. Bertha von Suttner pone de relieve la angustia de las mujeres cuyos maridos e hijos perdían la vida o quedaban mutilados en el campo de batalla. Pero también cuestiona a una sociedad que considera virtudes positivas el coraje combativo y el orgullo de ser soldado; también a los Estados que periódicamente lanzan a la Humanidad a un baño de sangre bajo pretextos como la dignidad, el patriotismo o la propia defensa.

Lectulandia

Bertha von Suttner

¡Abajo las armas!

ePub r1.0
Titivillus 05.10.16

Título original: *Die Waffen nieder!*
Bertha von Suttner, 1889
Traducción: Olga García

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

Bertha von Suttner publicó una vez un libro bajo el pseudónimo «Alguien», con ello no debía saberse si el libro estaba escrito por un hombre o por una mujer.

Para que su obra no fuese descalificada por haber salido de la pluma de un ser inferior.

Nadie esperaba que bajo ese pseudónimo hubiese una mujer.

Tampoco la vida, un tanto aventurera, que ella junto a su marido llevó, en la que la escritura era el medio de subsistencia, la forma de ganarse el pan, constituía una forma de vida contemplada por muchas mujeres de su época; y sólo pocas se atrevieron a seguirla.

En la muy lejana Georgia, en el país de Medea.

Lo que les sucedió a sus hijos, lo sabemos por la mitología.

Bertha von Suttner no pudo, literalmente, permitirse hijos.

Siempre tuvo que escribir su vida (y para su vida), escribir ininterrumpidamente, siempre seguir escribiendo.

¡Por suerte, ahora esa vida y esa escritura son por fin valoradas!, y no sólo la «noble humanidad» de la luchadora pacifista, algo sobre lo que, por cierto, se debería tener más conocimiento, para que cada uno pueda decidirse mejor en la vida y en la política.

ELFRIEDE JELINEK





Contexto histórico-cultural: la era Francisco-Josefina

No cabe duda de que los sesenta y ocho años de reinado del emperador Francisco José (1848-1916) fueron una época de vital trascendencia e importancia para el futuro europeo, una época de suntuosa plenitud precursora del ocaso, hecho que explicaría la inabarcable bibliografía que este momento ha producido *a posteriori*. Pero ¿acaso no es también cierto que por encima de las, a veces, áridas y pragmáticas exposiciones históricas, del cúmulo de desastres políticos, batallas, revueltas y pérdidas territoriales, etc., prevalece la imagen de una realidad vista a través de los cuadros de Wilhelm Gause, una realidad en la que el brillo de los uniformes militares y las sedas de los atuendos femeninos o el imponente urbanismo de una ciudad entre lo majestuoso y el futurismo se ven envueltos en una melodía de fondo, obra de aquel que divirtió a toda la época, Johann Strauß? (García, 2001: 68).

Si nuestra identificación instintiva de este período son estas representaciones decadentes, sería obvio preguntarse si no hay alguna motivación objetiva, no sólo para la aparición de una literatura científica al respecto de este momento histórico, sino también para la pervivencia de todo un subsistema del *kitsch* construido en torno a la época y sus personajes —aunque ya de por sí las trayectorias vitales de sus protagonistas tuviesen un marcado acento novelesco—. Evidentemente sí hay razones para que ya inmediatamente después de la desaparición de aquel macrosistema éste se convirtiese en objeto de evocaciones aunque sólo fuera por medio de sus aspectos más triviales y superfluos. ¿Acaso el verse reducido de la noche a la mañana a una estrechez, no sólo geográfica, no tenía como recurso inmediato el volver a sumergirse en las formas del ayer? Además, el hombre de los locos y vertiginosos años 20 y 30 tenía que buscar la forma de evasión ante aquella realidad dura. Por añadidura, los trágicos hechos subsiguientes tampoco ayudaron mucho a desbancar las imágenes del ayer.

Francisco José I, cuyos títulos apenas se pueden memorizar[1], es presentado como un monarca apegado a la tradición, que sentía una cordial aversión por todo lo que supusiese modernidad, progreso o fuese liberal. Su principal objetivo, mantener un gobierno centralizado en manos austroalemanas, hasta que tuvo que ceder al Compromiso dualista con Hungría. Difícil misión la de este hombre durante sesenta y ocho años al intentar gobernar esta *Babel de pueblos*, o este *conglomerado*, sobre todo cuando para algunos se trataba simplemente de un «distinguido extranjero», como manifestó en una ocasión el conde Andrássy, o un *Prochazka*, para parte de los checos. La llamada «conciencia austriaca», entendida como la superación de las diferencias nacionales en una voluntad de supervivencia política que beneficie a todos los pueblos, consiguieron mantener unido un mosaico de pueblos amenazado por las corrientes nacionalistas. *Viribus unitis* era lema del reinado de Francisco José que quedó plasmado en el buque insignia de la flota imperial y real.

La extensión y la multiplicidad eran las marcas distintivas más importantes del Imperio Austrohúngaro y de su población. La Monarquía danubiana tenía una extensión territorial a finales de 1908, incluida Bosnia-Herzegovina, de 676 000 km^2, y contaba en 1910 con alrededor de 51,4 millones de habitantes. Lo que la colocaba como la segunda gran potencia europea en cuanto a extensión geográfica y la tercera en cuanto a población (después de Rusia y Alemania). Pero si había una marca característica que diferenciara el Imperio Austrohúngaro frente a otros estados era la pluralidad nacional y lingüística (24% austroalemanes, 20% magiares, 17% checos y eslovacos, 11% croatas y serbios, 10% polacos, 8% rutenos, 6% rumanos, 2,5% eslovenos, 1,5% italianos, además de otras minorías: gitanos, armenios, griegos, etc.).

Para seguir el proceso que hizo cristalizar este estado multinacional hay que ver la confluencia de cinco historias. La de la casa de los Habsburgo, la de la Marca Austriaca (Ostmark) del Sacro Imperio Romano Germánico, la del Reino de Bohemia, la de Hungría y la de Croacia. Los aportes de cada una de ellas, la hábil política matrimonial de los Habsburgo y el azar fueron entre otras las causas de que este imperio integrara una serie de elementos humanos cada vez más diversos hasta llegar a constituir un mosaico de pueblos, un crisol de culturas y lenguas. Sin embargo, en las últimas décadas de la monarquía, esta superpotencia, estructurada en un sistema constitucional incapaz de adaptarse a los nuevos requerimientos de la situación histórica, se vio azotada por problemas económicos y turbulentos conflictos nacionalistas que hicieron cada vez más difícil la organización del imperio y su supervivencia. De ahí que, en el curso de los sesenta y ocho años de reinado de Francisco José I, el imperio contara en sus dos últimas décadas con una estabilidad más bien ilusoria.

Tras las derrotas de Magenta y Solferino, en 1859, Austria tuvo que ceder Lombardía. El movimiento de unificación italiano formó un Estado nacional, por lo que las aspiraciones del imperio multinacional de los Habsburgo tomaron un nuevo impulso.

En 1866 se produjo una guerra entre Prusia y Austria por la supremacía en la Confederación Alemana que terminó con la derrota de Austria en Königgrätz. El emperador no tuvo más remedio que aceptar la disolución de la Confederación y la nueva configuración de Alemania bajo la dirección de Prusia y sin Austria. Estos hechos provocaron un amplio reajuste interno de la política francisco-josefina; dentro de este marco de repliegue general, la gran cuestión era cómo organizar la monarquía, al menos para su supervivencia. Técnicamente, había tres posibilidades:

—una monarquía centralizada, con una constitución de signo liberal y predominio de los austroalemanes;

—una confederación de estados nacionales (solución no aceptada por los austroalemanes y húngaros);

—y la fórmula finalmente adoptada, el *Ausgleich* de 1867, un compromiso

que no se llamó histórico porque ambas partes lo consideraban provisional, pero que llegó a ser permanente y que supuso acabar con la antigua *Gesamtmonarchie*.

Con la fundación de la Monarquía austrohúngara, Hungría pasó a ser un miembro de pleno derecho en una alianza dual de Estados (monarquía imperial y real) con un único emperador, y una política tanto exterior como de finanzas y un ejército común. En Austria, Francisco José era emperador, y en Hungría, un rey coronado por los húngaros. Cada una de las dos mitades del imperio tenía un Parlamento propio.

Sin embargo, con esto no se había solucionado el problema del nacionalismo. También las nacionalidades eslavas (sobre todo los checos) reclamaron la igualdad de derechos. Las crecientes diferencias nacionales agravaron la situación de la Monarquía danubiana. Además, las reivindicaciones legítimas de la clase obrera respecto a las condiciones de trabajo compatibles con la dignidad humana y las mejoras salariales clamaban por una solución.

Aunque un complicado sistema de alianzas garantizó en Europa un largo período de paz hasta la Primera Guerra Mundial, proceso en el cual Austria-Hungría se unió al Reich alemán y a Italia en una Triple Alianza, problemas de identidad y comunicación sacudían a la sociedad de la monarquía en todos los niveles: político y social, individual e internacional. En las dos últimas décadas del siglo XIX se había producido la colisión de dos concepciones del mundo y de la vida: una se fundamentaba en los valores que se resistían al cambio y que defendía la sociedad tradicional, semifeudal y conservadora, apoyada en los pilares de la iglesia, la burocracia y el ejército. Frente a ésta, la otra concepción era innovadora y pretendía encarnar los valores de la modernidad. En este enfrentamiento entre ambas concepciones estaba en juego la vigencia de una sociedad en la que primaban los valores colectivos, o su sustitución por otra en la que prevalecieran los intereses del individuo. El paso del siglo XIX al XX es una época de polaridades, un periodo que va asociado al concepto de crisis: «crisis del sujeto», concepto generalmente atribuido a Freud; crisis de los valores, relacionada con la influencia de Nietzsche; crisis de la representación; crisis de la confianza en la capacidad significativa del lenguaje, crisis de la identidad… Los ánimos en los ámbitos de la cultura y el pensamiento oscilaban entre el punto álgido y el abismo; por un lado, la confianza en el progreso, y, por otro, el determinismo del desastre. Las expresiones de entusiasmo hedonista que se pueden detectar en ciertas formas de diversión o en la exaltación de la modernidad se vieron compensadas por un sentimiento de desconcierto difuso y de inquietud que se percibe en muchas obras artísticas de este periodo[2]. El pesimismo cultural que Wittgenstein apuntaba como consecuencia del desmantelamiento del orden sociocultural, al haber pasado a depender cada individuo sólo de sí mismo. El Imperio se encontraba a medio camino entre la estabilidad y la fragilidad, sus habitantes tenían la sensación de vivir en un mundo seguro (Stefan Zweig), pues desde la década de los sesenta se

había disfrutado de un larguísimo período de paz desconocido hasta entonces. Pero el relativo bienestar y sosiego escondía un hervidero de inquietudes, dado que seguían sin resolverse una amplia serie de problemas sociales y políticos.

La burguesía que había asumido el poder a mediados del siglo XIX era también el alma de la cultura entre 1860 y 1879, pero cuando se inició el lento declive político que señala el ocaso de la época liberal, ésta se encontró de pronto en un estado de verdadera impotencia psicológica y abandonó la esfera política.

La capital de aquel inmenso imperio que se desmoronaba, Viena, había experimentado importantes cambios tanto sociales como económicos en los últimos dos decenios del siglo XIX, convertida en el destino ansiado de un amplio sector de la población de toda la Monarquía, había doblado con creces su población entre 1870 y 1900, llegó alcanzar casi los dos millones de habitantes (más que hoy en día); era una ciudad multinacional y cosmopolita en la que aquellos temores de desintegración social y política demostraron ser un buen caldo de cultivo del que surgieron grandes innovadores intelectuales en campos como la música, la filosofía, la economía, la arquitectura, la medicina, la literatura y las artes figurativas. El horizonte danubiano y, sobre todo, las riberas de un río que no es azul, como pretende el seductor vals de Strauß, ni dorado, «a szöke Duna» como dicen los húngaros, siempre fue atracadero de inmigrantes. La Viena de 1900 concentró a la elite intelectual de la Monarquía. En 1910, Viena era la segunda ciudad de Europa con el mayor número de checos (más de 250 000). Por tanto, no es de extrañar la antigua máxima que dice que todo auténtico vienés es un bohemio.

El fenómeno cultural y artístico, sorprendente y complejo, conocido como el Fin de Siglo vienés ha sido reconocido universalmente y estudiado por importantes especialistas: Schorske, Johnston, Kann, Timms, Haller, Fetjö, Cacciari, Bouveresse, Janik, Toulmin, McGrath, Stromberg, Nyíri, etc. La Viena finisecular congregó a un número inusitado de genios radicales e innovadores de todos los ámbitos del saber y del arte. Movimientos sociales y políticos tan opuestos como el antisemitismo, por un lado, y el sionismo, por otro, tuvieron su origen en la capital, en ella también surgieron algunos de los elementos centrales del pensamiento social católico moderno, así como la adaptación del pensamiento de Marx, conocida como el austromarxismo. Fue asimismo el centro de la medicina mundial. Esta segunda Babel supo acoger a los moravos Sigmund Freud y Adolf Loos; al checo Eduard Hauslick; al fundador del neopositivismo, el eslovaco Ernst Mach; al bohemio Gustav Mahler, al húngaro Franz Lehár, al también compositor procedente de Dalmacia, Franz von Suppé; al fustigador bohemio Karl Kraus, que propinó una bofetada al húngaro Felix Salten, más conocido entonces por su novela pornográfica sobre una prostituta ninfómana que por el tierno cervatillo *Bambi*. Procedente de la costa meridional, Franz Karl Ginzkey llegó llevando en su equipaje relatos autobiográficos de su Pula natal; también de Istria, Paula von Prepadovic, nieta del poeta patriótico Petar von Prepadovic, sería la autora, décadas más tarde, del himno de la República de Austria

Land der Berge, Land am Strome; así como un largo etcétera. Tal como aludía Robert Musil en el capítulo «Cacania» de *El hombre sin atributos* (1931): «aunque muchas cosas parezcan indicar lo contrario […] era tal vez un país de genios, y ésta fue probablemente la causa de su ruina[3]».

El potencial de tensiones intelectuales convirtieron también a Viena en el destino ansiado de los emigrantes del Este. Jóvenes inquietos que, surgidos de la tradición bibliófila judía oriental, encontraron una vía de salida a la discriminación y el enclaustramiento de los guetos. Las estadísticas oficiales reseñaban un porcentaje de población judía del 12% en 1890. Los galicianos Karl Emil Franzos y Joseph Roth son buena muestra de aquellos judíos orientales que intentaron abrirse camino en la multicultural capital. También el sefardí Elias Canetti llegó a Viena a los dieciocho años y eligió el alemán como lengua de su escritura. Las estadísticas muestran que a principios del siglo XX sólo el 47% de los vieneses habían nacido en la capital.

Éste era el carácter de Viena, *Commonwealth cultural* (Dugast, 2003: 79), algo más que una ciudad o la capital de una superpotencia, más bien el símbolo de una manera de vivir. El escenario de un periodo transitorio y ambivalente en el que se depositaron las semillas que, años más tarde, produjeron las catástrofes del siglo XX.

Carl E. Schorske afirma que en el área de la cultura liberal de la segunda mitad del siglo XIX se pueden distinguir dos categorías de valores: por un lado, la moral científica, y, por otro, la del orden estético. La oscilación entre ambas marcó el camino intelectual de la burguesía tras el derrumbe del liberalismo y sintetiza también la tentativa de rescatar el Yo que, como había intuido y teorizado Ernst Mach en 1885, se consideraba «insalvable».

Tras haber perdido la Monarquía austrohúngara su hegemonía en Centroeuropa, después de la derrota frente a Prusia, vivió Europa un largo periodo de paz, aunque la Monarquía tuviese que hacer frente a las tendencias centrífugas que aparecieron en su seno. A comienzos del siglo XX, la convicción de una mujer en los ideales pacifistas la llevó a afirmar que éstos se antepondrían a los nacionalismos. La Historia no le dio la razón, la sangre inundó los Balcanes[4] y el detonante serbio hizo estallar la «última» *guerra de ilusiones (Krieg der Illusionen)*[5]: se trataba de dar un escarmiento a los impetuosos serbios y volver a casa para pasar las Navidades. Sin embargo, los soldados tuvieron que aguardar a otras Navidades, a las de 1918; y en los cinco años bélicos, la *ilusión* de fortalecer la Monarquía por medio de la unión de sus habitantes contra el enemigo; la *ilusión* de tomar parte en batallas heroicas; incluso, si se daba el caso, la *ilusión* de morir como un héroe se había derrumbado. Igual que se derrumbó la monarquía.

De Bertha Kinsky a «Friedensbertha[6]»

Bertha Sophie Felicita, condesa Kinsky von Chinitz und Tettau, nació en el palacio Kinsky, en la plaza de la Ciudad Vieja de Praga el 9 de junio de 1843. Su padre, Franz Joseph Kinsky, mariscal de campo y chambelán del joven emperador Francisco José, murió con setenta y cinco años, meses antes de que naciera su hija. Su madre, Sophie von Körner, era hija del poeta patriótico alemán Karl Theodor Körner (1791-1813), autor de *Leyer und Schwerdt (La lira y la espada)*. Descendía, pues, Bertha Kinsky de una familia de la más rancia aristocracia austriaca, teniendo en cuenta que en aquella época no se consideraba como tal a quienes no reuniesen dieciséis escudos en su blasón. No obstante, la alta sociedad nunca la aceptó. Su madre era de origen burgués, y tras la muerte de su marido la familia de éste la rechazó.

Nacida huérfana, pasó su infancia en Brno. Tuvo por tutor al conde Friedrich Fürstenberg, amigo de la familia y compañero de regimiento de su padre. Desde los doce años, la influencia de su prima Elvira fue decisiva en la joven Bertha, quien apenas tuvo contacto con su hermano Arthur, retirado prematuramente de la profesión militar debido a una dolencia pulmonar que le llevó a recluirse en la costa dálmata (Spoleto), dedicado al cultivo de flores y sin más compañía que un sinfín de gatos. La condesa fue educada en el privilegiado ambiente de la aristocracia por su tutor y por dos institutrices, una francesa y otra inglesa, con el fin de que dominase a la perfección ambos idiomas. Igual que su prima, estudió canto con el maestro Beranini, y posteriormente lo hizo con Anna Falconi en Viena. Sin embargo, Bertha Kinsky no estaba llamada a ser una soprano. Elvira, poetisa de gran sensibilidad, cuyos poemas interesaron a Victor Hugo, Grillparzer, Lamartine y Marie von Ebner-Eschenbach, abrió en ella el interés por los acontecimientos políticos y los movimientos sociales e intelectuales de la época[7].

Entre 1856 y 1873 madre e hija viven primero en Viena y posteriormente en Klosterneuburg, intercalando periódicas estancias en París, Venecia, Bad Homburg, Baden-Baden y Wiesbaden. En los casinos de estas últimas ciudades, la madre y su hermana Lotte albergaban la esperanza de amasar una gran fortuna; sin embargo, perdió el patrimonio de su hija en la ruleta, era el verano de 1859. En aquel mismo verano, Austria perdió Lombardía, tras las sangrientas batallas de Magenta y Solferino. Bertha leyó en los periódicos los dramáticos hechos y más adelante, también, el libro que sobre ellos escribió un suizo, desconocido hasta entonces para ella; se trataba de Henri Dunant[8], y los periódicos hablaban de él con el sobrenombre de «El samaritano de la paz», «El hombre vestido de blanco».

Cuando Bertha contaba diecisiete años, su madre le buscó un marido que le ofreciese la fortuna necesaria, aunque ésta no estaba dispuesta a venderse a un hombre rico. Tres fueron los compromisos matrimoniales que no terminaron en boda:

con el barón Gustav von Heine-Geldern[9] (treinta y cuatro años mayor que ella, millonario y propietario del *Fremdenblatt* en Viena), con un estafador australiano de nombre desconocido, y con el príncipe Adolf zu Sayn-Wittgenstein-Hohenstein (la oveja negra de la familia; en una travesía a América le sorprendió la muerte).

En el verano de 1864 conoció en Bad Homburg a Ekaterina Dadiani, princesa de Mingrelia[10]; la por entonces viuda de un príncipe de Georgia influyó decisivamente en la trayectoria vital de Bertha. Los años siguientes estuvieron marcados por los viajes y la vida placentera en los salones de las cortes y los palacios de media Europa. Pero su madre había agotado los pocos recursos que le quedaban y decidió retirarse y vivir en Graz. El príncipe Adolf zu Sayn-Wittgenstein-Hohenstein había muerto en circunstancias poco claras y Bertha decidió emprender una nueva vida valiéndose de sí misma; se fue a Viena, en vez de retirarse a Graz con su madre.

A finales del siglo XIX, una mujer que quisiese trabajar y mantenerse a sí misma tenía pocos caminos para elegir. Podía convertirse en dama de compañía de alguna señora mayor que viviese sola y necesitase los cuidados de otra persona. También podía emplearse como institutriz, si es que se estaba preparada para ello. Bertha Kinsky dominaba a la perfección el inglés y el francés, hablaba italiano y poseía una sólida cultura, pues a lo largo de los años había ampliado el ámbito de su pensamiento con la lectura de filósofos, poetas y escritores.

Segura de sí misma, empezó a trabajar en 1873 como institutriz de las cuatro hijas del barón Karl Gundaccar von Suttner. Tres años trabajó Bertha Kinsky con la familia Suttner en Viena y Harmannsdorf (Baja Austria), hasta que un día la baronesa descubrió el amor que unía a la institutriz y a su hijo Arthur. El romance secreto no podía continuar, Arthur era siete años más joven que Bertha. La propia baronesa le mostró un anuncio aparecido en la prensa: un acaudalado caballero buscaba una secretaria personal. Sus exigencias eran muchas. Además de secretaria, la elegida debería hacerse cargo de la administración de la casa. Bertha solicitó el puesto y fue contratada inmediatamente. En el otoño de 1875 se trasladó a París. En su residencia parisina de la avenida Malakoff, la esperaba un hombre solitario y melancólico, un misántropo que se había hecho millonario gracias al invento de la dinamita: Alfred Nobel. El solitario más rico del mundo había encontrado, al fin, un ser en quien confiar y junto al que se sentía tranquilo y feliz. Pero, en la primavera de 1876, Bertha abandonó París para casarse en secreto con Arthur von Suttner en Viena. A pesar del breve espacio de tiempo que ésta trabajó para Nobel, les unió una profunda amistad que se prolongaría durante veinte años.



Caricatura de Arthur von Suttner: la miope y regordeta Bertha («Boulotte») intenta descifrar el cartel de una ópera.

Arthur Gundaccar no había terminado sus estudios. Tenía veinticinco años, y Bertha, treinta y tres. Carecían de fortuna y no podían esperar apoyo de los Suttner, por cuanto sobradamente sabían la oposición intransigente de los padres de Arthur. Bertha reparó, entonces, en que la princesa de Mingrelia la había invitado en numerosas ocasiones para que fuese a visitarla a Tiflis. Tras la boda, se trasladaron a Georgia. El viaje, que tenía todos los visos de una fuga, les pareció a los recién casados la mejor solución dadas las circunstancias que los rodeaban.

Diez años en el Cáucaso

Durante los casi diez años que el matrimonio permaneció en el Cáucaso, la

princesa Ekaterina Alexandrovna Dadiani fue durante buena parte de ellos la benefactora de los Suttner. Una casita de huéspedes, junto al palacio, fue su primer hogar. Para atender a las necesidades más perentorias darían clases, traducirían libros o realizarían otros trabajos. Ambos estaban decididos a no regresar. Acabado el verano, por mediación de un amigo de Arthur, consiguieron una villa de dos plantas en Kutaisi. Debido a los abrumadores problemas financieros, Bertha se vio obligada a dar clases de piano y canto, y Arthur, de literatura; asimismo, él colaboraba como crítico literario en algunos periódicos. La penuria económica fue la sombra constante de su felicidad durante muchos años. No obstante, ambos se esforzaron para seguir estudiando. Bertha leyó en aquellos años a Buckle, Haeckel, Spencer y Darwin. *El origen de las especies* de Darwin y su teoría de la evolución influyeron decisivamente en su pensamiento. Lo sorprendente es que durante aquellos casi diez años, la literatura contemporánea del Cáucaso y de Rusia parece que no tuvo ninguna influencia en ella, porque en ninguna de sus publicaciones se menciona, a excepción de la obra de Iván Turguénev a la que hace alusión en un artículo sobre la lengua rusa. Leyó a León Tolstói, ya entonces famoso, y estableció correspondencia con él, al regresar de Georgia, concretamente en 1888.

Vivían en Kutaisi cuando llegaron las primeras noticias de las masacres ocurridas en Bulgaria, Albania y Bosnia. Media población huyó por temor a los turcos. Bertha y Arthur recibían cartas de amigos y parientes que les pedían que abandonaran el lugar. Pero el matrimonio no tenía a donde ir, y tampoco quería marcharse. El 24 de abril de 1877, cuando estalló la guerra entre Rusia y Turquía, Bertha y Arthur ofrecieron al gobernador su colaboración para cuidar heridos. Aceptada su oferta, partieron inmediatamente hacia un hospital de campaña. Bertha von Suttner conoció así, de cerca, los horrores de la guerra y Arthur empezó a enviar artículos sobre aquella tragedia a los periódicos de Austria. Acabada la contienda, continuó enviando artículos a los periódicos de Viena. A partir de entonces, escribía sobre aquellas gentes y sus costumbres. Recibía a cambio algún dinero, muy poco, pero era suficiente para unirlo al que le proporcionaban a Bertha las clases de piano y el pequeño sueldo que ganaba Arthur por llevar la correspondencia de una casa exportadora, y así salir adelante.

La guerra con sus secuelas y horrores fue siempre un tema presente para Bertha von Suttner. Aceptaba la guerra como un hecho real —desde muy pequeña le acompañaba el recuerdo de una guerra u otra—, pero se negaba a comprenderla y más aún a considerarla como un hecho inevitable. Acuciada tanto por la necesidad como por el deseo de ayudar a su marido en el penoso esfuerzo de lograr los ingresos precisos para vivir, Bertha, sin decírselo a Arthur, escribió un artículo, que tituló «Fächer und Schürze» (Abanicos y delantales) y lo envió al periódico *Die Presse*. Es indudable que, para un escritor novel, el que le aprueben o rechacen su primer escrito tiene una importancia extraordinaria. En este caso, concurrieron una serie de circunstancias singulares para que le publicaran el trabajo que había enviado. En

primer lugar, influyó el pseudónimo empleado de B. Oulot[11], que llamó la atención al director del periódico por su sonoridad. En segundo lugar, que dicho director fuese aficionado a la filatelia y agradeciese a aquel desconocido los sellos que llevaba el sobre, hasta el punto de leer el trabajo y, una vez leído, lo aceptara y pasara nota para que remitiesen a Kutaisi unos honorarios decentes.

A partir de entonces, Bertha y Arthur trabajaron juntos. Escribieron los dos en periódicos y revistas de Austria, Suiza y Alemania[12]; no tardaron en convertir sus artículos en novelas. Arthur escribió varias obras sobre su entorno, entre ellas *Daredjan. Mingrelisches Sittenbild (Daredjan. Cuadro de costumbres de Mingrelia)* y *Kinder des Kaukasus (Los niños del Cáucaso)*. Bertha, para seguir ganando algún dinero, escribió una serie de novelas por entregas para periódicos austriacos y poco a poco fue adquiriendo fama. Desde muy temprano se puso de manifiesto que el éxito literario de Arthur iría por detrás del de su mujer; ella escribía de forma más viva, aguda y con más gracia; en 1901, Arthur abandonó la escritura[13]. Mientras él, en sus artículos, se limitaba al entorno en el que vivía, e incluso compuso varios valses con el tema Georgia; en ella el entorno inmediato se redujo a un par de textos: *Kaukasische Frauen (Mujeres caucásicas)* y *Migrelische Erinnerungen (Recuerdos de Migrelia).* Una explicación para la escasa presencia de temas georgianos, la encuentra su biógrafa, Brigitte Hamann, en la situación de la mujer en aquellas latitudes, donde su papel se reducía a cuidar de la casa y de los hijos, y por supuesto no a escribir libros. Hamann intuye el aislamiento en el que debió vivir Bertha, dado que sus únicos contactos sociales se reducían a algunas familias occidentales a las que instruía en música e idiomas. Debían ser muchas las horas que pasaba en casa, dedicada a su trabajo y a su marido, mientras que Arthur, como hombre, tenía mejores oportunidades de establecer contactos con la población georgiana, y no sólo por su actividad fuera de casa (Hamann, 2009: 73). Aparte de la familia principesca, los Suttner únicamente establecieron amistades con escritores y científicos extranjeros: el antropólogo Friedrich von Bayern de Transilvania o el belga Jean Moutier, que en 1886 publicó el libro *L'art du Caucase* y cuyas ilustraciones fueron realizadas en gran parte por Arthur. Aparte de sus aristocráticos amigos, Bertha no tuvo más contacto con los habitantes del país que las doncellas y sirvientas que tuvieron en su casa, en las pocas temporadas que pudieron permitírselo.



Bertha von Suttner en Georgia.

En el verano de 1878, al final de la guerra ruso-turca, el matrimonio se reunió con la familia principesca y sus amigos en Gordi; para el teatro de la ciudad, Bertha escribió una obra de un único acto, *L'Éducation de Rosette*. En la comedia, la propia pareja, parte de la familia y de los invitados hicieron de actores. Los meses de invierno los pasaron en Zugdidi, donde la princesa Dadiani tenía su residencia invernal, y una vez más gracias a ella los Suttner encontraron trabajo, ella dando clases de alemán a sus nietas y él inspeccionando las obras del nuevo palacio que había mandado construir su yerno. Así siguieron subsistiendo y sin ningún proyecto de tener descendencia: «Porque una multitud de niños hambrientos exige cuidado y quizá nos hubiera arruinado el buen humor, que en nuestro dueto vital nunca nos abandonó[14]».

El siguiente destino de la pareja nómada a través de Georgia fue su capital, Tiflis, que contaba a finales del siglo XIX con 200 000 habitantes de las más diversas nacionalidades, también una colonia de unos 2000 alemanes. Unas 300 fábricas estaban emplazadas en la ciudad y las más de 4000 empresas mercantiles hacían de la

capital un centro económico importante. Diez institutos de bachillerato, una escuela de formación profesional, dos seminarios eclesiásticos, una escuela militar y otras veinte instituciones de enseñanza completaban el panorama educativo. Setenta y seis iglesias de diferentes confesiones, dos mezquitas, dos museos, una biblioteca; treinta periódicos en georgiano, ruso, francés, armenio e incluso uno en alemán[15] indicaban que en la ciudad se dejaba sentir la influencia occidental (Enichlmair, 2001: 88-89). Allí volvió a trabajar Bertha dando clases de música y Arthur encontró una colocación en el comercio de un fabricante francés de alfombras y en la empresa de un constructor. A pesar de todos sus esfuerzos, su situación financiera siempre fue precaria.

El matrimonio Suttner procuró entablar contactos epistolares con escritores de la Europa occidental y en algunos casos se produjo una dilatada correspondencia, como con Friedrich Bodenstedt, quien también vivió algunos años en el Caúcaso, o con Robert Hamerling y Conrad Ferdinand Meyer. El contenido de aquellas cartas era expresar la admiración que la pareja sentía por la obra de los diferentes autores, pero sin duda también aquellas cartas respondían al deseo de mantener contactos intelectuales que les permitieran salir del aislamiento en el que vivían; y, además, lograr contactos para publicar sus artículos. En este sentido, eran especialmente importantes aquellos escritores que a la vez eran redactores, como Leopold von Sacher-Masoch, Balduin Groller y Michael Georg Conrad. El principal problema literario con el que se enfrentaba Bertha era que los manuscritos que enviaba desde Georgia a editoriales, periódicos o revistas europeos eran poco convencionales y demasiado liberales para aquella época. Muchas de las cartas de Arthur a revistas austriacas y alemanas eran, sin embargo, más bien una petición. Por ejemplo, en una carta de 1883 dirigida a Leopold von Sacher-Masoch, en aquel momento editor de la revista *Auf der Höhe* en Leipzig, le pedía que publicase su *Daredjan* sin recibir ningún tipo de remuneración; otra revista, *Die Neue Freie Presse*, había rechazado el texto sustancialmente por las numerosas y generosas escenas eróticas que éste incluía[16].

En 1882, ambos se hacen miembros de la Deutsche Schriftstellerverband (Asociación Alemana de Escritores), con sede en Berlín[17]. Es muy posible que los planes de abandonar el Cáucaso ya empezaran a desempeñar un papel y quisieran empezar a hacerse un nombre en la literatura. En el verano de ese mismo año moría la princesa Dadiani, hecho que supuso la pérdida de una amiga, pero también una importante «mecenas». Se sabe que los planes de Arthur de convertirse en cónsul austriaco en Tiflis fracasaron, el plan de exportar maderas también, al igual que el gran proyecto de traducir al francés y al alemán el poema épico nacional georgiano *El caballero en la piel de tigre* del poeta Sota Rustaweli.

Bertha, tras haber aclarado con su editor su verdadera personalidad, le envió un libro que llevaba escribiendo desde 1879 y que se publicó en 1883: *Inventarium einer Seele (Inventario del alma)*. La obra fue un éxito de crítica y de público, y el

nacimiento de la escritora Bertha von Suttner. En ella habla sobre la naturaleza y la vida, sobre ciencia y política. Es el esbozo de su futuro pensamiento pacifista y el germen de todas sus obras posteriores; está inspirada en las lecturas de Henry Thomas Buckle, Ausguste Compte, Ch. R. Darwin, Ernst Haeckel, Herbert Spencer y William Whewell. Se declara convencida de la mejora progresiva de la humanidad y de que ésta rechazará las guerras. En 1884, falleció su madre y le dedicó su novela *Ein Manuskript (Un manuscrito)*. A esta obra siguieron otras como *High Life*[18] (1886), novela en la que se refleja la vida de la aristocracia austriaca, que la autora tan bien conocía, pero incluyendo un sutil elemento crítico. En 1886, el matrimonio, tras casi diez años de «Flitterjahre» (viaje de novios) en Georgia, regresó a Austria; Bertha tenía cuarenta y dos años, y Arthur, treinta y cinco. Habían escrito varios libros y se habían hecho un nombre en el panorama literario, pero en los círculos intelectuales georgianos la baronesa no dejó ninguna huella. Los georgianos descubrieron que había vivido años en el Cáucaso, sólo cuando ya se había hecho famosa en todo el mundo a causa del Premio Nobel.

Bertha von Suttner, la escritora pacifista

A su regreso, la pareja vivió en la casa de los Suttner en Harmannsdorf (Baja Austria) junto a los padres de Arthur y las dos hermanas solteras. A pesar de que Bertha en sus *Memorias* describe la vida familiar en Harmannsdorf con tintes idílicos, en realidad no debía ser así, tal como se deduce de las cartas dirigidas a amigos en aquella época. En el marco de la vida hogareña había constantes disputas en torno a la falta de recursos económicos (la pudiente situación de los años en los que Bertha había trabajado de institutriz para la familia había desaparecido), las discusiones sobre temas relativos a la fe eran constantes. La autora se queja de la devoción feudal de sus suegros, de su inmovilismo y de su postura frente a la guerra y la paz. Para una convencida liberal de convicción anticlerical era difícil soportar el ambiente católico y ultraconservador en el que ella y su marido vivían. Tras un año de su regreso, Arthur sometió al consejo de un amigo la posibilidad de obtener la nacionalidad suiza, la pareja tenía la intención de emigrar. También este proyecto fracasó.

Bertha volvió a recurrir a la escritura como sustento que les permitiera vivir. Fue entonces cuando empezó a dar a sus obras un marcado sentido filosófico y moral. Proclamar la fraternidad entre los seres humanos, luchar contra la guerra y estudiar los medios para alcanzar la paz entre los pueblos y ayudar a la propagación de la

cultura, absorbió todas sus energías y las de su esposo; aunque éste siguió escribiendo, a partir de entonces gran parte de su trabajo lo dedicó a ayudar a Bertha en la labor que se había propuesto.



Bertha von Suttner junto a los más destacados pacifistas de la época. Aquí, sentada en la segunda fila junto a Frédéric Passy (de barba blanca).

Los honorarios recibidos por una novela permitieron a la pareja pasar el invierno de 1886/1887 en París. Allí volvieron a encontrarse con Alfred Nobel y en casa del poeta Alphonse Daudet entraron en contacto con el movimiento pacifista, supieron de la existencia de la International Arbitration and Peace Association fundada por Hodgson Pratt en 1880 y cuya sede estaba en Londres.

Su primer libro con un sentido marcadamente social y en el que apuntaba ya su postura frente a las guerras, incluido un capítulo sobre la Association londinense, fue *Das Maschinenzeitalter (La era de las máquinas)* de 1888[19] que firmó con el pseudónimo de «Alguien[20]». Lo hizo así porque había recogido en múltiples ocasiones a lo largo de su vida la respuesta: «¡La guerra no es tema para mujeres!», o bien: «Ustedes, las mujeres, no conocen a fondo estos problemas» (Suttner, 1909:

179). El libro, un ejemplo de literatura utópica, se componía de nueve ensayos en los que se describía un futuro ideal en el que los hombres habían alcanzado una considerable evolución. Los diferentes capítulos llevan títulos como «Las naciones», «La educación juvenil», «Las formas de estado», «Las mujeres», «Sociología», «Política», «Las religiones». Sorprendentemente, falta un capítulo que haga mención al propio título, nada que haga referencia a las formas de producción, a las fábricas, a los trabajadores o a las promesas marxistas. El proletariado del comienzo de la era de las máquinas era para la autora un horizonte desconocido. No obstante, esta visión futurista encierra una relación crítica sobre el presente y sus posibles alternativas.

La obra tuvo gran éxito y se adjudicó al ensayista Max Nordau. Bertha, en una reunión en la que estaba presente Nordau, al negarse éste a aceptar la paternidad de *La era de las máquinas*, la reclamó para sí. No faltaron quienes siguieron recomendando a la autora que «ese no era un libro propio de una dama[21]».

Cuando, en 1862, Henri Dunant conmovió con su libro *Un recuerdo de Solferino*, libro que llegó a tener repercusión mundial, nadie podía pensar que otra obra sobre la guerra pudiera sacudir la conciencia como lo había hecho aquella. Veintiocho años más tarde, *¡Abajo las armas!* fue pronto traducida a casi todas las lenguas europeas y se convirtió en uno de los mayores éxitos internacionales del siglo XIX.

Bertha von Suttner, como Dunant, había presenciado los efectos devastadores de las guerras. En 1877/1878 durante la guerra ruso-turca, acudió junto a su marido a los campos de batalla para cuidar a los heridos. Aquella tragedia debió influir hondamente en Bertha, ya que provocó en ella una reacción parecida a la de Dunant, aunque se manifestase años después de los hechos. Aplicando la teoría de la evolución de las especies de Darwin a los pueblos, la autora soñaba con una progresiva mejora de las relaciones entre ellos, mejora que llevaría consigo la desaparición de las guerras. Ya desde que empezó a escribir lo hizo dando a sus obras un contenido moral que debía ayudar al entendimiento, puesto que presentaba al desnudo los males que aquejaban a la sociedad.

Esta diferencia entre *Un recuerdo de Solferino* y la obra escrita por Bertha von Suttner fue lo que hizo que un libro sobre la guerra escrito veintiocho años después que el de Dunant se hiciese tan famoso como aquél y sacudiese la opinión mundial con más fuerza aún que el primero.

Puede decirse que a lo largo de la vida de Bertha von Suttner, desde los primeros recuerdos de infancia, el espectro de la guerra la había acompañado siempre. Había nacido, educado y vivido en el ambiente aristocrático y militar de la Austria que, tras haber sido la primera potencia de la Confederación Germánica, comenzó a desgajarse por las luchas internas y las guerras mantenidas para no perder su hegemonía en la política.

Cuando tenía cinco años se produjo la sublevación de los checos en contra del poder central. Y aquel mismo año Austria se anexionaba Lombardía. Vivió los días amargos de la guerra con Francia e Italia, cuando el ejército austriaco fue derrotado

en Magenta y Solferino en 1859. En 1864, cuando tenía veintiún años, sobrevino la guerra de Prusia y Austria en contra de Dinamarca, para dos años después seguir la de Prusia e Italia en contra de Austria. En el año 1870 estalló la guerra franco-prusiana. Bertha y su madre visitaban aquella primavera París, pero abandonaron la capital francesa antes de que estallase el conflicto. Años después, cuando vivía en Kutaisi con su marido, estalló la guerra entre Rusia y Turquía, guerra de la que fue testigo presencial. Aquellas experiencias le sirvieron para describir las escenas que luego reflejaría en sus novelas.

Así nació el libro en el que Bertha von Suttner volcó todo su empeño a favor de la vida y de la paz. Realismo, drama y ficción, unidos a un grito desgarrador, ese grito con el que expresaba todo el amor que sentía por la humanidad, dieron a sus páginas una fuerza que ella misma no había advertido. Ella, que desde sus primeros escritos había marcado con tintes moralistas sus obras con la intención de ayudar a mejorar las condiciones de vida del género humano y hacer posible el entendimiento entre los pueblos, volcó toda su fuerza creadora en una obra que alertase a los hombres en contra de la guerra.

La lucha por la paz

> Sólo hay una forma honrada de proteger de la persecución a los perseguidos, y es ponerse de su lado[22] (Bertha von Suttner).

El matrimonio Suttner también emprendió una lucha contra el antisemitismo, que se mostraba cada vez más agresivo. El fundador del sionismo Theodor Herzl era amigo de la familia Suttner y Arthur había publicado en el periódico de éste, *Die Welt*, algunas reflexiones sobre el movimiento sionista. En 1891, Arthur, el conde Hoyos, el barón Leitenberger y el profesor Nothnagel fundaron la Verein zur Abwehr des Antisemitismus (Asociación para Combatir el Antisemitismo), eran miembros destacados: el escritor Ludwig Ganghofer, el compositor Johann Strauß (hijo), el arquitecto Carl von Hasenauer, el escritor Peter Rosegger y el psiquiatra Richard von Krafft-Ebing. Desde entonces, la pareja se tuvo que enfrentar a la oposición virulenta de los nacionalistas, el clero y los antisemitas. Aunque Theodor Herzl se mostraba escéptico ante la Asociación, él sólo veía en el socialismo una posibilidad para combatir el antisemitismo.

¡Abajo las armas! le dio a su autora fama mundial y la convirtió en líder del movimiento pacifista. Aunque, como indicó Alfred Hermann Friedl[23], su estrecho colaborador durante años, con motivo de su sesenta cumpleaños, Bertha no era aún una pacifista cuando escribió el libro, fue su propia obra la que la hizo pacifista. Tal como ella misma decía, sintió de repente una vocación (Hamann, 2009: 149): «[…] muchos creían que había escrito la novela a causa de mi compromiso. Pero la verdad era casi lo contrario: la novela fue la causa de mi compromiso[24]». Tras la publicación del libro y el éxito que éste tuvo, se vio obligada a realizar entrevistas, viajes, a mantener una amplia correspondencia con los más prestigiosos hombres de los movimientos pacifistas e intelectuales de la época, y entró en el gran engranaje de una gigantesca maquinaria de la que ya no volvería a salir. «¿Soy yo realmente? No acabo de entenderlo[25]».

En 1891 fundó, casi sin ayuda, la Österreichische Friedensgesellschaft (Sociedad Austriaca de la Paz), y aunque en Austria no se permitía a las mujeres dirigir asociaciones fue elegida presidenta. Entre sus socios se encontraba Alfred Nobel, quien siempre apoyó generosamente a la autora, aunque durante muchos años se mostró escéptico ante sus esfuerzos. Defendía más bien la idea de que sus fábricas podían poner fin a las guerras antes que los congresos; argumentando que el día en que dos ejércitos puedan destruirse en un segundo todas las naciones civilizadas retrocederán y retirarán sus tropas. La Sociedad contó en poco tiempo con 8000 socios pertenecientes a la capas elitistas de la sociedad austriaca. La Sociedad contaba con un boletín mensual de nombre *Die Waffen nieder!* (¡Abajo las armas!) que se editó hasta 1899. Alfred Fried había iniciado el boletín en 1891 y más adelante editó otras publicaciones de corte pacifista en Berlín y en Stuttgart; en 1899 fundó *Die Friedenswarte*, que aún se edita en Zúrich. En 1892, se fundó la Sociedad alemana y en 1895 la húngara.

La autora, ya conocida en todo el mundo[26], creó una red de contactos en los numerosos congresos por la paz a los que asistía. Pero también se convirtió en motivo de inspiración para los caricaturistas. A finales del siglo XIX y principios del XX, el pacifismo constituía una base para la participación femenina en el ámbito público, pues estaba asociado con las así llamadas cualidades femeninas, el deseo de criar y de proteger la vida. Como resultado, el pacifismo fue por lo general caracterizado como excesivamente idealista e imposible, a la vista de los difíciles acontecimientos de la política internacional.

Su primera gran aparición pública fue en el III Congreso Mundial por la Paz celebrado en Roma en 1891, era la primera vez en la Historia que una mujer hablaba en el Capitolio, y lo hizo en italiano. Muchos fueron los congresos que siguieron a éste y también las personalidades que se sumaron a su causa: el alemán Rudolf Virchow, el suizo Elie Ducommun, el francés Frédéric Passy, el escritor Mór Jókai, los pensadores anticlericales Bartholomäus von Carneri y Josef Popper-Lynkeus, el príncipe Wrede, el diputado Clemens von Pirquet, y un etcétera en el que

predominaba la aristocracia. Hacia 1894, la infatigable luchadora había depositado sus esperanzas en el nuevo zar, Nicolás II. No en vano, el zar había publicado un «manifiesto de la paz» en el que exigía el desarme y alentaba la organización de una conferencia internacional por la paz. Sin embargo, la incoherencia o la falsedad de sus intenciones quedó demostrada con su política en Finlandia y Manchuria, donde su ejército puso en práctica un brutal comportamiento. Finalmente, siguiendo la iniciativa del zar, se convocó en 1899 la I Conferencia Internacional de la Paz en La Haya con la participación de representantes de veintiséis gobiernos. Sin embargo, allí no estuvieron presentes los pacifistas, sino diplomáticos, estadistas y militares. Los debates sobre desarme y derechos de guerra apenas produjeron resultados. Bertha von Suttner, tras una estancia en Berlín, por invitación de la condesa Gurowska, e impartir varias conferencias en Niza y Cannes, viajó a La Haya como corresponsal del periódico *Die Welt* de Theodor Herzl, era la única mujer presente en las sesiones[27]. Apenas terminada la Conferencia, estalló la guerra de los bóeres; también el recrudecimiento en las campañas colonialistas italianas en Abisinia nubló algunas de las esperanzas que había despertado la Conferencia. Bertha von Suttner siguió, durante mucho tiempo, defendiendo al zar Nicolás II, lo que la alejó de muchos de sus compañeros de lucha.

También el príncipe Alberto I de Mónaco, inspirado por la tenaz pacifista, decidió comprometerse con el movimiento pacifista europeo. En Montecarlo se fundó el Institut International de la Paix en 1903. Sin embargo, la escritora nunca consiguió convencerlo de que financiase la causa.

La *notre general-en-chef*, como la definió Frédéric Passy (fundador de la Société Française des Amis de la Paix), no escatimó en recursos para intentar lograr seguidores de su causa. Durante años intentó convencer al «rey del vals», Johann Strauß, para que compusiese una pieza que apoyase la causa pacifista, e incluso le propuso títulos alternativos. Pero el ahínco de su esfuerzo fue vano; no así con el compositor de operetas Franz von Suppé, que escribió el coro para hombres *Abajo las armas*, que se estrenó en un congreso por la causa en Berna.

Su convicción en los ideales pacifistas la llevó a estar convencida de que éstos se superpondrían al problema de las nacionalidades en la Monarquía. Aunque tuvo que comprobar, por ejemplo, que el odio entre checos y austroalemanes en su patria natal era invencible, y tuvo que renunciar a la idea de fundar una asociación bohemia por la paz que reuniese a ambas nacionalidades.

Sin duda, un gran revés para la autora fue la muerte de su marido en 1902[28], como consecuencia de una recaída de la infección de malaria contraída en el Cáucaso; el amor que le profesaba queda patente en *Es Löwos. Eine Monographie (Es Löwos. Una monografía)*[29], de 1894, y muy especialmente en *Briefe an einen Toten (Cartas a un muerto)*, de 1904[30]. No obstante, su faceta de escritora, articulista y conferenciante no se vio interrumpida tras la muerte de Arthur. En Estados Unidos cosechó sus éxitos más importantes, allí se la veía como un ídolo del

movimiento feminista. La prensa americana hablaba a diario de ella desde que llegó al puerto de Nueva York. Todos querían oírla, pero ella había tomado como centro de sus actividades la ciudad de San Francisco por ser en aquella ciudad donde más habitantes de lengua alemana podía encontrar. Se la llamaba, entonces, el Hamburgo californiano. En el anfiteatro de Chautauqua, en Nueva York, pronunció un discurso en inglés sobre la paz ante miles de personas. A pesar de su avanzada edad, viajó a América en 1904 y 1912, siempre en busca de personas que financiasen la causa del movimiento pacifista. Visitó al presidente Theodore Roosevelt, Premio Nobel de la Paz en 1906 por su mediación en la guerra ruso-japonesa; y también al expresidente William Taft; encontró apoyo en el magnate de la prensa William R. Hearst y en el industrial Andrew Carnegie, que donó importantes sumas de dinero al movimiento. Tenía sesenta y nueve años y pasó siete meses en Estados Unidos, necesitaba dinero y los americanos pagaban bien sus conferencias. Pero también asistió a su primer partido de fútbol (Columbia frente a Missouri: 29-0), de lo que da cumplida cuenta en sus cartas a su durante años fiel doncella Kathi.

Coincidiendo con la fiesta nacional americana (el 4 de julio), pronunciaría una conferencia en San Francisco que tenía una doble significación por cuanto no sólo habló de la paz sino de la participación activa de la mujer en la vida ciudadana (en aquel mismo año, las mujeres habían conseguido el derecho al voto en California). Habló dirigiéndose a las mujeres, pidiéndoles su apoyo para que luchasen junto a ella contra la guerra: habló de los horrores de las guerras, de la muerte de los hijos, de la necesidad de abolir las fronteras y de crear un mundo nuevo basado en la bondad y en los más altos sentimientos humanitarios. A aquella conferencia le siguió una fiesta y, cuando la baronesa apareció, la orquesta tocó el himno imperial austriaco, lo que causó viva impresión en Bertha von Suttner, ya que resultaba un contrasentido que allí en América le rindiesen honores como si fuese embajadora de su país, cuando en Austria se la consideraba como una «pacifista antipatriota», ya que en sus campañas en pro de la paz no tenía en cuenta los hechos que condicionaban la política de la época.

El 20 de abril de 1914, un equipo de filmación danés que estaba preparando una película basada en su novela *¡Abajo las armas!* grabó imágenes de Bertha mientras trabajaba en su despacho de Viena; éstas componen los primeros fotogramas de la película que ella no pudo ver, pues murió antes de su estreno[31].

Bertha von Suttner y el Premio Nobel

La estrecha amistad entre Bertha von Suttner y Alfred Nobel duró veinte años. Éste había financiado muchos de los viajes de Bertha y la había ayudado económicamente. Ella intentó en multitud de ocasiones convencer al millonario de que donase una importante suma al movimiento pacifista. Sólo una semana antes de la muerte del inventor sueco, en 1896, ella le escribía: «Y también por eso le ruego encarecidamente no nos retire nunca su apoyo; nunca, ni siquiera en la tumba, destino común para todos nosotros» (Hamann, 2009: 331). En aquel momento ella aún ignoraba el contenido del testamento de Alfred Nobel.

Si no hubiese sido por Bertha von Suttner, no existiría el Premio Nobel de la Paz, y ella era consciente de su aportación. En las primeras ediciones no se le concedió el premio[32], lo que para ella supuso una gran decepción. Necesitaba dinero con urgencia, no sólo para el movimiento pacifista, sino también para ella misma.

Si Alfred Nobel llegó a compartir el ideario de Bertha von Suttner o no, es difícil de aseverar, por cuanto era hombre extremadamente reservado y especial, que obrando de acuerdo a tal creencia seguía defendiendo, no obstante, su punto de vista. Sin embargo, puede advertirse un cambio esencial de actitud y pensamiento entre esta carta dirigida a Suttner, antes de que se publicará *¡Abajo las armas!* y que decía:

> Mis fábricas pueden poner fin a las guerras antes que sus Congresos. El día que dos ejércitos puedan aniquilar mutuamente en un segundo todas las naciones civilizadas, es de esperar, renunciarán a la guerra y licenciarán sus tropas[33].

Y esta otra escrita con motivo del comienzo del año 1893, es decir, dos años antes de redactar su testamento:

> Estoy dispuesto a destinar una parte de mis bienes a un premio que se conceda cada cinco años, digamos seis veces, porque si en treinta años no ha sido posible reformar el sistema actual, habremos retrocedido inevitablemente, a la barbarie. Este premio se concedería al hombre o a la mujer que hubiese inducido a Europa a dar el primer paso hacia el ideal general de la paz. No quiero decir desarme, el cual sólo se puede conseguir muy lentamente. Tampoco quiero decir arbitraje forzoso entre las naciones. Pero tiene que ser posible alcanzar antes el objetivo si todos los países se comprometen a volverse contra el agresor. Esto impediría las guerras. Aun la nación más belicosa se vería forzada de este modo o a recurrir a un tribunal, o a estarse quieta. Si la Triple Alianza, en vez de incluir sólo a tres países, incluyera todos, la paz estaría asegurada durante siglos (Hamann, 2009: 334).

El solitario más rico del mundo sí había confiado a Bertha von Suttner en alguna ocasión su deseo de dejar la fortuna, que le había proporcionado la dinamita, tantas veces empleada para la destrucción en vez de utilizarla para el progreso, para premiar

a los hombres destacados en pro de la humanidad, incluidos los literatos y aquellos que colaborasen al entendimiento entre los pueblos y en pro de la paz.

El testamento de Nobel fechado el 27 de noviembre de 1895 fijaba que la fortuna de 35 millones de coronas suecas, en valores de firme cotización, pasaría a ser el capital de la fundación que llevaría su nombre, y con las rentas de esta fortuna se concederían cinco premios cada año en las siguientes disciplinas: Física, Química, Fisiología o Medicina, Literatura, el quinto a la persona que hubiera trabajado más o mejor en favor de la fraternidad entre las naciones, la abolición o reducción de los ejércitos existentes y la celebración y promoción de procesos de paz. En la definición de este último premio, Nobel incluyó una formulación particular «para aquel o aquella» (en el original francés: «à celui ou celle»), por lo que parece que la escritora y pacifista estaba implícita en la definición del premio, máxime cuando se trata de una formulación inusual en una época en la que las mujeres no desarrollaban apenas un papel en la vida pública y en la ciencia. Hasta la muerte de Nobel en 1896, Bertha von Suttner no conoció el contenido del testamento.

El primer Premio Nobel de la Paz en 1901, para sorpresa de muchos, no le fue otorgado a Bertha von Suttner. Era del único premio que se había hablado y del que se daba por seguro su candidato, por cuanto no sólo se debía a ella la posibilidad de su concesión, sino por los muchos méritos que había realizado para merecerlo.

En 1905, la noticia de la concesión del premio la sorprendió durante un ciclo de conferencias en Alemania. El 1 de diciembre recibió en Wiesbaden un telegrama procedente de Cristianía (hoy Oslo); en un principio no quiso aceptarlo, dado que debía previamente pagar un pequeño recargo. El comité noruego le comunicaba la concesión del Premio Nobel de la Paz. Durante años había esperado Suttner este reconocimiento, con el que ya no contaba. El 18 de abril de 1906, en la ceremonia de entrega del premio, dictó ante el Comité Nobel Noruego la conferencia «Die Entwicklung der Friedensbewegung» (La evolución del movimiento pacifista).

Su infatigable energía era uno de sus más repetidos atributos, pero también estaba dotada por un especial sentido de la clarividencia. A comienzos del siglo XX vaticinó que las guerras en el futuro serían totales, porque ya no habría conflagraciones entre ejércitos, sino entre naciones enteras. Cientos de miles de personas morirían, se utilizarían cañones de largo alcance, dirigibles submarinos con torpedos y minas. Objetivos estratégicos serían las fábricas y las vías férreas. Los territorios ya no serían sólo conquistados, sino también devastados. El temor inmediato lo veía Bertha en los Balcanes, tras la última adquisición territorial de la Monarquía: Bosnia-Herzegovina. El horizonte de los nacionalismos amenazantes en el interior del imperio se estaba oscureciendo cada vez más, y Conrad von Hötzendorf, jefe del Estado Mayor austriaco, había aconsejado desde 1913 la guerra preventiva contra Serbia. Las palabras de la primera mujer galardonada con el Premio Nobel de la Paz, que abogaba por una Europa unida, no las oía nadie.

El 21 de junio de 1914, falleció Bertha von Suttner, en Viena, cuando estaba

haciendo los preparativos para el congreso que debía celebrarse en septiembre. Siete días más tarde se producía el asesinato del heredero al trono de Austria-Hungría y de su mujer en Sarajevo. El 1 de agosto dio comienzo la Primera Guerra Mundial. En septiembre no tuvo lugar en Viena el congreso internacional por la paz.



Fotografía de 1908.

«¡Abajo las armas!»

Desde la primavera de 1887, Bertha von Suttner trabajaba en un manuscrito que, una vez terminado, nadie parecía querer publicar. Quiso editar la obra en periódicos y

revistas, por entregas, para que su difusión fuese más amplia. No le preocupaba tanto el éxito como que su voz llegase al mayor número posible de lectores. Pero no tardó en sufrir los primeros desengaños. Una tras otra las redacciones de los periódicos, lo mismo en Austria que en Alemania y Suiza, le devolvieron el manuscrito; igual ocurría con las editoriales en las que ya antes había publicado. «Esto no interesa a nuestro público», «ofendería a muchos de nuestros lectores», eran los argumentos que esgrimían los editores. Nadie quería publicarlo por considerar que era una obra comprometedora, contraria al espíritu reinante y a la política imperial de la Monarquía austrohúngara. El editor Edgar Pierson, a pesar de la amistad que lo unía con los Suttner, se negó a publicar la obra una vez que la hubo leído. Para hacerlo, si es que se decidía, exigía que corrigiese muchos de sus pasajes y que se modificara el título. La autora se negó en rotundo. Sin embargo, Pierson, asumiendo para sí toda la responsabilidad por la publicación de la obra, hizo una tirada de 1000 ejemplares a finales de 1889. A pesar de la exigua edición, ésta fue suficiente para caldear los ánimos entre los militaristas. En junio de 1890, era el editor quien proponía una segunda edición; a partir de ahí, le siguió una tirada tras otra. En el año de la concesión del Premio Nobel eran ya casi cuarenta las ediciones que *¡Abajo las armas!* había conocido en alemán y la obra pronto se tradujo a más de veinte lenguas. En Rusia, por ejemplo, aunque se había autorizado una traducción, se hicieron cinco diferentes. La International Arbitration and Peace Association, al darse cuenta del enorme valor de aquella obra para su causa, realizó una edición económica y regaló miles de ejemplares en todo el mundo[34]. El libro llegó a convertirse en uno de los mayores éxitos internacionales del siglo XIX. El impacto político que tuvo ha sido comparado con el que alcanzó *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe, aparecido en 1852, a propósito del tema de la esclavitud, paralelismo que León Tolstói ya apuntó en una carta de octubre de 1891 a la autora (Suttner, 1909: 210). Incluso en los debates parlamentarios sobre los nuevos presupuestos militares el 18 de abril de 1891 el entonces ministro austriaco de hacienda Dunajewski mencionó la obra.

La novela es la biografía de ficción de una mujer a quien la guerra le ha arrebatado dos maridos. Un relato naturalista de las campañas bélicas de 1859, 1864, 1866 y 1870/1871. Una implacable descripción de los horrores y odios, cuando no injusticias, que provocan los conflictos armados. La autora pretendió presentar un destino individual, el de la condesa Martha Althaus, en una realidad histórica; para ello hizo acopio de materiales y documentos, estudió los memoriales históricos, los periódicos, los informes de corresponsales de guerra y médicos militares. Se valió, por tanto, de material auténtico para realizar la reconstrucción de una realidad histórica, a la que añadió las experiencias de figuras de ficción. De ahí que, junto a exaltadas y líricas páginas de amor, haya capítulos estremecedores por su realismo, descripciones de batallas que sólo pueden haber sido narradas por un testigo presencial de los horrores bélicos. Bertha von Suttner pone de relieve la angustia de

las mujeres cuyos maridos e hijos perdían la vida o quedaban mutilados en el campo de batalla. Pero también cuestiona a una sociedad que considera el coraje combativo y el orgullo de ser soldado, virtudes positivas; también los Estados que periódicamente lanzan a la humanidad a un baño de sangre bajo pretextos como la dignidad, el patriotismo o la propia defensa. En conjunto, es una denuncia a la ideología militarista, a la paridad heroísmo-virilidad y al apoyo que la Iglesia daba a la violencia bélica. Bertha von Suttner no escatima detalles en la descripción de escenas marcadas por el horror, el espanto y la brutalidad.

¡Abajo las armas! compone una imagen de horror y advertencia hasta sus últimas consecuencias sobre lo que la aristócrata austriaca ve y teme. Esta vez no se queda en la abstracción razonable de alguna de sus obras anteriores. Esta vez presenta la catástrofe y la presenta de forma despiadada en cuatro ocasiones, dado que documenta cuatro guerras contemporáneas que Martha Althaus, protagonista y narradora de su propia historia vital, ha vivido y padecido. *¡Abajo las armas!* es un libro pacifista que contiene las guerras de 1859, 1864, 1866 y 1870/1871.

Bertha von Suttner hurga en lo horripilante y llega a torturar al lector. Le confronta con descripciones naturalistas de la más deplorable miseria, con escenas de horror acaecidas en los campos de batalla y en los hospitales de campaña. Describe el dolor de las familias de los soldados, muestra las epidemias y los brotes de peste consecuencia de la guerra. En todo ello sigue el modelo de Émile Zola, con quien la autora mantenía correspondencia; asimismo, reviven en la obra los cuadros del pintor ruso Vasili Vasilievich Vereshchagin (1842-1904), cuyas exposiciones itinerantes recorrieron las capitales europeas para mostrar la barbarie y los horrores de las guerras[35]. Asimismo, la novela es un gran mural de las atrocidades psíquicas y físicas que se acometen en circunstancias bélicas. Bertha von Suttner trabaja con el espanto, con el choque que se apodera del lector. No escatima en medios a la hora de intentar tocarle todas sus sensaciones, le obliga a sentir piedad, compasión, miedo, espanto, etc. Pero al mismo tiempo le concede la mayoría de edad, tal como se refleja en la forma de concebir su texto y en las particularidades de su modo de narrar. Así, tomando como ejemplo un cuadro histórico, hace partícipe al lector en calidad de confidente de las diversas posibilidades de composición artística, le presiona para que tome partido contra las representaciones bélicas al uso:

> En lo alto de la colina, un grupo de generales, jefes y oficiales del Estado Mayor, todos ellos armados de gemelos de campaña. He aquí el dominio de la guerra, la situación más favorable a las impresiones estéticas. También lo saben los caballeros que pintan escenas bélicas y los ilustradores de los periódicos. Generales en las alturas, reconociendo el terreno con sus gemelos, una representación pictórica que se repite.

Hace decir a uno de sus personajes en evidente tono irónico:

> Desde la cumbre de la colina se domina un cuadro arrebatador de poesía guerrera. El espectáculo es grandioso y, visto a distancia, parece una auténtica decoración, tanto más embelesadora cuanto que la distancia no permite apreciar los detalles horribles y repugnantes de la realidad: los ríos de sangre, el estertor de la agonía. Ante los ojos se despliegan las grandes líneas de la batalla, efectos soberbios de colorido…

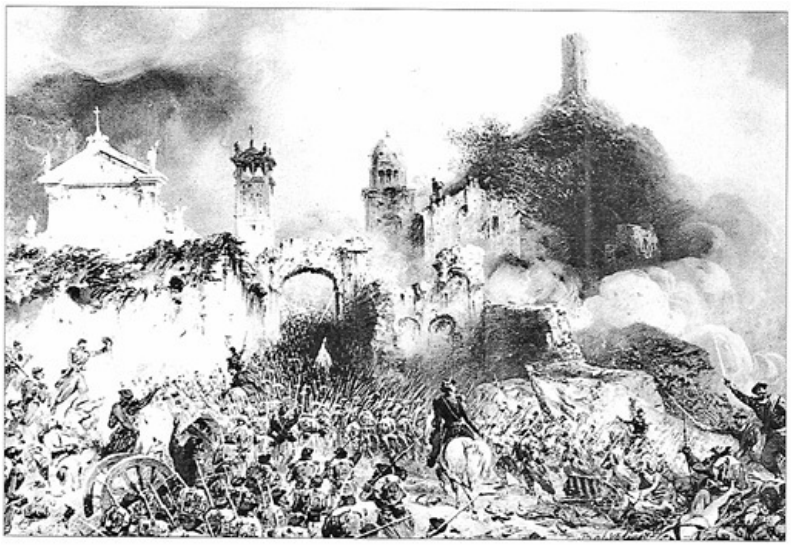
Pero la «colina de los mariscales de campo» no es el lugar desde el que la escritora quiere narrar. Niega esta perspectiva de los hechos y atribuye al cuadro la sospecha de que sea una falsificación. Ella no quiere ser autora de poesía bélica. La representación de la vida y, con ello, la representación de los horrores auténticos, sin falsear, es su meta. La autora se niega a utilizar prismáticos. Ella se mezcla en el tumulto, cara a cara con la realidad, con los que se desangran, con la muerte, con las derrotas. Sus imágenes de la contienda no deben producir y reforzar el entusiasmo, sino el enojo, la indignación, la condenación.

Durante la campaña austro-prusiana de 1866, su protagonista Martha Althaus es testigo en Viena de los efectos despiadados de la guerra sobre los seres humanos, ella contempla un vagón de soldados que viene del frente:

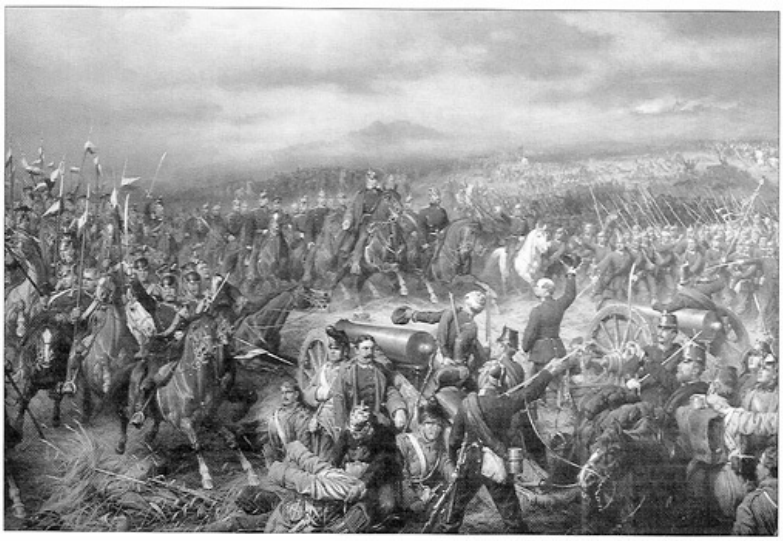
> Depositaron a mis pies a un desventurado cuyos estertores guturales y entrecortados oía demasiado bien. Me incliné para dirigirle alguna frase de consuelo o simpatía, pero tuve que retirarme horrorizada, cubriéndome la cara con las manos. La cabeza de aquel infeliz no era cabeza humana: su mandíbula inferior había sido arrancada de cuajo, uno de sus ojos colgaba fuera de su órbita y de todo su cuerpo se desprendía un olor a sangre corrompida, hedionda. Quise escapar, segura de que el espanto provocaría en mí un desvanecimiento, y mi cabeza dio contra el muro que se alzaba a mi espalda. ¡Criatura débil, incapaz de prestar el socorro más insignificante!

Este tipo de narrativa está preparando una forma de escritura que tendrá su desarrollo cuatro décadas más tarde, aquella que analiza desde la literatura las experiencias de la Primera Guerra Mundial y previene sobre las consecuencias de la política de rearme y de nuevas aventuras bélicas. En Francia, Henri Barbusse; en Alemania, Ernst Friedrich, Bruno Vogel, Ludwig Renn y Erich Maria Remarque por medio de novelas, montajes gráfico-literarios y narraciones epistolares, continuaron aquello con lo que una mujer había experimentado por primera vez. La literatura antibelicista durante la República de Weimar tuvo su impulso de partida en Bertha von Suttner. ¿Acaso no recuerda esta manera de proceder por parte de la autora a las intenciones de Alfred Nobel? Igual que el inventor de la dinamita pretendía espantar de las guerras por medio de los avances armamentísticos, la escritora quería inducir al lector hacia una postura antibelicista. Le colocaba ante sus ojos el horror y su posible

destino: «Pero si ese dolor lograse despertar en algunos corazones un odio profundo contra la guerra, mis sufrimientos no serían estériles hace decir a su heroína al final de sus memorias».



Batalla de Solferino, de Carlo Bossoli (Archiv für Kunst und Geschichte, Berlín).



Batalla de Königgrätz, de Christian Sell (Archiv für Kunst und Geschichte, Berlín).

La autora está convencida que el progreso de la humanidad está determinado por el creciente conocimiento de los individuos sobre los acontecimientos que atañen a la naturaleza y a la sociedad; también que el saber puede causar cambios en todos los ámbitos de la vida, de ahí que con sus escenas bélicas quiera demostrar la insensatez de la guerra. La ilustración desnuda de unos acontecimientos vistos desde cerca debía transmitir ese conocimiento, lo cual sería necesario para declararse decididamente contrario a la guerra y tomar una postura crítica. Porque en un mundo en el que la guerra era considerada medio reconocido legalmente de la política, sólo la representación exacta de acontecimientos cruentos puede ayudar para extender la

verdad certera y aniquilar la glorificación de la violencia. Con su novela, Bertha von Suttner alza una imagen contrastada contra la ideología dominante en su época. Esta intención está presente también en la constelación de personajes que componen la obra y la acción.

La narradora es la contrincante del representante ideológico del militarismo austriaco: el padre de la condesa. El general del ejército austriaco, combatiente en innumerables batallas y devoto admirador del «padre Radetzky», es presentado como el marcial defensor de la guerra. Él aporta todo tipo de argumentos y posiciones durante la narración con los cuales la ideología estatal justifica la guerra como posibilidad legítima para solucionar disputas internacionales. Frente a esta posición autoritaria (y de la autoridad), la autora elige una serie de figuras, que en ningún caso proceden del mundo trabajador o de la burguesía. Sus personajes están sacados de la alta sociedad, en la cual la condesa Bertha von Kinsky había nacido y en la que quiso aspirar a un sitio. Su historia se desarrolla en el mundo de las capas más altas de la sociedad. Pero justamente por eso puede desenmascarar hasta el más mínimo detalle el modo de pensar, el comportamiento de estos círculos. Ella narra desde la perspectiva de la clase dominante, de los privilegiados, y consigue así someter sin miramientos el militarismo de la alta nobleza austriaca al juicio de la opinión pública.

Por medio de la figura del general anticipa la autora una polémica reaccionaria contra su propia forma de narrar en la novela. El general califica la evocación de las escenas bélicas intimidatorias de «pecaminosas», «indecentes e insensatas». En una conversación con su hija se manifiesta de este modo: «[…] es un crimen, es profanar la guerra fijarse en detalles tan insignificantes, cuando no debemos ver en ella más que la grandiosidad del conjunto. No hay que pensar en ello».

Allí donde los intereses de la casta militar son ofendidos, aparecen de inmediato términos condenatorios «crimen» y «profanación» con el fin de conjurar cualquier tipo de crítica. Esta conversación anticipa los argumentos que posteriormente el propagandista a favor de la guerra Felix Dahn formuló contra la novela, en un intento de ridiculizar la obra:

> ¡Arriba las armas! La espada es propia
> del hombre.
> Donde los hombres luchan, las mujeres
> deben callar.
> Pero, sin duda, en estos tiempos hay hombres
> que deberían llevar enaguas[36].

La respuesta al poema irónico está incluida en el propio texto, en la contestación de Martha a su padre: «Sí, sí, no pensar —contesté—. Cierto, eso es lo que se hace frente a los inmensos sufrimientos humanos. No pensar: sobre este principio se apoya siempre la barbarie».

Una respuesta más directa fue la replica de la autora: «A ningún hombre razonable se le ocurriría intentar limpiar las manchas de tinta con tinta. Sólo la sangre se lava una y otra vez con sangre[37]».

En estados marcadamente dominados por un espíritu militar, como era el caso de Austria-Hungría y Alemania, el compromiso antibelicista de la autora no fue siempre bien recibido. Para los círculos políticos conservadores se trataba de la visión de una *mujercita*, según el principio general de que la guerra no es tema de mujeres. También se la acusó de traidora a la patria y a la religión. Con *¡Abajo las armas!* la autora había instaurado una imagen de contraste frente a la ideología dominante en su época que en muchos círculos no era bien recibida. También el, por aquel entonces, escolar de dieciséis años Rainer Maria Rilke se sumó a la campaña de menosprecio con un poema anti Suttner:

> Válido para los hombres egregios de todos los tiempos
> el reconocimiento más bello, más elevado de su aspiración,
> luchar y pelear para la patria,
> como hombre íntegro y como hijo fiel.
> […]
> Tomad nota: no existe *la deposición de las armas*,
> ¡porque no hay paz sin armas!
> Por eso empuñad el sable en la derecha,
> no lo dejéis nunca caer de la mano
> y si la necesidad apremia —entonces estad preparados para esgrimirlo,
> preparados para morir para la patria[38].

Pero en especial Karl Kraus encabezó una campaña de burla contra Bertha von Suttner que duró varias décadas. Hubo épocas en que la autora sufría por las constantes burlas y caricaturas que la prensa recogía, pero también momentos en los que se divertía recopilando algunas de ellas; con cierto grado de vanidad, cita por ejemplo la frase aparecida en un periódico: «¿Quién grita *Abajo las armas*? Una marisabidilla histérica ha empezado a pipiar[39]».

La historia de la vida de la condesa Martha Althaus pretende remover las conciencias. Los argumentos de los que aprueban la guerra están puestos en boca del general, y demuestran cómo éstos acosan al lector en su realidad diaria, además son presentados de una forma racionalmente comprensible y al mismo tiempo rechazados. En las escuelas, en las universidades, en la iglesia se educa a las nuevas generaciones para despertar en ellas «las virtudes más hermosas»: el valor, el espíritu de abnegación y de sacrificio. La guerra debe ser considerada como el factor más importante de civilización y de progreso en todos los órdenes. En las escuelas

militares, los grandes conquistadores, los fundadores de imperios, tales como Alejandro Magno, César y Napoleón, son presentados como los ejemplos más sobresalientes de la grandeza humana. Pero la acción de la novela aporta la contraprueba. Desenmascara el embrutecimiento que entraña la guerra, la degeneración física y psíquica oficialmente acallada y el lector debe concienciarse de que las razones de estado hay que tomarlas con precaución y que la guerra es un crimen, una forma de aniquilación que debe ser combatida. El aspecto idiomático apoya también esta intención, porque la palabra «guerra» se sustituye por otras expresiones clarificantes que revelan sin disimulo su verdadero carácter: *anbefohlenen Völkermord* (genocidio decretado), *Mordarbeit* (trabajo de la muerte), *Blutarbeit* (trabajo sangriento), *Mordpflichten* (obligaciones de la muerte).

Esa intencionalidad de efecto sobre el lector se ve reforzada sobre todo por haber sido elegida una mujer como protagonista central.

Cuando Martha Althaus narra la historia de su vida, es perceptible la cercanía con la biografía de la autora; sobre todo son reconocibles aquellos aspectos que tienen que ver con las aspiraciones juveniles. No obstante, predomina el elemento ficcional, la novela es una historia imaginaria sobre la vida de una condesa austriaca.

Hoy en día la historia puede tener un interés extraliterario, el de servir de fuente histórica sobre la manera de vivir, sobre el modo de pensar de la nobleza en la segunda mitad del siglo XIX, dado que en este sentido la historia no escatima en detalles. De niña, Martha siguió las pautas educativas impuestas por su padre, completaban su infancia los grandilocuentes avatares que el padre le contaba sobre sus propias hazañas bélicas. Sentía rabia por no ser un muchacho para poder empuñar las armas algún día, salir victorioso de alguna batalla, ser parte de la Historia y poder, dado el caso, hacer variar el destino de su país. El único consuelo que le quedaba era el matrimonio. Como era de esperar, Martha se casa con un conde que, por supuesto, era oficial del ejército imperial. A su primer hijo se le inculca desde muy temprano la afición a «jugar a la guerra»; desde su nacimiento, los padres, a modo de juego, le otorgan diferentes rangos militares que hacen coincidir con sus cumpleaños. No se pone en duda la vocación militar para el primogénito: el niño será militar como su padre y su abuelo. Con la declaración de guerra en el Norte de Italia en 1859, el juego deja de ser juego para convertirse en tragedia: con apenas veinte años, Martha se convierte en viuda y su hijo en huérfano.

Empiezan las reflexiones, el cambio en el modo de pensar. La historia de la vida de Martha se convierte en la historia de una transformación. La joven viuda aprende poco a poco a reafirmarse, a imponerse frente a su padre. Confronta su experiencia de la realidad en que vive con el discurso masculino sobre esa misma realidad y no haya correspondencia alguna, porque sus experiencias personales han refutado todos aquellos avatares en torno a la guerra que de niña oyó contar una y otra vez a su padre. Es capaz de liberarse de los patrones adquiridos y saca sus propias consecuencias: no encuentra ninguna justificación para la guerra.

Los nuevos conocimientos no impuestos, sino adquiridos por su ansia de saber, determinaron su vida futura, y culminaron en la demanda que llegó a ser el motivo central: «¡Abajo las armas!». Este motivo desarrollado de forma sistemática recorre toda la novela; por primera vez aparece cuando Martha, durante la guerra contra Dinamarca en 1864, conoce los intentos de mediación para conseguir un armisticio:

> ¡Qué suspiro de satisfacción arrancó en mí la palabra armisticio! ¡Qué consuelo para la Humanidad, pensé yo entonces, por primera vez, si de un confín a otro de la Tierra resonase el grito: «¡Abajo las armas!»…, abajo para siempre! Anoté en mis cuadernos rojos esas tres palabras, pero a continuación, entre paréntesis, añadí: «Utopía».

La idea le infunde esperanza, pero también dudas ¿acaso no sea esta demanda una completa chaladura? Su diario da cuenta de los nuevos pensamientos y de sus vacilaciones, e incluye la palabra: «Utopía». No obstante, Martha ha encontrado una nueva idea que le ayudará a asimilar sus experiencias, a ponderarlas y a perseguir una nueva meta vital.

La elección como protagonista de una mujer, que sufre a causa de las guerras y que se purga a través del sufrimiento, es lo que hace que en la novela el pensamiento pacifista sea transmitido al lector no sólo por medio de ideas abstractas. Éste puede llegar a ser una vivencia, despertar sentimientos y pasiones, como se pone de manifiesto en la vida de Martha Althaus. Esta figura es sin duda el logro creativo de la novela.

No es un juicio aventurado ni radical el considerar el conjunto de la obra literaria de Bertha von Suttner, desde la perspectiva actual, irremediablemente anticuada; un caso o ejemplo habitual de obras que no han soportado el paso del tiempo. Por lo general, sus figuras son descoloridas y en sus bocas la autora pone sus propios pensamientos en un tono más o menos doctoral; sin embargo, en *¡Abajo las armas!* esto no ocurre. Martha Althaus es una figura literaria que puede pretender hacerse un sitio en la memoria del lector como otras lo han alcanzado: el Grischa de Arnold Zweig[40], el cabo de Ludwig Renn[41] o el narrador Paul Bäumer en *Im Westen nichts Neues (Sin novedad en el Oeste)* (1929)[42]. El dolor de Martha y su transformación en lucidez sigue siendo convincente para el lector moderno, a pesar de que el patetismo poco habitual con que son presentados y valorados algunos acontecimientos resulte hoy en día ridículo. Las exaltadas expresiones para manifestar estados de alegría, dicha, amor o dolor son para el lector del siglo XXI, sobrio y comedido, desorbitadas.

Y sin embargo, Bertha von Suttner ha sido pionera también al describir los pesares de la guerra desde la perspectiva de una mujer y bajo una postura marcada por el razonamiento: ¿acaso puede pensarse en alguien mejor para expresar qué supone la perdida de una dicha, un amor, una vida que aquella que ha sacrificado dos

maridos en la guerra? En la literatura alemana, han sido muy pocos los escritores que después de ella lo han intentado desde esta óptica, y los escasos ejemplos vuelven a ser obras de mujeres: Adrienne Thomas en *Katrin wird Soldat (Kathrin se hace soldado)* (1930) y las narraciones orales de Emma Tromm recogidas en 1932 por Paul Dornberger. Después, casi cincuenta años de silencio, hasta la aparición de *Kassandra* (1983), de Christa Wolf.

No cabe duda de que la autora se vale de modelos literarios en boga entre los círculos nobles y burgueses de su época: la novela amorosa, bien recibida por el público y objeto de discusión en periódicos y salones. Ella concibe una novela antibelicista y al mismo tiempo una novela amorosa, que narra fundamentalmente la historia de amor entre Martha y su segundo marido, el barón von Tilling. Escenas de la vida en pareja aparecen junto a las calamidades en los campos de batalla. Este contraste refuerza el efecto intimidatorio de estas últimas.

Merece la pena también detenerse en algunos medios estilísticos que el libro presenta y que desde la óptica del lector actual no serían reseñables, pero que en su momento habría que calificar de innovadores y anticipo de recursos «modernos»: la narración reflexionada, el *flash-back*, la técnica del montaje (la inclusión de documentos históricos en una historia ficticia) en un texto escrito hace más de un siglo. Martha Althaus narra la historia de su vida desde el final de ésta. Rememora los acontecimientos apoyándose en las notas de su diario. Al tiempo que va narrando, examina minuciosamente su vida, se pregunta sobre las causas de su transformación, sobre aquello que la ha cohibido, que la ha hecho seguir adelante. El narrar se convierte así en una forma de autoclarificación.

Esto requiere la continua intervención de la narradora en cada uno de los sucesos y la demolición de la inmediatez: las vivencias de cuatro décadas son intelectualmente revisadas, comentadas, valoradas desde la retrospección que supone la perspectiva y la experiencia ganada en el año 1889: «A los diecisiete años era yo una muchacha de temperamento muy exaltado. Algo de lo que dado el tiempo transcurrido no me acordaría hoy muy bien, si no tuviese mi diario, donde se encuentran anotadas las ideas extrañas que entonces llenaban mi aturdida y linda cabecita», se dice al comienzo de la novela.

Es importante que la narración reflexionada de una historia individual esté intercalada por sucesos de índole histórico acaecidos realmente. Para ello, en la preparación de la obra, la escritora hizo un amplio acopio de fuentes históricas, periódicos y fuentes de archivos, también los informes redactados por los corresponsales de guerra, médicos militares y otros testigos oculares, con la intención de realizar una reconstrucción de la realidad histórica. Las experiencias de los personajes ficticios se corresponden con experiencias históricas. Su destino se decide en su confrontación con los sucesos reales, lo individual en el punto de intersección de los acontecimientos objetivos; tal como Suttner hace proceder a su protagonista, agotando infatigablemente las fuentes históricas, analizando el trasfondo político para

así apropiarse de una conciencia histórica que a su vez transmite al lector. Bien es cierto que aquello que al lector de la época servía de ilustración y medio para seguir el cambio ideológico de la protagonista puede resultar tedioso al lector actual. Pero válido es aún lo que la autora saca a la luz a través de la trayectoria vital de Martha: la conclusión de que las guerras no son sucesos naturales, como los terremotos o las tormentas, y por tanto incontrolables, recurrentes y regulares. De las guerras son sólo responsables los hombres, los únicos responsables en su afán de extender su esfera de poder e influencia. En esta imagen de los ávidos de poder hace no obstante una diferenciación. No se considera como tal al ciudadano de a pie, a la clase trabajadora; éstos no necesitan ninguna guerra. Pero el pueblo puede ser manipulado por aquellos que ostentan el poder. La guerra austro-prusiana contra Dinamarca por la cuestión de los ducados de Schleswig-Holstein le hace abrir los ojos a Martha:

> ¿Acaso no veían ambos pueblos que eran únicamente sus dirigentes los que se disputaban la posesión de un territorio y el poder, que en este caso, por ejemplo, no se trataba de su bienestar o de sus sufrimientos, sino de los deseos del príncipe del Protocolo y de los de Augustenburg?

En último extremo, hace a la nobleza y a la clase militar responsable de la situación nefasta en la Europa de entonces. Por ello exige que los gobiernos que han impulsado las guerras sean llevados y juzgados ante un tribunal.

A pesar de todo, la autora no renuncia a intentar dirigirse también a los altos representantes del Estado. Junto a todas las críticas que Martha Althaus arroja a los impulsores de las guerras, lanza su mirada llena de esperanzas a cada uno de los soberanos: el emperador austriaco y Napoleón III de Francia. En ellos quiere reconocer un interés por salvaguardar la paz, y muestra a Francisco José profundamente conmovido en el campo de batalla de Sadowa en el día de luto por los caídos en 1866.

Con su técnica de montaje incorpora al propio texto recortes de periódico, tratados, documentos; y además hace intervenir en la historia a personalidades históricas. Por medio de la estrecha combinación de figuras de ficción envueltas en acontecimientos históricos, modifica la autora el esquema fijado por ella misma para la novela. Remodela la novela de entretenimiento, para ampliarla y convertirla en una novela histórica, pero también en una novela social. Todo ello va acompañado de un cambio de función: si, por lo general, la novela sentimental sirve para ratificar modos, costumbres y formas de vida profundamente arraigados; Suttner utiliza su novela histórica contemporánea y social para cuestionar la tradición y romper con ella. Intenta colocar una alternativa histórica a la política bélica de los Estados de su tiempo; de modo que la novela pasa a ser al mismo tiempo un escrito propagandístico del movimiento pacifista. Todo cuanto hasta entonces la autora sabía sobre el movimiento pacifista lo recoge en su libro. Pero coloca la ideología pacifista en una

tradición humanística que recuerda a las ideas de esta índole expresadas en la Antigüedad por Aristófanes, Sócrates, Terencio, Cicerón o Virgilio, pero también a los franceses Sully y Saint-Pierre, al tratado *Zum ewigen Frieden (La paz perpetua)*, de Immanuel Kant. En todos ellos descubre la autora que la idea de conseguir la paz mundial se ha tenido en cuenta desde la Antigüedad, de ahí que para ella el movimiento pacifista sea una herencia y una continuación de una idea que ha ido fraguándose durante siglos.

Esta aspiración se hace claramente patente en un personaje. Si el general Althaus es la representación de la ideología militarista, el barón von Tilling, segundo marido de Martha, sería el paladín de los ideales pacifistas.

Interesante es observar que, en cierto sentido, la escritora no rompe con las reglas de pensar y modos de comportamiento dominantes. Allí donde en la novela se hace necesaria una actuación social para intentar dar un giro práctico al nuevo ideal antimilitarista, la autora recurre a una figura masculina. Martha puede sólo inducir ideas, formular preguntas, apropiarse de formas de pensamiento desacostumbradas, pero como mujer no puede conquistar una nueva posición en la sociedad. Una tarea fuera del núcleo familiar le está vetada. Su papel social está prefijado. Será siempre la fiel ayudante de su marido. La autora también se ha definido como simplemente una «ayuda» y con su novela ha pretendido poner un granito de arena a la liga en pro de la paz. Cuando concluyó el manuscrito, era inconcebible para Bertha von Suttner que a partir de entonces su vida fuese a cambiar. Su personal participación como representante del movimiento pacifista era algo que ella no podía imaginar entonces. Tampoco el éxito de su novela.

El personaje de Friedrich von Tilling, en un principio también oficial y con participación en dos campañas, se retira del ejército tras la guerra de 1866, después de haberse producido en él una transformación en su modo de pensar acerca del Ejército austriaco. En París comienza a estudiar los principios del Derecho Internacional y de los Derechos Humanos, sigue los principios de Henri Dunant; también en París establece contactos con los representantes del movimiento pacifista, e intenta organizar un congreso que reúna a los amigos de la paz.

> —He pedido el retiro —decía— impulsado por una convicción adquirida precisamente durante la guerra. Quiero de hoy en adelante alistarme en el ejército de la paz. Poco numeroso es hoy, sus combatientes no disponen de otras armas que la conciencia del derecho y el amor a la Humanidad; pero no importa, quien combate por estas causas, tarde o temprano triunfa.

Tilling es también el que formula los principios ético-morales de manera programática, los principios según los cuales debería regirse el nuevo orden. Los principios humanísticos que han empezado a regular la vida de los individuos los traspone a la convivencia entre los pueblos.

Junto a su marido, Martha aprende a comprender el mundo y a encontrar su lugar en la vida. En este contexto despliega la autora su segundo motivo central, estrechamente unido a la exigencia de «¡Abajo las armas!», y ambos motivos constituyen el mensaje de la novela. Se presenta a Martha como una mujer que sola no puede aprender a detestar la guerra. Su creciente amor a la paz parte de un programa mayor: ella busca el sentido de la vida. Con el relato de su biografía quiere dar respuesta a una cuestión: ¿qué puede considerarse como *lo más importante* en la vida de cada individuo?

En su juventud, su comportamiento, sus actos han sido determinados por el padre. Éste trata las pretensiones de individualidad de su hija con el mandato de que éstas se correspondan con el orden estatal establecido y acepte que los principios más importantes son el servicio al Estado y el sacrificio por la patria:

> —Hija mía, la vida de un Imperio, la vida de un Estado tiene destinos más altos, de duración comparablemente mayor que la de los individuos. Éstos desaparecen generación tras generación, pero el Estado no sólo subsiste, sino que debe crecer en poderío, en territorios, en gloria; si se detiene, si se interrumpe, si es vencido por otros imperios, entonces desaparece. Es preciso, pues, que todos y cada uno de los miembros que integran el Estado persigan como objetivo supremo la grandeza, la prosperidad, el poderío de su imperio.

Este punto de vista es la consecuencia lógica de su aceptación de la guerra y pertenece a los constantes intentos de justificar la muerte en los campos de batalla. Sin embargo, en la medida en que Martha aprende a descubrir las hostilidades humanas y culturales de la guerra, no acepta un Estado que abusa de los pueblos con fines bélicos. Ella defiende el derecho de cada ser humano a ansiar la felicidad personal, a una vida plena. Y aprende de su marido que lo individual y lo general no están reñidos, sino que aportan armonía y consenso. Junto a él reconoce Martha que el trabajo a favor de la paz entre los pueblos es una tarea a la que ella puede dedicar su vida y que le procura la autoafirmación y un sentimiento de dicha, aunque el camino que hay que seguir sea difícil y lleno de privaciones. La máxima vital que surge al final de este proceso de aprendizaje y transformación la pronuncia Tilling, pero también Martha cuando reconoce su vocación vital. Ambos habían puesto sus esperanzas en Napoleón III y sus promesas de desarme, pero éstas no se llevan a cabo, Tilling dice:

> —Todavía no ha llegado la hora —dijo Friedrich cuando nos comunicaron estas noticias—. Me siento forzado a renunciar a la esperanza de obrar personalmente. Es tan poco lo que puedo hacer. Pero debo obrar de forma razonable… Mi contribución es ciertamente insignificante. Y sin embargo, desde que tengo conciencia de mi deber, esta pequeñez que puedo aportar constituye

para mí una obligación. Por eso estoy resuelto a perseverar en mis trabajos.

Con la muerte de Tilling en París en 1871, víctima de los desmanes nacionalistas y las revueltas tras la guerra, Bertha von Suttner interrumpe la acción de la novela; de seguir se hubiera visto obligada a enfrentarse a la Unificación Alemana del canciller Bismarck y a los peligros de una nueva guerra. Sin embargo, el epílogo con el cual concluye el libro desde la perspectiva del año 1899 revela su conocimiento de que la Historia europea se encuentra en una encrucijada. Desde la muerte de su marido, Martha intenta continuar su obra, dentro de sus posibilidades. Hace de su hijo un fiel adepto del pacifismo para que siga trabajando en la obra de Tilling. Pero el camino está plagado de dudas, como deja dicho al final del libro.

Bertha von Suttner, ¿escritora, conferenciante, aventurera, pacifista, feminista?

> Gentes que han viajado mucho, que conocen varias lenguas y en ellas han leído mucho y de esta forma se han apropiado de lo mejor del espíritu de las diferentes naciones, se sacuden sus faltas nacionales también en los rasgos externos. Como ingleses no son estirados, como alemanes no son pesados, como franceses no superficiales y vanidosos, como italianos no son comediantes y como americanos no caen en la vulgaridad. Propagan por doquier el tipo perfeccionado de una nación recién nacida y que debe conquistar el mundo: la nación de los ciudadanos del mundo[43].

Este párrafo de la novela *High Life* (1886) describiría el credo cosmopolita, libre de la atadura del orgullo nacional, que el matrimonio Suttner defendía desde su postura política de liberales progresistas[44] y su defensa de un nuevo código entre las naciones y los individuos. Mujeres provenientes de la aristocracia como Bertha von Suttner tenían acceso a la educación sólo por la vía privada. En aquella época no había instituciones públicas de enseñanza para mujeres[45]. En sus novelas, la autora aborda el tema y critica la idea del matrimonio como simple forma de asegurarse un sustento, también la escasa y velada educación sexual y la doble moral. Además, censura la imposibilidad de educación y formación para las mujeres, lo que las reduce a una mera figura decorativa y a una bella posesión del marido. Suttner pertenecía por

su modo de vida y por su éxito como escritora y pacifista al grupo de las primeras representantes de una nueva generación de mujeres seguras de sí mismas, aunque la diversidad de problemas que ella soportó por su vida poco convencional fuese amplia. En ella aparecen el evolucionismo, el feminismo, el pacifismo, el filosemitismo y los principios democráticos en relación directa; o en su inversión, al enfrentarse contra el antifeminismo, el militarismo y el antisemitismo.

En *La era de las máquinas* escribe un ensayo con el título *Die Frauen (Las mujeres),* en el que pone en práctica una amplia crítica a la posición de las mujeres de cara al cambio de siglo (Suttner, 1891: 87-128). Punto por punto discute los prejuicios más profundamente enraizados contra las mujeres. Con todo un inventario de existencias, la autora defiende la idea de que la sociedad prescribe a los sexos determinadas virtudes y atributos: limpieza, moderación, indulgencia, coquetería, vacuidad intelectual y falta de independencia a las mujeres; y coraje, carácter pendenciero, desenfreno, rigor, facultad intelectual y energía a los hombres (Suttner, 1891: 102); de ahí que defendiera que sólo un cambio en la sociedad podría suponer una variación en el papel que los sexos tienen asignado en ella. La autora no olvida que son los hombres quienes marcan la organización de la sociedad. Suttner se opone al tópico «Kraft ist Gewalt» (fuerza es violencia) (Suttner, 1891: 91), revulsivo contra la emancipación de la mujer. Para ella, esa mayor fuerza física de los hombres ha sido la causa histórica para la sostenida superioridad de éstos. El principio de la violencia, que para Suttner supone el desencadenante de las guerras, hace despertar en ella repugnancia ante el hombre belicoso. La clave para la liberación de la mujer está en la educación. Sólo así estarían las mujeres en condiciones de ejercer una profesión, participar en la vida pública y llegar a conseguir una autonomía económica. Suttner reclama también el derecho al voto para las mujeres (Suttner, 1891: 154-179) que en Austria no entró en vigor hasta 1918. Denuncia cómo las mujeres han sido educadas con la única meta de conseguir un buen partido, algo que lograrían con mayor posibilidad si son «schön, dumm und keusch» (guapas, tontas y castas) (Suttner, 1891: 123). En su percepción de la sociedad no repara en sacar a la luz otro tema delicado: la mojigatería reinante en combinación con la sexualidad femenina, uno de los tabúes más peliagudos de la época. Ella hace responsable a la Iglesia, que niega y ha convertido en tabú el erotismo y la sexualidad, lo que ha llevado únicamente a la hipocresía y a la práctica de una doble moral.

Aunque Bertha von Suttner presentó una postura ofensiva a favor de los derechos y las oportunidades de las mujeres, del derecho al voto, la apertura de instituciones de enseñanza, la actividad laboral y la independencia económica, no encontró ninguna adhesión por parte de los movimientos feministas de su época. Este hecho es típico en las relaciones (o no relaciones) entre los movimientos pacifistas y feministas entre 1860 y 1914. Tampoco entre las diferentes asociaciones femeninas, por ejemplo, católicas, proletarias, había ninguna conexión y cada una actuaba independientemente: «Para las obreras era la posición en la producción su enfoque

hacia la emancipación, para la mujer burguesa era el sexo su enfoque hacia la igualdad de derechos[46]».

Los años de estudio conjunto con su marido, durante su elegido exilio en el Cáucaso, hicieron despertar en ambos una postura crítica frente a la Iglesia. Con espanto e indignación supieron, a través de los numerosos periódicos a los que estaban suscritos, del creciente ambiente antisemita en Rusia[47] y Austria. Fue entonces cuando empezó a surgir en Arthur la idea de una asociación que combatiese el antisemitismo. También en aquellos años estableció contactos con logias masónicas austriacas y alemanas; si llegó a pertenecer a alguna de ellas, es algo que hasta hoy no se sabe.

En las muchas páginas que se han escrito sobre la hoy en parte olvidada Bertha von Suttner, no han faltado las imprecisiones, las anécdotas supuestas pero no probadas, las imágenes románticas estereotipadas; incluidas aquellas que se refieren a su insinuado romance con Alfred Nobel; todo ello, producto de una exaltada veneración hacia su persona, ha transmitido una imagen falsa de ella. Correctivos de ésta serían las biografías de Brigitte Hamann, Beatrix Kempf y Christian Götz (véase Bibliografía).

A la escritura le llevó la necesidad, el intento de buscar un sustento en Georgia, no la ambición literaria[48]. No fue la primera mujer en el espacio cultural alemán que escribió para diferentes y numerosos periódicos y revistas, pero sí la primera que se dedicó a esta actividad de forma desenfrenada[49], algo que tiende a olvidarse, dado que su popularidad se asienta fundamentalmente en el hecho de haber sido galardonada con el Premio Nobel de la Paz (primera mujer merecedora de un Nobel en solitario). Su inmensa productividad ha supuesto que todavía muchos de sus artículos y publicaciones no se hayan vuelto a encontrar. Su lema a la hora de trabajar lo tomó de Victor Hugo: *Nulla dies sine linea*[50]. La extremadamente ambiciosa Bertha trabajaba cada día varias horas y presentaba siempre en sus escritos y novelas cómo quería que se la viera: como una moderna escritora comprometida con el Naturalismo y el Realismo. «El escritor debe ser útil, ensalzar, deleitar; debe servir a la verdad, a la justicia y a la belleza, apartar prejuicios que inhiban la alegría; ayudar a acabar con la superstición y la oscuridad[51]». Su valoración se inclina hacia aquellos escritores «que no extraen de libros y siempre de libros, que vuelven a escribir lo ya leído, sino aquellos que estudian la vida, para conjurar sobre el papel los sentimientos, los detalles, las impresiones, tal como son, aun palpitantes, y empapados de realidad[52]». Se ocupó con gran interés de la literatura moderna del Realismo, sobre todo de los escritos de Zola. En su artículo de 1888 sobre el cometido del arte en la época moderna *Wahrheit und Lüge (Verdad y mentira),* critica el arte «antiguo» por ser el arte de la mentira. La veracidad, sin callar la fealdad, se convirtió para ella en criterio del nuevo arte. Y el realismo en su ideal. Por ello, en sus novelas y artículos sólo podía, con escasas excepciones, escribir sobre lo que le

era familiar: sobre la vida y las condiciones de la nobleza austriaca en el siglo XIX. Sus evocaciones detalladamente realistas de la vida cotidiana de la aristocracia son una fuente inagotable de información para los sociólogos.

La precariedad de su situación económica (casi una de las constantes de su vida) la obligó a producir sin cesar «literatura para consumo inmediato», y, en el peor de los casos, para un género que la autora desdeñaba: la *Frauen roman* (novela femenina). Desde Georgia, envió sus primeros relatos por entregas, eran historias ambientadas en el mundo de la aristocracia y en las que el tema del amor correspondido o truncado era el núcleo central que movía la trama. En uno de sus primeros relatos, fiel al esquema del género, *Aus der Gesellschaft. Blätter aus dem Tagebuch der Gräfin X (De la sociedad. Páginas del diario de la condesa X),* publicado en 1881, aparecen amplias y detalladas descripciones del transcurso del día en una quinta: las partidas de cartas, las veladas realizando labores, la lectura de libros piadosos, los chismorreos, los recitales de piano, las fiestas y los bailes; y todo ello aderezado por cuitas amorosas; con ello, el éxito estaba garantizado entre un público femenino ansioso de leer semejantes historias de la aristocracia. De haberse limitado a este tipo de publicaciones de pocas pretensiones, la historia de la literatura no se hubiera ocupado de ella. Como tampoco consiguió ganar aprecio entre los miembros de la nueva generación de escritores vieneses (Hugo von Hofmannsthal, Arthur Schnitzler, Hermann Bahr o Karl Kraus). Sobre el *feuilleton*[53] *Weihnachten bei der Prinzessin Stephanie in Oroszvar (Navidades en casa de la princesa Stephanie en Oroszvar),* publicado en 1907, Karl Kraus hizo el siguiente comentario: «[el *feuilleton*] pertenece a la más oportuna asquerosidad que la prensa cateta nos puede regalar en estas sagradas fiestas[54]».



Caricatura aparecida en *Die Muskete*, 25 de marzo de 1909.

Era una constante que durante el trabajo en un manuscrito la autora estuviese a la espera del giro del anticipo correspondiente, como lo era el permanente apremio de tiempo con el que tenía que enviar sus escritos, así como otros condicionantes propios del trabajo por encargo. En las novelas por entregas era normal la inexistencia de un plan previo, dado que se dependía de las exigencias que la revista iba poniendo. Así, en su novela de 1894 *Vor dem Gewitter (Antes de la tormenta)* los protagonistas, una pareja de enamorados, mueren de repente víctimas de un rayo; ese abrupto final no venía condicionado por la trama del relato, sino por el número de páginas que a la autora le habían ofrecido para desarrollar su obra.

En otros aspectos, es únicamente la autora la responsable de determinadas formas de proceder: la repetición del contenido de libros que habían alcanzado éxito. Así, la idea fundamental del *best-seller ¡Abajo las armas!* (1889) vuelve a reconocerse cinco años más tarde en *Antes de la tormenta*, aunque éste no es el único caso. Bertha von Suttner no retrocedió ante la idea de comercializar experiencias de su vida privada,

como en la monografía marital *Es Löwos* (1886) o los recuerdos tras la muerte de su marido en *Briefe an einen Toten (Cartas a un muerto)* de 1904. Consecuencia de estas y otras formas de proceder y la reducida calidad literaria de algunos de sus libros y artículos fue la causa de que éstos no encontraran la aceptación de las editoriales. La autora explicó en varias ocasiones que no quería servir al concepto abstracto del arte, sino que tenía la ambición de difundir, ilustrar y enseñar con sus libros el saber y los nuevos conocimientos (Hamann, 2009: 100).

Es posible hablar de tres principios sobre los que se asienta el modo de pensar de la autora y de los que se desprende su ideología personal: en el terreno de la literatura, sobre todo de finales del siglo XIX, el estilo y el contenido de sus novelas han dejado de ser acordes con la época, a pesar de la adopción de algunos rasgos de las nuevas corrientes estilísticas. En lo que se refiere a sus concepciones políticas, se muestra marcadamente emancipada y crítica frente a la sociedad; en su parecer teórico-científico estaba, sin duda, cautivada por las corrientes evolucionistas del momento.

A pesar de todas las ideas progresistas y las ambiciones literarias, la pareja Suttner no pudo seguir a la nueva generación de escritores; y no sólo porque escribiesen de una manera «anticuada», y porque «artísticamente estaban muy por debajo» (Hamann, 2009: 293), sino porque en el nuevo esteticismo del *Wiener Fin de Siècle* no armonizaba la *littérature engagée*, ni las novelas de tesis[55] de Bertha von Suttner. Hermann Bahr escribió al respecto: «Los Suttner, negados por la escuela de los Jóvenes Austriacos, posiblemente tampoco hubieran tolerado que se les llegase a incluir en ella, aunque por lo menos habrían pertenecido a los primeros mensajeros, a la avanzadilla de ésta[56]». De ahí que a partir de 1900 sus obras tuviesen cada vez menos éxito. En el fondo, Bertha von Suttner hubiera preferido desde hacía algunos años dedicarse únicamente a escribir artículos periodísticos sobre problemas de la actualidad y sobre el desarrollo y evolución de las ideas pacifistas, pero éstos no le aportaban una remuneración económica suficiente, y tuvo que seguir, en no pocos casos, debatiéndose con las editoriales para que publicaran sus novelas. En 1911 reconoce resignada: «De mucho es culpable mi nombre literariamente muerto. No tiene ningún valor en el mercado. Para el público la pacifista ha asesinado a la escritora[57]». Ella leía la «nueva» literatura, asistía a las representaciones de las piezas de Arthur Schnitzler[58]; le entusiasmaba *El pato salvaje* de Henrik Ibsen y preguntaba a Alfred Nobel acerca de su opinión sobre *Alegato de un loco* de su compatriota August Strindberg, que ella consideraba «sencillamente horrible». Y constataba: «Sorprendente, cómo ha evolucionado la forma de escribir de la nueva generación con respecto a la nuestra. ¿Es eso nuevo? No sé. ¿Fascinante? Sí[59]».

La biografía de Christian Götz lleva por título *Die Rebellin Bertha von Suttner (La rebelde Bertha von Suttner)* y no es equivocado calificarla de rebelde, ya que de manera consecuente se rebeló contra la injusticia social, la violación de la dignidad humana, los abusos sociales de todo tipo, incluso cuando con sus opiniones disparaba

más allá de su meta. La rebelde no era sin embargo una revolucionaria, porque no aspiraba a una revolución en la sociedad. En ella siempre hubo una disensión: en sus ideas, liberal, progresista, democrática; en su estilo de vida, apegada a su origen, orgullosa de su linaje y con predilección por el brillo que éste confería (Steffahn, 1998: 93). No faltan los historiadores que la han descrito como una figura trágica o una idealista ajena a la realidad; no es justificable sino discriminatorio presentarla como una figura conmovedora o incluso extraña (Götz, 1996: 200-201). Decidida estaba en demostrar que un individuo en solitario puede influir en el curso de los acontecimientos, ella representaba el polo opuesto al nihilismo terapéutico. En una sesión de debate del club pacifista de la Universidad de Viena, puso en tela de juicio la opinión mantenida en la época de que nadie puede por sí solo alterar la historia. Aunque estaba convencida de la utilidad de sus esfuerzos, respetó a hombres como Ludwig Gumplowicz, cuyo pensamiento se enmarcaba en el darwinismo social, que, contrariamente a ella, estaban convencidos de la inevitabilidad del conflicto. Al igual que otro filántropo vienés, Johann Nepomuk Wilczek, explorador del Polo Norte y mecenas, intentó demostrar cómo un ciudadano solo podía vencer la inercia y triunfar sobre la indiferencia.

Tras la Primera Guerra Mundial, Bertha von Suttner fue cayendo en el olvido. En 1999, el periódico *Der Standard* realizó una encuesta entre sus lectores acerca de cuáles eran las austriacas más importantes del siglo XX. Los puestos de honor los ocuparon Ingeborg Bachmann y la esquiadora Annemarie Moser-Pröll[60].

Ella había pronosticado en 1910 que en 100 años el entonces continente europeo armado hasta los dientes evolucionaría, gracias a toda una serie de alianzas, hacia una Europa unida.

Stefan Zweig hizo de ella la siguiente semblanza:

> Al día siguiente, por casualidad, encontré a Bertha von Suttner, la magnífica y generosa Casandra de nuestro tiempo. Aristócrata, perteneciente a una de las primeras familias, había asistido en su más temprana juventud, en el castillo de su familia, en Bohemia, a los espantos de la guerra de 1866. Y con la pasión de una Florencia Nightingale abrazó una misión a la que consagró su vida: impedir una segunda guerra, la guerra en general. Escribió una novela, *¡Abajo las armas!*, que fue un éxito mundial; organizó un sinfín de asambleas pacifistas, y el triunfo de su vida consistió en que logró despertar la conciencia de Alfred Nobel, el inventor de la dinamita; hizo que éste instaurara, a cambio de la desgracia que había originado con su dinamita, el Premio Nobel de la Paz y el entendimiento internacional. Vino a mi encuentro muy agitada. —Los hombres no comprenden lo que pasa —gritó en alta voz en medio de la calle, ella que tenía la costumbre de hablar con voz tranquila, bondadosamente serena—. Eso era ya la guerra, y nuevamente nos lo han ocultado y lo han mantenido todo en secreto. ¿Por qué no hacen nada los jóvenes? ¡A ustedes les importa eso en primer lugar!

¡Defiéndanse, estrechen las filas! ¡No dejen que lo hagamos todo nosotras, pobres ancianas a quienes nadie escucha! Le expliqué que estaba a punto de iniciar un viaje a París y que allí se podría, quizá, intentar una verdadera manifestación común. —¿Por qué sólo «quizá»? —insistió—. Las cosas van peor que nunca. ¿No ve usted que la maquinaria ya está en movimiento? Intranquilo como yo mismo estaba, me costó trabajo serenarla[61].

«¡Abajo las armas!» en España

¡Abajo las armas! se publicó por primera vez en español en 1906, lo hizo la editorial Heinrich de Barcelona y en el prólogo se leía:

El mes de diciembre de 1905 los diarios de todo el mundo publicaron un telegrama concebido en estos o parecidos términos: «La parte del premio Nobel destinada a recompensar los trabajos a favor de la paz universal ha sido concedida a la baronesa austriaca Berta de Suttner por su famosa novela *¡Abajo las armas!*». Y a pesar de que el adjetivo *famosa* aplicado por los periodistas del mundo entero era muy exacto, los españoles podrían haber añadido el de *desconocida… al menos en España* y también hubiesen tenido razón, […] el éxito de *Die Waffen nieder!* (así se titula en alemán la novela) ha sido excepcional en todo el mundo civilizado, y se ha traducido a todos los idiomas. Al principio los editores la rechazaron por atrevida, temiendo un fracaso editorial, dado el espíritu militarista de Alemania y Austria. Pero en 1890 un editor, más vidente que los demás, la publicó, viéndose recompensado por su acto de valor, pues agotó una edición de 26 000 ejemplares, otra popular de 30 000 y también una adaptación para uso de la infancia. En Inglaterra, M. Stead la ha publicado en su Colección de obras maestras, haciendo una tirada de 250 000 ejemplares[62].

Marcos Jesús Bertrán, en el periódico *La Vanguardia*, en una recensión de la obra apunta:

Las consideraciones que a la autora sugieren la observación de las personas y de las cosas están trasladadas al libro con minuciosidad artística ejemplar, las sensaciones puntualizadas con trazos sobrios, las consecuencias sacadas con una lógica que parece aprendida en los escritos de nuestra insigne Concepción Arenal.

> Más de una vez, recorriendo la páginas de *Die Waffen nieder!*, hemos dedicado un respetuoso recuerdo a la obra de aquella profunda pensadora. Ella también, la escritora gallega, sabe cantar las más crudas verdades, sin dar lugar a réplica, con una lógica sobria e irrebatible. Pero así como nuestra eximia socióloga trata los asuntos por el asunto mismo, en forma didáctica, la baronesa Suttner los desarrolla en forma novelesca evolutiva[63].

Bea Porqueres, en su contribución al catálogo de la exposición *Deposeu les armes! Tres creadoras contra las guerras. Bertha von Suttner, Käthe Kollwitz, Marga Ximenez* (Porqueres, 2005: 68-69), sugiere que tras el pseudónimo EME que firma el prólogo se encuentra la escritora gallega Emilia Pardo Bazán, quien también había publicado alguna obras en la editorial Heinrich y leía el alemán.

A la edición de 1906 le siguieron después la de Maucci, de hecho la misma versión publicada por Heinrich, y la de Prensa Moderna aparecida con posterioridad a 1914. En 1915, Sopena publicó otra edición traducida por Rogelio Z. Falguera. Durante los años 30, en concreto hasta 1937, las editoriales Maucci y Sopena siguieron publicando ediciones de la obra. *¡Abajo las armas!* no volvió a editarse en España hasta que el editor Francisco Mateu la recuperó y publicó sucesivas ediciones a lo largo de más de veinte años. Mateu, en los años 40, publicó el libro con el título *Historia de una vida* en la traducción de G. Muñoz Serra, y no dejó de publicarla en versiones y colecciones distintas hasta 1970. En esa década, las editoriales Petronio de Barcelona y Alonso de Madrid continuaron editando la obra. La última edición de la que tenemos noticia es la de Elección de Madrid en 1983. En una buena parte de las ediciones no figura la fecha de publicación y una constante en las diversas traducciones y reelaboraciones que hemos localizado es el presentar la obra incompleta, recortada y la traducción se basa en versiones francesas (aunque no se haga mención de este detalle), que reproducen muchas de las *belles infidèles* que las primeras ediciones al francés contenían. La exposición *Deposeu les armes!* en su homenaje a Bertha von Suttner en el centenario de la recepción del Premio Nobel presentó una amplia serie de ediciones de la obra y esperaba que por fin apareciese en el mercado editorial español una edición completa, crítica y moderna de *¡Abajo las armas!*

Por otro lado, tampoco existe un estudio en español sobre Bertha von Suttner, salvo una biografía novelada de Mariano Hispano con muchas imprecisiones y una gran dosis de fantasía.



Efigie de Bertha von Suttner en la moneda austriaca de 2 euros.

Datos biográficos

1843
9 de junio: Bertha Sophie Felicita, condesa Kinsky von Chinitz und Tettau, nace en Praga; es el segundo hijo del conde Franz Joseph Kinsky von Chinitz und Tettau, mariscal de campo del Ejército austriaco, y de Sophia Wilhelmina Körner. El padre muere antes del nacimiento de la niña.
La madre se traslada con los dos hijos a Brno.

1856
Traslado de la familia a Viena.
En los años siguientes hasta 1872 pasa algunos inviernos en París, también en Roma y Venecia. Los veranos transcurren en Wiesbaden, Bad Homburg, Baden-Baden, en el palacio Teikowitz en Moravia y en Baden, en las proximidades de Viena.

1859
Traslado de la familia a Klosterneuburg, en las inmediaciones de Viena.

1862
Compromiso matrimonial en Viena con Gustav von Heine-Geldern, el hermano menor de Heinrich Heine. Al poco tiempo se rompe el compromiso.

1864
Recibe clases de canto principalmente en Baden y en París (hasta 1871).
Conoce en Bad Homburg a Ekaterina Dadiani, princesa de Mingrelia.

1868
Segundo compromiso matrimonial, igualmente roto en París.

1872
Compromiso matrimonial con el príncipe Adolf zu Sayn-Wittgenstein. Éste muere en el barco que le llevaba a América.

1873
Verano: comienza a trabajar como institutriz en casa del barón von Suttner en Viena (hasta 1876), donde conoce al joven primogénito Arthur Gundaccar von Suttner.

1876
Se traslada a París para trabajar como secretaria personal de Alfred Nobel, pero regresa al poco tiempo a Viena.
12 de junio: boda secreta con Arthur Gundaccar von Suttner en Viena.
La pareja viaja al Cáucaso, donde permanecerá casi diez años en Mingrelia (Georgia

Oriental).

1878
Comienza a escribir. Su primer artículo aparece en un periódico vienés bajo el pseudónimo «B. Oulot».

1883
Su primera novela, *Inventarium der Seele (Inventario del alma)*, aparece bajo el pseudónimo «B. Oulot».

1884
Muerte de la madre.

1885
Mayo: regreso a Austria. La pareja se establece en el palacio de los Von Suttner en Harmannsdorf (Baja Austria).
Octubre: toman parte en el congreso de la Asociación de Escritores Alemanes en Berlín. «Wahrheit und Lüge» (Verdad y Mentira), el primero de los artículos para la revista *Die Gesellschaft* editada por Michael Georg Conrad.

1886
Escribe la novela *High Life*.
Hasta el invierno de 1887: estancia en París. Reencuentro con Alfred Nobel. Conoce a los editores Juliette Adam y Charles Buloz.

1888
Publica *Maschinenzeitalter (La era de las máquinas)* bajo el pseudónimo de «Alguien».
Escribe la novela *Schriftstellerroman (Novela de escritor)*. Comienza una larga cooperación con el editor de Dresde Edgar Pierson.

1889
Publica su primer libro con su nombre auténtico, la novela antibelicista *Die Waffen nieder! (¡Abajo las armas!)*. El libro pronto se convierte en un éxito mundial. Hasta su muerte en 1914, se imprimieron 210 000 ejemplares, y se tradujo a casi todas las lenguas europeas.

1890
Hasta el invierno de 1891: estancia en Venecia. Contactos con Marchese Benjamino Pandolfi y Felix Moscheles.

1891
Arthur von Suttner funda la Asociación para Combatir el Antisemitismo.

30 de octubre: Bertha von Suttner funda la Sociedad Austriaca de Amigos de la Paz y es elegida presidenta.
Establece contactos con los representantes de las Conferencias Interparlamentarias.
Noviembre: primera gran aparición pública en el III Congreso Mundial por la Paz en Roma. Apertura de una Oficina para la Paz en Berna, de la que es nombrada vicepresidenta.

1892
1 de febrero: primer número de la revista mensual *Die Waffen nieder* editada por Bertha von Suttner y Alfred Hermann Friedl en Berlín hasta 1899.
Último encuentro con Alfred Nobel en Suiza.

1893
Publicación de *Phantasien über Gotha (Fantasías sobre Gotha)*.

1896
10 de diciembre: muere Alfred Nobel en San Remo.

1897
3 de junio: hace llegar al emperador Francisco José I una lista de firmas a favor de un tribunal de arbitraje internacional.

1898
Muere su suegro. Arthur von Suttner se hace cargo de los negocios familiares en Harmannsdorf.

1899
Del 18 mayo al 29 de junio: es la única mujer participante en la I Conferencia Internacional de la Paz en La Haya, en la que se ponen las bases del futuro Tribunal de La Haya.

1902
Publicación de *Marthas Kinder (Los hijos de Martha)*, una continuación de *¡Abajo las armas!*
Abril: participación en el Congreso sobre la Paz organizado en Mónaco.
10 de diciembre: muere Arthur von Suttner.
Diciembre: se subastan las posesiones endeudadas de Harmmannsdorf. Bertha von Suttner se traslada a Viena.

1903
Primavera: estancia en Mónaco invitada por el príncipe Alberto I para asistir a la fundación del Instituto Internacional de la Paz de Montecarlo.
Mayo: viaje a Berna.

1904
Publica *Briefe an einen Toten (Cartas a un muerto).*
Otoño: viaje a Estados Unidos. Participa en el Congreso sobre la Paz en Boston. Es recibida por el presidente Theodore Roosevelt en la Casa Blanca.

1905
10 de octubre al 17 de diciembre: pronuncia diversas conferencias en veintiocho ciudades alemanas.
10 de diciembre: se hace pública la concesión del Premio Nobel de la Paz a Bertha von Suttner.

1906
18 de abril: ceremonia de entrega del Premio Nobel en Cristianía (Oslo). Imparte un ciclo de conferencias por Escandinavia. Es recibida en audiencia por los reyes de Noruega y Dinamarca.
En la editorial Edgar Pierson de Dresde aparecen los 12 tomos de sus obras completas.
Publica *Randglossen zur Zeitgeschichte: Das Jahr 1905 (Glosas al margen para la Historia contemporánea: el año 1905).*

1907
Publica la serie de ensayos *Stimmen und Gestalten (Voces y figuras)* y *Randglossen zur Zeitgeschichte: Das Jahr 1906 (Glosas al margen para la Historia contemporánea: el año 1906).*
15 de junio al 18 de octubre: participación en la II Conferencia de Paz de La Haya.

1908
Participación en la Conferencia de Paz de Londres. Es recibida en audiencia por Eduardo VII.

1909
Publicación de sus *Memorias*.

1911
Publica la novela *Der Menschenheit Hochgedanken. Roman aus der nächsten Zukunft (Pensamientos elevados para la Humanidad. Novela del futuro inmediato),* obra terminada en 1909 pero que no encontró editor hasta dos años más tarde.

1912
Publica la octavilla volante *Die Barbarisierung der Luft (La barbarie del aire),* también *Aus der Werkstatt des Pazifismus (Desde el taller del pacifismo).*
De junio a diciembre: segundo viaje a Norteamérica.

1913
Enero: la Fundación Carnegie le concede una pensión mensual.
¡Abajo a las armas! es llevada al cine.

1914
Preparativos para el Congreso por la Paz que se celebraría en Viena. Adquisición de una casa de campo en Rogatec (hoy Eslovenia).
Mayo: viaje a Estiria.
21 de junio: Bertha von Suttner muere a los setenta y un años en Viena. Conforme a su voluntad, sus restos son incinerados y depositados en una urna que se encuentra en Gotha.

Esta edición

La presente traducción de *¡Abajo las armas!* se basa en la primera edición de la obra publicada por la editorial Edgar Piersons de Dresde en 1889, con una división de la novela en seis libros, tal como apareció en la edición de 1892, realizada por la misma editorial.

Durante la elaboración de esta edición he contado con el apoyo y las bienvenidas sugerencias de Andreas Lampert, a quien expreso mi agradecimiento por su ayuda a la hora de interpretar y matizar algunos términos y giros que aparecen en el texto original.

Bibliografía

Literatura primaria

Obras completas

Gesammelte Schriften, 12 volúmenes, Dresde, E. Piersons Verlag, 1906, 1907.
Hanna, 1882.
Inventarium einer Seele, Leipzig, 1883.
Ein Manuskript, Leipzig, 1884.
Ein schlechter Mensch, Múnich, 1885.
Daniela Dormes, Múnich, 1886.
High Life, Múnich, 1886 (aquí empleado *High Life*, en *Gesammelte Schriften*, vol. 1, Dresde, E. Piersons Verlag, 1906a).
Verkettungen, Leipzig, 1887.
Schriftsteller-Roman, Dresde, 1888 (aquí empleado *Schriftsteller-Roman*, en: *Gesammelte Schriften*, vol. 8, Dresde, E. Piersons Verlag, 1907a).
[Pseudónimo: «Alguien»] *Das Maschinenzeitalter. Zukunftsvorlesungen über unsere Zeit*, Zúrich, 1889 (aquí empleado *Das Maschinenzeitalter. Zukunftsvorlesungen über unsere Zeit*, Zúrich, Verlags-Magazin, 1891).
Erzählte Lustspiele. Neues aus dem High Life, Dresde, 1889.
Die Waffen nieder! Eine Lebensgeschichte, Dresde-Leipzig, 1889.
Erzählungen und Betrachtungen, Viena, 1890.
Doctor Hellmuts Donnerstage, Dresde, 1892.
An der Riviera, Mannheim, 1892.
Eva Siebeck, Dresde, 1892.
Im Berghause, Berlín, 1893.
Phantasien über den «Gotha», Dresde, 1893.
Im Tiefinnersten, Dresde, 1893.
Trente et quarante!, Dresde, 1893.
Vor dem Gewitter, Viena, 1894 (aquí empleado *Vor dem Gewitter*, Dresde, E. Piersons Verlag, 1903).
Es Löwos. Eine Monographie, Dresde, 1894.
Wohin? Die Etappen des Jahres, 1895, Berlín, 1896.
Einsam und arm, Dresden, 1896.

Schmetterlinge. Novellen und Skizzen, Dresde, 1897.
Ku-i-kuk, Niemals eine Zweite, 1899.
Schach der Qual. Ein Phantasiestück, Dresde, 1897.
Die Haager Friedenskonferenz. Tagebuchblätter, Dresde, 1900.
Marthas Kinder, Dresde, 1903.
Ketten und Verkettungen, Leipzig, 1904.
Briefe an einen Toten, Dresde, 1904.
Franzl und Mirzl, Leipzig, 1905.
Randglossen zur Zeitgeschichte. Das Jahr, 1905, Kattowitz, 1906.
Randglossen zur Zeitgeschichte. Das Jahr, 1906, Leipzig, 1907.
Stimmen und Gestalten, Leipzig, 1908.
Rüstung und Überrüstung, Berlín, 1910.
Der Menschheit Hochgedanken, Berlín, 1911.
Aus der Werkstatt des Pazifismus, Leipzig, 1912.
Die Barbarisierung der Luft, Berlín, 1912.

Memorias

Memoiren, Stuttgart, Leipzig, Deutsche Verlagsanstalt, 1909.

En español

Suttner, Bertha von, *¡Abajo las armas!*, Barcelona, Heinrich y Co. Editores, 1906.
—*¡Abajo las armas!*, Barcelona, Mateu, 1961.
—*¡Abajo las armas!*, Madrid, Cid, 1965.
—*¡Abajo las armas!*, Madrid, Alonso D. L., 1976.
—*High-Life*, Madrid, Idamor Moreno, S. A. (sin año).

Literatura secundaria (selección)

Belentschikow, Walentin, «Bertha von Suttner und Leo Tolstoj», *Zeitschrift für Slawistik* 28, 2 (1983), 284-301.
Böttger, Fritz, *Bertha von Suttner, Lebenserinnerungen*, Berlín, Verlag der Nationen,

1969.
Enichlmaier, Maria, *Abenteurerin Bertha von Suttner. Die unbekannten Georgien-Jahre, 1876-1885*, Viena, Edition Roesner, 2005.
Fassbinder, Klara Maria, *Bertha von Suttner und ihre Töchter*, Gelsenkirchen, Louisgang & Co, 1999.
García, Olga, *El problema de las nacionalidades en el Imperio Austro-Húngaro y su reflejo en la literatura*, Madrid, Universidad Complutense, 2001.
Götz, Christian, *Die Rebellin Bertha von Suttner: Botschaften für unsere Zeit*, Elsdorf, Klein und Blechinger, 1996.
Hamann, Brigitte, *Bertha von Suttner. Ein Leben für den Frieden*, Múnich, Zúrich, Piper, 2009.
Hamann, Georg, *Ein Leben für den Frieden. Bertha von Suttner*, Viena, Österreichisches Gesellschafts y Wirtschaftsmuseum, 2005.
Hedinger, Sandra, *Frauen über Krieg und Frieden*, Fráncfort, Campus Verlag, 2000.
Hispano, Mariano, *Bertha von Suttner*, Madrid, Ediciones Auriga, 1982.
Kempf, Beatrix, *Bertha von Suttner. Schriftstellerin, Politikerin, Pazifistin*, Múnich, Wilhelm Heyne Verlag, 1987.
Kleberger, Ilse, *Die Visionen vom Frieden. Bertha von Suttner*, Berlín, Erika Klopp Verlag, 1985.
Lischewski, Heike, *Morgenröte einer besseren Zeit. Pazifistische Frauen, 1892-1932*, Münster, Agenda Verlag, 1995.
Nielsen, Frederic W., *Bertha von Suttner. Ein Leben für den Frieden. Ein Wortportrait*, Friburgo, Echo Verlag, 1993.
Pauli, Hertha, *Nur eine Frau. Bertha von Suttner*, Viena, Leipzig, Zeitbild Verlag, 1973.
Porqueres, Bea, «*Depouseu les armes!*, paraules per la pau», en *Deposeu les armes! Tres creadoras contra las guerras. Bertha von Suttner, Käthe Kollwitz, Marga Ximenez*, Barcelona, Associació Promotora del CCD Francesca Bonnemaison, 2005, págs. 65-70.
Reinhart, Reinrich, *Bertha von Suttner. Dokumente um ein Leben*, Eggenburg, Katalog der Sonderausstellung der Krahuletz-Gesellschaft im Krahuletz-Museum, 1972.
Rosenbacher, Karlheinz, *Literatur und Liberalismus. Zur Kultur der Ringstrassenzeit in Wien*, Viena, Dachs Verlag, 1992.
Schorske, C. E., *Viena Fin-de-Siècle*, Barcelona, GG Arte, 1981.
Steffahn, Harald, *Bertha von Suttner*, Hamburgo, Rowohlt Taschenbuchverlag, 1998.
Wehrli-Knobel, Betty, *Bertha von Suttner. Ein Leben für die Friedensidee*, Zúrich, Schweizerisches Jugendschriftenwerk, 1974.
Wintersteiner, Marianne, *Die Baronin Bertha von Suttner. Erzählende Biografie*, Mühlacker, Irdning, Stieglitz Verlag E. Handle, 1984.
Wunberg, Gottfried (ed.), *Die Wiener Moderne. Literatur, Kunst und Musik zwischen,*

1890 und, 1910, Stuttgart, Reclam, 1981.
Wunderlich, Dieter, *Wagemutige Frauen. 16 Porträts*, Ratisbona, Verlag Friedrich Pustet, 2004.
Zweig, Stefan, *Die Welt von gestern. Erinnerungen eines Europäers*, Fráncfort, Fischer, 1947.

¡ABAJO LAS ARMAS!

Libro primero

(1859)

A los diecisiete años era yo una muchacha de temperamento muy exaltado. Algo de lo que, dado el tiempo transcurrido, no me acordaría hoy muy bien si no tuviese mi diario, donde se encuentran anotadas las ideas extrañas que entonces llenaban mi aturdida y linda cabecita. Linda, sí, lo era, aunque otra cosa diga hoy mi espejo, pues de ello dan testimonio antiguos retratos. Por ellos puedo formarme una idea de lo envidiada que, en medio del lujo y esplendor que proporciona la fortuna, debió ser en aquellos tiempos la joven y encantadora condesita Martha Althaus. Y, sin embargo, más abundan en las páginas de mi diario —forrados en cuadernillos rojos— las notas melancólicas que las alegres. La cuestión es: ¿será que fui realmente tan necia como para no saber apreciar las ventajas de mi posición, o tan exaltada como para creer que en los cuadernillos rojos sólo eran dignas de figurar en prosa poética las impresiones melancólicas? Que no debía yo estar muy contenta con mi suerte lo atestiguan las líneas siguientes:

> ¡Oh, Juana de Arco, heroína doncella que mereciste las bendiciones del Cielo! ¡Por qué no podré yo, como tú, enarbolar el pendón, ver coronar a mi rey y morir después por mi idolatrada patria!

A la realización de este mi modesto deseo no se prestaron las circunstancias en que se desarrolló mi vida, como tampoco dieron satisfacción a mis anhelos de ser despedaza en el circo por un león, y convertirme en mártir cristiana, pues no hay testimonios (tal como atestigua otra nota, que lleva fecha de 19 de septiembre de 1853), aunque era evidente que sufrimientos profundos me ocasionaba el pensamiento de que las grandes empresas que acometía y acaparaban mi imaginación acababan siendo sólo sueños. En rigor, sentía mi vida errada. «¡Ah, por qué no nací varón!» (el vano reproche también aparecía con frecuencia en los cuadernillos rojos). ¡Entonces habría podido aspirar a realizar grandes hazañas! ¡El heroísmo femenino ofrece a la Historia tan pocos ejemplos! Es tan excepcional tener hijos que se llamen Graco[1], hallar la ocasión de llevar a nuestros maridos más allá de las puertas de Weinsberg, o, por lo menos, hacerse aclamar por magiares que blanden resplandecientes sus espadas: «¡Viva María Teresa, nuestro rey!»[2]. En cambio, cuando uno es un hombre…, al hombre le basta ceñir una espada y lanzarse a la pelea

para así conquistar la gloria, para ganar un trono como Cromwell o un imperio como Napoleón. Me acuerdo de que la mayor grandeza humana era aquella que fuese la encarnación del heroísmo del guerrero. Cierto es que algún aprecio y reconocimiento me merecían los sabios, los poetas, los exploradores; pero únicamente los vencedores, los que ceñían laureles conquistados en los campos de batalla lograban inspirarme *admiración*. Ellos eran los que hacían la Historia por excelencia, los que conducían el destino de los países, ellos eran los que tenían sentido de la realidad, de lo sublime —los cercanos a la divinidad— los que se elevan por encima de todos los otros pueblos, como lo hacen las cimas de los Alpes o los picos del Himalaya sobre las briznas de hierba y las flores del valle.

Y no quiero decir con esto que mi naturaleza fuese heroica. La cuestión era sencilla: yo era entusiasta y ardiente; era natural que me apasionase por lo que mis libros de estudio y el medio ambiente que respiraba presentaba siempre como digno de gran admiración.

Mi padre era general del ejército austriaco, se había batido en Custozza a las órdenes del «Padre Radetzky[3]», al que veneraba como un dios. ¡Qué de relatos, qué de anécdotas de las batallas he oído! El bueno de papá estaba tan orgulloso de sus vivencias bélicas y hablaba con tal satisfacción sobre las «campañas» en las que había participado, que yo, instintivamente, sentía lástima por cualquier hombre que no poseyese recuerdos similares. ¡Qué postergación para el género femenino estar excluido de tan enorme reconocimiento del deber y del honor!… Cuando oía hablar de reivindicaciones femeninas, asunto del que se hablaba muy poco en mi juventud, y por lo general para censurarlo y ridiculizarlo, no comprendía esos deseos de emancipación, como no fuese para que conquistáramos el derecho de empuñar las armas y de tomar parte en las guerras. ¡Ah, cuántas hazañas hermosas leemos en la historia de una Semíramis o de una Catalina II!: «Ella declaró la guerra al país vecino, conquistó este o el otro país…».

Es la *Historia*, sin duda esa que hemos aprendido en la juventud, la que infiltra la admiración por la guerra, la que inculca al niño, desde su edad temprana, la idea de que el Señor de los Ejércitos decreta las batallas y que éstas, por así decirlo, son el vehículo sobre el que rueda el destino de los pueblos a través de los tiempos. Le enseña que la guerra es el cumplimiento de una ley natural cuyos efectos se dejan sentir de tanto en tanto, como se dejan sentir los de las corrientes marinas y los de los terremotos con sus horrores y desastres. Sí, nada más cierto, pero la humanidad halla compensación a través de la magnitud de los resultados, y el individuo en la aureola de gloria que le deja o en la satisfacción de saberse con un deber cumplido. ¿Cabe imaginar una muerte más hermosa que la de quien cae en el campo del honor? ¿Inmortalidad más noble que la inmortalidad de los héroes? Todo esto nos dicen con una claridad meridiana los libros de texto y de lectura «para el uso escolar», que junto a la historia real, compuesta de una larga cadena de acontecimientos bélicos, presenta también narraciones y poemas diferentes en torno al carácter heroico de los

portadores de las armas. Todo ello pertenece al sistema de educación patriótico, puesto que todo escolar ha de ser con el tiempo un defensor de la patria, por lo que es preciso despertar su entusiasmo hacia este su primer deber cívico, apartando de él la repulsión natural que inspiran los horrores de la guerra. Los horribles baños de sangre y carnicerías que de ésta son obligada consecuencia deben ser vistas como algo completamente natural y necesario; y es preciso que se les haga ver únicamente el lado grandioso, el lado ideal de esta antigua tradición. Así es como se consigue formar generaciones valientes y dispuestas para la guerra.

No van a la guerra las niñas pero son educadas con los mismos libros, estos que tienen por objeto desarrollar en los niños las virtudes militares, de lo que resulta que las unas y los otros se forman la misma concepción de la idea, y la admiración por la condición militar. Esta concepción, en algunas de nosotras, sensibles jovencitas, se traduce en pesadumbre por no poder compartir los peligros de la profesión militar. Leemos con indiferencia, con tranquilidad verdaderamente inaudita, las escenas espantosas que acompañaron todas las guerras antiguas y modernas, desde las bíblicas, las macedónicas, las púnicas, pasando por la guerra de los Treinta Años, hasta las napoleónicas, imaginándonos las imágenes de todas las grandes batallas, pero dejándonos ver únicamente uno de sus lados: el lado hermoso, el lado alegre. Ante tanta acumulación de atrocidades acaba por debilitarse y desvanecerse en nosotras la conciencia de que sean atrocidades, y oímos hablar sin repulsión de ciudades entradas a saco y reducidas a cenizas, de vencidos pasados por el filo de la espada. Los hechos rubricados con la palabra «Guerra» son examinados a través de un prisma en el cual ha desaparecido el punto de vista humanitario, y han recibido una especie de consagración mística, histórica y política a la vez. Es preciso que sea así. La guerra es el medio de escalar las dignidades y los honores más elevados. Así lo comprenden las niñas, porque han tenido que aprender de memoria poemas enteros consagrados a la glorificación de las empresas bélicas: así se forman las madres espartanas, las madrinas de estandartes y muchas otras que regalan bolsitas de cotillón al cuerpo de oficiales durante el *Damenwahl*[4].

No fui educada en un convento, como tantas otras señoritas de mi rango. Tenía en mi casa paterna una institutriz y dos profesores. Perdí, siendo muy niña, a mi madre, Su puesto cerca de nosotros —tenía yo dos hermanas y un hermano menor— lo ocupó nuestra tía, una canonesa ya anciana. Pasábamos los meses de invierno en Viena y el verano en una posesión de la familia, ubicada en la Baja Austria.

A mis educadoras y maestros les deparé gran alegría, recuerdo que era discípula estudiosa, dotada de una excelente memoria y además tenía mucho amor propio. A falta de las victorias que, como virgen guerrera, hubiese anhelado alcanzar, me conformaba con obtener buenas notas y con despertar con mi aplicación la admiración de las personas que me rodeaban. Dominaba casi a la perfección el inglés y el francés; en Geografía, Astrología, Ciencias Naturales y Física llegué al límite donde se detienen los programas completos de instrucción para señoritas, pero en lo

que respecta a la *Historia* mis conocimientos eran más completos de lo que se me exigía. Durante las horas de recreo devoraba los voluminosos tomos de Historia que encontraba en la biblioteca de mi padre, y me consideraba enriquecida cada vez que mi memoria retenía un suceso, un nombre, un dato nuevo. Siempre he sido rebelde al estudio del piano, incluido, como es natural, dentro de mi plan de instrucción. No contaba ni talento ni afición musical, comprendía que mi amor propio no podía prometerse éxitos en ese terreno. Tan insistentemente supliqué a mi padre que no me obligase a perder en ejercicios inútiles un tiempo que tan precioso me era para dedicarlo a otros estudios, que conseguí que mi buen padre me librara de lo que tanto me molestaba, con gran disgusto por parte de mi tía, que era de la opinión de que sin saber tocar el piano no había educación.

El 10 de marzo de 1857 celebraba yo mi decimoséptimo aniversario. En mi diario leo la nota siguiente, que corresponde a la fecha indicada «Diecisiete años ya». ¡Éste «ya» es un poema! No sigue a la frase en cuestión comentario alguno, pero la palabra subrayada quería decir: «Y todavía no he hecho nada que me acerque a la inmortalidad». Estos cuadernos rojos me prestan hoy un servicio precioso para poder redactar mis memorias, porque gracias a ellos puedo fijar, precisando los detalles más nimios, sucesos pasados, y reproducir conversaciones y pensamientos relegados al olvido desde hace años.

Debía hacer mi entrada oficial en sociedad en el carnaval siguiente. La perspectiva despertaba en mí júbilo, pero no ese alborozo que, por lo general, ese momento despierta en las jovencitas. Pero en mi fantasía aleteaban imágenes más elevadas que los triunfos en la sala de baile. ¿En qué soñaba? A esa pregunta posiblemente yo misma no era capaz de responder. Probablemente en el amor…, aunque no lo supiese. Todas esas ardientes nostalgias y ambiciones, que bajo las formas de ansia de saber, ganas de recorrer el mundo, espíritu emprendedor, invaden los corazones de los adolescentes, son, en la mayoría de los casos, los estremecimientos inconscientes del amor que despierta.

En aquel verano le fue prescrita a mi tía una cura en la ciudad balnearia de Marienbad[5], y le pareció conveniente llevarme con ella. Aunque mi presentación oficial en sociedad no tendría lugar hasta el próximo invierno, me invitaron y asistí a algunos bailes en el casino del balneario; mi tía vio en ellos la ocasión de formarme un poco en el baile y en la conversación, y así hacerme perder la timidez y la torpeza antes de presentarme en mi primera temporada de bailes.

Pero ¿qué aconteció en la primera *réunion*[6] a la que asistí? Un gran y mortal enamoramiento. Como era natural, se trataba de un teniente de húsares, En el salón, el elemento civil que pululaba con el militar me pareció una turba de escarabajos mezclados con mariposas. Entre los oficiales se destacan, por la brillantez de su uniforme, los húsares, y entre los húsares el más apuesto era el conde Arno Dotzky. Un joven de seis pies de estatura, de cabello negro rizado, bigote sedoso, dientes de blancura deslumbrante, ojos oscuros penetrantes y dulces. Para abreviar: cuando me

preguntó: «Condesa, ¿tiene usted comprometido el cotillón?», sentí que existen otros triunfos tan envidiables como el que cosechó Juana de Arco enarbolando el estandarte y la Gran Catalina al defender el cetro. Y mi húsar, mi brillante oficial de veintidós años, imagino que debió experimentar la misma sensación que yo al lanzarse al torbellino del vals, rodeando con su brazo la cintura de la joven más hermosa del baile (después de treinta años, creo que puedo decirlo sin pecar de inmodesta).

—¡Pero Martha…, Martha! —me regañó mi tía cuando al dejarme caer junto a ella, rendida, sobre mi butaca, rocé su cabeza con los tules de mi vestido.

—¡Oh, perdón, perdón, querida tía! —contesté, sentándome derecha—. Lo he hecho sin querer…

—Si no es eso… Me refiero a tu comportamiento con el húsar. Una señorita no debe estrecharse contra su caballero, ni mirar a los ojos como tú lo hacías…

El rubor encendió mi rostro. ¿Habría cometido alguna inconveniencia? ¿Mi incomparable caballero se habría formado tal vez una mala opinión de mí?…

Esa duda se disipó en el transcurso del vals tras la *soupe*[7], el teniente de húsares deslizó las siguientes palabras en mi oído:

—Es preciso que usted me escuche… Me es imposible contenerme…, hoy mismo quiero decirle que la amo…

Sus palabras sonaron en mis oídos más agradables que todos las «voces» de Juana de Arco… Pero en el torbellino del baile me era imposible contestarle; así lo comprendió y calló. Al hallarnos en un ángulo vacío del salón prosiguió de esta suerte:

—Hable usted, condesa…, ¿qué puedo esperar?

—No le comprendo…

—¿Es posible que no crea usted en «el amor a primera vista»? Una fábula fue también para mí hasta hoy, pero en este momento tengo la prueba.

¡Cómo latía y latía mi corazón!, pero guardé silencio.

—Me es imposible resistirme al destino —prosiguió—. ¡Usted o ninguna! Decida usted sobre mi vida o mi muerte…, porque sin usted no puedo ni quiero vivir… ¿Quiere usted ser mi esposa?

Pregunta tan directa exigía imperiosamente una respuesta. Hubiese yo querido encontrar una frase diplomática que, sin arrebatarle la esperanza, no comprometiera ni poco ni mucho mi dignidad. Busqué… ¡Vano empeño! Hube de contestar con un «Sí» conmovido, apenas articulado.

—¿Mañana tendré el honor de pedir su mano a su señora tía y de escribir al conde Althaus?

Repetí mi «Sí», pero con voz menos insegura.

—¡Oh, dichoso de mí!… ¡Tú también!… ¿Amor a primera vista?… ¿Me amas?

Esta vez contestaron mis ojos, pero a buen seguro que éstos dieron el «Sí» más elocuente.

El mismo día que cumplía dieciocho años se celebró mi matrimonio. Había hecho ya mi entrada en sociedad y sido presentada, como futura esposa del conde Arno, a la emperatriz[8]. Mi marido solicitó la oportuna licencia e hicimos nuestro viaje de novios por Italia. No se nos ocurrió a ninguno de los dos la idea de que Arno pidiese la separación del ejército. Ambos poseíamos una fortuna considerable, pero mi marido adoraba su profesión, que a mí me entusiasmaba tanto como a él. Yo estaba orgullosa de mi apuesto oficial de húsares. Saboreaba por anticipado la dicha de verle en breve convertido en capitán, luego en coronel y, andando el tiempo, en general en jefe… ¿Quién sabe si quizás a él le estaban destinadas grandes proezas, si su nombre brillaría un día cual astro de primera magnitud en los fastos de la patria?

Ahora lamento muy de veras que mis cuadernos rojos ofrezcan una laguna que se corresponde con la época de mi noviazgo y con la de mi luna de miel. Claro está que no habrían sido menos fugaces aquellas horas encantadoras si en mi diario hubiese anotado mis impresiones, mis alegrías; pero, al menos, hubieran proyectado sobre estas páginas ciertos tonos de dulzura. Para mis disgustos y agonías he tenido siempre expresiones dolorosas; he sentido la necesidad de contar a mis contemporáneos y a la posteridad mis sufrimientos; pero las horas deliciosas de mi vida he querido disfrutarlas sola y en silencio; no he tenido la vanidad de la dicha, que he callado a los otros y ni a mí misma me la he dicho en mis cuadernos. Tal vez si he hecho historia de mis desventuras es porque las he considerado como un mérito. ¡Sin embargo, con qué fidelidad se reflejan todas mis experiencias tristes en estos cuadernos rojos, mientras los tiempos felices son páginas en blanco! ¡Qué estúpido! Es como si durante un paseo fueras recogiendo para llevarte a casa sólo lo feo que vas encontrando por el camino, y tu maletita de botánico únicamente albergara cardos, espinas, gusanos, sapos, y no flores y mariposas.

No obstante, me acuerdo de que fue una época maravillosa. Un auténtico cuento de hadas. Poseía todo cuanto el corazón de una mujer joven puede desear: amor, fortuna, nobleza y ¡todo era tan nuevo, tan sorprendente, tan excitante! Nos amábamos con locura, mi Arno y yo, con la fogosidad propia de nuestra juventud. Mi resplandeciente húsar era tan bueno y noble, un joven caballero, con la educación de un hombre de mundo y siempre de buen talante. Nuestra dicha era completa y fue causa de que, durante algún tiempo, olvidase yo mi diario recopilatorio de lamentos.

¡Alto!, aquí encuentro una nota que respira felicidad: la que refleja mis primeros embelesos a propósito de mi nueva maternidad. El primero de enero de 1850 (¡*éste* fue el regalo de año nuevo!) tuvimos un hijito. Ni que decir tiene que este acontecimiento nos maravilló y enorgulleció de tal modo, como si hubiésemos sido nosotros la primera pareja en el mundo al que acontecía semejante cosa. El nacimiento de nuestro hijo explica la continuación de mi diario. Era preciso legar a la posteridad tan fausto suceso y hacerle saber la importancia que me confería. Por otra parte, el tema «madre joven» es acaso el que se presta más a disertaciones artísticas y literarias. ¡Cuántos pintores, cuántos poetas lo han tratado! Es un tema que evoca

emociones místicas, sentimientos sencillos y enternecedores, patéticos y hasta intensamente poéticos. Cultivan esta inclinación (tal como los libros escolares cultivan la admiración bélica) todas las antologías de poemas posibles, revistas ilustradas, galerías de arte y cancioncillas populares que en las categorías «amor maternal», «dicha materna» y «orgullo materno» hacen gala de ello. El culto al *baby* ocupa el lugar inmediato al del culto al héroe (véase *the hero-worship* de Carlyle)[9]. Como es natural, yo no me quedé atrás en este culto. Mi pequeño y delicado Ruru era para mí la octava maravilla del mundo. Ah, mi niño, y sin embargo ¿qué era mi amor simple e infantil de entonces comparado con mi adoración de hoy al hijo convertido en adulto, a mi Rudolf idolatrado?

La ternura ciega e instintiva de la madre joven hacia su maravilloso nene tiene las mismas proporciones que el nene en relación con el hombre hecho y derecho.

Tampoco el joven padre sentía menos orgullo que yo al contemplar a su sucesor. Y ya imaginaba los más bellos planes de futuro para éste. «¿Qué será?». Tal era la pregunta que aleteaba sobre su cunita cuantas veces le contemplábamos. Y los dos respondíamos al unísono: «Militar». A menudo yo aventuraba una débil protesta: «¿Y si una guerra acabase con su vida?», y Arno replicaba sin vacilar: «Ah, bah, el hombre no muere más que una vez: cuando lo determina el destino». Ruru no sería nuestro único hijo; de los que siguieran, el primero se dedicaría a la diplomacia, el segundo a la agricultura, el tercero a la Iglesia, pero el primogénito seguiría el ejemplo de su padre y de su abuelo, desempeñaría la carrera más hermosa de todas, Ruru sería militar.

Y así fue. El día mismo que cumplía los dos meses de edad, Ruru fue ascendido a cabo. Si todos los príncipes herederos son coroneles de un regimiento desde el día que nacen, ¿por qué no íbamos a galardonar también a nuestro pequeño con un rango imaginario? Nos divertía jugar a los soldados con nuestro bebe. Arno hacía el saludo militar cuantas veces el nene era presentado en nuestra habitación en brazos de la nodriza. A esta última le cambiamos el nombre por el de vivadera; dejo a mis lectores la tarea de adivinar qué parte de la misma suministraba víveres al cabo. Los gritos de Ruru eran las señales de alarma, y lo que significa «Ruru está sentado en el lugar de ejercicios», lo dejo también a la interpretación del lector.

El día primero de abril, tres meses tras su nacimiento (de haber festejado sólo el día de su cumpleaños hubiera habido pocas ocasiones de celebración), ascendimos a Ruru de cabo a sargento. Mas debo hacer presente que en aquel día no todo fueron alegrías, mi corazón manifestó cierto estado de opresión que me obligó a abrir mis cuadernos rojos.

Hacía ya algún tiempo atrás se venía hablando de cierto «punto negro» que se advertía en el horizonte político, y los periódicos y las conversaciones de salón se hacían eco de los comentarios a propósito de la extensión que tal «punto» podía adquirir. Debo confesar que hasta entonces no había prestado a semejante asunto la menor atención. Con frecuencia había oído decir a mi padre, a mi marido y a los

amigos militares de ambos que se preparaba algo contra Italia, mas yo no tenía ni tiempo ni deseos de preocuparme por la política. Se hablaba mucho de ciertas miras de Austria sobre el Reino de Piamonte y Cerdeña, sobre la intervención de Napoleón III, cuyo apoyo se había asegurado Cavour gracias a su participación en la guerra de Crimea[10], y sobre las tensiones que esta alianza había producido entre nosotros y la vecina Italia, pero yo continuaba sin hacer caso del ambiente que se respiraba. El día primero de abril me dijo mi marido con toda seriedad:

—Esto va a estallar muy pronto, tesoro.

—¿Y qué es lo que va a estallar, cariño?

—La guerra con Cerdeña[11].

—Pero… ¡sería horroroso!… —me horroricé—. Por Dios, ¿tendrías que ir tú?

—Ojalá.

—¿Cómo es posible que digas eso? ¿*Ojalá* lejos de tu mujer y de tu hijo?

—Cuando llama la voz del deber…

—Se somete uno a ella; pero esperar, es decir, desear que nos llame a un deber terrible…

—¿Terrible? Nada de eso. La guerra, emprendida con dicha y entusiasmo, será hermosísima… Además, tú eres la esposa de un soldado: no lo olvides.

Yo me arrojé en sus brazos.

—¡Oh, querido mío! —exclamé—. Puedes estar tranquilo, seré también valiente… ¡Cuán a menudo he participado del elevado sentimiento que los héroes y heroínas de la Historia experimentaban al marchar a la guerra. Si me fuera dado el don de acompañarte, batirme a tu lado, vencer o morir contigo!

—Hablas como una valiente, mujercita mía, pero como una locuela. Tu puesto está aquí, junto a la cuna de nuestro pequeño, de quien debes hacer también un defensor de la patria. Tu puesto está en nuestro hogar. Para defenderlo contra la invasión del enemigo, para mantener la paz en nuestra patria, para garantizar la tranquilidad de nuestras esposas estamos nosotros, los hombres, y es esto lo que nos induce a correr al campo de batalla.

No sé a qué se debió, pero las palabras de mi marido, que de forma parecida leía en los periódicos y tantas veces habían resonado en mis oídos, me parecieron en aquella ocasión simplemente «frases»… Ninguna amenaza se cernía sobre nuestros hogares, ninguna horda bárbara estaba ante las puertas de la ciudad, se trataba sencillamente de una cierta tensión política entre dos gabinetes. Si mi marido estaba ansioso por ir a la guerra, no era por proteger a mujeres, niños y la patria ante un inminente peligro, era lisa y llanamente porque le gustaban las aventuras, porque quería un cambio de vida, porque deseaba ganar condecoraciones y distinciones… ¡Qué decir…, esa hermosa ambición fundada en el deseo del deber cumplido!

Si era preciso partir, tanto mejor que lo hiciera animado por aquella alegría. Pero nada se había decidido…, tal vez no estallase la guerra…, y quién sabe si Arno sería llamado, no siempre se moviliza a todo un ejército contra el enemigo. Oh, no, ¿tan

esquivo había de ser el destino que destruyese una dicha que hasta aquel día era tan completa? Oh, Arno, querido mío, sólo pensar que puedes correr peligro, ¡sería espantoso!… Tales y semejantes efusiones llenan las páginas de mi diario en aquellos días.

Desde entonces los cuadernos rojos fueron, durante aquel período, una completa transcripción de las impresiones políticas que escuchaba en boca de muchos: Luis Napoleón es un intrigante… Austria no puede continuar más tiempo cruzada de brazos… La guerra es inevitable… Cederá Cerdeña ante la superioridad de nuestras fuerzas… La paz se mantendrá…

A pesar de la teórica admiración que me inspiraban las batallas del pasado, hacía yo los votos más ardientes por el mantenimiento de la paz; sin embargo, mi marido los hacía en sentido opuesto. No me hablaba de guerra, es cierto, pero se iluminaba su rostro cada vez que me comunicaba noticias que confirmaban la extensión del «punto negro»; las, eso sí, cada vez más, por desgracia, escasas constataciones de paz las recibía siempre con una cierta tristeza.

Mi padre ardía también en entusiasmo al pensar en la guerra. Vencer a los piamonteses, decía, será un juego de niños, y en apoyo de esta afirmación citaba una y otra vez anécdotas de Radetzky. Yo no oía hablar de la futura campaña más que vista a través del prisma estratégico y del de sus ventajas materiales; nadie la estudiaba desde el punto de vista humanitario, nadie pensaba en los torrentes de sangre, en los mares de lágrimas que había de costar cada batalla ganada o perdida, y es que los intereses del Estado eran considerados tan por encima de los mezquinos de los individuos que ni valía la pena acordarse de estos últimos. A mí misma me maravillaba cuando me decía: «La victoria… Pero ¿de qué sirve la victoria a los pobres muertos, a los mutilados, a las viudas, a las madres desoladas?». Los ditirambos de mis antiguos libros escolares me respondían: «La *gloria* es la compensación de esos dolores». Pero… ¿y si resulta vencedor el enemigo? Un día me atreví a aventurar la pregunta última en presencia de un grupo de militares, y se alzó un murmullo general. La sola mención de la posibilidad de ese nubarrón, de esa duda, era considerada un acto antipatriótico. No me extraña: la obligación del soldado es considerarse invencible. Y en cierto modo también la obligación de la leal esposa de un teniente.

El regimiento al que Arno pertenecía tenía su guarnición en Viena. Desde nuestra casa teníamos una vista sobre el Prater[12], las ventanas dejaban pasar los primeros alientos veraniegos. Era una espléndida primavera. El aire era tibio y con aromas a violetas, y antes que otros años despuntaba la fronda. Me alegraba ya de los paseos por el Prater que sin duda haríamos el próximo mes. Para este fin habíamos adquirido un cochecito tan lujoso como coquetón, del que tiraban cuatro caballos húngaros, y con él dimos, casi a diario, paseos por la avenida del Prater durante los maravillosos días que nos había deparado el mes de abril; pero el encanto que disfrutábamos no era más que un pequeño anticipo de otro incomparablemente mayor que el próximo

mayo nos prometía…, ¡siempre que antes no estallase la guerra!

El día 19 de abril, mi marido, al volver de la instrucción, me comunicó:

—Gracias a Dios, se acabaron las incertidumbres… Se ha presentado ya el ultimátum.

Me estremecí.

—¡Cómo!… ¿Qué?… ¿Qué quieres decir?

—Digo que las negociaciones diplomáticas han terminado, que se ha pronunciado ya la última palabra. Nuestro ultimátum exige el desarme de Cerdeña, exigencia que, como es natural, será rechazada. Seguidamente, pasaremos a atravesar la frontera…

—¡Dios mío!… ¡Pero no está todo perdido!… ¡Quién sabe si cederán!…

—En ese caso las diferencias terminarían y no se turbaría la paz.

Un impulso instintivo me hizo caer de rodillas.

Sin que mis labios se entreabriesen, dirigí al cielo una plegaria no articulada, pero vivida como un grito de dolor:

—¡La paz, Dios mío…, la paz!…

Arno me levantó.

—¿Qué haces, locuela?

Me arrojé en sus brazos y comencé a llorar. No era un arrebato de dolor, porque la desgracia aún no estaba decidida, pero la noticia me había conmocionado de tal modo que mis nervios temblaban y ocasionaron un mar de lágrimas.

—Martha, Martha…, vas a conseguir que me enfade —me regañó—. ¿Qué ha sido de tu valor? ¿Acaso no eres la mujercita valiente de un soldado? ¿Has olvidado que tu padre es general, tu marido teniente de primera clase y… tu hijo sargento? —concluyó riendo.

—¡No…, no lo he olvidado, mi querido Arno!… ¡No lo he olvidado y a mí misma me sorprende! Ha sido sólo un ataque. Yo misma adoro las glorias militares, pero… no sé… Cuando me has dicho que depende de un sí o un no a ese ultimátum, y de ese sí o no depende la vida de tantos miles de hombres que pueden morir durante los días radiantes de esta primavera…, he sentido un anhelo avasallador de que se pronuncie la palabra paz, y no pude hacer otra cosa que caer de rodillas…

—Para comunicar al buen Dios el estado de la cuestión, tú, locuela sentimental.

Sonó en aquel momento la campanilla de la puerta de la calle. Sequé mis lágrimas… ¿Quién podía venir a aquella hora?

Era mi padre, que entró precipitadamente.

—Bien, hijos —exclamó azorado y sin aliento, dejándose caer en un sillón—. ¿Sabéis ya la gran noticia…, el ultimátum…?

—De ello hablaba en este instante a Martha.

—¿Cuál es tu opinión, papá? —pregunté temerosa—. ¿Crees que estallará la guerra?

—No he visto jamás que un ultimátum persiga por objeto evitar una guerra… Sin embargo, si esos quejicas italianos son razonables, cederán, a fin de no exponerse a

otra pequeña Novara[13].... ¡Ah!... ¡Si el gran Radetzky no hubiera fallecido el año pasado, creo que con sus noventa años se pondría al frente de nuestros ejércitos..., y yo..., yo también participaría a sus órdenes! Nosotros dos hemos mostrado que sabíamos ahuyentar a esa canalla. ¡No ha tenido suficiente, esa chusma quiere recibir una segunda lección! Tanto mejor: se ensanchará nuestro reino veneciano-lombardo a expensas del territorio piamontés. Me parece que estoy asistiendo ya a la entrada de nuestras tropas en Turín.

—Pero, papá, hablas como si la guerra hubiese sido declarada ya y como si fuese para ti motivo de alegría. ¿Qué será de mí si Arno tiene que ir?

De nuevo las lágrimas rodaban por mis mejillas.

—Irá, no te quepa duda..., el muchacho es digno de envidia.

—Pero... ¿y mis agonías..., el peligro...?

—¿Peligro? ¡Bah! Va uno a la guerra y vuelve vivo de ella: en mí tienes la prueba. He participado en más de una campaña. Gracias a Dios me hirieron más de una vez. Pero estaba escrito que yo no muriese en los campos de batalla, y ya lo ves: no he muerto.

¡El viejo fatalismo! El mismo que presidió la elección de la carrera futura de Ruru, fatalismo que a mí misma se me imponía cual axioma de prudencia.

—Si no saliera mi regimiento... —empezó a decir Arno.

—Ah, sí —interrumpí con júbilo—, ésa sería una esperanza.

—Entonces solicitaré que me destinen a otro, si es posible.

—Nada más sencillo —aseguró mi padre—. Precisamente ha de ser Hess[14] el general en jefe, íntimo amigo mío, como sabes.

Mi corazón estaba compungido, y, sin embargo, no podía menos que admirar a aquellos dos hombres. Con qué alegre impasibilidad hablaban del campo de batalla, como si se tratase de un paseo prefijado. Mi valeroso Arno quería incluso, si el deber no le llamaba, plantar voluntariamente cara al enemigo, y a mi reflexivo padre le parecía lo más natural de mundo. Me recompuse. ¡Fuera con esos temores infantiles y de mujer! Debería mostrarme digna de los seres que más amaba en el mundo, apartar todos los temores egoístas y abandonarme al pensamiento reconfortante de que mi marido era un héroe.

Avancé hacia él y le ofrecí mis brazos exclamando:

—¡Arno..., estoy orgullosa de ti!

Llevó mis manos a sus labios y, volviéndose hacia mi padre con rostro radiante, exclamó:

—¡Querido suegro, bien has sabido educar a tu hija...!

¡Rechazado! ¡Ha sido rechazado el ultimátum! La decisión se tomó en Turín el día 26 de abril. ¡Los dados han sido echados... la guerra ha *estallado*!

Una semana hacía que yo estaba preparada para recibir un comunicado tan terrible; no obstante, la noticia produjo en mí los efectos de un golpe espantoso. Arno

me la trajo, y me arrojé sobre un sofá, hundí mi rostro en sus almohadones y me quedé allí sollozando.

Mi marido, que se había sentado a mi lado, procuraba consolarme con dulzura.

—¡Ten calma, cariño…, valor!… Después de todo no es tan grave… Dentro de muy poco regresaremos vencedores, y entonces seremos ambos doblemente dichosos. No llores de ese modo, que tus lágrimas penetran hasta mi corazón y lo desgarran… Vas a conseguir que me arrepienta de mi resolución de partir… No, piensa, Martha, que a la guerra van mis camaradas y que ningún derecho me asiste para no acompañarlos. Tú misma te avergonzarías de que tu marido se quedase en casa mientras sus compañeros de armas corren a los campos de batalla. Un día u otro habría de recibir el bautismo de fuego, si quiero ganar patente como hombre y como soldado. Piensa qué maravilloso será cuando vuelva con la tercera estrella en el cuello, y quizá una condecoración prendida al pecho.

Apoyé mi cabeza sobre su hombro y continué llorando… En mi pequeñez pensaba: estrellas y cruces me resultaban en aquel instante vanas lentejuelas…, ni una ni diez cruces bastaban para desterrar el horrible pensamiento de que bien podría una bala atravesar su pecho.

Arno me dio un beso en la frente, me separó de sí con dulzura y se levantó.

—Tengo que ir a ver a mi coronel, querida niña. Llora, que las lágrimas te consolarán, y espero que a mi regreso estés más tranquila y serena. Lo voy a necesitar para que no me sobrecojan los presentimientos sombríos que me persiguen. Justamente ahora, en este decisivo momento, necesito de todo el valor de mi pequeña mujercita. ¡Adiós, tesoro mío!

Y se marchó.

Saqué fuerzas de flaquezas. Sus últimas palabras resonaban en mis oídos. Comprendí que era mi obligación excitar su valor en vez de abatirlo. Es la única forma, que nosotras, pobres mujeres, tenemos de mostrar nuestro patriotismo, de participar en la gloria que nuestros maridos van a conquistar en los campos de batalla. «Campos de batalla», es curioso que estas palabras continúen teniendo para mí dos significados. Por un lado, la representación genuina de la más alta admiración hacia la gloria de nuestros antepasados, pero evocaban al mismo tiempo imágenes brutales, carnicerías espantosas. Sí, descuartizados aparecerán en el campo millares de hombres cubiertos de heridas abiertas y sangrantes, y entre ellos… tal vez… aquella visión me arrancó un grito.

Mi doncella Betti entró asustada. Me había oído gritar.

—Por Dios, ¿qué sucede, señora condesa? —me preguntó temblando.

Miré a la chica: también ella tenía los ojos hinchados y rojos. Comprendí: había sabido la terrible nueva, y su prometido era soldado.

De buena gana la hubiese abrazado.

—No es nada, hija mía —contesté con cariño—. Los que se van volverán dentro de poco.

—¡No todos volverán, señora condesa! —replicó, rompiendo a llorar.

Entró mi tía y Betti se retiró.

—Vengo a consolarte, Martha —me dijo la anciana dama abrazándome—. La prueba es dura, lo reconozco, pero yo quisiera hacer un llamamiento a tu resignación.

—¿Sabes ya…?

—Lo sabe la ciudad entera. El entusiasmo es indescriptible. ¡Es tan popular esta guerra!

—Hablas de entusiasmo, tía…

—Naturalmente, están alegres los que no tienen personas queridas que van a marchar a la guerra. Pero *tú* estarías triste, es algo que he supuesto y por eso he venido. Tu padre llegará también de un momento a otro. Está fuera de sí de alegría, radiante y contempla la marcha de Arno como la mayor de las oportunidades que podía caer sobre él. En el fondo, creo que no le falta razón…, para un militar no hay nada mejor que la guerra. Así deberías verlo tú también, mi niña. Por otra parte, comprenderás que el deber se impone, y que contra el deber…

—Sí, tienes razón, tía; lo que tiene que ser es irremediable…

—Los designios de Dios —afirmó la tía Marie.

—Hay que llevarlo con serenidad y sumisión.

—Sí, Martha: dobleguemos nuestras frentes y acatemos sin protesta la voluntad de la Providencia… Venimos al mundo con una fecha y una hora estampadas sobre nuestras frentes: el día y hora de nuestra muerte… Además, con ardor rezaremos por nuestros amados combatientes…

Mi escasa solidez de principios religiosos me sugirió una objeción, que no quise insinuársela siquiera a mi tía, cuyos sentimientos de piedad habría lastimado seguramente: me parecía que no conjugaba muy bien la idea de un acontecimiento prefijado de forma inmutable con la de intentar, de cualquiera manera posible, la modificación de aquél. Callé, pues; no quise discutir con mi tía, cuya solidez de creencias habría deseado yo poseer en aquellas circunstancias, y busqué consuelo en la oración, suplicando a Dios que desviara las balas que buscasen el pecho de mi marido. ¡Desviarlas!… Pero ¿hacia dónde? ¿Hacia el pecho de otro, a favor de quien se elevarían probablemente las mismas plegarias?… ¿Pero qué me habían enseñado las lecciones de física sobre la materia y el movimiento?… De nuevo me invadía la duda. Tenía que apartarla de mi mente.

—Sí…, tía —dije en voz alta para desviar de mi mente tales pensamientos—, rezaremos, y Dios nos escuchará. Arno saldrá sano y salvo.

—Ya ves, mi niña, que en las horas difíciles la religión ofrece un refugio al alma… ¡Quién sabe si el buen Dios te somete a esta prueba para curar la tibieza de tu alma!

Aquello no me convencía, me costaba trabajo aceptar que la tirantez de relaciones existente entre Austria y Cerdeña desde la época de la guerra de Crimea, que todas las negociaciones diplomáticas, que el envío del ultimátum y la declaración de guerra

que siguió a éste fueran sucesos ordenados por Dios para caldear mi frialdad religiosa.

Pero también expresar tales dudas hubiera sido poco adecuado. En cuanto alguien pronuncia el nombre «amado Dios», se produce una unción llena de inmunidad. El reproche de indiferencia en cuanto a materias religiosas que mi tía me hacía estaba justificado porque la piedad de mi tía era sincera, mientras que la mía era completamente externa. Mi padre y mi marido fueron siempre indiferentes y nunca alentaron en mí el ardor religioso. Oía yo misa todos los domingos, confesaba una vez al año y cumplía con todos los preceptos religiosos como quien cumple una ley de etiqueta, tal como en un baile de salón los laceros llevan el paso y efectúan la correspondiente reverencia cuando la emperatriz entra en la sala. Nuestro capellán en la Baja Austria y el nuncio en Viena no podían reprocharme nada, las acusaciones de mi tía estaban justificadas.

—Sí, mi niña —repuso mi tía—. Con frecuencia olvidamos a nuestro Salvador mientras somos felices y dichosos; pero cuando la enfermedad hace presa en nuestro cuerpo y la muerte nos acecha…

En la misma línea hubiera seguido la conversación por mucho tiempo si no se hubiesen abierto las puertas de forma brusca y mi padre no hubiera aparecido con el saludo «¡Hurra, allá vamos!».

—¡Querían recibir una paliza esos pelagatos! ¡Y se la vamos a dar completa! —continuó.

¡Qué días de agonía! «Ha estallado la guerra». En tales circunstancias todo el mundo olvida que se trata de lanzar dos masas enormes de hombres una contra otra, y todo el mundo cree que hay otra tercera, especie de potencia superior, que arbitra el destino de las naciones, que obliga a los pueblos a destruirse y sobre la cual se hace pesar toda la responsabilidad de la carnicería. Seguía yo creyendo en ese ropaje de superstición misteriosa con que la inmensa mayoría de los hombres visten las luchas de las naciones; no pensaba entonces en rebelarme contra la guerra como guerra, pero sufría lo indecible al pensar que mi marido estaría expuesto a todos esos peligros, mientras yo habría de estar recluida en mi casa, devorada por la inquietud. Como quien se ahogaba, intentaba asirme a la tabla de mis impresiones de otros tiempos, a los días en que con tanta pasión adoraba la Historia; intentaba reanimar mi valor acordándome del deber, de la gloria; me decía que estaba viviendo la historia del futuro y que debía sobreponerme a las circunstancias y pensar que los acontecimientos que se preparaban ofrecerían a los escritores futuros un capítulo interesante para la Historia del Mundo.

En los salones, en la calle, en todas partes se hablaba de la guerra y de nada más que de la guerra; los periódicos no se ocupaban de otra cosa. En las iglesias se hacían rogativas. Allá donde uno fuese las mismas caras de exaltación y no se oían más que conversaciones inflamadas a propósito de las eventualidades posibles de la lucha. El resto: teatros, negocios y artes habían pasado a ocupar un rango muy secundario. Se

pensaba unánimemente que nadie tenía derecho para pensar en algo que no fuese el drama histórico que iba a representarse. Las proclamas dirigidas al ejército, prometiéndole con frases altisonantes la gloria y los laureles del triunfo, los desfiles de las tropas con banderas desplegadas; los sones militares; los discursos patrióticos; los artículos de los periódicos, que rebosaban entusiasmo y ardiente patriotismo, los llamamientos constantes a la virtud, al honor, al deber, al valor, al sacrificio, dan como resultado la creación de un ambiente de heroísmo que inflama el orgullo nacional y cada individuo está convencido de ser un gran ciudadano en una gran época.

Otros atributos menos loables, consecuencia obligada de la guerra, hacen también su aparición: el ansia de conquista, el odio, la astucia, la crueldad; pero estos otros rasgos son atribuidos «al enemigo», cuya inferioridad moral es evidente. Su derrota es el triunfo del Progreso… «¡Ah, los italianos… —se decía por todas partes—, nación de vagos, tramposos, pueblo sensual, ligero, vanidoso!…». ¿Y qué diremos de Luis Napoleón? ¡Qué ambicioso!… ¡Qué intrigante!… Cuando el día 29 de abril publicó su declaración de guerra con la célebre frase: «Italia libre hasta el Adriático», alzó entre nosotros una tempestad de indignaciones. Me atreví a insinuar, aunque con timidez, que lanzaba al viento una idea hermosísima, completamente desinteresada y que entusiasmaría, sin duda, el patriotismo italiano; pero pronto me vi obligada a enmudecer. Ante el dogma: «Luis Napoleón es un malvado» y además «era el enemigo». Otra duda silenciosa germinó en mi cerebro. En todas las crónicas de guerra que había leído hasta entonces, pude observar siempre la simpatía y la admiración que el narrador testimoniaba al pueblo que defiende su libertad y pretende liberarse del yugo extranjero, papel que, a mi entender, no representábamos nosotros en la ocasión presente, sino los italianos. La exteriorización interior de este pensamiento levantó tumultos… Era natural: había tocado una vez el dogma sacrosanto; el principio de que la nación de la que uno forma parte, simplemente porque ha nacido en ella, es siempre perfecta, siempre tiene razón y en ningún caso impone yugos, y, por el contrario, los que no se someten a su poder ni son patriotas ni se baten por su libertad, sino sencillamente son rebeldes, gentes que se han colocado fuera de la ley. «Nosotros estábamos siempre dentro del derecho más absoluto».

En los primeros días de mayo, días aquellos fríos y lluviosos por suerte, pues un tiempo primaveral y soleado hubiera sido un contraste doloroso, el regimiento al que Arno se había hecho destinar recibió orden de salir. A las siete de la mañana. ¡Ah, horrible fue para mí la noche que precedió a la separación…! Cualesquiera que hubiesen sido las circunstancias, un simple viaje de negocios, me habría sido muy triste separarme de mi marido. ¡Una separación siempre duele! ¡Pero marchar a la guerra!… Dadas las circunstancias que motivaban nuestra despedida, yo no podía resignarme. Durante aquella noche cruel me fue imposible comprender la significación históricamente gloriosa de la palabra «guerra», sino su terrible concepto

de destrucción.

Arno se durmió. Estaba tumbado con respiración tranquila, con rostro sereno. Encendí una vela y la coloqué detrás de una pantalla porque me era insoportable permanecer a oscuras. El sueño no acudió a mis ojos aquella *última* noche. Sentía la necesidad imperiosa de contemplar el rostro del ser querido que tenía delante. Me tendí sobre el lecho, envuelta en una bata, apoyado el codo sobre la almohada y la barbilla sobre la palma de la mano, y así pasé la noche, vertiendo silenciosas lágrimas, clavada mi mirada en el durmiente.

—¡Cuánto te amo!… ¡Cuánto te amo!… Tú, mi único amor —repetía una y otra vez—. ¿Por qué es el destino tan cruel conmigo? Pero ¿podré vivir sin ti?… ¡Si al menos volvieses pronto!… ¡Dios mío!… ¡Padre misericordioso…, haced que vuelva pronto…, él… y todos los demás!… ¡Devolved a nuestro pueblo la paz!… ¡Oh! ¿Por qué no ha de ser eterna la paz?… ¡Éramos tan dichosos!…, *demasiado* dichosos probablemente… Acaso no puede haber una dicha completa en este mundo… ¡Qué alegría si volviese sano y salvo…, si volviera a verle, como en este instante, dormido a mi lado, libre de la agonía que me produce la despedida de mañana!… ¡Qué sueño tan tranquilo, tan reposado!… ¿Cómo dormirás en el campo? Allí no habrá una cama blanda cubierta de sedas y encajes. Tendrás que dormir sobre el duro y húmedo suelo…, quizá en una fosa…, herido tal vez y lejos de todo auxilio humano…

Ante aquellos pensamientos me pareció que de su frente brotaba un chorro de sangre, o que en su pecho tenía incrustada una bala…, me invadió una dolorosa compasión. Sentí necesidad de estrecharle entre mis brazos, de besarle, pero no debía despertarle, necesitaba dormir… Faltaban seis horas… Tictac…, tictac… El tiempo pasaba sin compasión. ¡Oh, qué tormentos me producía aquel tictac monótono! La vela se consumía detrás de la pantalla con indiferencia, de la misma indiferencia que el cupido de bronce que coronaba el reloj escuchaba el tictac estúpido con odiosa tranquilidad… ¿Acaso aquellos objetos no comprendían que presenciaban la *última* noche? Mis llorosos párpados acabaron por cerrarse, mi conciencia fue cediendo y la cabeza se hundió en la almohada y acabé sucumbiendo al sueño; pero por poco tiempo. Si perdí la conciencia de la realidad fue para internarme en los laberintos de un sueño espantoso. Abrí los ojos despavorida, con esa impresión de angustia que experimenta quien despierta a los gritos de «¡Fuego, fuego!», pero el grito de alarma en aquella ocasión era: «¡Adiós, adiós!…».

Después me desperté diez o doce veces, siempre con sobresaltos, hasta que vino el día y la vela aún flameaba. Llamaban a la puerta.

—Mi teniente…, son las seis —gritó el ordenanza de Arno, que había recibido de éste orden de despertarle temprano.

Se levantó… Había llegado el momento…, el momento de pronunciar el tan doloroso «adiós».

Habíamos convenido que yo *no* le acompañaría a la estación de ferrocarril. Un cuarto de hora más o menos no cambiaba nada. Y no quería yo que gente desconocida

fuese testigo de nuestra despedida; prefería estar sola en mi habitación cuando nos intercambiáramos nuestro beso de despedida y después dar rienda suelta a mi llanto, a mi desesperado llanto.

Arno se vistió con rapidez mientras me prodigaba todo tipo de palabras de consuelo.

—Ten valor, Martha… Como mucho en dos meses la historia habrá acabado y me tendrás de nuevo a tu lado… ¡Qué diablos! ¿Tú no sabes que de cada mil balas apenas una da en el blanco? Son innumerables los que han vuelto de la guerra. Mira tu padre… Alguna vez tenía que ocurrir. Además, al casarte con un oficial de húsares, debiste suponer que no se iba a pasar la vida cultivando jacintos… Te escribiré tan menudo como me sea posible; te haré informes detallados de cuán alegre y viva transcurre la campaña… Si me fuese a ocurrir algo grave, no podría estar de tan buen humor… Tengo que seguir una orden, eso es todo… Cuida de ti y de nuestro Ruru. Si gano un ascenso, le condecoraremos también a él. Dale un beso por mí, no quiero repetir la despedida de ayer noche… Verás con qué júbilo me escuchará cuando le cuente que en 1859 su padre participó en las gloriosas victorias obtenidas sobre Italia.

Yo le escuchaba con avidez, porque su confianza me consolaba. Él proseguía hablando divertido… Mi dolor era egoísta… y a la vez tan injusto. Este pensamiento me daba las fuerzas necesarias para sobrellevarlo.

Llamaron de nuevo a la puerta.

—Mi teniente…, es la hora.

—Ya estoy listo…, voy enseguida… —contestó Arno—. Y ahora, Martha… —añadió, abriendo los brazos—, querida Martha, esposa mía, mi amor…

Me arrojé en sus brazos. No podía hablar. Mis labios no pudieron pronunciar la palabra «adiós». Los sollozos habrían salido en tropel por mi boca si hubiese intentado pronunciarla, y no quise amargar la calma y serenidad que mi marido mostraba ante la partida. Me reservé el arrebato de mi dolor para cuando me encontrara sola.

Sin embargo, fue él quien pronunció la palabra desgarradora:

—¡Adiós, mi todo, adiós! —dijo posando con toda el alma sus labios sobre los míos.

Ninguno de los dos podíamos poner fin a aquel abrazo, tal vez el último. Noté de pronto que sus labios temblaban, que su pecho se hinchaba… Dejó de abrazarme. Se cubrió el rostro con ambas manos y rompió en sollozos.

Aquello era demasiado para mí. Creí volverme loca.

—¡Arno…, Arno! —repetía yo a gritos, estrechándole entre mis brazos—. ¡No te vayas…, no te vayas!…

Ya sabía que pedía un imposible; no obstante, repetía obstinada:

—¡No te vayas…, no te vayas!

—Mi teniente… —se oyó fuera—, se hace tarde.

Me dio un beso…, el último de todos…, y se fue.

Preparar vendas, leer los partes en los periódicos, llenar un mapa de alfileres coronadas con banderitas para seguir los movimientos de los dos ejércitos, intentar adivinar las combinaciones estratégicas, anhelar que Austria avance y ponga en jaque mate al enemigo; en la iglesia implorar la protección del Cielo para nuestros seres queridos y la victoria para nuestras armas; hablar exclusivamente de los movimientos de la guerra: así era como transcurría mi existencia, la de mis parientes y la de todo el círculo de amistades.

Durante la campaña, la vida con todas sus emociones habituales había quedado como en suspenso. Todo, incluida la cuestión: ¿cómo y cuándo acabará la guerra?, parecía no tener realidad, pues la guerra se había apropiado de la realidad. La gente comía, bebía, se ocupaba de los negocios, pero todo esto no «contaba» en realidad, sólo había algo de máximo interés: los telegramas de Italia.

Mis mayores rayos de esperanza eran, como es natural, aquellos en los que recibía noticias de Arno, breves todas ellas, es cierto que escribir cartas nunca fue su fuerte, pero me traían la consoladora nueva de que vivía y no había sido herido. Aquellas cartas y mensajes no llegaban con regularidad, debido a las frecuentes interrupciones en las comunicaciones, y a que, por regla general, siempre quedaba en suspenso el servicio postal a raíz de los combates.

Cuando habían transcurrido algunos días sin haber oído noticia de Arno y se publicaba la lista de desaparecidos, ¡con qué ansiedad leía las listas de muertos y heridos! Era la misma excitación de quien tiene un billete de lotería y recorre la lista de los números premiados, sólo que aquí en sentido contrario. Se dan las gracias a Dios porque el nombre de tu ser querido no se encuentra en la lista de los acertados…

La primera vez que llegó a mis manos una de esas listas hacía cuatro días que no había recibido noticia alguna. Al no encontrar entre aquellos nombres el de Arno Dotzky, junté las manos y exclamé en voz alta: «¡Gracias, Dios mío!». Apenas había pronunciado aquellas palabras, me sonaron con un tono disonante y estridente. Cogí otra vez la lista y observé por segunda vez la serie de nombres. ¿He dado las gracias a Dios porque Adolf Schmidt, Carl Müller y tantos otros habían quedado tendidos sobre el campo de batalla, pero *no* Arno Dotzky? Los que temblaban por Schmidt y Müller habrían dado gracias a Dios con tanto derecho como las daba yo si entre los muertos hubiesen visto a Arno Dotzky y no a los suyos. ¿Y por qué ha de ser *mi* agradecimiento al Cielo más agradable que el de los otros? Sí, ése era el tono disonante de mi jaculatoria: la *arrogancia* y el *egoísmo* que en ello se escondía al dar las gracias a Dios por no ser la madre de Schmidt, la novia de Müller y otras cincuenta de esa lista que habrán roto en llanto…

El mismo día recibí una carta de Arno que decía así:

> Ayer tuvimos un combate de importancia considerable y que fue, por desgracia, una derrota. Pero consuélate, mi querida Martha, la próxima batalla nos traerá la victoria. La batalla de ayer ha sido mi primer asunto serio. Me vi en

medio de una lluvia de balas… Una sensación rara que te referiré de viva voz… Es espantoso ver caer alrededor a miles de desventurados, que es preciso abandonar, desoyendo sus gemidos y gritos de dolor. Pero *C'est la guerre!*[15]. Hasta un pronto encuentro, corazón mío. Cuando en Turín hayamos dictado las condiciones de paz, vendrás a reunirte conmigo. La buena tía Marie podría encargarse de nuestro pequeño sargento.

Eran estas cartas las que proyectaban algunos rayos de sol sobre mi existencia sombría, aunque las sombras más negras sobrevenían por la noche. Cada vez que me despertaba sobresaltada, con frecuencia en medio de un sueño reposado, la conciencia de la realidad espantosa con sus espantosas posibilidades me producía sufrimientos insoportables y permanecía durante horas sin poder volver a conciliar el sueño. Me perseguía la imagen de Arno, quien quizá justo en ese momento estaba herido, acaso agonizando en el fondo de una fosa, pidiendo unas gotas de agua y llamándome… Creía oír sus estertores, sus llamamientos desesperados, y la sola evocación de la escena de su regreso conseguía infiltrar un poquito de calma en mi pecho desolado. En rigor no era imposible que volviera; mi razón me decía que a favor de su regreso había muchas probabilidades…, más que en contra… Entonces le veía entrando precipitadamente en mi habitación; y yo volaba a su encuentro, le llevaba junto a la cuna de Ruru y pensaba en los días de ventura que nos esperaban…

Mi padre estaba muy abatido. No llegaban más que noticias malas, una detrás de otra. Montebello primero, luego Magenta[16]. No sólo él, en toda Viena la consternación era general. Se creía con mucho convencimiento al iniciar la campaña que ésta sería una serie no interrumpida de brillantísimas victorias; una ocasión para izar las banderas en las casas y entonar el Te Deum; pero no era en Viena, sino en Turín, donde las casas aparecían adornadas con colgaduras; no era en nuestras iglesias, sino en las de Italia, donde los sacerdotes cantaban… Allí se entonaban himnos de acción de gracias: Dios nuestro Señor, te alabamos porque nos has ayudado a vencer a los malvados *tedeschi*[17].

—¿No opinas, papá —pregunté un día—, que a la próxima derrota que suframos habremos de pedir la paz? En ese caso yo desearía que…

—¿No te da vergüenza hablar así? Antes, una nueva guerra de siete…, de treinta años… La victoria será nuestra y seremos *nosotros* los que dictaremos las condiciones de paz… ¿Para qué se emprende una guerra sin más objeto que terminarla cuanto antes? Para eso sería preferible quedarse en casa.

—Eso sería lo mejor —suspiré yo.

—¡Qué cobardes sois las mujeres! Hasta tú, a pesar del amor a la patria y el sentimiento del honor, pones por delante tu dicha personal a la prosperidad, a la gloria de tu nación.

—¡Si me fuera posible no amar tanto a Arno!…

—¡Amor conyugal…, amor a la familia!… Son sentimientos hermosos, en

verdad, pero deben figurar siempre en segunda línea.

—¿En segunda línea?…

Ya había leído en las listas de desaparecidos los nombres de varios oficiales a los que conocía personalmente, entre otros el del hijo único de una dama anciana que siempre me inspiró profunda veneración.

Aquel día quise hacer una visita a la pobre madre. Aunque no dejaba de serme un paso penoso. No tenía la pretensión de consolarla, pero era un deber de simpatía, de modo que me puse en camino.

Cuando me encontré frente a la casa de la señora Ullsmann se apoderó de mí tal indecisión que tardé mucho tiempo en llamar a la campanilla. La última vez que había estado en aquella casa había sido para asistir a un divertido baile. La buena señora me había dicho en aquella ocasión, en el transcurso de la velada, radiante de entusiasmo: «Martha, somos las dos mujeres más envidiadas de Viena: tú tienes al más encantador de los maridos, yo al más excelente de los hijos». ¿Y ahora? Yo conservaba aún a mi marido…, aunque…, ¡quién lo sabía!… Las granadas y los proyectiles llovían sin cesar… Cada minuto, cada segundo que pasaba podía dejarme viuda. Y empecé a llorar delante de la puerta… Las lágrimas estaban en armonía con el objeto de mi visita. Llamé. Nadie vino a abrir. Volví a llamar… Nadie.

Alguien asomó la cabeza por una de las puertas contiguas y me dijo:

—No se moleste usted, señorita, la casa está deshabitada.

—¡Cómo! —exclamé—. ¿Se ha mudado la señora Ullsmann?

—Hace tres días la llevaron a un manicomio.

Desapareció la cabeza y se cerró la puerta.

Quedé petrificada. En mi mente surgió la visión horrible de los sufrimientos que debieron torturar a aquella desventurada mujer antes que su dolor la llevase a la locura.

Y mi padre quería que la guerra se mantuviese treinta años…, para el bien de la nación. ¿Cuántas madres debían caer aún en la desesperación en este país?

Bajé profundamente afectada la escalera de aquella casa y decidí ir a visitar a una amiga mía, joven como yo, cuyo marido se hallaba, como el mío, en el frente.

Hube de pasar, para ir a su casa, por la Herrengasse, frente al edificio de la Asociación Patriótica de Ayuda a los Heridos. No existían por entonces ni la Convención de Ginebra ni la Cruz Roja. El único indicio de instituciones humanitarias era esta asociación de ayuda cuyo cometido era, con donativos de todo tipo: dinero, ropa blanca, gasas, vendajes, etc., lograr que llegaran al escenario de la guerra donde yacían los heridos. De todas partes llegaban cuantiosos donativos, y se acondicionaban inmensos almacenes para este fin; y apenas se habían empaquetado y enviado las diferentes provisiones, se acumulaban otras nuevas.

Entré con el objeto de depositar en el comité la suma de dinero que llevaba en el monedero. ¡Quién sabe si aquel dinero ayudaría a algún pobre soldado… y libraría a su madre de la locura!

Conocía al presidente.

—¿Está el príncipe C.? —pregunté al portero.

—En este momento, no; encontrará usted al vicepresidente, el barón S., arriba.

El portero me indicó la sección donde se recibían los donativos en dinero. Tuve que cruzar por varias salas, en las cuales, alineados sobre mesas larguísimas, había innumerables bultos de ropa blanca, cigarros, tabaco…; pero, sobre todo, montañas de vendas.

Me estremecí. ¿Cuántas heridas deben sangrar para que se emplee tal cantidad de vendajes? Y esto es lo que quiere mi padre, pensé de nuevo, que la guerra dure treinta años para el bien de la nación. ¿Cuántos hijos de la nación deben sucumbir a causa de sus heridas?

El barón, después de agradecerme el donativo, me dio informes detallados sobre el funcionamiento de la asociación a partir de las preguntas que le hice. Ciertamente era alentador y consolador oír el bien que se hacía por mediación de aquel organismo. Mientras hablábamos apareció un empleado de correos con cartas y anunció la llegada de dos envíos considerables de las provincias. Me senté en un sofá colocado en el fondo de la habitación mientras se entregaban los fardos, aunque éstos se depositaron en otra estancia. Entretanto, entró en la sala un caballero de edad, de aspecto y porte militar.

—Permítame usted, señor barón —dijo soltando su cartera y tomando asiento en una butaca junto a la mesa—, permítame que contribuya con un insignificante granito de arena a la hermosa obra que la asociación está llevando a cabo. —Entregó un billete de cien florines—. Ángeles de la caridad son todos ustedes, las personas que la organizan. Mire, yo mismo soy un antiguo soldado, teniente mariscal X —dijo presentándose—, y estoy en condiciones de apreciar el valor inmenso que tienen los esfuerzos hechos en favor de los infelices que se están batiendo. Hice las campañas de 1809 y 1813[18]. Entonces no había asociaciones patrióticas de ayuda, ni nadie se cuidaba de enviar cajas repletas de vendajes y de gasas a los heridos. Cuando se agotaban las existencias de los botiquines, se dejaba morir a los hombres sin prestarles el menor auxilio. Es una obra benéfica la que ustedes realizan, sí, ustedes…, una noble y buena acción. ¡Ah, no saben ustedes…, no pueden saber *cuánto bien* hacen!

Y aquel anciano dejó caer dos lágrimas que fueron a parar sobre su bigote blanco.

Fuera sonó un ruido de voces y pasos. Las puertas de la sala se abrieron de par en par y un soldado de la guardia anunció:

—Su Majestad la emperatriz.

El vicepresidente salió precipitado para recibir con el debido respecto a la insigne visitante a los pies de la escalinata, pero ésta había llegado ya a la sala contigua a su despacho.

Desde mi oculto emplazamiento contemplé con admiración a la joven soberana, que me parecía más encantadora vestida con un sencillo traje de calle que ataviada

con las galas suntuosas de las fiestas en la corte.

—He venido —dijo al barón S.— porque esta mañana he recibido una carta del emperador desde el campo de batalla, en la que me escribe cuán útiles y bienvenidos son los envíos de la Asociación de Ayuda a los Heridos. La carta ha hecho nacer en mí deseos de venir en persona a darle las gracias, transmitirle el reconocimiento del emperador y a conocer su organización.

Hizo que el barón le explicase infinidad de detalles, y examinó los diferentes objetos almacenados.

—Mire, condesa —decía la emperatriz a la primera dama de honor que la acompañaba, mientras cogía un pedazo de tela—, qué buena calidad tiene este lino… y con qué esmero está cosido.

Después le pidió al vicepresidente que le mostrara otras dependencias y abandonó la sala al lado de éste. Le felicitó con satisfacción visible. Y le oí decir una vez más:

—Es una obra hermosísima y altamente patriótica, de la cual nuestros pobres soldados…

El resto no lo oí.

«Pobres soldados…». Las dos palabras seguían sonando en mis oídos. Qué compasión había puesto en las dos palabras. ¡*Pobres*, sí…, nada más cierto! Por mucho que por ellos se hiciera, nunca sería suficiente… Pero me pasó en aquel momento algo por la mente…: ¿acaso no sería infinitamente mejor no enviar al matadero a los pobres soldados?

Ahuyenté aquellos pensamientos… Probablemente tiene que ser así…, tiene que ser así. Otra disculpa no hay para la atrocidad de la guerra, ninguna que incluya las palabritas «tiene que».

Después seguí mi camino. La amiga a la que quería visitar vivía muy cerca, en el Kohlmarkt. Por el camino entré en una librería para comprar un nuevo mapa del norte de Italia, pues el nuestro estaba muy deteriorado como consecuencia de las picaduras producidas con los alfileres coronados con banderitas.

En la librería encontré muchos compradores. Todos pedían mapas, esquemas y cosas por el estilo. Por fin me tocó el turno.

—¿Desea también la señora un mapa de las operaciones militares? —me preguntó el librero.

—Lo ha adivinado usted; sí, señor.

—No era difícil. Aquí no vendemos otra cosa.

Trajo el mapa y, mientras lo envolvía, se dirigió a un caballero que se hallaba a mi lado:

—Ve usted, profesor, ahora son duros tiempo para los autores y editores de obras literarias o científicas. Nadie las compra, nadie se interesa por las letras desde que estalló la guerra.

—Las guerras son desastrosas para las naciones —repuso el profesor—. El abandono de las preocupaciones literarias trae como consecuencia un descenso

notable del nivel intelectual.

¡Y mi padre quiere una guerra que dure treinta años…, para bien de la patria!, pensé yo por tercera vez.

—¿Van, pues, mal sus negocios? —añadí en voz alta interviniendo en la conversación.

—No sólo los míos, sino todos o casi todos, señora —respondió el librero—. Con excepción de los proveedores de armas, la guerra es una calamidad para todos los comerciantes. Todo se para: el trabajo en las fábricas, los campos no se cultivan, innumerables personas están sin trabajo y sin pan. La moneda sufre depreciaciones; el agio sube; las pérdidas acaban en quiebra, numerosas empresas se ven abocadas a la bancarrota…; dicho de forma breve: ¡una ruina…, una ruina!

Y esto es lo que quiere mi padre…, seguía yo pensando cuando salí de la librería.

Encontré en su casa a la amiga a la que iba a visitar.

La condesa Lori Griesbach era, en cierto sentido, mi compañera de destino. Hija de un general, como yo, esposa desde hace poco de un oficial, como yo…, y como yo…, «viuda honoraria». En algo me aventajaba: no tenía sólo un marido en la guerra, sino también a sus dos hermanos. Pero Lori no era de naturaleza miedosa. Tenía el absoluto convencimiento de que sus seres queridos se hallaban bajo la protección especial de un santo de su devoción y no dudaba de que volverían sanos y salvos.

Me recibió con los brazos abiertos.

—¡Cuánto te agradezco, Martha, que hayas venido a verme! Pero te veo pálida y abatida. ¿Supongo que no tendrás malas noticias del frente?

—No, gracias a Dios, no… Pero es todo tan triste…

—Sí, cierto. Te refieres a la derrota; pero no debes preocuparte, los primeros despachos que lleguen del frente nos anunciarán una victoria decisiva.

—Victoria o derrota, es igual. ¡Es tan terrible, tan espantosa la guerra en sí! ¡Oh, si fuera posible acabar para siempre con las guerras!

—¿Para qué servirían entonces nuestros militares?

Reflexioné un instante.

—¿Para qué? Para nada, porque no habría soldados.

—¡Menudo sinsentido acabas de decir! ¡Sería una existencia hermosa con hombres civiles nada más! ¡Pensarlo sólo me asusta! Por fortuna, eso es imposible.

—¿Imposible? Sí, creo que tienes razón, porque únicamente así puedo comprender que no haya ocurrido hace mucho tiempo ya.

—¿Ocurrir qué?

—La supresión de las guerras. Sin duda, pero desgraciadamente es lo mismo que si yo dijese que deseo la supresión de los terremotos…

—No comprendo tus ideas, Martha. En lo que a mí respecta, soy feliz de que se haya declarado la guerra, porque abrigo la esperanza de que Ludwig sea condecorado. Para mis hermanos representa también grandes ventajas: en la guerra

conquistan los militares ascensos y distinciones…

—¿Has recibido últimamente noticias? —la interrumpí—. ¿Están todos bien?

—En realidad hace bastantes días que no sé nada; pero ya sabes con qué frecuencia sufre interrupciones el servicio de correos. Por otra parte, después de una marcha fatigosa o de un día de batalla, pocas ganas debe tener uno de ponerse a escribir. Estoy tranquila. Además, tanto Ludwig como mis hermanos llevan escapularios bendecidos que mamá misma les impuso…

—Pero Lori ¿cómo te imaginas tú una guerra en la que ambos ejércitos están formados por soldados provistos todos de escapularios? ¿Y las balas, después de silbar junto a las cabezas de los combatientes, irían a rasgar las nubes sin herir a nadie?

—No te comprendo. Tienes falta de fe. Me lo dice a menudo tu tía Marie.

—¿Por qué no respondes mi pregunta?

—Porque te estás burlando de una cosa que para mí es sagrada.

—¿Burla? ¡Oh, no; no lo creas! Es sencillamente una reflexión razonable.

—Sabes perfectamente que es pecado querer someter al tribunal de la razón cosas que son superiores.

—No digo más, Lori. Puede que tengas razón. Quizá sea preferible no reflexionar, abstenerse de profundizar… De algún tiempo a esta parte germinan en mí todo tipo de dudas en mis más arraigadas convicciones, y con ello no hago más que atormentarme. Si perdiese la convicción de que la guerra que padecemos es absolutamente indispensable, jamás podría perdonar a los que…

—¿Te refieres a Luis Napoleón? ¡Mira que es intrigante…!

—A él o a otros, eso es lo de menos. Yo quisiera poder creer firmemente que esta guerra no la quería nadie, que ha estallado espontáneamente, como un acceso de fiebre, como el fuego de Vesubio.

—¡Cómo estás de exaltada, querida amiga!… Vamos a hablar de forma razonable. Escúchame. Pronto terminará la campaña y regresarán nuestros maridos convertidos en capitanes de caballería… Tengo el propósito de recabar del mío que pida una licencia de cinco o seis semanas para acompañarme a un balneario. Eso le sentará muy bien después de las fatigas sufridas, y también a mí, porque estos calores tan excesivos, el aburrimiento y las inquietudes… Quizás has creído que no tengo miedo. Puede que sea voluntad de Dios que algunos de mis seres queridos pierdan la vida. Aunque bien es verdad que no hay nada tan envidiable como la suerte del soldado que muere en el campo del honor, por el emperador y por la patria.

—Parece que repites una orden del día.

—Para mi pobre mamá sería un golpe terrible cualquier desgracia que sobreviniese a Gustav o a Karl… ¡No hablemos de eso! Te digo que el medio para recuperarse de todos los horrores es pasar una temporadita en un balneario… Preferiblemente en Karlsbad[19], donde estuve una vez de jovencita y me lo pasé divinamente.

—Yo no conozco más que Marienbad. Allí conocí a Arno… Pero dime: ¿por qué hemos de hablar mano sobre mano? ¿No tienes un pedazo de lienzo para hacer vendas? Estuve hoy en la Asociación Patriótica de Ayuda a los Heridos y he visto a… ¡Adivínalo!

En este punto fuimos interrumpidas por un criado que entró con una carta.

—¡De Gustav! —exclamó con júbilo Lori, rompiendo presurosa el sello.

Apenas había leído unas cuantas líneas cuando lanzó un grito y dejó escapar de sus manos la carta lanzándose sobre mi cuello

—¡Lori…, mi querida amiga!… ¿Qué ocurre? —pregunté temblando—. ¿Tu marido…?

—¡Dios mío!… ¡Dios mío!… —gimió ella—. ¡Lee tú misma…, lee!…

Recogí la carta del suelo y empecé a leerla. Puedo transcribirla literalmente porque algún tiempo después supliqué a Lori que me la prestase para copiarla en mi diario.

—Lee en voz alta, que yo no he podido llegar al final —me pidió.

La misiva decía así:

Querida hermana:

Ayer tuvimos un combate muy serio… La lista de los que en él perdieron la vida será muy larga. Para que tú…, para que nuestra pobre madre no reciba la noticia por la vía oficial…, para que puedas prepararla poco a poco (le dirás que está gravemente herido). Pero es preciso que sepas que entre los valientes que ayer murieron por la patria está nuestro hermano Karl.

—Hasta ahí he leído yo —murmuró Lori.

Con voz ahogada por las lágrimas seguí leyendo.

Tu marido está a salvo, lo mismo que yo. ¿Por qué no me alcanzó a mí la bala que segó su existencia? Envidio la muerte heroica de Karl. Cayó al comenzar la batalla, sin saber que hemos vuelto a tener otra nueva derrota. Otra amarga derrota. Le vi caer, pues cabalgábamos los dos muy cerca uno de otro; salté a su lado con objeto de auxiliarle… Una sola vez abrió los ojos y murió. El proyectil debió traspasarle el corazón o el pulmón. Fue una muerte instantánea y sin dolor. Otros muchos tuvieron que padecer durante horas en medio del estruendo de la batalla sin recibir ayuda, hasta que les llegó la muerte. La jornada ha sido terrible: más de mil muertos. Amigos y enemigos cubrían el campo de batalla. Entre los muertos he reconocido varias caras conocidas y queridas. Entre otros, también al pobre… —aquí tuve que volver la hoja— al pobre Arno Dotzky.

Caí desplomada al suelo.

—¡Esto se acabó, Martha! ¡Solferino[20] ha decidido la contienda! ¡Hemos sido

vencidos!

Pronunciando estas palabras entró mi padre presuroso una mañana en el jardín donde estábamos sentados a la sombra de los tilos.

Yo había vuelto a la casa paterna con mi Ruru. Ocho días después de la decisiva batalla que me dejó viuda, mi familia se trasladó a Grumitz, a nuestra propiedad en la Baja Austria, y con mi familia me fui yo. Sola habría sucumbido a la desesperación. Ahora todos estaban junto a mí como antes de mi desposorio: papá, la tía Marie, mi hermano pequeño y mis dos jóvenes hermanas. Todos ellos hacían lo que podían para aliviar mi dolor y me trataban con cierto respeto que no dejaba de halagarme. En mi triste desventura había, por lo visto, una especie de consideración, y mi desgracia, para los que me rodeaban, no estaba exenta de mérito. Las lágrimas vertidas sobre el altar de la patria por las madres, las esposas o las prometidas se consideran, después de la sangre derramada por los soldados, como una libación sagrada. Así surgió también un ligero sentimiento de orgullo que contribuía a ayudarme a soportar mi dolor, me parecía que la mujer que ha perdido a su marido en el campo de batalla tiene derecho a que la consideren como investida de una cierta dignidad militar. Por otra parte, yo no era la única. ¡Cuántas otras lloraban ahora a los seres queridos que habían quedado en tierra italiana…!

Apenas llegaron a mí detalles de la muerte de Arno. Le encontraron entre los muertos, se comprobó su identidad y después lo enterraron, eso fue todo lo que supe. Su último pensamiento seguro que fue para mí y para su pequeño, y su consuelo en el último instante tuvo que ser la conciencia de haber cumplido con creces con su deber.

—¡Nos han derrotado! —repitió mi padre, con expresión sombría, sentándose a mi lado en un banco del jardín.

—¡Luego todos nuestros muertos han sido sacrificados inútilmente! —suspiré yo.

—Envidiable es su suerte, puesto que no pasarán por la vergüenza que a nosotros nos abruma… Pero nos desquitaremos, aunque aseguran que probablemente va a firmarse la paz.

—¡Dios lo quiera! —interrumpí—. Para mí llegará tarde, pero otros miles se librarán.

—¡No piensas más que en ti y en el bien de los individuos! ¡Es de Austria de lo que se trata!

—Pero ¿acaso Austria no la componen individuos?

—Hija mía, la vida de un Imperio, la vida de un Estado, tiene destinos más altos, de duración comparablemente mayor que la de los individuos. Éstos desaparecen generación tras generación, pero el Estado no sólo subsiste, sino que debe crecer en poderío, en territorios, en gloria; si se detiene, si se interrumpe, si es vencido por otros imperios, entonces desaparece. Es preciso, pues, que todos y cada uno de los miembros que integran el Estado persigan como objetivo supremo la grandeza, la prosperidad, el poderío de su imperio.

Ese mismo día copié estas palabras en mi diario, porque condensaban

perfectamente mis ideas de la época escolar sacadas de los libros de Historia, unas ideas muy debilitadas después de la muerte de Arno. Intenté convertir en manantial de valor y de resignación el pensamiento de que mi desventura, la muerte de mi marido, fue al servicio de una causa, y que mi desdicha era parte de esa gran causa.

Mi tía Marie procuraba consolarme ofreciéndome otros argumentos de resignación.

—¡No, querida hija mía, no llores! —me decía cuando me encontraba anegada en llanto—. No seas tan egoísta. Tu marido reina colmado de dichas inefables entre los bienaventurados, desde donde te bendice. Dentro de algunos años abandonarás también tú este destierro y te reunirás con él para siempre en la Gloria. Los que sucumben defendiendo a la patria en el campo de batalla tienen en el Cielo las más hermosas mansiones… Dichosos son los que son llamados cuando están cumpliendo con su deber. Los soldados que mueren en el campo del honor igualan casi a los mártires cristianos.

—En ese caso debería yo alegrarme de que Arno…

—Alegrarte precisamente, no; pero sí sobrellevar con resignación tu desgracia… Es una prueba a la que te somete el Cielo para fortificar tu fe.

—Luego, para ponerme a prueba y fortificar mi fe, Arno…

—No de esa manera. ¿Quién es el soberbio que osaría escudriñar las vías misteriosas de la Providencia? Yo, de seguro, no.

Aunque discutía muchas veces las ideas de mi tía, he de confesar que me agradaba, que me consolaba la visión mística de mi adorado marido recibiendo en el Cielo el premio del que con el sacrificio de su vida se había hecho acreedor. También me deleitaba pensando que su recuerdo viviría eternamente sobre la Tierra circundado de una aureola imperecedera de gloria y de heroísmo.

La víspera de nuestra partida asistí, en la catedral de San Esteban, a una ceremonia por los difuntos, pero no encontré en ella consuelo alguno. Era un *De profundis*[21] cantado en honor de nuestros soldados muertos y enterrados en suelo extranjero. En el centro de la iglesia se alzaba un soberbio catafalco adornado con banderas y armas rodeado de cientos de velas encendidas. Llenaban las grandes naves las notas conmovedoras del *Réquiem*; lloraban todos los presentes, la mayoría mujeres vestidas de luto, la muerte de seres queridos. Y cada una lloraba no sólo por el ser que había perdido, sino por todos los que habían encontrado la muerte. Todas tenían en común a los pobres y valerosos compañeros de armas que por todos nosotros, es decir, por nuestra patria, por el honor de la nación, habían dado su joven vida. No faltaba en la catedral ni uno de cuantos generales, oficiales y soldados aún quedaban en Viena. Varias compañías llenaban el fondo del templo, todos ellos estaban listos y preparados para seguir a sus compañeros muertos, sin vacilar, sin murmurar, sin miedo… Sí, con las nubes de incienso, con repiques de campanas, con las notas del órgano y con las lágrimas de dolor subirían al cielo las satisfechas víctimas; y el dios de los ejércitos acogería en su seno a los que habían sacrificado su

vida.

Así pensaba entonces. Por lo menos es lo que atestiguan las notas que estampé en mis cuadernillos rojos sobre la solemne ceremonia.

Unos quince días después de la derrota de Solferino vino la noticia de que se habían firmado en Villafranca los preliminares de paz[22].

Mi padre intentaba explicarme de todas las maneras posibles qué poderosas razones políticas nos obligaban a ello. A todas sus razones contestaba yo bendiciendo la causa que hacía cesar la espantosa lucha y las muertes, mas no por ello cejaba mi buen padre en su empeño de excusar el restablecimiento de la paz.

—No debes creer que tenemos miedo… Cierto que, aparentemente, hacemos algunas concesiones; pero nada aceptamos que sea humillante, nada que menoscabe nuestra dignidad. Sabemos hasta dónde podemos llegar y hasta dónde llegamos. No sería el insignificante descalabro sufrido en Solferino lo que nos obligó a abandonar la partida, si de nosotros se tratara únicamente… ¡Ah, no! Nos bastaría enviar un nuevo cuerpo de ejército para arrojar al enemigo rápidamente de Milán. Pero ¿sabes, Martha?, se trata de otras cosas, de intereses generales y de principios que lleva consigo la cuestión. Renunciamos a la lucha para socorrer a los otros principados italianos amenazados, aquellos de los que el jefe de ladrones cerdeño, junto con su verdugo francés, también quisiera apoderarse. Contra Módena, Toscana, donde como tú sabes reinan dinastías emparentadas con nuestra casa imperial, contra Roma, contra el Papa quieren tirar los vándalos. Si ahora cedemos la Lombardía, conservamos en cambio Venecia y podemos prestar apoyo a los Estados de la Italia meridional y a la Santa Sede. Ya ves, por simples razones políticas y en el interés del equilibrio europeo…

—Sí, padre —le interrumpí—, lo veo; aunque lamento que todas esas consideraciones no fuesen suficientes para haber prevalecido antes de Magenta. —Añadí un amargo suspiro. Entonces, para desviar la conversación, le mostré un paquete de libros que ese mismo día había llegado de Viena—. Mira, mira, el librero nos envía diferentes cosas. Sobre todo nos recomienda uno, publicado recientemente, obra de un naturalista inglés, un tal Darwin: *The Origin of Species*[23]. El librero opina que este libro es especialmente interesante y acabará haciendo época.

—Que nos deje tranquilos con sus libros, el buen hombre. En una época tan importante como la actual, ¿a quién le interesan esas pequeñeces? ¿Cómo va a marcar una época un libro que trata de las especies de plantas y de animales? Háblame de la Confederación de estados italianos, de la hegemonía de Austria en la Unión Alemana. Esos son asuntos importantes que formarán parte de la Historia mientras que ese libro inglés pronto nadie sabrá que ha existido. No olvides estas palabras.

No las he olvidado.

Libro segundo

(Período de paz)

Cuatro años más tarde, con motivo de la presentación en la corte de mis dos hermanas, de diecisiete y dieciocho años, respectivamente, resolví volver a aparecer en sociedad.

El tiempo había llevado a cabo su obra mitigando poco a poco mi dolor. Al principio mi desesperación se trocó en tristeza, la tristeza en pesadumbre, a la pesadumbre le siguió la indiferencia y, con la indiferencia, resurgieron en mí los deseos de vivir. Una mañana desperté con el convencimiento de que mi situación, en realidad, era envidiable y prometedora: tenía veintitrés años, era hermosa, rica, bien situada, libre, madre de un niño encantador, y me veía rodeada del cariño de todos los míos. ¿Acaso no eran éstas condiciones suficientes para llevar una vida dichosa?

El breve año de matrimonio me parecía un sueño. Cierto que estuve perdidamente enamorada de mi apuesto húsar, que éste me había hecho muy feliz, que la separación me causó una gran pena y que su pérdida me produjo un dolor inmenso; mas todo eso había pasado, todo excepto un recuerdo amoroso no muy bien definido. Fue muy efímera nuestra existencia. Nos habíamos adorado como una pareja de amantes apasionados, pero ese vínculo de dos espíritus, dos corazones firmemente unidos por la mutua admiración y la amistad, que sólo logran algunos matrimonios al cabo de largos años de penas y alegrías llevadas en común, a eso no habíamos llegado. Tampoco *yo* fui su máximo centro de atención, imprescindible no…, *su regimiento* iba por delante de mí. Además, durante estos cuatro años he ido cambiando poco a poco. Mi círculo de ideas se ha ido ensanchando considerablemente; he adquirido conocimientos y asimilado opiniones de cuya existencia no tenía idea remota durante la época de mi matrimonio, y Arno tampoco; de hecho, si resucitase mi marido, habría resultado siempre como un extraño con respecto a mi actual vida intelectual.

¿Cómo se produjo en mí este cambio? Fue al cabo de un año de viudez cuando mi desesperación de la primera fase se trocó en pesar, pero en un pesar profundo e intenso. No quería reanudar mis antiguas relaciones ni volver a ocuparme en nada que tuviera relación con la vida social. Creía firmemente que mi deber era consagrar mi vida entera a la educación de mi querido Rudolf. No volví a llamarle «Ruru» ni «sargento», los juegos de la pareja enamorada con el bebé habían acabado. El pequeño pasó a ser sencillamente «mi hijo Rudolf», objeto único, amor único, esperanza única de mi vida. En mi afán de servirle algún día de buena maestra y de convertirme en compañera intelectual, procuré adquirir la mayor suma de

conocimientos posible. Además, la lectura era mi única distracción, así que me sumergí en los tesoros de nuestra biblioteca del castillo. Volví a sentirme atraída por mi materia de estudio favorita: la Historia. En los últimos tiempos, en los que la guerra me había causado a mí y a mis contemporáneos tanto sufrimiento, se enfrío mi entusiasmo de otras épocas; quise reanimarlo, porque, de hecho, con frecuencia experimentaba cierto consuelo leyendo de nuevo un par de páginas sobre las glorificaciones del valor militar y de los actos heroicos. A veces llegué a pensar que la muerte de mi marido y mi dolor de viuda ejercían cierta influencia en el curso de los acontecimientos. Y digo «a veces» porque no siempre pensaba así. No podía identificarme con mis ideas de jovencita, con las ilusiones de la época en que mi mayor ambición habría sido convertirme en otra Juana de Arco. Mucho de cuanto leía en los relatos de batallas sonaba en mis oídos falso y hueco, en mi mente surgían las imágenes de los horrores de la guerra, y me preguntaba entonces si el precio digno de la vida humana, perla preciosa, es esa moneda falsa que solemos llamar gloria.

Leí en muy poco tiempo todas la obras históricas que contenía nuestra biblioteca, y pedí a nuestro librero que me enviase una obra nueva. El librero me mandó la *History of Civilization* de Thomas Buckle[24], en inglés, acompañada con la nota siguiente:

> La obra no está terminada todavía, pero los dos tomos que envío forman un todo completo. Su publicación ha producido gran sensación en Inglaterra y en el resto de los centros intelectuales del mundo. Se dice que su autor ha sentado la base sobre la cual se erigirá el edificio de una nueva concepción de la Historia.

En efecto, una obra muy innovadora. Una vez hube leído y vuelto a leer los dos tomos, experimenté la sensación de quien, después de haber vivido de por vida en el fondo de un valle encajonado, contempla por primera vez, desde la cumbre de una montaña próxima, un paisaje abierto, cubierto de construcciones y jardines, y limitado por un mar infinito. No quiero decir con esto que yo, una veinteañera de conocida educación superficial, consiguiese apoderarme del alcance de tal monumental obra, ni que desde la cima a la que me encontré transportada supiese apreciar las grandezas del océano que ante mí sorprendentemente se ofrecían; mas sí que quedé deslumbrada, subyugada. Comprendí que, más allá de mi estrecho valle natal, había un extenso mundo del que no tenía ningún conocimiento. Sólo cuando quince o veinte años más tarde volví a leer el libro y después de haber estudiado otras obras de parecida altura, pude quizá permitirme afirmar que lo había entendido. Algo sí entendí entonces, que la historia de la humanidad no la integran, conforme me habían enseñado, listados de reyes o jefes de Estado, ni de guerras y tratados, que son el resultado de la ambición de unos o de la astucia de otros, sino, más bien, se había hecho a través de la evolución paulatina de la inteligencia. Las crónicas cortesanas y de batallas que aparecían enumeradas en los libros de historia no nos revelan más que

manifestaciones parciales de las diferentes situaciones culturales, pero nada sobre las causas que las motivaban. En la obra de Buckle no se encontraba la *admiración* que antiguamente los escribanos de la historia se cuidaban en subrayar. Por el contrario, él demuestra que el prestigio con que la humanidad ha rodeado al guerrero está en proporción inversa al grado de cultura intelectual. A medida que nos remontamos, a medida que nos aproximamos a la barbarie de los tiempos pasados, las guerras son más frecuentes y más estrechas las fronteras de la paz; provincia contra provincia, ciudad contra ciudad, familia contra familia. Señala que el progreso de la sociedad hace desaparecer con mayor rapidez el amor, la afición a la guerra que la guerra misma. Esta y otras ideas de Buckle me llegaron al alma. Incluso en mi corta vida interior fue saliendo ese alivio. El horror que ahora me inspiraba la guerra, y que años antes había creído cobarde e indigno, era sencillamente el eco del espíritu nuevo que dejaba sentir su acción benéfica sobre la época actual. Sabios y pensadores, como este historiador inglés y otros, habían perdido su adoración hacia las guerras, tal como yo misma la tuve en la fase de mi niñez, y que en este libro aparecía como una fase de la infancia de la sociedad.

Como consecuencia, hallé en la obra de Buckle *History of Civilization* lo contrario precisamente de lo que en ella buscaba; pero, terminada su lectura, me encontré más grande, más tranquila, más instruida. En una ocasión intenté hacer partícipe de mi nuevo punto de vista a mi padre, pero fue en vano. Se negó a subir tras de mí a lo alto de la montaña, no quiso leer el libro, es decir, era inútil hablar con él de cosas que sólo se podían percibir desde allí arriba.

El final de mi segundo año de viudez coincidió con la fase segunda de mi dolor: éste pasó a ser melancolía. Leía y estudiaba con celo. Con la primera obra de Buckle había aprendido a reflexionar y a gozar al ver ampliados mis horizontes. Por ello quise gozar más y más. A este libro siguieron muchos otros. Abordé el estudio de varias obras inspiradas en el mismo espíritu que la citada, y su lectura contribuyó a apresurar el advenimiento de la tercera fase, es decir, la transformación de mi melancolía en ganas de vivir. Comprendí que los libros no me bastaban, que la etnografía, la antropología y la mitología comparada, y todas las restantes «logías» y «grafías», eran incapaces de calmar mis anhelos, que la vida reserva a una mujer joven y en mis condiciones goces de los que yo podía apoderarme con sólo extender la mano… Y he aquí que, en el invierno de 1863, me ofrecí a introducir a mis jóvenes hermanas en el mundo y abrí mis salones a la sociedad de Viena.

«La condesa Martha Dotzky, viuda joven y rica», bajo ese prometedor nombre estaba yo en el registro de personas que componían la «comedia del gran mundo». Y debo decir que el papel era de mi gusto. A nadie desagrada ser objeto de homenajes constantes; verse festejada y adulada por todos. No es un placer nimio, después de cuatro años apartada del mundo, lanzarse de repente al torbellino de los placeres; conocer a importantes e interesantes personalidades, casi a diario correr de fiesta en fiesta y sentirse el centro de la atención general.

A mis tres hermanas les habían puesto el apodo de «las diosas del monte Ida», y eran incontables las manzanas de Eris[25] que los diferentes y jóvenes Paris tuvieron que juzgar. Yo, con mi privilegiado pase ya mencionado en el teatro del mundo, «viuda joven y rica», era habitualmente la preferida. En mi familia era opinión general —y confieso que la idea no me desagradaba— que yo contraería segundas nupcias. Ya no me hablaba mi tía Marie en sus homilías «del bienaventurado que me esperaba allá arriba», porque si durante los años que me separaban de la tumba contraía un segundo matrimonio —una posibilidad deseada por la misma tía Marie—, el placer de volver a encontrar al primero en el Cielo habría disminuido considerablemente.

Excepto yo, todos los que me rodeaban habían relegado a Arno al olvido más absoluto. Aunque el tiempo había curado mi dolor, su recuerdo no se había borrado. Una puede acabar de penar por sus muertos, porque las penas no dependen de nuestra voluntad, pero olvidar es algo que no debemos hacer. El silencio con que mi familia rodeaba a Arno me producía el efecto de una segunda muerte, de la que en manera alguna quería yo ser cómplice. Me impuse la tarea de hablar todos los días al pequeño Rudolf de su padre, y en sus oraciones de la noche ni un solo día dejaba de repetir mi hijo: «¡Dios mío! Hazme bueno y valiente para que pueda parecerme a mi querido papá Arno».

Mis hermanas y yo nos divertíamos mucho, ciertamente yo no menos que ellas. Por así decirlo, era también *mi* debut en el mundo. En mi primera presentación aparecí en calidad de prometida y luego de recién casada, circunstancias que naturalmente habían mantenido a los admiradores a distancia, y sabido es que los admiradores constituyen el mayor atractivo de la vida mundana. Pero sorprendentemente, aunque me agradaba estar rodeada de un grupo de adoradores, ninguno produjo en mí una impresión profunda; entre ellos y yo se hallaba un muro difícil de franquear, obra de tres años de estudio solitario y reflexión. Todos aquellos brillantes caballeros jóvenes, cuyos intereses en la vida eran el deporte, el juego, el baile, las habladurías de la corte y, en el mejor de los casos, el medro profesional (la mayoría eran militares), todos ellos no tenían la menor idea de las teorías que yo había visto alborear en mis lecturas. Y a pesar de que era una principiante, sabía que para los hombres de ciencia eran objeto de las más concienzudas discusiones, sin embargo, para aquellos caballeretes era como si les hablases no en chino, sino en patagonio.

Estaba firmemente resuelta a no escoger marido entre los jóvenes de la categoría mencionada, aparte que no tenía prisa alguna de enajenar una libertad que era muy de mi agrado. Sabía cómo mantener a distancia a mis pretendientes, ninguno osaría hacerme una declaración, tampoco nadie en la sociedad debía pronunciar una palabra comprometida sobre mí: «Se deja hacer la corte». Mi hijo Rudolf tenía que estar orgulloso de su madre, ni la más mínima nota de sospecha en el impoluto espejo de mi buena reputación. No quería entregar mi corazón a hombre alguno que no fuera

digno de poseerlo, pero me hallaba muy dispuesta, si encontraba a ese hombre, a hacer valer mis derechos a la felicidad, derechos que me daba mi juventud, a contraer segundas nupcias.

Entretanto, mientras aparecían el amor y la felicidad, había otras dedicaciones. Me divertía asistiendo a bailes, frecuentando el teatro, cuidando del atavío de mi persona. Pero sin descuidar por ello a mi hijo y mi propio progreso intelectual. No es que me dedicase a profundizar en estudios especializados, pero estaba al corriente de los movimientos intelectuales, me procuraba los libros recién aparecidos de la literatura mundial y leía regularmente artículos, también científicos, la *Revue des Deux Mondes*[26] y otras revistas análogas. Esta ocupación tenía una consecuencia: cuanto más leía, mayor altura tomaba el muro interpuesto entre mis jóvenes adoradores y yo, pero no me importaba.

Me hubiera gustado abrir las puertas de mis salones a algunas personalidades del mundo científico y literario, pero eso era imposible: en Austria, el elemento «burgués» no podía alternar con lo que se ha dado en llamar «la alta sociedad». Por lo menos entonces, posteriormente ese espíritu estrecho se ha modificado algo, y se ha puesto de moda abrir los salones a algunos representantes de las artes y la ciencia. Pero, en la época a que me refiero, quien carecía de un título que le diese derecho a ser presentado en la corte, es decir, quien no podía ostentar en su escudo dieciséis cuarteles de nobleza, quedaba excluido irremisiblemente de la «sociedad». Nuestra habitual sociedad estaría desagradablemente sorprendida si encontrara en mi casa invitados no pertenecientes a la nobleza y además no habría encontrado la forma correcta de tratarlos. Y ellos mismos se habrían aburrido lo indecible en mi salón repleto de condesas, de viejos generales y ancianas canonesas. ¿Qué interés podrían tener los hombres de ciencia, los escritores y los artistas en unas conversaciones que siempre son las mismas? —¿En casa de quién fue ayer el baile, en casa de quién será mañana el baile? (¿de los Schwarzenberg, los Pallavicini o en la corte?); qué pasiones ha desatado la baronesa Pacher; qué buen partido ha rehusado el conde Palffy; cuántos dominios posee el príncipe Croy; de qué linaje procede la joven Almasy (¿es una Festetics o una Wenkheim o es la Wenkheim cuya madre era una Khevenhüller?), etc., etc.—. Éste o parecido era el contenido de cuantas conversaciones se producían en mi entorno. También las personas cultivadas e instruidas, de las cuales había varias en nuestros círculos —hombres de Estado y similares—, creían sentirse obligadas si trataban con nosotros —la juventud danzante— a emplear el mismo tono frívolo y las frases sin contenido. ¡Cómo me hubiera gustado después de una cena haberme aproximado al rincón, donde algunos de nuestros diplomáticos que han recorrido el mundo, locuaces consejeros imperiales u otros hombres notables intercambiaban opiniones sobre cuestiones relevantes —pero esto no era posible—; yo tenía que permanecer junto a las otras jóvenes y hablar sobre la *toilette* que preparábamos para el próximo gran baile! Pero tan pronto me hubiera acercado al grupo que en ese momento había iniciado una conversación sobre la economía nacional, sobre Byron,

poesía, o sobre las teorías de Strauß y Renan, sus integrantes habrían enmudecido, y alguien diría: «¡Ah, condesa Dotzky!… Ayer en el picnic de las damas tenía usted un aspecto encantador… ¿No faltará mañana a la recepción en la embajada rusa?».

—Permíteme, mi querida Martha —me dijo mi primo Konrad Althaus—, que te presente al teniente coronel barón Tilling.

Hice una inclinación de cabeza. Konrad se alejó, y el barón se quedó en silencio. Interpreté su silencio como una invitación al baile, me levanté y avancé hacia él con mi brazo izquierdo arqueado, dispuesta a colocarlo sobre el hombro del barón Tilling.

—Perdóneme usted, condesa —me dijo, acompañando sus palabras con una sonrisa que me permitió admirar una dentadura de una blancura deslumbrante—, no sé bailar.

—Tanto mejor —repliqué, sentándome de nuevo—. Precisamente me había refugiado en este salón para descansar un poco.

—He solicitado el honor de ser presentado a usted para hacerle una confidencia.

Le miré con sorpresa. Su rostro reflejaba seriedad; era un hombre de exterior sumamente grave. No era muy joven: debía rondar los cuarenta. En sus sienes se advertían unos hilos de plata. En suma: su aspecto era noble, distinguido y simpático. Había tomado la costumbre cada vez que me era presentado un joven de preguntarme: «¿Es un pretendiente? Si lo fuese, ¿le aceptaría?». En esta ocasión, a las dos preguntas me contesté inmediatamente: «No». En la actitud de mi interlocutor no advertí ni rastro de esa admiración muda y clásica del pretendiente. Y la segunda pregunta se resolvió negativamente por causa de su uniforme. Había jurado no casarme otra vez con un militar, no solamente porque por nada del mundo me habría expuesto una segunda vez a la contingencia de pasar por las angustias de ver cómo mi marido era enviado al frente, sino también porque mis nuevas ideas sobre la guerra no podían estar en armonía con las de un combatiente.

El teniente coronel Tilling no hizo uso de mi ofrecimiento a que se sentase a mi lado.

—Deseo no importunar a usted más tiempo, condesa —dijo—. Pues no es este salón de baile el sitio más indicado para hacerle la confidencia a la que antes me he referido. Me limitaré a solicitar de usted el honor de ser recibido en su casa. ¿Tendrá usted la bondad de indicarme el día y la hora?

—Recibo los sábados, de dos a cuatro.

—Entonces los sábados de dos a cuatro su salón se parecerá a algo así como una colmena en la que zumban las abejas.

—Y de la que soy la reina. El cumplido es verdaderamente bonito.

—Jamás hago cumplidos. Y así le diré a usted francamente que no me conviene la hora de la colmena de los sábados. Mis deseos son encontrarme con usted a solas.

—Excita usted mi curiosidad. En ese caso, venga usted mañana, martes, a la misma hora; estaré en casa sólo para usted.

El barón mostró su agradecimiento con una reverencia y se retiró.

Momentos después vi a mi primo Althaus, le llamé para que tomase asiento a mi lado y pedí informes sobre el barón Tilling.

—¿Te ha gustado? ¿Te ha causado una impresión tan profunda que quieres informarte con urgencia? Pues bien, sí: puedes considerarle disponible, es decir, todavía está soltero. Aunque ignoro si es dueño de su libertad. Se comenta que una regia dama (Althaus nombró a una princesa de la casa reinante) le tiene atado con suaves lazos. Como hace poco tiempo que su regimiento está aquí, se le ha visto contadas ocasiones en sociedad, aparte que, si no me engaño, es enemigo del baile y de distracciones parecidas. Le he conocido en el Casino de la Nobleza, donde pasa diariamente un par de horas, pero por lo general en la sala de lectura, absorto con los periódicos o bien en una partida de ajedrez con nuestros mejores jugadores. Me ha sorprendido encontrarle aquí, pero la circunstancia de ser primo de la señora de la casa explica su breve aparición. He visto que se retiraba inmediatamente después de haberte saludado.

—¿Le has presentado a otras damas?

—No, a ti únicamente; pero no vayas a figurarte que, al verte, ha querido conocerte. Me ha preguntado si podía decirle si cierta condesa Dotzky, de soltera Althaus, posiblemente parienta mía, se encontraba aquí. Le contesté que sí, que era la que estaba sentada en este rincón y llevaba un vestido azul. Me suplicó entonces que le presentase, y yo accedí en el acto, sin sospechar que esto pudiese turbar tu tranquilidad.

—No digas tonterías, Konrad. Mi tranquilidad no se turba tan fácilmente. ¿Tilling? ¿Qué familia es ésa? He oído el nombre por primera vez esta noche.

—¡Ah! No cedes… Ése es un hombre afortunado. Tres meses hace que intento, sin conseguir nada, insinuarme en tus buenas gracias, y he aquí que ese teniente coronel glacial, de aspecto y de hecho, porque puedo asegurarte que es un bloque de hielo, llega, ve y vence. ¿Quieres informes sobre la familia de Tilling? Creo que es de origen hannoverano; pero el padre estuvo al servicio de Austria, su madre es prusiana. Has debido notar su acento del Norte.

—Sí, habla un alemán maravilloso.

—Naturalmente, en él todo es maravilloso.

Althaus se levantó.

—Ya he tenido suficiente. Permíteme que te deje entregada a tus sueños, y voy a intentar entablar conversación con aquellas damas que…

—Que te encuentran maravilloso. De ésas hay más que suficientes.

Me retiré temprano del baile. A mis hermanas las dejé bajo la protección de la tía Marie, y a mí no me retenía nada más allí. No sentía ganas de bailar, me encontraba fatigada y deseaba la soledad. ¿Por qué? No para pensar en Tilling sin ser molestada. Aunque ¿quién sabe?… A medianoche continuaba anotando en mis cuadernos rojos la conversación sostenida con él, acompañándola de las reflexiones siguientes: «Un hombre interesante, este Tilling… La regia dama a quien ama piensa indudablemente

en él en este instante… O quizá esté postrado a sus pies en este instante, y ella no se encuentre tan sola —sola— como yo. ¡Ah, poder amar a alguien con todo el alma!…, no tiene por qué ser a Tilling, a quien no conozco… No estoy celosa de Tilling, sino de la princesa porque ama. Y cuanto más apasionado sea su amor, más la envidio».

Mi primer pensamiento al despertar fue de nuevo Tilling. Era el día en que debía recibir su importante confidencia. Desde hacía mucho tiempo no había esperado a nadie con la impaciencia con que esperaba esta visita.

A la hora convenida di orden de que no recibiría a nadie más que a Tilling. Mis hermanas habían salido. Mi tía Marie, la incansable *garde dame*[27] las acompañó a la pista de patinaje.

Vestí un lujoso traje de estar en casa de terciopelo violeta —este color sienta admirablemente a las rubias—, tomé un libro y esperé en mi saloncito. No tuve que esperar mucho: a las dos y diez entraba el barón Von Tilling.

—Verá usted, condesa —me dijo besándome la mano—, la puntualidad con que he aprovechado su autorización.

—Por fortuna —respondí con una sonrisa e indicándole que tomara asiento—, porque, de haberse retardado, creo que me habría muerto de impaciencia. No puede usted imaginarse la curiosidad que despertó en mí.

—Expondré lo que deseo decir a usted enseguida y sin preámbulos; si anoche no lo hice fue porque creí que no debía turbar su alegría.

—¡Me asusta usted!

—En pocas palabras: yo tomé parte en la batalla de Magenta.

—¿Y vio usted morir a Arno? —exclamé.

—Así es, señora; le vi morir y puedo darle detalles de sus últimos instantes.

—¡Hable usted! —dije temblando.

—No tiemble usted, condesa. Si sus últimos momentos hubieran sido dolorosos, como lo fueron para otros camaradas, nunca habría venido yo a darle parte de ellos. No hay nada más triste que imaginarse las torturas por las que han pasado seres queridos antes de morir. Pero no fue el caso de su marido.

—Me libra usted de un peso enorme.

—No repetiré esa frase hueca con la que se intenta dar consuelo en estos casos: «Murió como un héroe», porque no sé bien qué se pretende decir con ella. El consuelo real que puedo ofrecerle consiste en asegurarle que murió sin pensar en la muerte. Desde un principio estaba convencido de que nada había de sucederle. Nos habíamos encontrado con frecuencia, me hablaba a menudo de su felicidad familiar, me enseñó el retrato de su joven y bella esposa y de su hijo, y me había invitado a pasar una temporada en su casa tan pronto como terminara la campaña. Por casualidad, me encontré a su lado durante la espantosa carnicería de Magenta. Le ahorraré a usted el relato de las escenas que precedieron a la catástrofe, horrores como aquéllos no se cuentan. Los hombres, alentados por el espíritu de combate, al oler la pólvora y encontrarse ante un diluvio de balas se sienten dominados por una

embriaguez tan absoluta que pierden la conciencia de lo que pasa en su entorno. Dotzky era uno de ellos. Sus ojos despedían rayos. Apuntaba al enemigo con mano firme. Se encontraba en una completa embriaguez en medio del combate, eso pude notar yo, al encontrarme algo más sereno. Una bomba estalló a poca distancia de nosotros: diez hombres, Dotzky entre ellos, cayeron desplomados; exhalaban los desdichados gritos terribles; sólo Dotzky callaba. Estaba muerto. Yo y un par de camaradas nos acercamos a los heridos, para darles, si aún era posible, auxilio. Pero no lo era. Todos estaban agonizando, descuartizados, luchando contra los dolores espantosos… Sólo Dotzky, el primero que atendí, no respiraba ya. El corazón había cesado de latir. Del ancho boquete abierto en su costado brotaba sangre con una abundancia tal que, aun suponiendo que se tratara de un desmayo, no había que temer que volviese en sí.

—¿Temer? —interrumpí llorando.

—Sí, temer, porque era preciso abandonarle sin socorro. Por nuestro frente atronaban asesinos «¡Hurras!», y en la retaguardia temblaba el suelo bajo los cascos de los escuadrones, que no tardarían en aplastar, ciegos, a nuestros moribundos. —¡Dichoso el desmayado!— Su rostro tenía una expresión de calma. Terminada la batalla, cuando pudimos recoger a nuestros muertos y heridos, encontré a Arno Dotzky en el mismo sitio, en la misma posición, con la misma expresión de paz en su rostro. Esto es lo que quería decirle, condesa. Habría podido comunicárselo mucho antes, en todos estos años transcurridos, por escrito, ya que no he tenido la ocasión de verla; pero no se me ocurrió la idea hasta ayer, al oír decir a su primo que esperaba recibir a la hermosa viuda de Arno Dotzky. Le ruego me perdone si he despertado recuerdos dolorosos, creo que era una obligación librarla a usted de cualquier incertidumbre angustiosa.

Se levantó. Le tendí la mano.

—Le quedo muy agradecida, barón Tilling —dije secando mis lágrimas—. Me ha prestado un servicio muy valioso al asegurarme que en el momento final mi querido Arno no sufrió torturas ni agonía… Pero le ruego que no se despida todavía. Quisiera hablar con usted… Su tono, sus expresiones han hecho vibrar ciertas cuerdas de mi alma. Sin más rodeos: ¿detesta usted la guerra?

El rostro de Tilling adquirió un matiz sombrío.

—Perdóneme, condesa, que no pueda seguirla por el camino que usted indica, y crea que lamento muy de veras no acceder a sus deseos, pero no puedo permanecer más tiempo a su lado. Me esperan y…

Ahora fue *mi* rostro el que adoptó una expresión fría. Sin duda le esperaba la princesa, y ese pensamiento no me resultó agradable.

—Lejos de mi ánimo la idea de retenerle, señor teniente coronel —contesté con frialdad.

Se inclinó y salió, sin pedirme autorización para volver.

Había terminado el carnaval. Mis dos hermanas, Rosa y Lilli, se habían «divertido

enormemente». Cada una de ellas podía anotarse media docena de conquistas, aunque entre ellas no figurase ningún partido deseable, el hombre «adecuado» todavía no había aparecido. ¡Mejor que mejor! Pues querían disfrutar algunos años más de los encantos de su vida de solteras, antes de doblar su cuello al yugo conyugal.

¿Y qué diré de mí? Examinemos mis cuadernos rojos, donde encuentro reflejadas mis impresiones del carnaval:

> Me alegro de que se hayan acabado los bailes, empezaban a parecerme monótonos. Siempre lo mismo, las mismas conversaciones, siempre el mismo bailarín, pues que sea la pareja el teniente de húsares X, el teniente coronel de dragones Z, el capitán de ulanos H, las reverencias son las mismas, los lugares comunes los mismos, los suspiros los mismos, las miradas las mismas. Ni un único ser interesante…, ni uno solo. Y el único que en todo caso…, pero es inútil hablar de él…, pertenece a su princesa. Indudablemente es una mujer hermosa, pero la encuentro muy poco simpática.

Aunque los grandes bailes habían concluido una vez terminado el carnaval, no así las reuniones. *Soirées*, cenas, conciertos: el jaleo continuaba. También se ensayaba una representación teatral *amateur* que debía representarse después de la Pascua. Durante la Cuaresma es preciso imponer cierta moderación a los placeres. Mi tía Marie encontraba siempre escasa esta moderación; no me perdonaba mi asistencia poco regular a los sermones, pero se consolaba de mi tibieza religiosa obligando a Rosa y a Lilli a asistir a todos los sermones de los predicadores célebres, y mis hermanas se prestaban de buen grado a complacerla, dado que en las iglesias se reunían con toda la habitual *coterie*[28]. (El padre Klinkowström[29] estaba tan de moda entre los jesuitas como Murska[30] en la escena operística). Por otro lado, las dos eran en realidad piadosas.

Pero no sólo de los sermones y las *soirées* me mantuve bastante alejada durante aquella Cuaresma. De repente, la vida social había perdido para mí su atractivo, y prefería permanecer por lo general sola en casa, jugando con mi hijo, y cuando le acostaba, me entregaba a la lectura de un buen libro junto al fuego de la chimenea. De vez en cuando venía mi padre a verme y pasaba conmigo dos o tres horas hablando. El tema de sus conversaciones giraba siempre en torno a los recuerdos de la guerra. Le repetí la conversación que tuve con Tilling a propósito de la muerte de Arno, pero no concedió la menor importancia a esta historia. El sufrimiento que acompaña a la muerte le dejaba en una indiferencia completa. Quedar tendido sobre el campo de batalla era para él tan glorioso que compensaba con creces todas las torturas físicas: no había nada tan envidiable como esa suerte. «Ser herido» ocupaba, en su estimación, el lugar inmediato al de «quedarse». Quien le oyese contar con tal orgullo la historia de cómo fue herido, en no sé cuál localidad, es bien seguro que sacaría la impresión de que no le produjo el menor sufrimiento. ¡Qué diferencia entre

su expresión y el breve relato de Tilling cuando hablaba de los diez infelices hechos pedazos por la explosión de una bomba! En él había otro tono que denota una compasión conmovida. Me guardé mucho de repetir a mi padre las palabras de Tilling, pues instintivamente comprendía que las habría condenado como indignas de un militar, aunque de mí puedo decir que la piedad que destilaban éstas hacia sus camaradas agonizantes penetró completamente en el fondo de mi corazón.

¡Con qué placer habría departido extensamente sobre el tema con Tilling! Éste, al parecer, no tenía deseos de seguir cultivando mi amistad. Quince días habían transcurrido desde su visita, y ni la había repetido ni yo volví a encontrarle en ningún salón. Dos o tres veces le vi en la Ringstraße[31] y una vez en el Burgtheater[32], me saludó respetuosamente, le contesté afectuosa, y nada más. ¿Digo nada más? Sí, «nada más». ¿Por qué, al verle, mi corazón apresuró sus latidos? ¿Por qué me perseguía luego durante horas, tenaz como una obsesión, el recuerdo de su saludo?

—Hija mía —me dijo una mañana mi padre—, he de hacerte una súplica, y te traigo algo.

Mientras hablaba dejó sobre la mesa un paquete envuelto en papel que traía en la mano.

—¿Una súplica y un regalo a la vez? —pregunté, riendo—. Eso parece un soborno.

—Escucha mi súplica antes de desenvolver el regalo para que no te deslumbre su suntuosidad. Hoy he de asistir a una comida que promete ser aburrida.

—Sí, ya sé: tres viejos generales con sus señoras respectivas.

—Y dos ministros, asimismo acompañados de sus esposas, en una palabra: una historia festiva, formal y soporífera.

—¿Y no vendrás a decirme que vaya contigo…?

—Precisamente… Puesto que las damas en cuestión me honran con su asistencia, quisiera que tú les hicieras los honores de la casa.

—Eso corresponde a tía Marie.

—Sí, pero hoy está otra vez con sus dolores de cabeza y no tengo más remedio que…

—Sacrificar a tu hija, como hicieron tantos padres en la Antigüedad: Agamenón con Ifigenia, por ejemplo. Puesto que no tienes más remedio, me someto.

—Por cierto, entre los invitados hay algunos elementos jóvenes: el doctor Bresser, que me atendió con esmero especial durante mi última enfermedad, y a quien deseo obsequiar; además, también el teniente coronel Tilling. Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué te pones tan colorada?

—¿A mí…? Es la curiosidad que me abrasa. Estoy rabiando por ver el regalo que me has traído —y comencé a desenvolver el paquete.

—No es nada para ti. Supongo que no esperarías que te trajera un collar de perlas. Es para Rudi.

—Ya lo veo. Una caja de juguetes, ¡ah, soldados de plomo! ¡Pero, padre, que el

niño tiene cuatro años y no debe todavía…!

—A los tres años yo jugaba ya a soldados. Mis primeros juguetes fueron sables y tambores; mi juego favorito: hacer la instrucción y dar órdenes. De esta manera se despierta el amor a la profesión, de esta manera…

—Mi hijo Rudolf no será militar —le interrumpí.

—¡Martha! Sé muy bien que el deseo de su padre…

—Arno ha muerto; Rudolf me pertenece exclusivamente a mí, y no quiero que…

—¿No quieres que abrace la más hermosa, la más noble de las carreras?

—No quiero que la vida de mi único hijo se exponga en una guerra.

—Hijo único era yo y abracé la carrera militar; Arno no tenía hermanos, que yo sepa; y a tu hermano Otto, también mi único hijo varón, y lo he enviado a la Academia Militar. La tradición de nuestra familia exige que el retoño de un Dotzky y de una Althaus se consagre al servicio de la patria.

—La patria tendrá menos necesidad de mi hijo que yo.

—Si todas las madres discurriesen así…

—No habría revistas, ni grandes paradas, ni carne de cañón, tal como se dice, con lo que nada saldríamos perdiendo.

Mi padre puso mala cara y a continuación se encogió de hombros.

—¡Ah, las mujeres! —exclamó con acento despectivo—. Por fortuna tu hijo prescindirá de tu permiso. Por sus venas circula sangre de soldado. Además, no será tu único hijo. Tienes que volver a casarte, Martha. A tu edad no es bueno estar sola. Vamos, dime, entre tus pretendientes ¿no hay uno solo que haya encontrado la gracia de tus ojos? El capitán de caballería Olensky, por ejemplo, que está perdidamente enamorado de ti, y no me disgustaría como yerno.

—Pero a mí sí como marido.

—¿Y el mayor Millersdorf…?

—Sería inútil que me presentases uno por uno a todos los militares de la guarnición. ¿A qué hora es la comida? ¿Cuándo debo llegar? —pregunté para desviar el tema.

—A las cinco; pero conviene que estés en casa media hora antes. Hasta luego. Tengo que irme. Dale un beso a Rudi, futuro general en jefe del ejército imperial y real[33].

Una historia festiva, formal y soporífera, así había tildado mi padre la comida prevista; y así habría resumido yo la ceremonia, si entre los convidados no hubiese figurado aquel cuya cercanía hacía asomar los colores en mi rostro.

Llegó el barón Tilling a la hora exacta señalada para la comida. Al saludarnos en el salón cambiamos algunas breves palabras. En la mesa me senté entre dos generales canosos y estaba demasiado lejos de Tilling para que éste pudiese participar en nuestra conversación. Ansiaba que terminase la comida para trasladarnos al salón, donde quería atraerle a mi lado para que siguiera relatándome escenas de aquella batalla. Experimentaba vivos deseos de escuchar de nuevo su voz, aquella voz que la

primera vez me había conmovido de forma simpática.

Sin embargo, en un principio no hubo ninguna ocasión de que se vieran cumplidos mis deseos, los dos generales canosos no me dejaron y se sentaron a mi lado cuando nos trasladamos al salón y se sirvió el café. Se formó un círculo compuesto por mi padre, el ministro***, el doctor Bresser y Tilling, y la conversación era de índole general. Los demás convidados, todas damas, formaron un grupo en el extremo del salón donde no se fumaba, mientras que en el nuestro estaba permitido fumar. También yo encendí un cigarrillo.

—¿Quién será el enemigo en nuestra próxima guerra? —espetó uno de los generales.

—¡Hum!… —contestó el otro—. Yo creo que Rusia.

—Pero ¿tiene que haber siempre una *próxima* guerra? —inquirí yo, pero nadie me prestó atención.

—Creo más bien que nuestro enemigo, en guerra próxima, será Italia —aseguró mi padre—. Tenemos que reconquistar nuestra Lombardía… Me gustaría presenciar una entrada en Milán como la que hicimos en el 49 a las órdenes del general Radetzky. Era una mañana soleada…

—Ah, la historia de la entrada en Milán la conocemos todos —interrumpí.

—¿También la del bravo Hupfauf?

—También, y por cierto que me parece incluso más repugnante.

—¿Qué sabes tú?

—Cuéntela usted, Althaus: nosotros no la conocemos.

Mi padre no necesitó que le instasen.

—Hupfauf, perteneciente al regimiento de Cazadores del Tirol, él mismo un tirolés, protagonizó una estupenda hazaña. Era magnífico, el mejor que uno pueda imaginarse. En los ejercicios de tiro al blanco era siempre el rey, acertaba casi cada vez al blanco. ¿Y qué hizo este hombre cuando se rebelaron los milaneses? Pidió permiso para subir con cuatro camaradas al tejado de la catedral, con objeto de tirar desde allí sobre los rebeldes. Se le concedió el permiso. Sus cuatro camaradas, armados de carabinas, no hicieron fuego, sino que se limitaron a cargar sus armas sin interrupción, con el fin de ponerlas sucesivamente en las manos de Hupfauf para que éste pudiera disparar sin perder un instante. Nuestro bravo tirador mató a ochenta italianos seguidos.

—¡Qué horror! —exclamé—. Cada uno de aquellos infelices italianos tenía madre y novia, y, sobre todo, derecho a su joven vida.

—No, hija mía, no: eran enemigos y esto varía el punto de vista.

—Muy cierto, mientras la humanidad acepte la noción actual de la palabra «enemigo» —observó el doctor Bresser— no cesará la violación de las leyes humanitarias.

—¿Qué opina usted, barón Tilling? —pregunté.

—A aquel hombre le hubiese prendido una condecoración en el pecho y le

hubiera alojado una bala en el corazón. Ambas las habría merecido.

Dirigí al interlocutor una mirada llena de gratitud y de simpatía. A excepción del doctor, todos encontraron incómodas las palabras de Tilling, y por algunos momentos se paralizó la conversación. *Cela avait jeté un froid*[34], como dicen los franceses.

—¿Ha oído hablar usted de la obra de un naturalista inglés llamado Darwin? —preguntó el doctor dirigiéndose a mi padre.

—No.

—Sí, papá. Recuerda que ese libro apareció hace cuatro años. Nos lo envió nuestro librero, y tú predijiste que pronto esa obra caería en el olvido.

—Pues ya ves que ni me acuerdo siquiera de ella.

—Realmente ha producido una sensación enorme en el mundo —repuso el doctor —. En todas partes se discute con apasionamiento en pro y en contra de la nueva teoría sobre el origen de las especies.

—Ah, ¿se refiere usted a la teoría del mono? —preguntó el general a mi derecha —. Ayer hablaban de ella en el casino. Hay que reconocer que los señores sabios nos salen de tanto en tanto con ideas bien peregrinas. Parece que se ha averiguado que el hombre fue en su origen un orangután.

—Evidentemente —comenzó diciendo el ministro***, quien cuando pronunciaba un «evidentemente» solía colocar a sus oyentes un discurso interminable—. *Evidentemente* la teoría es altamente cómica, pero no puede tomarse a broma. Es una verdadera teoría científica, fruto de un autor a quien *evidentemente* no le falta talento. Ha producido en los centros científicos un considerable efecto; tiene defensores y detractores. Discutir sobre Darwin es el tema de moda. No pasará mucho tiempo antes de que alguien invente la palabra «darvinismo»; no obstante, pronto nadie tomará en serio esta teoría. Por otra parte, es un error que la gente discuta las lucubraciones de ese original inglés, pues le concede así una importancia que no merece. El clero truena contra unas teorías que halla, y tiene razón, degradantes; es absurdo admitir que el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, tenga un origen tan humillante.

—Basta el sentido común para destruir majaderías semejantes —interrumpió mi padre, temiendo tal vez que una serie interminable de «evidentemente» pudiera hastiar al resto de los invitados—. Un disparate: ¡el hombre del mono! Estos sinsentidos no merecen el honor de ser tomados en serio.

—¿Tienen las refutaciones valor absoluto? —replicó el doctor—. No faltan argumentos de peso a favor de la nueva teoría, cuya refutación costará muchas horas de vigilia a los sabios.

—Creo que los sabios nunca se pondrán de acuerdo —terció el general de mi izquierda, en un tono áspero y marcado dialecto vienés—, porque parece que viven para discutir. He oído hablar del disparate que pretende hacer al hombre descendiente del mono, conozco parte de las razones aducidas por los que se intitulan sabios para defender la teoría, y digo que acabaríamos por perder el seso si hubiésemos de prestar

atención a las divagaciones de los que miran las estrellas, recolectan la hierba y analizan ancas de rana para querer demostrarnos que una X es una U. Por cierto, he visto no hace mucho el retrato del tal Darwin en una revista ilustrada. Y francamente su cabeza es la de un mono. Sin dificultad me harían creer que su abuelo fue un chimpancé.

Terminó el orador con una carcajada, que fue coreada por la mayor parte de los presentes, también por mi padre, el señor de la casa.

—La risa, señores, es un arma, pero un arma débil —replicó el ministro—. Más eficaces que la risa son los argumentos serios, los argumentos fundados sobre sólidas bases científicas. Al darvinismo, y utilizo ahora la nueva palabra, se le puede combatir con este tipo de argumentos. El sistema de un escritor que carece de autoridad se tambalea y cae cuando se puede combatir con nombres autorizados como los de Linné[35], Cuvier[36], Agassiz[37], Quatrefages[38]… Por otra parte, sería inútil negar que existen algunas analogías entre el hombre y el mono.

—Analogías que nada prueban —interrumpió el general con tono suave—. ¿Quién concibe un mono inventor del telégrafo? Sólo el lenguaje basta para elevar al hombre a una altura que jamás alcanzó ni alcanzará la bestia…

—Disculpe, excelencia. El hombre primitivo no conoció el telégrafo —objetó el doctor—, y no falta quien asegura que tampoco el lenguaje. El progreso es el resultado de un perfeccionamiento lento, de una evolución.

—Sí, sí, mi querido doctor —replicó el general—, lo sé: la palabra «evolución» es la clave de toda esa nueva teoría, pero todas las evoluciones imaginables no llegarán nunca a obtener un canguro de un camello… y ¿por qué no vemos hoy en día a ningún mono convertido en hombre?

Me dirigí al barón Tilling:

—¿Y qué opina usted? ¿Ha oído hablar de Darwin, se encuentra usted entre sus seguidores o entre los adversarios?

—He oído hablar mucho sobre el asunto, condesa; pero, como no he leído la obra en cuestión *The Origin of Species*, no puedo permitirme aventurar juicios.

—Debo confesar que tampoco la he leído yo —repuso el doctor.

—Ni yo *evidentemente* tampoco —confesó el ministro.

—Ni yo.

—Ni yo tampoco.

Total: que nadie la había leído.

—A pesar de no haberla leído —continuó el ministro—, del tema se ha hablado tanto y las bases características del sistema (la lucha por la vida, la selección natural, la evolución, etcétera) han sido estudiadas y analizadas con tanta extensión que puede uno emitir opiniones y colocarse racionalmente entre los partidarios o los adversarios del sistema. Entre los primeros encontraremos *evidentemente* a los espíritus que anhelan destruir el orden de las cosas existente, y entre los segundos, a las personas de razón fría, a los hombres serios, reflexivos y positivistas que combaten las ideas

nuevas y *evidentemente*…

—Entiendo que es preciso suspender el juicio mientras no se conocen los argumentos del adversario —interrumpió Tilling—. Requisito indispensable para discutir una idea es conocerla. Ni defiendo ni combato la del naturalista inglés, pero haré presente que, cuando apareció el sistema de Copérnico, únicamente se convencieron de su exactitud aquellos que se tomaron la molestia de comprobar la certeza de los cálculos del inventor; los que consideraron sus enjuiciamientos como anatemas y que desde Roma arremetieron contra el nuevo sistema…

—En nuestro siglo —interrumpió el ministro—, como ya he indicado antes, las «hipótesis científicas», cuando no son exactas y no se corresponden con el punto de vista de la ortodoxia, se aprecian sometiéndolas al juicio de la razón.

—Lo que no impide que con frecuencia se concluya por reconocer la exactitud de una hipótesis que fue combatida al principio por todos los que han encanecido en el estudio de las ciencias —replicó Tilling—. Sobran hoy, como siempre, espíritus aferrados a lo antiguo que no toleran que nadie discuta lo que consideran dogmas, y oponen a sus adversarios argumentos tan contundentes como los que los antiguos astrónomos opusieron a Copérnico.

—¿Luego usted sostiene que la teoría de ese inglés lunático es tan exacta como la del movimiento de la Tierra alrededor del Sol? —preguntó el general de tono áspero.

—Yo no sostengo ni puedo sostener nada, porque, como he dicho, no conozco la obra. Me propongo, sin embargo, leerla; y si mis conocimientos, limitados en esa materia, no resultan demasiado pobres, acaso luego pueda formarme una opinión. Mientras tanto, únicamente diré que me sorprende que se haga una oposición sistemática y apasionada a una teoría cuyo fundamento *evidentemente* se desconoce.

Tú, el más valiente y lúcido, apóstrofe en mis pensamientos.

A eso de las ocho se levantaron todos los invitados. Mi padre intentó retenerlos; yo me creí obligada a apoyar a mi padre murmurando amablemente un par de frases de cortesía, «por lo menos tómese otra taza de té», pero se excusaron. Cada uno tenía una disculpa, una de las damas tenía su abono en la ópera y quería ver el cuarto acto de *Los Hugonotes*[39]; la segunda esperaba también invitados en casa; y hubo que dejarlos marchar, sin sentir no obstante lo que nuestras palabras parecían indicar.

Los últimos que se levantaron fueron Tilling y el doctor Bresser.

—¿También ustedes tienen prisa? —preguntó mi padre.

—Yo, en realidad, ninguna —contestó Tilling sonriendo—. Pero dado que se han retirado los demás invitados y he creído que no sería discreto…

—Esa misma consideración me obligaba a mí a despedirme —dijo el doctor.

—Siendo así, no dejo marchar ni al uno ni al otro.

Momentos después mi padre y el doctor se entretenían en una mesita de juego absortos en una partida de pique, mientras el barón ocupaba un asiento inmediato al mío junto a la chimenea. ¿Una «historia soporífera», esta comida? No, realmente una velada más agradable y sugestiva hubiera sido imposible de imaginar.

—En realidad debo hacerle algunos reproches, barón Tilling. ¿Por qué desde su primera visita ha olvidado el camino de mi casa?

—No me invitó usted a que repitiera mi visita.

—Creí haberle dicho que los sábados…

—Sí, sí, de dos a cuatro… No lo tome usted a mal, condesa; pero, francamente, no conozco nada más horrible que ir de visita en días de recepción. Entrar en un salón lleno de gente desconocida, inclinarse ante la señora de la casa, tomar asiento en el extremo de un círculo, oír cómo los que van llegando hacen observaciones sobre el tiempo; cuando por casualidad puedes sentarte junto a un conocido, acabas haciendo tus propias observaciones ridículas; salir airoso de todos los obstáculos que la señora de la casa te plantea con una pregunta, respondiendo rápidamente, con la esperanza de poder entablar una conversación, puesto que a ella has venido a visitar; pero no, a cada momento llega otro invitado al que debe saludar, que se sienta en el último asiento que quedaba libre y, creyendo que el tema no había sido todavía abordado, expone una nueva observación sobre el tiempo; y al cabo de diez minutos, cuando han aparecido más invitados, quizá una mamá con sus cuatro hijas casaderas, para las que ya no queda ningún asiento, despedirse de la señora de la casa, aprovechando que otros se ponen en pie… No, condesa, esto supone para mí un suplicio que no me atrevo a afrontar.

—Parece usted querer mantenerse alejado de la sociedad. No se le ve en ningún sitio. ¿Es usted misántropo?… No, retiro la pregunta. Quizás acertaría más si afirmase, por todo lo que le oído decir hoy, que ama demasiado a sus semejantes.

—Amo a la humanidad; pero a todos los hombres, no. Los hay demasiado viles, demasiado estúpidos, demasiado crueles, demasiado egoístas, demasiado impávidos, y a ésos no puedo amarlos. Siento que no hayan recibido educación y las condiciones suficientes para ser dignos de ser amados.

—¿Educación y condiciones? ¿No opina usted que inclinaciones innatas regulan y dirigen el carácter del individuo?

—Las que usted llama «inclinaciones innatas» son en el fondo consecuencias de transmisiones hereditarias.

—¿Luego admite usted que el ser malo es irresponsable y, como consecuencia, no debe inspirarnos aversión?

—De las premisas por mí sentadas no se infiere la conclusión sacada por usted. Que el malo es irresponsable…, pase; pero, si no aversión, sí debe inspirarnos repulsión. Ninguna culpa tiene usted de su hermosura; pero no porque de su hermosura no sea responsable la admiramos menos.

—¡Barón Tilling! Hemos comenzado a hablar como dos personas sensatas sobre temas: ¿acaso de pronto he hecho méritos para que me trate usted como a una dama de salón ansiosa de cumplidos?

—Perdóneme, no ha sido mi intención lastimarla. Hice sencillamente uso del primer argumento que me vino.

Siguió un momento de silencio. Tilling fijó en mí una mirada de admiración, casi tierna, que sostuve sin bajar la vista… Sé que debí apartar la vista, pero no lo hice. Sentí que mis mejillas ardían y sabía que él me encontraba hermosa y que en ese instante debía parecer aún más hermosa… Era una agradable, «maliciosa» y turbadora sensación que duró sobre medio minuto. Más tiempo no debía durar. Con un movimiento de mi abanico oculté mi rostro y varié de postura.

—Antes —repuse en tono de indiferencia— dio usted una respuesta magnífica al ministro «Evidentemente».

Tilling sacudió la cabeza, como si saliera de un sueño:

—¿Yo?… Pues no lo recuerdo. Me pareció que, por el contrario, había creado algún malestar con observación sobre Springauf, Hopsauf o como se llamara ese bravo tirador.

—Hupfauf.

—Usted fue la única que la encontró sensata. A Sus Excelencias, por el contrario, con mis afirmaciones altamente inadecuadas para un teniente general del ejército imperial y real, los he ofendido… cuando censuré la dureza de corazón de un soldado. Pues qué: ¿ignoran que los soldados más crueles son ordinariamente los de alma más sensible? En todo el repertorio melodramático ¿se encuentra personaje más sentimental, más simpático que el viejo sargento de «corazón tierno»? ¿No saben que un veterano que ha perdido una pierna en la guerra es incapaz de matar un mosquito?

—¿Por qué ha escogido usted la carrera militar?

—Con esa pregunta me demuestra usted que ha leído en el fondo de mi corazón. No fui yo, Friedrich Tilling, de treinta y nueve años en la actualidad, militar que cuenta con un activo de tres campañas, quien escogió esa carrera, sino el pequeño Fritzl de diez o doce años, que creció entre caballos de madera y soldados de plomo; a quien su padre, el general cubierto de condecoraciones, y su tío, el teniente, tan favorecido por las muchachas, preguntaban animándole: «Chico, ¿qué quieres ser?». Y el pequeño Fritzl respondía: «Un soldado de verdad, para tener un sable de verdad y un caballo de verdad».

«Nunca daré a mi Rudolf la caja de soldados que le ha traído su abuelo», pensé.

En voz alta pregunté:

—¿Y por qué el pequeño Fritzl, convertido en el Friedrich de hoy, no renuncia a una profesión que detesta?

—¿Que detesto? Eso es decir demasiado. Lo que detesto es el estado de cosas que nos impone la obligación horrible de acometer guerras; pero, puesto que tal estado de cosas existe, puesto que es inevitable, me sería imposible aborrecer a los que aceptan sus obligaciones y las cumplen con todo el celo de que son capaces. ¿Habría menos guerras si yo pidiera mi licencia absoluta? Ciertamente no. Otro expondría la vida en mi lugar, y nada más. Para que sea otro, tanto importa que sea yo.

—Pero si su profesión fuese otra, podría ser más útil a sus semejantes que ahora.

—Quién sabe. No he hecho estudios serios más que en lo referente a la carrera de

las armas, y en todas partes se puede hacer el bien y ser útil. Ocasiones no me han faltado de aligerar la existencia de mis subordinados. Por otra parte, tampoco soy insensible al respeto que mi profesión inspira. Mi carrera, hasta aquí, ha sido muy honorable: mis camaradas me aprecian y me considero afortunado. Por otra parte, carezco de fortuna personal, circunstancia que bastaría por sí sola para paralizar todas mis actividades en la vida privada. ¿Por qué razón había yo de renunciar a mi carrera?

—Por la aversión que no puede menos de inspirarle la acción de matar.

—La batalla da al hombre el derecho de legítima defensa, y quien en ellas mata no es responsable de los homicidios que comete. Con razón sobrada ha sido calificada muchas veces la guerra de matanza en masa; pero aislada, individualmente, ninguno de los que en ella toman parte es un homicida. Me son odiosos los combates sangrientos; las espantosas escenas de los campos de batalla me inspiran un dolor inmenso, no lo niego. Sufro, sufro intensamente…, pero es lo mismo que le ocurre durante una tempestad a algunos marinos que sufren del mal del mar, y, sin embargo, si se trata de un tipo más o menos bravo, se mantiene en cubierta y vuelve a salir a la mar en la próxima ocasión.

—Es cierto. Pero ¿es inevitable la guerra?

—Ésa es ya otra cuestión; pero tampoco afecta al individuo aisladamente, en cuya mano no está la elección. Su deber es marchar. En esta convicción encuentra la fuerza necesaria para cumplir su deber.

La conversación continuó largo rato, a media voz para no molestar a los jugadores de pique y posiblemente también para éstos no nos escucharon. Tilling me refirió algunos episodios de batallas cuyo horror le había producido una impresión de repugnancia. Por mi parte, le expuse las consideraciones de Buckle sobre la evolución de la civilización en relación con el espíritu guerrero. Aquellas conversaciones no habrían agradado mucho al general Althaus. Tilling me revelaba sus pensamientos íntimos con una confianza que me conmovía en extremo. Entre nuestras dos almas se había establecido una corriente simpática.

—Parecen ustedes muy absortos en sus cuchicheos —dijo una vez mi padre, mientras barajaba—. ¿Qué complot están urdiendo?

—Estoy refiriendo a la condesa algunos episodios de batallas.

—¡Ah, muy bien! Desde su niñez está acostumbrada. Con frecuencia yo también se los cuento. Seis de tréboles, doctor, y una escalera de color.

Continuamos nuestra conversación en voz baja. De pronto, mientras Tilling me hablaba con acento de íntima confianza, puestos sus ojos en los míos, me acordé de la princesa.

El recuerdo fue para mí un golpe y volví la cabeza.

Tilling se interrumpió sin terminar una frase.

—¿Qué le pasa, condesa? ¿Por qué tiene esa cara de enfado? —preguntó sorprendido—. ¿He dicho algo que le ha desagradado?

—No, no… Ha sido sólo un pensamiento desagradable. Continúe usted.

—No sé de qué estaba hablando. Mejor confíeme ese pensamiento desagradable. Yo le he estado abriendo mi corazón todo el tiempo. Correspóndame usted ahora.

—Es un pensamiento que me sería imposible confesarle.

—¿Imposible? ¿Me obliga a que sea adivino? ¿Se refiere a usted tal pensamiento?

—No.

—¿A mí?

Contesté con un movimiento afirmativo de cabeza.

—Un pensamiento desagradable que se refiere a mí y usted no puede confesarme… ¿Será…?

—No se quiebre usted la cabeza, porque me niego a ofrecerle más explicaciones.

Miré el reloj, me levanté y dije a mi padre:

—Son las nueve y media…, y voy a decirte adiós, papá.

Mi padre levantó la cabeza de las cartas:

—¿Vas a alguna *soirée*?

—No, me voy a casa. Ayer me acosté muy tarde.

—¿Y tienes sueño? Poco favor le hace a usted, Tilling.

—No, no —protesté riendo—. El barón no tiene ninguna culpa… Nuestra conversación ha sido muy interesante.

Me despedí de mi padre y del doctor. Tilling me pidió permiso para acompañarme hasta el coche. En el vestíbulo me colocó el abrigo sobre los hombros y me ofreció el brazo para bajar la escalera. Mientras bajábamos, se paró un momento y me preguntó con entonación seria:

—De nuevo, condesa: ¿la he enojado de algún modo?

—En manera alguna…, palabra de honor.

—Me tranquiliza usted.

Al subir yo al coche me apretó con fuerza la mano y la llevó a sus labios.

—¿Cuándo podré ofrecerle mis respetos?

—Los sábados…

—Recibe usted…, lo sé. Esto significa que me cierra usted la puerta.

Saludó y se retiró.

El lacayo había cerrado la portezuela antes que yo pudiese añadir una sola palabra.

Caí desplomada en el fondo del coche. Habría querido llorar, llorar lágrimas de despecho, como un niño que ha cometido una mala acción. Estaba furiosa conmigo misma. ¿Cómo pude estar tan fría, tan descortés, casi grosera, con una persona que tan viva simpatía me inspiraba…? La culpa la tenía aquella princesa. ¡Cómo la detestaba! ¿Qué era aquello?… ¿Celos? De repente tuve conciencia de qué era esa emoción… «¡Estás enamorada, le amas, le amas!», las ruedas hacían un ruido metálico sobre los adoquines, «le amas», las farolas brillaban al pasar junto a ellas…, «le amas», el guante despedía un aroma, allí donde sus labios se habían posado, en el

lugar donde él había estampado un beso.

He aquí las palabras que, con fecha del día siguiente, hallo en mis cuadernos rojos: «Lo que ayer las ruedas del coche y las farolas decían no es verdad o es cuando menos muy exagerado. No, de Tilling me inspira simpatía su carácter sensato, su noble natural; ¿pero pasión? ¡Oh, no! No voy a arrojar mi corazón a los pies de un hombre que ha entregado el suyo a otra. Siento simpatía hacia él. Quizá nuestros pensamiento coinciden en muchos puntos; es posible que sea la única a la que haya confiado sus pensamientos íntimos sobre la guerra; pero de aquí no debo inferir que esté enamorado de mí, ni yo debo enamorarme de él. Tras nuestro intercambio de pensamientos he debido parecerle poco cordial al negarme a recibirle fuera de los días oficiales de visita… Pero quizá es mejor así. Dentro de algunas semanas las impresiones que tan profundamente me han perturbado se habrán disipado ya, y podré conversar con él sosegadamente, y sabiendo que su corazón es de otra, porque él es sin duda diferente de todos los que conozco. Estoy feliz de haber podido constatar hoy este hecho, pues ayer temí por un instante que mi reposo hubiera terminado y que hubiese sido presa de celos martirizadores… Hoy ese temor se ha desvanecido».

Aquel mismo día fui a visitar a mi amiga Lori Griesbach, la amiga en cuya casa había recibido la noticia de la muerte del pobre Arno. Ella era, entre las mujeres jóvenes de mi círculo de amistades, con la que tenía un trato más íntimo. Aunque entre una y otra mediaba tan escaso número de ideas comunes que habría resultado empeño inútil tratar de comprendernos; sin embargo, si no una auténtica amistad, nos ligaba una infancia común y el habernos casado jóvenes, de hecho hubo un tiempo en el que nos veíamos a diario. De este modo nuestras relaciones habían adquirido un atractivo especial que no dejaba de tener su encanto para mí. Limitadísimo era el terreno sobre el cual podíamos comprendernos. Ella desconocía la mayor parte de los pensamientos de mi alma. Nunca le hablé de mis nuevas concepciones sobre el mundo, producto de mi estudio; y tampoco sentí la necesidad de hacerlo. Rara vez podemos confiarnos *por entero* a alguien. A lo largo de mi vida he experimentado que a uno le das una parte, a otro otra parte de tu personalidad intelectual, que según con quien trates le ofreces un determinado registro, y el resto del teclado permanece mudo.

No faltaban, sin embargo, temas de conversación para que Lori y yo pasásemos horas enteras agradablemente entretenidas: nuestros recuerdos de la infancia, nuestros hijos, acontecimientos y sucesos en nuestro círculo de amistades, modas, novelas inglesas, etc.

Xaver, el hijo de Lori, tenía la edad de mi Rudolf y era su mejor compañero de juegos; y la hija de Lori, Beatrix, entonces de diez meses, era cosa convenida que sería, aunque lo tomábamos a broma, la condesa de Dotzky.

—¡Gracias a Dios que te dejas ver! —exclamó Lori—. De algún tiempo a esta parte llevas una vida de ermitaño. Tampoco he tenido el honor desde hace tiempo de

ver a mi futuro yerno. Ni sé la eternidad que hace que no se le ve. Beatrix lo va a tomar a mal… Ahora dime, querida, ¿a qué te dedicas?… ¿Y cómo están Rosa y Lilli? A propósito, para Lilli tengo una noticia interesante que mi marido oyó contar ayer en el café. Parece que un caballero, a quien creía yo enamorado de ti, le hace la corte… Pero ya hablaremos luego. ¡Qué vestido tan bonito llevas! Creación de Francine, ¿verdad? Me he dado cuenta enseguida, lo que sale de sus talleres lleva un *cachet*[40] especial. Apuesto a que tu sombrero es de Gindreau. Te sienta admirablemente… Ahora hace también trajes, no sólo sombreros…, también con un gusto enorme. Ayer por la tarde estuve en casa de los Dietrichstein. ¿Cómo no fuiste? Nini Chotek lucía un vestido confeccionado por Gindreau, gracias al cual parecía casi, casi, hermosa…

Así siguió la conversación durante mucho tiempo y yo respondía en el mismo tono. Llevé con destreza la conversación al terreno de las murmuraciones mundanas y le pregunté con la mayor indiferencia posible:

—¿Has oído hablar de las relaciones de la princesa*** con un cierto barón Tilling?

—Algo he oído decir, pero, en todo caso, ésa es *l'histoire ancienne*. Todo el mundo sabe hoy que la princesa se muere por un actor del Burgtheater. ¿Acaso te interesas por el barón Tilling? ¿Estás enrojeciendo? No sirve de nada negarlo con la cabeza. ¡Mejor confiesa! De todas maneras, es tremendo que hayas permanecido tanto tiempo tan fría e insensible… ¡Qué placer para mí si te viera enamorada! Pero encontrarás partidos mejores que Tilling… Tienes pretendientes más brillantes. No tiene fortuna alguna, según dicen, aunque la verdad es que a ti te sobra para los dos. Pero además es demasiado mayor para ti. ¿Cuántos tendría ahora el pobre Arno?… Mira que fue un golpe terrible… Nunca podré olvidar cuando tú me leíste la carta de mi hermano… La verdad es que la guerra es una institución terrible… Aunque para algunos, en cambio, resulta una institución maravillosa. Mi marido desea ardientemente que le llamen lo antes posible a una nueva campaña, anhela ocasiones de distinguirse. Lo que comprendo, si yo fuese militar soñaría con llevar a cabo actos de heroísmo o que me permitieran ascender en mi carrera.

—¿O te dejaran con un miembro menos o que te pegaran un tiro?

—En eso no pienso nunca. En eso no hay que pensar. Aparte de que es imposible sustraerse a lo que el destino quiere. El destino había decidido hacer de ti una viuda joven.

—¿Por eso Austria declaró la guerra a Italia?

—¿Y si el destino quiere que yo sea esposa de un general muy joven?

—Provocará un nuevo conflicto internacional que permita a Griesbach ascender rápidamente. Tú haces un croquis del orden mundial demasiado sencillo. ¿Qué querías decirme sobre Lilli?

—Que vuestro primo Konrad se muere por ella y no tardará en pedir su mano.

—Lo dudo. Konrad es un chico demasiado inconsciente para pensar ahora en

casarse.

—¡Bah! Ligeros son todos los hombres, lo que no impide que se casen todos en cuanto se percatan de que han perdido el corazón. ¿Crees que a Lilli le gusta?

—No he notado nada.

—Sería un buen partido. A la muerte de su tío Drontheim, Konrad heredará las posesiones de Salavetz. Y a propósito de Drontheim: ¿sabes que Ferdi Drontheim, el que se comió toda su fortuna con una bailarina, se casa con la hija de un banquero rico? En ninguna parte serán recibidos… ¿Irás esta noche a la embajada inglesa? ¿No? En realidad tienes razón: en estas *raouts*[41] de embajada se encuentra una fuera de su medio natural. No se ven más que tipos raros, de los que no se sabe si son *comme il faut*[42]; está invitado cualquier inglés que está de paso y que ha sido presentado al embajador, aunque sea un terrateniente burgués, un industrial o algo así. No me gustan los ingleses más que en la edición Tauchnitz[43]… ¿Ya has leído *Jane Eyre*? Deliciosa, ¿verdad? En cuanto Beatrix comience a soltar la lengua, la confiaré a una niñera inglesa… Con la francesa de Xaver no estoy en absoluto satisfecha. No hace muchos días la encontré en la calle, cuando paseaba al niño, con un comisionista, que iba junto a ellos entablando una solícita conversación. ¡Si hubieses visto cómo se quedaron los dos al ver que me plantaba de improviso ante ellos! ¡Qué cruz más pesada son los criados!… Mi doncella se despide de mi casa porque va a casarse… Ahora que ya me había acostumbrado a ella. Detesto las caras nuevas. ¿Quieres irte ya?

—Sí, querida; debo hacer aún unas visitas inaplazables…, *adieu*.

«Quédate cinco minutos», decía Lori, pero por mucho empeño que puso en que prolongase mi visita no me dejé convencer, aunque confieso que había mentido, pues no tenía nada inaplazable que hacer. En otras ocasiones escuchaba con gusto horas enteras su charla insustancial y yo participaba también, pero en aquel momento me era odiosa. ¡Cuánto hubiese dado por gozar de una hora de conversación como la de la noche anterior!… ¡Ah, Tilling, Friedrich Tilling!… Las ruedas del coche parecían tener razón… En mí se había producido una transformación… Había entrado en un mundo de sentimientos diferente. Los intereses mezquinos que hacían las delicias de mi amiga: moda, niñeras, historias de bodas y herencias, ecos de sociedad…, me resultaban lamentables, me asfixiaban…, y quería salir de ahí, elevarme, buscar una atmósfera superior. «Tilling estaba libre. La princesa se derretía por un actor… Es posible que Tilling no la haya amado nunca…, una historia pasajera…, una aventura pasada, nada más».

Transcurrieron varios días sin que volviese a encontrar a Tilling. En vano asistía todas las noches al teatro, y después a una *soirée* sin más objeto que verle.

Los sábados recibía en mi casa infinidad de visitas, pero, naturalmente, nunca la suya: verdad es que no le esperaba. Pronunciadas sus palabras: «Comprendo…, me cierra usted la puerta», habría sido necio esperar que se presentara en mi casa un sábado. Nuestra despedida a la puerta de la casa de mi padre le causó pesar: no me

cabía la menor duda. ¿Qué podía hacer? A toda costa quería verle de nuevo, reparar mi falta de cortesía, saborear una vez más el encanto de su conversación, como aquella vez en casa de mi padre; una hora de conversación que ahora tendría cien veces más de exquisitez, dado que había tomado conciencia de mi amor hacia él.

A falta de Tilling, el sábado siguiente se presentó en mi salón su prima, en cuya casa había conocido al barón. Mi corazón apresuró sus latidos: iba a tener noticias de aquel que ocupaba mis pensamientos. No me atreví, sin embargo, a preguntar directamente. Segura estaba de que en el momento en que pronunciara su nombre en mis mejillas se asomarían los colores. Hablé con mi visita de infinidad de cosas, entre ellas también del tiempo, sin abordar el tema que mi corazón tanto deseaba.

—Ah, Martha —dijo súbitamente—, tengo un encargo que debo cumplir. Mi primo Friedrich me pidió que te saludase en su nombre. Salió anteayer.

Me sentí desfallecer.

—¿Se ha ido? ¿Adónde? ¿Ha sido trasladado su regimiento?

—No, pidió una breve licencia para ir a Berlín, donde su pobre madre está enferma de gravedad. ¡Pobre Friedrich! Lo lamento, porque sé cómo adora a su madre.

Dos días más tarde recibí una carta de una letra desconocida fechada en Berlín. Antes de leer la firma sabía que era de Tilling. Decía así:

Berlín (Friedrichstraße, 8), 30 de marzo de 1863,
a la una de la mañana.

Querida condesa:

Tengo que confiar a alguien mis pesares; sin saber por qué, a usted me dirijo. Ningún derecho me asiste, lo sé, mas sé también que me comprenderá.

Si hubiese conocido usted a la que va a morir, ¡ah!, la habría amado. ¡Qué corazón tan blando! ¡Qué inteligencia tan lúcida! Su carácter es sencillamente encantador, embelesadora su dulzura, su dignidad irreprochable… ¡Y pensar que dentro de muy poco irá a la tumba!… ¡No hay ninguna esperanza!

No me he separado un instante de su lado durante el día, y pasaré también junto a su lecho esta noche, que será la última…

Ha sufrido mucho durante su enfermedad, la pobre. Ahora está tranquila. El agotamiento de fuerzas es completo, su pulso apenas late… Conmigo velan en la alcoba de la enferma su hermana y un médico.

¡Ah, qué desgracia tan espantosa es la muerte! Sabemos que es inevitable, y sin embargo jamás pensamos que pueda venir a arrebatarnos a los seres queridos. Busco palabras con que expresar lo que para mí era mi madre y no las encuentro.

Ella sabe que va a morir. Esta mañana, cuando llegué, me recibió con un grito de alegría.

«—¡Ah, Fritz! ¡Se me ha concedido la dicha de verte! Temí que llegases

demasiado tarde.

»—¡Te curarás, madre, te curarás! —repliqué yo.

»—No te hagas ilusiones, Fritz. Eso es imposible. Prescindamos de frases huecas que no pueden servir de consuelo en mis últimos momentos. Despidámonos: nos daremos el adiós último».

Caí de rodillas sollozando junto al lecho.

«—¿Lloras, Fritz? Mira, no te diré lo acostumbrado: que no llores. Prefiero que la despedida de la mejor de tus viejas amigas te duela, pues ese dolor me dice que conservarás largo tiempo mi recuerdo.

»—¡Mientras viva, madre!

»—Conserva también el recuerdo de las alegrías que me has proporcionado. Exceptuando las preocupaciones por las enfermedades en tu niñez y los temores cuando estuviste en la guerra, me has dado sólo dichas que me han ayudado a soportar los momentos difíciles de la existencia. ¡Te bendigo por ello, hijo mío!».

Dolores violentísimos la acometieron de nuevo. Sus gemidos de dolor, la descomposición de su rostro, eran otros tantos puñales que me desgarraban el corazón. Sí, su agonía me recuerda la de los que he visto morir en los campos de batalla, en los hospitales de campaña… ¡Y pensar que la insensatez arrastra a los hombres a degollarse mutuamente! ¿Cómo es posible exigir a una juventud, repleta de vida y de energías, que afronte sin repugnancia una muerte espantosa, con la que la vejez extenuada y dolorida intenta sostener una lucha desesperada?

¡Qué interminable me parece esta noche! ¡Si al menos pudiera conciliar el sueño la pobre enferma! Pero sus ojos no se cierran. Me paso media hora inmóvil a la cabecera de su cama y salgo luego para añadir algunas palabras a la hoja de papel que estoy escribiendo, para volver después a su lado. Son las cuatro de la madrugada. Acabo de oír las cuatro campanadas del reloj de la torre. Horrible la impresión que produce ver que el tiempo continúa su marcha monótono y regular a través de la eternidad, mientras un ser querido ve detenido el suyo para siempre. En medio de la indiferencia general que rodea a nuestros dolores, se experimenta la necesidad imperiosa de abrir el corazón a una persona que se cree que nos puede comprender. He aquí por qué escribo estos renglones en una hoja de papel blanco que el doctor utiliza para las recetas y que dejó encima de la mesa, y he aquí por qué se los dirijo a usted.

Las siete. ¡Todo ha terminado!

«¡Adiós, hijo mío!», fueron sus últimas palabras.

Seguidamente, entornó los párpados y se quedó dormida. ¡Qué duermas bien, madre querida!

Llorando y rendido bajo el peso de una aflicción mortal, le besa las manos.

Friedrich Tilling

Aún conservo esta carta. ¡Qué arrugado y qué tono amarillento tiene el papel! No sólo los veinticinco años transcurridos han sido la causa de este deterioro, sino también las lágrimas y los besos con que cubrí aquellos queridos renglones cuando recibí las impresiones de un alma dolorida. «Aflicción mortal», aquello me conmovió tras leerlo. Aunque no había en la carta ninguna palabra de amor, era la prueba de que quien la había escrito amaba a quien iba dirigida. Puesto que junto al lecho de muerte de su madre Tilling sintió la necesidad de depositar sus penas sobre mi corazón, y no sobre el de la princesa, lo que bastaba para disipar mis celos.

El mismo día hice enviar una corona mortuoria, formada por cien camelias blancas y una sola rosa encarnada a medio abrir. ¿Sabrá comprender que las flores pálidas e inodoras, símbolo de tristeza, van dedicadas a su madre y que la rosa a medio abrir… es para él?

Han transcurrido tres semanas.

Konrad Althaus ha solicitado la mano de mi hermana Lilli y ha recibido calabazas. No le ha dado por lo trágico y continúa visitándonos como antes y revoloteando en los salones sociales.

Un día hube de expresarle la admiración que su perseverante fidelidad me producía.

—Me alegro de que no te haya molestado ni poco ni mucho el desaire —le dije —, pero ello me demuestra que tus sentimientos hacia Lilli distaban mucho de ser tan fuertes como tú pretendías hacer creer. El amor verdadero, cuando es rechazado, se convierte en despecho y rabia.

—Estás en un error, mi querida prima. Lilli me enloquece. Hace algún tiempo creí que mi corazón era tuyo; pero acogiste mis insinuaciones con tan glacial frialdad que felizmente pude ahogar a tiempo una pasión naciente. Me interesé luego por Rosa, pero mi inclinación se ha detenido ya con carácter definitivo sobre Lilli, y mientras viva seré fiel a ese sentimiento.

—Así lo crees ahora.

—¡Lilli o ninguna!

—Entonces nadie, mi pobre Konrad, puesto que Lilli no te quiere.

—No seré el primero a quien le han dado calabazas y lo intenta una segunda o una tercera y en la cuarta tentativa es aceptado. Aunque lo encuentro inexplicable, lo cierto es que Lilli no se ha enamorado de mí, ésos son los hechos. No creas que me desagrada que haya resistido al atractivo del matrimonio y haya rechazado un partido ventajoso, considerado desde el punto de vista del resto del mundo. No le guardo rencor; poco a poco habrá de conmoverla mi tierna fidelidad y su corazón compartirá mi amor. Estás sentenciada a ser mi cuñada, Martha querida; lo único que espero es que no actúes en mi contra.

—¿Yo? ¡Oh, no, al contrario!, precisamente nada me agrada tanto como la perseverancia. Nosotras, las mujeres, no deberíamos sucumbir más que a la seducción de un cariño tenaz y duradero. *To woe and to winn*[44], como lo llaman los ingleses.

Pero nuestros jóvenes caballeros no se toman hoy la molestia de conquistar un amor, no quieren luchar por la dicha, prefieren cogerla al paso, como se corta una flor que crece al borde del camino.

Sabía que Tilling había regresado de Berlín hacía catorce días, pero no se presentó en mi casa. Como su luto era tan reciente, no podía esperar encontrarle en los salones. Supuse que vendría a visitarme o que me escribiría, pero pasaban los días y ni recibía su visita ni su carta.

—No entiendo qué tienes, Martha —me preguntó una mañana la tía Marie—. Desde hace algún tiempo te encuentro taciturna, triste, distraída, no sé… Haces mal, pero muy mal, desdeñando a todos los pretendientes que mariposean a tu alrededor. La soledad no te sienta bien, te lo he dicho desde un principio, te produce esplín. Dime: hemos llegado a la Pascua: ¿has cumplido con tus deberes religiosos? Seguro que te haría bien.

—Pienso que ambos, casarse y confesar, son dos actos que deben hacerse por convicción y no para combatir el esplín. Entre mis pretendientes no hay ninguno de mi gusto, y en cuanto a la confesión…

—Ya es hora de que empieces, puesto que mañana es Domingo de Ramos. ¿Tienes invitación para la ceremonia del Lavatorio de pies?

—Sí, papá me ha procurado una, pero no sé todavía si iré.

—Tienes que ir…, no hay nada más hermoso y sublime que esta ceremonia. Es el triunfo de la humildad cristiana. El emperador y la emperatriz caerán de rodillas para lavar los pies a unos pobres ancianos. ¿Puede concebirse símbolo más conmovedor de cuán pequeña e insignificante es la majestad terrenal frente a la divina?

—Un pensamiento de superioridad sobre aquellos a cuyos pies se arrodillan basta para privar al acto de todo su carácter de humildad. Siempre que los emperadores no piensen: «Lo que el Hijo de Dios hizo y fue con sus apóstoles, eso queremos hacer y ser nosotros con nuestros pobres», no veo en el acto otra cosa que una exhibición de humildad exterior desnuda de valor real.

—Tienes apreciaciones verdaderamente singulares, Martha. Los tres años de soledad que te has pasado en el campo, entregada a la lectura de libros malos, han falseado tus ideas.

—¿Libros *malos*?

—Sí, malos…, mantengo íntegramente la palabra. El otro día, en mi inocencia le hablé al arzobispo de un libro que vi en tu mesa, y que por el título *La vida de Jesús*, de un tal Strauß[45], tomé por un devocionario. El arzobispo se llevó las manos a la cabeza y gritó: «Dios misericordioso, ¿cómo ha llegado a usted esa obra impía?». Me puse colorada y aseguré que no había leído el libro, sino que lo había visto en casa de unos parientes. «Entonces, exija a esos parientes que arrojen ese escrito al fuego». Y lo voy hacer, Martha. ¿Quemarás ese libro?

—Si fuésemos doscientos o trescientos años más jóvenes, podríamos ver no sólo como la obra, sino también el autor, era pasto de las llamas. Esto sería más eficaz…,

momentáneamente más eficaz, aunque tampoco por mucho tiempo…

—No me respondes. ¿Quemarás el libro?

—No.

—¿Sin más ni más «no»?

—¿Qué necesidad hay de discursos largos, tía? No nos entenderíamos nunca en ese particular, mi querida tiíta. Permíteme que te cuente lo que me hizo ayer el pequeño Rudolf.

Y con ello llevé por suerte la conversación a otro tema inagotable, acerca del cual no cabía divergencia de opiniones entre nosotras. Tan convencida estaba mi tía como yo de que Rudolf Dotzky era el niño más cariñoso, más original y, para su edad, más adelantado del mundo.

Al fin me decidí a asistir al día siguiente a la ceremonia del Lavatorio de pies. Sobre las diez, vestidas de negro, como es costumbre en Semana Santa, mi hermana Rosa y yo fuimos a palacio y entramos en la gran sala de ceremonias. La aristocracia y el cuerpo diplomático teníamos reservado asientos en un estrado. Nos encontrábamos entre los nuestros, cambiamos saludos a derecha e izquierda. Una gran profusión de invitados llenaba la galería, también aquí se seleccionaba a la hora de obtener las entradas porque, no siendo todos aristócratas, les estaba vedado subir al estrado, pues no pertenecían a la *creme*, como nosotras más abajo en nuestro estrado. En pocas palabras: los prejuicios rancios y la segregación de castas estaban más que presentes con motivo de esta festividad que simbolizaba la humildad.

No sé si el resto de los presentes fueron partícipes de algún tipo de impresión religiosa y recogimiento, pero yo esperaba el inicio de la ceremonia con la misma expectación que en el teatro se aguarda a que dé comienzo el espectáculo; igual de expectante que cuando se han intercambiado los saludos de palco en palco y se observa cómo se va levantando el telón. Miraba en dirección a donde debían aparecer los coros y los solistas. Dispuesta estaba en el centro la larga mesa a la que habían de sentarse los doce ancianos y las doce ancianas.

Me alegraba de haber venido, porque sentía curiosidad, lo que al fin y al cabo es una sensación agradable, una sensación que momentáneamente alejaba de mi mente mi preocupación constante, mi idea fija…, la persistencia de Tilling en no dejarse ver. Lo que esperaba era la llegada de los emperadores y los ancianos integrantes de la ceremonia, cuando mis ojos tropezaron con la figura de Tilling. Acababan de entrar en la sala los dignatarios de la corte, seguidos de los generales y del cuerpo militar; cuando dirigí una mirada indiferente al grupo de uniformes y distinguí de pronto a Tilling, que vino a colocarse precisamente frente a nuestra tribuna. Experimenté algo semejante a una conmoción eléctrica. No miraba hacia nosotros; su rostro era espejo fiel de los pesares que sufría desde las últimas semanas. Sus rasgos mostraban la expresión de un profundo dolor. ¡Con cuánto anhelo deseé estrecharle la mano y testimoniarle toda mi simpatía! Con la esperanza de ejercer sobre él cierta atracción magnética, clavé mis ojos en su rostro; fue en vano.

—¡Ya vienen, ya vienen! —me dijo Rosa, golpeándome con el codo—. ¡Oh, qué cuadro tan hermoso!

Entraban en el salón los ancianos y las ancianas, vistiendo el antiguo traje nacional alemán. La más joven de las ancianas, según informaron los periódicos, tenía ochenta y ocho años, y el de los ancianos, ochenta y cinco. Arrugados, sin dientes, encorvados: no podía encontrar explicación al «¡Oh, qué hermoso!» de Rosa. Lo que ella admiraba eran los trajes, que armonizaban a la perfección con la ceremonia, saturada del espíritu de la Edad Media. El anacronismo lo ofrecíamos nosotros, los espectadores, ataviados a la moderna y pensando a la moderna… *Nosotros* no encajábamos en el cuadro.

Ya estaban sentados a la mesa los veinticuatro ancianos, cuando entraron en la sala un grupo de viejos cargados de oro y de condecoraciones: eran los consejeros de Estado, gentilhombres; entre ellos, muchas caras conocidas, también el ministro «Evidentemente» estaba allí. A continuación venía el clero que debía oficiar en la ceremonia. Ahora daba comienzo la marcha de los figurantes y la expectación del público llegó a lo más alto.

El público no tenía ojos más que para el lugar por donde debía aparecer la corte, y yo no los tenía más que para Tilling, quien al fin me vio y me saludó.

De nuevo Rosa me tocó el brazo con la mano.

—¿Te sientes mal, Martha? —me preguntó Rosa—. He visto que te ponías pálida, luego encendida. ¡Mira, mira!

En efecto, el maestro de ceremonias había levantado su bastón para anunciar la entrada de los soberanos. Éstos ofrecían una imagen digna de verse, pues sin duda era una de las parejas más bellas del país. Junto al emperador y la emperatriz entraron varios archiduques y archiduquesas, y la ceremonia comenzó inmediatamente. Pajes y lacayos llevaban platos llenos de manjares que los emperadores tomaban de sus manos y colocaban sobre la mesa delante de los ancianos. Nuevamente se ofrecía una imagen digna de ser retratada. Los utensilios, los alimentos y el modo como los pajes los llevaban recordaba a varias pinturas famosas del Renacimiento en las que se representaban banquetes.

Retirados los platos y levantada la mesa, labor que una vez más era señal de humildad y que realizaron los archiduques, se procedió a la ceremonia del Lavatorio de Pies, la escena más importante, lo que los franceses llaman *le clou de la piéce*[46]. Aunque se tratase de un aparente lavatorio, como había sido una aparente cena. Puesto de rodillas sobre el piso desnudo, el emperador secó con una toalla los pies de los ancianos, sobre los cuales, previamente, un sacerdote había hecho como si vertiese agua. La emperatriz, por su parte, tan majestuosa como de costumbre, de rodillas, como su esposo, pero sin que su humilde postura le restase nada de su gracia habitual, secaba los pies a las doce ancianas. La música de acompañamiento, o, si se quiere, el coro explicativo, estaba formada por el evangelio del día leído por el párroco de la corte.

Hubiese querido convertirme por un instante en cualquiera de aquellos ancianos, para darme cuenta de su estado de ánimo mientras se encontraban en aquella sala, con aquella extraña vestimenta, siendo blanco de las miradas de un gentío brillante y viendo a Sus Majestades postrados a sus pies. Sospecho que sus impresiones serían poco definidas, que se creerían imbuidos en un sueño confuso y deslumbrador que les producía una sensación doble de alegría y de malestar. Es muy posible que no pensasen nada, que la ceremonia determinara en ellos la suspensión completa de la actividad mental en aquellas cabezas debilitadas por los años. Lo que más debió agradar a aquellos buenos viejos fue la bolsita de seda encarnada, con sus treinta monedas de plata, que cada uno de ellos recibía de manos de sus soberanos junto con el cesto de provisiones que se les daba al marchar.

Toda la ceremonia acabó pronto. El salón quedó desierto poco después del final. Primero fue la corte la que se retiró, tras ella el resto de los participantes, y al mismo tiempo se iba marchando el público del estrado y de la galería.

—¡Qué bonito! ¡Qué bonito! —susurraba Rosa.

No dije nada. En realidad no tenía ningún motivo para apiadarme de la confusión y de la incapacidad de pensar de los ancianos; durante toda la ceremonia a mí me había embargado un solo pensamiento: «¿Nos esperará a la salida?».

No pudimos salir de la sala con la rapidez que yo hubiese deseado; era preciso repartir sendos apretones de manos entre los amigos y conocidos que también habían ocupado sus sitios en el estrado, y cruzar frases de cumplido.

—Buenos días, Tini.

—*Bonjour*, Martha.

—¡Hola, Martha, dichosos los ojos!…

—¿La condesa aquí?

—¿Tienes algún compromiso para el Domingo de Pascua?

—Buenos días y cuidadito con olvidar que la esperamos el lunes por la noche.

—¿Estuviste ayer en el sermón de los dominicos?

—No, estuve en el Sacré-coeur, donde mi hija ha hecho su *retraite*[47].

—El próximo ensayo para nuestra representación de caridad es el martes a las 12, mi querido barón, sea usted puntual.

—¡Qué majestuosa estaba hoy la emperatriz!

—¿Reparó usted, Lori, en el archiduque Viktor? No separó un instante los ojos de Fanny.

—*Madame, j'ai l'honneur de vous presenter mes hommages*[48].

—*Ah, c'est vous, marquis… charmée*[49].

—*I wish you good morning, Lord Chesterfield*[50].

—*Oh, how are you? Awfully time woman, your Empress*[51].

—¿Ya te has procurado un palco para la representación de Adelina Patti[52]?. Está haciendo una maravillosa estrella…

—Parece que se confirma plenamente el compromiso de Ferdi Drontheim con la

hija del banquero. ¡Qué escándalo!

Y así zumbaban por todas partes las voces. Un oyente impasible hubiera concluido que semejantes comentarios habrían aniquilado las impresiones que la escena de humildad presenciada comportaban.

Al fin pudimos ganar la puerta frente a la cual esperaban los carruajes y un montón de personas estaba congregada. Todos ellos querían ser vistos y mostrar qué felices eran al haber sido espectadores distinguidos de esta ceremonia.

Apenas habíamos salido, cuando apareció Tilling frente a mí. Se inclinó.

—Permítame, condesa Dotzky, que le dé las gracias por la magnífica corona.

Le tendí la mano sin que me fuese posible articular palabra.

Llegó nuestro coche. Rosa me insistía con prisas para que subiera. Ya se retiraba Tilling cuando, haciendo un enorme esfuerzo, le dije con una voz que a mí misma me pareció extraña:

—Estaré en casa el domingo de dos a tres.

Se inclinó sin decir nada y nos fuimos.

—Has debido pillarte un enfriamiento, Martha —me dijo mi hermana cuando nos alejábamos—. Tienes la voz ronca. ¿Y por qué no me has presentado a ese militar melancólico? Creo que pocas veces he visto una cara tan poco animada.

El día indicado, a la hora indicada, se presentó Tilling en mi casa. Antes había confiado ya a mis cuadernos rojos las impresiones siguientes:

> Presiento que va a ser éste un día decisivo. Siento en mí la expectación más dulce y más ansiosa de algo solemne. Acaso las cosas sigan un rumbo opuesto al que me imagino. Es posible que mis presentimientos se realicen. El hombre a quien espero me ama, no puedo dudarlo: la carta que me escribió junto al lecho de muerte de su madre es la prueba, y la rosa que coloqué en la corona de camelias ha debido revelarle mi amor… Vamos a vernos sin testigos, y los dos estaremos hondamente conmovidos. Él necesita consuelos. Y yo espero con deseos consolarle. Creo que nos comprenderemos sin dificultad y sin necesidad de muchas palabras. Bastarán las lágrimas que asomarán en nuestros ojos, la unión de nuestras manos temblorosas, para entendernos… Dos que se aman, dos seres dichosos —sensatos, devotos, apasionados, absortos, felices— mientras las gentes con esa indiferencia y desnudez dirán: «¿No sabéis la noticia? Martha Dotzky va a casarse con Tilling…, pobre partido para ella…». Son las dos y cinco; no puede tardar… Llaman… Late mi corazón…, ese temblor. Siento que…

Fui demasiado lejos. La última línea está casi escrita con letras ilegibles, señal de que esa palpitación, ese temblor, era más bien una figura retórica.

Previsiones y realidad no se han correspondido. Durante su media hora de visita, Tilling se mantuvo reservado y frío. Se disculpó por haberse tomado la libertad de haberme escrito aquella carta y me rogó que atribuyese aquella infracción de la

etiqueta a la irresponsabilidad de sus actos en momentos tan dolorosos. Me ha referido algunos detalles sobre la vida y los últimos días de su madre; pero sobre aquello que yo esperaba, ni una sola palabra. Su actitud me ha movido a mostrarme cada vez más reservada y fría. Cuando se levantó para despedirse, nada he hecho para que prolongase su visita y tampoco le he pedido que venga otra vez.

Una vez estaba ya fuera, volví a mi cuaderno rojo, todavía abierto, y continué la frase interrumpida:

> Presiento que todo ha terminado… y que he sufrido un desengaño horrible. No me ama, y mi actitud ha debido hacerle creer que él me es completamente indiferente, como yo le soy a él. Temo haberle tratado con una actitud de rechazo excesiva. Y ahora no hay en el mundo un segundo hombre para mí, tan bueno, tan noble, tan intelectual, no hay ninguno. ¡Ah, Friedrich, el único al que amo! ¿Habrá mujer que te adore como te adoro yo? Es posible, pero no será seguramente esa princesa a cuyos pies has vuelto a caer sin duda. ¡Rudolf, hijo mío, tú serás de hoy en adelante mi consuelo, mi refugio! A partir de ahora mi corazón no conocerá más que el amor maternal, al que consagraré mi corazón… Si consigo hacer de ti un hombre semejante a él, si un día me lloras como él llora a su madre, Rudolf, habré cumplido mi misión.

En realidad es un hábito estúpido llevar un diario. Al encontrar la prueba de mis variaciones, de los cambios de mi pensamiento, la confusión y el bochorno me atormentan. Maravilla, asombra, confunde que una persona pueda pasar tan pronto de la esperanza más confiada a la desesperación o el descorazonamiento sin límites, en la misma hoja en el mismo día. Y en las páginas siguientes el diario dará cuenta de novedades diferentes.

El lunes de Pascua fue un espléndido día de primavera, y de acuerdo con la tradición, un día de paseo por el Prater; una especie de fiesta preparatoria para el gran desfile del primero de mayo. Aún recuerdo cómo ese esplendor, ese alborozo primaveral que me rodeaba contrastaba con mi tristeza interior que me hacía daño; y sin embargo, lejos de lamentar mi tristeza, me era agradable, mi corazón no estaba vacío como hace dos meses cuando aún no conocía a Tilling. Porque, aunque mi amor, conforme a toda expectativa, era desdichado, era un amor, es decir, me animaba una intensidad mayor de vida y mi corazón rebosaba una emoción cálida y cariñosa que yo deseaba conservar.

No esperaba encontrar al objeto de mis sueños en el *Prater*, y mis ojos, consecuencia de mi interior distracción, vagaban errantes por la multitud sin ver nada. De repente, frente a nuestro carruaje cruzó a galope un jinete. Era Tilling. Nos saludó. Irreflexivamente, sin darme cuenta, hice con la mano un gesto involuntario y vivo. En ese mismo instante me di cuenta de lo inapropiado e inconveniente de mi proceder.

—¿A quién has hecho esa señal? —preguntó mi hermana Lilli—. ¿Era papá?… Ah, ya sé —añadió—, ahí está el inevitable Konrad…, a él le has hecho señas con la mano.

Quiso mi buena fortuna que apareciese en aquel instante «el inevitable Konrad», coincidencia que hizo creer sin duda a Lilli que mi gesto se dirigía a nuestro primo. Su brusca aparición fue para mí un favor que le pagué defendiendo su causa.

—¿Cómo no te da lástima nuestro primo? No me negarás que es muchacho guapo, distinguido, bueno… Deberías ser buena con él… Oh, si tú supieses cuán dulce es amar a alguien, no cerrarías tu corazón. Vamos, hazle feliz.

Lilli me miró con asombro.

—Martha, pero qué quieres que te diga: me es indiferente.

—¿Amas entonces a otro?

—No amo a nadie —dijo, negando con la cabeza.

—Te compadezco.

Dos o tres veces recorrimos el paseo de un extremo a otro, pero no volvimos a ver al hombre que ansiaba ver. Él había abandonado el Prater.

Algunos días más tarde, Tilling se presentó en mi casa una tarde. No estaba yo sola: me acompañaban mi padre, mi tía Marie, además de Rosa y Lilli, Konrad Althaus y el ministro «Evidentemente».

No sin trabajo conseguí reprimir una exclamación de alegría. Estaba tan lejos de esperar aquella visita. Mi júbilo, sin embargo, tuvo la duración de un relámpago. Tilling, apenas cambiados los primeros saludos, me dijo con frialdad:

—Vengo a despedirme de usted, condesa; en los próximos días me voy de Viena.

—¿Por mucho tiempo? ¿Y a dónde? ¿Y cuál es el motivo? —preguntaban los otros a la vez con interés, mientras yo guardaba silencio.

—Probablemente para siempre. Voy a Hungría. He pedido ser trasladado a otro regimiento. Por una predilección hacia los magiares —Tilling explicó a qué se debía esa predilección.

Mientras tanto, yo me había recompuesto.

—¡Resolución súbita! —exclamé con una calma aparente—. ¿Qué le ha hecho a usted Viena para que con tanta prisa desee abandonarla?

—Viena me resulta demasiado brillante y demasiado alegre. Tanta alegría me hace daño, porque, dada la disposición de mi espíritu, nada deseo tanto como la soledad de la puszta[53].

—No estamos de acuerdo —dijo Konrad—. Cuanto más triste se encuentra uno, con mayor deseo debe buscar distracciones. Una noche que asista al Carltheater[54] será un remedio más estimulante que días enteros de soledad.

—Lo mejor para agitar los ánimos, querido Tilling —dijo mi padre—, es una guerra alegre y bulliciosa; pero, desgraciadamente, la paz amenaza con prolongarse.

—¡Qué asociación de palabras y de ideas tan extravagante! —exclamé sin poder contenerme—. ¡Una guerra «alegre», una paz que «amenaza» prolongarse!

—*Evidentemente* —terció el ministro— el horizonte político no muestra por el momento puntos negros; sin embargo, las nubes se precipitan de forma completamente inesperada y nadie puede excluir, aunque sea una posibilidad mínima, que vaya a desatarse una guerra. Se lo digo como consuelo, señor teniente coronel. Sin que yo deje de hacer votos sinceros por el mantenimiento de la paz, conforme lo exigen mis funciones, aunque no dejo de hacerme cargo de las aspiraciones del ejército…

—Permítame, excelencia —interrumpió Tilling—, que me defienda contra la suposición de que yo, que formo parte del ejército, pudiera desear una guerra; que rechace de paso la idea de que el punto de vista militar pueda diferir del punto de vista humanitario. El ejército ha sido creado para que defienda la patria cuando ésta se ve amenazada por el enemigo, de la misma manera que fue creado el cuerpo de bomberos para que combata los incendios si éstos estallan. Ni el soldado ni el bombero deben hacer votos porque sobrevengan guerras ni incendios. Guerras, incendios, desventuras, horrores, son palabras sinónimas, y el hombre no debe, en caso alguno, desear que caigan desventuras sobre sus semejantes.

—¡Tú gran hombre, tú mi amor! —me dije en silencio.

Tilling continuó:

—Naturalmente que ni el militar ni el bombero hallan ocasiones de distinguirse si no estallan guerras o incendios. ¡Pero qué pequeñez de alma, qué estrechez de miras debe tener quien considera su propio egoísmo por encima del daño común, ambicionando intereses personales que traigan aparejada la desgracia general! La paz es el más preciado de los bienes, o, mejor dicho, su ausencia el mayor de los males. Usted mismo decía que sin paz es imposible el fomento, el desarrollo de los intereses nacionales; y siendo así, ¿puede usted suponer que el ejército, brazo de la nación, sea capaz de desear la guerra? Cultivar ese deseo legítimo, apresurar su realización, provocar una guerra con objeto de satisfacer los anhelos del ejército, sería tanto como prender fuego a un distrito de la capital para que trabajasen los bomberos y tuviesen ocasión de distinguirse.

—Su comparación dista mucho de ser exacta, estimado teniente coronel —contestó mi padre, dando a Tilling no su apellido, como tenía por costumbre, sino nombrándole por su grado militar, probablemente con objeto de que se destacara mejor el antagonismo existente entre las ideas que exponía y su profesión—. Los incendios sólo causan perjuicios, mientras que las guerras ensanchan las fronteras de una nación y aumentan su poderío. Gracias a guerras afortunadas se han constituido y afianzado los estados… La ambición personal del soldado no es lo único que se ve satisfecho en la guerra, sobre todo es el orgullo nacional el que se ve alimentado…, en una palabra, el patriotismo.

—O lo que es lo mismo, el amor al pedazo de suelo que nos vio nacer, ¿no es eso? —dijo Tilling—. En verdad no sé por qué nosotros, los militares, habríamos de abrigar la pretensión de acaparar, de monopolizar un sentimiento que es inherente a la

naturaleza humana. Todo el mundo ama con ardor el rincón del mundo donde ha nacido; todo el mundo anhela el bien de sus conciudadanos, pero existen otros medios, que no son la guerra, para promover y conseguir la prosperidad y la gloria de la patria; existen otros actos, otros triunfos, que deben enorgullecernos más que el brillante hecho de las armas. Yo puedo decir que estoy más orgulloso de nuestro Anastasius Grün[55] que del más ilustre de nuestros generales.

—¿Cómo se puede comparar a un poeta con un combatiente? —gritó mi padre.

—Eso mismo me pregunto yo: tan infinitamente más hermosos me parecen los laureles que no presentan manchas de sangre.

—Pero, mi querido barón —exclamó mi tía—, jamás oí a un militar que hablase como habla usted. ¿Dónde ha dejado el entusiasmo, el ardor bélico?

—Ésos no son sentimientos desconocidos para mí, señora, los he vivido, pero cuando tenía diecinueve años, cuando tomé parte en mi primera campaña. Mis entusiasmos, mis ardores bélicos, huyeron cuando me encontré en el campo de batalla, cuando mis ojos vieron horribles carnicerías, cuando contemplé suelta y desencadenada la bestialidad humana. Posteriormente he tomado parte en otras campañas, pero en mi alma no había entusiasmo, sino resignación.

—Escúcheme, Tilling, he participado en más campañas que usted, he tomado parte en más escenas de carnicería que usted he presenciado, sin que el celo me haya abandonado. Cuando en el 49, siendo ya un hombre viejo, hube de formar parte de la expedición mandada por Radetzky, lo hice con el mismo entusiasmo que sentí la primera vez que tomé parte en un combate.

—Perdone, excelencia, que le haga observar que usted pertenece a una generación saturada de espíritu militar, a una época en la que no había penetrado todavía el sentimiento de piedad universal, a una época que apenas si conoció los anhelos por abolir todas las miserias.

—¿Y esto de qué ayuda? En el mundo siempre habrá miserias: tan imposible es suprimirlas como acabar con las guerras.

—Ve usted, conde Althaus, con esas palabras define usted sólo un punto de vista, uno muy puesto en duda, aquel que el pasado emplea frente a las miserias sociales, es decir, el punto de vista de la resignación con el que uno observa lo inevitable como algo necesariamente natural. Pero hoy, ante la desventura del prójimo, nacen los remordimientos conjuntamente con la compasión, y esos remordimientos son como un eco de reprobación universal, como una acusación formulada por…, ¿cómo lo diría yo?…, por la conciencia del siglo.

Mi padre se encogió de hombros.

—Eso es demasiado elevado para mí —dijo—, pero sí afirmo que no sólo los abuelos rememoran con orgullo y dicha sus intervenciones en el campo de batalla, sino también la mayoría de los jóvenes y los muy jóvenes; si hoy se les preguntara si estaban dispuestos a ir a la guerra, responderían al unísono: «¡Sí, por supuesto!».

—Los muy jóvenes, indudablemente, porque conservan todo el entusiasmo que

les ha sido inculcado en la escuela; y en cuanto a los demás, contestarían también «¡Sí, por supuesto!», porque la opinión popular considera esta respuesta valiente y viril, y saben que la expresión sincera de su pensar no les acarrearía más que el menosprecio.

—¡Ah! Confieso que yo tendría un miedo horrible a la guerra —exclamó Lilli—. Debe ser espantoso encontrarse entre una lluvia de balas, ver a la muerte acechando por todas partes.

—Éste es un sentimiento que suena natural en su boca de muchachita —replicó Tilling—, pero los hombres tenemos que reprimir ese instinto de conservación; a nosotros, a los soldados, se nos manda que seamos insensibles a la piedad, a la simpatía frente al amigo y frente al enemigo; se nos fuerza a acorazarnos contra el enternecimiento que no puede menos que producir a todo ser humano el pensamiento de las calamidades que la guerra va a desencadenar. Después del miedo, nada más censurable en un soldado como el sentimentalismo.

—Sólo en la guerra, mi querido Tilling —dijo mi padre—. En la vida privada, gracias a Dios, tenemos también corazones blandos.

—Sí, lo sé: es una especie de encantamiento. En cuanto estalla una guerra, se establece, de hecho, una especie de convención tácita, pero inflexible. Los niños a menudo hacen reinar esta convención en sus juegos. En tiempos de guerra, dar muerte no es matar; el robo no es robo, sino «requisa»; la destrucción de las ciudades, el incendio de los pueblos, no son incendios ni destrucción, sino «toma de una posición». Mientras dura la guerra, es sabido que no tienen vigor los artículos del Código, los preceptos del catecismo son letra muerta, las máximas morales no tienen validez; pero cuando cesa la guerra es cuando se pueden apreciar en toda su realidad brutal las carnicerías, cuando, pese a la «convención tácita», uno descubre que los artículos del Código, los preceptos del catecismo y las máximas morales conservaron siempre su fuerza obligatoria; cuando la fría reflexión nos hace ver la inmensidad del crimen cometido, entonces, para sustraerse al dolor intolerable que oprime, no queda más que un remedio: la muerte.

—En realidad son verdad —dijo mi tía Marie pensativa— sentencias como: «No matarás…, no robarás…, amarás al prójimo como a ti mismo…, perdonarás a tus enemigos…».

—¡Tampoco rigen! —interrumpió Tilling—. Los hombres que por su ministerio están en el deber de enseñar esos mandamientos son los primeros que bendicen nuestras armas, los que solicitan la bendición del Cielo para una obra de sangre.

—Y con razón —gritó mi padre—. El Dios de la Biblia era también el Dios de las batallas, el Señor de los ejércitos… Es el mismo Dios quien nos manda que ciñamos la espada, es el mismo Dios…

—… el Ser a quien los hombres, arrogándose el derecho de ser intérpretes de su voluntad, han obligado a decretar lo que les inspiraban sus propios deseos. Dios promulgó preceptos llenos de amor; pero sus hijos, cuando quieren entretenerse en el

juego atroz de la carnicería, dicen: «Los preceptos de amor dejan de regir hasta nueva orden». Perdóneme usted, condesa —añadió Tilling levantándose—, si en su presencia accedí a tomar parte en una discusión enojosa, y permítame que me despida.

En mi pecho rugía desencadenada una tempestad de emociones. Las opiniones sustentadas por Tilling fueron un incentivo que hizo acrecentar mi amor; y el hombre que me lo inspiraba se iba y probablemente no volvería a verle jamás. Ante los demás, unas cuantas frases frías de despedida y todo habría terminado… ¡No, imposible! Cuando la puerta se hubiera cerrado tras de sí rompería en sollozos. No, no puede ser. Me levanté.

—Un momento, barón Tilling —dije—. Quisiera enseñarle la fotografía de que antes le hablé.

Me miró con estupefacción, porque entre nosotros nunca habíamos hablado de fotografía alguna. Me siguió al último extremo del salón, donde había algunos álbumes sobre la mesa, y donde podíamos hablar sin ser oídos.

Abrí uno de los álbumes y Tilling inclinó la cabeza para mirar las fotografías. Mientras tanto, le hable en voz baja y temblorosa:

—No consiento que se vaya usted así. Quiero… Necesito hablarle.

—Puesto que lo desea usted, señora, hable: escucho.

—Ahora no; vuelva mañana a la misma hora.

Observé que vacilaba.

—¡Se lo ordeno… en nombre de la memoria de su madre que he llorado con usted!

—¡Oh, Martha!…

Sentí un espasmo de placer al oír pronunciar mi nombre de pila.

—Así que hasta mañana… a esta misma hora —repetí, hundiendo mi mirada en la suya.

—A la misma hora.

Nos habíamos comprendido. Volví a reunirme con el grupo. Tilling, después de haber llevado mi mano a sus labios y haberse despedido de los otros con una inclinación, se dirigió a la puerta.

—¡Qué hombre tan singular! —exclamó mi padre moviendo la cabeza—. Sus opiniones puede que no fuesen muy del agrado de otros en círculos más elevados.

Al día siguiente, a la hora convenida, di orden terminante de no recibir a nadie más que a Tilling.

Me dominaba un sentimiento de dulce impaciencia saturado de angustia apasionada… y de cierto embarazo. No sabía con precisión qué deseaba decirle. Y sobre ello no quería pensar. Si por casualidad Tilling me preguntaba: «¿Qué quiere usted de mí, condesa?», no podía contestarle con la verdad: «Lo que quiero comunicarle es que le amo, y deseo que no te vayas». Pero, probablemente en una forma tan seca no me iba a interrogar y conseguiríamos entendernos sin preguntas ni

respuestas tan categóricas. Lo esencial para mí era verle; si debíamos separarnos para siempre, quería al menos que nuestros corazones se dijesen: ¡Adiós! He aquí una palabra en la que no podía pensar sin que mis ojos se llenaran de lágrimas.

En ese momento entró el esperado.

—Aquí estoy a sus órdenes, condesa. Pero ¿qué le pasa a usted? ¿Ha llorado? ¿Llora todavía?

—¿Yo? ¡No! Ha sido el humo de la habitación contigua…, la chimenea. Tome asiento, Tilling. Celebro que haya venido.

—Y yo me considero muy feliz de que me haya mandado venir…, que me lo ordenase en nombre de mi madre. Confortado con el recuerdo por usted evocado, vengo resuelto a decirle todo lo que llevo en mi corazón. Yo…

—¡Adelante! ¿Por qué se interrumpe usted?

—Porque creía que me sería menos difícil hablar.

—No será la primera vez que se dirige a mí con confianza. Recuerde la prueba de amistad que me dio aquella noche dolorosa que pasó velando a su madre moribunda. ¿A qué se debe que ahora haya perdido aquella confianza?

—En aquellas horas solemnes no era yo quien pensaba; pasadas tan tristes circunstancias, me ha vuelto a dominar mi timidez habitual. He comprendido que rebasé la línea de las conveniencias, y en mi deseo de evitar nuevas inconveniencias, he huido… de usted.

—Me ha parecido, en efecto, que usted evitaba encontrarme; pero sin acertar a explicarme la causa.

—¿La causa?… Porque… la adoro.

No contesté; la emoción me paralizó. Moví la cabeza. Tilling calló también.

Conseguí reponerme al fin y, rompiendo aquel silencio, pregunté:

—¿Por qué quería usted irse de Viena?

—Por el motivo explicado.

—¿Y no podría desistir?

—Podría…, sí…, puesto que mi cambio de destino no es todavía oficial.

—Entonces, quédese.

—¡Martha! —exclamó, tomándome la mano.

Era la segunda vez que me llamaba por mi nombre. Esas dos sílabas tenían un sonido embriagador para mí. Hubiese querido contestarle con igual dulzura, también con dos sílabas que le hicieran comprender todo lo que atesoraba mi corazón, y levanté mis ojos hacia él y dije en voz baja:

—¡Friedrich!

En aquel punto, la puerta se abrió y entró mi padre.

—¡Ah!… ¿Conque te encuentro aquí? ¡Y el criado me ha dicho que estabas fuera de casa!… Pero le respondí que iba a esperarte… Buenos días, Tilling. La verdad es que me sorprende encontrarle aquí, después de su despedida de ayer.

—Es que ya no me voy, excelencia, y venía a…

—A visitar a mi hija… ¡Muy bien! Y ahora ya sé que me trajo aquí, Martha. Se trata de un asunto de familia.

Tilling se levantó.

—Mi presencia quizá sea inoportuna.

—No, no es asunto urgente.

De buena gana habría enviado a mi padre y sus asuntos de familia a las Antípodas. Su interrupción no podía ser menos inoportuna. A Tilling no le quedaba más remedio que retirarse. Pero después de lo ocurrido entre nosotros, su alejamiento no significaba una separación. Nuestros pensamientos y nuestros corazones permanecerían unidos.

—¿Cuándo podré verla? —me preguntó en voz muy baja en el momento de besarme la mano.

—Mañana temprano, a las nueve, en el Prater… Iré a caballo —respondí rápidamente en el mismo tono.

Mi padre despidió con bastante frialdad al barón, y en cuanto éste hubo salido me preguntó con tono severo:

—¿Qué significa esto? Das orden de no dejarme pasar, y te encuentro *tête-à-tête* con este caballero.

El despecho y la turbación hicieron que enrojeciera.

—¿De qué asunto de familia venías a hablarme? —pregunté a mi vez.

—De éste, precisamente. Quería alejar a tu adorador para poder darte mi opinión. No puedo tolerar que mi hija, la condesa Dotzky, se exponga a comprometer su reputación.

—Mi querido padre, en la persona de mi pequeño Rudolf Dotzky tengo el guardián más seguro de mi honor y de mi reputación. Por lo que a la autoridad paterna del conde Althaus respecta, me permitirás que te recuerde, con todo el respeto que debo guardarte, que ninguna fuerza tiene sobre una viuda independiente, y, por tanto, que no me someto a ella. Ni tengo ni he tenido intención de tomar un amante, como parece que imaginas; pero, suponiendo que yo pensara en casarme de nuevo, me reservo el derecho de no consultar a nadie más que a mi propio corazón.

—¡Casarte con Tilling! ¿Cómo se te ha ocurrido pensar algo así? Sería un auténtico desastre familiar. Preferiría que… ¡Pero no, no…, no he querido decir eso! … Es imposible que pienses seriamente en…

—¿Por qué razón? No hace mucho me propusiste sucesivamente un teniente coronel, un capitán y un mayor. Tilling es teniente coronel.

—Por desgracia. En rigor, sus opiniones son excusables en un hombre civil, pero en un militar rozan ya los linderos de la traición… Ese hombre pediría la separación del ejército antes que exponerse a los peligros de una nueva campaña, cuyas fatigas y peligros le hacen temblar. Carece de fortuna, y sería aguda idea por su parte que la busque en un matrimonio; pero quiero abrigar la esperanza de que no serás tú quien le facilite la realización de sus cálculos; tú, la hija de un viejo soldado que ha luchado

en cuatro guerras; tú, la viuda de un joven héroe y valiente que encontró la gloria muriendo en el campo del honor.

Mi padre paseaba con paso agitado por la habitación, su rostro se encendía, y su voz templaba por la agitación. También yo estaba sobreexcitada. Me repugnaban las frases de mi padre, las palabras huecas que desnaturalizaban los sentimientos del hombre que yo adoraba, y, sin embargo, nada podía contestar. El hecho de que mi padre hubiese dado una interpretación tan falsa a las ideas de Tilling demostraba de un modo evidente que no era capaz de comprenderle. Mi padre era sencillamente ciego en lo que respecta al punto de vista que defendía Tilling. Y yo no podía hacérselo ver. No podía enseñarle otra regla moral que no fuese la militar (la cual, a los ojos del general Althaus, era la más elevada) para así hacerle comprender cuál es el punto de vista del hombre y del pensador. Es muy posible que mi silencio le hiciese suponer que me había confundido, que había conseguido ahogar mi proyecto en germen. Pero yo me sentía doblemente impaciente, por un lado, hacia el hombre que no había apreciado, y, por otro, reforzada en mi convicción de que yo sería suya. Afortunadamente yo era libre, y, aunque la desaprobación de mi padre me afligiera, no sería obstáculo que me impidiese abandonarme al impulso de mi corazón, no, no podía. Por otra parte, la felicidad maravillosa y poderosa que acababa de nacer en mí en el último cuarto de hora era demasiado viva para que dejase penetrar la tristeza.

A la mañana siguiente desperté con el mismo sentimiento de expectación inexplicable, con la misma excitación que tantas veces conocí de niña la víspera de Navidad y la mañana antes de mi matrimonio; ese convencimiento de que hoy iba a ocurrir algo grande y alegre. El recuerdo de las palabras de mi padre la tarde anterior me producían una pequeña turbación, pero ese pensamiento conseguí espantarlo pronto.

No eran todavía las nueve cuando dejé el coche, en la entrada del paseo del Prater, para montar el caballo que allí había llevado mi palafrenero. El tiempo era primaveral y suave, se respiraba un ambiente inundado de perfumes, aunque no lucía el sol. Pero la luz del sol la llevaba yo en mi corazón. Había lloviznado la noche anterior, las hojas de los árboles ofrecían un verde muy fresco y el suelo enviaba a la atmósfera vapores de tierra húmeda.

No había dado cien pasos a caballo cuando percibí el trote enérgico de otro animal tras de mí.

—Buenos días, Martha… Me alegro de volver a encontrarte.

Era Konrad, el inevitable. A mí no me alegró el encuentro. Naturalmente, el Prater no era mi parque privado y en una mañana de primavera tan bella el paseo de jinetes siempre está lleno. ¿Cómo pude ser tan torpe suponiendo que una cita en aquel sitio no iba a ser turbada? Konrad puso su caballo a la altura del mío, con intención manifiesta de escoltarme. Casi en el mismo instante vi de lejos a Friedrich von Tilling que galopando se acercaba en nuestra dirección.

—Primo, sabrás que has hallado en mí una aliada fiel. Sabes que trabajo con

verdadero celo para que ganes el favor de Lilli.

—Sí, mi más noble prima.

—Ayer por la tarde, sin ir más lejos, le hice una enumeración de tus excelentes cualidades…, porque en realidad eres un muchacho magnífico: muy complaciente, discreto…

—¿Qué favor necesitas de mí?

—Que sacudas un fustazo a tu caballo y sigas cabalgando…

Mientras tanto, Tilling había llegado muy cerca de nosotros. Konrad nos miró, primero a él y después a mí, sin decir ni una sola palabra, se despidió de mí con una inclinación de cabeza y una sonrisa y se alejó a galope tendido.

—¡Otra vez ese Althaus! —fueron las primeras palabras de Tilling, después que hubo dado la vuelta y comenzara a cabalgar a mi lado.

Su tono y su gesticulación revelaban con claridad celos que mordían su alma, circunstancia que me alegró.

—¿Ha huido al llegar yo, o se le ha escapado el caballo?

—Le he despedido porque…

—Condesa Martha, ¿por qué la encuentro siempre con Althaus? ¿Ignora usted que todo el mundo asegura que está enamorado de su prima?

—Y es cierto.

—¿Y que intenta ganar su favor?

—Eso también es cierto.

—¿Y que abriga esperanzas de conseguirlo?

—Las abriga, en efecto.

Tilling calló. Yo le miré sonriendo y feliz.

—Sus ojos desmienten sus palabras —repuso al cabo de breves momentos de silencio—, porque sus ojos me están diciendo: mi primo me ama sin esperanza.

—Pero si no me ama. El objeto de sus pretensiones es mi hermana Lilli.

—Me quita usted un peso de encima. Ese hombre era uno de los motivos por los que había decidido marcharme de Viena. Verle me hacía daño, me era imposible soportarlo.

—¿Qué otros motivos tenía la decisión a que se refiere? —interrumpí.

—El temor de ver aumentada mi pasión y no poder disimularla; creía, a la par, que me hacía desgraciado y me ponía en ridículo.

—Y hoy ¿es usted desgraciado?

—¡Oh, Martha!… Desde ayer vivo en un delirio de sentimientos, y casi pierdo el conocimiento. Pero no sin miedo, pues me parece que sueño y que voy a despertar para caer en la dolorosa realidad. Bien examinado, mi amor es un amor sin esperanza… ¿Qué puedo yo ofrecer? Hoy me sonríe su benevolencia y me eleva al séptimo cielo… pero mañana, u otro día, me retirará usted un favor que hoy me dispensa sin yo merecerlo, y me hará caer precipitado en un abismo de desesperación… No me reconozco. De qué forma tan hiperbólica hablo, yo por lo

general un hombre tranquilo y sensato, enemigo de toda exageración… Pero no cabe en mí la exageración tratándose de usted. De usted depende hacerme feliz o desafortunado.

—Hablemos también de mis dudas: la princesa…

—¿También ha llegado a sus oídos ese chismorreo? Nada…, no hay nada.

—Por supuesto, lo niega usted. Es su obligación.

—La dama en cuestión, cuyo corazón ahora, como es sabido, se encuentra aprisionado en el Burg[56], ignoro cuánto tiempo, porque su corazón se regala a menudo…, tratándose de esta dama en cuestión, el hombre más discreto podría considerarse desligado de la obligación de llevarse el secreto hasta la tumba. Es decir, puede creerme por partida doble, dado que, si semejantes rumores hubiesen sido ciertos, ¿habría pensado yo en abandonar Viena?

—Los celos se rebelan siempre contra la razón. ¿Habría dado yo a usted una cita en este sitio si hubiese venido para encontrarme con mi primo Althaus?

—Me cuesta mucho, Martha, pasear tranquilamente a su lado… Quisiera rendirme ante sus pies o al menos llevar su mano adorada a mis labios.

—Querido Friedrich —dije cariñosa—, tales demostraciones son innecesarias; también con una palabra se puede decir tanto como con un…

—Con un beso —completó él.

Después de aquella palabra que a ambos nos produjo un choque eléctrico, nuestras miradas se buscaron y los dos comprendimos que también se puede besar con los ojos.

Él preguntó primero:

—¿Desde cuándo?

Comprendí la pregunta incompleta.

—Desde la comida que ofreció mi padre —respondí—. ¿Y usted?

—¿Usted? Ese «usted» es una disonancia, Martha. Si debo responder a la pregunta, ha de ser formulada de otra manera.

—¿Y… tú?

—¿Yo? Probablemente desde aquella misma tarde, pero no me di cuenta de ello hasta que me encontré junto al lecho de muerte de mi madre… ¡Con qué anhelo volaban mis pensamientos hacia ti!

—Lo comprendí…, pero tú, por el contrario, no supiste comprender el lenguaje de aquella rosa encarnada colocada en la corona fúnebre, porque, de haberlo comprendido, no hubieses evitado mi encuentro. Aun ahora me parece inexplicable la razón de tu alejamiento, tan inexplicable como tu resolución de partir.

—Quería huir de ti, porque no podía abrigar la menor esperanza de poseer tu amor. Únicamente cuando, invocando el nombre de mi madre, me ordenaste que fuera a verte y que me quedase, comprendí que estabas en una favorable disposición hacia mí y que podía consagrarte mi vida.

—O lo que es lo mismo: que si no hubiera tirado yo por la calle de en medio,

como suele decirse, ¿tú no hubieras dicho nada?

—Tú tienes un gran número de admiradores, y yo jamás me habría mezclado con esa cuadrilla.

—Ah, ellos no cuentan. La mayoría sólo ven en mí a la viuda rica…

—Ves, otro pensamiento que me establecía una barrera: «la viuda rica», y yo alguien sin ninguna fortuna. Mejor desistir a ese amor que hacerme sospechoso a los ojos de todo el mundo, y especialmente de la mujer que adoro, de ese sentimiento que atribuyes a toda la turba de tus pretendientes.

—Oh, tú, orgulloso, noble, mi adorado. Nunca hubiera sido capaz de atribuirte pensamientos tan bajos.

—¿De dónde sacas esa confianza cuando apenas me conoces?

Un largo rato continuamos cambiando preguntas y más preguntas. A la pregunta «desde cuándo» nos amamos, le siguió la discusión del porqué. Le confesé cómo lo primero que me atrajo de él fue el modo en el que hablaba de la guerra, sin duda porque él había proclamado con gran claridad todo aquello que yo pensaba y sentía en secreto; con el convencimiento de que ningún militar podía pensar y menos aún expresar lo mismo. El valor con que había expuesto sus opiniones me demostró que su corazón era prioritario a los intereses de su profesión, y que su talento se adelantaba a las ideas de su tiempo. Sí, éste fue el punto de partida de mi amor. Después, hubo para cada «¿por qué?» innumerables «porque». Muchos… Porque su presencia era bella y distinguida; porque en su voz vibraba algo dulce y a la vez un tono firme; porque había sido un buen hijo; porque…

—Y tú…, ¿por qué me amas tú? —pregunté, interrumpiendo mi enumeración.

—Por mil razones y por una sola.

—Oigámoslas, primero las mil.

—Tu gran corazón, tus pequeños pies, tus adorables ojos, tu inteligencia brillante, tu sonrisa dulce, tu humor agudo, tus manos blancas, la dignidad femenina, tu maravillosa…

—Basta…, basta… No hay necesidad de que llegues hasta mil… Dime la razón única.

—Ésta es la más sencilla, porque su fuerza y su atractivo abarca a las demás. Te amo, Martha, porque… te amo. Por eso.

Desde el Prater me fui directamente a la casa de mi padre.

Lo que quería comunicarle no le iba a resultar agradable. Daba por descontado que nuestra entrevista había de ser desagradable y deseaba terminar cuanto antes. Y prefería hacerlo bajo la primera impresión de mi manifiesta felicidad.

Mi padre, que no era madrugador, estaba aún junto a la mesa del desayuno leyendo los periódicos de la mañana cuando entré en su estudio. Mi tía también estaba presente y, como él, leyendo la prensa.

Mi padre alzó la vista de su *Presse*[57], algo sorprendido ante la brusquedad de mi llegada, y mi tía dejó el *Fremdenblatt*[58].

—¿Martha? ¿Tan temprano? Y con traje de amazona… ¿Qué significa?

Abracé a los dos, me dejé caer sobre un sillón y respondí:

—Significa que vengo del Prater de dar un paseo a caballo, donde ha ocurrido algo que quiero comunicaros sin dilación. Como veis, ni he querido perder el tiempo necesario para cambiarme de vestido.

—¿Y qué es eso tan importante y urgente? —dijo mi padre, encendiendo un cigarrillo—; cuenta con que has excitado nuestra curiosidad.

¿Debía seguir divagando? ¿Debía hacer una introducción y una preparación? No, lo mejor era acabar de una vez…

—Me he prometido.

Mi tía alzó los brazos al cielo y mi padre frunció el ceño.

—Espero no tener que suponer que… —empezó a decir mi padre.

Pero no le dejé acabar:

—Me he prometido con un hombre a quien amo de corazón y estimo, un hombre con quien, creo, seré completamente dichosa…, el barón Friedrich von Tilling.

Mi padre se levantó de un salto.

—¡Me lo figuraba! —gritó—. ¡Después de todo lo que te dije ayer!…

La tía Marie movió la cabeza.

—Hubiese preferido otra alianza… Primero, el barón Tilling dista mucho de ser un partido deseable para ti, no debe tener fortuna, y luego sus principios, sus puntos de vista…

—Sus principios y sus puntos de vista se identifican en todo con los míos. Y en cuanto a eso que se llama un partido, es algo de lo que puedo prescindir… ¡Padre, mi querido padre!… ¡No me mires con esa severidad!… ¿No comprendes que equivale a arrojar un jarro de agua helada sobre el júbilo que me embarga?… ¡Mi bueno y querido papá!

—Pero, hija mía —respondió en tono algo más dulcificado, porque con un poco de ternura se le desarmaba por completo—, si yo no busco más que tu felicidad. Pero me parece que no puedes ser feliz con un militar que no es en cuerpo y alma militar.

—No eres tú quien se casa con Tilling —observó con mucho juicio la tía Marie —. La cuestión militar es para mí muy secundaria; lo que no puedo admitir es que un hombre se exprese en cuestiones religiosas en términos tan poco respetuosos como recientemente lo hizo Tilling.

—¡Ten presente también tú, mi querida tía, que no eres quien se va a casar con Friedrich Tilling!

—La voluntad del hombre está en el Reino de los Cielos —dijo mi padre, envolviendo sus palabras con un suspiro y sentándose—. Supongo que Tilling pedirá la separación del ejército.

—Todavía no hemos hablado sobre ese particular. Yo lo preferiría, pero me temo que no lo hará.

—¡Cuándo pienso que has dado calabazas a un príncipe —dijo suspirando la tía

Marie— y que vas a descender en la escala social!

—¡Qué afán de amargar mi dicha tenéis los dos! ¡Y vosotros decís que me queréis! Vengo, por vez primera desde la muerte del pobre Arno, a haceros partícipes del gozo que me embarga, y, en vez de alegraros conmigo, preferís buscar toda clase de objeciones para amargarme. ¡Y qué objeciones!… ¡El militarismo, Jehová, la escala social!

Al cabo de media hora había conseguido vencer a mis dos mayores. Confieso que, tras la conversación mantenida el día anterior con mi padre, esperaba una resistencia más enérgica por su parte. Es probable que, si sólo hubiese hablado de proyectos e inclinaciones, habría intentado de forma enérgica extinguir los meros proyectos e inclinaciones, pero que ante el *fait accompli*[59] se persuadiese de que su oposición sería más bien inútil. O quizá la dicha que desprendían mis ojos y vibraba en mi voz triunfó frente su descontento, acaso porque, inconscientemente, se contagió de ella. El hecho es que, cuando me despedí, me dio un afectuoso beso en la mejilla y me prometió que aquella misma noche me visitaría en mi casa para saludar a su futuro yerno.

De cómo transcurrió el resto de la mañana y de la tarde, por desgracia, no encuentro anotaciones en los cuadernos rojos. Los detalles han desaparecido hace ya tiempo de mi memoria. Sólo sé que fueron horas deliciosas.

Reuní para el té a todos los miembros de mi familia y les presenté a Friedrich von Tilling como mi prometido.

Rosa y Lilli estaban encantadas; Konrad Althaus exclamó:

—¡Bravo, Martha! ¡Y tú Lilli…, sigue el ejemplo de tu hermana!

En cuanto a mi padre, o había logrado vencer su antipatía, o, por cariño a mí, supo disimularla. La tía Marie estaba enternecida, conmovida.

—En el Cielo están escritos los matrimonios —dijo—. Yo espero que, con la bendición de Dios, el vuestro sea dichoso. Y yo suplicaré al Señor que así sea.

También mi hijo Rudolf fue presentado a su «nuevo papá». Una emoción dulce y profunda me embargó cuando vi cómo el hombre al que amaba, tomando en sus brazos a mi hijo, le besaba con ternura diciendo:

—De ti, jovencito, haremos todo un hombre.

En el curso de la tarde mi padre volvió a tratar su idea con respecto a la licencia absoluta que suponía que pediría Tilling.

—Doy por seguro que usted abandonará la carrera militar. No siendo partidario de la guerra…

Friedrich levantó la cabeza con expresión de sorpresa.

—¿Abandonar mi carrera? ¡Pero si no tengo otra! Del mismo modo que…

—Sí, sí —le interrumpió mi padre—, nos los dijo hace poco: no es preciso que un bombero sea un admirador del fuego.

—Podría mencionar otros ejemplos: de la misma manera que el médico no está obligado a simpatizar con el cáncer y el tifus, ni el juez con el robo, para curar aquél

y castigar éste. ¿Pero abandonar mi carrera? ¿Por qué motivo?

—Para evitar a su esposa las molestias de la vida de guarnición —contestó la tía Marie—, y, en caso de guerra, las agonías… que, bien mirado, es una tontería sufrir, pues está determinado a qué edad llegará uno, se vive hasta entonces pesar de todos los peligros.

—De gran peso son los motivos que usted indica. Mi objetivo principal será evitar a mi futura esposa las incomodidades de la vida; pero mayores que los de la vida de guarnición serían los inconvenientes de la inacción, y el riesgo de que ésta se atribuyera a pereza o a cobardía mi separación del ejército es para mí mil veces más temible que los peligros del campo de batalla. Semejante pensamiento no lo he tenido ni por un instante… ¡Ojalá usted tampoco, Martha! (Delante de la gente habíamos suspendido el tuteo).

—Sin embargo, si yo impusiera esa condición…

—No lo hará, porque ello supondría tener que renunciar a mi mayor dicha. Usted es rica; yo no poseo más que mi empleo militar y la expectativa de alcanzar nuevos rangos. Perder la condición militar sería contrario a todos los principios sobre el honor.

—¡Bravo, hijo mío! —gritó mi padre—. Ahora estoy reconciliado. Habría sido falta grave en su carrera pedir la licencia absoluta. Dentro de poco será usted coronel, y seguramente ha de llegar a general. ¿Por qué no ha de tener aspiraciones de ser en su día comandante en jefe, gobernador o quién sabe si ministro de la guerra? Con ello colocaría también a su mujer en una agradable posición.

Guardé silencio. La perspectiva de convertirme en señora comandante no me seducía. Preferiría vivir retirada en el campo con el hombre que amaba. Aprobé, no obstante, la resolución de mi futuro marido, para protegerle de las sospechas de mi padre, y que probablemente habría compartido la mayor parte del mundo.

—Sí, sí —repuso mi padre, completamente reconciliado—. Yo soy muy franco y no quiero ocultar que he creído al principio que usted preparaba sus baterías. ¡Hombre, no ponga usted esa cara de dignidad ofendida! He creído que acaso pensase usted en separarse del ejército, lo que habría sido una torpeza insigne. Martha es hija de un militar, viuda de un militar, y no creo que un hombre civil hubiese conseguido apoderarse de su cariño por mucho tiempo.

Me vi obligada a sonreír a Tilling.

—Creo que tiene usted razón —contestó—, que en realidad se ha enamorado únicamente de mi uniforme.

En el mes de septiembre del mismo año nos casamos.

El novio obtuvo dos meses de licencia para nuestro viaje de novios. Nuestra primera etapa fue Berlín. Yo había manifestado mi deseo de colocar una corona en la tumba de la madre de Friedrich e inaugurar nuestro viaje con esta peregrinación.

En la capital prusiana nos quedamos ocho días. Friedrich me presentó a sus parientes y todos me parecieron las personas más amigables de la Tierra. Es cierto

que, cuando se llevan gafas de color rosa a través de las cuales se contempla el mundo exterior durante la luna de miel, todo parece adorable y precioso. Además, en todas partes los recién casados siempre son cordial y amigablemente recibidos. Es la obligación de tender un sendero de rosas por allí donde se pasase.

Lo que especialmente me gustaba de los alemanes del Norte era la lengua. No sólo porque tuviesen el mismo acento que mi marido, una de sus cualidades que excitó primero mi amor hacia él, sino porque, en comparación con la forma de hablar empleada en Austria, ésta parecía denotar un mayor nivel de cultura, o más bien, no sólo lo parecía, sino que en efecto era así. Violaciones gramaticales como aquellas que desfiguraban el lenguaje en los mejores círculos vieneses no ocurrían en la buena sociedad de Berlín. La confusión prusiana del dativo y el acusativo está confinada a las clases más bajas, mientras que en Viena la confusión de los casos es cotidiana y estos fallos se oyen en los mejores salones. Acostumbrados a designar nuestro lenguaje como «agradable», y así lo encuentran también los extranjeros, lo cual es indicio de inferioridad. Si hay que medir la valía humana según el nivel de educación, ¿qué medida sería más correcta que ésta? Luego el alemán del Norte es un poquito más humano que el alemán del Sur, una sentencia, que en boca de un prusiano sonaría muy «arrogante» y de la pluma de una austriaca parecería muy «antipatriótica»; pero rara vez una verdad dicha no ofende a alguien o en algún lugar…

Nuestra primera visita en Berlín, después de ir al cementerio, fue para una tía de Friedrich, hermana de su difunta madre, la señora Cornelie von Tessow. Su extremada amabilidad y su evidente superioridad intelectual me dieron la norma de lo que debió ser la madre de Friedrich. Era viuda de un general prusiano y la madre de un hijo único que acababa de ser nombrado teniente.

No he visto en mi vida un joven más guapo que Gottfried von Tessow. La intimidad entre la madre y el hijo era verdaderamente conmovedora; también en esto parecía haber semejanzas entre Cornelie y su difunta hermana. Cuando veía el orgullo con que la madre contemplaba a Gottfried, y la ternura con que éste trataba a la madre, entreveía la época en que mi hijo Rudolf, ya un hombrecito, me proporcionaría idénticos goces. Sólo había algo que no podía comprender y se lo expresé a mi marido:

—No comprendo que una madre consienta que su único hijo, su joya, abrace una carrera tan peligrosa como la de las armas.

—Existen, querida mía, pensamientos que, a fuerza de ser sencillos, escapan inadvertidos a todo el mundo; hechos que se imponen sin que uno se dé cuenta. Uno de ellos es el de los peligros de la profesión de las armas; no se quiere oír hablar de los peligros de la vida militar, porque el deber obliga a desafiarlos y casi siempre sale uno de ellos con vida (el porcentaje de los caídos se distribuye entre los otros), de modo que nunca se piensa en la posibilidad de morir. Es seguro que ésta existe, pero ninguno de los recién nacidos piensa en la guerra. Al expulsar nociones molestas se

está en condiciones de lograr un espíritu grande. Por otra parte, para un joven prusiano noble, ¿cabe idear carrera más agradable, más reconocida, que la de oficial de la caballería prusiana?

Tuve la suerte de agradar a la tía Cornelie.

—¡Ah! —suspiraba un día—. ¡Por qué mi pobre hermana no logró disfrutar la dicha de tener una nuera como tú, de ver a Friedrich tan feliz como lo es ahora a tu lado! Deseaba con tanto afán verle casado. ¡Pero demandaba tanto del matrimonio que…!

—No sería tanto, tía, cuando se conformó conmigo…

—Esto es lo que los ingleses llaman *a trap for a compliment*[60]. Quisiera que mi Gottfried tuviese una suerte parecida. Soy impaciente, quisiera vivir la alegría de ser abuela. Pero probablemente tenga que esperar aún mucho: mi hijo no tiene más que veintiún años.

—Aún tiene que perder la cabeza por muchas jovencitas y romper muchos corazones.

—No lo creo, porque es el mejor y más honrado joven que pueda existir. Lo que sí puedo asegurar es que sabrá hacer dichosa a una mujer.

—Como Friedrich a la suya.

—No puedes saberlo aún, querida, hablaremos dentro de diez años. En las primeras semanas casi todos los matrimonios son dichosos. Con ello no quiero sembrar ninguna duda ni en mi sobrino ni en ti. Creo que vuestra dicha ha de ser duradera.

Esta profecía de la tía Cornelie la recogí en mi diario y al margen anoté: «¿Acertada? —Para responder en diez años». Y dejé un renglón en blanco. Que rellenaré en el año 1873, lo que allí dice ahora no lo puedo desvelar.

Salimos de Berlín para visitar algunos balnearios alemanes. Si se exceptúa el breve viaje por Italia que hice con Arno, viaje del cual conservaba recuerdos muy vagos, nunca había salido de casa, de aquí que hallase grandes alicientes en conocer nuevos lugares, nuevas personas y nuevas formas de vida. El mundo me parecía de repente muy bello e interesante. Si hubiese tenido a Rudolf a mi lado, mi mayor placer habría sido proponerle a Friedrich que prolongásemos el viaje durante años. Yo habría deseado visitar toda Europa y después las partes restantes del mundo. Disfrutábamos de aquella existencia errante, de ese vagabundear en libertad. Coleccionábamos un tesoro de nuevas impresiones y experiencias. Allí donde fuéramos, y si el país o sus gentes nos resultaba extraño, llevábamos en virtud de nuestra mutua compañía un pedazo suficiente de nuestro hogar. Claro está que si hubiese hecho a Friedrich proposición semejante, me habría contestado probablemente que el objeto de la existencia no puede ser un viaje perpetuo de novios, que su licencia duraba los dos meses, y una serie de motivos razonables parecidos.

Estuvimos en Baden-Baden, en Homburg y en Wiesbaden. En todas partes la

misma forma de vida alegre y elegante. En todas partes muchas personas interesantes de todos los países del mundo. En el trato con estos extranjeros pude apreciar que Friedrich dominaba a la perfección las lenguas francesa e inglesa, nuevo incentivo de la admiración que me merecía. Cada vez iba descubriendo en él nuevas cualidades: dulzura, buen humor, sensibilidad intensa ante lo bello. Un paseo sobre las aguas del Rin le extasiaba, y en el teatro o en la sala de conciertos, cuando los artistas eran notables, en los ojos de Friedrich chispeaba el deleite. Por eso el Rin con sus castillos me parecía doblemente romántico, porque admiraba sus explicaciones.

Por desgracia, los dos meses pasaron con rapidez vertiginosa. Friedrich solicitó una prórroga de licencia, pero le fue denegada. La primera contrariedad desde el día de nuestro matrimonio me la deparó el pliego oficial que en estilo muy seco obligaba a mi marido a volver inmediatamente.

—¿Y a eso llaman los hombres libertad? —exclamé malhumorada, tirando sobre la mesa el ofensivo documento.

—Mi querida soberana, no se me ha ocurrido pensar por un momento que fuese libre —sonrió Tilling.

—Si fuese yo tu soberana, te ordenaría que abandonases la carrera militar, para que pudieses vivir sólo para servirme a mí únicamente.

—Sabes que convinimos…

—Tienes razón…, y tengo que asumirlo, sin embargo esto prueba que no eres mi esclavo; y en el fondo esto es lo correcto…, mi querido y orgulloso esposo.

A nuestro regreso del viaje tuvimos que fijar nuestra residencia en una pequeña ciudad de Moravia, en la plaza fuerte de Olmütz, de cuya guarnición formaba parte el regimiento de Friedrich. No había oportunidad de hacer vida social en nuestro entorno, de modo que ambos hacíamos una vida completamente retirada. A excepción de las horas de servicio, las que él como teniente coronel tenía que estar en el cuartel con sus dragones, y yo con mi hijo Rudolf. Cambié con las damas de los jefes y oficiales las visitas obligatorias, pero sin contraer relaciones íntimas con ninguna, porque ningún interés tenía en asistir a cafés de media tarde, en escuchar cuentos de lacayos y chismorreos locales. Friedrich se mantenía igualmente alejado, ni le atraían las partidas de juego en casa del general, ni las libaciones de los oficiales. Tenía cosas mejores que hacer. El mundo en el que nos movíamos, cuando por las noches nos sentábamos juntos al calor de la tetera hirviendo, era un mundo social tan alejado de Olmütz como la Tierra del Cielo. Alejados como la Tierra y el Cielo en el sentido literal porque una de nuestras excursiones favoritas era dirigirnos espiritualmente al firmamento. Leíamos obras científicas que nos instruían sobre las maravillas del cosmos. Nos llevaban a las profundidades del globo o nos elevaban a los espacios celestes, revelándonos misterios infinitamente minúsculos por medio del microscopio y las distancias infinitas por medio del telescopio. Cuanto más progresábamos en nuestros estudios, tanto más raquítico nos parecía el círculo dentro de cuyos límites se agitaba la sociedad de Olmütz. Nuestras lecturas abarcaban varias ramas del

pensamiento y de la especulación humana. Por tercera vez leí a mi querido Buckle, obra que di a conocer a Friedrich y que le entusiasmó tanto como a mí. Tampoco dejábamos a un lado a los poetas y a los novelistas. Gracias a las lecturas nuestras veladas eran verdaderas fiestas del espíritu, de modo que el resto de nuestra existencia podía ser llamada una fiesta ininterrumpida del corazón. Día a día crecía nuestro amor, pues, cuando la pasión se enfriaba, el efecto se incrementaba y ganábamos en ternura y respeto mutuo. La relación entre Friedrich y Rudolf era entrañable. Eran los mejores camaradas del mundo, y verlos jugar era delicioso. Casi era Friedrich el más niño de los dos. Por supuesto, yo participaba también de sus juegos, y de las tonterías que hacíamos y hablábamos, cuando acostábamos a Rudolf, sabrán perdonarnos los sabios y eruditos que leíamos. Friedrich afirmaba que no le gustaban los niños, pero Rudolf era una excepción, porque era hijo de su querida Martha; la verdad es que él era cariñoso y delicioso en su condición de padrastro. A menudo hacíamos planes sobre el futuro del niño. ¿Militar?… No. No mostraba ninguna inclinación hacia las armas, porque en nuestro sistema educativo no había sitio para ello. ¿Diplomático? Tal vez, aunque probablemente le dedicaríamos a la agricultura. Heredero del mayorazgo de los Dotzky, que con el tiempo sería suyo, es decir, a la muerte de un tío de Arno de sesenta y seis años, hallaría ocupación suficiente en la administración racional de sus posesiones. Se casaría con su prometida Beatrix y podría gozar de una dicha completa. Éramos tan felices que habríamos jurado que el mundo no proporciona dichas superiores a las nuestras… Nos olvidábamos, en nuestra existencia venturosa, de las miserias que abrumaban a gran parte de la humanidad, entre ellas: la pobreza, la ignorancia, la falta de libertad, y, sobre todo, la más terrible y atroz: la guerra. ¡Ah, si pudiésemos contribuir a hacerla desaparecer! Ése era un deseo que se arrancaba a menudo de nuestros corazones, al contemplar las circunstancias y las perspectivas futuras tales deseos se presentaban como imposibles. Desgraciadamente era una quimera pretender convertir en realidad el bonito sueño de ver feliz a todo el mundo, por lo menos en el momento presente. Pero la teoría pesimista de que la vida en sí es mala y que sería mejor para todos si no hubiésemos nacido, la refutaba radicalmente nuestra propia existencia.

En Navidad hicimos un viaje a Viena, con objeto de pasar las fiestas en el círculo de mi familia. Mi padre se había reconciliado con Friedrich plenamente. El hecho de que no se hubiera separado de la carrera militar había disipado las dudas y suspicacias iniciales. La convicción de que mi matrimonio había sido un «mal partido» se mantuvo tanto en mi padre como en la tía Marie. Pero uno y otra reconocían que Friedrich me hacía feliz y se lo agradecían queriéndole.

Rosa y Lilli sentían que en el próximo Carnaval se aventurarían en el «mundo» no conmigo, sino bajo la estricta supervisión de la tía. Konrad Althaus continuaba frecuentando la casa, y me pareció que había adelantado algo en la conquista de Lilli.

La Nochebuena no pudo ser más feliz. Teníamos un gran árbol de Navidad con muchas luces y en torno a él nos intercambiamos una infinidad de regalos. Rudolf

fue, como puede suponerse, el rey de la fiesta, y el que más regalos tuvo, pero sin que nadie quedara olvidado. Yo regalé a Friedrich un objeto cuya vista arrancó de su alma un grito de alegría. Era un pisapapeles de plata en forma de cigüeña; el pájaro tenía en el pico un papelito escrito de mi puño y letra que decía así: «En el verano de 1864 traeré otra cosa».

Friedrich me abrazó con todo su ímpetu, y de no haberle contenido la presencia de otras personas no dudo que habría bailado un vals conmigo.

El 26 de diciembre nos reunimos todos en la casa de mi padre para comer. Aparte de los miembros de la familia estaban también presentes el ministro «Evidentemente» y el doctor Bresser. Al verme sentada en el comedor familiar entre aquellas personas y alrededor de aquella mesa, no pude menos de acordarme de la velada que nos dio, a Friedrich y a mí, la primera intuición de nuestro amor. El mismo pensamiento tuvo el doctor Bresser.

—¿Se acuerdan ustedes —nos preguntó— de aquella partida de piqué que jugamos su padre y yo, mientras ustedes departían junto a la chimenea? Sin duda imaginaron que el juego absorbía toda mi atención, pero se engañaron: mis oídos estaban abiertos de par en par y escuchaba el sonido de sus voces, aunque las palabras no las podía oír. Algo me decía que ustedes dos acabarían siendo una pareja. Y ahora, cuando los he visto juntos, he tenido una nueva convicción: son y seguirán siendo un matrimonio feliz.

—Admiro su perspicacia, doctor. Sí, somos felices. ¿Lo seremos siempre? De nosotros por desgracia no depende, sino del destino… Sobre toda felicidad se cierne un peligro, cuanto más dichosa ésta, más terrible este último.

—¿Qué pueden temer ustedes?

—La muerte.

—Sí, es verdad. No había caído en ello, a pesar de que mi profesión me ofrece mil ocasiones de encontrarme con la comadre; pero la verdad es que no pienso en ella. Menos deben pensar ustedes, porque suele mantenerse a distancia de los que son jóvenes y vigorosos, y de las parejas felices.

—¿De qué sirven a un soldado la juventud y el vigor?

—Destierre usted esas ideas, mi querida baronesa. No tenemos guerra en perspectiva, que yo sepa. ¿No es así, Excelencia? —añadió volviéndose hacia el ministro—. ¿Aparece en el horizonte algún «punto negro»?

—La palabra «punto» no es la más exacta —respondió el ministro—. Más que punto, empaña el cielo político un nubarrón de grandes dimensiones.

—¡Cómo! —exclamé—. ¿Qué quiere usted decir?

—Dinamarca está abusando demasiado.

—¡Ah! ¿Se trata ahora de Dinamarca? ¿Entonces la nube no nos amenaza? Es en verdad penoso saber que va a haber batallas en cualquier parte, sea cual sea, pero si se trata de los daneses y no de los austriacos, ya mi susto no es tan grande. Aunque compadezco a los daneses, sí.

—No debes temer —observó mi padre—, en el caso de que Austria tome parte en el conflicto para defender los derechos de Schleswig-Holstein frente a la supremacía de Dinamarca, nada arriesgaremos. No se trata de un territorio austriaco, una campaña, hasta siendo desastrosa, no mermaría nuestro territorio nacional.

—¿Y crees tú, padre, que si nuestras tropas se vieran en el caso de tomar parte en el conflicto, pensaría yo en los abusos de Dinamarca, en los derechos de Schleswig-Holstein o en el territorio austriaco? Yo no vería más que una cosa: el peligro de las personas que me son queridas. Y éste sería el mismo sean cuales sean los motivos que llevasen a la guerra.

—Ante un acontecimiento histórico, mi querida hija, desaparece el interés individual. Si estalla una guerra, se silencian las cuestiones sobre si éste o el otro podrían caer, o bien lo que en ella el propio país ganaría o perdería. Como venía diciendo, si tenemos guerra con los daneses, no tenemos nada que perder y conquistaremos una posición más ventajosa en la Confederación Germánica. Mi sueño es ver un día sobre la cabeza de un Habsburgo la corona imperial que durante tanto tiempo fue su herencia. Sería lo propio. Somos el Estado más importante de la Confederación. Nos está asegurada la hegemonía, pero no basta eso. En una guerra con Dinamarca vería yo una ocasión propicia para desquitarnos de la mella de 1859, y además el medio de asegurarnos en la Confederación un puesto que compensase la pérdida de Lombardía. Y hasta es muy posible que, merced a nuestro acrecentamiento de influencia, pudiésemos recobrar esa provincia.

Volví mis ojos hacia Friedrich, que no había participado en la conversación, pues estaba hablando sonriente con Lilli. Me traspasaba el alma un dolor agudo, unido a veinte ideas diferentes: ¡la guerra!, y él…, mi tesoro más preciado, debería ir a batirse…, exponiéndose a ser mutilado…, muerto… ¡El hijo que yo llevaba en mi seno, el hijo cuya venida al mundo anuncié el día anterior y que había inundado de júbilo a su padre, estaba tal vez condenado a nacer huérfano!… ¡Todo podía destrozarse…, nuestra dicha apenas desflorada y condenada ya a la destrucción! ¿Y por qué? ¿Para qué habría de sacrificarla? Para el crecimiento de Austria en la Confederación Germánica, para la liberación de Schleswig-Holstein. «Laureles frescos en la corona de gloria del ejército», es decir, unas cuantas frases retumbantes, dignas a lo sumo de formar parte de una composición de colegial o de una proclama dirigida a las tropas… Y este supuesto beneficio para el país estaba en contra de un pensar individual, el mío, pero también del de miles de individuos tanto en el país propio como en el enemigo… ¿No era posible impedir, prevenir el conflicto? ¿Y si todos los espíritus razonables, todas las conciencias rectas, todos los corazones buenos se unieran para oponerse a la calamidad que nos amenazaba?

Dirigiéndome al ministro pregunté:

—Pero dígame usted: ¿es tan desesperada la situación del conflicto que ustedes, los ministros, los diplomáticos, nada pueden hacer para evitarlo?

—Y dígame usted, mi querida baronesa: ¿cree que nuestra misión es mantener

una paz perpetua? Sería *evidentemente* una misión hermosísima, no lo niego, pero de resultado imposible. Nuestra obligación es velar por los intereses de nuestras dinastías y de nuestros estados respectivos; oponernos a cualquier reducción de su poderío; favorecer su desarrollo; defender con celo el honor de la patria y vengar las injurias que le sean inferidas.

—Nada más cierto —asintió mi padre.

—*Evidentemente*.

—Y ustedes contemplan cruzados de brazos la formación de la tormenta, esperan a que los antagonistas pierdan la paciencia y lleguen a las manos, y… ¡Pero eso es horrible!

—¿Conoce usted otro medio para terminar las diferencias entre los pueblos?

—Podría zanjarlas un arbitraje, pero se me alcanza que las naciones no aceptarían el sistema.

—Como no lo aceptarían los salvajes —terció el doctor Bresser—. De aquí infiero que los pueblos, en sus relaciones mutuas, no han salido de su estado de barbarie. Por desgracia, han de transcurrir muchos años antes que sea aceptado el arbitraje internacional.

—No será aceptado jamás —gritó mi padre—. Hay cuestiones que únicamente las armas pueden arreglar. Pretender que las grandes potencias sometiesen sus diferencias al lado de un tribunal sería tanto como exigir que dos caballeros llevasen al fallo de los tribunales de justicia sus diferencias personales. Sencillamente envían cada uno a sus padrinos y se baten con honradez.

—Para mí el duelo es una costumbre incivilizada y bárbara.

—Pero imposible de extirpar, doctor.

—Por imposible de extirpar que sea, yo no la aprobaré nunca, Excelencia.

—¿No nos manifiestas tu opinión? —preguntó mi padre a Friedrich—. ¿Crees también que el caballero que recibe un bofetón debe comparecer ante un tribunal y recibir cinco florines en concepto de indemnización?

—Yo no lo haría, ciertamente.

—¿Desafiarías al ofensor?

—Sin vacilar.

—¿Eh, doctor? Y tú, Martha, ¿qué dices ahora? —dijo triunfante mi padre—. Tilling, que no es defensor de la guerra, aprueba el duelo.

—¿Que lo apruebo? ¡Oh, no, no! He querido decir sencillamente que, si se presentara el caso, no retrocedería ante el duelo, iría al terreno, y no sería la primera vez. Me batiría de la misma manera que volvería a tomar parte en una campaña, si fuese preciso. Me someto a las prescripciones del honor, pero ello no implica que, tal como el mundo las comprende, respondan a mi ideal moral. Abrigo la esperanza de que, poco a poco, a medida que se vaya elevando el ideal moral de la humanidad, se modifiquen las nociones del honor. Ha de llegar el día en que una ofensa inmerecida lance torrentes de menosprecio sobre el autor de la ofensa y no sobre la víctima.

Hasta entonces…

—Tenemos espera para largo —interrumpió mi padre—. Mientras haya nobles…

—No los habrá siempre —replicó el doctor.

—¡Oh! ¿También quiere usted suprimir la nobleza, Señor Radical? —gritó mi padre.

—La nobleza feudal, indudablemente. El futuro no necesita el estamento nobiliario.

—Y tiene razón —apoyó Tilling—. No son nobles feudales lo que necesita el mundo, sino hombres nobles.

—¿Y ese nuevo género aceptará los bofetones?

—Sobre todo, no los dará.

—¿Ni se defenderán si algún estado vecino los ataca?

—No habrá más ataques de los estados vecinos. De la misma manera que hoy los propietarios de grandes fincas no atacan a sus burgos vecinos. Hoy un señor feudal no tiene necesidad de mantener tropas a sueldo, y de la misma manera…

—¿Las naciones del futuro vivirán sin ejércitos? ¿Qué será de vosotros, tenientes coroneles?

—¿Y de las tropas a sueldo?

La antigua disputa comenzó de nuevo y la discusión se prolongó largo rato. Yo estaba pendiente de las palabras de Friedrich. Desde el fondo de mi corazón le animaba a continuar defendiendo la causa de la moralidad, de una moralidad superior, más perfecta, y le aplicaba el calificativo que él acababa de nombrar: hombre noble.

Libro tercero

(1864)

Quince días más permanecimos en Viena, aunque debo hacer constar que, dadas las circunstancias, no fue un periodo feliz de vacaciones. Me preocupaba dolorosamente aquella fatal «guerra posible» presente en todos los periódicos y en todas las conversaciones. Me era imposible acordarme de mi dicha, especialmente de tener un marido cada día más querido, sin que simultáneamente brotase en mi imaginación la imagen de los peligros que la amenazaban. No podía decir más que lo que ya he dicho: «no llegaba a ser feliz». Si en el mundo sobran probabilidades de catástrofe o de muerte: enfermedades, incendios, inundaciones, amenazas naturales, pero uno se ha acostumbrado a no pensar más en ellas y vive, a pesar de estos peligros, en una cierta estabilidad, ¿por qué los hombres han de crearse voluntariamente otras? ¿Por qué han de añadir peligros a los peligros inevitables que los acechan? La humanidad se ha habituado a considerar la guerra como un acontecimiento fatal pero inevitable: la colocan los hombres en la misma categoría que los terremotos, el hambre; y por ello cada vez han pensado menos en ella. Pero yo no puedo aceptar semejante criterio. A aquella pregunta sobre la guerra: ¿tiene que ser?, Friedrich acostumbraba a responderme con un «no». Si antes supe aceptar con resignación el azote, luego se despertó en mí el dolor y el rencor. Hubiera podido decir: ¿qué nos importaba a nosotros el asunto de Schleswig-Holstein y la Constitución danesa? ¿Qué nos iba ni nos venía si el príncipe del Protocolo de Londres[61] abolía o confirmaba la ley fundamental del 13 de noviembre de 1863[62]?. Pero en todos los periódicos y conversaciones aparecían discusiones sobre estos asuntos, como si fuera lo más importante, lo más decisivo, la cuestión más universal que uno pudiese pensar; mientras que tribulaciones como «¿Deben nuestros maridos, nuestros hijos, perder la vida, o no?», no se tenían en consideración. Únicamente encontraba algún consuelo durante los breves instantes en que conseguía que se impusiera a todo la idea del «deber». Era un hecho que formábamos parte de la Confederación Germánica, y por tanto era nuestra obligación combatir al lado de nuestros hermanos, en defensa de los derechos de otros hermanos nuestros oprimidos. Tal vez, pensaba yo en esos momentos que el principio de las nacionalidades se debe sostener por medio de la fuerza. ¡Ah, si entonces hubiese podido prever que dos años más tarde la fraternidad germánica iba a trocarse en amarga enemistad, que el furor de Prusia contra Austria, y viceversa, sería más rabioso que el que entonces respirábamos contra Dinamarca, me habría percatado, como después lo hice de que

los motivos alegados para justificar las hostilidades eran frases, frases y pretextos!

La noche de Fin de Año la pasamos en la casa de mi padre. Al sonar las doce, éste se puso en pie y, levantando su copa de ponche, dijo solemne:

—Brindo por la campaña próxima, porque sea para nuestro ejército más gloriosa que la última. —Yo dejé sobre la mesa la copa que había levantado ya—. Brindo también porque regresen de la campaña sanos y salvos todos aquellos seres que nos son queridos.

Levanté la copa y bebí.

—¿Por qué no te has unido a la primera parte de mi brindis, Martha?

—Porque no quiero hacer votos por una guerra.

De regreso al hotel y una vez en nuestra habitación, me arrojé al cuello de mi marido.

—¡Ah, Friedrich, Friedrich! ¡Mi querido Friedrich!

Me estrechó suavemente y dijo:

—¿Qué tienes, Martha? ¿Lloras? ¿En un día como el de hoy? ¿Cuándo acabamos de inaugurar el año 1864? Mi amor, ¿no eres feliz? ¿Te he contrariado sin quererlo?

—¡Tú! ¡Oh, no! Precisamente tiemblo porque me haces demasiado dichosa, demasiado dichosa.

—¿Resultará supersticiosa mi Martha? ¿Creerá que existen dioses celosos de la dicha de los mortales y que no piensan sino en destruirla?

—No temo a los dioses, sino a los hombres insensatos que corren ciegos en busca de la desgracia.

—¿Temes la guerra? No te atormentes antes de tiempo, ignoramos si estallará, y si se diera el caso que estallase, no sabemos si mi regimiento sería de los llamados a intervenir activamente en la contienda… ¡Mi amor! —añadió obligándome a sentarme a su lado en el sofá—. Aplaca tu llanto, que una simple probabilidad no merece que tus ojos viertan lágrimas.

—Ya la posibilidad me resulta horrible, Friedrich, no serían lágrimas silenciosas las que vertería sobre tus hombros… Lloraría a gritos…, sollozaría… ¡Oh, sí! ¡El pensamiento de que una orden puede arrancarte de mis brazos ha bastado para que enloquezca de dolor!

—No pensemos, Martha, más que en la dicha inefable que ha anunciado tu querido regalo de Pascuas. Tú también corres peligros, no pensemos en la cruel posibilidad que amenaza a cada mujer en el sobreparto como a cada hombre en el campo de batalla… Gocemos de la vida sin pensar en la muerte que revolotea sin descanso sobre la humanidad entera.

—Hablas como mi tía Marie, querido mío. Parece como si creyeras que una voluntad superior determinó el curso de nuestra suerte, y que ésta no depende de la falta de previsión, ni de la crueldad, ni de la locura, ni de la estupidez humanas. ¿Dónde está la necesidad ineludible de esa guerra contra Dinamarca?

—¡Pero, Martha, que no estamos en esa guerra todavía!… Puede ocurrir…

—Sí, sí…, lo sé: contingencias felices pueden prevenir el desastre, pero no deberían ser las contingencias fortuitas, no deberían ser los caprichos, no deberían ser los odios políticos los que decidiesen esa cuestión, sino la voluntad sincera de los hombres. ¿De qué me sirve a mí un «no debería» y «debería»? No puedo hacer torcer el curso de las cosas, sólo llorar. Pero ayúdame, Friedrich, no intentes consolarme con frases convencionales, semejantes a las que en circunstancias parecidas suelen prodigarse; con palabras que tú mismo no creerías, de ello estoy segura. En ti mismo se mueve una noble repugnancia. Únicamente podrás proporcionarme algún consuelo desatándote en improperios y maldiciones contra ese crimen que podría lanzarnos, como a tantos otros, en los negros abismos de la desventura.

—Sí, mi tesoro, si la guerra fuese cierta, cree que desahogaría mi corazón vertiendo todo el odio que merecen sus abominables carnicerías. Pero hoy ¿por qué no hemos de sonreír a la felicidad que nos rodea? Somos el uno para el otro, entre nosotros no se alza barrera alguna; nuestras almas se han compenetrado, fundido…, pues apuremos la copa de nuestra dicha mientras nos lo permitan, gocemos de la vida con todas nuestras fuerzas, no pensemos en el porvenir. No puede el mundo ofrecer a sus moradores una dicha eterna, adorada mujercita mía. ¿Qué importa el mañana, si el presente es hermoso, tan hermoso?

Mientras hablaba, me estrechaba entre sus brazos cubriéndome de besos. Gracias a sus caricias olvidé, aunque fuese momentáneamente, las amenazas del futuro, y saboreé la dulce paz del presente.

Emprendimos el viaje de regreso a Olmütz el día 10 de enero.

Aquí nadie dudaba que la guerra estallaría. En Viena no faltaban algunas voces que abrigaban la esperanza de que quizá por la vía diplomática se resolviera la cuestión de Schleswig-Holstein, pero en los círculos militares de nuestra guarnición, las posibilidades de paz habían sido descartadas por completo. Entre los oficiales y sus mujeres reinaba una excitación, sobre todo de júbilo, pues el suceso les depararía la ocasión de ganar ascensos, de satisfacer sus ansias de actividad, de aumentar la paga.

—Se prepara una guerra verdaderamente excelente —decía una noche el coronel, durante una comida que dio en su casa a un círculo de oficiales y sus señoras—. Una guerra excelente, que será, por añadidura, enormemente popular. La integridad de nuestro territorio no correrá peligro alguno, y nuestro pueblo no conocerá los horrores de la guerra, puesto que la llevaremos a territorio enemigo. En estas condiciones, batirse es un verdadero placer.

—Lo que más me entusiasma —dijo un teniente coronel joven— es ver que la causa de la guerra sea tan noble: la defensa de los derechos pisoteados de nuestros hermanos. La circunstancia de que los prusianos vayan con nosotros, o, mejor dicho, de que nosotros vayamos con los prusianos, no solo nos garantiza la victoria, sino que contribuirá a estrechar más y más los lazos nacionales. La idea nacional…

—No continúe usted —interrumpió con cierta severidad el coronel—. Sus

palabras no sientan bien en boca de un austriaco. Ésa fue la razón por la que los italianos se volvieron contra nosotros. Precisamente porque Luis Napoleón III sostuvo aquel caballito de juguete: «Italia para los italianos», fuimos vencidos en 1859. Un principio que no concuerda en absoluto en Austria. Los checos, los húngaros, los croatas, los alemanes únicamente podemos formar un haz compacto y apretado si nuestro lazo de unión es un sentimiento colectivo de fidelidad incontrastable a nuestra dinastía. Si vamos a la guerra, no debe ser el pensamiento de combatir por o con los alemanes el incentivo que nos arrastre y anime, sino el de responder al llamamiento de nuestro queridísimo soberano… ¡Viva el emperador!

Todo el mundo, como si hubiese sido movido por un resorte, se levantó para brindar. Confieso que me fue imposible resistir el torrente desbordado de entusiasmo contagioso y me pareció que en mi pecho brotaba una llama que irradiaba ardores bienhechores. En efecto, el entusiasmo excita las reuniones de varias personas animadas por un amor único hacia una causa única o una persona única. El sentimiento que producen centuplica nuestra capacidad de abnegación. Es el mismo que, adoptando la forma de patriotismo, de corporativismo, de fidelidad al soberano, hace latir al unísono millones de corazones. En el fondo es sencillamente una forma de amor, pero una forma tan potente que hasta la obra abominable de odio hacia la cual nos empuja, la empresa inhumana que realizamos en su nombre, nos parece el cumplimiento de un deber impuesto por el amor, el amor a la patria.

No duró mucho rato mi entusiasmo: en el fondo de mi alma vibraba un amor más poderoso a mi marido que el que pudieran hacer crecer todas las patrias y todos los emperadores del mundo. Para mí lo era todo la vida de mi marido, si ésta había de correr el menor peligro, se tratase de Schleswig-Holstein o se tratase de Japón, yo no podría hacer otra cosa que maldecir los acontecimientos.

Sufrí angustias horribles durante las semanas que siguieron. El día 16 de enero las potencias aliadas enviaron al gobierno danés la orden de derogar, dentro del plazo de veinticuatro horas, una ley contra la cual los representantes de la nobleza danesa habían invocado la protección de la Confederación. El gobierno de Dinamarca rechazó el ultimátum, pues en realidad no podía someterse a semejante intimidación. La negativa estaba prevista porque en las fronteras ya se encontraban tropas austriacas y prusianas que, el día primero de febrero, recibieron orden de cruzar el río Eider.

La suerte estaba echada: iba a jugarse la sangrienta partida. Esto dio ocasión a mi padre para escribirnos una carta de congratulación en la que nos decía:

> Alegraos, hijos. Ahora tenemos la ocasión de devolver a los daneses los golpes que nos propinaron los italianos en 1859. Una vez hayamos terminado victoriosamente este asunto en el Norte, podemos volver a dirigirnos contra el Sur. Conservaremos nuestra alianza con Prusia y entonces esos miserables italianos y su intrigante aliado Luis Napoleón no podrán levantarse más contra

nosotros.

Con gran descontento del coronel y del cuerpo de oficiales, el regimiento en el que Friedrich prestaba sus servicios no fue enviado a la frontera. Mi padre nos escribió otra carta, pero de pésame:

> Siento sinceramente que Friedrich tenga la mala suerte de pertenecer a un regimiento que no ha sido destinado a inaugurar la campaña, aunque claro está que podemos esperar que de un momento a otro reciba la orden de marchar. Bien sé que Martha se alegra de una casualidad, para mí lamentable, que le ahorra no pocas angustias, como sé también que Friedrich no es de los partidarios más entusiastas de la guerra. Pero creo que él está en contra sólo en teoría: preferiría por motivos humanitarios no participar en ninguna batalla, pero una vez declarada la contienda no me cabe duda de que brotará en él el masculino ardor bélico. Contra el enemigo debería marchar siempre el ejército entero, pues es una desgracia para un soldado verse confinado en casa.

—¿Te causa una grave contrariedad permanecer a mi lado? —pregunté a mi marido después de leer la carta.

Me estrechó contra su corazón. Su respuesta, aunque muda, me bastó.

Mi tranquilidad, sin embargo, había desaparecido. Friedrich podía ser llamado al día siguiente. ¡Si esta desdichada guerra acabase pronto!… ¡Con qué avidez leía en los periódicos los informes sobre las batallas! Deseaba con ardor una victoria pronta y decisiva. Pero reconocía que mis votos no los inspiraba exclusivamente el patriotismo. Claro está que prefería que la victoria fuese nuestra, pero lo que anhelaba sobre todo era el final de la guerra antes que fuese llamado mi marido. El patriotismo ocupaba en mi corazón el segundo lugar, y los intereses de Schleswig, el último. Si Schleswig pertenecía a Dinamarca o no, ¿qué me importaba a mí? Y en último término, ¿qué les importaba a los daneses y a los habitantes de Schleswig-Holstein? ¿Acaso no veían ambos pueblos que eran únicamente sus dirigentes los que se disputaban la posesión de un territorio y el poder, que en este caso, por ejemplo, no se trataba de su bienestar o de sus sufrimientos, sino de los deseos del príncipe del Protocolo y de los de Augustenburg? Cuando varios perros se pelean por un par de huesos, acaban despedazándose entre sí sólo los perros; en la historia de los pueblos son en la mayoría de los casos los bobos huesos los que se pegan entre ellos y acaban destrozándose por luchar por los derechos de los combatientes ansiosos. «A mí me quiere Azor» y «Pluto me reclama a mí», «Yo protesto contra la captura de Karo» y «Yo reclamo el honor de ser devorado por Minka», dicen los huesos. «Dinamarca hasta el Eider», gritan los patriotas daneses. «Queremos al duque Friedrich von Augustenburg», gritan los leales de Holstein. Los artículos de prensa y las conversaciones de nuestros politiquillos de café estaban, por supuesto, obsesionados

por el principio de que la causa por la que «nosotros» habíamos entrado en guerra era justa, históricamente aceptable y la única que mantendría el equilibrio europeo. Por supuesto, los principios opuestos eran los que con énfasis lideraban los editoriales de prensa y los discursos políticos en Copenhague. ¿Por qué no sopesar los derechos de ambas partes para entenderse, y si esto no salía bien, buscar una tercera potencia que arbitrara? ¿Por qué siempre ambas partes gritan «yo… yo tengo el derecho»? Incluso gritan contra sus propias convicciones. Siguen gritando hasta que dejan la decisión a la violencia. ¿No es esto una salvajada? Y cuando una tercera potencia se mezcla en la disputa, no lo hace para considerar los derechos e imponer justicia, sino también para repartir golpes… ¿Y a esto llaman «política exterior»? Brutalidad externa e interna, filisteísmo racional de Estado, barbarie internacional…

Con tal determinación probablemente entonces no entendía los acontecimientos. Sólo de vez en cuando se despertaban en mí todo tipo de dudas y hacía todo lo posible por ahuyentarlas. Intentaba persuadirme de que ese algo misterioso que llaman «razón de Estado» es un principio superior a la «razón privada», en particular a la mía, un principio sobre el cual se asienta la vida de los pueblos. Me puse a estudiar con pasión la historia de Schleswig-Holstein, con el fin de formarme una idea del derecho histórico que la guerra actual pretendía defender.

Y entonces descubrí que el territorio en disputa se había cedido a Dinamarca en el año 1207; luego los daneses estaban en su derecho, eran legítimos reyes del territorio…

Muy bien, mas he aquí que, doscientos años más tarde, el distrito pasó a la rama menor de la casa reinante y quedó convertido en simple feudo danés. En 1326, Schleswig se confirió al conde Gerhard von Holstein, y la Constitución de Waldemar estipulaba formalmente que «no volverá a estar unido a Dinamarca, sino que será independiente». Luego, en esta ocasión, el derecho asistía a los aliados, los cuales empuñaban las armas a favor de la Constitución de Waldemar. ¿Qué valor tendrían las garantías estipuladas y firmadas si no se hicieran respetar?

El rey Cristián I confirmó la Constitución de Waldemar de nuevo en 1448. Así pues, la certeza sobre el particular es absoluta: Schleswig debe ser siempre independiente. Entonces ¿qué reclama el príncipe del Protocolo?

Doce años más tarde falleció el soberano de Schleswig sin dejar descendencia. Los estados del país se reunieron en Ribe (importante es que se sepa tan exactamente cuándo y dónde se reunieron los estados del país: en Ribe en 1460[63]), y el rey de Dinamarca fue proclamado duque de Schleswig. El soberano prometió que los países «deberán permanecer eternamente unidos, no divididos». La cuestión vuelve a hacerse algo confusa. No veo claro eso de unidos para siempre.

A medida que adelanto en mi estudio, la confusión crece. Pese a la fórmula «unidos para siempre» (ese «para siempre» desempeña en los tratados políticos, por lo general, un papel exquisito), el país se dividió y distribuyó entre los hijos del soberano, y luego, durante el reinado de uno de sus sucesores, se reunificó. Mas he

aquí que se crearon ramas nuevas: Holstein-Gottorp y Schleswig-Sonderburg, que, como consecuencia de una serie de recíprocas cesiones, se subdividieron a su vez en Sonderburg-Augustenburg, Beck-Glücksburg, Sonderburg-Glücksburg, Holstein-Glückstadt…, y con ello me perdí.

Pero, no obstante, continuemos; probablemente fuera posterior la constitución del derecho histórico por cuya defensa vierten su sangre los nuestros.

Cristián IV tomó parte en la guerra de los Treinta Años, imperialistas y suecos invadieron los ducados. En 1658 se firmó un nuevo tratado en Copenhague en virtud del cual se reconocía y aseguraba la soberanía de Schleswig a la casa Holstein-Gottorp, y, como consecuencia, quedaba derogada la soberanía feudal danesa.

Gracias a este punto, gracias a Dios, vuelvo a saber dónde estoy.

Pero ¿qué ocurrió a raíz de las Letras Patentes de fecha 22 de agosto de 1721? Sencillamente lo siguiente: los dominios de Gottorp en Schleswig fueron incorporados a la monarquía danesa. El primero de junio de 1773 también se cedió Holstein a la corona de Dinamarca: el todo formará una provincia danesa.

Había cambiado el escenario; en definitiva, el derecho estaba de parte de los daneses.

Pero no del todo. El Congreso de Viena de 1815 declaró Holstein miembro de la Confederación Germánica. La declaración reconcomía a los daneses, e inventaron el eslogan: «Dinamarca hasta el Eider» y reivindicaron la posesión entera de Schleswig que ellos llaman Jutlandia meridional. A su vez, «el derecho hereditario del duque de Augustenburg» se adoptó como lema en las manifestaciones nacionales alemanas. En 1846, el rey Cristián escribió una carta pública en la que proponía la integridad del Estado en toda su extensión. Los «países alemanes», por su parte, protestaron. Dos años más tarde, el rey declaró hecho consumado la cuestión de la integridad completa. Los «países alemanes» se agitaron. La guerra estalló. Primero obtuvieron victorias los daneses, después Schleswig-Holstein. Entonces intervino la Confederación Germánica. Los prusianos se «adueñaron» de las alturas de Düppel, pero con ello no se ponía fin a la guerra.

Prusia firmó la paz con Dinamarca; Schleswig-Holstein tenía que luchar solo contra los daneses, y resultó batido en Idstedt.

La Confederación obligó a los rebeldes a deponer las armas. Tropas austriacas ocuparon Holstein y los dos ducados quedan separados. ¿Qué había quedado de aquella estipulación «unidos para siempre»?

La cuestión, sin embargo, no se había arreglado definitivamente. He encontrado un Protocolo de Londres, de fecha 8 de mayo de 1852 (está bien que se sepa con tanta exactitud en qué fecha se redactan estos frágiles tratados), que aseguraba la sucesión de Schleswig-Holstein al príncipe Cristián von Glücksburg (lo de «aseguraba» está bien…). Ya sé, por tanto, de dónde viene el nombre de «Príncipe del Protocolo».

En el año 1854 cada uno de los ducados había recibido su propia Constitución, ambas «danesadas». Pero en 1858 la «danesación» de Holstein quedó suprimida de

nuevo. Estoy analizando ya sucesos contemporáneos; no obstante, disto mucho de ver con claridad a quién pertenecen legítimamente los dos ducados, ni cuál es la verdadera causa de la guerra.

En 18 de noviembre de 1858, la Cámara danesa había sancionado la famosa «Ley Fundamental para las relaciones mutuas entre Dinamarca y Schleswig». El rey murió dos días después y con él se había extinguido la rama Holstein-Glückstadt. El nuevo monarca ratificó el pacto formulado dos días antes, acababa de entrar en escena Friedrich von Augustenburg (rama nueva que he estado a punto de olvidar). Éste hizo valer sus pretensiones y, apoyado por la nobleza, reclamó el apoyo de la Confederación Germánica. Ésta ocupó de inmediato Holstein con las tropas de Sajonia y de Hannover, y proclamó a Friedrich von Augustenburg duque. ¿Por qué?

Prusia y Austria habían manifestado su desacuerdo. ¿Por qué?

Tampoco lo comprendo yo.

Dicen que se trata de hacer respetar el Protocolo de Londres. ¿Por qué? ¿Tan respetables son esos protocolos, que es preciso derramar la sangre de nuestros hijos para hacerlos respetar? Indudablemente debe existir de nuevo alguna «razón de Estado» escondida. Por otra parte, líbrenos de acercarnos siquiera al dogma que proclama que las resoluciones de los diplomáticos son la quintaesencia de la sabiduría. El Protocolo de Londres de 8 de mayo de 1852 es inviolable; pero, en cambio, se exige que la Ley Fundamental de Copenhague del 13 de enero de 1863 sea abrogada dentro del plazo de veinticuatro horas. De ello depende el honor y la prosperidad de Austria. El dogma es difícil de sostener, pero sabido es que, en asuntos políticos, más que en religiosos, las masas se dejan guiar por el principio del *quia absurdum*[64]. No quieren comprender ni les importa estudiar datos. Una vez desenvainada la espada, no se necesita nada más que gritar «¡Hurra!» y alcanzar la victoria. Para ello se imploraba la bendición del Cielo, porque ciertamente el buen Dios tenía que hacer posible que el Protocolo del 8 de mayo se mantuviese y la Ley del 5 de noviembre se revocara; él debía encauzar la cuestión de modo que justamente tantas personas se desangrasen y tantos pueblos ardiesen como fuera necesario, para que la rama de Glückstadt o la de Augustenburg reinase sobre cierto pedazo de tierra… ¡Oh, estúpida e irreflexiva crueldad humana!

Tal fue el resultado de mis estudios históricos.

Del escenario de la guerra no se recibían más que noticias inmejorables. Los aliados caminaban de victoria en victoria. Los daneses se vieron obligados a abandonar toda la Danewerk desde los primeros combates. Schleswig y Jutlandia, el fiordo de Lim, habían sido ocupados por los nuestros, y el enemigo no defendía ya más que las líneas de Düppel y de Alsen.

Sabía con exactitud el curso de la campaña gracias a nuestros mapas, siempre extendidos sobre la mesa, sobre los que señalábamos con alfileres-banderitas las posiciones y movimientos de nuestras tropas, según nos informaban los partes oficiales.

—Si «conseguimos» tomar las líneas de Düppel e incluso si llegamos a Alsen —decían los habitantes de Olmütz (téngase presente que aquellos que no toman parte en una campaña son precisamente a los que más les gusta decir «nosotros»)—, podremos dar por terminada la guerra… Nuestros soldados están dando una prueba más de su incontrastable valor y los prusianos se baten bien. Reunidos ambos ejércitos, son invencibles. No cabe duda de que el asunto terminará con la conquista y anexión de Dinamarca a la Confederación Germánica. ¡Una guerra gloriosa y beneficiosa!

Nadie deseaba tanto como yo la toma de Düppel, puesto que representaría un golpe decisivo y pondría fin a la matanza antes de que el regimiento de Friedrich recibiese la orden de partir.

¡Ah, esa espada de Damocles! Todas las mañanas despertaba con el temor de escuchar: «Llegó la orden de movilización». Friedrich consideraba inevitable su marcha, aunque no la deseaba.

—Acostúmbrate a esta idea —me decía—. Ante la inexorable necesidad uno no puede oponerse. Aun suponiendo que se venza la resistencia de Düppel, no creas que por ello terminará la guerra. El ejército que se ha enviado es demasiado escaso como para obligar a los daneses a rendirse. Serán precisos nuevos refuerzos y mi regimiento irá, sin duda.

En efecto, la campaña duraba más de dos meses y sin ningún resultado. Si esta partida cruel se decidiese en un combate, como en el duelo, pero no, si se perdía una batalla, abría otra, si se perdía una posición, se tomaba otra y así hasta que uno u el otro ejército fuera aniquilado o ambos cayeran exhaustos…

El día 14 de abril fueron tomadas al fin las líneas de Düppel.

La noticia provocó entusiasmos delirantes, como si detrás de aquellas trincheras se encontrase el paraíso terrenal. Todo el mundo se abrazaba por las calles: «¿Ya lo sabes?»… ¡Düppel!… ¡Oh, nuestro bravo ejército!… ¡Una hazaña enorme!… Ahora todos daban las gracias a Dios. Y en todas las iglesias se cantaba el *Te Deum*, los directores de bandas militares tocaban composiciones escritas para el momento: *Marcha del asalto a Düppel, Galops-a la carga de Düppel*, etc.

Los camaradas de mi marido y sus mujeres sentían, a la par que alegría, pesar porque su suerte los había condenado a permanecer inactivos y a no participar en un triunfo tan colosal como el de Düppel. ¡Qué mala suerte!

A mí me llenó de placer la victoria, porque le siguió inmediatamente un armisticio, decretado en la conferencia celebrada en Londres.

Aquella victoria me causó una gran alegría, porque inmediatamente tuvo lugar en Londres una conferencia de paz. ¡Qué suspiro de satisfacción arrancó en mí la palabra armisticio! ¡Qué consuelo para la humanidad, pensé yo entonces, por primera vez, si de un confín a otro de la Tierra resonase el grito: «¡Abajo las armas!»…, abajo para siempre! Anoté en mis cuadernos rojos esas tres palabras, pero a continuación, entre paréntesis, añadí: «Utopía».

Persuadida estaba de que el Congreso de Londres pondría fin a la guerra en Schleswig-Holstein. Los aliados habían vencido, se habían tomado las líneas de Düppel… ¿Cómo había de pensar Dinamarca en prolongar la resistencia? Y, sin embargo, las negociaciones se eternizaban. Si mi esperanza en un resultado feliz no hubiese sido tan grande, no dudo de que la lentitud de aquéllas habría sido una tortura; desde el momento que los representantes de las grandes potencias, personas sesudas y llenas de buenas intenciones, se reunían para hallar una solución tan deseable como es la paz, ¿cabía siquiera en lo posible que fracasasen sus esfuerzos? Por eso fue terrible mi decepción cuando, tras dos meses de debates, se supo que el Congreso se disolvía sin haber conseguido el menor resultado.

Dos días más tarde recibía Friedrich la orden de ponerse en marcha.

Le concedían veinticuatro horas para hacer sus preparativos y decirme adiós… Y yo me encontraba en vísperas de dar a luz. En aquel trance horrible en que la muerte casi toca con su dedo a la que va a ser madre, el mayor consuelo para ésta es tener a su lado al hombre a quien ama. Pero yo…, yo quedaría privada de este consuelo único, yo debía quedarme sola…, sola con el pensamiento angustioso de la marcha de mi marido.

Era la mañana del 20 de julio. Conservo todos los detalles de aquel pavoroso día: tan profundamente grabados quedaron en mi memoria.

En la calle, el calor era sofocante. Las persianas de mi alcoba habían permanecido cerradas. Cubierta con un manto ligero y suelto estaba tumbada en la *chaiselongue*. Después de una noche apenas sin dormir, tenía los ojos cerrados en un estado de duermevela. Sobre un veladorcito que tenía delante había un jarrón lleno de rosas de perfume penetrante. Las ventanas estaban abiertas y mis oídos recogían los lejanos rumores de los toques del cuartel. En mi estado de semivigilia no llegué a perder la conciencia de la realidad. La mitad de mi ser, esa mitad que la agonía estrujaba, había desaparecido. Olvidé los peligros de la guerra, sólo sabía que vivía; que las rosas, al ritmo del toque de *reveille*[65], exhalaban un dulce perfume embriagador; que mi marido adorado llegaría de un momento a otro, y que, creyendo que estoy dormida, entraría sigiloso, para no turbar mi sueño. Y, en efecto: algunos minutos más tarde se abrieron las puertas que tenía frente a mí. Sin alzar los párpados, a través de la fina hendidura bajo las pestañas, pude ver que era él. No intenté sacudir mi sopor, temiendo que si abría los ojos se borraría aquella visión, porque quizá la aparición ante la puerta fuera sólo un sueño… Prefería continuar soñando, porque, ya que no en la realidad, en sueños le veía que continuaba acercándose a mí para besar mi frente.

Así ocurrió, en efecto. Friedrich cayó de rodillas a mi lado y permaneció un largo rato inmóvil. El perfume de las rosas continuaba penetrando en mi cerebro, y en mis oídos sonaban siempre los «toques» lejanos del cuartel…

—¿Duermes, Martha? —oí que preguntaba en voz baja.

Abrí los ojos.

—¿Qué ocurre, santo Dios? —exclamé asustada, al ver en el rostro de mi marido

una expresión de tristeza inmensa. Comprendí que la temida desgracia había sobrevenido. Por toda contestación, Friedrich dejó caer su cabeza sobre mi pecho.

Rodeé su cuello con mis brazos y permanecimos así largo rato, sin despegar los labios.

—¿Cuándo? —pregunté al fin.

—Mañana temprano.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—¡Valor, Martha!

—¡No, no, déjame llorar!… ¡Mi desgracia es tan grande! Y sé, lo veo en ti, que la tuya también. Tanto dolor como el que leo en tu cara, no lo he visto en ninguna otra persona.

—Sí…, adorada mía… Sufro horriblemente… ¡Separarme de tu lado en estos momentos!

—¡Friedrich, Friedrich…, no volveremos a vernos…! ¡Voy a morir…!

—O caeré yo. También creo que no volveremos a vernos.

Las últimas veinticuatro horas fueron un adiós desgarrador continuo… Era la segunda vez en mi vida que veía marchar a la guerra a un marido, pero esta separación era más cruel que la primera. Años antes, era mi interpretación de los hechos y especialmente la de Arno muy diferente y elemental. Veía en la marcha de Arno una necesidad de orden superior ante la cual debía acallar mis sentimientos personales. Además, Arno veía en la guerra la oportunidad de prosperar en su carrera y de cubrirse de gloria; marchó con entusiasmo, y si bien es cierto que la separación me produjo hondo pesar, también lo es que no me inspiró repulsión, pues llegó a subyugarme el noble orgullo que a él le animaba ante el cumplimiento de un gran deber. En cambio, me constaba que Friedrich se sometía con repugnancia a la obra de la muerte; sabía que amaba la vida…, que por encima de todos sus quereres, por encima también de las pretensiones de justicia del Augustenburg, estaba su mujer, sí, su mujer, que dentro de breves días sería madre. Arno marchó convencido de sus sentimientos, que, lejos de hacerle digno de conmiseración, le hacían digno de envidia; mientras que la marcha de Friedrich nos dejaba a los dos por igual en una condición mísera. Sí, nuestro dolor era profundo, y no intentábamos disimularlo encubriéndolo con la máscara de la hipocresía o de consuelos vacíos. Éramos uno solo, y ninguno intentaba engañar al otro. No, la perspectiva de acuchillar daneses no representaba para Friedrich compensación del dolor de separarse de mí, antes por el contrario, lo agravaba, porque matar y devastar repugnaban a su noble corazón. En cuanto a mí, el pensamiento de que mi amado podía ganarse en la campaña un ascenso, una distinción honorífica, no aportaba consuelo alguno a mi desesperación. Si la punzante ausencia presente debía convertirse en separación eterna, nada noble veía yo en la causa de aquella guerra, nada que pudiese ser contrapeso de mi aflicción. Defensores de la patria: es un título que suena muy bonito para adornar con él al soldado. Y, en efecto, los miembros de una comunidad tienen el noble deber de

defenderla cuando se ve amenazada. ¿Pero por qué la jura de bandera liga al soldado a otros cientos de obligaciones bélicas aparte de la de la defensa? ¿Por qué el militar es obligado a ser agresor? Si es legítimo aventurar la vida para repeler una agresión, es criminal obligar a alguien a exponerla para servir determinadas ambiciones. ¿Por qué, por ejemplo, se obligaba al ejército austriaco a movilizarse en una campaña cuyo objeto era defender los derechos de un soberano extranjero? ¿Por qué? ¿Por qué? Es posible que si alguien hubiese dirigido esta pregunta al Emperador o al Papa, le habrían acusado de crimen de alta traición y de calumnia, o de irreligiosidad, sencillamente porque nadie habría encontrado medio de contestarla…

Al día siguiente a las diez de la mañana debía salir el regimiento. Nosotros, en nuestro deseo de no perder uno solo de los contados minutos que podíamos continuar juntos, no nos acostamos.

¡Teníamos tantas cosas que decirnos! Y sin embargo fueron contadas las palabras que intercambiamos. Nuestras lágrimas y nuestros besos fueron más elocuentes que las palabras. De cuando en cuando nuestro corazón hacía subir hasta nuestros labios alguna frase de esperanza: «Cuando vuelvas… Es posible… Otros muchos han vuelto». Era extraño, no dejaba de repetir «Cuando vuelvas», y me esforzaba por imaginarme lo delicioso de aquel momento, pero en vano. Mi fantasía no me ofrecía más que la imagen del cadáver de mi marido en el campo de batalla, o la mía encerrada en un ataúd y llevando en mis brazos un hijo muerto…

Friedrich compartía estos presentimientos fúnebres: no sonaba convincente cuando decía «Cuando vuelva». A menudo decía lo que debía ocurrir: «Si no vuelvo».

—No te cases por tercera vez, Martha… No borres con las impresiones de un amor nuevo las de este año espléndido… ¿Verdad que hemos sido felices?

Seguidamente evocábamos recuerdos de detalles nimios que no habíamos olvidado desde nuestro primer encuentro hasta ese mismo momento.

—Y mi hijo, mi pobre hijo, a quien nunca podré estrechar contra mi corazón, ¿cómo se llamará?

—Friedrich o Friederike.

—No… Martha es más bonito. Si es una niña, quiero que lleve el nombre que pronunciará su padre al morir.

—¡Friedrich!… ¿Por qué hablas siempre de la muerte? Cuando vuelvas…

—Cuando… —repitió con un suspiro.

Con los primeros desperezos de la aurora, mis párpados, cansados por las lágrimas, se entornaron. Se apoderó de los dos un sopor ligero. Durante los breves momentos de nuestro semisueño quedamos abrazados, sin perder la conciencia de que el instante de la separación había llegado.

De pronto experimenté un dolor súbito y lancé un gemido.

Friedrich se levantó de un salto.

—¡Por Dios, Martha!… ¿Qué tienes?… ¿No será…? ¡Pero contesta!

Hice un signo afirmativo.

Me es imposible precisar si fue grito, maldición, plegaria o blasfemia lo que escapó de sus labios. Se precipitó hacia la campanilla y pidió ayuda.

—¡El médico!… ¡La comadrona!… —gritó la criada que acudió presurosa.

Inmediatamente cayó de rodillas junto al lecho y cubrió de besos mi mano.

—¡Mi amor…, mi todo…, y ahora tener que marchar…, marchar dejándote así!

Me era imposible articular palabra. Espantosos dolores físicos torturaban mi cuerpo, pero eran mayores todavía los sufrimientos que atenazaban mi alma. Que tuviera que marchase ahora y esto le hiciera tan desdichado…

No tardaron en llegar la comadrona y el médico e hicieron los preparativos para asistirme. Friedrich, mientras tanto, hubo de disponer todo lo referente a su marcha. Cuando lo tuvo todo preparado, le dijo al médico:

—Doctor…, doctor… —gritó agarrando las dos manos del médico—, ¿verdad que sí? Me promete…, hará que salga con vida del trance… Me telegrafiará hoy mismo a… y a… —indicó dos sitios por los cuales había de pasar el regimiento—. Y si hubiese algún peligro… ¡Ah, de qué ayudaría! —se interrumpió—. Si el peligro fuera extremo, ¿podría volver?

—Es duro, señor barón —contestó el médico—, pero váyase tranquilo. La paciente es joven, fuerte…, a la noche habrá terminado todo y usted recibirá un telegrama tranquilizador.

—Sí…, aun cuando ocurriera una desgracia, usted me enviaría buenas noticias, puesto que de nada me serviría saber la verdad… Pero quiero saberla, doctor, lo quiero… Necesito que me dé usted su palabra de honor de que me la dirá; cualquiera que sea. Únicamente con esta condición podrán tranquilizarme las buenas noticias, si no, creeré que todo es una mentira. Doctor, ¿quiere usted prestarme juramento formal de que me dirá la verdad?

El médico comprometió su palabra de honor.

«¡Pobre, pobre marido mío! —pensé yo—. Si el juramento que has arrancado al doctor obliga a éste a darte malas noticias, decirte dentro de breves horas que tu Martha está moribunda, no podrás pensar siquiera en volver para cerrarle los ojos… Tú tienes algo más importante que hacer: se trata de la pretensión al trono de un Augustenburg».

—¡Friedrich! —grité.

En el mismo instante vino a mi lado. Sonó en aquel punto una hora; no nos restaban más que breves minutos, pero también éstos nos fueron robados, pues me asaltaron nuevos dolores tan acerbos que, en vez de adioses, me arrancaron gritos desgarradores.

—¡Váyase…, salga de la habitación, señor barón! —dijo el médico—. La excitación que su presencia produce a la enferma puede traer para ella consecuencias peligrosas.

Depositó sobre mi frente un beso y se fue; mis gritos y la última palabra del

médico: «peligrosas», le acompañaron.

¿Cuál sería su disposición de espíritu cuando se puso en marcha? Oigamos lo que a esta pregunta contestó al día siguiente la gaceta local de Olmütz:

«Ayer salió el regimiento de… a los acordes de la música y las banderas de nuestra ciudad desplegadas. Va a la península para sostener con las armas los derechos de un pueblo hermano, para cubrirse de gloria, para añadir nuevos laureles. Nuestras filas no podían contener el entusiasmo, y éste los desbordaba. En los ojos de nuestros bravos soldados fulguraba la alegría, el ardor marcial», etc., etc.

Antes de su marcha, Friedrich había telegrafiado a la tía Marie para informarla de que necesitaba cuidados. Pocas horas más tarde, llegó ésta y me encontró sin conocimiento y en grave peligro.

Pasé varias semanas entre la vida y la muerte. Mi hijo nació muerto. La agonía moral que me produjo la marcha de mi marido me robó todos los recursos para poder superar el dolor físico, y fue un milagro que no sucumbiese yo en el trance.

El médico, tal como había prometido, telegrafió a Friedrich para comunicarle que su hijo había muerto al nacer y que la parturienta corría peligro de muerte.

No pudieron comunicarme las noticias que llegaron de mi marido, pues, aparte de mi estado gravísimo, a nadie reconocía…, deliraba día y noche. Un extraño delirio. Sería incapaz de reflejar con claridad las imágenes que la fiebre hacía pasar ante mis ojos una vez que recobré la conciencia, y reproducir éstas con palabras razonables me sería imposible. Intenté posteriormente dejar reflejado en mis cuadernos rojos aquel desvarío fantástico: durante el delirio, en mi imaginación, el parto y la guerra se confundían. Me parecía que el médico se servía de fusiles y de bayonetas para ayudarme a dar a luz, y hasta experimentaba las heridas de las bayonetas que me clavaba. Tenía conciencia de que mi marido se había ido, y sin embargo le veía, pero le veía con la figura del difunto Arno, aunque a su lado estaba también Friedrich, vestido de enfermero y acariciando una cigüeña de plata. En cada instante esperaba la explosión de una granada que debía exterminarnos a los tres, a Arno, a Friedrich y a mí; gracias a la explosión nacería mi hijo, llamado a reinar sobre Dinawig, sobre Schlesstein y sobre Holsmark. ¡Ah! ¡Qué sufrimientos tan horribles y tan inútiles!… Tendría que haber alguien que me librara a mí y a la humanidad entera de tan atroz pesadilla. Quería arrojarme a los pies de aquel desconocido y gritarle: «¡Sálvanos, te lo pido en nombre de la piedad, en nombre de la justicia: sálvanos! ¡Abajo, abajo las armas!».

Con este grito en los labios desperté un día, recobrado el conocimiento. Al pie de mi cama vi a mi padre y a la tía Marie. Mi padre intentaba calmarme:

—¡Sí, sí, hija mía, cálmate! ¡Abajo las armas!…

Cuando me recuperé de la dilatada perturbación de mis facultades mentales, experimenté sobre todo una sensación de sorpresa saturada de alegría, producida por la conciencia de que vivía; pero luego, efecto de ese retorno sobre mí misma, me pregunté:

—¿Pero quién soy?

¡Desventurada de mí! La contestación que mentalmente di a la pregunta me devolvió la conciencia de mi situación y el placer que antes experimenté al sentir que vivía se turbó en agonía. Yo era la desdichada Martha von Tilling, cuyo hijo había muerto al nacer y cuyo marido moriría o estaba muerto en la guerra… ¿Desde cuándo? No lo sabía.

—¿Vive? ¿Se han recibido cartas, telegramas? —fue mi primera pregunta.

De todo había: cartas y telegramas, recibidos durante mi enfermedad y que se habían guardado. Casi todos ellos se reducían a pedir noticias, a suplicar que se le informase diariamente, de hora en hora, si era posible, acerca de mi estado. Siempre y cuando el remitente se encontrara en un lugar con servicio telegráfico.

No me permitieron que leyese las cartas de Friedrich, pues temían las consecuencias que pudiese producir una emoción demasiado intensa; pensaban que recién salida del delirio me convenía reposar, pero me aseguraron que Friedrich no estaba herido, que había participado en varios combates afortunados, que la guerra no podía prolongarse, que el enemigo sólo se sostenía ya en Alsen, y que, una vez tomada esta isla, volvería el ejército cubierto de gloria.

Con estas palabras procuraba consolarme mi padre. La tía Marie me contó la historia de mi enfermedad. Habían transcurrido muchas semanas desde su llegada, el mismo día de la marcha de Friedrich… Mis recuerdos terminaban con la muerte de mi hijo, y por consiguiente no tenía noción alguna de la llegada de mi padre, de las noticias recibidas de mi marido, o del transcurso de mi enfermedad. Sólo ahora supe que mi estado se había agravado seriamente y los médicos no me daban ninguna esperanza, de modo que avisaron mi padre para que pudiese verme «por última vez». A Friedrich también le enviaban las malas noticias, aunque desde hacia algunos días, es decir, desde que los médicos empezaron a abrigar esperanzas sobre mi curación, Friedrich no recibía más que noticias halagüeñas.

—¿Pero aún vive? —pregunté un día, exhalando un suspiro doloroso.

—No ofendas a Dios, Martha —me contestó la tía Marie—. ¿Crees que si semejante prueba te estuviese reservada, Dios y sus santos habrían escuchado benignos nuestras súplicas? Tu marido, por quien, puedes creerme, yo rezo con el mismo fervor con el que he rezado por ti, volverá sano y salvo… Le he enviado un escapulario; sí, sí, no te encojas de hombros…, ya sé que no tienes ninguna confianza en estas cosas…, pero le he enviado un escapulario que ningún daño puede hacerle; además, he visto muchas veces que éstos han tenido eficacia. Moribunda estabas tú misma, lo creas o no, y yo me dirigí a tu patrona santa Marta…

—Y yo —interrumpió mi padre, que, aunque en lo político era ciertamente muy clerical, en cuestiones prácticas no simpatizaba con las ideas de su hermana— hice venir de Viena al doctor Braun, a quien atribuyo tu curación.

Al día siguiente, tras reiterada instancia, me permitieron leer la correspondencia de Friedrich. La mayoría de sus cartas eran peticiones breves de noticias sobre mi

estado o informes lacónicos: «Ayer combate. Yo bien». «Hoy seguimos avanzando». «Dirijan telegramas a***». Una carta, más extensa que las demás, tenía en el sobre esta nota: «No será entregada mientras subsista el peligro». Fue la que leí primero:

Mi queridísima Martha:

¿Leerás estos renglones? Las últimas noticias que me comunica tu médico dicen: «Fiebre muy alta, estado grave». ¡Grave! El hombre ha utilizado esta expresión por consideración. ¿Significará esa palabra «sin esperanzas»? Si lees estas líneas, querrá decir que estás fuera de peligro y podrás hacerte una idea de lo que he sufrido imaginando, la noche antes de una batalla, a mi mujer adorada moribunda, llamándome y tendiéndome sus brazos… Apenas nos pudimos despedir y ese hijo, cuya venida al mundo me colmaba de alegría…, llegó muerto. Y yo expuesto a recibir mañana, hoy mismo, un balazo que acabe con mi vida. Si supiese que tú no existes, desearía esa bala. Pero si te salvas, si vives… No, no quiero saber nada de la muerte. La «alegría ante la muerte», ese sentimiento contranatural que los capellanes castrenses nos quieren inculcar, no puede hacer feliz a ningún hombre. Si tú te curas, y yo vuelvo a casa, nos estarán reservados tesoros inagotables de dicha. ¡Con qué «alegría de vivir» gozaríamos del futuro si ante nosotros se abre un porvenir!

Hoy vamos a batirnos por primera vez. Hasta el momento hemos avanzado por territorio conquistado, abandonado por los daneses. Pueblos humeantes en ruinas, cosechas destruidas, armas y mochilas esparcidas por los caminos, socavones de granadas, mares de sangre, caballos muertos, fosas en cuyo fondo yacen montones de cadáveres: he aquí el paisaje que recorremos, para, a su vez también, los vencedores incendiar nuevos pueblos, etc. Lo acabamos de hacer para adueñarnos de una posición. Detrás de nosotros hemos dejado una aldea en llamas; por fortuna, sus habitantes la habían abandonado, pero en una cuadra dejaron olvidado un caballo. Al oírlo piafar y relinchar hice algo que seguramente no me valdría una condecoración: en vez de dedicarme a quitarles la vida a unos cuantos daneses, corrí a la cuadra para liberar al pobre animal, pero el edificio ya ardía, la paja era un mar de llamas: éstas habían prendido ya en las crines de la bestia; y entonces saqué mi revólver y alojé dos balas en su cabeza, para librarlo, de esta suerte, de los horribles sufrimientos que causa la muerte por el fuego. He vuelto luego al combate, a respirar esa atmósfera de pólvora y de sangre, a oír el estruendo ensordecedor de las detonaciones, el griterío de los combatientes. La mayoría a mi alrededor, amigos y enemigos, eran presa del delirio del combate, únicamente yo conservaba una sangre fría desdichada. Ningún odio me animaba contra los daneses, ¿qué hacían los bravos mientras nosotros nos lanzábamos sobre ellos? Nada más que cumplir con su obligación… No podía pensar más que en ti, Martha… Te veía rígida sobre tu lecho fúnebre y deseaba que me alcanzara una bala… Pero de pronto fulguró en mi espíritu un rayo de esperanza. ¡Oh, si se hubiera salvado! ¡Si yo regresase!

Más de dos horas ha durado la carnicería. Nos hemos hecho, tal como se dice,

dueños del campo de batalla. El enemigo, derrotado, ha emprendido la fuga. No le hemos perseguido. Tenemos trabajo suficiente que hacer en el campo. A distancia de algunos centenares de metros del campo de batalla se alza una alquería aislada, que han respetado las llamas, y tiene habitaciones espaciosas y cuadras. A la alquería mencionada hemos transportado a nuestros heridos y en ella vamos a pasar la noche. Mañana, con el alba, comenzará la inhumación de nuestros muertos. Como es natural, con los muertos bajarán a la fosa algunos vivos, pues nada se parece tanto a la rigidez cadavérica como el sopor producido por algunas heridas. También será preciso dejar insepultos los cadáveres de algunos camaradas nuestros, caídos demasiado lejos o sepultados bajo los escombros de las casas desplomadas. Los cuerpos muertos se descompondrán, y los heridos agonizarán poco a poco o morirán de hambre. En cuanto a nosotros, ¡hurra!, nosotros continuaremos nuestra gloriosa campaña…

Según todas las probabilidades, el próximo choque terminará en una batalla seria, porque tomarán parte en ella dos cuerpos de ejército considerables. El número de muertos y heridos bien puede llegar a los diez mil, porque, cuando los cañones comienzan su trabajo, barren en un abrir y cerrar de ojos las primeras filas de ambos ejércitos. Es cierto que el cañón es un invento precioso, pero mejor sería la técnica de artillería que aniquilase de un solo tiro a todo un ejército, porque esta técnica traería necesariamente consigo el fin de todas las guerras. Si, por un procedimiento cualquiera, se consiguiera poner en manos del adversario un medio de destrucción ilimitado, las cuestiones de derecho no se podrían resolver por la fuerza de las armas.

¿Por qué te estoy escribiendo todo esto? ¿Por qué no estallo en himnos de gloria las hazañas bélicas, como le corresponde a un combatiente? ¿Por qué? Porque estoy sediento de verdad y de franqueza, porque detesto las continuas mentiras, y porque, a estas horas, cuando la muerte nos amenaza a los dos, experimento una necesidad imperiosa de hablar con el corazón en la mano. Antes de caer víctima de la guerra quiero expresar todo el odio que hacia la guerra siento. Si los que piensan como yo tuvieran el valor de proclamarlo, ¡ah, qué protesta tan brillante se alzaría en un día no lejano! Los «¡hurras!» que hoy acompañan a los cañonazos callarían ahogados por el nuevo grito que agruparía a todos los que no han perdido los instintos humanitarios: «¡Guerra a la guerra!».

A las cuatro y media de la madrugada.

Anoche, cuando terminé la carta anterior, me acomodé sobre un saco de paja, donde he dormido un par de horas. Antes de llevar la carta al correo quiero añadirle algunas líneas. Las tropas están ya formadas y listas para proseguir la marcha. ¡Pobres hombres! Apenas si han tenido un reposo después de la fatigosa jornada de ayer. Acabo de terminar la inspección del improvisado hospital de campaña que dejamos aquí. A muchos de los infelices heridos y moribundos les prestaría de buena gana el mismo servicio que presté al caballo que se quemaba, quiero decir que les

alojaría una bala en la cabeza. Aquí hay uno con toda la mandíbula inferior destrozada, otro que…, bueno, ya es suficiente. Nadie puede prestar ninguna ayuda. Aquí nadie más puede ayudar, salvo la muerte. Desgraciadamente, ésta es siempre lenta… cuando se la llama con la voz de la desesperación, se hace la sorda. O está muy ocupada llevándose a otros que tienen la esperanza de restablecerse y fervientemente gritan: ¡Oh, líbrame, en casa tengo a mi adorable mujer esperándome!

Mi caballo está ensillado. Ahora tengo que cerrar esta carta… Adiós, Martha, adiós… si vives todavía.

Felizmente, había cartas que encerraban noticias más recientes. Con posterioridad a la batalla anunciada me había escrito Friedrich:

> El día es nuestro. Hemos vencido y continúo sin novedad. He aquí dos buenas noticias: la primera para tu padre, la segunda para ti… Pero cuántos otros no pueden compartir nuestra alegría.

En otra carta, hablaba Friedrich de que se había encontrado con su primo Gottfried:

Figúrate mi sorpresa cuando vi pasar al frente de un destacamento al único hijo de mi tía Cornelie. ¡Ah, la pobre, cómo debe estar temblando por él!… El joven está muy entusiasmado y feliz de entrar en combate. Aquella noche estábamos en el mismo campamento y le mandé llamar a mi tienda.

«—Es soberbio, primo —me dijo—, batirnos juntos en la defensa de la misma causa. ¿Acaso no he tenido suerte de que estallara esta guerra precisamente cuando acabo de obtener el grado de teniente? Espero ganar una cruz.

»—¿Y la tía? —le pregunté—. ¿Cómo ha tomado tu marcha?

»—Como todas las madres: con lágrimas que en vano intentaba disimular para no entristecerme. Pero no vayas a creer que en su pesar no hubiese mucha dosis de orgullo, me ha despedido dándome su bendición.

»—¿Qué impresión ha producido en ti el primer combate?

»—¡Oh, enervante, sublime!

»—Es inútil que mientas, hijo; no habla el superior al oficial, sino el amigo al amigo.

»—Pues repito lo mismo: enervante, sublime, horrible también, pero tan grandioso. ¿Te parece poco tener conciencia de que se cumple el más grande de los deberes de hombre para con Dios, para con su soberano y con la patria? Ver que la muerte, ese espectro tan pavoroso de ordinario, ronda a tu alrededor produce una impresión completamente nueva, pero tan épica que cree uno que sobre su cabeza se cierne la musa de la Historia. Esa impresión comunica a la espada una fuerza

incontrastable. Yo experimenté tal furor contra los insolentes daneses que pretenden hollar bajo sus pies los derechos de la nación alemana que, sin quererlo, siento una alegría feroz dando satisfacción a mi odio. Además: ¿puede concebirse algo más singular y misterioso que poder, más que poder, "tener que", matar y despedazar, arriesgando la vida propia, sin que por ello sea uno un asesino?».

Mucho tiempo continuó el chico diciendo extravagancias. Le dejé hablar. También yo experimenté las mismas impresiones en la primera batalla en que había tomado parte. «Épica», sí, ésa es la palabra es exacta. Sobre el campo de batalla el estampido del cañón, el fulgurar de las espadas, los gritos de los combatientes, hacen que vibre en el pecho del soldado el recuerdo de los relatos y poemas heroicos con los cuales intentaron, cuando era niño en la escuela, despertar en él los instintos guerreros. La singularidad de la situación, la incomprensible libertad frente a la ley da la sensación de otro mundo distinto, de un mundo infernal poblado de espíritus maléficos… En mí el vértigo fue pasajero, sólo con cierto esfuerzo puedo volver a pensar en las percepciones que ahora el joven Tessow describe. Pronto reconocí que el enervamiento bélico, lejos de ser un sentimiento sobrehumano, es un sentimiento infrahumano, no una revelación mística del reino de Lucifer, sino una reminiscencia del reino animal; sencillamente el redespertar de la bestialidad. Quien es capaz de enervarse hasta el extremo de sentir el placer salvaje del homicidio, quien es capaz de abrir el cráneo a un enemigo desarmado, paladea, es cierto, la «voluptuosidad del combate», pero desciende a la categoría de tigre. Nunca, esposa mía, créeme, yo nunca.

Gottfried se entusiasmaba hablando de la defensa de la misma «causa justa», como si no fueran justas todas las causas según el decir de las proclamas dirigidas a las tropas. «Austriacos y prusianos, me ha dicho, formamos un solo pueblo, un pueblo de hermanos: lo han dejado bien probado las guerras de los Treinta Años y de los Siete Años». Y ha proseguido: «Unidos y solidarios, somos invencibles». «¿Qué opinarías, primo mío, si mañana estallase la guerra entre Prusia y Austria?», le he dicho. «La idea es inadmisible ahora, que la sangre de los dos pueblos corre junta y en defensa de la misma causa». «¡Inadmisible! No pronuncies jamás esa palabra cuando te refieras a asuntos políticos. En el campo de la historia de los pueblos, los odios y las alianzas son como las efemérides en el orden de los organismos vivos».

Si te escribo estos detalles no es porque crea que puedan interesarte, mi pobre enferma, sino porque tengo el presentimiento de que no he de salir con vida de esta campaña, y no quiero que mis reflexiones desciendan conmigo a la tumba. Es posible que esta carta la lea alguien que no seas tú, y deseo que quienes lo hagan hallen en ella mi pensamiento. No deben ocultar ni callar sus opiniones los espíritus reflexivos y humanitarios, aun cuando estas opiniones sean contrarias a la guerra y quien las sustenta sea militar. «Me he atrevido» era la divisa de Ulrich von Hutten[66]; «He hablado» es la mía, y con la conciencia satisfecha por haberla cumplido quiero abandonar la vida.

La última de las cartas, escrita cinco días antes, había llegado hacía dos días. ¿Qué de sucesos terribles pueden ocurrir durante cinco de guerra? La inquietud y el miedo me devoraban. ¿Por qué no había llegado noticia alguna en los dos últimos días? ¡Cuán angustiosa ansiedad produce la espera de una carta, aún más de un telegrama! ¡Creo que jamás un enfermo devorado por la fiebre ha suspirado tan ardientemente por un vaso de agua que mitigue su rabiosa sed, como yo lo hacía por recibir alguna noticia! Me había salvado, a Friedrich le estaba reservada la alegría de encontrarme si… Siempre el mismo «si», que mataba en flor todas las esperanzas.

Asuntos de resolución urgente obligaron a mi padre a dejarme para trasladarse a Grumitz, pero se fue llevándose la tranquilidad más absoluta con respecto a mí. Tan pronto como yo hubiese recobrado fuerzas suficientes, debía ir con el pequeño Rudolf a reunirme con él. La estancia en el campo me sentaría bien y también al pequeño. No quiso dejarme la tía Marie, quería seguir cuidando de mí y prefirió hacer en mi compañía el viaje a Grumitz, a donde también irían Rosa y Lilli. Yo la dejaba que hiciera planes, aunque mi intención era, tan pronto como tuviera fuerzas, viajar a Schleswig-Holstein.

Ignorábamos por completo dónde se encontraba el regimiento de Friedrich en aquellos momentos. Era imposible telegrafiarle. Mi deseo hubiera sido ponerle un telegrama cada hora para preguntarle: «¿Aún vives?».

—Si te atormentas así —me regañó mi padre al despedirse—, difícilmente evitarás una recaída. Dos días sin noticias. ¡Valiente cosa! No hay motivos serios para preocuparse. ¿Crees que en campaña se tiene siempre a mano una administración de correos o una oficina de telégrafos? El correo de campaña no funciona con regularidad. Pueden pasarse muy bien quince días sin recibir noticias y sin que exista por ello motivo para imaginar algo grave. Más de quince días me pasaba yo sin escribir a mi casa cuando estaba en campaña, y nadie pensaba en inquietarse como tú.

—¿Cómo lo sabes tú, papá? Yo tengo la certeza absoluta de que, contra lo que me aseguras, los tuyos temblaban por ti como tiemblo yo por Friedrich, ¿no es verdad, tía?

—Teníamos más confianza en Dios que tú, hija mía. Sabíamos que tu padre volvería sano y salvo si así lo tenía dispuesto el Todopoderoso.

—Y si no hubiese vuelto, maldita sea, todos teníais el patriotismo suficiente para comprender que la vida de un soldado no es nada en comparación con la grandeza de la causa que sella con su sangre.

—A ti te falta el patriotismo suficiente, hija mía, pero no quiero discutir contigo en estos instantes… Lo esencial es que te restablezcas pronto y que eduques bien a tu Rudi, para que en su día sea un hombre recio y un defensor valiente de la patria.

Mi restablecimiento fue más lento de lo que se esperaba; como consecuencia de la prolongada falta de noticias, quedé postrada en una excitación angustiosa que impidió la desaparición completa de la fiebre. Horribles pesadillas turbaban mis noches y durante el día me acosaban visiones sombrías, por ello me fue difícil recobrar las

fuerzas.

A raíz de una noche pasada en constante y espantosa pesadilla, tuve una recaída que de nuevo puso en peligro mi vida. Veía a Friedrich vivo sepultado bajo un montón de cadáveres. La pobre tía Marie tenía una difícil misión. Se impuso la obligación de intentar consolarme; pero, lejos de conseguir su objetivo, sus argumentos me exasperaban. En vez de escuchar tranquilamente sus sermones le imponía refutaciones violentas, prorrumpía en recriminaciones apasionadas contra la suerte y le decía que todas sus ideas eran sencillamente absurdas. Como es natural, mis palabras la herían personalmente, pero sufría resignada su mortificación y únicamente temblaba por mi alma rebelde, que de un instante a otro podía verse llamada a comparecer ante el Juez Supremo…

Una sola cosa me calmaba, aunque sólo fuese por unos momentos: la presencia de Rudolf cuando le llevaban a mi habitación. «Tú, mi pequeño», «mi consuelo», «mi apoyo», «mi futuro»…, así le gritaba a mi pequeño en mi interior, cuando sólo le miraba. Pero mi hijo no se encontraba a gusto en la triste alcoba de su madre enferma, en aquella estancia sin luz. Le resultaba extraño ver a su mamá, antes tan risueña y ahora pálida, llorando siempre en la cama. La tristeza le invadía, por eso le despedía tras pocos minutos.

Con frecuencia se recibían cartas de mi padre en las que preguntaba por mi estado y daba noticias. Había escrito al coronel de Friedrich y a diferentes autoridades, sin recibir contestación. En cuanto se publicaba una relación oficial de bajas, me ponía un telegrama en los siguientes términos: «No figura el nombre de Friedrich».

—Temo que me engañéis —dije una día a la tía—. Es posible que sepáis que ha muerto hace ya tiempo y que me lo ocultéis.

—Te juro que no.

—¿Me lo juras por Dios, por la salvación de tu alma?

—Por la salvación de mi alma.

El juramento me hizo un bien infinito. Abrí mi corazón a la esperanza… De un instante a otro creía que llegaría una carta o un telegrama. Si oía en la estancia contigua algún alboroto, me imaginaba que era el cartero. Casi continuamente mi mirada se dirigía a la puerta con la constante imagen de que alguien entraría con la nueva noticia en la mano… Cuando miro hacia atrás y me acuerdo de aquellos días, aparecen en mi recuerdo como un largo y torturador año. La luz de la esperanza me la proporcionó el nuevo armisticio pactado, precursor, sin duda, de la paz. Al día siguiente de haber recibido la noticia probé, por vez primera, a levantarme. ¡La paz! ¡Qué dulce y bienhechor pensamiento!… ¿Demasiado tarde para mí?… A pesar de este pensamiento, me sentí indeciblemente tranquila. Por lo menos dejarían de acosarme a diario, a cada hora, las visiones de carnicerías en las cuales tomaba parte Friedrich…

—Gracias a Dios, te veo casi curada —me dijo un día la tía Marie, mientras me ayudaba a tenderme sobre un canapé colocado junto a la ventana abierta—. Pronto

podremos emprender el viaje a Grumitz…

—Tan pronto como tenga fuerzas, iré a… Alsen.

—¿A Alsen? Pero, niña, ¡qué idea es ésa!

—Quiero encontrar el lugar donde Friedrich se encuentra herido o…

No pude terminar la frase comenzada.

—Corro a buscar a Rudolf —dijo mi tía presurosa, pues sabía que la presencia del niño era el remedio más eficaz para disipar mis pensamientos fúnebres.

—No, ahora no; prefiero estar tranquila y a solas. Me harías un favor, tía, si salieses tú también. Estoy rendida y me parece que podría conciliar el sueño.

—Muy bien, hija mía. Te dejaré tranquila. Ahí tienes la campanilla. Si algo necesitas, llama.

—¿Ha pasado el cartero?

—Todavía no es la hora.

—Si trae algo, despiértame.

Me recosté y cerré los ojos. Mi tía salió con pasos silenciosos. En los últimos tiempos, todos en la casa se habían acostumbrado a andar sin hacer ruido.

No era mi intención dormir, sino quedarme a solas con mis pensamientos… Me encontraba en la misma estancia y sobre el mismo canapé que aquella mañana en la que Friedrich me comunicó: «Tenemos orden de marchar». Lo mismo que aquel día, el calor era sofocante; sobre el velador había colocado un jarrón de rosas y se oían a lo lejos los toques del cuartel. No fue difícil dar un salto atrás y situarme en la misma disposición de espíritu en que me encontraba aquel día… Quería, hubiera deseado poder dormir y soñar, como en aquella ocasión, que se abría la puerta y que mi marido, mi adorado, se acercaba a mí… Las rosas exhalaban su penetrante perfume y a través de las ventanas abiertas rasgaban el aire a lo lejos las agudas notas de las cornetas. Poco a poco perdía la noción exacta del presente y cada vez más y más me trasladada a aquella hora alejada del pasado, olvidando todo lo que hasta entonces había ocurrido, sólo una idea fija se hacía cada vez más intensa: aquella puerta iba a abrirse y Friedrich aparecería. Si quería verle, necesitaba soñar que mis ojos estaban despiertos. El esfuerzo era fatigoso, pero conseguí levantar los párpados, y…

… Y, en efecto, la imagen ansiada estaba allí: Friedrich, mi querido Friedrich en el umbral de la puerta… Rompí a sollozar. Cubrí mi cara con ambas manos. ¡No, no era Friedrich, era una alucinación! El rayo de dicha que acababa de brillar hacía infinitamente más dolorosa la vuelta a la terrible realidad.

—¡Oh, Friedrich mío! —suspiré—. ¡Oh, mi dulce esposo perdido!

—¡Martha, Martha querida!

¡Cómo! ¡La voz era real! ¡Era la suya! ¡Eran sus brazos los que me estrechaban! … ¡No, no era un sueño! ¡Mi Friedrich me apretaba contra su corazón!

En besos y lágrimas se tradujo el dolor de nuestra despedida y en besos y lágrimas la dicha de su regreso. Temblorosa de emoción, llorando y riendo a la vez, estrechaba entre mis brazos al hombre que creía perdido, palpé su cara con ambas

manos, cubrí de besos su frente, sus ojos y su boca, balbuceando incomprensibles palabras…

Al oír mi primer grito de júbilo, entró mi tía corriendo desde la habitación contigua.

—¡Jesús, María y José! —exclamó, dejándose caer sobre el sillón más próximo.

Tiempo duraron las primeras efusiones de alegría y después comenzamos a interrogarnos mutuamente. Entonces supimos que Friedrich había tenido que quedarse en la casa de un labriego mientras su regimiento continuaba la marcha. Su herida no era grave, pero había estado varios días sin conocimiento por la fiebre. Cartas no le podían llegar y tampoco él estaba en condiciones de enviarlas. Cuando se restableció, ya se había firmado el armisticio y la guerra en realidad concluido. Nada le impedía regresar a casa. Se puso en camino viajando día y noche, sin escribir ni telegrafiar para llegar lo antes posible. Si yo vivía aún o estaba fuera de peligro, no lo sabía. Nada hizo por averiguarlo, sólo siguió y siguió, pues prefería conservar sus esperanzas hasta el último momento… Su esperanza no resultó fallida: encontró a su esposa querida, salvada y dichosa, dichosa, sí, sobre toda ponderación…

Poco tardamos en reunirnos con mi padre. Habían concedido a Friedrich una licencia para que atendiese su convalecencia, y el médico le recomendó tranquilidad y aire puro, remedio que encontraría sin dificultad en nuestra casa de campo en Grumitz.

Aquí pasamos felices el final del estío. No recuerdo que haya habido en mi vida una temporada mejor que aquellos días tan felices. La eterna unión con el amado durante mucho tiempo ansiada puede ser infinitamente dulce, pero casi más dulce me parece el reencuentro con quien has dado prácticamente por perdido. Cuando me acordaba de las angustias que me devoraban durante la ausencia de Friedrich, cuando pensaba en las alucinaciones que turbaban mis noches, imaginándomelo moribundo, retorciéndose de dolor en una fosa, debatiéndose entre las torturas de una muerte horrible, y le veía a mi lado, iluminando mi existencia con su presencia, desbordaban mi corazón oleadas de loca alegría. Me parecía que mi amor crecía, que se centuplicaba, había vuelto a tener a mi marido y me parecía que su posesión era una riqueza que se arraigaba. Me había visto como una mísera pordiosera y ahora el millón de alegrías era mío.

Toda mi familia se había reunido en Grumitz. También mi hermano Otto pasaba las vacaciones con nosotros. Quince años tenía y debía pasar tres más en la Academia Militar de Viena-Neustadt. Era un muchacho adorable: el encanto y el orgullo de mi padre. Entre Rosa, Lilli y él llenaban la casa de buen humor. Todo eran risas, saltos, bailes y juegos de raqueta. El primo Konrad, cuyo regimiento se encontraba de guarnición no lejos de Grumitz, venía a caballo cuantas veces le era posible y tomaba parte en las distracciones de nuestros jóvenes. Los más mayores, es decir, mi padre, la tía Marie y algunos camaradas del primero, huéspedes del castillo, formaban un círculo aparte y pasaban el tiempo jugando a los naipes, dando frecuentes paseos por

el parque, prolongando extraordinariamente la sobremesa y politiqueando de lo lindo. Los últimos acontecimientos bélicos y la cuestión aún no totalmente zanjada de Schlewig-Holstein ofrecían temas de discusión suficientes. Friedrich y yo podíamos vivir relativamente aislados, sólo durante las comidas nos reuníamos con los demás, y tampoco siempre. Solían dejarnos solos, porque nos consideraban, y con razón, en una segunda fase de nuestra luna de miel. Procurábamos estar solos no para arrullarnos, como suponían todos, no éramos parejita de tortolitos recién unida, sino por el placer de encontrarnos juntos. Después de la ruda prueba por la que acabábamos de pasar, nos era imposible asociarnos a la ruidosa y sencilla algarabía de la juventud, y aún más imposible todavía simpatizar con ideas y ocupaciones de las personas de edad. Emprendíamos largos paseos y algunas excursiones por los alrededores, y, aparte de ello, permanecíamos largas horas en la biblioteca; y por la noche, cuando se organizaban las partidas y se formaban los grupos, nos retirábamos a nuestras habitaciones con objeto de entregarnos, sentados a la mesa del té, a nuestras conversaciones íntimas. Siempre teníamos infinidad de cosas que decirnos, sobre todo nos gustaba volver a contarnos las agonías que nos había producido la separación, porque esas repeticiones centuplicaban nuestra alegría consiguiente al vernos unidos. Estábamos de acuerdo en que el presentimiento de la muerte y sensaciones similares no eran supersticiones, porque ambos, desde el momento de nuestra despedida, habíamos tenido la total convicción de que uno de los dos moriría. ¡Ahora estábamos aquí los dos juntos de nuevo! Hice que Friedrich me contase detalladamente la historia de sus sufrimientos y de los peligros que había corrido, así como también la de los recuerdos terribles que habían dejado grabados en su mente los hospitales de campaña y los campos de batalla. Me gustaba el acento de cólera y de dolor a la vez con el que me hablaba de tales cosas. En la exposición de sus pensamientos creía vislumbrar la aurora de una humanidad ennoblecida que, poco a poco, triunfa sobre la antigua barbarie.

A menudo mi padre y Otto rogaban a Friedrich que les refiriese algún episodio de la campaña. Él, por supuesto, lo hacía, pero con un ánimo diferente. Mi marido se limitaba a contarles los movimientos estratégicos de las tropas, el resultado de los combates, los nombres de las poblaciones tomadas y defendidas… También narraba alguna escena de campamento, o repetía alguna conversación tenida con el general, o cualquier otro detalle de este género. Su auditorio disfrutaba escuchándole: mi padre no disimulaba su satisfacción. Otto exteriorizaba su entusiasmo, y los viejos generales escuchaban con la gravedad propia de los que se tienen por entendidos. Únicamente a mí no me agradaban aquellos relatos narrados en ese estilo tan seco. Sabía que éstos callaban todo un mundo de sentimientos y pensamientos que se habían despertado en el alma de quien los narraba. Un día, cuando estábamos a solas, se lo reproché y él replicó:

—¿Que me falta sinceridad? ¿Que no tengo el valor de expresar mi opinión? No, no, querida mía, te equivocas. Es sencillamente un asunto de decoro. Acuérdate de

nuestro viaje de bodas, de nuestra partida de Viena, de la primera vez que estuvimos solos en el tren. ¿Has hablado a alguien de nuestra primera noche en el hotel de Praga? ¿Has revelado a amigos o parientes los detalles de los sentimientos, las emociones de aquel período de rosas?

—Ciertamente, no; esas cosas las callan todas las mujeres.

—Pues, mira, hay también cosas que callan todos los hombres. De la misma manera que vosotras no habláis de las sensaciones embriagadoras que el amor os produce, nosotros no lo hacemos sobre los pesares recibidos en la guerra. Vosotras, las mujeres, ofenderíais vuestro pudor si divulgaseis esas sensaciones tan íntimas, y nosotros infiriríamos grave agravio a nuestro valor hablando de las nuestras en la guerra. Ninguna mujer digna hablará de las delicias de su luna de miel; ningún hombre digno hablará de los desfallecimientos de su valor en el frente. ¿Por qué? Tú hubieras podido verter dulces lágrimas en los desfallecimientos del amor. Y yo también, ante la agonía de las escenas, hubiera podido llorar de dolor. Ni tú osarías hablar de tu sensibilidad, ni yo de mi cobardía.

—Pero ¿de veras que llegaste a llorar? ¿De veras que temblaste? A mí bien puedes decírmelo, que yo no te oculto la embriaguez que me hace sentir tu amor.

—He experimentado el terror a la muerte que experimenta todo soldado. ¿Acaso puede ser de otra manera? Las frases altisonantes, las historias épicas que constituyen el alimento patriótico de la juventud no comunican a ésta más que un entusiasmo ficticio y momentáneo… En los hombres crueles, el placer de matar y de destruir puede sobreponerse, en algunos casos, al temor a la muerte; en los hombres valientes, el orgullo puede amordazar las manifestaciones externas del miedo, pero son muchos los que lo exteriorizan, los que gimen y se desesperan sin que los contenga un sentimiento de falsa vergüenza. ¡Cuántas miradas de espanto he visto, cuántos rostros contraídos por el terror entre los jóvenes muchachos! ¡Cuántas maldiciones han sonado en mis oídos, cuántas plegarias!

—Y tú, tan bueno, tan humanitario, ¿sufrías al ver y oír todo aquello?

—Sufría horriblemente, Martha; sufría hasta el extremo de llorar; pero menos de lo que yo había supuesto, sin duda porque la vista de tantos seres desgraciados, lejos de sobreexcitarme la compasión, la paralizaba. De todos modos, ya que es imposible elevarse sobre cierto grado de conmiseración, se puede, por lo menos, aquilatar la enorme suma de sufrimientos que uno tiene ante sus ojos. Uno no puede sentir lástima de su propio destino individual, cuando ve que a su alrededor 999 corren su misma suerte. Uno podría elevarse sobre el grado de conmiseración a que me refiero, y lo podrían hacer también otros; pero la inmensa mayoría de los hombres no raciocinan, no reflexionan.

—No piensan, no, y ahí tienes la causa de nuestros males. La mayor parte de la humanidad no piensa.

Conseguí al fin de mi marido la promesa de que pediría la licencia absoluta. La circunstancia de que hubiese pasado más de un año desde nuestra boda y hubiera sido

distinguido por su participación en la guerra, le protegía de la sospecha manifestada por mi padre durante nuestro noviazgo, según la cual el casamiento sólo tenía por objeto posibilitarle el abandono de su carrera militar. Una vez firmada la paz, cuyos preliminares estaban muy adelantados, y era de esperar que no se viese turbada en muchos años, nadie podía atribuir su decisión a una falta de valor. Dadas, pues, las circunstancias, Friedrich podía separarse del ejército sin que su honor sufriese en lo más mínimo. Le costaba, como es natural, tener que renunciar a su posición, su paga, y como él decía, «No hacer nada, no ser nada, no tener nada». Pero el amor que me tenía triunfó sobre su orgullo y acabó por rendirse a mi ruego. Le expliqué que me sería imposible soportar por segunda vez las agonías por las que acababa de pasar, y él, por su parte, nada deseaba más que alejar de ambos, en el futuro, pruebas tan crueles. La delicadeza que antes de nuestro matrimonio le habría impulsado a rehusar la idea de vivir a costa de su mujer no tenía ya razón de ser. Nos habíamos identificado tan íntimamente que entre los dos no cabía «tuyo ni mío». Por añadidura, la última campaña había acentuado prodigiosamente la aversión que ya antes le inspiraban los deberes mortíferos de la guerra, de lo que resultaba que su separación del ejército no sólo era una concesión hecha a nuestra dicha doméstica, sino un tributo pagado a sus propias convicciones. En resumen: me prometió formalmente que pediría la licencia absoluta en otoño, cuando la paz fuese definitiva.

Nuestro propósito era comprar, con los fondos depositados en los banqueros Schmitt & Hijos, una propiedad, de cuya administración se encargaría Friedrich. Con ello, de las tres ideas que le preocupaban: «No hacer nada, no ser nada, no tener nada», por lo menos la primera quedaba resuelta con la compra de la propiedad. Y en cuanto al «ser» y «tener», ya encontraríamos el remedio:

—Ser un coronel retirado del ejército imperial y real, y un hombre dichoso, ¿es «no ser nada»? —le pregunté—. Y tenerme a mí, y a Rudi, y… a los que puedan venir…, ¿es «no tener nada»?

Me estrechó sonriente entre sus brazos.

No quisimos revelar nuestros proyectos ni a mi padre ni a los demás, con el fin de evitar las objeciones que a no dudar nos harían y los consejos que nos darían, y quién sabe qué más. Es posible que hubiese habido algo más que consejos y objeciones; es posible que no hubiesen faltado censuras, y convenía prevenirlas, ya que nada podía influir en nuestra decisión. La seguridad que habíamos ganado con respecto al futuro hacía elevar nuestro sentimiento de dicha presente; y en cuanto al pasado, éste, con sus amarguras, había quedado atrás… Sólo puedo repetir que era una etapa feliz la que estábamos viviendo.

Mi hijo Rudolf, a sus siete años un pequeño hombrecito, comenzaba a leer y a escribir, yo era su única maestra, pues no podía resignarme a dejar confiada a su haya la misión de seguir el desarrollo de su pequeña alma y de iniciarla en las primeras sorpresas del saber. El niño nos acompañaba con frecuencia en nuestros paseos, y nosotros jamás dejábamos sin contestar las preguntas que le sugería su curiosidad. Le

respondíamos tan bien y en la medida que podíamos. Si nos dirigía alguna cuestión no resuelta satisfactoriamente por la ciencia humana, le respondíamos con franqueza: «Eso, Rudi, no lo sabe nadie». Pero no tardaba mucho en hacer la misma pregunta a la tía Marie, o a su abuelo, o a su niñera, y como éstos le daban contestaciones categóricas, volvía a nosotros con expresión de triunfo y nos decía:

—¿Vosotros no sabéis la edad de la luna? Yo ya lo sé: tiene seis mil años. No lo olvidéis. —Friedrich y yo nos intercambiábamos miradas en silencio. Todo un volumen de quejas y reflexiones pedagógicas se resumía en ese instante y en ese silencio.

Nada me era tan penoso como verle entretenido en juegos de soldados, a los cuales le aficionaban mi hermano y mi padre. Yo no sé cómo le inculcaron las nociones «enemigo» y «hacer pedazos». Un día le encontramos apaleando con una fusta a dos perros, que lanzaban aullidos lastimeros.

—Éste es un italiano canalla —decía—. Y ése, un danés insolente.

—Y tú, un austriaco sin corazón —le replicó Friedrich, y arrancándole la fusta de las manos le propinó unos golpes en la espalda, haciendo de corrector nacional.

El italiano y el danés empezaron a juguetear y el pequeño austriaco a gemir.

—¿Me guardas rencor, Martha, por haber pegado a tu hijo? No soy partidario del castigo corporal, pero me es imposible ver el empleo de la crueldad con los animales.

—Has hecho lo justo —le interrumpí.

—Entonces, ¿sólo se puede ser cruel con los hombres? —preguntó el niño entre sollozos.

—¡Menos, menos todavía!

—Y tú, ¿por qué has pegado a los italianos y a los daneses?

—Eran enemigos…

—¿Entonces está permitido odiarlos?

—Estoy pensando que, hoy o mañana, le dirá el párroco que debemos amar a nuestros enemigos —me dijo en voz muy baja Friedrich—. ¡Oh, lógica!

Dirigiéndose de nuevo a Rudolf añadió:

—No nos está permitido pegar a nuestros enemigos para hacerles daño, sino sólo para defendernos si ellos nos atacan.

—¿Y por qué nos atacan ellos?

—Porque ellos…, porque nosotros… —se interrumpió él mismo—. ¡Vaya, vaya, es imposible salir de este círculo vicioso! ¡Vete a jugar, Rudi! Te perdonamos, pero no vuelvas a hacerlo.

Me pareció que el primo Konrad hacía grandes progresos en la conquista del corazón de Lilli. No hay nada como la perseverancia. Debo confesar que la idea de aquella unión me hacía feliz. Con verdadero placer observaba la alegría que resplandecía en el semblante de mi hermana cuando distinguía, desde lejos, el trotar del caballo de Konrad, y la tristeza con que veía su marcha. Konrad ya no le hacía ostensiblemente la corte, no le hablaba ya de su amor, pero lo cierto era que su

comportamiento era el de un asedio en toda regla.

Un día me explicó:

—Son varios los procedimientos para apoderarse de una fortaleza: el asalto, el hambre, etcétera, y de la misma manera para hacer capitular el corazón de una mujer. Uno de los medios más eficaces es la constancia…, la perseverancia. Lilli se dejará ganar por mi constancia. Debo demostrarle la constancia de mi amor, tan constante que guardo silencio sobre él. Quiero que mi ausencia deje un vacío en su existencia, y espero que ha de llegar el día en que le sea imposible pasar sin mí.

—¿Y cuántos años piensas conducirte así para ganar a la mujer de tu elección?

—No lo he calculado…, esperaré hasta que ella me acepte.

—Te admiro. Entonces, ¿no hay en el mundo otra mujer para ti?

—Para mí, no. En mí no hay sitio más que para Lilli. Hay algo en el dibujo de su boca, en su andar, en su manera de hablar, que no encuentro en ninguna otra… Tú, por ejemplo, Martha, eres diez veces más hermosa, cien veces más lista que ella…

—Gracias.

—Pero no te querría como esposa.

—Gracias.

—Precisamente porque eres demasiado lista. Me medirías con la vista de arriba abajo, y ni mi sable ni mis espuelas, ni siquiera la estrella que ostento en el cuello, te impondrían. Lilli, por el contrario, respeta a un hombre de acción, adora a los militares, mientras que tú…

—Me he casado dos veces y las dos con militares —contesté riendo.

Durante las comidas, en una cabecera se sentaban mi padre y sus viejos amigos, que llevaban la voz cantante, y también estábamos Friedrich y yo (los jóvenes se sentaban en el otro extremo de la mesa y tenían sus propias conversaciones). En nuestra parte, se hablaba sobre todo de política, tema que siempre ha sido del agrado de los mayores, y encontraban materia abundante de conversación en las negociaciones de paz que a la sazón se seguían. Además, había llegado a ser una convicción entre la mayoría de las personas que los sucesos políticos son el tema de discusión más sólido y serio al que los hombres pueden dedicarse. Ocurría algunas veces que los generales, por galantería y condescendencia hacia la débil inteligencia femenina, decían:

—No creo que esto apenas interese gran cosa a la joven baronesa Martha; estos temas deberían reservarse para cuando estemos solos, ¿no es verdad, encantadora baronesa?

Protestaba e insistía vehemente en que continuasen la conversación, pues en realidad me interesaban sobremanera los acontecimientos del mundo diplomático y militar. No desde el mismo punto de vista que a los caballeros, pero sí sentía deseos de conocer la solución definitiva a la cuestión de Schleswig-Holstein, cuyo desarrollo y orígenes había estudiado tan laboriosamente con motivo de la guerra. Desde luego, suponía que, después de la victoria obtenida, quedaría decidida finalmente la suerte

de los ducados en litigio, pero no acertaba a adivinar en qué sentido. Parecía lo natural que el duque de Augustenburg, el famoso duque de Augustenburg, cuyos derechos seculares habían provocado la guerra, fuese reintegrado en sus posesiones, pero no era así, pues había entrado en liza otro pretendiente. Como si no fueran bastante los Glücksburg, los Augustenburg, los Gottorp, y todas las ramas más o menos directas o colaterales cuyos nombres no acertaba a retener en la memoria, se presentaba Rusia oponiendo un miembro de la familia de los Oldenburg al duque de Augustenburg. El resultado de la guerra era, hasta la fecha, que ni un Augustenburg ni un Glücksburg ni ningún «burg» conservarían los ducados, sino los aliados victoriosos.

He aquí lo que averigüé a propósito de las negociaciones de paz:

1) «Dinamarca cede los ducados a Prusia y a Austria».

Estaba de acuerdo con esta cláusula. Los aliados se apresurarían, por supuesto, a poner a quien tuviera derecho de poseer el reducido territorio que nunca habían tenido intención de conquistar para sí.

2) «Las fronteras se definirían con exactitud».

Estaría muy bien, suponiendo que esta delimitación pudiese ser duradera; pero son lamentables los eternos desplazamientos de las marcas azules y verdes en los mapas que tenemos que sufrir.

3) «La deuda pública se distribuiría a prorrateo entre la población».

No comprendí esta cláusula, porque nunca me dio por estudiar cuestiones de economía ni de hacienda. Si me interesaba la política era por la conexión que tiene con la guerra y con la paz, en las cuales, en calidad de ser humano y de esposa, veía una cuestión vital.

4) «Los ducados pagarían los gastos de la guerra».

Nada más justo. El país había sido devastado, destruidas las cosechas, sus hijos masacrados. Tanta calamidad merecía alguna compensación, y, en efecto: la compensación era pagar los gastos de la guerra.

—¿Qué tenemos de nuevo hoy sobre Schleswig-Holstein? —pregunté cuando la conversación todavía no había derivado al terreno de lo político.

—La última noticia es —me contestó mi padre el 13 de agosto— que el señor Von Beust ha preguntado a la Dieta con qué derecho aceptan los aliados la *cesión* de los ducados por un rey no reconocido por la Confederación como poseedor legítimo.

—La observación me parece muy sensata —repuse—. Habíamos quedado en que el príncipe del Protocolo no podía ser soberano legítimo de un territorio alemán, y ahora aceptáis jubilosos a Cristián IX…

—No entiendes de estas cosas, hija mía. Es una insolencia, una artimaña del señor

Von Beust, nada más. Está claro que los ducados nos pertenecen porque los hemos conquistado.

—Pero no para vosotros, sino para el duque de Augustenburg, según decíais.

—Sigues sin comprender. Los motivos que los gabinetes alegan antes de dar comienzo a una guerra son motivos de fondo después de que han hablado las armas. Las victorias, lo mismo que las derrotas, traen como consecuencia combinaciones nuevas. Los resultados de una guerra determinan modificaciones de proyectos que habrían sido imposibles de prever la víspera.

—De lo que infiero que los motivos alegados eran pretextos y nada más que pretextos.

—Pretextos…, pretextos, no —terció uno de los generales, acudiendo en socorro de mi padre—. Los llamaremos, mejor, ocasiones, circunstancias favorables.

—Si hubiese dependido de mí —repuso mi padre—, después de tomar Düppel y Alsen, no habría aceptado ninguna negociación de paz. Nada más fácil para nosotros que conquistar toda Dinamarca.

—¿Y por qué?

—Para incorporarla a la Confederación.

—Quisiera que me explicases, mi querido padre, cómo hubiese podido halagar tu patriotismo específico austriaco el haber logrado el engrandecimiento de Alemania.

—¿Has olvidado que los Habsburgo han sido emperadores de Alemania, y que quien una vez lo ha sido puede volver a serlo?

—¿Te gustaría?

—Todo austriaco se henchiría de júbilo y de orgullo.

—¿Y si la otra gran potencia alemana acariciase los mismos sueños? —terció Friedrich.

Mi padre se rio ostensiblemente:

—¡La corona del Sacro Imperio Romano Germánico sobre la cabeza de un reyezuelo protestante!… ¡Hablas por hablar, Friedrich!

—No sería imposible que las dos potencias aliadas se disgustasen y vinieran a las manos al disponer del objeto conquistado —intervino el doctor Bresser—. La conquista de las provincias del Elba no fue empresa difícil, pero ¿qué hacer con ellas? El asunto se presta a mil complicaciones. Toda guerra, independientemente de cómo haya sido concluida, encierra el germen de otra nueva guerra. Y es natural, porque los actos de violencia lesionan siempre derechos, y estos derechos lesionados protestan, reclaman, tarde o temprano, y terminan por provocar otro conflicto violento, y éste, otro, y así sucesivamente.

Algunos días más tarde tuvimos otra novedad. El rey Guillermo de Prusia vino a Schönbrunn[67] para hacer una visita a nuestro emperador. Recepciones excepcionalmente calurosas, despliegue de águilas prusianas, himnos prusianos ejecutados por todas las bandas militares, júbilos. Me encantaron tantas demostraciones de estrecha amistad porque pulverizaban en mí los temores

expresados por el doctor Bresser de que ambas naciones iban a caer en la disputa del pequeño territorio. Los periódicos ofrecían expresiones de absoluta confianza en este sentido.

También regocijaron a mi padre las manifestaciones amistosas en Schönbrunn, aunque él no las veía desde el punto de vista de paz, sino, por el contrario, como indicios de nueva guerra.

—Me satisface nuestra alianza con Prusia —dijo— porque con los prusianos reconquistaremos Lombardía con tanta facilidad como hemos conquistado los ducados.

—Se opondrá Napoleón III y Prusia no querrá enemistarse con éste —respondió uno de los generales—. A mi entender, es un mal síntoma que Benedetti, enemigo personal de Austria, haya sido nombrado embajador en Berlín[68].

—Pero, señores —exclamé yo juntando las manos—, ¿por qué no establecen una alianza todos los Estados civilizados de Europa? Me parece que sería lo más sencillo.

Todos se encogieron de hombros, disimulando mal una sonrisa de superioridad. Nadie contestó. Sin duda acababa de cometer una de las tonterías típicas de las damas cuando osan aventurarse por el terreno de la alta política.

Habíamos entrado en el otoño. La paz se firmó en Viena el día 30 de octubre y yo iba a ver realizado mi sueño: la retirada de Friedrich del ejército. Pero el hombre propone y las circunstancias disponen. Sobrevino un acontecimiento que echó por tierra todos nuestros planes: la casa Schmitt & Hijos se vino abajo y en el naufragio perdí mi fortuna personal.

Fue la quiebra en cuestión otra de las consecuencias de la guerra: las murallas, al caer desplomadas al choque de las bombas, arrastran en su caída casas de comercio, bancos e instituciones de crédito…

No quedé, como tantas otras personas, reducida a la miseria: me quedaba mi padre; pero, a falta de una posición independiente, habría sido una locura pensar en el retiro de Friedrich, cuya paga constituía nuestro único ingreso personal. La renta que mi padre iba a señalarnos, y que bastaba para cubrir todas nuestras necesidades, era una razón de más para que Friedrich no pensase en pedir su licencia absoluta. Y yo no podía instarle en este sentido, no podía obligarle a que quedase en una situación desairada frente a su suegro.

No había otra que someterse a lo que tía Marie habría llamado «predestinación». No sé cómo referir la aflicción que me causó esta gran pérdida pecuniaria (se trataba de varios cientos de miles). En mi diario hallo muy pocos datos referentes a nuestra ruina y, por otra parte, son muy crueles los recuerdos que desde entonces han afectado mi memoria para que conserve detalles precisos de tan sensible suceso. Recuerdo únicamente que me costó no pocas lágrimas renunciar al castillo en el aire que me había forjado. En cuanto a la pérdida material, me afectó poco, puesto que, mientras mi padre viviese, podía contar con su apoyo, y a su muerte, con una herencia más que suficiente. El porvenir de mi hijo estaba asegurado gracias a la

herencia de la familia. Además, de la pérdida me consolaba el hecho de que se hubiese firmado la paz. No se veían guerras en perspectiva, podíamos contar con diez, veinte años de tranquilidad, y en ese tiempo…

En virtud del tratado del 30 de octubre, los ducados de Schleswig-Holstein y de Lauenburg quedaron anexionados definitivamente a Prusia y a Austria, con facultad de disponer de ellos libremente. Las dos naciones, unidas por estrechos lazos de amistad, necesariamente debían quedar satisfechas del feliz resultado de la campaña. Luego, por esa parte, ni el más pequeño «punto negro» podía empañar el horizonte. El tremendo fracaso de nuestro ejército en Italia tenía su compensación gloriosa en la campaña de Schleswig-Holstein; y el honor militar carecía de motivos para desear nuevos desquites. En este aspecto estaba tranquila. Una guerra tan reciente hacía, a mi entender, imposible otra en breve plazo. A la lluvia sigue el buen tiempo, y el buen tiempo hace que pronto se olvide la lluvia. Pasados los temblores de tierra, las erupciones volcánicas, los hombres se dedican a reedificar sobre los escombros, sin pensar en nuevos peligros, en la repetición de catástrofes. El elemento esencial de nuestra energía vital residía en el olvido.

Pasamos el invierno en Viena. Friedrich ahora tenía destino en el ministerio de la Guerra, una actividad que prefería al servicio en el cuartel. Pasados los carnavales, mis hermanas y la tía Marie fueron a pasar una temporada a Praga, y el regimiento de Konrad se encontraba en ese momento en la capital bohemia. ¿Fue sencilla coincidencia o elección deliberada de mis hermanas? No puedo asegurarlo, pero diré que, cuando, en presencia de Lilli, aventuré la suposición insinuada, ésta enrojeció y me contestó con un encogimiento de hombros:

—Sabes muy bien que no le quiero.

Mi padre se instaló en su antigua vivienda en la Herrengasse. Nos propuso que fuéramos a vivir con él, pero nosotros preferíamos vivir solos y alquilamos un pequeño entresuelo en el malecón de Francisco José. La paga de Friedrich y la renta que mi padre nos pasaba cubrían con holgura las atenciones de nuestra modesta vida. Como es natural, tuvimos que renunciar a nuestro palco en el Burgtheater, a asistir a los bailes de la corte…, en una palabra: a alternar con «el gran mundo»; pero he de hacer constar que no nos costó gran esfuerzo. Es más: hasta nos agradó poder justificar con nuestra situación pecuniaria lo retirado de nuestra vida. Nos gustaba nuestra vida retirada.

Para un pequeño círculo de parientes y amigos nuestra casa seguía estando abierta. Especialmente mi amiga de la infancia, Lori Griesbach, nos visitaba a menudo, incluso con mucha más frecuencia de la que yo hubiera deseado. Su conversación, que siempre me pareció ligera e insustancial, me parecía ahora cansinamente insípida, y su horizonte intelectual, que siempre había sido estrecho, me parecía ahora aún más restringido. Lori continuaba siendo hermosa, viva y coqueta. En sociedad volvía locas a no pocas cabezas masculinas y se dejaba cortejar. Observé con cierta intranquilidad que Friedrich le gustaba en extremo. En las miradas

que ella le dirigía vi perfectamente claro el deseo de conquistar su corazón. El marido de Lori, habitual concurrente del Jockey-Club, del hipódromo y de todos los escenarios, guardaba tan poca fidelidad a su mujer que su conducta excusaba casi una pequeña venganza por parte de ésta; pero dicho esto, no me convenía que fuese Friedrich el instrumento utilizado por ella para su desquite. Ante ello tendría que hacer algo.

«¡Celosa yo! ¿Estaré de veras celosa?». Enrojecí cuando yo misma me descubrí en semejante agitación. Estaba completamente segura de su amor… Me parecía imposible que pudiese amar a otra mujer como a mí. ¿Amar? No, no; desde luego no; pero, a pesar del amor que me profesaba, ¿no podría tener un capricho, un pasatiempo?…

No me ocultaba Lori el placer que le producía la compañía de Friedrich.

—Eres de envidiar, Martha —me decía—. Tienes un marido encantador. Vigila con cien ojos, pues te lo han de disputar todas las mujeres.

—Tengo confianza ciega en su fidelidad —le respondía.

—¡Ay, querida mía, qué cándida eres! ¿Crees que son compatibles los términos «marido» y «fidelidad»? No te forjes ilusiones. Lee en el ejemplo de mi marido.

—Por Dios, puede que estés mal informada, y, además, no todos los maridos son iguales.

—Todos, todos. ¿Crees que no conozco más de uno de nuestros caballeros que…? Y cuenta que, entre los hombres que me hacen la corte, muchos son casados. ¿Qué es lo que quieren? Está claro que su intención no es explicarme un curso de fidelidad conyugal.

—Pero no imaginarán que tú vas a rendirte a sus galanteos, ¿eh? ¿Pertenece también Friedrich a la falange de tus adoradores? —pregunté riendo.

—Eso no te lo diré a ti, mi querida pavita. ¿No soy bastante franca confesándote que me gusta mucho? Ahora, cuenta tuya es vigilarle, como antes te aconsejé, con cien ojos.

—¡Ah, Lori, los ojos los tengo bien abiertos y precisamente la vigilancia me ha proporcionado ya una sorpresa muy desagradable: la de sorprender en ti ciertas maniobras de coquetería que…!

—Que procuraré disimular mejor en lo sucesivo.

Las dos empezamos a reír, pero no puedo ocultar que yo, tras mis celos disimulados, ocultaba cierta dosis de celos reales, de la misma manera que, tras la frivolidad de las palabras de Lori, se vislumbraba cierta parte de verdad.

El plan de que algún día mi hijo Rudolf se casaría con la pequeña Beatrix seguía en pie. Por supuesto se trataba de un asunto más bien jocoso que serio. La cuestión principal sobre si los corazones de los niños se llegarían a encontrar, sólo podía decidirla el fututo. Que desde el punto de vista mundano, mi Rudolf sería un partido deseable, era seguro, lo que le permitiría ser difícil de contentar. Beatrix prometía ciertamente convertirse en una gran belleza, pero si heredaba de su madre la

coquetería y su espíritu voluble, no la desearía como nuera. Pero todo esto estaba todavía a mucha distancia.

El marido de Lori no había tomado parte en la campaña de Schleswig-Holstein, circunstancia que le desagradó en extremo. También Lori deploraba su mala suerte.

—¡Una guerra tan magnífica y victoriosa! —se quejaba—. No haber podido aprovechar tan hermosa ocasión. Griesbach habría ganado un ascenso; pero me consuela la esperanza de que en la próxima campaña…

—¡Vaya una idea! —la interrumpí—. Pero si no hay posibilidad alguna de guerra… ¿A santo de qué habíamos de tener guerra?

—¿A santo de qué, preguntas? No entiendo ni me interesa entender de esas cosas, pero las guerras llegan sin que se sepa cómo ni por qué. Cada cinco o seis años, por regla general, estalla una guerra. Siempre ha sido así a lo largo de la historia.

—Pero motivos tiene que haberlos también siempre.

—Sí, tal vez; pero ¿quién los conoce? Yo, desde luego, no, y mi marido, tampoco. «¿Por qué se baten?», le pregunté un día durante la última guerra. «No lo sé…, y me da absolutamente igual», respondió encogiéndose de hombros. «Lo único que sé es que se baten y que yo no formo parte de los combatientes», añadió. Oh, Griesbach es militar hasta la médula de los huesos. El cómo y el porqué no interesan a los militares, sino a los diplomáticos. En cuanto a mí, jamás me he roto la cabeza tratando de entender cuestiones políticas; a nosotras las mujeres ni nos va ni nos viene, y no tratamos de entender más; y cuando estalla la guerra, cuando la tormenta se ha desencadenado, la misión de la mujer no es indagar las causas, sino rezar…

—Tienes razón; si no lo más cuerdo, lo más sencillo.

Distinguida señora:

Un amigo, acaso un enemigo, pero de todas suertes una persona bien informada, le avisa que la engañan. Engañada de una manera traicionera. Su marido hipócrita y su amiga haciéndose la inocente se ríen de usted, y de su candor, ¡pobre esposa ciega! Tengo mis motivos para desenmascarar a los culpables. No me mueven consideraciones de amistad hacia usted, porque supongo que esta revelación ha de causarle más pena que alegría. Es posible que sea yo un pretendiente rechazado que se venga. Es natural que usted exija una prueba, sin la cual ningún crédito ha de dar a un anónimo. Incluyo adjunto este mensaje perdido por la condesa Gr***.

Encontré la singular nota una hermosa mañana de primavera en la mesa del desayuno. Friedrich estaba sentado frente a mí ocupado en su correspondencia, mientras yo leía y releía esta carta diez veces. El mensaje que la misma mencionaba venía adjunto, bajo sobre lacrado. No me decidía a abrirlo.

Clavé mis ojos en Friedrich. Aunque estaba absorto en la lectura del diario de la mañana, debió experimentar los efectos de la intensidad de mi mirada, pues dejó caer el periódico y se volvió hacia mí, con su habitual y amorosa sonrisa, me preguntó:

—¿Qué pasa, Martha? ¿Por qué me miras así?

—Quisiera saber si me amas todavía.

—No, claro que no, tiempo hace que no te amo. Si he de ser franco, no te he amado nunca.

—Eso no lo creo.

—Pero ahora en serio, estás pálida, Martha. ¿Alguna mala noticia?

Vacilé. ¿Debía enseñarle la carta? ¿Debía leer antes el mensaje acusador adjunto que aún tenía en mi mano sin abrir? En mi cabeza se agitaban pensamientos encontrados… Mi Friedrich, mi todo, mi compañero, mi esposo, ¿me sería infiel? ¿Él? ¡Ah!, era una sorpresa momentánea de los sentidos, nada más… ¿Acaso no habría en mi corazón indulgencia suficiente para perdonarle?… Pero ¡la falsedad! Y si su corazón me relegaba… y prefería a la seductora Lori…

—Pero habla, Martha; estás como petrificada… Déjame leer esa carta que tanta impresión te ha producido.

Y alargó la mano para coger la carta.

Le di la carta, pero me guardé el mensaje.

Tras leer las primeras líneas, lanzó un exabrupto de cólera y, levantándose airado, exclamó:

—¡Qué infamia! ¿Dónde está esa pretendida prueba?

—Aquí la tengo, aún sin abrir. Dime una sola palabra, Friedrich, y la arrojo al fuego. No quiero ninguna prueba de tu engaño.

—¡Oh, mi adorada, mi tesoro! —exclamó abrazándome—. ¡Mi tesoro! ¡Mírame bien a los ojos! ¿Puedes dudar de mí? Con prueba o sin prueba, ¿no te basta mi palabra?

—Sí —contesté, arrojando el mensaje a la chimenea.

No cayó en la lumbre, sino junto a las brasas y Friedrich lo recogió precipitadamente.

—¡No, no; no quiero que sea destruido! Tengo curiosidad. Quiero que lo leamos juntos. No recuerdo haber escrito a tu amiga nada que dé motivo de sospecha semejante.

—Pero tú le gustas, Friedrich…, te ha arrojado el pañuelo.

—¿De veras?… Bueno, veamos ese documento. Es verdad, reconozco mi letra, pero mira, son las dos líneas que me dictaste hace dos semanas, cuando la herida que habías tenido en la mano te impedía escribir.

Mi Lori:

Te espero hoy a las cinco; siento verdadera impaciencia por verte.

Martha (aún inválida).

—El que ha encontrado este mensaje no ha comprendido el sentido del paréntesis

que sigue a la firma. Es un *quid pro quo*[69] verdaderamente cómico. Gracias a Dios no se ha prendido este precioso mensaje. Ahora está probada mi inocencia, ¿o tienes todavía sospechas?

—Desde que me miraste a los ojos se disiparon. ¿Sabes, Friedrich?, me habría hecho muy infeliz, pero te hubiera perdonado. Lori es coqueta, muy bella… Dime: ¿no te ha hecho insinuaciones? Niegas con la cabeza… Claro, tienes el deber de callar. El hombre, haya aceptado o no, nunca debe vender a la mujer que le ha ofrecido sus favores.

—¿Conque me perdonarías un pequeño desliz? ¿Luego no eres celosa?

—¡Oh, sí! Me atormentaría el corazón… Si te imaginase a los pies de otra mujer, saboreando los besos de sus labios… y para mí reservaras sólo frialdad, sería horrible. Pero nunca podría creer en la extinción de nuestro amor. La unión de nuestras almas es demasiado íntima, pero…

—Te comprendo, pero no temas que empiece a sentir por ti lo que un marido después de las bodas de plata. Nuestro matrimonio es joven. Todo mi ardor juvenil (a pesar de mis cuarenta años) es tuyo. En el mundo entero no hay más que una mujer, y esa mujer eres tú. Por lo demás, si en algún momento apareciese alguna tentación, tengo la firme voluntad de rechazarla. La dicha del lazo que nos une como esposos es demasiado bella para comprometerla cediendo a una seducción pasajera. Has hecho de mí, Martha, un hombre absolutamente feliz, y me has colocado por encima de lo que llaman placer, goces, embriaguez. Soy poseedor de lingotes de oro y por ello desdeño el cobre.

Yo le escuchaba extasiada.

En el fondo estaba agradecida al autor del anónimo, a quien le era deudora de tan dulces emociones. Y cada palabra la consigné en mis cuadernos rojos. Hoy las encuentro fechadas en el primero de abril de 1865… ¡Cuántos años han pasado desde entonces!

Friedrich, por el contrario, estaba furioso contra el calumniador y se proponía averiguar quién era y hacer justicia. Yo supe quién era el mismo día y averigüé los motivos y los propósitos que le impulsaron a dirigirme aquella carta.

Por la tarde fui a visitar a mi amiga Lori. Mi intención era enseñarle la carta y ponerla en antecedentes de que tenía un enemigo que la acusaba falsamente y reír a continuación con ella de la equivocación a que dio motivo el mensaje dictado por mí a Friedrich.

Ella se rió mucho más de lo que yo hubiera supuesto.

—¿Entonces te espantaste con la carta?

—Un disgusto mortal, y el caso es que ha sido un verdadero milagro que no quemase el mensaje sin leerlo.

—En cuyo caso la broma hubiera fallado.

—¿Qué broma?

—Sí, porque probablemente habrías creído que yo te engañaba con tu marido.

Déjame que aproveche la ocasión para confesarte algo que hice en una hora loca. Fue en la comida que tuvimos en casa de tu padre, yo estaba sentada junto a Tilling, y sin duda como consecuencia de haber bebido demasiado champán, le ofrecí mi corazón, por así decirlo, en bandeja…

—¿Y él?

—Él me dijo al momento que te amaba por encima de todo y que te guardaría fidelidad hasta la muerte. La broma no ha tenido más objeto que hacer que aprecies en todo su valor al marido fenomenal que tienes.

—Pero ¿de qué broma hablas continuamente?

—¿No has adivinado que la autora de la carta era yo?

—¡Tú!… No sabía nada.

—¿No has dado la vuelta al mensaje adjunto? Mira, en la parte de atrás está mi nombre y la fecha: primero de abril.

Pasado el tiempo, siempre pasado el tiempo, descubrí que esta capacidad de aproximación de dos corazones enamorados pertenece a esa clase de cosas que no conoce límites, a veces basta una circunstancia externa cualquiera para determinar una compenetración, un enlace, una fusión más completa todavía.

Éstas fueron para nosotros las consecuencias de la inocentada, de bastante mal gusto, de Lori y de una fiebre tifoidea que contraje poco después y que me tuvo seis semanas postrada en cama. El suceso fue doloroso; no obstante, he conservado alegres recuerdos en el sentido expuesto más arriba: la influencia de una circunstancia externa en el proceso de una aún mayor unión entre dos corazones. Yo no sé si fue temor de perderme lo que acrecentó la ternura, ni si vi yo en su solicitud una manifestación más intensa de su ternura; pero lo cierto es que, durante y a raíz de mi convalecencia, me consideré amada con un amor más grande, con un amor más seguro.

Era evidente que me daba miedo la muerte. Primero, porque me habría costado una terrible pena resignarme a perder una vida tan querida y tan bella, a no envejecer con Friedrich, a no ver crecer a Rudolf; y segundo, porque pensaba en el dolor en el que caería Friedrich si me perdía… No, no: las personas dichosas no pueden sentir desprecio hacia la muerte. En la gravedad de mi estado me ponía en la situación del soldado en el campo de batalla que oye silbar las balas alrededor de su cabeza, que ama la vida y sabe que su muerte sumirá en la desesperación a seres que le son muy queridos.

—El soldado, al menos, tiene conciencia de que cumple con su deber —me contestó Friedrich, un día que le hice partícipe de mis pensamientos—. El enfermo, en cambio, no la tiene. Soy de tu opinión en lo tocante a morir con indiferencia, y con ánimo sereno. Los hombres felices no mueren tranquilos, no pueden: únicamente los desesperados, aquellos que no tienen nada que perder en una existencia pacífica, o aquellos para los que la muerte supone una liberación de una opresión insoportable.

Al verme fuera de peligro saboreé las delicias de mi convalecencia y mi renacer.

Fue una fiesta para ambos. Nuestra alegría nos recordaba nuestro reencuentro después de la guerra de Schleswig-Holstein, aunque la índole de una y otra diferían un poco. En aquella ocasión nos sorprendió la dicha como sorprende la caída del rayo; y ahora se infiltraba gota a gota, estábamos cada vez más y más unidos.

Mi padre me dio pruebas de gran preocupación durante mi enfermedad, venía a verme a diario, y, sin embargo, me constaba que mi muerte no le habría roto el corazón. Mucho más que a mí quería a sus dos hijas solteras, y el predilecto era Otto. Mi segundo matrimonio, muy en particular mi segundo matrimonio, pero más que nada mis opiniones contrarias a las suyas, nos habían alejado. Una vez que me hube restablecido por completo, se trasladó a Grumitz y me pidió que le acompañase junto con Rudolf. Pero puesto que Friedrich no podía venir con nosotros por motivos del servicio, opté por una estancia en el campo en las cercanías de Viena, preferí alquilar una casita de campo en Hietzing, donde mi marido vendría a visitarme todos los días.

Acompañadas como siempre por la tía Marie, mis hermanas fueron a Marienbad. En su última carta desde Praga, Lilli me había escrito, entre otras cosas:

> Debo confesarte que el primo Konrad empieza a agradarme. Si durante los últimos cotillones me hubiese dirigido la gran pregunta, creo que le habría contestado «Sí», pero no ha sabido aprovechar el momento favorable. Al despedirnos, aventuró una nueva proposición; pero de nuevo le di calabazas. ¡Ah, el pobre Konrad! De tal suerte me ha habituado a su pregunta: «¿Quieres ser mi esposa, Lilli?», que, mecánicamente, mi boca responde: «No, no quiero». Esta vez, sin embargo, añadí: «Hazme esa pregunta dentro de seis meses». Quiero examinar mi corazón durante el verano. Si su ausencia me causa anhelos, si su imagen que ahora me acosa despierta y dormida, continúa acosándome en Marienbad; si en otoño, durante la próxima temporada de caza, ningún otro me causa alguna impresión, entonces ese terco de Konrad recogerá el fruto de su perseverancia.

Correspondiente a la misma época encuentro la siguiente carta de la tía Marie (la única suya que conservo):

Mi querida niña:

No puedes imaginarte cuán desastrosa ha sido para mí la pasada temporada de invierno. ¡Con qué anhelo deseo que Lilli y Rosa se casen cuanto antes! Mas no creas que son partidos lo que les falta, que bien habrán distribuido entre las dos, durante los últimos carnavales, su docena de calabazas, sin incluir en el número la que está dirigida al perenne Konrad. Y en Marienbad me espera más de lo mismo. Preferiría estar en Grumitz o vivir en tu compañía; pero he de continuar desempeñando cerca de mis sobrinas el penoso e ingrato papel de señora de compañía.

Me produce gran alegría saber que tu restablecimiento es completo. Ahora que el

peligro ha pasado, puedo decirte que tu estado nos produjo una gran preocupación. Las cartas de tu marido, durante algún tiempo, respiraban desesperación; temía verte morir de un momento a otro. Gracias a Dios, ahora todo ha pasado. La novena que mandé hacer en las Ursulinas para implorar tu curación produjo felices efectos. Dios ha querido que vivas para que eduques al pequeño Rudolf y le encamines por los senderos de la virtud. Dale un beso de mi parte y recomiéndale que sea aplicado. Le envío dos libros: *El niño piadoso y su ángel de la guarda* y una maravillosa historia, *Héroes de la patria*, una colección de relatos bélicos para niños. Son máximas que conviene inculcar a los niños desde pequeños. Apenas había cumplido tu hermano Otto los cinco años, le explicaba la historia de las empresas de Alejandro Magno, de César y de otros conquistadores famosos; ver cómo le apasionan ahora todos los asuntos heroicos, es un placer.

He sabido que pasas el verano en los alrededores de Viena en vez de ir a Grumitz. Haces mal. Los aires de Grumitz te convendrían más que los polvorientos de Hietzing, aparte de que dejas solo a tu pobre padre y se aburre. Probablemente es a causa de tu marido por lo que no quieres ir. Me parece que descuidas algún tanto tus deberes filiales. Tilling podría ir de cuando en cuando a pasar un día a Grumitz, aparte que no conviene, y es lección que te da mi experiencia, que los esposos estén constantemente juntos. Los matrimonios verdaderamente felices son aquellos en que marido y mujer se conceden cierta libertad mutua. Adiós. Cuídate, evita una recaída, y no dejes de meditar en lo que te digo con respecto a Hietzing. Que el Cielo te proteja y cuide de nuestro Rudi, el objeto más ferviente de las oraciones de tu tía.

Marie.

P. D. —Puesto que tu marido tiene parientes en Prusia (por suerte no tan arrogantes como sus compatriotas), pregúntale qué opinión tienen allí sobre la situación política. Según aseguran, es muy grave.

La carta de mi tía me recordó que las «situaciones políticas» tienen el privilegio de gozar de una existencia perdurable, algo que había olvidado todo este tiempo. Con anterioridad y después de mi enfermedad seguí leyendo muchos diarios, revistas y libros pero dejando a un lado los editoriales de los periódicos. Desde que no me perseguía el pensamiento temible: «¿Tendremos guerra?», ningún interés me merecía la política interior y exterior; pero la posdata de la carta de mi tía me movió a percatarme de la situación política actual.

—Dime, señor prusiano, puesto que eres menos arrogante que tus compatriotas: ¿qué significa ese «muy grave» de mi tía? ¿Existe en la actualidad una situación política de gran amenaza?

—Por desgracia, sí; la situación política existe siempre, de la misma manera que hay siempre una temperatura ambiente; y ten cuenta que tan engañosas son las

primeras como las segundas: tan engañosas y tan volubles.

—Vamos, explícate: ¿se trata aún de los famosos ducados? ¿No está la cuestión resuelta?

—Más que antes se habla de ello. Y en cuanto a resuelta, en absoluto. Los habitantes de Schleswig-Holstein quieren verse libres de los orgullosos prusianos, como les llaman ahora. «Antes que prusianos, daneses», es la señal que han dado los Estados centrales. El trillado himno de Schlewig-Holstein[70] ha sido enriquecido con la variación:

Schleswig-Holstein stammverwandt
Schmeißt die Preußen aus dem Land[71].

—¿Y el duque de Augustenburg? ¿Será su soberano? No me digas, Friedrich, no me digas que no lo quieren… ¡Por la defensa de los derechos de ese personaje, por la defensa de ese pobre país frente a la opresión danesa, estalló una guerra que tanto daño nos ha hecho a ti y a mí! Déjame el consuelo de creer que ese duque famoso ha sido reintegrado en sus derechos y reina sobre todo el territorio. Insisto sobre la «totalidad», porque ella constituye un derecho histórico antiquísimo, reconocido hace muchos siglos, y cuyos orígenes me ha costado ímprobo trabajo desembrollar.

—Las reivindicaciones históricas ya no se contemplan, mi pobre Martha —me contestó riendo—. El nombre del duque de Augustenburg no aparece más en sus protestas y manifiestos.

A partir de aquel día me dediqué de nuevo a seguir el curso de la política, y he aquí lo que logré poner en claro:

Ninguna decisión en firme existía, a pesar del protocolo firmado cuando la Paz de Viena. La cuestión de Schleswig-Holstein había pasado por toda clase de fases, pero continuaba sin resolverse. Los Glücksburg y los Augustenburg se apresuraron, después de la abdicación de los Oldenburg, a tomar parte en el asunto, a presentar sus reclamaciones ante la Dieta. Lauenburg había expresado sus deseos de ser incorporado al reino de Prusia, y nadie sabía exactamente lo que los aliados harían con las provincias conquistadas. De estas dos potencias se suponía que cada una quería aprovecharse de la otra.

¿Qué es lo que quiere ahora Prusia? He aquí la pregunta, llena de amenazas, que se hacía Austria, los estados centrales y los ducados. Se decía que Napoleón III aconsejaba a Prusia la anexión de los ducados, excepción hecha de la parte norte de Schleswig, donde se habla el danés. Pero Prusia no pensaba en ello, por el momento al menos. El 22 de febrero de 1865 se dignó formular sus pretensiones, que eran como sigue: tropas prusianas continuarían ocupando el país; las fuerzas de tierra y las de mar se pondrían a disposición de Prusia; con la excepción de un contingente destinado a la Confederación. Prusia tomaría posesión del puerto de Kiel; correos y

telégrafos dependerían de la administración prusiana y los ducados formarían parte de la Unión Aduanera.

Estas exigencias sentaron pésimamente, no sé por qué, a nuestro ministro Mensdorff-Pouilly[72]. Y aún peor a los Estados del centro, aunque, si he de decir lo que siento, no sé por qué, previsiblemente por una cuestión de envidia. Pidieron a gritos que el duque de Augustenburg fuese puesto inmediatamente en posesión de los ducados. También Austria quiso disponer algo, y, sin consideración alguna a los derechos del duque, admitió la pretensión de Prusia sobre el puerto de Kiel, pero oponiéndose a la recluta de marineros forzados.

Puesta la cuestión en este terreno, prosiguieron sin tregua ni descanso las discusiones. Prusia declaró que sus reclamaciones sólo se habían hecho en interés de Alemania y no pretendían ninguna anexión. Si se sometía a las condiciones indicadas, el duque de Augustenburg podía acceder al disfrute de su derecho hereditario; pero si no se reconocían las legítimas pretensiones expuestas, Prusia, en tono amenazante, declaraba que la pondrían en la tesitura de ser más exigente. Sus amenazas se contestaron con burlas, malicia y provocación. En Austria y en los Estados del centro, la opinión pública se declaró contra Prusia y, particularmente, contra Bismarck. Los Estados del centro propusieron, el día 27 de junio, que las grandes potencias abrieran una información; pero, como el procedimiento no encajaba en los usos diplomáticos, las grandes potencias rechazaron la moción y continuaron negociando entre sí. El rey Guillermo viajó a Gastein, el emperador Francisco José a Ischl; oficiaba de correveidile de ambos el conde Blome[73], y al fin se pusieron de acuerdo en determinados puntos: la ocupación sería mitad prusiana, mitad austriaca; Lauenburg, de conformidad con sus deseos, se incorporaría a Prusia, y Austria recibiría dos millones y medio de táleros en concepto de indemnización. Ni un mínimo de satisfacción patriótica me produjo esta cláusula última. Suponiendo —y es de suponer que no había de ser— que la insignificante suma indicada se repartiera entre los treinta y seis millones de austriacos, ¿qué vendría a ser ésta para cada uno de ellos? La parte que a mí me correspondiese, por ejemplo, ¿compensaría los cientos de miles depositados en Schmitt & Hijos que la guerra me había hecho perder? Y a los desgraciados que lloraban la muerte de algún ser querido en los campos de batalla ¿les sería compensación adecuada?… Debo reconocer de todas suertes que el tratado firmado en Gastein el 14 de agosto me regocijó. La palabra «tratado» parece pletórica de promesas de paz. No comprendí hasta más tarde que los tratados internacionales no suelen dar otros resultados que los de producir nuevos *casus belli*[74]. Uno de los estados contratantes encuentra, cuando quiere, ocasión para acusar al otro de haber violado el pacto, y las espadas vuelven a salir de sus vainas.

Repito que el tratado de Gastein me regocijó y tranquilizó. Las diferencias parecían zanjadas. El general Gablenz, el apuesto general Gablenz[75], ídolo secreto de las mujeres, fue nombrado gobernador de Holstein, y Manteuffel, de Schleswig. Hube de renunciar al ideal que me había formado de la indivisibilidad de los ducados

garantizada en 1460. El duque de Augustenburg se presentó una vez en el país con objeto de hacerse aclamar por sus partidarios, pero Manteuffel le indicó con mucha cortesía que, si volvía sin su autorización, le mandaría prender sin falta. A quien el hecho no le parezca una buena broma de la musa Clío, no entiende la comicidad de la historia.

A pesar del Tratado de Gastein, no dejé en calma la cuestión; desde que la tía Marie con su carta me había alarmado, volví a leer con regularidad los editoriales de la prensa y me informé sobre cómo evolucionaban las opiniones, de modo que pude seguir de nuevo con exactitud las diferentes fases del litigio. No temía que éste llevara a una guerra, pues ésta podía darse tras la ruptura de procesos legales, y todas las reuniones consultivas entre ministros, hombres de estado y monarcas se estaban produciendo bajo el signo de la cordialidad. Era más mi curiosidad que la preocupación la que me llevaba a seguir este incidente, cuyos diferentes estadios fui anotando en mis cuadernos rojos:

1.º de enero de 1866. En la asamblea de delegados en Fráncfort se aceptaron los siguientes acuerdos: 1) El derecho a la autodeterminación del pueblo de Schleswig-Holstein. El Tratado de Gastein es rechazado por considerarlo una violación a la ley de la nación. 2) A todos los representantes de los pueblos que han sufrido acosos de violencia por parte de políticas anteriores, se les eximirá de impuestos y empréstitos.

15 de octubre. El síndico heredero prusiano dicta su sentencia sobre los derechos hereditarios del príncipe de Augustenburg. Su padre ha renunciado a su derecho de sucesión en el trono por una suma de un millón y medio de táleros especiales. En el Tratado de Viena, los ducados se rindieron, de ahí que los Augustenburg no tengan nada que exigir.

Una impertinencia, una usurpación, en estos términos se hablaba en Berlín y la «arrogancia Prusia» se había convertido en una muletilla. «Contra la que había que protegerse», se había aceptado por dogma en todas partes. «El rey Guillerno parece querer desempeñar el papel de un Víctor Manuel alemán». «Austria tiene motivos secretos para reconquistar Silesia», «Prusia está de parte de Francia»… *et patati et patata*, como dicen los franceses… *Tritschtratsch* se dice en alemán, y se cultiva en las tertulias de café de las pequeñas ciudades con más celo que en los consejos de ministros de las grandes potencias.

El invierno reunió a toda la familia de nuevo en Viena. Rosa y Lilli se habían divertido mucho en el balneario bohemio, pero ninguna se había prometido. Las acciones de Konrad estaban a la alza. Durante la temporada de caza había ido a Grumitz, y aunque la palabra decisiva no se había pronunciado, ambos estaban íntimamente convencidos de que finalmente serían una pareja.

Tampoco en aquellos días de otoño, a pesar de la presión de mi padre, me había

dejado ver. Friedrich no había tenido vacaciones y separarme de él era un pesar que, si no había necesidad, prefería evitar. El segundo motivo por el que durante hacía tiempo me había distanciado de mi padre, era que no quería que mi pequeño Rudolf cayera en la influencia del abuelo, porque éste siempre quería inculcar al niño la inclinación militar. El deseo a una profesión a la que yo no quería inclinar a mi hijo y que, no obstante, ya se había despertado en él. Posiblemente lo llevaba en la sangre. El retoño de una larga serie de guerreros debe llevar en él por naturaleza el instinto guerrero. En las obras sobre ciencias naturales, a cuyo estudio me dedicaba con pasión, había aprendido sobre el poder de la herencia y sobre la existencia de un llamado «poder congénito», es decir, el impulso que ejercen las costumbres transmitidas a través de nuestros antepasados.

Por su cumpleaños, su abuelo le volvió a traer un sable.

—Bien sabes, padre —le recalqué—, que Rudolf no va a ser militar. Tengo que pedirte en serio que…

—Vas a hacer de él un niño enmadrado, ¿no? Espero que no lo consigas. La buena sangre del soldado no miente… Cuando el chico haya crecido, elegirá por sí mismo su profesión, no hay ninguna más bella que la que tú le prohíbes.

—Martha teme —dijo la tía Marie, que estaba acostumbra a estas conversaciones — exponer a su único hijo a peligros, pero olvida que cada uno está destinado a morir, una suerte que le alcanza tanto en la cama como en la guerra.

—Entonces, si en una guerra caen cien mil hombres, ¿morirían también los mismos en tiempos de paz?

La tía Marie no tuvo inconveniente en responder:

—Esos cien mil estaban predestinados a morir en la guerra.

—¿Pero si los hombres fuesen sensatos y no empezasen ninguna guerra? —mencioné.

—Eso no es posible —grito mi padre, y con ello estuvo servida la controversia que a menudo mi padre y yo disputábamos.

Por una parte, las mismas aseveraciones y principios, por otra, las contraafirmaciones y los mismos principios opuestos. No había nada que conjugase tan bien con este continuo monstruo de opiniones que la fábula de Hidra[76]. Tan pronto se había presentado la cabeza de un argumento, comenzaba el segundo, y como el monstruo acuático, se generaban dos argumentos por cada uno que fuera rebatido. Además, mi padre tenía una serie de posturas a favor de la guerra que eran imposibles de amputar:

1) Las guerras las dispone Dios, Señor de los Ejércitos, véanse las Sagradas Escrituras.

2) Siempre ha habido guerras, y, por consiguiente, siempre habrá guerras.

3) Sin este diezmo ocasional de la población, la humanidad crecería de forma desproporcionada.

4) Periodos continuos de paz producen relajamiento y debilitan, y como las aguas estancadas, acaban en corrupción y, especialmente, degeneran la moral.

5) Las guerras son el mejor medio para poner en práctica el autosacrificio, el heroísmo, en una palabra, para fortalecer el carácter.

6) Los hombres siempre se pelearán. La perfecta armonía de todas pretensiones es imposible, dado que los diferentes intereses lo impiden; por tanto, una paz eterna es en sí una contradicción.

Ninguna de estas máximas, en particular ninguna de las consecuencias contenidas en ellas se comprobaban. Pero de cada una se sirve su defensor como escudo, cuando las otras se le van cayendo. Y cuando el nuevo escudo cae, ya ha vuelto a recomponer el antiguo. Por ejemplo, si el triunfador de una guerra, puesto entre la espada y la pared, tiene que confesar que la paz es mucho más humanitaria, más satisfactoria, más favorable a la cultura que la guerra, dirá: «Oh, sí, la guerra es vil pero inevitable», porque núm. 1 y núm. 2 muestran cómo podría llegar a evitarse (por medio de la alianza entre estados, el arbitraje, etc.). Es decir: sí se podría evitar, pero no se debe evitar, porque núm. 4 y núm. 5. El abogado de la paz mostrará las objeciones y probará que, por el contrario, «la guerra embrutece y deshumaniza a los hombres». De acuerdo, pero núm. 3. También este argumento se cae porque sabido es que la naturaleza mira por sí misma, «los árboles no crecen en el cielo» y para ello no se necesita la existencia del hombre. Tampoco es éste el resultado de los que detentan el poder a la hora de poner en práctica las guerras… Admitido, pero núm. 1. La disputa no tiene fin. El defensor de la guerra siempre tiene razón, sus argumentos se mueven en círculo, de modo que siempre se pueden seguir, pero nunca se llega a nada. La guerra es un mal terrible, pero tiene que ser… Ciertamente, no es necesario, pero es un gran bien. Esa falta de consecuencia, de honestidad lógica.

En la época a que me refiero, no me daba yo cuenta tan exactamente de lo que vengo diciendo hoy. Fue después cuando me habitué a seguir con método el desarrollo de una idea, merced a mis propias luces y a las ajenas.

Todo esto intentaba aclarárselo a mi padre cuando por entonces discutíamos sobre el tema guerra y paz; sólo más tarde me acostumbré a seguir con atención las objeciones en mi propia cabeza y en la de los demás. Me acuerdo que siempre acababa agotada y excitada tras estas discusiones y ahora puedo constatar que aquella fatiga se debía a ese continuo proceder en círculo al que mi padre me obligaba. La conclusión era un encogimiento de hombros compasivo por parte de mi padre y la frase: «Tú no lo entiendes», palabras que en boca de un viejo general suenan ciertamente muy justificadas cuando van dirigidas a una mujer joven.

El Fin de Año de 1866, la familia se encontraba reunida en casa de mi padre, sentada a la mesa. Era un acontecimiento festivo. Celebrábamos el noviazgo de Konrad y Lilli y al mismo tiempo el Fin de Año. En el momento de sonar las doce y cuando en las calles empezaba el bullicio, nuestro terco primo, ciñendo con su brazo

la cintura de Lilli y estampando, para sorpresa de todos, un beso en sus labios, le preguntó:

—¿Me querrás en el año que ahora comienza?

—Sí, Konrad; te quiero.

Todas las copas se alzaron como por encanto; durante algunos minutos todo fueron apretones de manos, abrazos, enhorabuenas y bendiciones.

—¡Vivan los novios!

—¡Brindo por la dicha de Konrad y de Lilli!

—¡Hijos míos, que Dios bendiga vuestra unión!

—¡Mi enhorabuena, querido primo!

—¡Sé dichosa, hermana!

Se apoderó de todos una feliz emoción. Acaso no todos estaban exentos de una cierta envidia, porque si la muerte representa el más triste, el más lamentable acontecimiento, el amor sancionado por una unión llamada a provocar nuevas vidas es el más dichoso, el más envidiable de los sucesos de la existencia. En mí la envidia no cabía, puesto que estaba en posesión de toda la ventura que se prometen los novios no casados; más que envidia experimentaba algo así como temor, temor de que la dicha de Lilli no fuese tan completa como la mía. Konrad es muy bueno, sí; pero Friedrich…, en el mundo no había más que un Friedrich.

Mi padre puso fin al tumulto de congratulaciones golpeando su copa con la sortija que llevaba en su dedo meñique y levantándose a continuación para hablar:

—¡Queridos hijos, queridos amigos! —comenzó diciendo más o menos—. Bien se inicia el año 1866, puesto que su primera hora me trae la realización de uno de mis deseos más queridos: ver a Konrad convertido en mi yerno. Esperemos también que, durante el transcurso del año que ahora se inaugura, Rosa encuentre su media naranja y la cigüeña no olvide hacer una visita a Tilling y Martha… Ojalá este año, querido doctor, lleve a su clínica innumerables pacientes, aunque esto no va a ser fácil dado los millones de buenos deseos que se prodigarán hoy… Y a ti, mi querida Marie, ojalá… (mi voto es condicional, quiero decir, suponiendo que no vaya en contra de tus ideas de predeterminación, pues conozco y respeto su fatalismo), deseo que te toque el premio gordo de la lotería, que ganes indulgencia plenaria y que consigas cuanto pueda agradarte… A ti, Otto, te deseo una distinción brillante en los exámenes finales y todas las virtudes militares, y todo el caudal de ciencia necesario para que seas un día orgullo del ejército y de tu anciano padre… En cuanto a mí, que también creo tener derecho a desearme algo, como nada anhelo tanto como la gloria y la prosperidad de Austria, hago votos porque, dentro del año que ahora empieza, vuelva a nuestras manos Lombardía, o ¿qué sé yo?…, la provincia de Silesia. ¿Quién sabe, quién puede saber lo que por esa parte nos está reservado? No es imposible, ni mucho menos, que arranquemos de las manos de esos insolentes prusianos esa provincia que en otro tiempo arrebataron ellos a la gran María Teresa…

Recuerdo que el final del discurso de mi padre produjo los efectos de un chorro

de agua fría. ¿Lombardía y Silesia? No veíamos la necesidad de que fueran incorporadas a los dominios de Austria. El voto de mi padre implicaba el oculto deseo de una guerra con todas las agonías, los horrores, perspectiva que se armonizaba muy mal con la alegre noticia de los esponsales de Konrad y de Lilli.

Me permití responder:

—No, padre mío, hoy también es el principio de año para los italianos y los prusianos…, no les deseemos ningún mal. Deseemos que todos los hombres, durante este 1866, lo mismo que durante los sucesivos, vivan mejor, más unidos y más felices.

Mi padre se encogió de hombros:

—¡Oh, tú, idealista! —exclamó compasivo.

Friedrich vino en mi auxilio.

—Nada de eso. El deseo expresado por Martha no tiene nada de idealista —dijo —. Su realización está en cierta manera asegurada científicamente. Desde el comienzo de los tiempos hasta ahora, los hombres han conseguido ser mejores, más felices y estar más unidos, pero con tal lentitud que no nos basta un período de pocos años para poder apreciar el avance.

—Si crees en ese progreso, ¿cómo me explicas tus diatribas constantes contra el retroceso, el retorno a la barbarie? —remarcó mi padre.

Friedrich sacó del bolsillo un lápiz y trazó en una hoja de papel una línea en espiral.

—Esta línea representa perfectamente la marcha de la civilización —contestó—. A pesar de las curvas que describe, siguiendo un movimiento retrógrado, la línea avanza, avanza siempre. Puede ocurrir que el año que comienza corresponda a una de estas curvas retrógradas, sobre todo si nos depara una nueva guerra, como es de temer. Las guerras, tanto si se consideran desde el punto de vista moral como desde el material, imprimen a la cultura un movimiento decidido hacia atrás.

—No hablas como un soldado, mi querido Tilling.

—Hablo de un modo general, mi querido suegro. Mi opinión puede ser verdadera o falsa, si ésta se corresponde con la de un militar o no es otra cuestión, porque la verdad es una en todas partes… Si una cosa es roja…, trataremos de asegurar que es azul, si él lleva un uniforme azul y negro, ¿cuándo lleva una sotana negra?

—¿Una… qué?

Mi padre tenía la costumbre de fingir cierta sordera cuando una discusión no era de su agrado. Ante un «qué» habría que haber repetido toda la discusión…, y pocas personas tienen esa paciencia de repetir, dejan que la conversación decaiga por sí sola.

Aquella misma noche, al volver a nuestra casa, sometí a mi marido a un interrogatorio:

—¿Qué has dicho a mi padre? ¿Qué es posible que tengamos otra guerra este año? No quiero que vayas a ninguna guerra, ya lo sabes; no quiero y no quiero.

—¿De qué sirve, Martha querida, «no quiero y no quiero»? Cuanto mayores sean las probabilidades de guerra, menos posible me será solicitar mi retiro. Habría podido hacerlo inmediatamente después de la campaña de Schleswig-Holstein…

—¡Fue una desgracia que la casa Schmitt & Hijos…!

—Se amontonan tantos nubarrones en estos momentos…

—Crees entonces que…

—Creo que todos estos nubarrones se disiparán. Me parece imposible que las dos grandes potencias vengan a las manos por dos ducados insignificantes en el Norte. Pero basta que existan amenazas de guerra para que mi petición de retiro pudiera ser interpretada como cobardía. Seguro estoy de que me comprendes.

Tuve que conformarme con aquellos motivos. Pero procuré aferrarme a la esperanza de aquellas palabras: «Los nubarrones se disiparán».

A partir de aquel momento, seguí con mayor interés todos los incidentes de la política. Me fijaba con ansiedad en lo que decían los periódicos, en las manifestaciones de la opinión pública, así como también en las conversaciones privadas. «¡Armarse, armarse!», era la consigna general. Prusia se arma solapadamente. Austria se arma solapadamente. Prusia pretende que somos nosotros los que nos armamos. Mentira. La que se arma es ella. Prusia protesta porque nos armamos, sin consideración a que, si nos armamos, es porque se arman los demás. ¿Hay quien se atreve a garantizarnos el desarme de los otros si nosotros nos desarmamos? Tal era la cantinela que constantemente zumbaba en mis oídos.

—Pero ¿a qué viene tanto preparativo bélico si no existe intención de atacar? —pregunté un día a mi padre.

—*Si vis pacem, para bellum*[77] —me contestó—. Nos armamos porque las precauciones nunca dañan.

—¿Y los demás por qué se arman?

—¡Oh! Ellos, porque tienen intención de atacarnos.

—Ellos dicen que se arman para ponerse a cubierto de nuestras agresiones.

—Pero mienten.

—Eso decimos nosotros, pero ellos aseguran que es Austria la que miente.

—Claro, necesitan un pretexto que justifique sus armamentos.

Imposible salir de este círculo vicioso. Porque entre ambas partes existía la misma falta de sinceridad…

Sólo para impresionar al enemigo… Es imposible que dos potencias que deseasen la paz se entregaran a tal sistema de armamentos. Augurios… De sobra saben los diplomáticos lo que encubren las ceremonias y los discursos oficiales…

Los preparativos bélicos continuaron con febril actividad durante los primeros meses del año.

El día 12 de marzo mi padre se presentó radiante de alegría en mi casa.

—¡Hurra! —gritó desde la puerta—. ¡Traigo noticias excelentes!

—¿El desarme? —pregunté aliviada.

—¿Desarme? Al contrario. Ayer se reunió el Gran Consejo de Guerra. Contamos con efectivos inauditos. Ya pueden esconderse los arrogantes prusianos. En una hora ponemos ochocientos mil hombres sobre las armas, y Benedeck[78], nuestro mejor estratega, se pondrá al frente de ese ejército con facultades ilimitadas. En confianza te digo, hija mía, que la Silesia es nuestra en cuanto queramos.

—¡Dios mío! —exclamé con desesperación—. ¿Es posible que estalle otra guerra? ¿Qué monstruo se deja influir hasta ese punto por la ambición, por el espíritu de conquista?

—Cálmate, hija mía, que ni somos ambiciosos ni ambicionamos conquistas. Queremos (es decir, no yo exactamente, pero sería suficiente conque se nos devolviera Silesia), el gobierno quiere la paz, innumerables veces lo ha asegurado. La cifra colosal de nuestro ejército activo (tal como informó ayer el Gran Consejo de Guerra al emperador), lejos de ser amenaza de guerra, impondrá respeto a los que la desean, atemorizará a las demás potencias… Prusia, sobre todo, bajará la voz y no se atreverá a seguir llevando la voz cantante… Gracias a Dios seremos nosotros los que digamos la última palabra en el asunto Schleswig-Holstein, y no toleraremos nunca que otro gran estado de la Confederación adquiera en Alemania posición predominante… Está empeñado en ello nuestro honor, nuestro prestigio, y acaso nuestra existencia. Tú no entiendes de estas cosas, ¿verdad?… Te diré que, en el fondo, se trata de una lucha por la hegemonía. En realidad lo que menos nos importa es el insignificante Schleswig; lo esencial lo ha puesto de relieve el informe del Consejo de Guerra, a saber, quién, entre los descendientes de los príncipes electores de Brandenburgo, o de la línea del Sacro Imperio, debe ocupar el rango primero y dictar las condiciones al otro. Creo que no se turbará la paz; pero si persiste Prusia en sus pretensiones arrogantes e impertinentes y hace inevitable la guerra, estoy convencido de que la victoria será nuestra. La guerra representaría para nosotros ventajas tan enormes que es casi de desear que estalle…

—Tú la deseas, ya lo sé, padre, y como tú posiblemente todos los que integran el Gran Consejo de Guerra; pero entiendo que deberíais tener el valor de vuestras convicciones, deberíais no engañar al pueblo y a los partidarios de la paz, afirmando que los armamentos, el aumento de efectivos militares, las peticiones de créditos, persiguen el afianzamiento de la paz. Ya que queréis enseñar los dientes y agitar los puños, no mintáis, al menos; sed francos. Ya que sentís impaciencia de batiros, no digáis que lleváis una mano al puño de vuestra espada por pura prudencia…

Un largo rato continué hablando de esta suerte, con voz temblona y emoción creciente, sin que mi padre, que me miraba estupefacto, intentase contestarme.

Al final rompí en llantos.

A partir de entonces siguió una época de alternativas esperanzas y angustias. Un día se decía: «No hay cuidado, la paz está asegurada», y al siguiente: «La guerra es inevitable». La opinión más general era la última. No porque la situación apuntase hacia un sangriento desenlace, sino que la experiencia ha demostrado que, una vez

lanzada la palabra «guerra», se podrá debatir con mayor o menor tesón, pero acaba siempre por imponerse. El pequeño e invisible huevo que contiene el *casus belli* se incubará tanto tiempo que al final el monstruo acabará saliendo.

Diariamente anoté en mis cuadernos rojos todas las fases del debate, y gracias a ello pude comprender entonces y ahora todos los incidentes políticos que prepararon y desataron la terrible guerra del año 1866. A falta de esas notas, los acontecimientos serían para mí tan poco comprensibles como suele serlo para los contemporáneos cualquier hecho histórico. La inmensa mayoría de la nación ignora cómo y por qué ha estallado una guerra. Sólo se observa cómo durante un tiempo se va aproximando, hasta que un día llega. Se forma la nube y estalla, y una vez desencadenada la tormenta, nadie piensa en inquirir la índole de los intereses mezquinos o las insignificantes divergencias que bastaron para provocarla; todos se preocupan de los gravísimos acontecimientos que aquélla originará. Terminada la campaña, se acuerdan a lo más de las agonías y trastornos personales que ha causado, o de los triunfos y ventajas obtenidos; pero de las causas políticas que dieron origen al conflicto nadie se acuerda. En las diferentes obras históricas en las que bajo el título *La guerra del año* se presentan hechos históricos y estratégicos, enumerándose los movimientos estratégicos y tácticos, quien tenga interés tendrá que circunscribirse a esta única fuente de información, pero en la memoria de los pueblos esta historia tiene vida muy efímera. También los sentimientos de odio y entusiasmo, exasperación y esperanza de victoria, con los que la población saluda al principio de la guerra, sentimientos que se pueden resumir en el lema «La guerra es muy popular», también éstos desaparecen en un par de años.

El 24 de marzo, Prusia lanzó una circular en la que se quejaba del rearme austriaco, que interpretaba como amenaza. Si no abogamos intenciones agresivas, ¿por qué no suspendemos nuestro rearme? Pero ¿cómo suspenderlo, cuando Prusia ponía en condiciones de defensa todas las fortalezas de Silesia y movilizaba, el día 28 del mismo mes, dos cuerpos de ejército?…

El 31 de marzo, ¡Dios sea loado!, Austria desmintió los rumores referentes a los rearmes secretos que circulaban; afirmó que no tenía la menor intención de atacar a Prusia y pedía, en consecuencia, que ésta suspendiera sus preparativos de guerra.

Prusia respondió que nunca había pensado poner en marcha la ofensiva contra Austria, pero que, en vista de los armamentos de ésta, se había visto en la necesidad de adoptar medidas defensivas.

Como una canción a dos voces el proceso continuaba con términos semejantes a éstos:

—Mi armamento tiene carácter defensivo.

—Tu armamento tiene carácter ofensivo.

—Puesto que tú te armas, fuerza es que me arme yo.

—¿Te armas tú? Entonces me armo también yo.

—Armémonos, pues: armémonos sin tregua.

Los periódicos ofrecían el acompañamiento orquestal a este dúo. Los editoriales de la prensa atizaban el fuego con la denominada política coyuntural. Excitaban, difamaban, se vanagloriaban, calumniaban. Aparecían publicaciones históricas sobre la guerra de los Siete Años, cuyo objeto era reanimar odios antiguos.

Intercambio constante de notas diplomáticas. El día 7 de abril, Austria, sin dejar de desmentir oficialmente su rearme, reprodujo la declaración verbal de Bismarck hecha recientemente a Károlyi: «Es sencillo pasar por encima del Tratado de Gastein». Entonces ¿dependía el destino de los pueblos de dos señores diplomáticos que con más o menos buen humor conversaban sobre tratados? ¿Qué significan los tratados si su observancia depende única y exclusivamente de la buena voluntad de los contratantes, y ninguna autoridad superior garantiza su cumplimiento?

Prusia contestó el 15 de abril a la nota de Austria que la acusación carecía de fundamento, y persistía en justificar sus armamentos atribuyéndolos a los elementos de guerra que Austria acumulaba en sus fronteras. Si Austria no abrigaba intenciones agresivas, debía tomar la iniciativa en el desarme.

El gabinete de Viena respondió: «Estamos dispuestos a proceder al desarme el día 25, siempre que Prusia se comprometa a hacer otro tanto en la misma fecha».

Prusia accedió.

¡Qué peso me han quitado de encima! A pesar de tantas amenazas, la paz no se turbaría ya. Con verdadero placer consigné la buena noticia en los cuadernos rojos.

Pero demasiado pronto. Surgieron nuevas complicaciones. Austria declaró que estaba dispuesta a ordenar el desarme en el Norte, pero que la actitud amenazante de Italia le impedía hacer otro tanto en el Sur.

Prusia contestó: «Si Austria no se desarma por completo, nosotros continuaremos en pie de guerra».

Intervino a su vez Italia haciendo saber que, sin tener propósito de agresión, en vista de las últimas declaraciones de Austria, se veía obligada a armarse también.

Y ya tenemos al bello dúo de la defensiva cantado a tres voces.

Dejo que me adormezca esta melodía, suponiendo que ninguna de las tres potencias osará ser la primera en atacar. Creo que la guerra es imposible, que las naciones se han armado por precaución defensiva, pero que sus armamentos no ponen en peligro la paz.

¡Qué desilusión! ¡Hay tantas maneras de iniciar las hostilidades fuera de la ofensiva directa!… Quien desea el conflicto puede recurrir a injerencias, a reclamaciones arbitrarias a propósito de un tercer país en litigio a sabiendas de que serán rechazadas por injustas; puede pretextar violaciones de tratados antiguos, que hay necesidad de defender con las armas en la mano, y, en último término, queda siempre el eterno principio del «equilibrio europeo», que se vería amenazado si este o aquel estado adquiere preponderancia desmedida. Ése es un peligro que exige una intervención enérgica. Los sucesos se precipitan a partir de este momento. Austria se decide por la causa del duque de Augustenburg; Prusia ve en su actitud una violación

del Tratado de Gastein y la intención formal de romper las hostilidades. Prosiguen con febril actividad los armamentos: Sajonia, por su parte, también se arma. La excitación aumenta día a día. ¡La guerra es inminente!, ¡la guerra es inminente!, anuncia el conjunto de la prensa y todas las conversaciones. Yo me veo como quien navega por un mar alborotado…

En Europa no hay hombre más detestado que Bismarck. El 7 de mayo se libró de una tentativa de asesinato. ¿Tenía esperanzas el asesino, Blind[79], de conjurar la tempestad por medio del crimen? ¿El éxito de su atentado la habría conjurado?

Recibimos de Prusia cartas de la tía Cornelie que aseguraban que allí nadie deseaba la guerra, mientras que aquí reinaba el entusiasmo general ante la idea de una guerra contra Prusia y se miraba con orgullo a nuestro «millón de soldados elegidos». Según ella, allí reinaba, por el contrario, la discordia, la confusión más completa en las esferas políticas y en la opinión popular. Bismarck era tan antipático en su país como en el nuestro. Circulaban rumores según los cuales la *Landwehr* se negaría a tomar parte en la «guerra fratricida»; aseguraban que la reina Augusta se había arrojado a los pies del rey suplicándole que se opusiera a la guerra. ¡Ah! ¡Con toda mi alma me habría arrodillado a su lado arrastrando a todas las mujeres! ¡Sí, sí! ¡La paz! … ¡Abajo las armas! ¡Si nuestra hermosa emperatriz hubiese caído también de rodillas a los pies del emperador para suplicarle, con las manos juntas, que ordenase el desarme! Quizá lo haya hecho. ¡Quién sabe si el emperador habría impuesto su voluntad de mantener la paz! Pero la presión de la opinión pública, de esa opinión que fabrican, dirigen y exaltan los oradores, los vocingleros, los amigos de dar consejos, y, sobre todo, la prensa…, un hombre solo, aunque ocupe el trono, no es bastante para resistirla.

El día 1 de junio, Prusia declaró ante la Dieta que estaba dispuesta a ordenar el desarme inmediato. Austria y Sajonia daban ejemplo. El gabinete de Viena acusó llanamente a Prusia de abrigar, desde mucho tiempo antes, propósitos agresivos contra Austria, ayudada por Italia, y declaró su decisión de pedir a la Confederación que se encargara de solucionar inmediatamente el asunto de los ducados y de convocar a los estados de Holstein.

Prusia protestó contra semejante violación del Tratado de Gastein, que equivaldría a volver al Tratado de Viena, es decir, al régimen de *condominium*. En este caso, a cambio del derecho, que no disputaba a Austria, de ocupar Schleswig, Prusia se arrogaba el de posesión sobre Holstein, y, de buenas a primeras, hizo que sus tropas lo ocuparan. El general Gablenz se conformó con protestar y se retiró.

Con anterioridad, Bismarck había publicado una circular que decía, entre otras cosas: «No hemos hallado en Viena el menor deseo de conciliación». Es más, había llegado a oídos del rey por voces fidedignas, a saber, hombres de Estado austriacos y consejeros del emperador (*Trischtratsch*[80]), que los ministros querían a toda costa la guerra (que deseaban un genocidio: ¡qué horrible y asesina acusación!), confiando que la victoria sería suya y viendo en la indemnización de guerra que impondría a los

prusianos el medio de salir de los apuros financieros que dificultaban su progreso (perspicacia de Estado).

El día 9 de junio disputó Prusia a la Dieta el derecho de zanjar la cuestión de Schleswig-Holstein y presentó un proyecto de nueva confederación, de la cual serían excluidos los Países Bajos y Austria.

La prensa abogaba unánime por la guerra y se declaraba, de conformidad con las exigencias del verdadero patriotismo, plenamente convencida de la victoria. La posibilidad de una derrota no debía rozar siquiera la mente de ningún súbdito leal llamado a empuñar las armas por su soberano o por la patria. Diversos editoriales hablaban ya de la entrada de Benedeck en Berlín y del saqueo de la ciudad por los croatas. Otros pedían la desaparición, la destrucción total de la capital de Prusia. Saquear, arrasar una ciudad, pasar a cuchillo a sus habitantes eran expresiones corrientes en la prensa y en las conversaciones particulares, por más que no se correspondieran con la conciencia actual de los derechos de los pueblos. Ellas provenían de los estudios escolares sobre las antiguas guerras históricas, los adolescentes las aprendieron de memoria, escribieron redacciones en la clase de alemán sobre el tema «guerra», y luego las reproducía maquinalmente su pluma cuando escribían un artículo periodístico.

El desprecio que merecía el enemigo no encontraba frases lo bastante drásticas para expresarlo. A los soldados prusianos los llamaba la prensa vienesa «aprendices de sastre». El general adjunto conde Grünne había afirmado: «Enviaremos a esos prusianos a su casa a patadas». Así es como se da popularidad a una guerra. Y esto fortifica la conciencia nacional.

El 11 de junio, Austria reclamó la intervención de la Confederación contra la conducta prusiana en Holstein y exigió la movilización de las tropas de la Confederación. Su moción se sometió a votación el día 14 de junio y resultó rechazada por nueve votos contra seis. ¡Oh, esos tres votos! ¡Cuántos gritos de lamento y de dolor han producido el eco de esos tres votos!

¡Se acabó! Los embajadores han recibido sus pasaportes. El día 16 de junio la Dieta requirió a Austria y a Baviera para que acudieran a socorrer a Sajonia y Hannover, atacados por Prusia.

El día 18 apareció el manifiesto de guerra prusiano, al mismo tiempo que el del emperador de Austria a su pueblo, así como la proclamación dirigida por Benedeck a sus tropas. El 22, el principe Friedrich Karl lanzó una orden a sus tropas; con ello se iniciaba la guerra.

He aquí los cuatro documentos.

El rey Guillermo dijo:

> Incapaz de olvidar que sus príncipes reinaron en otros tiempos sobre Alemania, Austria no acierta a ver en la joven Prusia un compañero, sino más que un rival hostil. Prusia ha intentado por todos los medios a su alcance combatir

todas sus aspiraciones, persuadida de que los intereses de las dos naciones son contradictorios. Austria pretende hoy debilitar, destruir, aniquilar, deshonrar a su rival, y, sin miramientos, viola los tratados. Nos vemos en Alemania cercados por todas partes de enemigos, cuya consigna es la humillación de Prusia. Hasta el último momento hemos buscado un camino, un sendero que nos condujera a una inteligencia cordial. Austria no ha querido seguirme.

El emperador Francisco José dijo a su vez:

Los últimos sucesos han demostrado de un modo evidente que Prusia está decidida a suplantar el derecho por la fuerza. Ella es la que ha hecho inevitable esta guerra funesta de alemanes contra alemanes. Que la responsabilidad de las desventuras que van a caer sobre el país caigan sobre las cabezas de los que las han desatado. Difícilmente podrán olvidar que de su desatinada conducta habrán de dar cuenta ante el tribunal de la historia y ante el trono del Dios todopoderoso.

Siempre es el «otro», siempre es el enemigo el que desea la guerra. Siempre es el «otro» el que desea colocar sobre el derecho la fuerza. Entonces, ¿por qué es aún posible, según el derecho internacional, que esto ocurra? Una «funesta guerra» porque se enfrentaban «alemanes contra alemanes». Muy cierto: tenemos ya un punto de vista más elevado, una concepción que coloca sobre Prusia y sobre Austria a Alemania. Un paso más y llegaremos a la noción de una unidad superior que condenará como fraticida toda guerra de hombre contra hombre, a saber, de hombre civilizado contra hombre civilizado. ¿De qué sirve invocar al «tribunal de la Historia»? ¿Acaso no sabemos que la Historia glorifica siempre al que triunfa? ¿No se ha pronunciado siempre ante el vencedor? ¿No le ha aclamado, desde que hay mundo, como apóstol de una idea civilizadora? ¡Contradicción sobre contradicción! Se pretende presentar como santos dos principios contradictorios: la guerra y la justicia, el odio nacional y el amor al prójimo.

Y Benedeck se dirigió a sus tropas en los siguientes términos:

Vamos a encontrarnos frente a una fuerza militar integrada por dos elementos: la tropa de línea y la *Landwehr*. La primera la forman jóvenes no habituados a las fatigas y a las privaciones, muchachos que jamás se encontraron en batallas significantes, y la segunda la componen hombres poco seguros. La parte de la población que la integra no oculta el descontento con que ve la guerra, y con mayor gusto derribaría su propio gobierno, que vendría contra nosotros. Como consecuencia del dilatado período de paz que ha atravesado, el enemigo no cuenta con un solo general que haya demostrado su suficiencia en los campos de batalla… ¡Veteranos de Mincio y de Palestro! No dudo de que, guiados por vuestros viejos jefes, encanecidos en los combates, consideraréis una especial

honra destruir a tan pequeño adversario. Pone el enemigo su confianza en la superioridad de su fusil de aguja: pero abrigo la seguridad de que, con vosotros, de poco le ha de servir su decantado fusil. Cuento con que no le dejaremos ni tiempo para utilizarlo, porque caeremos sobre él con la bayoneta y lo aniquilaremos a culatazos. Una vez le hayamos puesto en dispersión, penetraremos, con la ayuda de Dios y espada en mano, hasta el corazón del país enemigo, donde podréis descansar y disfrutar de las compensaciones que se merece un ejército victorioso.

He aquí, finalmente, lo que dijo el príncipe Federico Carlos:

¡Soldados! La pérfida Austria, pisoteando la alianza sin previa declaración de guerra, ha violado, hace ya algún tiempo, las fronteras de Prusia con la Alta Silesia. Habría podido yo, por mi parte, franquear las fronteras de Bohemia, pero no lo he hecho, y he preferido dilatar hasta hoy la ejecución de las medidas que nos obligan a tomar. Hoy mismo penetraremos en territorio enemigo con el fin de evitar la invasión del nuestro. ¡Que Dios nos guíe! (¿Es el mismo Dios, con cuya ayuda Benedeck ha prometido vencer al enemigo?). En él ponemos nuestra confianza, puesto que reina sobre los corazones de los hombres, sobre el destino de los pueblos y sobre el éxito de las batallas. ¿No nos dicen las Sagrada Escrituras: «Elevad hacia Dios vuestros corazones y mostrad los puños a vuestro enemigo»? En esta guerra están comprometidos, vosotros lo sabéis muy bien, los intereses más sagrados de nuestra querida Prusia, su existencia misma. El enemigo no disfraza su deseo de aniquilarla. La sangre vertida por nuestros padres durante el reinado de Federico el Grande, y la que, muy recientemente, regó en Düppel y en Alsen, ¿no servirá de nada? ¡Jamás! Queremos mantener la integridad y Prusia y, merced a nuestras victorias, hacerla más fuerte y poderosa. Sabremos mostrarnos dignos de nuestros padres. Confiamos en aquel Dios que les fue tan propicio. ¡Ojalá nos favorezca con su auxilio y bendiga las armas de nuestra adorada Prusia! Y ahora, ¡adelante! ¡Siempre adelante, entonando nuestro antiguo grito de guerra: «¡Con Dios, por el rey y por la patria! ¡Viva el rey!».

Libro cuarto

(1866)

De nuevo se ha desencadenado el mayor de los infortunios y, no obstante, la población lo ha recibido con el acostumbrado entusiasmo. El regimiento partía (¿en qué condiciones regresaría?) y los deseos de victoria y el griterío de los chicos callejeros lo acompañaban.

Algún tiempo antes de la declaración de guerra, Friedrich, había sido enviado a Bohemia. Todavía me parecía posible, por entonces, una solución pacífica al tema de los ducados. Pude, pues, librarme esta vez de la agonía que necesariamente produce el adiós desgarrador de quien va directamente a la guerra.

Hacía quince días que me encontraba sola cuando mi padre vino triunfante a anunciarme: «Ya empieza». En los últimos días estaba a la espera de esa noticia como el condenado a muerte en su celda está a la espera de la sentencia que le ha de llevar al patíbulo.

Bajé la cabeza y no contesté nada.

—Ten valor, hija mía —repuso mi padre—; la guerra no durará mucho. En un día o dos estaremos en Berlín… Sano y salvo volvió tu marido de Schleswig-Holstein, y sano y salvo volverá de Prusia, cubierto de nuevos laureles. Es posible que, dado su origen prusiano, le sea penoso tener que batallar contra los prusianos; pero desde que se puso al servicio de Austria, es uno de los nuestros en cuerpo y alma… ¡Ah, esos prusianos! ¡Esos arrogantes prusianos! ¡Pretenden arrojarnos de la Confederación, esos prusianos farsantes! Se arrepentirán cuando Silesia vuelta a ser nuestra, cuando los Habsburgo…

Interrumpí con movimiento de mano:

—Padre…, por favor, déjame sola.

Debió creer que sentía la necesidad de llorar, y como las escenas de ternura le eran más bien detestables, accedió a mi deseo y se fue.

No lloré. Me parecía como si acabase de recibir un golpe ensordecedor en la cabeza. Permanecí con la mirada fija, la respiración desigual y jadeante, inmóvil el cuerpo.

Luego, me dirigí a mi escritorio, saqué los cuadernos rojos y escribí:

> Se ha pronunciado la sentencia de muerte. Millares de hombres van a morir. ¿Será Friedrich uno de ellos?… En ese caso, moriré también yo… ¿Quién soy yo para no morir como los otros miles? ¡Oh! ¿Por qué no habré muerto ya?

El mismo día recibí de Friedrich las líneas siguientes:

¡Mi querida esposa! ¡Sé valiente, sé fuerte! Muy felices hemos sido, pero la dicha terminó para nosotros, como para otros desde el Decreto. Sin embargo, aunque nos alcance la desventura, nuestra felicidad pasada, al menos, nadie podrá arrebatárnosla. Hoy entraremos en combate con el enemigo. Es posible que entre ellos reconozca a algunos de mis antiguos compañeros de armas, que se batieron a mi lado en Düppel y en Alsen…, tal vez a mi pequeño primo Gottfried… Avanzamos sobre Liebenau, formando en la vanguardia mandada por el conde Clam-Gallas. No esperes cartas de hoy en adelante, porque me será imposible escribirte. Pudiera ser que hallase manera de enviarte una o dos líneas, pero, como es muy problemático, no las esperes. A lo mucho, si se ofrece la ocasión, una línea como señal de que vivo. Quisiera encontrar una palabra, para el caso en que hubiese de ser la última, que pudiera encerrar y expresar todo mi amor, y no encuentro más que ésta: ¡Martha! Ya sabes todo lo que para mí significa.

Konrad Althaus también tuvo que ir a la guerra. Sus ojos lanzaban rayos de ardor bélico, y en su violento odio contra los prusianos hallaba la fuerza suficiente para expresarse con entusiasmo; la despedida, sin embargo, le apenó mucho. Dos días antes de su orden de marcha había llegado la autorización que tenía solicitada para contraer matrimonio.

—¡Oh, Lilli, Lilli! —repetía con acento desgarrador cuando se despidió de su prometida—. ¿Por qué has tardado tanto? ¡Quién sabe si volveré!

Mi pobre hermana se arrepentía, lloraba, porque se había enamorado al fin apasionadamente del hombre a quien durante tanto tiempo había desdeñado. Cuando se fue Konrad, la desdichada se arrojó llorando a mis brazos.

—¿Por qué no le di antes el «sí»? ¡Ahora sería su mujer!

—¡Y la separación te sería mil veces más dolorosa, mi pobre Lilli!

Sacudió negativamente la cabeza. Mejor que ella, tal vez, comprendí lo que pasaba en su corazón: verse obligados a separarse con probabilidades de no volver a reunirse, sin conocer la dicha del amor. Sí, sin duda, esta circunstancia hace doblemente penosa, más amarga, la tristeza de una separación.

Mi padre, mis hermanas y la tía Marie se trasladaron a Grumitz. Me dejé convencer con facilidad y los seguí con mi hijito. Ausente Friedrich, mi hogar me parecía un hogar muerto. No lo hubiera soportado. Era extraño: me consideraba ya tan viuda, con la vida concluida, como si la declaración de guerra hubiese sido la sentencia inapelable de muerte de Friedrich. A veces, sin embargo, en mi sorda tristeza penetraba un rayo de esperanza: «Vive y puede que vuelva»; pero casi al momento me asaltaba la horrible visión que sembraba el espanto en mi alma… ¿Estará herido de muerte? Quizás en este instante se retuerce presa de insoportables dolores; quizás agoniza en el fondo de un foso. Sobre su cuerpo ensangrentado pasan

los carros de la artillería; hormigas y mosquitos pululan sobre sus heridas abiertas, los encargados de reconocer el campo de batalla le encuentran desmayado, rígido, le creen muerto y le entierran, vivo, con los cuerpos despedazados de los que perdieron la vida. Vuelve en sí y…

Un alarido desgarrador disipó aquella horrible visión:

—¿Qué pasa, Martha? —me preguntó mi padre—. Perderás la razón si no echas de tu mente ideas tan lúgubres. ¿Por qué has de tener siempre esas tristes visiones? ¡Es un pecado!

Con frecuencia le había confesado la causa de mis angustias, lo que desesperaba e indignaba a mi padre.

—Cometes una indecencia y una insensatez —continuaba—. Tienes el extraño capricho de forjarte fantasía sin sentido. No dejan abandonado sobre el campo de batalla a un militar de graduación como tu marido. Además, no hay que pensar semejantes cosas; es un crimen, es profanar la guerra fijarse en detalles tan insignificantes, cuando no debemos ver en ella más que la grandiosidad del conjunto. No hay que pensar en ello.

—Sí, sí, no pensar —contesté—. Cierto, eso es lo que se hace frente a los inmensos sufrimientos humanos. No pensar: sobre este principio se apoya siempre la barbarie.

Nuestro médico de cabecera, el doctor Bresser, no se encontraba esta vez en Grumitz, había ido voluntario a la guerra con el cuerpo sanitario. También yo había pensado si no debería ir en calidad de enfermera.

Sí, no habría vacilado en hacerlo si me hubiesen asegurado que podría encontrarme cerca de Friedrich y encargarme de su curación si caía herido. Pero ¿para cuidar a otros? ¡No! Me habrían faltado las fuerzas y la abnegación necesarias. Ver agonizar y morir, escuchar gemidos de millares de heridos sin poder socorrerlos, oír tantos lamentos, presenciar tantas miserias, ser testigo de tantos horrores, exponerme yo misma sin poder ser de ninguna utilidad a Friedrich… No, no; no tenía valor para tanto. Por otra parte, mi padre me aseguró que no sería admitida aunque lo solicitase, porque en los hospitales de campaña tales servicios se confiaban a los equipos sanitarios militares y, en todo caso, a las hermanas de la caridad.

—Lo único que podrías hacer —me dijo— sería confeccionar gasas y vendas para las asociaciones patrióticas de auxilio a los heridos. Sí, eso es lo que deben hacer mis hijas, yo os suplico que a esa tarea aportéis todo vuestro celo, y de antemano os bendigo por ello.

Tal fue, en efecto, la ocupación a la que dedicábamos mis hermanas y yo la mayor parte de las horas del día. Rosa y Lilli se entregaban a ella con dulce y alegre gesto. Viendo los esponjosos paquetes de gasas y las docenas de vendas cuidadosamente enrolladas, mis hermanitas experimentaban las sensaciones que sienten las hermanas de la caridad; creían escuchar suspiros de satisfacción y encontrar las miradas rebosantes de gratitud de los heridos en quienes aquéllas se empleaban. Casi llegaron

a formarse una idea no desprovista de encanto acerca del estado de los heridos. Nos imaginábamos a los soldados que habían tenido la suerte de sobrevivir al combate acostados en blandas y limpias camas, cariñosamente atendidos, cuidados y hasta mimados; se los imaginaban mecidos por un semisueño dulce, del que no salían hasta que se encontraban con la realidad de su curación y su inmediato retorno a casa, y pasado el tiempo contarían que fueron heridos en la batalla de X.

Mi padre, por su parte, las apoyaba en sentimientos tan ingenuos:

—¡Bravo, hijitas mías, bravo! Siempre trabajando con ahínco por nuestros valientes soldados. Por experiencia puedo hablaros del bien que produce un paquetito de gasas sobre una herida. Cuando recibí en Palestro un balazo en la pierna… — etcétera.

Yo suspiraba sin decir nada. Conocía otras historias de heridas muy diferentes de las que a él le gustaba tanto contar, sus historias se parecían a las anécdotas habituales de los veteranos que se asemejan a la realidad poco más o menos como se parece la vida miserable de los pastores a los cuadros pastoriles de Watteau.

¡La Cruz Roja!… Conocía los sentimientos de piedad inmensa, de dolorosa abnegación que sirven de base a esta institución. Seguía con interés el curso de las reuniones tenidas en Ginebra; había leído el escrito de Dunant, que fue el punto de partida de la institución[81]. Un alarido de dolor y de conmiseración, desde la primera palabra hasta la última, es este escrito. Este noble ginebrino, después de volver de la batalla de Solferino, se apresuró a intentar ayudar, en la medida que podía. Contó al mundo todo lo que había visto. Una cifra colosal de heridos abandonados por espacio de cinco, de seis días, sin socorro alguno… Hubiese querido auxiliarlos a todos, pero ¿qué podía hacer él solo ante tan inmenso infortunio? Vio a desventurados cuya vida habría podido salvar una gota de agua, una migaja de pan; vio a otros que, respirando todavía, fueron arrojados precipitadamente a la fosa, y no pudo hacer otra cosa que denunciar al mundo entero la insuficiencia de los recursos de que disponen las administraciones militares en cuanto a ayuda y cuidado a los heridos tras una batalla. Había nacido la Cruz Roja.

Austria no se había adherido todavía a la Convención de Ginebra. ¿Por qué? Porque en Austria toda idea nueva, por sencilla, por bienhechora que sea, ha de reñir combate contra la inercia. La ley de la pereza. La violencia de la santa dejadez… Decían: «La idea es hermosa, pero impracticable». También había oído repetir a mi padre este argumento, emitido por muchos delegados cuando se celebró la Conferencia de 1863: «Impracticable, y si fuese practicable, desde varios puntos de vista sería indecorosa». Porque los cuerpos militares no pueden aceptar en el campo de batalla la cooperación privada. Además: ¿dónde hallar garantías contra el espionaje? ¿Y la cuestión económica? ¿No son, acaso, bastante considerables los gastos que ocasiona la guerra? Los enfermeros voluntarios serían una carga enorme para la intendencia, y si se dispone que éstos se aprovisionen directamente en el país ocupado, ¿no resultará, para la intendencia, una concurrencia enojosa y un

encarecimiento inevitable?

¡Oh, esa sabiduría administrativa! Tan tosca, erudita, tan objetiva, tan empapada de sensatez y… tan inauditamente estúpida.

El primer encuentro entre nuestras tropas y el enemigo tuvo lugar el día 25 de junio en Liebenau, Bohemia. Mi padre nos trajo, con su habitual triunfalismo, la nueva siguiente:

—¡Soberbio comienzo! —dijo—. Bien claro se ve que el Cielo está de nuestro lado. Importante es que esos prusianos farsantes hayan topado de buenas a primeras con nuestra famosa «Brigada de hierro», ya sabeís, la Brigada de Poschacher[82], que tan épicamente defendió Königsberg[83], en Silesia. ¡Así verán lo que es bueno!

(El correo siguiente trajo la noticia de que la brigada en cuestión, que formaba parte de la vanguardia mandada por Clam Gallas, se había retirado a Podol después de cinco horas de combate. Ignoraba que Friedrich figuraba en ella y no supe hasta algún tiempo después que el general Horn había atacado Podol aquella misma noche y se había producido un violento combate a la luz de la luna).

—Más feliz es aún —continuó diciendo mi padre— el comienzo en el Sur que en el Norte. En Custozza hemos alcanzado una victoria brillantísima. Siempre lo he dicho, niñas. Recobraremos Lombardía… ¿No os alegráis? Considero que la guerra está decidida. Ahora que hemos aniquilado a los italianos, que disponían de un ejército regular y disciplinado, podremos barrer a puntapiés a esos «aprendices de sastre[84]». ¡Mira que venirnos con esa *Landwehr*! Realmente es preciso toda la inconcebible fatuidad prusiana para soñar que tropas semejantes puedan medirse con un auténtico ejército como el nuestro. Arrancan de sus talleres, de sus oficinas, a pobres gentes que desconocen la guerra, que no están habituadas a sus esfuerzos enormes, para oponerlas al avance de nuestros invencibles soldados. Escuchad lo que dice la *Wiener Zeitung*[85] el 24 de junio:

> En la Silesia prusiana se han presentado muchos casos de peste bovina y parece que es de un tipo especialmente alarmante…

—¡Peste bovina! ¡Alarmante! ¡He aquí —dije yo moviendo la cabeza— los nuevos motivos de alegría que nos sirven en tiempo de guerra!… Es perfecto que haya postes negros y amarillos en la frontera, así la peste no puede cruzar.

Pero mi padre, sin oír mi observación, continuó su regocijante lectura:

> Reina la fiebre entre las tropas prusianas del Neisse; parece que es consecuencia del insalubre terreno pantanoso, lo mísero del campamento y de las privaciones de toda clase que sufren las divisiones amontonadas en los pueblos inmediatos. Es imposible formarse idea en Austria del trato que se da al soldado prusiano. Los *junkers*[86] creen que con sus hombres pueden permitírselo todo:

dan seis onzas diarias de carne de cerdo por toda comida a un soldado que no está acostumbrado a la fatiga ni a las marchas forzadas.

—Todos los periódicos están llenos de noticias excelentes, pero la más gloriosa de todas es la brillante victoria alcanzada en Custozza. Deberías guardar estos periódicos, Martha.

Los he guardado, en efecto, y habría que hacerlo siempre. Cuando surge un nuevo conflicto internacional, convendría dedicar algunas horas a la prensa correspondiente de la guerra anterior, y se apreciarían entonces en su justo valor los vaticinios y presunciones, y también los informes y relatos. Es muy instructivo.

Desde el Cuartel General del Ejército del Norte, con referencia al plan de campaña de los prusianos, se escribió el 25 de junio: «Según las últimas noticias, el Cuartel General Prusiano ha sido trasladado al este de Silesia». (A continuación viene una enumeración detallada de los movimientos y tomas de posiciones proyectados por el enemigo. Sin duda, el autor del artículo tenía idea más clara y precisa del plan prusiano que los mismísimos Moltke y Roon)[87]. Afirmaba que la intención de Prusia era oponerse a la marcha de nuestro ejército sobre Berlín, objetivo que no vería logrado gracias a las medidas adoptadas por nuestro Estado Mayor (una vez más nuestro corresponsal especial conocía esas medidas mejor que el mismo Benedeck). Con total confianza se pueden aguardar los informes favorables del Ejército Norte, que llegan, aunque no tan rápidamente como la ansiedad del pueblo los espera, sí son más decisivos e importantes.

La *Neue Frankfurter Zeitung*[88] refería el siguiente incidente producido al paso por Múnich de las tropas austriacas de nacionalidad italiana:

> Entre las tropas recientemente llegadas a Múnich se encuentran batallones de línea. Como el resto de las tropas que han pasado por la capital bávara, han sido aclamadas y festejadas, en uno de los establecimientos situados en las cercanías de la estación. Cada uno pudo convencerse de la desbordante alegría de los venecianos al pensar que iban a batirse contra los enemigos de Austria. [Callaba el articulista que un ejército de borrachos se entusiasma fácilmente por cualquier causa]. En Würzburg, la estación ha sido invadida por un regimiento austriaco de infantería de línea. Parecía que estaba formado exclusivamente por venecianos. Igualmente festejados y agasajados [léase borrachos] como los otros, no sabían cómo exteriorizar la inmensa satisfacción que les producía ir a batirse contra los perturbadores de la paz [de dos partidos que buscan la guerra es siempre el *otro* el que rompe la paz]. Los vivas se prolongaron indefinidamente.

¿No sabe usted Sr. Cada Uno que no hay nada más contagioso que los gritos de viva y que las estaciones han sido construidas para el griterío de los soldados; y que mil voces gritando juntas no son la expresión de un sentimiento único expresado por

mil, sino la confirmación del natural instinto de imitación?

En Böhmisch-Trübau[89], el mariscal de campo Benedeck había publicado ante el Ejército del Norte los tres boletines que relataban la victoria alcanzada por el Ejército del Sur, y añadía una orden del día concebida así:

En nombre del Ejército del Norte, he dirigido al Ejército del Sur el siguiente telegrama: «El mariscal de campo y el conjunto del ejército del Norte se honran expresando su admiración entusiasta al ilustre y serenísimo comandante en jefe del ejército del Sur, juntamente con sus felicitaciones más sinceras por la brillante jornada de Custozza. La campaña del Sur, inaugurada con esta victoria, añade un nuevo rayo a la gloria del ejército imperial. Y vosotros, soldados del Ejército del Norte, con alegría inmensa, debéis marchar al combate con entusiasmo redoblado, con el fin de contribuir también con vuestras grandes hazañas a la gloria de la patria. Pronto me proporcionará vuestro arrojo ocasión de dirigir al emperador un telegrama anunciándole una victoria. Vuestra disciplina y vuestro valor reportarán esta victoria al grito de "¡Viva el emperador!"».

Benedeck.

He aquí la contestación al telegrama copiado, transmitida desde Verona a Böhmisch-Trübau, y dirigida a Benedeck:

> El Ejército del Sur y su comandante agradecen la felicitación de su antiguo y querido mariscal de campo y de sus valientes tropas, y tienen la seguridad más absoluta de que pronto felicitarán al Ejército del Norte por una victoria análoga.

—La seguridad más absoluta…

—¿No os conmueve el corazón, niñas, cuando leéis cosas como éstas? —exclamó mi padre entusiasmado—. ¿No anidan sentimientos sobrados para que vuestro patriotismo imponga silencio a vuestros intereses personales, para que olvidéis, tú, Martha, y tú, Lilli, los peligros que puedan amenazar a Friedrich y a Konrad? Volverán, no me cabe duda; pero, aunque sucumbieran, no harían más que compartir con tantos hijos de la patria una suerte gloriosa. No hay soldado que al grito «¡Por la patria!» no sacrifique su vida.

—Yo quisiera saber —repliqué a mi padre— si el soldado que después de una batalla perdida queda tendido sobre el campo, y allí, abandonado de todos, permanece en el fondo de un foso, agoniza cuatro o cinco días y noches y, tras sufrir sed, hambre y dolores atroces, sucumbe; quisiera saber, repito, si muere radiante de alegría, repitiendo sin cesar ese grito: «¡Por la patria!».

—¡Martha, estás diciendo una verdadera blasfemia! Hablas con palabras

impropias de una mujer.

—¡Sí, sí, blasfemo porque expongo la realidad cruda, al desnudo!… Ya sé que la voz de la verdad es una inconveniencia. Te digo con la franqueza que me caracteriza que esa orden, que pugna contra el instinto natural, de «¡Morid contentos!» será todo lo heroico que quieras, pero a mí me produce el efecto de una locura homicida.

Entre los papeles de Friedrich encontré una carta, muchos años después, que le dirigí por aquella época. Esta carta traduce los sentimientos que por entonces me embargaban.

Grumitz, 28 de junio de 1866

Queridísimo mío:

No vivo…, soy como el condenado a muerte que espera recibir en cualquier momento la orden de subir al patíbulo o la feliz nueva del indulto. En esta espera puedo respirar… ¿pero puedo llamar a esto vida? La orden que me condenará o me indultará se llama Bohemia… Pero no, mi amor, no; esta comparación traduce muy mal mi pensamiento, porque si de mi vida se tratara, serían mil veces menos intensas mis agonías. Tiemblo por una existencia que me es infinitamente más querida que la mía… Sobre todo, la idea de las angustias que pueden ser compañeras de tu agonía me desgarra el alma. ¡Ah, si Dios quisiera poner pronto fin a esta pesadilla horrible, si nuestras victorias hicieran concluir rápidamente la guerra!

¿Llegarán a tus manos estas líneas? Y si llegan, ¿cómo?, y ¿dónde? ¿En el campo de batalla?, ¿tras una jornada sangrienta?, ¿en el hospital de campaña?… De todas formas te hará bien recibir en cualquier ocasión o lugar noticias mías, aunque no puedan ser éstas más que la expresión de inmensa tristeza que me produce ver el sol velado por el colosal dosel de crespón negro colocado «¡Por la Patria!», cuyos pliegues fúnebres caen sobre los niños de la nación entera. Sí, estas líneas te reconfortarán, Friedrich, porque me amas de veras; serán para ti algo así como una caricia de mi mano. Te acompaño siempre, Friedrich; mi pensamiento no se separa de ti ni un segundo, estoy a tu lado día y noche… Me muevo, hablo y vivo entre mi familia como un autómata. Soy tu compañera inseparable. Únicamente mi niño me recuerda alguna vez que el mundo tiene para mí algo que no seas tú. ¡Pobre hijo mío! ¡Si vieras cómo se preocupa, si le oyeras cómo habla de ti! Sin cesar hablamos los dos de «papá». Tiene muy pocos años, pero es ya un «amigo» para su madre. Comienzo a hablarle como si su razón se hubiera desenvuelto ya y él me lo paga con su agradecimiento. Me conmueve el tierno cariño que te demuestra. ¡Son tan contados los niños que adoran a su padrastro! Cierto que tú no podrías quererle con mayor ternura si fuera tu propio hijo. Eres ante todo y sobre todo bueno; posees un corazón inmenso, lleno de amor arrullador. Justificas admirablemente aquella frase del poeta: «A la manera que la bóveda celeste parece formada por un solo zafiro inmenso, así la grandeza moral del hombre reposa sobre una sola cualidad: la

bondad». Te amo, Friedrich; te amo con toda mi entrega y confianza. Cuando estás a mi lado, descanso en ti. Cuando no estás a mi lado, no puedo vivir, no hallo descanso. ¡Si estuvieseis ya en Berlín, imponiendo al rey Guillermo las condiciones de paz! ¿Qué pensamientos embargarán tu mente al hallarte en ese «país enemigo», que es tu patria de origen; en ese país donde tienes todavía parientes y amigos? ¿Te vengarás arrasando la hermosa villa de tu tía Cornelie? «¡País enemigo!». ¡Idea fosilizada de los tiempos en que la guerra no temía presentarse bajo su verdadero nombre, el de *razzia*! El país enemigo era entonces considerado por el hombre de guerra como tierra de promisión, donde la rapiña era ley, donde el guerrero encontraba el pago que merecían sus penalidades.

Estoy hablando contigo como en aquellas horas deliciosas que intercambiábamos nuestras reflexiones sobre las contradicciones que ofrece el estado actual de la humanidad con las ideas de progreso que hallábamos en las obras de nuestros pensadores. ¡Cómo nos comprendíamos, cómo nos completábamos el uno al otro! El doctor Bresser sería el único a quien podría yo expresar el horror que me causa la guerra; pero también se ha ido, no para contribuir a la obra de la muerte, sino para atenuarla. He aquí otro de los muchos absurdos contradictorios: «humanidad en la guerra». Humanidad y guerra son ideas antitéticas: un odio sincero contra el enemigo y un desprecio absoluto de la vida humana: he aquí la base del espíritu guerrero. Vivimos en una época de transición. Hoy ejercen sobre nosotros igual atracción las viejas instituciones como las ideas nuevas. Aquellos que se resisten a romper brutalmente con el pasado, o no pueden asimilarse por completo a las tendencias nuevas, o bien pretenden fusionar ambos elementos. De esta fusión ha nacido una conciencia truncada, una conciencia falsa, una conciencia llena de contradicciones, que tan profundamente sienten las almas sedientas de justicia, de rectitud y de verdad.

Pero ¿por qué te escribo todo esto? ¿Pueden acaso interesarte en estos momentos consideraciones tan abstractas? ¡Ah! Estás luchando fieramente con una realidad terrible e inevitable. ¡Cuán preferible sería para ti poder aceptarla, juntamente con los sentimientos del pasado, con los sentimientos de la época en que el soldado deseaba y amaba la guerra! También preferiría yo poder, como tantas otras mujeres, excitar tu valor, dirigirte felicitaciones por los triunfos y recomendarte a la protección divina.

Sí. Éstos son los sentimientos que debería expresar la mujer de un militar; pero ya sé yo que tú no deseas hallarlos en la tuya, en la que siempre fue la compañera de tu pensamiento, en la que comparte tu justa cólera contra la antigua y ciega locura de la humanidad que se llama guerra. Cuando me imagino los dos ejércitos enemigos, integrados por hombres sensatos, buenos y de corazón sensible en su inmensa mayoría, que se acometen con saña, anhelando aniquilarse; que arrasan poblaciones, perdidas ahora y luego recuperadas: cuando mi imaginación ve todos los horrores que evoca esta imagen, quisiera gritar con voz sobrehumana para que me oyeran los dos ejércitos: «¡Volved en vosotros, reflexionad y deteneos!». De los cien mil individuos que forman un ejército, quiero creer que noventa mil interrumpirían felices su obra

destructora. Pongamos fin a estas reflexiones y hablemos de nosotros.

Todos estamos bien. Los acontecimientos actuales determinan en mi padre, como podrás suponer, una excitación extrema: no sabe hablar más que de la victoria de Custozza; le produce tanto orgullo como si fuera obra de su esfuerzo único; y le basta, para sentir una satisfacción inmensa, la parte de gloria que como austriaco y general cree que le corresponde. Lori, cuyo marido forma parte, como sabes, del ejército el Sur, me ha escrito una carta grandiosa a propósito de la jornada de Custozza. Me anuncia que va a venir, con su pequeña Beatrix, con objeto de pasar en Grumitz todo el tiempo que dure la ausencia de su marido. No he podido decir que no, aunque confieso que hubiera preferido continuar sola, con el pensamiento puesto siempre en ti. Nadie aquí puede comprender toda la intensidad de mis agonías. La semana próxima dan comienzo las vacaciones de Otto. Todas sus cartas son lamentaciones, quejas amargas contra la suerte que ha querido precipitar el comienzo de la guerra sin darle tiempo a terminar sus estudios, aunque abriga la esperanza de que no se firmará la paz antes de su salida de la Escuela. «Abriga la esperanza…». Para él la paz sería una decepción. He aquí las ideas que la educación actual inculca en los jóvenes. Mientras exista la guerra, precisa infiltrar y vigorizar en la juventud aficiones militares, y mientras se infiltren y vigoricen las aficiones militares habrá que darles satisfacción por medio de la guerra. ¡No es posible imaginar una mayor monstruosidad! ¿Está condenada la humanidad a no salir nunca de este círculo vicioso? ¡No! Quiero creer que no, y me baso en que la pasión por la guerra declina visiblemente, por mucho cuidado que la educación actual ponga en atizarla. Tenemos la prueba en Henry Thomas Buckle. ¿Te acuerdas? Decrecen, decrecen constantemente; pero tu corazón, Friedrich, tu noble corazón, es para mí mejor garantía que el decrecimiento en aquéllos señalado… Más noticias: De nuestros parientes y amigos de Bohemia recibimos todo tipo de noticias desgarradoras. El paso de las tropas devasta y agota el país; ¿qué va a ocurrir? Todos están dispuestos a emprender la huida, todos transportan a otros sitios cuanto poseen, todos esconden donde pueden sus objetos de valor; la vida pasa por un período de suspensión completa, las cosechas han sido destruidas, incendiadas algunas fábricas y abandonadas todas las que aún subsisten. «¡Qué desdicha!», nos escriben, vivir en las inmediaciones de la frontera, y qué desventura también que Benedeck no haya sabido o podido emprender más pronto y más enérgicamente la ofensiva y llevar la guerra a territorio prusiano.

Mientras escribo, Rudolf está sentado a mi lado. Te envía un beso a ti y una caricia a *Puxl*. Buena falta nos hace el pobre animal; pero ¿qué sería de él aquí, separado, lejos de su amo? Te distraerá sin duda: acaríciale en nombre mío y de Rudi, estréchale de mi parte la pata derecha, y… Adiós, por hoy, queridísimo mío.

—¡Esto es inaudito, espantoso!… ¡Derrotas sobre derrotas! Primero el pueblo de Podol, donde Clam-Gallas había levantado barricadas, ha sido tomado al asalto

durante la noche, a la luz de la luna y al resplandor rojizo de las llamas. Luego la toma de Gitschin… ¡Ese maldito fusil de aguja ha exterminado filas enteras de soldados nuestros! Los cuerpos de ejército enemigo mandados por el príncipe heredero y el príncipe Friedrich Karl se han unido y avanzan sobre Münchengrätz…

Tales son las nuevas que mi padre, trémulo de indignación, acaba de comunicarnos, muy diferente al entusiasmo con el que nos relató la victoria en Custozza. Su confianza, sin embargo, no decae.

—¡Que vengan todos, todos; todos a nuestra Bohemia! ¡Hasta el último hombre! ¡Si lo hacen, no saldrá uno solo con vida! ¡Los envolveremos, los acorralaremos, y la población local armada nos ayudará a exterminarlos! No es tan fácil como muchos creen llevar la guerra a territorio enemigo, donde hay que luchar contra el ejército y contra la población civil… Desde las ventanas de sus casas en Trautenau, las gentes arrojaban agua y aceite hirviendo sobre los prusianos…

Se escapó de mi garganta una exclamación de repugnancia.

—¡Qué quieres! —exclamó mi padre, encogiéndose de hombros—. Ciertamente horrible. ¡Pero cosas de la guerra!

—Entonces, por lo menos, no afirmes que la guerra ennoblece a los hombres. Confiesa que la guerra transforma al hombre en tigre, digo poco, en demonio. ¡Aceite hirviendo! ¡Ah!

—A mí me parecen naturales la venganza y la defensa, querida Martha. ¿Crees que las balas que envían los fusiles de aguja son muy agradables para los nuestros?… Los matan como moscas. Pero contamos con muchos hombres, y los tenemos muy disciplinados y curtidos para que, al fin y a la postre, den buena cuenta de esos miserables «aprendices de sastre». Reconozco que, al principio de la campaña, hemos cometido algunas faltas. Benedeck debió franquear inmediatamente la frontera prusiana… Comienzo a dudar de su capacidad; es posible que hubiese sido mejor que éste dirigiera el Ejército del Sur; del Ejército del Norte habría podido encargarse el archiduque Albrecht… Motivos de desaliento no tengo. Hasta aquí las batallas carecen de verdadera importancia. Ya veremos lo que pasa cuando se entre en la fase decisiva. Estamos concentrando más de cien mil soldados en Königgrätz, a la espera del enemigo… Allí tendremos nuestro Custozza del Norte.

También debía batirse allí Friedrich. Unas líneas suyas, recibidas aquella mañana, me decían: «Marchamos sobre Königgrätz».

Hasta entonces, aunque en su primera carta me había dicho que le sería muy difícil escribirme, había recibido cartas suyas con regularidad, había aprovechado cuantas ocasiones se le ofrecieron para escribir, a caballo, en la tienda de campaña, un par de renglones a lápiz y en una hoja arrancada de su librito de notas… Algunos de estos mensajes tuvo la oportunidad de enviarlos y llegaron a mis manos; otros no los recibí hasta después de que hubieran cesado las hostilidades.

He conservado esos recuerdos. En ellos no aparecen descripciones de batallas al uso, como las que los corresponsales de periódicos envían a las redacciones y

escritores a sus editoriales; carecen del despliegue de tecnicismos sobre detalles estratégicos, ni hacen gala de esa retórica belicosa de la que suele servirse el narrador para poner de relieve su valor, su heroísmo, su patriotismo. Nada de ello aparece en las notas de Friedrich. No sé, lo que ellas son. Pero no necesito decidirlo. He aquí la copia de algunas:

En el campamento

Figúrate un campamento sin tiendas… Por fortuna la noche está templada, una espléndida noche de verano…; el cielo, igualmente espléndido, plagado de estrellas relucientes. Los soldados están tendidos sobre el desnudo suelo, rendidos, extenuados por la marcha. No hay más tiendas que las necesarias para cobijar al Estado Mayor. En la mía hay tres camas de campaña. Mis dos camaradas duermen. Vasos vacíos de *grog*[90] llenan la mesa sobre la cual te escribo, a la luz vacilante de una vela (la tienda está abierta y penetra una corriente de aire), mi querida esposa. En mi cama está tumbado *Puxl*…, el pobre animal no podía más. Casi siento haberlo traído; él también, como los nuestros dicen sobre la *Landwehr* prusiana, «está tan poco acostumbrado a las fatigas y privaciones de la vida de campaña». Roncando está en este momento; creo que está soñando que juega con su amigo y protector, Rudolf, el conde de Dotzky. Y aunque despierto, sueño yo también, Martha, y sueño contigo. Merced a una dulce ilusión me parece verte sentada en una silla de tijera, en el rincón entre penumbras de mi tienda… No puedes imaginarte la atracción que ejerce sobre mí esa aparición; quisiera apoyar mi cabeza en tu regazo, pero no me aproximo, porque sé muy bien que, si me acercase, la ilusión desaparecería.

Acabo de salir un momento de la tienda. Las estrellas siguen resplandecientes. He visto que se arrastraban dos sombras. Son rezagados que acuden: han visto el resplandor de las hogueras del campamento y se incorporan cojeando. Muchos, muchos se han quedado atrás. Pero no todos tienen fuerzas suficientes para llegar al campamento; en el fondo de los fosos, en los campos de grano, hemos dejado a muchos. ¡Qué horrible calor hemos sufrido durante nuestra última marcha forzada! El ardor del sol era tan insoportable que parecía que quería llevar a la ebullición nuestros sesos. El peso de las armas y de las mochilas doblegaba las espaldas de nuestros soldados; y, sin embargo, ninguno se ha quejado. Entre los que han caído, algunos no volverán a levantarse; dos o tres han muerto de insolación, como heridos por un rayo. Sus cuerpos han sido cargados en el carro de la ambulancia

No creas que esta noche de junio, plácida e iluminada por la luna y las estrellas, encierra algún encanto. No se oye ningún ruiseñor, ni ningún canto de grillos; no se respira ningún aroma a rosas o jazmines. La naturaleza calla ante las voces de los hombres y los pasos de las patrullas, y las fragancias embalsamadas son aplacadas por los olores que despiden los equipos de la caballería y las emanaciones de cuartel. Pero todo esto no es nada: pronto rasgarán el aire los graznidos de los cuervos

atraídos por el olor de la sangre, pronto la putrefacción de los cadáveres inficionará la atmósfera, y todo esto… *ad majorem patriae gloriam*[91]. Sorprendente, ¡qué ciegos son los hombres! Ante las antiguas pilas funerarias «por la gloria de Dios» rompían en maldiciones contra el ciego y cruel fanatismo irracional, y, por el contrario, hoy en día ante los campos de batalla cubiertos de cadáveres sienten entusiasmo. Las cámaras de tortura de la siniestra Edad Media excitaban el horror, pero están orgullosos de sus arsenales… La vela se apaga, la figura en el rincón desaparece… Yo también voy a descansar junto a nuestro buen *Puxl*.

En lo alto de la colina, un grupo de generales, jefes y oficiales del Estado Mayor, todos ellos armados de gemelos de campaña. He aquí el dominio de la guerra, la situación más favorable a las impresiones estéticas. También lo saben los caballeros que pintan escenas bélicas y los ilustradores de los periódicos. Generales en las alturas, reconociendo el terreno con sus gemelos, una representación pictórica que se repite. También esa otra que representa al militar a la cabeza de la tropa sobre un caballo blanco, su brazo indica un punto en el horizonte cubierto de humo, su cabeza ladeada hacia aquellos que han de seguirle al grito: ¡Seguidme, muchachos!

Desde la cumbre de la colina se domina un cuadro arrebatador de poesía guerrera. El espectáculo es grandioso y, visto a distancia, parece una auténtica decoración, tanto más embelesadora cuanto que la distancia no permite apreciar los detalles horribles y repugnantes de la realidad: los ríos de sangre, el estertor de la agonía. Ante los ojos se despliegan las grandes líneas de la batalla, efectos soberbios de colorido; columnas interminables que serpentean por los caminos; desdoblamientos, a vista de águila, de los regimientos de infantería, de divisiones de caballería; luego las baterías, la impedimenta, los carros y caballos requisados; y, finalmente, la caravana. El cuadro gana en grandiosidad cuando pueden seguirse no sólo los movimientos de las tropas, sino también el choque de los dos ejércitos. Los destellos de las espadas, el ondular de las banderas, los reflejos metálicos de las corazas, las cargas de la caballería, que semejan negras sombras fugaces, el crepitar de los fusiles, y arriba, en los emplazamientos de las baterías, las descargas de la artillería, cada una de las cuales brama, tronando el aire, la palabra: ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte!… Sí, ¡esto es lo que inspira a los cantos guerreros! La posición desde la colina favorece también la redacción de historias bélicas del periodo en cuestión, esas que se publican una vez terminada la campaña y que son narradas con cierta exactitud. La división X se enfrentó a la N y la hizo retroceder, si fuera al contrario, se explicaría por qué la división N era más fuerte que la X, etc., etc. Pero quien no está en la colina mirando a través de los gemelos, quien está participando en la acción, no puede relatar nunca algo digno de crédito sobre el transcurso de la batalla. Él ve, siente y piensa sólo en lo inmediato. El resto de su narración proviene de la intuición, y valiéndose de viejas fórmulas prosigue el relato… «¿Qué me dice usted, Tilling?», me preguntaba ayer uno de los generales, con los cuales me encontraba sobre la colina ocupada por el

Estado Mayor. «¿Ha visto usted ejército más soberbio? ¿No es verdad que es imponente? ¿Pero no contesta usted? ¿En qué está pensando?». ¿En qué pienso, Martha mía?… En ti. Pero no podía confiárselo a mi superior, y contesté con mucho respeto y falta absoluta de sinceridad. La obediencia pasiva que exige la disciplina no suele hacer buenas migas con la verdad.

El pueblo es nuestro… ¡Pero no! El enemigo nos lo ha vuelto a tomar. No importa, lo tomaremos de nuevo, para ser desalojados por segunda vez por el enemigo. De todos modos, sea nuestro o del enemigo, dejó de ser pueblo: es un montón de ruinas humeantes.

Sus habitantes (¿acaso no era *su* pueblo?) lo habían abandonado con anterioridad y habían huido. Por suerte, porque un combate librado en una localidad habitada es mil veces más espantoso. Las balas de ambos combatientes penetran en las casas y matan a mujeres y niños. Una familia había quedado en ese pueblo tomado, perdido y vuelto a tomar ayer, una familia formada por un matrimonio ya anciano y una hija próxima a dar a luz, mejor dicho, sufriendo ya los dolores del parto. El marido de ésta sirve en nuestro regimiento. Cuando nos aproximamos al pueblo, me dijo el infeliz: «Mi mujer y sus ancianos padres viven allí en aquella casa de tejado rojo…, no han podido huir los pobres… Mi mujer va a dar a luz y los padres son hemipléjicos, en el nombre de Dios, mi teniente coronel, le suplico que no dirija el ataque por aquel lado». El pobre diablo llegó a su casa con el tiempo justo para presenciar la muerte de la parturienta y del recién nacido. Acababa de hacer explosión una bomba junto a la cama. Ignoro qué ha sido de los ancianos, probablemente habrán muerto sepultados bajo los escombros. Su casa fue de las primeras que las llamas redujeron a cenizas. Horrible es el combate en campo abierto, pero infinitamente más pavoroso en zonas habitadas. Vigas derribadas, llamas gigantescas, humo asfixiante, el ganado enloquecido por el pánico; cada muro es transformado en barricada; cada ventana, en aspillera que vomita ráfagas de muerte… He visto soldados nuestros parapetados al abrigo de un montón de cadáveres. Los propios soldados habían amontonado los cuerpos para defenderse. Jamás podré olvidar aquel muro. Uno de los cuerpos que servía de base a aquel repugnante edificio vivía todavía y agitaba un brazo.

«¡Vivía todavía!». Ésta es una situación que aparece en la guerra bajo miles de variantes. ¿Puede la imaginación humana concebir los atroces sufrimientos que representa una situación semejante? ¡Ah! Si sobre los campos de batalla se cierne la misericordia, ¡qué misión tan admirable, y terrible a la vez, cumpliría si asestase el golpe de gracia a todos los desventurados, hombres o bestias, que todavía viven!

Hoy hemos tenido un pequeño encuentro de caballería en campo raso. Un regimiento de dragones prusianos llega al trote, despliega rápidamente y carga contra nosotros sable en mano. Sin esperar el choque, hemos avanzado al galope contra el enemigo. Cuando entre unos y otros no mediaba más que una separación de algunos

pasos, resonaron «¡Hurras!» (los gritos extasían, lo saben los indios y los zulúes mejor que nosotros), nos precipitamos los unos contra los otros. Los caballos avanzaron hasta quedar cabeza contra cabeza, pecho contra pecho, rodilla contra rodilla. Silbaban los sables en el aire y caían hendiendo cabezas. Pronto la contienda se riñó a tan corta distancia que fue imposible servirse de las armas. Un cuerpo a cuerpo. Los caballos se encabritaron enloquecidos, relinchaban y corrían por todas partes. Me caí del mío y, una vez en tierra, sentí (¡no fue nada agradable!) el casco de un caballo sobre mi cara.

Nueva marcha acompañada con uno o dos combates. He sufrido hoy un disgusto grande. Me persigue una imagen angustiosa… Dados los horrores que me cercan, la verdad es que no comprendo cómo puedo ser sensible a las impresiones. No puedo hacer nada. Estoy verdaderamente afligido. *Puxl*…, nuestro buen y alebre pinscher, ¡el pobre! ¿Por qué no le dejé en casa acompañando a su amo Rudolf? Nos seguía como de costumbre, cuando lanzó de pronto un grito de dolor… ¡Una granada acababa de destrozarle las dos patas delanteras! No podía caminar y se quedó atrás, abandonado, pero vivo todavía. Han pasado veinticuatro, hasta veinticinco horas, y vive todavía. «Amo mío, mi buen amo», gime el infeliz, «¡no abandones al pobre *Puxl*!». El dolor rompía su corazón, cerró los ojos y murió. Cuando pienso que el animal ha podido desconocer mis sentimientos al morir, me desespero. Ha visto que yo me volvía, ha comprendido que mi oído recogió su grito de angustia, y no ha podido sufrir que le abandonase tan fría, tan duramente. ¡Ah! No sabía, el pobre *Puxl*, no sabía él que quien se ve en la terrible necesidad de abandonar a los heridos no puede ordenar «alto» para recoger un perrillo moribundo. Él no podía entender la voz del deber que obedezco, su alma de perro fiel me acusa de falta de misericordia…

Muchos se preguntarán, encogiéndose de hombros. ¿Cómo es posible que haya quien, viéndose en semejantes circunstancias, pueda compadecerse de un animalito? Pero tú no, Martha mía. Tú no, sé que las lágrimas brotan de tus ojos al pensar en nuestro pobre *Puxl*.

¿Qué pasa aquí? He visto formar un pelotón de ejecución. ¿Habrán capturado a algún espía? ¿Uno?… Esta vez son diecisiete. Avanzan formando cuatro filas, con la cabeza baja, ocupando el centro de un cuadro formado por soldados. Al pelotón sigue una carreta en cuyo fondo yace un cadáver, y amarrado al cadáver, un hijo del muerto, niño de doce años, condenado también a muerte…

Me alejo para no presenciar la ejecución, pero llegan a mis oídos las detonaciones… Detrás del muro se eleva una nube de humo. Todos han sido fusilados, incluido el niño.

Por fin cómodamente instalados, por una noche, en una pequeña ciudad. ¡Pobre gente! Acabamos de quitarles las provisiones de muchos meses. «Requisa» llaman a un despojo. ¡Qué felicidad tener a mano una palabra tan bonita para sancionar un acto

de tal naturaleza!

De todas suertes no puedo menos de alegrarme de haber encontrado buena cama y buena cena. Y a propósito, voy a contarte lo siguiente:

Iba a meterme en la cama cuando mi ordenanza me anunció que un individuo de mi regimiento me traía algo y deseaba hablarme. «Está bien, que venga».

He despedido al individuo en cuestión con un apretón de manos, una buena gratificación y la promesa, caso que le ocurra una desgracia, de interesarme por su mujer y por sus hijos, porque, ¡figúrate mi alegría!…, lo que me traía era mi *Puxl* herido, honrosamente malherido, es cierto, pero vivo y contento de encontrar a su dueño después de treinta y seis horas. La acogida que le he dispensado ha debido convencerlo de que me acusó de cruel de manera injusta. ¡Qué escena tan conmovedora! Le puse sobre todo agua en una vasija; el pobrecillo bebió con avidez, pero parando diez veces para ladrarme su satisfacción. Inmediatamente después curé y vendé su herida, le presenté una comida opípara, compuesta de carne y queso, y lo acosté en mi cama. Los dos hemos dormido bien. Lo primero que hizo al despertar fue lamerme la mano, como para darme las gracias, extendió sus miembros, dio un suspiro profundo y… murió. Pobre *Puxl*. ¡Mejor es que haya sido así!

¡Qué espantosas escenas presencié ayer! Cuando cierro los ojos, veo todos sus detalles con terrible claridad. No comprendo que haya quien, terminada la guerra, lleve a su casa bellos recuerdos, pensamientos de orgullo. Indudablemente, son gente que se acoraza contra el dolor y sabe ocultar el horror y el espanto que ha experimentado…, callan. Si refieren o escriben, no consultan sus recuerdos, sino que procuran amoldar sus relatos a las descripciones al uso y no dan salida más que a sentimientos heroicos. Si narran alguna de esas escenas de carnicerías feroces que deberían llevar a todo ser humano al paroxismo de la repulsión y del horror, se esfuerzan por no exteriorizar otra cosa que frialdad e indiferencia. ¿Reprobación? ¿Enojo? ¿Indignación? ¡Nunca en la vida! A lo sumo, algo de compasión sentimental, unos cuantos suspiros emocionados. Pero se rehacen al instante, yerguen altivos la cabeza. El corazón hacia Dios y los puños hacia el enemigo. ¡Hurra! y ¡Jaleo!

Mis ojos continúan viendo el escarpado montículo que intentan escalar, bajo el fuego enemigo, fuerzas de cazadores de infantería. Veo a muchos de éstos que abren bruscamente los brazos, dejan caer sus fusiles y de cabeza ruedan, rebotando de roca en roca, ensangrentados, despedazados, abrasados.

No lejos de mí estalla una granada junto a un jinete. Retrocede su caballo atropellando al mío y seguidamente emprende un vertiginoso galope. Continúa ocupando la silla su jinete, pero el proyectil le ha abierto el vientre y vaciado las entrañas. La parte superior de su cuerpo está unida a la inferior por medio de la columna vertebral, no habiendo entre las costillas y los muslos más que un enorme boquete sanguinolento. Algunos pasos más allá cae el hombre, pero uno de sus pies ha quedado enganchado en el estribo, y el mísero cuerpo va rebotando, arrastrado por

el caballo, sobre un suelo cubierto de piedras.

Hemos tenido otro combate en la pequeña ciudad de Saar. Con el tronar de la artillería forman concierto los crujidos de las vigas y el estruendo consiguiente al derrumbamiento de los muros. Estalla una granada en una casa. La explosión es tan violenta que proyecta a gran altura los escombros, y éstos, al caer, hieren a muchos de los nuestros. Cruza volando sobre mi cabeza una ventana y sus contraventanas. Las chimeneas caen, arrancadas de cuajo de los tejados y llena el aire un polvo asfixiante que abrasa los ojos. El estruendo no impide que se oiga el piafar de los caballos. Prosigue el combate de calle en calle hasta llegar a la plaza del Mercado. En el centro de esta plaza se alza una columna conmemorativa de la peste con la estatua de la Virgen. La Madre de Dios lleva en uno de sus brazos al Niño y tiene extendido el otro en ademán de bendecir. Junto a la imagen se disputa un combate encarnizado. Hombre contra hombre. Llueven las balas a mi alrededor; disparo con furor, descargo golpes sobre cuantos me rodean, sin saber si alcanzo o no a alguien. En momentos como aquél se pierde la cabeza. Dos hechos, sin embargo, han quedado fotografiados en mi mente y temo conservar recuerdo eterno de aquella plaza de Saar:

Uno de nuestros tenientes, joven y alegre, lleno de vida (muchas jovencitas suspirarían por él), es arrancado de su silla por un dragón prusiano, una especie de Goliat, que le parte en dos el cráneo al pie de la estatua de la Virgen. La dulce Madre de Dios contempla la escena impasible. Otro dragón enemigo, también un Goliat, golpea al jinete vecino mío y le arroja tan violentamente al suelo que le rompe la espina dorsal. Pude escuchar el crujido.

También a él la Madre de Dios le da su bendición pétrea.

La escena que hoy contempla el Estado Mayor desde la cumbre de la colina es de las más variadas. En primer lugar admira el hundimiento de un puente en el momento en que llega un convoy de carruajes. ¿Van éstos llenos de heridos? No me ha sido posible averiguarlo, pero sí he visto que hombres, caballos y carruajes han bajado precipitados al río, de mucho fondo y de corriente muy rápida por aquel lugar, y han desaparecido. Debería alegrarme del accidente, puesto que el convoy pertenecía a los «negros» y yo formo con los «blancos» en esta espantosa partida de ajedrez. He dicho antes «accidente» al hablar del hundimiento del puente, pero debo aclarar el concepto: el puente no se hundió fortuitamente: los «blancos», sabedores de que el adversario había de pasar por él, habían minado sus pilastras.

Pero también los «blancos» hacen malas jugadas, también cometen errores: nuestro regimiento Khevenhüller penetra, por una falsa maniobra, en un terreno pantanoso, del que no puede salir, y es exterminado casi por completo. Heridos y no heridos caen, se hunden y mueren asfixiados: se los traga la tierra y la capa de agua cubre sus bocas, narices y ojos. ¡Ni siquiera pudieron gritar!… La culpa la ha tenido el coronel; pero sabido es que de hombres es errar. Por otra parte, la pérdida tampoco

es considerable, puede compararse a la pérdida de un peón en una partida de ajedrez. Una jugada acertada de una torre o de la reina puede hacer reparar la ventaja. Claro está que no volverán a la vida los que en el pantano la dejaron, pero sin muertos no se ganan las batallas. Lo único deplorable ha sido el error estratégico. Habrá que subsanarlo con una acertada combinación posterior. Y el correspondiente mando puede seguir conminando órdenes y transportes. Que nuestro décimo octavo batallón de cazadores durante un dilatado combate nocturno sobre nuestro regimiento Rey de Prusia cargara y sólo al amanecer notara el error, a saber, que una parte del regimiento Gylai fuera conducido a pantano; son también pequeños descuidos que pueden ocurrirle al mejor jugador en el momento álgido de una partida.

Estoy decidido; si salgo vivo de esta guerra, pediré la licencia absoluta. Me inspira hoy la guerra un horror tan invencible que me sería imposible permanecer en el ejército sin ser hipócrita. Sabes que con gran repugnancia he condenado la guerra, y he tomado parte en las últimas campañas. Hoy mi repugnancia mi aversión, son tan inmensas que los motivos que en otro tiempo me obligaron a no renunciar a mi carrera no tienen fuerza ni valor para mí. Ideas, entusiasmo, todo lo que me determinó a abrazar la carrera de las armas ha muerto en mí. Mis nuevas convicciones, vagas, poco sólidas al principio, son hoy claras y precisas y no me permiten pagar a la guerra mi tributo. He rendido al dios de la guerra un culto abominable. El estremecimiento místico, arrebatador, sobrehumano, que hace presa en los hombres al aparecer esta divinidad, sacudió en otro tiempo mi espíritu y entenebreció las luces de mi inteligencia, pero hoy veo claro. No me convence la liturgia de las órdenes del día, no me entusiasman las frases heroicas del rito militar, no me extasía la voz del cañón ni me embriagan las fragancias de la pólvora-incienso. Asisto desengañado a las ceremonias de un culto que me parece repugnante, y no veo más que sacrificios humanos ni oigo más que los gritos de las víctimas. He aquí por qué estas páginas, que son reflejo de mis impresiones sobre la guerra, expresan los mil dolores que he presenciado y el acerbo profundo que experimento.

Se ha librado una batalla en Königgrätz. ¡Otra derrota! Esta vez una derrota decisiva, según parece… Mi padre nos lo ha contado con el tono que habría empleado para anunciarnos el fin del mundo.

Ni cartas ni telegramas de Friedrich. ¿Habrá muerto? ¿Está herido? Konrad ha escrito a su prometida informando que se encuentra sano y salvo. No se ha publicado todavía la lista fatal, pero se dice que tenemos cuarenta mil bajas, entre muertos y heridos. Decía el último escrito de Friedrich: «Marchamos sobre Königgrätz».

Han pasado tres días desde que se riñó la batalla, y nada, nada absolutamente. Me paso las horas llorando, aunque mi pesadumbre no me quita en absoluto la esperanza. Si tuviese certeza de que ha muerto, ni fuerzas me quedarían para llorar. Mi padre está profundamente conmocionado. Y Otto, mi hermano, sediento de venganza.

Dicen que se está formando en Viena un ejército de voluntarios en el cual quiere alistarse. Circulan insistentes rumores sobre la destitución inmediata de Benedeck, el cual será reemplazado en el Norte por el victorioso archiduque Albrecht. Aún quedan esperanzas de que nuestro ejército se reanime y rechace al enemigo, quien, en su arrogancia, así lo dicen, sueña con nuestro aniquilamiento completo. Dicen que los prusianos avanzan sobre Viena. Reina en los corazones angustia, rabia, dolor. El nombre los «prusianos» condensa todo lo que odio significa. En cuanto a mí, Friedrich es mi esperanza única, mi único pensamiento, y… ¡sin noticias!

Algunos días después de la batalla recibimos una carta del doctor Bresser. Él estaba en las inmediaciones del campo de batalla para ayudar en lo que se pudiese. Nos escribe que la inmensidad de los infortunios y sufrimientos entre los cuales vive desafía la imaginación. Acompañaba a un médico sajón, el doctor Brauer, enviado por su gobierno, para que informe *in situ* sobre la situación. Esperaban la llegada de una dama sajona, la señora Simon, una nueva Miss Nightingale[92] que, desde el comienzo de la guerra, prestaba sus servicios en hospitales de Dresde y ofrecía sus servicios en los campos de batalla bohemios, en los hospitales de campaña. El doctor Brauer y con él el doctor Bresser querían ir el día indicado, a las siete de la tarde, a Königinhof, última estación antes de Königgrätz por la que todavía circulaba el ferrocarril, y allí esperar a la heroica mujer. El doctor nos pedía encarecidamente que le enviásemos aquel mismo día una buena remesa de vendas y material sanitario, para que él pudiera recoger el envío a su llegada a la estación mencionada.

Leída la carta decidí llevar personalmente la remesa pedida. Quién sabe si encontraría a Friedrich herido en alguno de los hospitales de campaña que quería visitar la señora Simon… Me uniría a ella, encontraría a mi marido, le cuidaría, le salvaría… La idea se apoderó de mí con especial fuerza, con el impulso de establecer una unión magnética con mi amado que de seguro también anhelaba que yo fuese en su búsqueda.

Pocas horas después de haber recibido la carta del doctor Bresser, salía de Grumitz sin comunicar a nadie mi proyecto, para prevenir una oposición tan obstinada como inútil. Dije que iba a Viena con objeto de disponer la remesa que pedía el doctor. Mi intención era escribir a mi padre desde Viena para decirle llanamente que había partido al escenario de la guerra. No dejaban de asaltarme ciertas inquietudes: no estaba acostumbrada a ver sangre; el espectáculo de las heridas de muerte me ha producido siempre una repulsión profunda; pero no había fuerza humana capaz de hacerme desistir. Me parecía tener clavada en mí la mirada, imperiosa y suplicante a la vez, de mi marido, le veía postrado en el lecho del dolor tendiéndome los brazos, llamándome. «Ya voy, ya voy», era lo único en lo que podía pensar.

Reinaban en Viena la consternación y el pánico; no se veían más que rostros abatidos. Me crucé por las calles con infinidad de carruajes atestados de heridos y procuré indagar si entre ellos iba Friedrich.

Me hice conducir a un hotel, donde preparé el pedido del doctor y escribí mi carta para Grumitz. Inmediatamente me puse un vestido de viaje y pedí que me llevaran inmediatamente a la estación del Norte. Quería tomar el primer tren que saliese; obraba obsesionada por una idea fija.

¡Qué movimiento en la estación, cuánta vida! ¡Debería decir, mejor, qué agitación de muerte! Salas de espera, andenes, naves, todo atestado de heridos, muchos de ellos agonizando. ¡Y qué marabunta! Enfermeros, personal sanitario, hermanas de la Caridad, médicos, hombres y mujeres de todas clases sociales congregados allí para inquirir noticias sobre los suyos, para ofrecer consuelo a los heridos, para darles regalos, vino, cigarros, etc., etc. Los empleados de la estación procuraban contener al público que invadía el local: también quisieron obligarme a mí a retroceder.

—¿Qué desea usted? ¡Fuera! Está prohibida la distribución de comestibles y de bebidas. Diríjase a la Sociedad, que es donde se reciben los donativos.

—No, vengo a tomar el tren. ¿A qué hora sale el primero?

Me costó ímprobo trabajo obtener contestación. Al fin, supe que se había suspendido la salida de la mayoría de los trenes con objeto de dejar vía libre a los que llegaban trasportando gran número de heridos. Durante el día no saldría ningún tren de viajeros y sí únicamente uno que llevaría las tropas de reserva y otro que ocuparían los miembros de la Sociedad Patriótica de Ayuda a los Heridos. Este último admitiría exclusivamente médicos, hermanas de la Caridad y material sanitario.

—¿No podría yo tomar ese segundo tren?

—Imposible.

En mis oídos resonaba la voz de Friedrich llamándome; y no podía acudir. ¡Aquello era para volverme loca!

Vi en la entrada de la sala al barón S…, vicepresidente de la Sociedad Patriótica de Ayuda a los Heridos, a quien conocí con motivo de la guerra del 59, y corrí hacia él.

—¡Por Dios le pido que me ayude! ¿Se acuerda usted de mí?

—La baronesa Tilling, hija del conde de Althaus. La recuerdo perfectamente y tendré mucho gusto en complacerla. ¿En qué puedo serle útil?

—Va a salir un convoy para Bohemia. Permítame que forme parte de él. Me llama mi marido moribundo… Si tiene usted corazón, muéstremelo con esta acción propia de uno noble y bueno.

Reflexionó, titubeó un momento, y acabó por acceder a mi demanda. Llamó a uno de los médicos enviados por la Sociedad, me recomendó a él y me confió a su protección.

Faltaba una hora para la salida del tren. Hubiera querido esperar en la sala de espera, pero cada rincón se había convertido en hospital para atender a los heridos. No se veían más que cuerpos yacentes; cabezas lívidas cubiertas de vendajes. Me faltó valor para mirar de cerca; quería conservar toda mi energía para el viaje y el calvario que me esperaba, quería reservarlo todo para él, para mi marido, cuyos gritos

de dolor continuaban resonando en mi cerebro.

Imposible, no obstante, escapar al horroroso espectáculo. Me refugié en el andén, pero el drama era allí más desgarrador, si cabe. Llegó un tren descomunalmente largo lleno de heridos. Me estremezco al pensar en la descarga de aquel tren. Los heridos de menos gravedad salían por su pie y se arrastraban como podían, unos ayudados, y otros, los más, conducidos. Pronto quedaron llenas las camillas disponibles, y los pacientes hubieron de esperar, tendidos sobre el desnudo suelo, el regreso de los camilleros. Depositaron a mis pies a un desventurado cuyos estertores guturales y entrecortados oía demasiado bien. Me incliné para dirigirle alguna frase de consuelo o simpatía, pero tuve que retirarme horrorizada, cubriéndome la cara con las manos. La cabeza de aquel infeliz no era cabeza humana: su mandíbula inferior había sido arrancada de cuajo, uno de sus ojos colgaba fuera de su órbita y de todo su cuerpo se desprendía un olor a sangre corrompida, hedionda. Quise escapar, segura de que el espanto provocaría en mí un desvanecimiento, y mi cabeza dio contra el muro que se alzaba a mi espalda. ¡Criatura débil, incapaz de prestar el socorro más insignificante! El pensamiento de Friedrich reanimó mis escasas energías. Aun cuando le encontrara en el estado en que había visto al desgraciado que agonizaba a mis pies, tratándose de él, lo soportaría todo, le estrecharía entre mis brazos, le besaría y mi amor enmudecería mi repulsión, mi espanto…

Cruzó mi cerebro una idea terrible. ¿Sería Friedrich aquel desventurado? Hice acopio de todo mi valor. Miré. No, no era él.

Pasó al fin, lenta, eterna, aquella hora de mortal espera. Se habían llevado al agonizante. Había oído decir al médico del regimiento: «Es imposible transportarle en este momento al hospital; tendedle sobre ese banco. De todas suertes, es igual: tres cuartas partes de ese hombre están muertas». Sin embargo, aquellas palabras sí las había oído, pues no bien fueron pronunciadas, alzó, en un gesto de desesperación, sus dos brazos al cielo.

Ya estaba sentada en un vagón del ferrocarril, en compañía de dos médicos y de cuatro hermanas de la Caridad. El calor era sofocante, la atmósfera estaba saturada de emanaciones de hospital y sacristía, fenol e incienso. Me sentía indescriptiblemente mal. Apoyé la cabeza contra la ventanilla y cerré los ojos.

El tren echó a andar. Por lo general, en ese punto el viajero comienza a pensar en el objetivo del viaje. Varias veces había recorrido ya la misma línea, me acordaba de una visita que había hecho al palacio donde residían unos amigos, y un viaje a un balneario donde disfruté de una temporada encantadora. También tomamos aquella misma línea cuando, en nuestro viaje de novios, fui con Friedrich a la capital de Prusia, donde la familia de mi marido nos dispensó un recibimiento cariñosísimo; sí, a Prusia, cuyo nombre sonaba entonces de muy distinta manera… ¿Y hoy? ¿Cuál era hoy nuestro destino? Un campo de batalla, un hospital de campaña en las inmediaciones, lugares de muerte, lugares de sufrimientos. Me estremecí.

—Señora —me dijo uno de los médicos—, creo que está usted enferma. La veo tan pálida y con cara de sufrimiento.

Abrí los ojos. Mi interlocutor era joven, de rostro simpático. Probablemente daba los primeros pasos en su carrera. Era hermoso que la inaugurara con una labor tan triste y dolorosa. Las personas que me acompañaban en el vagón despertaron en mí un sentimiento de gratitud al pensar en los consuelos que se disponían a prestar a las víctimas. Instintivamente rendí un sincero tributo de admiración al espíritu de sacrifico, a la caridad auténtica de las hermanas. ¿Realizarían una obra tan meritoria, tan heroica como la que llevan a cabo si no sintieran hacia toda la humanidad doliente el cariño inmenso que yo sentía hacia mi marido? Si el desventurado que vi agonizante a mis pies, y cuyo aspecto me produjo repulsión, náuseas, hubiera sido Friedrich, mi instintiva repugnancia habría desaparecido en el acto. Heroicas mujeres que, llevadas por el amor a Jesucristo, su esposo de elección, profesan, cuidan con abnegación sin límites a todos los hombres, que son sus hermanos, allí donde miles sólo profesan el odio.

—No, doctor —respondí a la pregunta del joven médico—. No estoy enferma, sólo un poco exhausta.

—Me ha dicho el barón S… —terció el médico jefe, tomando parte en la conversación— que su marido fue herido en Königgrätz y que el objeto de su viaje es ir a cuidarle. ¿Sabe el lugar exacto donde se encuentra?

—No, no lo sé —contesté—. Voy a Königinhof, donde me espera un amigo, el doctor Bresser.

—Le conozco…, hace tres días exploramos juntos el campo de batalla.

—¡Exploraron el campo de batalla! —repetí yo, estremecida—. ¡Oh! ¡Cuénteme…!

—Sí, sí doctor —dijo una de las monjas—. Es posible que nosotras tengamos que prestar nuestros servicios en alguna exploración análoga.

El médico del regimiento dio comienzo a su relato, que no me es posible repetir textualmente. Lo interrumpía a cada momento, pues lo cortaban todas mis instancias y las de las hermanas, así como nuestras insistentes preguntas. Los cuadros aislados que bosquejaban sus palabras hicieron pasar ante mis ojos escenas de espantoso horror, escenas que quedaron tan profundamente grabadas en mi memoria que aún hoy puedo evocarlas sin esfuerzo. En otras circunstancias no hubiera retenido tan claramente la exposición del médico (es tan fácil olvidar lo que se oye o se lee), pero esta vez la narración me dio la impresión de haberla vivido en primera persona. Me encontraba en un estado de excitación y tensión nerviosa tal que creía ver a Friedrich mezclado en todas aquellas pavorosas historias. Por esta causa, sin duda, las ha conservado mi mente. Más adelante copié en mis cuadernos rojos el relato del médico del regimiento, como si mis ojos hubiesen presenciado los hechos:

La ambulancia ha sido instalada al abrigo de una colina. En el lado opuesto de

ésta tiene lugar el combate. El suelo tiembla, los rayos solares llegan muy debilitados, nubes de denso humo entenebrecen el aire, truenan los cañones… Constantemente salen patrullas de camilleros al campo de batalla para recoger a los heridos y transportarlos al hospital de campaña. ¿Puede concebirse algo más heroico que exponer la vida, caminando entre una lluvia de balas, afrontando todos los peligros del combate, sin participar en el delirio salvaje de los combatientes? Glorioso es el servicio que prestan, pero, según la concepción militar, «no». En el cuerpo sanitario no prestará servicio ningún joven vigoroso, despierto y apuesto, de esos que las jovencitas vuelven la cabeza a su paso. Y en cuanto a los médicos militares, aun siendo jefes dentro del ejército, no pueden compararse con un teniente de caballería…

Un cabo del cuerpo sanitario dirige a sus hombres hacia un declive del terreno donde acababa de abrir fuego una batería. Avanzan a través de una nube gris espesa de humo; los proyectiles se hunden a sus pies, alzando torbellinos de tierra y polvo. Al cabo de algunos pasos encuentran ya heridos, leves unos, que transportan de uno en uno o de dos en dos a la ambulancia. Un soldado se desploma, pero no a consecuencia de las heridas, sino por efecto del agotamiento de sus fuerzas:

«No hemos probado bocado en dos días. Después de una marcha forzada de doce horas…, llegamos al campamento y dos horas después sonaron los toques de alarma y comenzó la batalla…».

La patrulla se aleja. Estos hombres pueden encontrar el camino por sí mismos y llevar también a los camaradas extenuados. La patrulla tiene que prestar sus socorros a otros que de ellos tendrán necesidad más apremiante.

En una cuesta rocosa hay una masa sangrienta, la forman una docena de soldados. Los suboficiales sanitarios se detienen, y realizan unas cuantas curas, pero prosiguen su marcha dejando también aquel grupo de heridos. Primero hay que retirar a los que caen en las avanzadillas. Cuando vuelvan a pasar por aquel punto, si pueden, retirarán a los que allí dejaron…

Y la patrulla sigue, cada vez se acerca más al lugar del combate. Aumenta el número de heridos que encuentra a su paso. Algunos todavía pueden andar. Se les da de beber, curan ligeramente las heridas y se les indica el camino a la ambulancia. Continúan avanzando entre la muerte…, entre montones de cadáveres… Muchos de los muertos conservan las huellas de su horrible agonía. Tienen los ojos descomunalmente abiertos, clavadas las manos en la tierra, erizados los pelos de la barba, apretados los dientes y distendidos los labios…, las piernas rígidas, estiradas; así yacen los cadáveres.

Más allá hay un camino en desmonte, en cuyo fondo hayan amontonados muertos y heridos. Estos últimos saludan a la patrulla sanitaria como un ángel salvador. Imploran y gritan auxilio. Con voz rota, llorando, gimiendo, piden ayuda, un trago de agua… Pero las provisiones se han agotado. ¿Qué pueden hacer estos pocos hombres? Necesitarían tener cien brazos cada uno para poder aliviar a tantos heridos.

Sin embargo, hacen lo que pueden. De pronto suena una trompeta. La patrulla interrumpe su labor. «¡No nos abandonéis, no nos abandonéis!», gritan los infelices heridos. El toque de llamada suena por segunda vez, y se destaca sobre el estruendo del combate. Llega un ayudante al galope tendido: «¿Tropa del cuerpo sanitario?». «A la orden», responde el cabo. «¡Síganme!».

Sin duda, algún general herido… No hay más remedio que obedecer y abandonar a los otros. «¡Paciencia, camaradas, valor; pronto volveremos!». Tanto los que lo oyen como los que lo dicen saben muy bien que no volverán.

Con paso acelerado siguen al ayudante, que les muestra el camino. Inútil esperar que se detengan aunque a derecha e izquierda suenan gritos desgarradores, súplicas de auxilio. Es preciso avanzar, olvidando las balas que llueven como un torrente de plomo, alcanzando a uno y otro sanitario. Es preciso avanzar, avanzar ciegos, dejando a sus espaldas montones de hombres que se retuercen lanzando alaridos de dolor. Es preciso avanzar, avanzar siempre, aunque las ruedas de los cañones o los cascos de los caballos aplasten a los caídos. Hacen un esfuerzo supremo para levantarse cuando ven que se aproximan los sanitarios, pero en vano: éstos siguen adelante, siempre adelante.

En los cuadernos rojos siguen las páginas con el relato que el médico de regimiento nos hizo de la marcha de la patrulla sanitaria sobre el campo de batalla; en él se repiten episodios semejantes y peores todavía. Por ejemplo, el momento en el que estalla una granada cuando los sanitarios están practicando su labor; o cómo los incidentes de la batalla empujan a los combatientes a llevarla hacia los mismos hospitales; el personal de sanidad y los médicos se ven envueltos, juntamente con los heridos, en los horrores de la confusión, del tumulto producido por un ataque, por una persecución, por una fuga. Un caballo sin jinete, desbocado, derriba violentamente, en su loca carrera, la camilla sobre la cual era transportado un herido de gravedad… Pero otros cuadros más horripilantes todavía los ofrecen las batallas. Acaban de colocar en una granja un centenar de heridos. Los pobres se sienten reconfortados y expresan de mil maneras su agradecimiento; pero hace explosión una granada y la granja es presa del fuego… En un minuto, el hospital de campaña queda convertido en un montón de llamas, y los gritos, los rugidos, mejor dicho, que escapan de aquel infierno de desesperación dominan por un momento todo el fragor del combate y resonarán eternamente en los oídos que los recogieron… ¡Ah, tampoco yo podré olvidarlos nunca, porque mientras narraba el médico la historia me parecía estar viendo a Friedrich, mi Friedrich, en aquel lugar maldito, y creía oír sus gritos!

—Señora, observo que se encuentra usted mal —dijo el médico, interrumpiendo su narración—. Quizás ha confiado demasiado en sus nervios.

Pero yo quería saber más. Le aseguré que mi debilidad era pasajera y sólo consecuencia del calor y de una mala noche, le supliqué que continuase su relato. Me parecía que, a pesar del horror de los detalles narrados, quedaban por referir los más

espantosos. Y cuando se ha despertado la sed por lo horripilante, ésta es imposible de ser saciada hasta que no se ha oído lo más terrorífico. En efecto, hay algo mil veces más horrendo que un campo de batalla durante la acción, y ese algo es el campo de batalla después de un combate.

Ya no truena la artillería, ya no rasgan el aire los clarines, ya no redoblan los tambores; no se oyen más que los silenciosos gemidos de dolor, los estertores de los que agonizan. Sobre un terreno removido, lleno de hoyos, se ven charcos de sangre; todas las cosechas destrozadas, sólo aquí o allí alguna que otra espiga; de las casas quedan informes montones de escombros. Los árboles de los bosques han caído tronchados y carbonizados; los setos destrozados por la metralla… y el suelo aparece cubierto por millares y millares de muertos o de heridos que agonizan sin que se les preste auxilio. No se ve en los caminos ni en las praderas una sola flor, una sola planta en pie; sino sables, bayonetas, mochilas, capotes, carruajes de munición volcados, cañones desmontados, inútiles… Junto a esos cañones, cuyas terribles gargantas aparecen ennegrecidas, es donde ha corrido más la sangre; junto a esos cañones es donde abundan más los muertos, los heridos; junto a esos cañones es donde los proyectiles enemigos han producido las mutilaciones más bárbaras. Se ven cuerpos sin cabeza: ¡la arrancó una bala de cañón!, caballos sin vientre que intentan levantarse y exhalan su último relincho, su grito de muerte implacablemente lúgubre. Allá, la quebrada está llena de cuerpos: muchos heridos habían conseguido arrastrarse penosamente hasta allí, pues creían que podrían permanecer ocultos. Una batería pasa a galope sobre ellos, los cascos de los caballos y las ruedas los aplastan, y deja una masa repugnante, pedazos de carne entre una masa sanguinolenta pastosa…, pero «¡viven todavía!».

¿Es esto todo? No, queda lo más espantoso, lo más infernal, la aparición de esa hez de la humanidad que sigue a los ejércitos para realizar su obra de hienas después de las batallas. Son monstruos que se arrastran a la búsqueda de su botín, se inclinan sobre los muertos… y sobre los que todavía viven, y los despojan de sus ropas, arrancan las botas de las piernas destrozadas y las sortijas de las manos aplastadas, o para obtener el anillo, cortan el dedo del que lo ostenta. Si la víctima intenta defenderse, las hienas la rematan o le arrancan los ojos a fin de evitar el peligro de ser reconocidas.

No pude contener un grito al escuchar las últimas palabras del doctor. La escena que acababa de describir la estaba yo viendo con mis propios ojos, y los órganos de la visión que arrancaba el cuchillo del monstruo eran los de Friedrich, aquellos ojos tan azules, tan dulces, aquellos ojos queridos…

—Perdóneme, señora, pero usted lo quiso…

—Sí, sí; ansío saberlo todo. Lo que usted acaba de describir tiene lugar durante la noche que sigue a batalla. ¿Son las estrellas las que iluminan esas escenas?

—Y las antorchas. Las patrullas que envía el vencedor para reconocer el campo de batalla llevan antorchas y linternas. Las linternas rojas, izadas en lo alto de los

postes indicadores, designan los sitios en donde han sido establecidos los hospitales provisionales.

—Y la mañana siguiente, ¿qué impresión produce el campo de batalla?

—Más lamentable todavía, si cabe. Imposible describir con palabras el efecto que produce el contraste entre la bella sonrisa del día y el cuadro horripilante de la acción humana que ilumina. Durante la noche, este cuadro tiene algo de espectral, de fantasmagórico; pero a la luz del día es la imagen viva de la desolación. Se aprecia entonces la cifra aterradora de muertos: en los caminos, entre los campos, en los fosos, muertos entre las ruinas. Por todas partes, por todas partes muertos. Saqueados, desnudos. Y lo mismo los heridos. Éstos, pese al trabajo desplegado durante la noche por los encargados del servicio de sanidad militar, son muchos, se arrastran todavía por el suelo. Heridos de rostros lívidos, verdosos, amarillos, imágenes de desesperación éstos, de estupor aquéllos. Hay muchos que no pueden tolerar los dolores, y suplican a los que se acercan a socorrerles que los rematen. Bandadas de buitres acechan desde las alturas de los árboles el momento en que podrán entregarse al festín. Manadas de perros venidos de los pueblos próximos lamen la sangre que brota de las heridas. Aún quedan hienas humanas llevando a cabo su infame tarea… Y ahora viene por fin la gran inhumación…

—¿Quién se encarga de llevarla a cabo? ¿Los sanitarios?

—No serían bastantes para una obra tan gigantesca, aparte que tienen sobrado trabajo con los heridos.

—¿Las tropas, entonces?

—No, gente a la que se obliga o que se ofrece voluntariamente, vagabundos, gentes de aluvión que sigue a los convoyes, individuos a quienes las circunstancias mezclan con las operaciones militares, tropel de personas confundidas que la guerra expulsa de los pueblos o de las granjas. Ésos son los que abren las fosas grandes y anchas, aunque no tan profundas, porque falta tiempo para tanto. Los muertos son arrojados dentro, de cabeza o de pies, como se puede, y se los cubre luego con una ligera capa de tierra, de uno o dos pies de altura, de modo que parece un túmulo. Un par de días después llega la lluvia, arrastra la tierra y deja después al descubierto los cadáveres descompuestos. ¿Qué importa? Los despabilados y alegres enterradores no piensan tan lejos. Alegres y jocosos, sí, porque mientras realizan la tarea silban y hacen todo tipo de chistes picantes. Y mientras tanto baila una ronda de hienas alrededor de las tumbas abiertas. Tampoco les preocupa enterrar cuerpos que todavía respiran. Es inevitable, porque hay heridas que producen la rigidez de la muerte. Algunos individuos que se han visto en peligro de ser enterrados vivos han referido luego las agonías que sufrieron, ¿pero cuántos otros perecieron sin poder hablar? Una capa de tierra de apenas un par de pies les cerró la boca…

—¡Oh, mi Friedrich, mi Friedrich! —gemía mi alma.

—Éste es el cuadro de la mañana siguiente —concluyó el médico del regimiento —. ¿Quieren que les cuente lo que sucede por la tarde?

—Doctor, lo sé muy bien —interrumpí—. En una de las dos capitales de las naciones en guerra se ha recibido telegráficamente la nueva de la gloriosa victoria. Esto ocurre por la mañana; mientras las hienas bailan en las fosas…, en las iglesias se canta un «Alabemos todos a Dios»; y por la tarde, la madre o la esposa del enterrado vivo coloca un par de velas en el alfeizar de la ventana, porque la ciudad está iluminada.

—Nada más cierto, señora, en las capitales se representa una comedia, y en el campo de batalla, tras la segunda puesta de sol, la tragedia continúa. Además de los que han sido enterrados o conducidos a los hospitales de campaña, hay muertos o heridos no levantados todavía. Han quedado entre los matorrales, en los campos de espigas crecidas, entre los escombros, no han sido vistos por los camilleros ni por los sepultureros. Para éstos empieza ahora el martirio de agonías que durará muchos días y muchas noches, expuestos a los rayos abrasadores del mediodía y a los negros estremecimientos de las tinieblas, tendidos sobre piedras o sobre cardos, respirando los miasmas putrefactos que exhalan los cadáveres próximos o sus propias heridas descompuestas, hasta que los buitres se hunden en sus carnes palpitantes…

¡Qué viaje! Rato hacía que el médico había dejado de hablar y aún desfilaban por mis ojos las imágenes evocadas por su terrorífica narración. En mi deseo de sustraerme tan angustiosa obsesión, me dispuse a mirar a través de la ventanilla del vagón para admirar el paisaje. Pero también aquí se respiraba una atmósfera impregnada por el pesar de la guerra. Era cierto que en esta región no habían tenido lugar devastaciones violentas, no había humeantes pueblos destruidos, por aquí el «enemigo» no había pasado, pero lo que aquí hacía estragos era quizá algo peor: *el miedo al enemigo*. «¡Los prusianos! ¡Qué vienen los prusianos!», este grito resonaba, a la manera de señal de alarma, por todo el trayecto, y quien no hubiera oído ese grito podía, desde la ventanilla del vagón, observar bien sus efectos. Por todas partes, por carreteras y caminos, la gente, caminando a toda prisa, huía alocada, abandonaba sus hogares y cargaba con lo que podía llevar. Interminables hileras de carretas, repletas de camas, provisiones y utensilios, llenaban los caminos. Todo empaquetado a toda prisa. En la carreta, entre sacos de patatas y cerditos, se veían los niños, y a pie, caminaban la mujer, el marido y los hijos mayores. Ésa era la imagen de las familias que huían siguiendo en la forma indicada un camino pegado a la línea del ferrocarril. ¿Adónde iban los pobres? Ni ellos mismos lo sabían, probablemente su pensamiento único era huir, huir de los «prusianos», como huye uno del incendio que le persigue, de la inundación que sube.

Nos cruzamos con varios trenes llenos de heridos. ¡Siempre los mismos rostros cadavéricos, siempre las mismas cabezas vendadas, siempre los mismos brazos en cabestrillo! Especialmente en las estaciones se podían ver estas escenas en todas sus variaciones. Cuerpos yacentes o acurrucados llenan los andenes grandes o pequeños de las estaciones, los andenes en los que en condiciones normales suelen congregarse los que esperan a los viajeros. Son los pobres soldados traídos del campo de batalla y

que esperan turno para ser transportados a los hospitales de campaña y a hospitales privados. Su espera se prolonga, dura muchas horas, días acaso. ¿Cuántos convoyes de heridos han pasado ya? Desde el sitio donde cayeron fueron transportados al primer puesto de socorro, luego a la ambulancia, desde ésta al hospital volante, más tarde a una localidad cualquiera, y ahora tienen en perspectiva el viaje a Viena por ferrocarril. Cuando lleguen, serán conducidos al hospital; y después de sufrir estos dolores indecibles volverán a sus regimientos o serán llevados al cementerio… ¡Me dan tanta pena esos pobres diablos! Hubiera querido arrodillarme junto a alguno de ellos para haberle dicho unas palabras de consuelo. El doctor no me dejaba. Cada vez que se detenía el tren en una estación, me tomaba por el brazo, me conducía al despacho del jefe de estación y mandaba que me sirvieran una copa de vino o un refrigerio.

Las hermanas daban comienzo en las estaciones su misericordiosa misión. Ofrecían a los heridos tantas bebidas y provisiones como podían recoger, pero, por desgracia, pronto se agotaban las existencias en los restaurantes. La agitación de las estaciones me apabullaba, era como un mal sueño. Las carreras en todos sentidos, las tropas que marchaban, los refugiados, el ir y venir de los camilleros, los montones de soldados cubiertos de sangre, sollozantes, las mujeres que lloraban y se retorcían las manos, los gritos, las rudas órdenes. No había un paso libre por el que poder circular, los equipajes amontonados, los cañones, el material de guerra, los caballos, el tintineo constante de los timbres telegráficos, el paso continuo de los trenes procedentes de Viena, atestados de tropas de reserva, los soldados amontonados en los coches; todo esto me conturbaba y asustaba… Y los vagones de tercera y cuarta estaban atestados de soldados, eran transportados en los vagones de mercancías y para el ganado, igual que las reses que llevan al matadero. Y en el fondo, no podía evitar la comparación: ¿Acaso no es lo mismo? ¿No se les envía al matadero? Mandados por el gran mercado político para servir de carne de cañón, *chair à canon*, dicen los franceses. Cuando atravesaba la estación alguno de aquellos trenes, salían de sus departamentos rugidos frenéticos que dominaban el ruido de la máquina, eran los cantos de guerra. Desaparecía el tren, llevando una parte del cargamento a una muerte segura, sí, segura, porque si es cierto que ninguno de los soldados, considerado individualmente, podía asegurarse que moriría, no lo es menos que corrían a colocarse frente a la muerte y que ésta realizaría su destructora labor en una proporción determinada. En otro tiempo, acaso fuera espectáculo poético el que ofrecía la marcha de un ejército a pie o a caballo; pero hoy resulta un absurdo, un sarcasmo, que la locomotora, símbolo de la cultura científica y de la aproximación de las naciones, favorezca el desencadenamiento de la barbarie. ¿No es un contrasentido que el telégrafo, triunfo soberbio de la inteligencia humana, se ponga al servicio del antiguo, del repugnante principio de la barbarie?

Aumentaban mi desesperación estos pensamientos, que sin cesar se agitaban en mi cerebro, mientras esperábamos en las estaciones que el tren reanudara la marcha.

Yo envidiaba a los que, abandonados a la sencillez de su dolor, lloraban y se retorcían, las manos, pero sin rebelarse contra aquella horrenda comedia, y a nadie acusaban, ni siquiera a aquellos cuyas ambiciones lanzaron sobre sus cabezas tantas desdichas…

Llegué ya muy tarde a Königinhof. Mis compañeros de viaje habían dejado el tren en la estación anterior. Me encontraba sola, llena de temor y de miedo. ¿Qué sería de mí si no me esperaba el doctor Bresser? ¿Qué podía hacer? El cansancio me tenía rendida, y el terror y la angustia, agobiada. Habría deseado la muerte de no haber sido tan ardientes mis anhelos de encontrar a Friedrich. ¡Qué felicidad poder acostarse, dormirse y no despertar ya en un mundo donde se representan dramas tan horribles, escenas tan insensatas!… ¡Sólo una cosa, permanecer con vida y saber que Friedrich se encuentra entre los desaparecidos!

El tren se paró. Bajé con esfuerzo y temblorosa, tenía mi equipaje de mano, llevaba una maletita con ropa blanca para mí y vendas para los heridos; además de mis objetos de aseo personal, creyendo imposible que una persona pudiera prescindir del pastillero de plata, los jabones, los peines. Pues he profesado siempre el principio de que la limpieza es para el cuerpo lo que la honradez para el alma; pero pronto debía adquirir el convencimiento de que en la vida hay ocasiones en que es preciso saber privarse de todo lo que se relaciona con el aseo. Cierto que no puede ser más lógico: siendo la guerra, como es, la negación de la cultura, nada más natural que suprima todas las conquistas de la civilización y lleve al hombre al salvajismo primitivo, a la condición que tanto repugna a las personas refinadas: a la suciedad, en una palabra.

La caja con material para los hospitales que recogí en Viena para el doctor Bresser había sido confiada, como tantas otras, al Comité de Ayuda. ¿Quién sabe cuándo y dónde llegaría a su destino? Con los efectos que he mencionado en las manos y un monedero que contenía algunos billetes de cien florines sujeto a la cintura, atravesé con paso vacilante la vía hasta el andén. A pesar de lo avanzado de la hora, aquí también era intenso el tumulto, y siempre las mismas imágenes: heridos y heridos. Aunque no la misma imagen: aquí era aún más cruel. Königinhof era un lugar plagado de desventurados que, transportados a la estación y curados provisionalmente, esperaban su turno tendidos sobre el suelo, sobre las piedras…

Era una noche tenebrosa sin luna. El lugar sólo estaba iluminado por tres o cuatro postes sobre los que pendían faroles. Exhausta, con falta de sueño, casi muerta de sueño, me hundí en el rincón vacío de un banco y dejé el equipaje frente a mí en el suelo.

Al principio no tuve valor para mirar a mi alrededor buscando al doctor Bresser entre tantas gentes que iban y venían. Estaba convencida de que no le encontraría y no me faltaba razón, pues había diez probabilidades contra una de que sus ocupaciones perentorias le hubieran impedido llegar. El tren en que yo viajé trajo un retraso enorme. La regularidad, otra de las nociones culturales, había desaparecido

también…

Entonces fue cuando me pareció que mi empresa era una locura. Los gritos de socorro de Friedrich que yo creí oír habían sido algo parecido a un llamamiento místico. Realmente no tenía motivos fundados para hacer lo que había hecho. ¿Quién sabía si Friedrich estaría en aquellos instantes de camino a casa? Y si estaba muerto, ¿para qué buscarlo aquí? En mis oídos resonaba otra voz. Rudolf, mi hijo, estaría preguntando por su «mamá»; le era imposible dormirse sin el beso de buenas noches… ¿Adónde ir si no encontraba a Bresser? Mis esperanzas de encontrarle eran tan escasas como tener el boleto acertado en la lotería entre cientos de miles. Por fortuna, llevaba dinero en el bolsillo, con él, por lo general, sale uno de todos los apuros. Instintivamente llevé la mano al sitio donde llevaba prendido el bolsito… ¡Santo Dios! ¡La correa que lo sostenía se había roto, el bolso no estaba, lo había perdido! ¡Oh, no! No lancé improperios contra la suerte, no me lamenté. Cuando nos sobrevienen tales desgracias, ¿cómo podemos quejarnos de un incidente sin importancia? Yo no tenía más que una preocupación: la muerte de Friedrich. El resto no era nada.

Escudriñé con los ojos las caras de todos los presentes, ninguno era el doctor Bresser.

—¿Dónde podría encontrar al jefe de estación de enfermos? Pregunté.

—¿Al capitán médico de Estado Mayor S…? Allá le tiene usted.

Aunque no era al que buscaba, pensé que acaso pudiera darme noticias del doctor Bresser. Me dirigí al sitio indicado. El capitán médico hablaba con un caballero.

—Es una lastima —oí que decía—. Aquí en el depósito de Turnau se ha preparado el equipamiento para surtir a los hospitales de las inmediaciones del campo de batalla; afluyen donativos en abundancia; ropas, alimentos, vendajes tanto como se quiera, pero ¿qué hacer con ellos? ¿Quién los desembala, clasifica y envía a su destino? Nos falta personal, necesitaríamos cientos de funcionarios en activo.

Me disponía a interrogar al capitán médico cuando vi que una persona avanzaba precipitadamente hacia él. ¡Oh, qué alegría!, en aquella persona reconocí al doctor Bresser.

En mi excitación me lancé al cuello del viejo amigo de la familia.

—¿Usted? ¿Usted, baronesa de Tilling? Pero ¿qué hace usted aquí?

—He venido para ayudar, para cuidar. ¿Está Friedrich en alguno de los hospitales?

—Yo no le he visto.

¿Fue esa respuesta una desilusión o un alivio para mí? No lo sé, Friedrich no estaba en los hospitales: luego, había muerto o salido sano y salvo… Pero no era posible que el doctor Bresser hubiese visto a todos los heridos, y por tanto, para salir de dudas, tenía que recorrer todos los hospitales de campaña.

—¿Y la señora Simon? —pregunté.

—Está aquí desde hace varias horas… ¡Qué mujer! ¡Qué energía! ¡Qué

prudencia! ¡Qué decisión!… Ahora mismo la tiene usted ayudando a transportar y colocar en los compartimientos libres del tren a los heridos amontonados aquí. Ha averiguado que en una localidad cercana, en Horonewos, la necesidad de ayuda es mucho mayor. Allá quiere ir, y yo la acompaño.

—¡Yo también, doctor Bresser! Le ruego que me permitan ir con ustedes.

—¿En qué está pensando, baronesa Martha? Usted, tan refinada, tan delicada, tan poco habituada a una labor tan ruda…

—¿Qué otra cosa puedo hacer aquí? —le interrumpí—. Doctor, si es usted amigo mío, ayúdeme a realizar el proyecto que me trae aquí. Haré cuanto se me mande, aceptaré todas las órdenes. Preséntenme usted a la señora Simon como enfermera voluntaria y llévenme con ustedes, ¡por misericordia, llévenme con ustedes!

—¡Como usted quiera! Allí esta la valerosa mujer, venga.

Me llevó el doctor Bresser donde estaba la señora Simon y me presentó como enfermera. Ésta me saludó con un movimiento de cabeza y se volvió para dar una orden. La penumbra me impidió distinguir sus facciones.

Cinco minutos más tarde salíamos para Horonewos. Un carromato que acababa de ser utilizado para trasladar a los heridos nos sirvió de medio de transporte. Tuvimos que sentarnos sobre la paja quizá todavía humedecida con la sangre de los que habían formado parte del cargamento anterior. Un soldado, sentado junto al conductor del carromato, sostenía una linterna cuya temblorosa luz parecía querer iluminar el camino. A mí me dominaba la impresión de estar en un mal sueño. Únicamente la presencia del doctor Bresser me mantenía en contacto con la realidad, y al mismo tiempo me tranquilizaba, tenía mi mano entre las suyas y me sostenía con uno de sus brazos.

—Apóyese usted en mí, baronesa Martha…, ¡pobre niña! —murmuraba en voz muy baja.

Sobre él me apoyé tan bien como pude, pero ¡qué tortura! Cuando una ha estado toda su vida acostumbrada a descansar en asientos mullidos, coches dispuestos y camas blandas, era difícil, sobre todo después de un día de viaje tan agotador, verse sentada en un carromato destartalado, de duras maderas, tapizado únicamente por la paja regada de sangre. Si yo, sin estar herida, sufría tanto, ¡qué de tormentos no experimentarían los infelices heridos que eran así arrastrados a través de los campos, los infortunados cuyos miembros habían sido destrozados por las balas, cuyos huesos fracturados rasgaban sus carnes!

Se me fueron cerrando los párpados. Me torturaba una necesidad imperiosa de sueño, y sin embargo la excitación de mis nervios me hacía imposible dormir; y las violentas sacudidas del carromato tampoco lo permitían. En mi cerebro se agitaban pensamientos y atormentaban mi imaginación imágenes tan confusas como las que producen los delirios ocasionados por la fiebre. Resurgían en mi espíritu, palpitantes de vida, las escenas espantosas narradas en el tren por el médico del regimiento; creía

escuchar el relato, las presenciaba, veía a los enterradores moviendo sus picos, y las palas de las hienas humanas arrastrándose entre los muertos y los heridos, y resonaban en mis oídos los alaridos de las mujeres víctimas del incendio de la granja. Voces misteriosas repetían sin cesar en mis oídos: «¡Buitres, chusma que sigue al ejército, patrullas, ambulancias!», pero sin que me impidieran escuchar la conversación que mis compañeros de viaje sostenían:

—Una parte de las tropas derrotadas ha huido en desbandada hacia Königgrätz —decía el doctor Bresser—. Las puertas de la ciudad están cerradas, y desde los muros se ha hecho fuego contra los que huían, es decir, contra los sajones, a quienes tomaron por prusianos dada la oscuridad. Cientos de soldados nuestros han caído muertos o heridos en el fondo de los fosos, y allí continúan. El Elba ha detenido a los fugitivos. En sus orillas, la confusión es indescriptible. Cañones y caballos obstruían los puentes, y los soldados de infantería, al no poder pasar, se han arrojado al río por millares, entre ellos, no pocos heridos.

—Debe ser espantoso lo que pasa en Horonewos —dijo la señora Simon—. Todo abandonado. Pueblo y castillo han sido abandonados, el interior está devastado y lleno de heridos… Vamos a llevarles consuelo; pero ¡será demasiado poco, demasiado poco!

—Y demasiado insuficiente también nuestra ayuda médica —respondió el doctor Bresser—. Necesitaríamos más de cien médicos para atender las necesidades más apremiantes. Nos falta también instrumental y medicamentos; pero, aun cuando dispusiéramos de ellos, ¿qué resultados podríamos prometernos? Muy pobres. Dada la inmensa cantidad de heridos, son inevitables las epidemias más peligrosas. La medida más perentoria que deberíamos tomar sería la evacuación de los hospitales provisionales; pero hay tantos heridos de gravedad extrema que ningún médico se atreve a cargar con la responsabilidad de su transporte. ¡Moverlos es matarlos y dejarlos…! ¡Una difícil situación! Desde la batalla de Königgrätz, lo que he visto en estos días últimos supera todas las nociones posibles, señora Simon.

—Cuento con años de experiencia y valor. Y mis energías crecen en la misma proporción que el infortunio.

—Me consta, pues, antes que usted, llegó hasta nosotros su reputación. En mí ocurre lo contrario, ante desastres tan tremendos se debilita mi valor, mi corazón decae. Escuchar los gritos de centenares, de millares de desventurados que piden socorro, y no poder prestárselo… ¡Oh, es horrible! En las ambulancias improvisadas, en las inmediaciones del campo de batalla, nos faltaba todo, principalmente agua y pan. No quedó un local techado, iglesia, granja, castillo, choza que no se llenara de heridos. Todo lo que pueda servir como vehículo de transporte se requisa. En todos los caminos han abierto surcos profundos esos carros del infierno. Perdonen el calificativo; pero los sufrimientos que arrastran las ruedas de esos carros pueden llamarse infernales. Oficiales, suboficiales, soldados, mezclados, en un montón, cubiertos de polvo, de grasa, de sangre, lanzan gemidos y gritos que con frecuencia

nada tienen de humano, y crea usted que son menos dignos de lástima los que pueden gritar…

—¿Mueren muchos en el camino?

—Muchos, y otros exhalan el último suspiro a poco de haber sido descargados, en cualquier local atestado o sobre el primer montón de paja que se encuentra. Unos se extinguen dulcemente; otros, después de una lucha horrible con la muerte, barbotando improperios de desesperación. Tales improperios bien podrían alcanzar al señor Twinnig de Londres, quien sometió a la Convención de Ginebra[93] la proposición siguiente: «Cuando el estado de gravedad extrema de un herido no deja lugar a la esperanza, convendría que le fuesen ofrecidos desde luego los auxilios de la religión, y después de concederle algunos minutos, si las circunstancias lo permitían, para que se recogiera interiormente, se tratara de poner fin a su agonía en la forma menos dolorosa posible. De este modo se le impediría morir breves instantes después abrasado por la fiebre y con la blasfemia en los labios».

—¡Qué poco cristianos! —exclamó la señora Simon.

—¿El qué? ¿El golpe de gracia?

—No, pero la idea de que las blasfemias proferidas sin deliberación, bajo terribles torturas, serán tenidas en consideración por Dios. El Dios de los cristianos no es tan injusto, y nunca condenará al soldado que cae en el campo de batalla…

—Mahoma promete su paraíso a todo turco que arranca la vida a un cristiano —replicó el doctor Bresser—. Estimada señora Simon, desde los tiempos más remotos viene la humanidad atribuyendo a Dios una influencia activa en las guerras, aunque sabido es que éstas se deben a la codicia, a las ambiciones, a la crueldad humana. ¿Ve usted aquella estrella de primera magnitud de luz rojiza? Se la ve cada dos años sobre nuestras cabezas. Es el planeta Marte, divinidad de la guerra en los tiempos antiguos, dios tan venerado en la era gentílica que contaba con más templos que la diosa del amor. En la batalla de Maratón, en los estrechos desfiladeros de las Termópilas, proyectó ese astro sus resplandores sangrientos sobre la lucha fratricida del hombre. Millones de soldados moribundos lo han maldecido; pero el astro sigue inconsciente y tranquilo entonces como hoy. ¡Constelaciones hostiles! El enemigo del hombre es el hombre mismo, y es un enemigo suficientemente feroz —Bresser hizo una pausa —. De ello ha dado usted misma un ejemplo, generosa señora, usted es…

—¿Ve usted un resplandor de llamas en el horizonte? —interrumpió la señora Simon—. Sin duda es el incendio de algún pueblo.

Abrí los ojos y vi, en efecto, una claridad rojiza.

—No —contestó el doctor—; es la luna que sale.

Intenté tomar una posición menos molesta permaneciendo sentada y erguida. Quería evitar cerrar los ojos. Ese estado de somnolencia llenaba mi imaginación de visiones terroríficas. Era preferible tomar parte en la conversación de los dos.

Pero el doctor y la señora Simon callaron, y al cabo de breves momentos mis párpados se cerraron de nuevo, pero esta vez era el sueño el que los cerraba.

Experimenté la percepción de que iba a dormirme y de que el mundo y cuanto me rodeaba dejaban de existir, y esa sensación me produjo tanto bienestar que en aquel instante habría deseado la visita de la muerte, la visita de la hermana del sueño.

Ignoro cuánto tiempo pasé en aquella placentera existencia negativa al alma; lo que sí recuerdo es que, de improviso, algo disipó mi sueño, no fue un ruido, una sacudida, sino un hedor insoportable.

—¿Qué es eso?

Al tiempo, el doctor Bresser y la señora Simon hicieron la misma pregunta.

La carreta acababa de doblar un recodo del camino. Al borde de éste se alzaba un muro blanco, iluminado por la luna; probablemente el muro de un cementerio. Durante la batalla debieron utilizarlo las fuerzas como parapeto, pues el suelo estaba materialmente cubierto de cadáveres… El hedor nauseabundo que éstos despedían me había despertado.

Al pasar nuestra carreta, alzaron el vuelo nubes de cuervos y de buitres, permanecieron durante algunos minutos cerniéndose en los aires, como una nube negra frente al claro firmamento, y luego descendieron graznando sobre el festín…

—¡Friedrich, mi Friedrich!

—Tranquilícese, baronesa Martha —me consoló Bresser—. Su marido no puede encontrarse ahí.

El soldado que conducía la carreta fustigó los caballos para librarnos cuanto antes de aquellos vapores mefíticos. La rapidez de la carreta aumentó el chirriar del carro e imprimió a éste violentas sacudidas. Temí que los animales se hubiesen desbocado. Presa del espanto, me aferré al brazo del doctor; pero, a mi pesar, volví atrás la cabeza y miré hacia el muro. ¿Fue efecto de la luz falaz de la luna o del revoloteo de los buitres que se precipitaban sobre su presa? Me pareció que los muertos se agitaban, vi que alzaban los brazos, que los tendían hacia nosotros, que se disponían a perseguirnos…

Quise gritar. Ningún sonido escapó de mi garganta, contraída por el terror.

Doblamos otro recodo que presentaba el camino.

—Hemos llegado: aquello es Horonewos —dijo el doctor, y le dio al conductor la orden de parar.

—¿Qué hacemos con esta señora? —oí que preguntaba al doctor la señora Simon —. Lejos de servirnos de ayuda, será para nosotros un estorbo.

Yo había vuelto en mí.

—¡No, no! —exclamé—. Me encuentro mejor… Quiero ayudarles en lo que pueda.

Habíamos llegado al centro del pueblo y nos encontrábamos frente a la puerta de un castillo.

—Veamos primero qué podemos hacer aquí —dijo el doctor Bresser—. Como el castillo fue abandonado por sus dueños, debe estar atestado de heridos desde los sótanos hasta el tejado.

Bajamos. Apenas podía tenerme en pie, pero puse en juego todas mis fuerzas para que no se notase.

—Adelante —respondió la señora Simon—. ¿Tenemos todos los paquetes? Yo llevo lo necesario para socorrer a buen número de heridos.

—Yo también traigo vendas en mi maleta —dije.

—Y yo el instrumental y los medicamentos —añadió el doctor.

Dio las órdenes oportunas a los soldados que nos acompañaban, dos de los cuales debían quedarse con los caballos, y el resto, acompañarnos.

Entramos. No se oían más que gemidos dolorosos… La oscuridad era completa.

—Luz, ante todo, luz —gritó la señora Simon.

—¡Ay, Dios mío! Habíamos traído de todo: chocolate, extracto de carne, cigarros, vendas, pero nadie había pensado en una vela. Imposible disipar la oscuridad que envolvía a tantos desventurados. Sólo una caja de fósforos que el doctor tenía en el bolsillo nos permitió por unos segundos ver las imágenes espantosas. A cada paso resbalaban nuestros pies sobre charcos de sangre. ¿Qué hacer? Nada, como no fuera unir nuestra desesperación y nuestros suspiros a los que llenaban ya aquel lugar. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

—Voy a buscar la casa del párroco —dijo la señora Simon—, o a buscar alguna ayuda en el pueblo. Venga, doctor, acompáñeme hasta la salida con los fósforos; y usted, señora, quédese aquí mientras.

¡Esperar allí sola, en la oscuridad, entre aquellos gemidos, respirando un hedor asfixiante! Me estremecí hasta la medula de los huesos, pero callé, no me atrevía a protestar.

—Sí —respondí—; esperaré aquí su regreso.

—No, no; venga usted también —intervino Bresser, tomando mi brazo—. No puedo permitir que se quede usted sola entre tantos hombres, quizá, delirantes.

¡Qué agradecida quedé de la intervención del amigo doctor! Me colgué con firmeza de su brazo. Si me dejaban sola, estoy segura de que el terror me hubiese hecho enloquecer… Ah, era una criatura débil y cobarde, no hecha para las circunstancias… ¿Por qué no me quedé en casa? ¡Pero quién sabe si encontraría a Friedrich! ¿Estaría en la estancia oscura que íbamos a dejar? Al salir pronuncié varias veces su nombre, pero el esperado y temido «¡Aquí estoy, Martha!» no se produjo.

Cuando salimos, la carreta seguía en el mismo lugar. El doctor decidió que volviera a subir.

—Espere aquí —dijo— mientras la señora Simon y yo vamos al pueblo en busca de ayuda.

Obedecí, porque mis pies se negaban a sostenerme. El doctor me ayudó a subir y me preparó con la paja un asiento lo más cómodo que le fue posible. En la carreta se quedaron dos soldados, los demás acompañaron al doctor y a la señora Simon.

Regresaron al cabo de media hora. Sin éxito. La casa del cura estaba destrozada y, como las demás, saqueada, todas las casas en ruinas. Imposible conseguir una vela;

no quedaba otra que esperar la llegada del día. ¡Cuántos desventurados en cuyos pechos hizo nuestra llegada aletear la esperanza, cuántos a quienes un socorro inmediato habría podido salvar sucumbirían durante aquella noche!

¡Qué larga noche! ¡Tres o cuatro horas faltaban para el alba, y nos parecieron tres o cuatro siglos!… ¡Qué eternas nos resultaron aquellas horas, cuyo transcurso, en vez de estar marcado por el péndulo del reloj, lo fueron por las voces implorando ayuda de los heridos!

Al fin vino el día. Ahora se podía actuar. La señora Simon y el doctor volvieron al pueblo con objeto de ver si encontraban algunos habitantes a quienes el miedo hubiese obligado a esconderse. En efecto, pronto surgieron de entre los escombros algunos campesinos, temerosos y desconfiados al principio, pero que se prestaron a ayudarnos cuando oyeron hablar al doctor en su lengua y escucharon la voz suave de la señora Simon. Ante todo se pensó en hacer salir de sus escondites a todos cuantos pudieran ayudar a enterrar a los muertos, limpiar los pozos, recoger las perolas de campaña esparcidas por el campo, para hacerse con recipientes y buscar en las mochilas de los muertos y de los heridos la ropa blanca. Poco después llegó un capitán médico prusiano con personal de sanidad y medicamentos. Ya podíamos dedicarnos a la distribución de socorros. Acaso iba yo a encontrar a aquel cuyo amor me impulsó a emprender tan lúgubre viaje: este pensamiento reanimó mis desfallecidas fuerzas.

En compañía del doctor prusiano se encaminó la señora Simon al castillo, donde estaba el mayor número de heridos. Bresser, yo inspeccionábamos los demás espacios del pueblo, y yo preferí quedarme con este amigo excelente. El doctor Bresser, después de una inspección rápida del castillo, constató que entre los heridos no se hallaba Friedrich.

Pocos pasos habíamos dado cuando nos obligaron a detenernos gritos de angustia y gemidos de dolor que partían de la pequeña iglesia del pueblo, cuyas puertas estaban abiertas. Entramos, más de cien hombres yacían entre las losas del pavimento, mutilados, gravemente heridos, delirantes. Todos aquellos desdichados pedían agua. Me fue muy penoso dar los primeros pasos, pero conseguí terminar mi inspección. Friedrich no se encontraba allí.

Mientras Bresser y los que le acompañaban socorrían a aquellos pobres, yo contemplaba, apoyada contra un altar lateral, aquella espantosa escena de desolación.

Era aquél el templo del Dios del amor infinito. Imágenes de santos, colocadas en nichos y altares, alzaban piadosamente sus manos y tenían vueltas hacia el cielo sus cabezas aureoladas con nimbos de gloria.

—¡Virgen santa! ¡Madre de Dios! —gemía un pobre soldado—. ¡Tened piedad de mí!… ¡Una gota de agua!

Posiblemente había estado lanzando en vano su súplica a aquella policromada y sorda imagen durante días. ¡Oh, pobres hombres, antes de escuchar el mandamiento del amor, que un dios ha puesto en vuestros corazones, imploráis pidiendo en vano el

amor de Dios! Mientras no venzáis la crueldad que reina entre vosotros, no esperéis la compasión divina…

¡Qué escenas hube de contemplar aquel día!

Para mí lo más sencillo, lo menos penoso, sería callarme, no decir nada. Cuando uno ve cosas demasiado repugnantes suele cerrar los ojos o volver la cabeza. También la memoria tiene la capacidad de cerrar los ojos. Cuando ya no es posible prestar ninguna ayuda, ¿por qué, pues, evocar recuerdos que llevan aparejados horribles tormentos cuando no es posible atenuar lo doloroso de un pasado irrevocable?

¿Por qué? Lo diré más adelante. Por el momento, baste afirmar que es preciso.

Y no me limitaré a hacer un llamamiento a mi memoria, porque mi fuerza perceptiva no pudo entonces apoderarse, abarcar el conjunto de los acontecimientos; transcribiré, no obstante lo que otros testigos de las mismas escenas vieron, lo que la señora Simon, el doctor Brauer y el inspector médico sajón de hospitales de campaña, el doctor Naundorff, han referido al respecto.

El espectáculo de Horonewos tenía también muchas otras sucursales del infierno en otras localidades limítrofes: Sweti, Hradeck, Problus. En la localidad de Pardubitz, que había sido tomada por los prusianos en primer lugar, había más de un millar de soldados gravemente heridos, amputados muchos de ellos y no pocos operados. Muchos moribundos mezclados con los cuerpos de los ya muertos. Muchos conservaban por toda prenda de vestir la camisa ensangrentada, y como consecuencia no era posible saber a qué nación pertenecían. Los que conservaban un atisbo de vida pedían con voces desgarradoras agua y pan; se arrastraban con los sufrimientos de sus heridas y pedían como favor especial que los acabasen de matar.

Roßnitz [escribió por entonces el doctor Brauer en sus cartas]. Roßnitz, cuyo recuerdo conservaré en mi memoria hasta el último momento de mi vida, Roßnitz, adonde fui enviado por la Orden de San Juan, y donde seis días después de la batalla reinaba todavía una desolación inmensa, que supera toda imaginación humana. Allí encontré a nuestro R… con seiscientos cincuenta heridos, repartidos en miserables graneros y cuadras sin ninguna clase de cuidados, en medio de muertos y mediomuertos, muchos revolcándose entre sus propias inmundicias. Allí estaba yo, después de haber erigido un montículo funerario por el teniente coronel von F., me sentí oprimido por un dolor inmenso; y me abrumó tanto el dolor que, no teniendo mis ojos fuerza para derramar lágrimas amargas, éstas, en vez de rodar por mis mejillas, cayeron como gotas de plomo hirviente sobre mi corazón. Aunque en mi condición de médico estaba acostumbrado a ver miserias humanas de todo tipo, aquello me superó. Tras dos días en Roßnitz, me convencí de la impotencia absoluta de mis esfuerzos frente a la inmensidad de las necesidades, el dolor me abandonó y renuncié a seguir curando.

¡En qué horrible estado se encontraban aquellos seiscientos hombres! [Es el doctor Naundorff quien habla]. Es imposible expresarlo con palabras. Nubes de moscas cubrían sus heridas, la fiebre los mantenía en un continuo delirio; pedían constantemente agua y pan. En muchos de ellos, capote, camisa, carne y sangre formaban una masa horrible en la que hervían los gusanos. Los gusanos habían empezado a generarse en esa masa y a alimentarse de ella. Se respiraba una atmósfera infecta. Aquellos soldados yacían sobre el desnudo suelo; sólo algunos habían conseguido encontrar un poco de paja sobre la cual descansaban sus miembros mutilados; no pocos yacían en hoyos abiertos pero repletos de lodo, y ni fuerzas tenían para variar de sitio o de postura; otros se revolcaban en charcos de inmundicias. No hay pluma que pueda describirlo.

En Masloved, aldea de unas cincuenta casas [decía la señora Simon], ocho días después de la batalla había setecientos heridos completa y absolutamente abandonados. En un solo granero vi amontonados sesenta de aquellos infelices. Si ya de por sí sus heridas eran graves, la falta de cuidados y la carencia total de alimentos hacían que todas las heridas fuesen fatalmente mortales. Sus miembros destrozados no eran otra cosa que pedazos de carne putrefacta. Aquellas caras cubiertas de sangre coagulada producían una impresión de espanto. Sus bocas no eran más que agujeros negros e informes que daban paso a lamentos y gemidos. Muertos y heridos, en macabra confusión, llenos ya de gusanos, yacían juntos. Ocho días hacía que estaban allí esos pobres seres humanos, sin que nadie los curase, sin alimentos, hasta sin agua, tendidos sobre un charco pútrido de sangre y de inmundicias. Eran cadáveres vivos, que no habían podido morir, pero ¿cómo podían esperar que fueran reavivados? Allí se mostraba la extraña fortaleza de la naturaleza humana [concluyó la señora Simon].

Lo más sorprendente es (y no quiero darme importancia) que los seres humanos lleguen a esta *situación*, que los hombres que han visto algo semejante no caigan de rodillas y pronuncien un apasionado juramento contra la guerra, que (si no son príncipes) no arrojen la espada, o (si no tienen ningún poder) no dediquen todo su empeño en palabras y escritos, en ideas, enseñanzas y acciones a un único fin: ¡Abajo las armas!

La señora Simon, a la que llamaban «la madre de los hospitales de campaña», era una verdadera heroína. Varias semanas permaneció en la región, expuesta a todos los peligros y sufriendo todo tipo de privaciones. Centenares le son deudores. Día y noche trabajaba, dirigía, disponía. Tan pronto prestaba a los heridos los servicios más humildes, como organizaba los transportes y los aprovisionamientos. Cuando en una localidad hacía falta más ayuda, se dirigía sin dilación a la próxima para traerla. Hizo venir de Dresde una remesa considerable, que distribuyó, venciendo dificultades infinitas, por los sitios donde los socorros eran de necesidad más apremiante. Se

encargó del asesoramiento de las asociaciones patrióticas de ayuda en suelo bohemio, y conquistó allí un nombre tan distinguido como el que en la guerra de Crimea ganó Florence Nightingale.

¿De mí qué diré? Que rota, desolada, rendida bajo el peso del dolor, fui una perfecta inútil. En la iglesia de nuestra primera etapa caí desvanecida sobre los escalones del altar de María, y el doctor Bresser tuvo que hacer un esfuerzo ímprobo para reanimarme. Desde allí me llevó a un granero donde se nos ofreció un espectáculo, tal y como la señora Simon ha descrito. En la iglesia, al menos los heridos disponían de espacio; pero en el granero estaban amontonados, apilados los unos sobre los otros. A los de la iglesia se les había prestado algunos auxilios, posiblemente por algún cuerpo sanitario que había pasado antes por allí, aunque aquéllos fueran insuficientes; pero de los de la granja nadie se había acordado; los de la granja eran una masa movible y sollozante de restos humanos medio podridos… Sentí náuseas, el corazón se me contrajo con un dolor rabioso, lancé un grito agudo… Ese grito es lo último que conservo en el recuerdo de aquella escena.

Cuando volví en mí, me encontré en el vagón de un tren en marcha. Frente a mí estaba el doctor Bresser. Al notar que abría los ojos y miraba con asombro a mi alrededor, me tomó la mano y dijo:

—Sí, sí, Martha, se encuentra usted en un coche del ferrocarril de segunda clase. No sueña, no. Viaja en compañía de algunos oficiales ligeramente heridos y de su buen amigo el doctor Bresser. Regresamos a Viena.

El doctor había recibido orden de acompañar un convoy de heridos desde Horonewos hasta Königinhof, y en esta última población le encargaron que continuase el viaje hasta Viena. Me colocó en el tren desvanecida, tanto moral como físicamente, y su propósito era llevarme a casa. Expuesta ante tales sufrimientos y miserias, demostré ser tan incapaz como inútil. Como lejos de ayudar a la señora Simon fui un obstáculo y un estorbo, ésta se alegró de mi marcha. Y tuve que reconocer que era lo mejor. Pero ¿y Friedrich? No le había encontrado. Gracias a Dios que no le había encontrado, de modo que no estaban perdidas todas las esperanzas. Creo que si le hubiera hallado entre aquellos montones de cuerpos horriblemente desfigurados, me habría vuelto loca. ¿Encontraría tal vez en casa una carta suya?… Esa esperanza, no, esperanza es decir demasiado; ese pensamiento fue algo así como un bálsamo para mi alma. Sí desazonado…, desazonado se sentía mi interior… Los sufrimientos inmensos, inauditos, que había presenciado producían en mi corazón un desgarramiento tan cruel que daba por seguro que jamás volvería a cicatrizarse. Aun suponiendo que volviera a encontrarme con mi Friedrich; aun cuando nos esperasen largos años de amor y de felicidad, nunca podría olvidar las indecibles desgracias humanas que había visto. Esas desgracias que no son una fatalidad, sino un crimen.

Dormí durante la mayor parte del trayecto. El doctor Bresser me había dado un

ligero narcótico, en la creencia de que un sueño prolongado y profundo calmaría mis nervios destrozados.

Cuando llegamos a la estación de Viena, me estaba esperando mi padre. El doctor, que en todo había pensado, le había telegrafiado a Grumitz, puesto que a él le hubiera sido imposible acompañarme porqué debía dejar a los heridos en el hospital y regresar inmediatamente a Bohemia.

Mi padre me abrazó en silencio, no pude decir ni una palabra. Volviéndose seguidamente hacia el doctor Bresser le dijo:

—¿Cómo podré pagarle la protección que han dispensado a esta pequeña locuela?

Pero el doctor nos estrechó con prisa la mano.

—Tengo que irme —contestó—. La obligación ante todo. Buen viaje a casa. Su hija necesita cuidados. Excelencia, viene muy quebrantada… Nada de reproches, nada de preguntas. Que se ponga inmediatamente en cama. Agua de azahar…, calma y reposo. ¡Adiós!

Y desapareció.

Mi padre me tomó por el brazo y me acompañó hasta la salida de la estación, donde esperaban infinidad de carruajes de la ambulancia, junto a los cuales tuvimos que pasar hasta que llegamos a nuestro coche.

La pregunta: «¿Han llegado noticias de Friedrich?», temblaba en mis labios, pero me faltaba el valor para formularla. Al fin, cuando ya habíamos recorrido un trayecto y mi padre continuaba guardando silencio, me decidí al fin a hacerla.

—Hasta ayer noche, nada; pero es posible que hoy. Partí ayer, al poco de haber recibido el telegrama de Bresser. ¡Cuánto miedo hemos pasado, locuela! ¡Ir al campo de batalla! ¡Exponerse a encontrar al enemigo, a esos prusianos feroces, en plena embriaguez del triunfo! Un triunfo que deben a sus famosos fusiles de aguja, no vayas a creer otra cosa, porque si nos fijamos en la disciplina, esa gente de la *Landwehr* ni la conoce siquiera. De bandidos como ellos pueden esperarse los actos más monstruosos. ¡Y tú, una mujer, vas a…! Pero, en fin, me callo porque el doctor me ha prohibido que te haga reproches.

—¿Cómo está Rudolf?

—Llora y pregunta por ti; te busca por toda la casa y no hay quien le haga creer que te has ido sin darle un beso de despedida. ¿Pero no me preguntas por los demás, Lilli, Rosa, Otto, la tía Marie? Te encuentro muy indiferente.

—¿Cómo están todos? ¿Ha escrito Konrad?

—Todo el mundo está bien en casa, y ayer vino una carta de Konrad, no le ha pasado nada. Lilli está feliz. Ya verás cómo también recibimos pronto buenas noticias de Tilling. Lo que va mal, pero horriblemente mal, es la política. ¿Ignoras la gran desgracia?

—¿Qué desgracia? En estos días no he visto otra cosa que desgracias y catástrofes por todas partes.

—El Véneto, nuestro hermoso Véneto, nos ha sido arrebatado. Se lo ofrecen a ese

intrigante, a Luis Napoleón, y todo esto después de nuestra gloriosa victoria de Custozza… ¡Lejos de reconquistar la Lombardía, perdemos el Véneto! Verdad es que esta combinación nos deja libres de nuestros enemigos del Sur. Luis Napoleón se convierte en nuestro aliado, circunstancia que nos permitirá vengar nuestro Sadowa[94], arrojar a los prusianos de nuestro territorio y reconquistar Silesia. Benedeck ha cometido errores enormes, pero van a confiar el mando de sus ejércitos al general que mandaba los del Sur… ¿No contestas nada? Tiene razón Bresser, necesitas reposo, tranquilidad absoluta.

Al cabo de dos horas llegamos a Grumitz. Mis hermanas salieron a mi encuentro:

—¡Martha! ¡Martha, está aquí! —gritaban las dos desde lejos—. ¡Aquí le tienes!

Y de nuevo en la puerta del coche:

—¡Está aquí, Martha!

—¿Quién?

—¡Friedrich…, tu marido!

En efecto, conducido a Viena en un convoy de heridos de Bohemia, la víspera por la noche Friedrich había sido trasladado a Grumitz. Había recibido un balazo en una pierna, pero su herida no ofrecía gravedad.

No siempre es fácil soportar el exceso de alegría. La noticia del regreso de Friedrich, dada así por mis hermanas, sin preparación alguna, «Friedrich está aquí», produjo en mí un efecto semejante al de los terrores de los días pasados, perdí el conocimiento.

Me subieron a mi habitación y me acostaron. Allí pasé, por efecto del narcótico, por la violencia del choque, varias horas presa de un delirio alternado con sueños letárgicos. Cuando volví en mí y me encontré en mi cama, creía que salía de un sueño y que nunca había abandonado Grumitz. La carta de Bresser, mi resolución de ir a Bohemia, los mismos sucesos allí, mi regreso, el anuncio de la vuelta de Friedrich, todo me parecían sueños…

Al abrir los ojos, vi sentada a los pies de la cama a mi doncella.

—¿Está preparado el baño? —pregunté—. Voy a levantarme.

Vi entonces a la tía Marie que salía de un rincón de la habitación.

—¡Ah, Martha! ¡Pobrecilla! ¡Por fin has despertado! ¡Alabado sea Dios! Sí, sí; levántate y toma tu baño, que seguramente te sentará bien… Estás cubierta de polvo del viaje y del tren.

—¿Del tren?

—Rápido, levántate. Prepárelo todo, Netty. Friedrich se muere de impaciencia por verte.

—¡¡¡Friedrich, mi Friedrich!!!

Con qué frecuencia había gritado dolorosamente ese nombre en los últimos días, pero qué grito de alegría lancé entonces. Acababa de comprender. ¡No, no era sueño! ¡Era verdad, había hecho un viaje, y era cierto también que iba a ver a mi adorado

esposo!

Un cuarto de hora más tarde entraba sola en la habitación de mi marido, no quise que me acompañase nadie. En nuestro reencuentro no debía estar un tercero presente.

—¡Friedrich!

—¡Martha!

Me precipité sobre su cama y sollocé sobre su pecho.

Era la segunda vez que me devolvían a mi querido marido después de haber escapado de los peligros de la guerra.

¡Oh, la felicidad de tenerle otra vez! ¿Por qué, cuando tantos otros perecieron en aquel diluvio de calamidades, pudo mi marido librarse del naufragio y encontrar el puerto de la dicha? ¡Dichosos los que, puestos en circunstancias idénticas a las mías, pueden elevar al Cielo una mirada de reconocimiento y dirigir a Dios acciones de gracia! La expresión de su gratitud, ofrecida con humildad, consuela su corazón y su espíritu. A mí me estaba vedado tal consuelo. No estaba en disposición de hacerlo. Cuando pensaba en las pobres miserias que había visto a mi paso, y en las madres y mujeres quejumbrosas, cuyos amores a diferencia del mío no han sido favorecidos por el destino, y están hundidas en el tormento, sé que a mí me está vedado tal desahogo. Me es imposible ser modesta y tomar este favor como un envío divino del que debo estar agradecida. Me parece como el caso de la señora Walter, nuestra ama de llaves, que barría con su escoba encima de un armario donde una tropa de hormigas se había reunido en torno a un montoncito de azúcar, así barrió el destino sobre los campos de batalla de Bohemia; las pobres trabajadoras negras encima del armario en su mayoría fueron aplastadas, asesinadas, diseminadas; sólo algunas permanecieron ilesas. ¿Hubiera sido adecuado y razonable si hubieran manifestado su agradecimiento a la señora Walter?… No, la alegría de volver a ver a Friedrich, aunque era inmensa, no alejaba completamente las angustias de mi corazón. No podía y no quería. Me porté como una mujer egoísta, lo confieso; fui completamente inútil en mi expedición al campo de batalla; a nadie curé, a nadie vendé, a nadie dirigí una frase; fui el reverso de la medalla de las hermanas de la Caridad, de la heroica señora Simon. Me faltaron energías físicas, quizás abnegación y espíritu de sacrificio; pero tantas calamidades excitaron mi compasión, compasión que no debía ahogar. No debía olvidar.

Pero si no me era permitido regocijarme y mostrar agradecimiento sin reservas, quería amar, amar con mayor ternura que nunca al ser querido que me era devuelto. Esto sí que me lo podía permitir…

—¡Oh, Friedrich, Friedrich! —repetía yo sin cesar de llorar—. Pero ¿de veras que estás a mi lado?

—¿Has intentado buscarme para cuidarme? ¡Tu intención era tan heroica como insensata, Martha!

—Era insensato, sí; ahora lo comprendo perfectamente. La voz que yo creí oír era una ilusión, una superstición porque tú no me llamabas. Pero no hables de heroísmos.

No. ¡Si supieras lo cobarde que me mostré ante tantas calamidades! Te habría cuidado a ti, pero a ti solo, si te hubiese encontrado. ¡Oh, Friedrich, nunca podré olvidar lo que he visto! ¡Oh, nuestro hermoso mundo! ¿Cómo el hombre lo puede echar a perder así? Un mundo en el que dos seres como tú y yo se pueden querer, pero en el que es posible que la locura del hombre llegue a avivar los odios hasta el extremo de que se derramen torrentes de lágrimas y mares de sangre.

—Yo también he visto algo horrible, Martha, algo que tampoco podré olvidar jamás. Figúrate que en Sadowa, durante una carga de caballería, cerró contra mí, sable en mano…, ¡Gottfried von Tessow!

—¿El hijo de la tía Cornelie?

—El mismo. Me reconoció a tiempo y bajó el arma.

—Entonces ¿faltó, cometió traición a su deber? Perdonó la vida a un enemigo de su rey o de su patria porque éste era pariente o amigo…

—¡Pobre muchacho! Tan pronto como bajó su arma, un sable descendió con furia sobre su cabeza…, el del joven oficial que se había alineado a mi lado y quiso proteger a su teniente coronel…

Friedrich calló llevando ambas manos al rostro.

—¡Muerto! —exclamé, horrorizada.

Asintió.

—¡Mamá, mamá!

Se abrieron violentamente las puertas y apareció Lilli llevando al pequeño Rudolf de la mano.

—Perdóname que os interrumpa en vuestro reencuentro *tête-à-tête*, pero grita y se desespera preguntando por su madre.

Estreché a mi hijo contra mi corazón, y dije:

—Ah, ¡pobre, pobre tía Cornelie!

Aquel mismo día llegó un cirujano de Viena, al que habíamos telegrafiado, y nos aseguró que el restablecimiento de Friedrich sería completo después de seis semanas de reposo absoluto.

Mi marido iba a pedir la separación del ejército, algo de lo que ambos estábamos convencidos, pero esta resolución era imposible mientras durase la guerra, aunque ésta podía darse por terminada. Después de la renuncia de Venecia, desaparecía hasta la posibilidad de conflictos con Italia, y una vez asegurada nuestra amistad con Napoleón podríamos concertar una paz aceptable con el vencedor en el Norte. El emperador deseaba vivamente poner fin a esta desgraciada campaña y no exponer a Viena a los horrores de un sitio. Los triunfos prusianos, alcanzados en diversas partes de Alemania, y la entrada de los prusianos en Fráncfort el día 16 de junio los rodeaba de un nimbo de gloria que, semejante a todas las glorias, hasta en el vencido excitaba admiración. Se empezaba a hablar y a creer en una especie de misión providencial, histórica, que Prusia estaba llamada a cumplir. Tomaban consistencia los rumores de

«armisticio», se había pronunciado la palabra «paz» y con razón se podía esperar que de ahí, de la misma manera que en épocas en que se respiran amenazas de guerra, puede uno asegurar que éstas se trocarán en hechos dentro de breve plazo. Hasta mi padre opinaba que, dadas las circunstancias actuales, era de desear una suspensión de hostilidades. Nuestro ejército estaba quebrantadísimo, luchaba con una inferioridad aplastante; y había que reconocer las ventajas del fusil de aguja. La marcha de los prusianos sobre Viena, el bloqueo de la capital, la devastación de Grumitz, estas y otras amenazas componían un conjunto de contingencias que no eran del agrado de mi combativo padre. Su confianza en la invencibilidad de las tropas austriacas había recibido un duro golpe que la había dejado terriblemente quebrantada. Los hombres suelen creer que una desventura jamás viene sola; que los acontecimientos suceden en serie; que a los triunfos siguen triunfos, y a las desgracias, desgracias. Preferible era, pues, según mi padre, interrumpir la serie de desgracias. Ya llegaría el tiempo de la reparación y de la venganza…

¡Venganza, siempre venganza! En todas las guerras hay un vencido, y si éste no ha de encontrar reparación más que en otra guerra, la nueva guerra creará un vencido nuevo que habrá de suspirar por la reparación y la venganza. He aquí una cadena cuyos eslabones no tienen fin. ¿Cómo triunfar de las iniquidades pasadas si el remedio reside en una nueva violación del derecho? Yo no sé que a ningún hombre sensato se le haya ocurrido jamás la idea de borrar una mancha de tinta con otra mancha de tinta; no sé de nadie que haya intentado hacer desaparecer las manchas de aceite con aceite. En cambio, para las manchas de sangre siempre se ha utilizado la sangre.

En Grumitz, la preocupación era inmensa. El pánico reinaba en la población. Pese a las esperanzas de paz, todas las bocas repetían: «Avanzan los prusianos. Los prusianos llegan. Los prusianos están cerca». Esas frases infundían el terror. Las gentes escondían sus objetos de valor. En el castillo, la tía Marie y la señora Walter habían tomado la precaución de poner a buen recaudo la plata de la familia. Lilli andaba inquieta por Konrad, de quien ninguna noticia se había recibido en muchos días. Mi padre sentía profundamente herido su honor patriótico. Y nosotros dos, Friedrich y yo, a pesar de la alegría calmada de nuestros corazones tras el reencuentro, continuábamos sufriendo las consecuencias del doloroso quebrantamiento provocado en nosotros por los últimos sucesos. Y por todas partes fluían nuevas que alimentaban este dolor. En todos los periódicos, en las cartas de nuestros parientes y círculo de amigos sólo lamentos y tristezas. Habíamos recibido una carta de la tía Cornelie, quien todavía no sabía su desventura, nos pintaba con palabras conmovedoras sus agonías, producidas por el horrible pensamiento de que acaso no volvería a ver a su único hijo. Lágrimas amargas derramamos sobre aquella carta. De nuestras veladas había desaparecido la alegría; ya no se sostenían en el círculo de la familia las antiguas conversaciones alegres y divertidas; la música, las partidas de cartas y las lecturas habían dejado de existir; sólo se hablaba y se leían

historias sobre calamidades y muerte. Únicamente leíamos periódicos y en éstos sólo aparecía la «guerra» y nada más que la «guerra» y nos limitábamos a hablar de nuestras impresiones, las de Friedrich y las mías en los campos de batalla bohemios. Todos los míos habían visto con malos ojos mi huida. No obstante, escuchaban con vivo interés los incidentes de aquélla, que yo les contaba. Rosa, que sentía un gran entusiasmo hacia la señora Simon, aseguraba que, en caso de prolongarse la guerra, se uniría a esa samaritana sajona. Mi padre protestaba, por supuesto.

—En la guerra —decía— son perfectamente inútiles; más aún, las mujeres constituyen un estorbo, si se exceptúan las vivanderas y las hermanas de la Caridad. La prueba la tenéis en Martha. Tu terquedad no tiene perdón, ¡hija mía! Tu marido debiera regañarte con dureza.

—Locura fue, en efecto —contestó Friedrich acariciando mi mano—, pero locura hermosa.

Con frecuencia me reñían mi padre o la tía Marie cuando, en la exposición de alguno de los horrores de los que fui testigo, empleaba palabras excesivamente gráficas.

—¿Cómo te atreves a referir abominaciones semejantes? —me decían.

—¿No te da vergüenza…, como mujer, y como mujer delicada que eres, hablar empleando esas palabras?

Hablaba una noche de los infelices que son enviados a la guerra en nombre de todas las virtudes viriles: valor, disciplina, honor, etc., y que vuelven privados para siempre de la virilidad…

—¡Por Dios, Martha! ¡Delante de las chicas!… ¿Has perdido el juicio? —gimió la tía Marie, y en su tono se traslucía la más púdica indignación.

Perdí la paciencia.

—¡Oh, vosotros y vuestra mojigatería! —repliqué—, ¡y vuestro afectado sentido del decoro! Todos estos horrores son aceptados pero nadie quiere hablar de ellos. De sangre e inmundicia no deben saber ni hablar las delicadas mujeres. La mujer debe contentarse con bordar las cintas de las banderas que flotarán sobre mares de sangre derramada. Las muchachas no deben saber que sus prometidos han quedado incapacitados para el amor, y pretendéis que éstas ignoren el premio ofrecido en recompensa de su valor. Para vosotras la matanza nada tiene de inmoral, pero volvéis el rostro lleno de rubor a la sola mención de la implantación de vida. ¡Convenceos de que es una moral horrible, absurda y cobarde! Una moral que lo que consigue es perpetuar muchas injusticias, muchas miserias. Si se tuviese valor para examinar al desnudo estas abominaciones, si la humanidad osase pensar en lo que ha visto…

—¡Cálmate, Martha, no te irrites! —exclamó la tía Marie—. Por mucho que pensemos, por mucho que reflexionemos, no hemos de librar al mundo de los males que lo asolan; la tierra ha sido, es y será siempre un valle de lágrimas.

—No lo será —repliqué, y con ello dejé dicha la última palabra.

—Nos amenaza muy seriamente la conclusión de la guerra —nos dijo un día mi hermano Otto, con expresión compungida.

Estábamos sentados a la mesa. Friedrich nos acompañaba, tendido sobre un sofá. Uno de nosotros acababa de leer en un periódico la noticia de que Benedetti se hallaba en Bohemia, probablemente para tratar los preliminares de la paz.

Mi hermanito, ya casi un hombre, se desesperaba al pensar que pudiese terminar la guerra antes que él pudiese tomar parte en la expulsión del enemigo. En la Escuela Militar de Wiener-Neustadt se decía que, si continuaban las hostilidades después de la selección del 18 de agosto, no solamente serían llamados a prestar servicio activo los pupilos del último curso, sino también los del penúltimo. Ante perspectiva tan halagüeña, el joven héroe se sentía gozoso. De la Escuela Militar a la guerra. ¡Qué suerte! La misma impresión produce el primer baile en una colegiala que acaba de ser presentada en sociedad. Ha aprendido a bailar (el alumno de la Neustädter a disparar y a luchar), sueña con desplegar sus poderes bajo la iluminación de las arañas de cristal, ataviada con vestidos festivos, y al compás de la orquesta; y él no sueña menos con los uniformes de gala y las paradas militares.

Como es natural, el ardor bélico de mi hermano extasiaba a mi padre. Cada vez que escuchaba sus amargas lamentaciones producidas por los rumores de próxima paz, le contestaba, golpeándole afectuosamente en el hombro:

—¡Estate tranquilo! Tienes toda la vida por delante, y si la campaña actual termina, ten la seguridad de que se reproducirá otra en los próximos años.

No dije nada. Aconsejada por Friedrich, desde mi última acometida contra la tía Marie había adoptado, y mantenido, la resolución de evitar dentro de lo posible disputas sobre el tema de la guerra, que necesariamente habían de dar origen a sentimientos de irritación entre nosotros. Desde que había visto con mis propios ojos el horrible azote, mi odio y mi desprecio a la guerra habían crecido, todo aquel que intensase defenderla lo tomaba como un insulto personal. Friedrich y yo estábamos en perfecto acuerdo: él pediría su licencia absoluta. De otra cosa estaba yo segura: de que mi hijo Rudolf no entraría nunca en una escuela militar, en uno de esos centros donde se procura despertar en los jóvenes el amor a la gloria y el deseo de llevar a cabo acciones bélicas.

En una ocasión pregunté a mi hermano qué consideraciones les hacían en la Escuela para despertar en ellos el amor a la guerra; he aquí, poco más o menos, lo que me contestó: la guerra es un mal, pero un mal necesario (luego un mal, una concesión del espíritu de la época); sin embargo, es el medio más indicado para hacer crecer en el hombre las virtudes más hermosas: el valor, el espíritu de abnegación y de sacrificio. Debe ser considerada como el factor más importante de civilización y de progreso en todos los órdenes. En las Escuelas Militares, los grandes conquistadores, los fundadores de imperios, tales como Alejandro, César, Napoleón, son presentados como los ejemplos más sobresalientes de la grandeza humana. Se procura que

resalten las llamadas ventajas de la guerra, y en cambio se calla sobre sus consecuencias inevitables y desastrosas: la devastación, el empobrecimiento, la degradación física y moral… Bien es cierto que con las niñas se emplea un sistema educativo análogo: de ello son prueba evidente mis entusiasmos juveniles. Recuerdo perfectamente la época en que deploraba con amargura no poder, como los muchachos, aspirar a recoger los laureles de la gloria. Si yo sentí entusiasmos bélicos, ¿con qué derecho podía censurar los de un muchacho? ¿Cómo afear sus impaciencias por tomar parte en la campaña?

Callé, pues, y continué tranquilamente mi lectura. Como de ordinario, leía un periódico, lleno, naturalmente, de detalles sobre la guerra.

—Hay aquí un informe interesante de un médico que ha acompañado a nuestras tropas en su retirada… ¿Queréis que lo lea en voz alta? —pregunté.

—¿La historia de una retirada? —exclamó Otto—. No, prefiero no escucharla. Otra cosa sería si se tratara de una retirada de nuestros enemigos y fuéramos nosotros los perseguidores.

—No deja de admirarme —observó Friedrich— que se publique en un periódico un artículo sobre una retirada. Los que retroceden suelen callar, por regla general, ese episodio.

—Una retirada ordenada y bien hecha no es una fuga —objetó mi padre—. En el 49, al mando del gran Radetzky…

Como conocía la historia con la que nos amenazaba mi padre tan bien como él mismo, me apresuré a interrumpirle diciendo:

—El informe estaba dirigido a una revista médica, no tiene que ver con los círculos militares; escuchad.

Y sin esperar el permiso leí lo que sigue:

> … A las cuatro comenzaron nuestras tropas a retirarse. Nosotros, los médicos, teníamos sobrado quehacer, tanto que quedaban varios centenares de heridos sin curar. De improviso viene sobre nosotros un cuerpo de caballería, desplegado por los campos y colinas inmediatas. Siguen a la caballería fuerzas de artillería, y carros de transporte se dirigen sobre Königgrätz. Muchos jinetes, arrancados de sus sillas, son arrollados y pisoteados por los caballos. Los carros vuelcan y atropellan a las fuerzas de infantería que siguen la misma dirección. El torrente nos arrastra. Por todas partes nos gritan: «¡Salvaos, salvaos!». El tronar de los cañones aumentaba el desorden. Llovían las granadas en medio de nosotros. Corríamos sin saber adónde íbamos. Yo me despedí de la vida. Mi anciana madre…, mi amada novia, ¡adiós!… De pronto nos encontramos con una barrera de agua por el frente; a nuestra derecha, el terraplén de la línea férrea; a nuestra izquierda, un camino hondo lleno de carros y de coches de ambulancia, y a nuestras espaldas, innumerables filas de jinetes. No tuvimos otro remedio que atravesar la masa de agua. Se dio orden de cortar las guarniciones de los caballos

para salvarlos, y de abandonar carros. ¿Y también los que llevaban heridos? Sí, también ésos. La desesperación hizo presa en nosotros. El agua nos llegaba por encima de la rodilla, en cualquier momento podíamos hundirnos y ahogarnos. Conseguimos llegar a una estación del ferrocarril, cuyas puertas estaban cerradas y defendidas con barricadas. Las destruimos a culatazos. Huía con algunos millares de soldados de infantería. Encontramos un río que tuvimos que atravesar por la empalizada, después vino otro río, el agua nos llegaba hasta el cuello, más adelante tuvimos que trepar alturas, abrirnos camino a través de extensiones de árboles derribados. A eso de la una de la madrugada llegamos a un bosque, rendidos por la fatiga, abrasados por la fiebre. A las tres, traspasados por la humedad y tiritando de frío, reanudamos la marcha. Muchos no pudieron moverse y se quedaron en el bosque, para morir. Los pueblos estaban vacíos, no había gente, ni víveres, ni siquiera agua potable, y respirábamos un aire nauseabundo. Los campos de cereales, pisoteados y devastados, aparecían cubiertos de cadáveres que parecían carbonizados, cadáveres que daban miedo, pues los ojos se salían de las órbitas…

—¡Basta, basta, por Dios! —exclamaron las chicas.

—La censura debería impedir la publicación de semejantes cosas —observó mi padre—, que podrían debilitar el entusiasmo del soldado.

—Y sobre todo el entusiasmo por la guerra, lo que es una verdadera lástima —añadí a media voz.

—Justamente aquellos que han tomado parte en una retirada —repuso mi padre— deberían callarse, pues la verdad es que no honra mucho a nadie haber formado parte de un *sauve qui peut*[95]. Yo fusilaría en el acto al que, con el grito de «¡Sálvese quien pueda!», da la primera señal de fuga. Un solo cobarde ofrece el ejemplo, que siguen inconscientemente un millar de bravos; éstos, a su vez, introducen la desmoralización en las filas, y el ejército entero vuelve la espalda al enemigo.

—Verdad es —respondió Friedrich—; pero, cuando un valiente grita «¡Adelante!», arrastra también con su ejemplo a un millar de cobardes, animados por un ardor momentáneo. En rigor, es imposible establecer una distinción entre los cobardes y los valientes; todos tenemos nuestros momentos de debilidad, de desfallecimiento. En las masas, el estado moral del individuo depende en gran manera del de su vecino. Cuando una oveja salta, saltan las demás, cuando en el campo de batalla resuena un «¡Hurra!», el ejército sigue a quien lo dio, gritando también «¡Hurra!», y cuando un soldado arroja su fusil para correr, cuantos le ven hacen lo propio y se declaran en huida. En el primer caso se prodigan elogios entusiastas; en el segundo, censuras y castigos. ¿Son otros los hombres? No; los mismos, absolutamente los mismos, y todos ellos, sin distinción de cobardes ni de valientes, han obedecido la lógica de las masas. No son el valor y la cobardía cualidades inherentes al individuo, sino estados de ánimo, como estados de ánimo

son la alegría y la tristeza. En mi primera campaña me encontré en medio de una desbandada. Aún me parece estar viendo el horror, la confusión espantosa, el tumulto inenarrable. Los soldados arrojaban sus armas, sus cartucheras, sus capotes. No escuchaban ninguna voz de mando. Huían nuestros batallones jadeantes, aterrados, locos de desesperación, sin pensar en otra cosa que en librarse de los proyectiles enemigos. Entre todos los horrores de la guerra, el más aterrador es una fuga desordenada. Los adversarios se encuentran recíprocamente en la misma situación que el cazador y la presa: el uno, animado por el demonio de la carnicería; el otro, dominado por el terror loco a la muerte. En su pánico, el fugitivo se siente arrebatado por una especie de delirio. El amor a la patria, la ambición, la sed de gloria, todo lo que durante el combate anima al soldado, desaparece y se borra en la fuga; obedece exclusivamente al más poderoso de los instintos que anima a un ser vivo: el instinto de conservación. El peligro exaspera este instinto, le da proporciones de paroxismo espantoso. Quien no haya experimentado estas agonías puede, si conoce los éxtasis del amor, formarse de ellos una idea aproximada. Lo que en el momento supremo de la voluptuosidad siente el hombre, lo experimenta, bien que en el extremo opuesto de la escala de las sensaciones, cuando como la presa, extenuada, falta de fuerzas, cae a los golpes de las fuerzas enemigas.

—¡Pero, Tilling, por Dios santo! —interrumpió la tía Marie con entonación de reproche—. Me parece harto inconveniente pronunciar delante de las niñas la palabra voluptuo…

—¡Y en presencia de un joven que pronto será oficial hablar del miedo a la muerte! —añadió mi padre.

Friedrich se encogió de hombros.

—En ese caso, aconsejaría borrar de la enciclopedia la palabra «naturaleza».

La convalecencia de Friedrich surtió rápidos efectos. También parecía próxima la curación del mundo enfebrecido. De día en día se oía más y más alto la palabra paz. Natural era que la deseasen todos, puesto que los prusianos podían avanzar sin encontrar obstáculos en su camino. Rebasado Brünn, cuyo alcalde entregó las llaves al rey Guillermo, proseguían su marcha tranquila sobre Viena. Su avance más parecía un paseo militar que un movimiento estratégico. El día 26 de julio se firmó un armisticio en Nikolsburg[96] y comenzaron a discutirse los preliminares de la paz.

La noticia de la gloriosa victoria alcanzada en Lyssa[97] por el almirante Tegetthoff[98] llenó de júbilo a mi padre. ¡Navíos italianos echados a pique! ¡El *Affundatore* destruido! ¡Qué satisfacción! A mí me fue imposible compartir su alegría. No podía entender de ninguna forma si el Véneto ya se había retirado, qué sentido tenían aquellos combates navales. Pero, por lo que sabía, no fue sólo mi padre quien vio con júbilo el suceso, sino que toda la prensa de Viena hizo coro. Da tanto brillo a una victoria el prejuicio secular, que, al menor éxito militar, cada ciudadano se atribuye con orgullo una parte pequeña del triunfo. Si un general del propio país

bate a un general enemigo, se congratula cada individuo del país correspondiente, y cada uno oye cómo todos se alegran de lo sucedido; lo que en realidad es satisfactorio es que todos al final se sientan satisfechos. «Sentimiento de rebaño», llamaría a esto Friedrich.

Otro acontecimiento político correspondiente a aquellos días fue la adhesión de Austria al Convenio de Ginebra.

—¡Qué! ¿Estás satisfecha? —me preguntó mi padre al leer la noticia—. ¿No me negarás ahora que la guerra, que tachabas de bárbara, se hace más humanitaria a medida que la civilización progresa? Apruebo los procedimientos nuevos; apruebo que se preste a los heridos todos los cuidados, todos los consuelos posibles…, aun no teniendo en cuenta más que el punto de vista militar, el más importante en definitiva, puesto que en la guerra hay que tenerlos en cuenta. Los heridos, bien atendidos, curan más pronto y quedan antes en disposición de llenar las filas que dejaron abiertas en las unidades.

—Tienes razón, papá: lo esencial es reconstituir con cuanta rapidez sea posible el material utilizable; pero te diré que, si he de juzgar por lo que he visto, la Cruz Roja, aun cuando dispusiera de diez veces más personal y material del que hoy dispone, no podría reparar ni conjurar los desastres de una sola batalla.

—Descartarlos, no; mitigarlos, sí. No me negarás que es bueno intentar atenuar lo que fuerzas humanas no pueden impedir.

—La experiencia demuestra que es imposible llegar a una atenuación seria; pero sería preferible invertir los extremos de la proposición y tratar por todos los medios de impedir lo que causa estragos de atenuación imposible.

«Es preciso que las guerras desaparezcan». Este pensamiento era ya en mí una idea fija. Es preciso, me decía, que todo ser humano, dentro de la medida de sus fuerzas, contribuya a que sus semejantes persigan con tesón este objetivo. Me era imposible expulsar de mi mente lo que había visto en Bohemia. Por las noches especialmente, cuando despertaba sobresaltada, sentía en el corazón un dolor agudo y resonaba en mi oído un requerimiento que me ordenaba: «¡Impide, rechaza, oponte!» Pero cuando, completamente despierta, la reflexión me hacía ver lo que era, lo que podía, me abrumaba, me desesperaba la conciencia de mi propia impotencia. ¿Qué podía yo impedir y rechazar? Era consciente de mi propia impotencia. ¿Qué podía yo, pobre mujer, impedir? ¿Estaba en mi mano detener el huracán? ¿Calmar un mar embravecido? ¡No lo toleres!… La respiración acompasada y tranquila de mi marido imponía después silencio a mis dolorosos pensamientos, a los cuales sucedía un sentimiento de júbilo vivo. Entonces le rodeaba con mi brazo, aunque corriera el peligro de despertarle, y le besaba en la boca.

Mi hijo Rudolf tenía razón cuando se sentía celoso de su padrastro, un sentimiento que iba creciendo en el corazón del pequeño día tras día. Que me fuese de Grumitz sin despedirme de él, que cuando regresé no fuese él al primero que abrazase, que casi todo el día no me apartara de mi marido, todo ello lo había ido

almacenando el pequeño, y una mañana, sollozando, se me tiró al cuello:

—¡Mamá, mamá…, ya no me quieres!

—¿Qué tonterías dices, pequeño?

—Sí… sólo…, sólo a papá… No…, no… quiero hacerme grande si tú ya no me quieres.

—¿Que ya no te quiero? ¡A ti, mi tesoro! —le besé y le consolé—. ¡Tú, mi único niño, mi orgullo, mi alegría en el futuro! Te quiero así no, mucho más, no, más y más, te quiero infinitamente.

Después de aquella pequeña escena, el amor hacia mi hijo volvió a ser vivo y consciente. En efecto, en los últimos tiempos había estado absorta en el miedo a perder a Friedrich y había descuidado al pobre Rudolf.

He aquí los proyectos que para el porvenir nos hacíamos Friedrich y yo: terminada la guerra, Friedrich abandonaría el servicio y nos retiraríamos a una propiedad pequeña y modesta, donde, con su paga de coronel retirado y la pensión que yo recibía de mi padre, tendríamos lo suficiente para cubrir nuestras necesidades. Una pareja joven de enamorados no habría disfrutado tanto como nosotros ante esta perspectiva de vida retirada e íntima. A través de los últimos sucesos, habíamos vuelto a darnos cuenta de que cada uno de nosotros formaba un mundo completo para el otro. El pequeño Rudolf también estaba comprendido en el programa. Su educación debía ser nuestra principal tarea. No era nuestro ánimo llevar una existencia ociosa y sin objetivo; habíamos redactado ya la lista de los estudios que continuaríamos juntos. Entre las ciencias, versarían principalmente estudios sobre Derecho, particularmente sobre Derecho Internacional, ciencia que se proponía abordar Friedrich. Quería, prescindiendo de teorías sentimentales o utópicas, estudiar la parte práctica de la cuestión de la paz y su arbitraje. La lectura de Buckle, a la que yo le inicié, y el conocimiento de los últimos descubrimientos en ciencias naturales, revelados a través de las obras de Darwin, Büchner[99] y otros, le habían convencido de que el mundo estaba en vísperas de entrar en una fase nueva. Penetrar hasta donde fuera posible en la ciencia y disfrutar de los goces del hogar le parecían ocupaciones más que suficientes para llenar su existencia.

Mi padre, que desconocía por completo nuestros proyectos para el porvenir, formaba para nosotros otros muy diferentes.

—Has llegado a coronel muy joven, Tilling —decía a mi marido—. Dentro de diez años serás general. No pasará mucho tiempo sin que tengamos otra guerra, y podrás mandar un cuerpo de ejército. ¿O quién sabe si llegarás a generalísimo? Acaso seas tú el destinado a devolver a Austria su gloria militar, momentáneamente oscurecida. Cuando tengamos nuestro fusil de aguja, o bien otro más perfeccionado, haremos que se arrastren esos señores prusianos.

—¡Quién sabe! —no pude menos que decir—. Pudiera ser que pactásemos con ellos una alianza.

Mi padre se encogió de hombros.

—¡Si las mujeres nos hicieran el favor de no mezclarse en política! —dijo en tono despectivo—. Después de lo que ha pasado, no cabe más que una cosa: el justo castigo a su arrogancia. Es preciso que ayudemos a los estados anexionados, yo digo «robados», a reconquistar sus derechos pisoteados. Lo exigen nuestro honor y la posición que debemos ocupar en el concierto europeo. ¿Amistad? ¿Una alianza con esos criminales? ¡Jamás! Como no sea que la imploren de rodillas.

—En ese caso —observó Friedrich—, Austria se apresuraría a ponerles el pie sobre el cuello. No se concluyen alianzas más que con los que nos infunden respeto o podemos poner a nuestro servicio, y contra un enemigo común, su mano fuerte y robusta. En política, el primero y más importante de los principios es el egoísmo.

—Cierto —contestó mi padre—; pero cuando el ego se llama patria y representa la entidad ante la cual debemos sacrificarnos, todo lo que pueda servir a este ego no sólo es permitido, sino obligatorio.

—De desear sería que en las relaciones entre los pueblos se alcanzase el grado de cultura superior que ha conseguido desterrar el culto bárbaro del «Yo» de las relaciones entre los individuos. ¿Cuándo comprenderán las naciones que sus intereses particulares no exigen la violencia hacia sus vecinos, sino que, por el contrario, respetándolos ganarán muchísimo los intereses generales?

—¿Cómo, qué dices? —preguntó mi padre, colocando la mano a guisa de pantalla junto a la oreja.

Friedrich no quería volver a repetir su larga frase y dio por terminada la discusión.

«Mañana, a la una, llego a Grumitz. —Konrad».

Fácilmente se comprenderá la alegría que este telegrama causó a Lilli. Nadie recibirá jamás tantas demostraciones de cariño como el que vuelve de la guerra. Cierto que Konrad no venía coronado con los laureles de la victoria, como cantan las baladas y muestran los grabados de «El regreso del vencedor», pero la falta de este adorno en nada atenuó el entusiasmo de su prometida, a quien las consideraciones patrióticas poco le importaban en ese momento. Creo que si él se hubiera apoderado de Berlín, Lilli no le habría acogido ni con más ternura ni con más júbilo.

Como es natural, Konrad hubiese deseado regresar al frente de las tropas victoriosas, después de haber ayudado a su emperador a reconquistar la provincia de Silesia; pero, el hecho de haberse batido constituye por sí solo un honor preciado para el soldado, aun cuando haya sido vencido, y mayor honor todavía si ha muerto en el campo de batalla. Esta última eventualidad es la más gloriosa. Otto decía que en la Escuela Militar de Viena-Neustadt figuran en cuadros de honor los nombres de los alumnos que tuvieron la dicha de caer combatiendo al enemigo. *Tué à l'ennemi*[100], se dice en Francia. Y allí, como en todas partes, cuantos más antepasados muertos en acción de guerra cuenta una familia, tanto más valor dan sus descendientes a su apellido y menos aprecio tienen a su vida. El joven que quiera ser digno descendiente

de tales héroes está en la obligación de participar activamente y con entusiasmo delirante en la gran carnicería, para arrancar vidas o dejar la suya.

Bien miradas las cosas, mientras la guerra subsista, es preferible que inspire a muchos esa sublime alegría. Bueno es hacer constar, sin embargo, que de día en día disminuye el número de los entusiastas, al paso que aumenta espantosamente el número de soldados. ¿Adónde iremos a parar?

A la intolerancia.

¿Y qué resultará de ésta?

Tan lejos no miraba Konrad, pensaba sencillamente, como la conocida aria del teniente en *La dama blanca*[101]: «¡Ah, qué placer, qué placer es ser militar!». Era imposible escuchar sus relatos sin envidiarle por la expedición que había hecho. Mi hermano Otto, desde luego, sentía esa envidia. Lo confesaba él mismo, docenas de veces le oí repetir que envidiaba a Konrad por el bautismo de fuego y de sangre que acababa de recibir en su uniforme de húsar, a caballo; y ahora, con ese rasguño honorable en la barbilla, habiendo recibido esa lluvia de balas y quizá habiéndose cargado a varios enemigos, a Otto le parecía que Konrad se encontraba en el nimbo de los héroes.

—Debo confesar —decía Konrad— que la campaña, en general, ha sido desastrosa, pero, esto no obstante, conservo de ella algunos recuerdos muy gratos.

—¡Cuenta, cuenta! —exclamaron Lilli y Otto.

—Es muy difícil recordar los detalles con precisión, porque están muy confusos en mi memoria. El olor a pólvora penetra en la cabeza produciendo una embriaguez, una fiebre… Pero esa embriaguez y esa fiebre se apoderan de uno en el momento de emprender la marcha hacia el escenario de la guerra. El momento de las despedidas es penoso, infiltra en el corazón sentimientos de dolorosa ternura; pero, una vez emprendida la marcha, cuando uno se encuentra entre sus compañeros de armas, se dice: «Vamos a cumplir el deber más inmenso, el más sagrado que la vida puede imponer al hombre: la defensa de la patria». De mí puedo decir que, cuando la banda empezó a tocar la *Marcha de Radetzky*[102] y flotaron al viento nuestras banderas desplegadas, no habría dado un paso atrás ni para caer entre los brazos de mi prometida. Adquirí en aquel punto el convencimiento de que no podía ser digno de su amor sino después de haber cumplido mi deber. Abrigábamos la seguridad de que íbamos a la victoria. ¡Ah, no conocíamos la eficacia de sus horribles balas puntiagudas! ¡Esos malditos proyectiles han sido nuestra derrota; os juro que caían en nuestras filas como una terrible granizada! A esto hay que añadir que nos han dirigido pésimamente. Ya veréis cómo Benedeck comparece ante un Consejo de Guerra… Mi táctica hubiera sido tomar la ofensiva, atacar, penetrar en territorio enemigo. Lo de prevenir la invasión es sólo una táctica posible y, por cierto, difícil de defender:

Tiene que ser —avanzar, avanzar
En el asalto despiadado está la victoria

dice el poeta. En las guerras, esto es lo esencial; pero como el emperador no me confió el mando supremo de las fuerzas, no puedo ser responsable de los tremendos errores tácticos cometidos. ¡Allá se las compongan los generales con su jefe supremo y con su conciencia! Nosotros, oficiales y soldados, hemos cumplido nuestra misión de batirnos y nos hemos batido. ¡Qué extrañas y nobles sensaciones experimenta uno en el campo de batalla! ¡Qué ansiedad cuando el enemigo se aproxima! Entonces nos decimos a nosotros mismos: ¡llegó la hora suprema! ¡La conciencia de ser parte de un episodio de la historia universal! El orgullo, la persuasión del propio valor; y, sobre todo, ver y desafiar por la derecha, por la izquierda, por todas partes, a la muerte, ese gran misterio que se afronta con energía viril, a pesar de…

—¡Lo mismo, lo mismo que el pobre Gottfried Tessow! —murmuró Friedrich—. ¡Sí, bien se conoce que la escuela es la misma!

Konrad continuó con vehemencia:

—El corazón late más aprisa, con mayor fuerza; se siente el despertar de un odio intenso contra el enemigo, juntamente con un amor sobrehumano a la patria amenazada. La rabia posee al combatiente, y durante la excitación consiguiente al combate se transforma en voluptuosidad. Cree uno verse transportado de improviso a otro mundo donde se desconocen los sentimientos y las percepciones corrientes; no se concede el menor valor a la vida, matar es el gran deber. El heroísmo adquiere estado de ley. A esto hay que añadir el olor a pólvora y los gritos de los combatientes…; sí, os aseguro que proporcionan un estado anímico único. Si existe otro análogo será, en todo caso, el que experimenta el cazador del tigre o del león, cuando, errado el tiro, tiene que luchar a puñaladas con la fiera enfurecida y exasperada…

—Sí —interrumpió Friedrich—, la lucha contra el enemigo que nos amenaza de muerte despierta en nosotros anhelos ardientes y supremos de vencerle, y a la par que estos anhelos, sentimos algo de esa voluptuosidad (¡perdón, tía Marie!), algo de esa voluptuosidad por medio de la cual la naturaleza asegura la propagación de la vida. En las épocas primitivas y bárbaras, mientras el hombre, amenazado por adversarios feroces, de cuatro o de dos patas, se vio en la necesidad de combatirlos para asegurar su propia existencia, los combates fueron para él un placer. Reminiscencias de aquellos tiempos primitivos hacen que nosotros experimentemos hoy esas mismas emociones. Pero como en Europa no hay ya ni hombres ni salvajes ni bestias feroces, nos hemos forjado enemigos convencionales. Hoy nos dicen: «Atención, vosotros lleváis trajes azules, y los de allá, trajes rojos. En cuanto oigáis tres palmadas, vosotros os convertiréis en tigres, y los otros, en leones. ¡Listos! ¡Uno, dos, tres! ¡Preparados! ¡Y ahora a matarse alegremente! ¡No hay que tener compasión del enemigo! ¡Despedazaos, devoraos los unos a los otros!». Y cuando en el pueblo de X… se han exterminado recíprocamente diez mil o, siempre en proporción de la magnitud de las armas, cien mil de estos tigres artificiales, se consigna con palabras altisonantes esta matanza en la Historia, bajo la denominación de la «Batalla

de X…». Se reúnen entonces los aplaudidores en la ciudad de X…, y negocian, señalan nuevas delimitaciones de fronteras, discuten sobre la cifra de la indemnización de guerra, estampan su firma al pie de un documento que llevará el nombre de «Tratado de X…». Después, dan otras tres palmadas y dicen «¡Abrazaos, hermanos!».

Las tropas prusianas estaban instaladas en los alrededores y ahora le tocaría el turno a Grumitz.

Aunque el armisticio estaba firmado y la paz era casi un hecho, reinaban en la población un miedo general y mucha desconfianza. La idea de que los tigres de casco con pincho[103] los destrozarían en cuanto tuvieran la ocasión permanecía en las gentes. La tres palmadas de Nikolsburg no habían borrado los efectos de las tres primeras, señal de la declaración de guerra, y aún no podían transformar en hermanos a los «prusianos» de la víspera. Ya sólo la mención del pueblo adversario adquiere en tiempo de guerra una multitud de connotaciones hostiles, éste deja de ser el nombre de una nación momentáneamente en guerra, y se convierte en sinónimo de «enemigo».

Temblaban las gentes como si se hallaran frente a una manada de lobos cuando algún oficial prusiano se presentaba al frente de un destacamento de tropas y reclamaba alojamiento. Muchos exteriorizaban el odio que roía sus corazones al mismo tiempo que el miedo, y no faltaban algunos que imaginaban cumplir un deber patriótico haciendo todo el daño posible a los invasores, enviando, por ejemplo, solapadamente una bala al «enemigo». Si se descubría al culpable, se le fusilaba, como es natural, sin formación de sumario. Algunos ejemplos de esta clase calmaron el odio de las gentes, quienes solían ya recibir sin resistencia a los alojados que les eran impuestos. Tardaron en observar, por cierto con gran asombro, que el «enemigo» era gente de bien y amigable, que pagaba escrupulosamente lo que consumía.

Una mañana de los primeros días de agosto estaba yo sentada en el voladizo de la biblioteca y miraba a través de la ventana. Desde aquí se disfruta de una amplia vista sobre la región. Al cabo de un rato me pareció distinguir a lo lejos un grupo de jinetes que avanzaba por la carretera en nuestra dirección.

«Vienen a pedir alojamiento», fue mi primer pensamiento. Con unos anteojos que tenía a mano pude ver que el grupo lo formaban unos diez jinetes armados de lanzas, en cuyas puntas flameaban banderitas blancas y negras. Entre ellos venía un hombre a pie en traje de caza, ¿por qué va entre los caballos?… ¿Un prisionero?… Mi anteojo no era bastante potente para permitirme apreciar si el supuesto prisionero era alguno de nuestros forestales.

Creí prudente avisar a los moradores de la casa sobre el peligro que nos amenazaba. Abandoné al momento la biblioteca para buscar a papá y a la tía Marie. Encontré a ambos en el salón:

—¡Los prusianos llegan, los prusianos se acercan! —dije sin aliento.

Siempre proporciona placer ser el primero en anunciar una noticia.

—¡Qué se encargue el demonio de ellos! —exclamó mi padre, poco propicio a la hospitalidad, mientras la tía Marie, más práctica, dijo:

—Corro a darle a la señora Walter las órdenes necesarias.

—¿Y dónde está Otto? —pregunté yo—. Conviene recomendarle que no se entregue a manifestaciones de odio contra los prusianos… y que trate con corrección a nuestros huéspedes.

—Otto no está en casa —respondió mi padre—, salió a cazar perdices esta mañana. Siento que no le hayas visto en traje de caza. ¡Va a ser un muchacho de buena planta! ¡Qué alegrías me da!

De pronto llegó hasta nosotros un fuerte murmullo de voces y pasos.

—¡Ya vienen esos farsantes! —suspiró mi padre.

La puerta se abrió bruscamente y entró azorado Franz, el ayuda de cámara.

—¡Los prusianos! ¡Los prusianos! —gritó con el mismo tono que hubiera empleado para gritar «¡Fuego, fuego!».

—¡No creo que nos coman! —gruñó mi padre.

—Traen preso a alguien —siguió diciendo el hombre con voz temblorosa—, no sé quién es, alguien de Grumitz, uno que ha hecho fuego contra ellos… ¿Quién no hubiera disparado contra esa gentuza?… Pero está perdido.

Llegaron hasta nosotros voces mezcladas con el patear de los caballos. Salimos al corredor y nos acercamos a una ventana que daba directamente al patio. Vimos un grupo de ulanos entre los cuales conducían, pálido pero altivo, a mi hermano Otto.

Mi padre lanzó un grito y bajó corriendo la escalera; mi corazón se contrajo dolorosamente. Si Otto había disparado contra los prusianos, de lo que era muy capaz, ¡vaya si lo era!… Mis pensamientos no quisieron ir más lejos.

Me faltó valor para seguir a mi padre y corrí a buscar a Friedrich, en quien encontraba siempre fuerzas y consuelo cuando me dominaba la angustia. Al entrar en su habitación, vi que mi padre volvía seguido de Otto; en las caras de los dos advertí que el peligro había pasado.

He aquí lo que había sucedido: el disparo había sido accidental. Al ver desde lejos un pelotón de ulanos, mi hermano Otto, en su deseo de verlos desde más cerca, corrió hacia ellos a través de los campos. Cerca del camino, al borde de éste, cayó en la cuneta y accidentalmente se le disparó el arma. Los prusianos dudaron en un primer momento de su palabra y le llevaron prisionero al castillo; pero, una vez comprobaron que era hijo del general Althaus y alumno de una escuela militar, aceptaron su explicación.

—El hijo de un veterano, y que dentro de poco será oficial del ejército, hará armas contra su enemigo en combate, pero nunca en una emboscada y durante un armisticio.

Con estas palabras se dirigió mi padre al suboficial prusiano, quien inmediatamente devolvió la libertad a Otto.

—Pero ¿eres en realidad inocente? —pregunté a mi hermano—. Dado el odio que profesas a los prusianos, no me sorprendería, si…

Negó con la cabeza.

—Espero tener en mi vida ocasiones suficientes de hacer fuego sobre ellos, pero cara a cara, no en una emboscada.

—¡Bravo, hijo mío! —exclamó mi padre, verdaderamente entusiasmado.

No podía yo compartir el entusiasmo. Todas esas frases significaban desprecio hacia la propia vida y la de los otros, y sonaban a falso en mis oídos. Sin embargo, me alegraba de que el incidente hubiese terminado como terminó. Habría sido un golpe terrible para mi padre ver que aplicaban a su hijo la ley marcial. Nuestra casa, libre hasta entonces de los horrores de la guerra, habría pagado un pesado tributo…

El destacamento venía para preparar el alojamiento a algunos oficiales. En el castillo de Grumitz debían hospedarse dos coroneles y seis oficiales del ejército prusiano. La tropa se alojaría en el pueblo. En el patio del castillo colocaron dos centinelas.

Un par de horas después que el destacamento llegaron nuestros huéspedes involuntarios y no invitados. Hacía días que esperábamos algo parecido. La señora Walter tenía las habitaciones de invitados y las camas dispuestas, el cocinero había hecho acopio de provisiones y la bodega encerraba abundantes barriles y botellas de vinos añejos. Nada les debía faltar en nuestra casa a los señores prusianos.

Cuando aquel día el círculo del castillo se congregó en el salón al oír el sonido de la campanilla para la cena, todo era animación, todo esplendor y lujo. Todos los caballeros, a excepción del ministro «Evidentemente», que se encontraba esos días entre nosotros, vestían uniforme de gala, y las damas, trajes de corte. Era la primera vez en mucho tiempo que teníamos ocasión de presentarnos así. Particularmente Lori, la coqueta Lori, que llegó aquella mañana de Viena al saber que teníamos oficiales extranjeros; había traído consigo sus más hermosos trajes y se había acicalado con rosas. Venía, sin duda, con el decidido propósito de volver locos a los representantes del ejército enemigo. Por mí podía conquistar a todos los batallones prusianos, siempre que no molestase a Friedrich… Lilli, la feliz prometida, vestía un traje azul claro; Rosa, contentísima también, supongo que por encontrarse de nuevo entre caballeros jóvenes, lucía un vestido rosa de muselina. Yo, de la opinión de que los tiempos de guerra son tiempos de luto, aunque no se tenga a nadie a quien llorar, me presenté con un vestido de encaje negro.

Aún me acuerdo de la impresión que me produjo ver en el salón tanto lujo, tanta alegría, tanta elegancia en las damas, tanto esplendor en los uniformes. ¡Qué contraste con las escenas de lamentación, de horror, de suciedad, de no hacía tanto tiempo! ¡Y pensar que aquellos mismos caballeros tan distinguidos, tan alegres, tan finos, tan brillantes, eran los mismos que se entregaban a actos tan horribles; los mismos que nada querían hacer para poner término a tanta desolación; los que la

glorifican, por el contrario, y cuyas condecoraciones y galones prueban el orgullo que tienen en ser sus defensores!…

Mi entrada interrumpió las conversaciones de los diversos grupos. Me presentaron a nuestros huéspedes prusianos, cuyos apellidos distinguidos terminaban en su mayor parte en «ow» o en «witz». Teníamos además un príncipe, un Heinrich, no sé qué número, de la Casa de Reuß[104].

Aquéllos eran nuestros enemigos, perfectos caballeros, de modales distinguidos, de costumbres refinadas. Sabido es que hoy se guerrea contra la nación vecina, no contra los hunos ni los vándalos. Sin embargo, sería más natural representarse al enemigo como horda de salvajes, porque cuesta mucho trabajo dar semejante nombre a una nación tan civilizada como la nuestra. «¡Oh Dios! ¡Tú que castigas a los que osan despreciar a tus hijos, a los que en ti ponen su confianza, escucha nuestras súplicas! ¡Imploramos tu protección a fin de que, después de haber reprimido, gracias a tu poderoso auxilio, el furor de nuestros enemigos, podamos bendecirte por los siglos de los siglos!». Esta oración la había repetido el párroco de Grumitz todos los domingos. ¿Cómo se imaginarían los lugareños «al furioso enemigo»? Seguro que nuestros nobles huéspedes que ahora conducían a las damas a la mesa, no respondían a la idea que de ellos se habían formado. Esta vez Dios había listado en la oración la ira de los otros, pero había suprimido la *nuestra*. El rabioso y sanguinario enemigo que reduciríamos con la fuerza de la protección divina (habría que decir con el fusil aguja), ¡qué santo contrasentido!… Éstos eran más o menos mis pensamientos cuando entramos en el gran comedor. Una profusión de flores y ricas vajillas de plata, sacadas del escondite por orden del señor del castillo, decoraban suntuosamente la mesa. Yo me senté entre un imponente coronel de apellido terminado en «ow» y un delgado teniente que lo llevaba acabado en «itz». Lilli, como es natural, junto a su prometido. Rosa había aceptado el brazo del príncipe Heinrich, y Lori había vuelto a conseguir tener por vecino a Friedrich. ¡Sólo por vecino! No iba a ponerme celosa, él era «mi» Friedrich…

La conversación fue tan animada como alegre. Los prusianos no disimulaban la satisfacción que les producía verse sentados a una mesa tan ricamente servida después de las fatigas y privaciones de la campaña. La conciencia de la victoria alcanzada estimulaba, sin duda, su buen humor; pero ni los vencedores daban muestras de arrogancia, ni los vencidos dejábamos traslucir nuestro rencor ni nuestra vergüenza, antes bien procurábamos cumplir perfectamente los deberes que nos imponía nuestra obligada hospitalidad. Dura prueba debía ser aquélla para mi padre, cuya cortesía exquisita, ni un segundo desmentida, no podía menos que admirar. No sin dificultad, y tras muchos esfuerzos, conseguí que Otto se mantuviera a la altura de las circunstancias. Dado su odio hacia los prusianos y su deseo de arrojarlos del país, de buena gana habría cargado contra ellos a bayonetazos que les hubiese servido la sal y la pimienta. Evitamos con prudencia hablar de la guerra. Nuestros huéspedes, por su parte, pusieron todo su cuidado en no demostrar que eran los vencedores. Se

comportaban como si estuvieran de viaje de paso por nuestra región. Mi vecino de mesa, el joven teniente, intentó incluso hacerme un poquito la corte. Me juró por su honor que para él no había en el mundo país más agradable que Austria, añadiendo (con ojos chispeantes) que en Austria se encontraban las mujeres más atractivas del mundo. No ocultaré que respondí con cierta coquetería a las insinuaciones de aquel condecorado hijo de Marte, sin otro deseo que demostrar a la coqueta Lori Griesbach y a su vecino que, si me obligaban a ello, también sabría vengarme… Pero Friedrich continuó tan tranquilo como en el fondo del corazón lo estaba yo. De seguro hubiese conseguido más mi gallardo teniente dirigiendo a Lori sus miradas incendiarias. Konrad y Lilli, en su calidad de prometidos (a tales personas habría que mantener siempre entre rejas), cambiaban miradas y palabras que eran poemas de amor, hacían chocar sus copas como por descuido y se entregaban a todos esos manejos que practican los tortolitos de salón. Me pareció sorprender también a un tercero. El príncipe alemán Heinrich *von blabla* hablaba de un modo muy vehemente con mi hermana Rosa, la cual no podía disimular la admiración que su cortejador le inspiraba.

Terminada la comida volvimos al salón, donde la araña de cristal irradiaba una luz festiva.

Las puertas de la terraza estaban abiertas, circunstancia que aproveché para salir y respirar el aire fresco de la noche. La luna inundaba de suave claridad aquella noche de verano; y las estrellas, abandonando la bóveda celeste, habían bajado al estanque, cuyas tersas aguas acariciaban… ¿Es posible que fuese la misma luna que no hacía mucho bañaba con su luz el muro de aquel cementerio y el montón de cadáveres sobre los que revoloteaban las aves de rapiña? Uno de los tenientes prusianos se había sentado al piano y tocaba una canción de Mendelssohn sin letra. ¿Eran aquéllos los mismos hombres que no hace mucho, sable en mano, quebraban y rajaban cráneos humanos?…

No tardaron en salir a la terraza el príncipe Heinrich y Rosa. Pasaron junto a mí sin verme. Desde el rincón oscuro donde yo me hallaba los veía muy juntitos, apoyados sobre la balaustrada. Me pareció incluso que el joven prusiano, «nuestro enemigo», tenía la mano de Rosa entre las suyas. Hablaban a media voz, aunque algunas de las palabras del príncipe llegaron a mí: «Encantadora niña…, súbita e irresistible pasión…, aspiración de dicha hogareña…, la suerte está echada…, por piedad: que no sea “no”… ¿Le inspiro repulsión?». Rosa hizo una señal negativa con un movimiento de cabeza; él le tomó la mano, la llevó a sus labios y pretendió pasar un brazo alrededor de su talle, pero Rosa, bien educada, rehuyó el abrazo.

Ah, hubiera preferido que el resplandor de la luna hubiera iluminado un beso de amor… Tras todas las escenas de odio y amarga desgracia que he tenido que presenciar, me hubiera gustado presenciar a cambio una escena de amor, de dulce deseo.

—¡Ah! Estás ahí, Martha.

Acababa de verme. En el primer momento, el hecho de que aquella escena hubiese tenido un testigo produjo en ella cierta confusión, pero se tranquilizó al ver que el testigo era yo.

En cambio, la confusión y el embarazo del príncipe eran grandes.

—Acabo de ofrecer mi mano a su hermana, señora —dijo acercándose—. Le suplico que defienda mi causa. Las dos me acusarán tal vez de exceso de precipitación y de osadía. En otros tiempos me habría impuesto más circunspección; pero desde hace algunas semanas me he habituado a obrar con decisión, con temeridad casi. Involuntariamente he practicado en el amor lo mismo que venía practicando en la guerra. Perdóneme, ¿me negará usted su apoyo? Y usted, condesa, ¿qué dice?

—Mi hermana no puede decidirse tan pronto en un asunto de tanta importancia —respondí con objeto de socorrer a Rosa, quien, conmovida en extremo, se contentaba con volver la cabeza—. ¿Si mi padre consentirá que su hija se case con un «enemigo»? ¿Y si Rosa, por su parte, podrá participar de un amor tan repentino? ¿Quién lo sabe?

—¡Yo lo sé! —contestó Rosa, tendiendo sus dos manos al príncipe, quien las llevó apasionadamente hacia su corazón.

—¡Oh, vosotros, niños locuelos! —dije y me aproximé silenciosa a la puerta del salón para impedir que nadie saliera a la terraza en aquel momento.

A la mañana siguiente se hizo la petición de mano.

Mi padre no ofreció ninguna oposición. Habría creído que su odio a los prusianos le impediría aceptar en su familia a un enemigo de guerra, a uno de los vencedores. Es posible que se dejara seducir por el siguiente sofisma, aunque no puede ser más absurdo: «odio a la nación, pero no a sus individuos»; que es como si dijera: «Detesto el vino, pero me extasía beberlo gota a gota». (Pero sabido es que un dicho común no necesita ser razonable, más bien lo contrario). Quizá halagaba su amor propio emparentar con la Casa de Reuß, o tal vez conmovió su corazón el amor súbito y romántico de los jóvenes. Lo cierto es que sin dificultad alguna prestó su conformidad al matrimonio. Menos de acuerdo estaba la tía Marie. «¡Imposible! —fue su primera exclamación—. El príncipe es de confesión luterana». Pero se resignó luego, pensando que acaso Rosa llevaría a cabo la conversión de su marido. El más recalcitrante de todos fue Otto. «¿Cómo queréis —decía indignado— que me exponga al peligro de dejar a mi hermana viuda un día no lejano en que estalle de nuevo la guerra?». Sin embargo, se le explicó la famosa teoría de la diferencia entre la nación y el individuo, y con profunda estupefacción, pues jamás he podido comprender teoría semejante, la asimiló por completo.

¡Con qué rapidez y facilidad se olvidan, entre las delicias de la dicha presente, las desventuras pasadas! Teníamos dos parejas de enamorados…, tres, debería decir, porque, aunque Friedrich y yo llevásemos cuatro años de casados, tan enamorados

estábamos el uno del otro como en nuestros felices días de prometidos. El castillo de Grumitz se convirtió en los días siguientes en lugar de alegría y regocijo. Hasta mis recuerdos dolorosos de las últimas semanas empezaron a borrarse de mi memoria. No obstante, no eran muy gratas las noticias que continuaban llegando: lamentaciones de los muchísimos a quienes había arruinado la guerra, lágrimas de los que perdieron seres queridos en los campos de batalla, anuncios de nuevas catástrofes financieras y amenazas de epidemia. Se decía que en el ejército prusiano habían aparecido varios casos de cólera, y hasta en nuestro pueblo tuvimos uno, aunque dudoso. Se procuró llevar la tranquilidad a los ánimos atribuyéndolo a la disentería, cuya visita, más o menos molesta, recibíamos todos los veranos. Pero los turbios pensamientos y las malas premoniciones seguían ahí. «No es nada»… «Ha pasado»… «No ocurrirá nada», se piensa con facilidad, hay que hacer sólo movimientos enérgicos de cabeza y las representaciones no deseadas se disipan.

—Ya ves, Martha —me dijo un día la feliz prometida—, cómo no puedo menos que bendecir la guerra, aunque confieso que en general sólo ocasiona desastres. ¿Sería tan dichosa como soy si no hubiéramos tenido guerra? ¿Habría conocido a Heinrich? Y él, ¿hubiera encontrado nunca una novia tan enamorada como yo?

—De acuerdo, querida Rosa, acepto tu modo de ver la cuestión. ¡Ojalá la dicha que hoy llena vuestros corazones pueda equilibrar la desventura de otros tantos, miles, destrozados!

—No me refiero exclusivamente a nosotros, Martha. En términos generales, la guerra proporciona al vencedor ventajas inmensas, también para el pueblo. ¡Si oyeses hablar a Heinrich! Dice que Prusia es ahora grande; en el ejército reina una alegría general; la nación siente hacia los estrategas que han conducido a sus tropas a la victoria una gratitud sin límites. Me habla de los progresos que gracias a la guerra tendrá el comercio; de las costumbres; de la prosperidad general de Alemania; de la… No le entiendo bien, pero creo que se refiere a cierta misión histórica. En fin, quisiera que le oyeses.

—Me asombra que tu prometido, en vez de hablarte de amor, te hable de asuntos militares.

—Hablamos de todo, y todo lo que me dice me suena a música… Me entusiasma cuando expresa el júbilo, el orgullo que siente al pensar que se ha batido por su rey y por su patria…

—Y el botín, la adorable prometida que se ha llevado —completé yo.

Crecía de día en día el aprecio que mi padre tenía hacia su futuro yerno. Cierto que éste era un espléndido joven, pero mi padre sólo le concedía su simpatía y su aprecio con ciertas reservas.

—Como hombre, como soldado y como príncipe le estimo, querido Reuß —repetía a cada paso de forma diferente—; pero como oficial prusiano, por supuesto, le detesto. Me reservo el derecho, a pesar de la unión familiar, de hacer votos fervientes por que estalle una nueva guerra, en cuyo caso Austria se cobrará a precio

centuplicado la sorpresa de que en ésta ha sido víctima. La cuestión política es una y la familia es otra muy distinta. Mi hijo se batirá un día contra Prusia, y quiera Dios que yo vea ese día. Yo mismo, si no fuera tan viejo y si me lo mandase el emperador, me pondría al frente de un cuerpo de ejército y haría la guerra contra Guillermo I, y particularmente contra el arrogante Bismarck. No dejo de reconocer las virtudes militares del ejército prusiano y el talento estratégico de sus jefes. En la próxima campaña me parecerá muy natural que usted, al frente de un regimiento, intente el asalto de nuestra capital y prenda fuego a la casa que habite su suegro. En definitiva…

—En definitiva —interrumpí yo semejante rapsodia—, la confusión de sentimientos es tal que las oposiciones se devoran recíprocamente como los infusorios en una gota de agua… No puede ser de otra suerte cuando se pretende alojar en un mismo cerebro ideas absolutamente contradictorias. El odio al todo, pero amar sus partes, como ser humano, sí, pero nacional de un país, no. Eso no puede ser: o lo uno, o lo otro. Más lógicos son, sin disputa, los sentimientos de cualquier jefe de los botocudos[105]. Éste no aprecia en nada a los miembros de una tribu enemiga, de los que ni sabe siquiera que son «individuos», únicamente siente deseos de cortarles la cabeza.

—¡Pero, Martha, por Dios! ¡Esos sentimientos salvajes son incompatibles con el grado de civilización que ha alcanzado nuestra cultura!

—Di más bien que este resto de salvajismo, la guerra, que persiste todavía en la humanidad como detritus de las épocas primitivas, no corresponde ya al grado de cultura moral de nuestra época. No creo posible que puedas sostener formalmente absurdos tan grandes como los siguientes: Que concedes al príncipe Heinrich todo tu cariño como yerno, pero que le odias como prusiano; que le aprecias como hombre, pero que le execras como teniente coronel; y finalmente le concedes, a la par que tu bendición, el derecho de hacer armas contra ti. ¡Perdóname, mi querido padre, pero me cuesta trabajo creer que puedas sostener semejantes incoherencias!

—¿Qué dices? ¡No entiendo ni una sola palabra!

Comprendí que mi padre acababa de sufrir muy oportunamente otro acceso de su habitual sordera.

Después de algunos días, Grumitz recobró su calma habitual. Los oficiales alojados en nuestro castillo se habían ido. Konrad hubo de incorporarse a su regimiento, y Lori Griesbach y el ministro «Evidentemente» nos dejaron antes que nadie.

Mis dos hermanas debían casarse en el próximo octubre. La ceremonia se celebraría en Grumitz. El príncipe Heinrich abandonaría el servicio. Después de las recompensas conquistadas en la gloriosa campaña pasada, su retiro le contrariaba un poco; pero bien lo deseaba, para descansar sobre sus laureles y en sus posesiones.

Las despedidas de los enamorados fueron escenas llenas de tristeza y de felicidad

a la vez. Se hicieron mutuas promesas de escribirse diariamente, y, por otra parte, la perspectiva tan próxima de una dicha asegurada disminuyó la pena de la separación.

¿He dicho asegurada?… No existe nunca, y menos en épocas de guerra. La desgracia se cierne siempre por los aires, como una plaga de langostas, y no ofrece al mundo un rincón que pueda considerarse a cubierto del azote.

Cierto que la guerra había terminado, es decir, que la paz había sido proclamada oficialmente; pero si una palabra basta para desencadenar todos sus horrores, no basta una sola para detenerlos. Esto último no se consigue por medio de diplomacia. Se suspenden las hostilidades, pero queda la animosidad, y los gérmenes de las guerras futuras han sido sembrados y siguen produciendo devastación, miseria y epidemias. Es inútil negarlo, es inútil ocultar la verdad: el cólera hacía estragos en el país.

Era el día 8 de agosto por la mañana. Estábamos todos reunidos en la terraza, desayunando y leyendo la correspondencia que el cartero acababa de entregarnos. Mis hermanas recorrían con avidez las cartas de sus prometidos. Yo, al hojear los periódicos de Viena, leí:

> Aumenta sensiblemente el número de defunciones por casos de cólera, no sólo en los hospitales militares, sino también en los civiles. Se ha determinado que se trata de la genuina cólera asiática y se han adoptado medidas enérgicas para impedir la propagación de la epidemia.

Me disponía a leer en voz alta la noticia cuando la tía Marie, que tenía en la mano una carta de una amiga suya, residente en un castillo vecino, exclamó asustada:

—¡Es horrible! Betti me escribe que en su casa han fallecido dos personas a consecuencia del cólera y que su marido acaba de ponerse enfermo.

—¡Excelencia! El maestro de la escuela del pueblo desea hablarle.

El personaje anunciado entraba, pálido y asustado, pisando los talones al criado que le anunció.

—Señor conde —dijo—, vengo a comunicarle con el mayor respeto que debo cerrar la escuela. Los niños que ayer cayeron enfermos han fallecido hoy.

—¿Del cólera? —preguntamos todos a la vez.

—Pienso que sí… Creo que ya podemos llamar a las cosas por su nombre. La supuesta disentería, que se propagó cuando alojamos a los soldados y que se cobró veinte víctimas, era cólera. El pánico más espantoso reina entre los vecinos, el doctor llegado de la capital ha comprobado la presencia del cólera.

—¿Qué es eso? —pregunté yo prestando atención—. Parece que suenan campanas.

—Es la campana de la muerte, señora baronesa —respondió el maestro—, otro vecino que está agonizando. El doctor dice que en la capital la campana suena sin cesar.

Todos nos miramos, pálidos y mudos. La muerte nos amenazaba de nuevo a

todos.

—Hay que huir —propuso la tía Marie.

—Huir, pero ¿adónde? —replicó el maestro—. La epidemia hace estragos en todos los alrededores.

—Nos iremos lejos, más allá de la frontera.

—Seguramente han establecido un cordón sanitario, que será imposible franquear.

—¡Sería horrible! ¿Quién se atreverá a obligar a la gente a permanecer en un país contaminado por la peste?

—Cierto, pero nada más natural que los demás países pongan todos los medios para librarse del contagio.

—¿Qué hacer? —gimió la tía Marie.

—Aceptar lo que nos tenga preparado la voluntad divina —respondió mi padre, exhalando un suspiro—. Marie, tú siempre has creído en la providencia…, no entiendo tus deseos de huir. La suerte o la desgracia nos seguirán y nos alcanzarán en todas partes; no obstante, prefiero, hijos míos, que huyáis. Y tú, Otto, desde hoy no pruebes la fruta.

—Voy a escribir inmediatamente a Bresser para que nos envíe medios desinfectantes —dijo Friedrich.

Lo que más adelante ocurrió ya no me es posible contarlo en detalle, porque aquel episodio durante el desayuno fue el último del que dejé constancia en mis cuadernos rojos. Sólo puedo contar lo que sucedió los días siguientes sirviéndome de mi memoria. Estábamos bajo el peso de la angustia y el terror. Verdad es que no nos faltaba motivo: la base del valor es la ignorancia o el olvido del peligro. Sobre nosotros pendía una espada de Damocles: amenazados por el cólera, ¿quién era capaz de olvidar que está propenso a morir de una muerte espantosa?

Huir, sí…, debíamos huir, aunque no fuese más que para poner a mi Rudolf a salvo.

Mi padre, a pesar de su fatalismo, insistía en que emprendiéramos la fuga todos los miembros de la familia, nos rogaba que nos fuéramos al día siguiente. En cuanto a él, se obstinaba en permanecer en Grumitz, porque no quería dejar abandonados en momentos de tanto peligro a los servidores de su casa y a los habitantes del pueblo. Friedrich declaró resuelta y formalmente que también él se quedaba, y yo…, yo siempre estuve decidida a no separarme de mi marido.

La tía Marie, mis dos hermanas, Otto y Rudolf debían ponerse en marcha lo antes posible. ¿Adónde irían? Todavía no estaba decidido. Se irían por el momento a Hungría, lejos, todo lo lejos posible. Ninguna resistencia opusieron las prometidas, que se entregaron solícitas a preparar los equipajes. Morir cuando se ha llegado tan cerca de la felicidad, de los anhelos amorosos; cuando, trocados en realidad los sueños, se espera ver multiplicada hasta el infinito la suprema dicha de la vida; morir en esas condiciones… equivale a morir diez veces.

Las maletas fueron transportadas al comedor a fin de que, trabajando todos, se

abreviara tiempo. Yo entré en la habitación llevando bajo el brazo un lío de vestidos de Rudolf.

—¿Por qué no mandas que haga eso tu doncella? —preguntó mi padre.

—No sé dónde está Netti…, la he llamado varias veces, y, como no ha venido…, he tenido que hacerlo yo.

—Con tus tolerancias echas a perder a la servidumbre —exclamó mi padre, con cierta severidad.

Dio orden a un criado de que buscase inmediatamente a la doncella.

Momentos después volvía el sirviente con expresión de profunda consternación.

—Netti está en su habitación…, acostada… Está…, tiene…, está…

—¿Te explicarás de una vez? —increpó mi padre, impacientado—. ¿Está…? ¿Cómo…?

—¡Completamente negra!

Todos dejamos escapar un grito. Teníamos ya en casa, en nuestra propia casa, el espectro terrible.

¿Qué hacer? ¿Cómo dejar morir sin auxilio a aquella infortunada? Aproximarse a ella equivalía a desafiar la muerte, la muerte propia y la de los otros. ¡Ah!, una casa como esta en la que la peste ha penetrado es como si estuviera rodeada por asaltadores, o como si fuese pasto de las llamas; en cada rincón, en cada lugar, a cada paso que des, la muerte esboza una sonrisa burlona.

—Vete corriendo a buscar al médico —dijo mi padre al criado—; y vosotras, daos prisa con los preparativos de la marcha.

—El médico regresó hace una hora a la capital —respondió el criado.

—¡Ay, me siento muy mal! —exclamó Lilli, tenía los labios muy pálidos y se apoyó en el respaldo de una silla.

Todos nos precipitamos hacia ella.

—Pero ¿qué tienes? ¡No seas niña, no hagas tonterías…, es el miedo!

No era miedo, sino… Imposible dudarlo. Llevamos a la desventurada a su cama. Inmediatamente la asaltaron los vómitos y todos los demás síntomas. Era el segundo caso de cólera en el castillo.

Era horrible ver que la pobre hermana sufría ¡y sin médico! Friedrich procuró reemplazarlo como pudo; prescribió los primeros remedios: cataplasmas calientes, revulsivos de mostaza sobre el estómago, sobre las piernas, cubitos de hielo en la boca, champán.

¡Todo fue inútil! Estos recursos, suficientes a veces cuando se trata de casos benignos, resultaron desesperadamente impotentes. Sirvieron únicamente para proporcionar a la enferma y a nosotros mismos el pobre consuelo de pensar que se había intentado algo para oponerse a los progresos del mal. A los vómitos siguieron los calambres, las contorsiones generales, pero tan violentas que se oían crujir los huesos. Quería gritar la desgraciada y no podía. Su garganta, espantosamente contraída, no daba paso a los sonidos. Su piel se volvió azul y fría…, y dejó de sufrir.

Mi padre recorría la estancia, retorciéndose las manos con desesperación.

—¡La guerra, padre mío! —exclamé interceptándole el paso—. ¡A la guerra debemos esta desgracia! ¿No vas a maldecirla?

Me rechazó sin responder.

Lilli había dejado de existir después de diez horas y, poco antes que ella, Netti, la doncella. Sola en su cuarto, porque todos nos estábamos ocupando de Lilli, y entre los demás criados no hubo uno solo que se atreviera a acercarse a la enferma «ya completamente negra»…

Durante este tiempo llegó el doctor Bresser, provisto de los medicamentos pedidos por telégrafo. Cuando le vi entrar, hubiera querido besarle la mano al viejo amigo. Tomó en el acto la dirección de la casa, mandó transportar los dos cadáveres a una estancia alejada, cerró las dos habitaciones donde habían ocurrido las defunciones y nos sometió a todos a una desinfección enérgica. Todas las estancias de la casa quedaron impregnadas de vapores de fenol. Hoy no puedo percibir ese olor sin que broten inmediatamente en mi mente los recuerdos de aquellos días de la epidemia de cólera.

Por segunda vez hubo que posponer el viaje. El día siguiente al de la muerte de la pobre Lilli esperaba frente a la puerta el carruaje que debía llevarse a la tía Marie, a Rosa, a Otto y a mi pequeño, cuando el cochero, herido de improviso por el invencible asesino, tuvo que abandonar el pescante.

—¡Entonces os llevaré yo! —gritó mi padre, una vez sabida la noticia—. ¡Deprisa, deprisa! ¿Está todo listo?

Rosa se adelantó:

—Marchad…, yo tengo que quedarme. ¡Voy a reunirme con Lilli!

Decía la verdad.

Al amanecer del día siguiente, la segunda prometida era transportada a la habitación donde habían sido depositados los dos cadáveres.

Como es natural, la nueva catástrofe impidió la marcha de los demás.

En la exasperación de mi dolor, en el mar inmenso de mi desesperación, ¡qué de accesos de rabia loca sentí contra ese delirio monstruoso, contra ese instrumento de horrores que el hombre desencadena voluntariamente!

Mi padre cayó de rodillas al ver que se llevaban el cadáver de Rosa, golpeando su cabeza contra un muro.

—¡Padre! —le dije—. ¡Es la guerra!

No me contestó.

—¿Oyes, padre? ¡Ahora o nunca! ¿No vas a maldecir la guerra?

Se recompuso.

—Me recuerdas —respondió— que debo sobrellevar esta nueva desventura con el valor de un soldado… La patria tiene derecho a exigir a sus hijos sacrificios de lágrimas y de sangre.

—Pero ¿acaso tus sufrimientos representan alguna utilidad para la patria? ¿De qué sirve a ésta la muerte de tus dos hijas? ¡Oh, padre mío, padre mío! ¡Dame esa pequeña satisfacción! ¡Que yo te oiga maldecir la guerra una vez! ¡Mira! —añadí, llevándole casi a la fuerza hasta la ventana—. Ese féretro que traen es para tu hija Lilli; mañana traerán otro para tu segunda hija, Rosa. ¡Y pasado mañana quizá tendrán que traer un tercero! ¡¿Por qué, por qué?!

—Porque Dios lo ha dispuesto así, hija mía.

—¡Dios! ¡Siempre Dios!… ¡Buscáis en la voluntad de Dios una égida para disfrazar todas las violencias, toda la insensatez, todas las salvajadas de los hombres!

—¡No blasfemes, Martha, no blasfemes, en los momentos en que descarga sobre nosotros la mano el Todopoderoso!

La entrada de un criado vino a interrumpirnos:

—Excelencia… El carpintero se niega a llevar el féretro a la cámara mortuoria, y no hay en el castillo quien se atreva a entrar.

—¿Y tú tampoco, cobarde?

—Yo solo no puedo…

—Está bien, te ayudaré yo.

Se dirigió a la puerta.

—Quiero colocar yo mismo a mi hija… ¡Atrás! —gritó, observando que le seguía yo—. ¡Te prohíbo que vengas! ¡No quiero quedarme también sin mi primera hija! ¡Piensa en tu hijo!

¿Qué hacer? Vacilé. En tan cruel alternativa ¿dónde está el deber? Si prestamos a los enfermos nuestros cuidados, o cumplimos con los muertos nuestros deberes, nos exponemos a propagar la epidemia. Uno puede, si quiere, hacer el sacrificio de su vida, pero nunca incluir a los suyos en su sacrificio.

El dilema no tiene más que una salida: aceptar la idea de que todo el mundo ha de morir, y que es preciso auxiliarse recíprocamente para atenuar los sufrimientos de la agonía. ¡Todos! He aquí el recurso único. Naufraga un buque. Nadie puede salvarse. Que se enlacen, que se aten todos juntos esperando el último momento, y… ¡hermosa vida, adiós!

A este grado de resignación habíamos llegado. Desistimos del viaje, nada hicimos por aislarnos de los enfermos ni de los cadáveres; ni siquiera el doctor Bresser intentaba ya advertirnos de los peligros que ese proceder suponía. Su presencia, su acción enérgica y constante, sostenía nuestras fuerzas. Gracias a él, si nuestro barco se hundía, no estaba huérfano de capitán.

¡Ah, aquella semana de cólera en Grumitz!… Han transcurrido veinte años, y aún hoy cuando la recuerdo me estremezco de horror. Lágrimas, lamentos, escenas desgarradoras, el olor a carbol, los repugnantes síntomas, el continuo sonar de la campana, los funerales; no: los enterramientos, porque en tales circunstancias no hay sepelios; el transcurso de la vida se ha interrumpido: las comidas, pues la cocinera había muerto, el ir a dormir, sólo dormíamos breves instantes, sobre cualquier

mueble, hacia el amanecer. Fuera, parecía una ironía, como si la Naturaleza, indiferente, hiciera escarnio de nuestra aflicción, todo era alegría, todo color. Espléndido verano, con sus mirlos felices y sus exuberantes setos floridos… En el pueblo, la muerte hería sin interrupción; no perdonó a uno solo de los prusianos que se habían quedado entre nosotros.

—He encontrado al enterrador —contó Franz, el ayuda de cámara— cuando volvía con el coche vacío del cementerio. «¿Más muertos?», le he preguntado. «Sí, de nuevo seis o siete más; poco más o menos, como todos los días, una media docena, a veces más… Ocurre también que algunos aún se mueven dentro del coche; pero de poco les sirve, muerto o vivo, a la fosa con los prusianos».

Al día siguiente, aquel monstruo moría y otro tuvo que hacerse cargo de su labor, en aquellos días la más dura del pueblo.

El correo nos traía noticias horribles acerca de la epidemia, cartas que respiraban angustia, y… también cartas de amor. ¡Cartas de amor condenadas a quedar eternamente sin respuesta! Eran del príncipe Heinrich, que ignoraba la catástrofe. Para preparar a Konrad, le habíamos mandado una línea: «Lilli muy enferma». No pudo llegar inmediatamente, el servicio le retenía. Cuatro días después entró el desgraciado en casa, gritando:

—¡Lilli, Lilli! Pero ¿es verdad?

Por el camino había sabido la desgracia.

No vertió una sola lágrima y se mantuvo en calma.

—¡Hacía tantos años que la quería! —repetía en voz baja, como hablando consigo mismo.

Y alzando a continuación la voz dijo:

—¿Dónde está enterrada? ¿En el cementerio…? Quiero visitarla… Me espera allí… ¡Adiós!

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó alguien.

—No, prefiero ir solo.

Y fue, pero… no volvió; sobre la tumba de su prometida se levantó la tapa de los sesos.

Así dio por terminada su vida Konrad, conde Althaus, teniente del cuarto regimiento de húsares, a los veintisiete años.

En cualquier otra circunstancia, aquel trágico suceso nos habría conmocionado mucho más; pero ahora: ¿Cuántos jóvenes oficiales se ha llevado la guerra directa o indirectamente? Y cuando nos comunicaron la noticia, recibimos también otro infortunio que paralizó nuestros corazones: el cólera se cebaba en Otto, el único hijo varón de mi pobre padre.

Sus sufrimientos duraron toda la noche y todo el día siguiente, haciéndonos pasar por todas las alternativas de la esperanza y del descorazonamiento; a las siete de la tarde expiró.

Mi padre se arrojó sobre su cuerpo lanzando un grito tan espantoso que conmovió

toda la casa. La expresión de su dolor era terrible. Nos costó arrancarle del lecho de muerte de su hijo. El sufrimiento de aquel pobre anciano despedazaba el alma. Aún resuenan en mis oídos sus, durante horas, gritos y sollozos. ¡Había muerto Otto, su hijo…, su orgullo…, su todo!

A la explosión de su dolor sucedió una súbita apatía, muda, inmóvil. No pudo asistir siquiera al entierro de su predilecto. Estaba tendido sobre un sofá, rígido, sin movimiento y casi sin conocimiento. Bresser mandó que le desnudasen y pusieran en la cama.

Después de media hora parecía revivir; a su lado estábamos la tía Marie, Friedrich y yo. Le miramos un buen rato con expresión interrogante, se incorporó a medias, quiso hablar, pero su lengua se negó a articular palabra. Parecía como si le faltase la respiración. Comenzó a sufrir terribles espasmos y contracciones, eran los síntomas finales del cólera, a pesar de que en él no habían mostrado anteriormente ningún síntoma. Al fin consiguió pronunciar una palabra:

—¡Martha!

Caí de rodillas junto al lecho.

—¡Padre querido, pobre padre!

Puso su mano sobre mi cabeza.

—¡Tu deseo se cumple! —murmuró con gran dificultad—. ¡Mal… mal… di… ta se… sea…!

No pudo terminar y cayó sobre la almohada.

Acababa de entrar Bresser. A nuestras preguntas ansiosas respondió que mi padre había muerto a consecuencia de una angina de pecho.

—Lo más terrible —dijo la tía Marie al regresar del entierro— es que haya muerto con una maldición en los labios.

—No te preocupes, tía —la tranquilicé—. Si los labios del mundo entero lanzasen esa misma maldición, sería para la humanidad entera la mayor bendición.

¡Ésa fue la semana del cólera en Grumitz! Diez habitantes del castillo sucumbieron en siete días: mi padre, Lilli, Rosa, Otto, mi doncella Netti, la cocinera, el cochero y dos mozos de cuadra. En el pueblo la epidemia mató a más de ochenta personas.

Y no fue Grumitz la única localidad de la comarca duramente castigada. Si se hojean los anales de las localidades vecinas y castillos se encontrarán muchos otros casos de espantosa mortalidad. Por ejemplo, el castillo de Stockern, situado en las inmediaciones de la ciudad de Horn. Desde el 9 hasta el 13 de agosto sucumbieron, inmediatamente después de la partida los prusianos allí alojados, cuatro miembros de la familia víctimas de la peste: Rudolf, joven de veinte años, sus dos hermanas, Emilie y Bertha, y el tío Candid; además murieron cinco personas de la servidumbre. No perdonó la epidemia más que a la niña menor, Pauline von Engelshofen, que, andando el tiempo, se casó con el barón Von Suttner. Hoy, después del tiempo transcurrido, no puedo hablar sin espanto de aquella semana de cólera en Stockern.

Tales desventuras me habían abatido tan profundamente y vuelto tan indiferente que esperaba con tétrica resignación la hora de mi muerte, o que ésta me arrebatara a mi marido o a mi hijo. A todas horas estaba viendo al espectro que hacía dos meses descargaba golpes terribles sobre todo, y le veía posar su mano helada sobre los contados seres queridos que me restaban. Por adelantado lloraba ya su muerte, y sin embargo, en medio de mi profundo dolor, disfrutaba de momentos dulcísimos, aquellos en que, abrazada a mi marido, vertía sobre su corazón todos mis pesares… ¡Qué dulces eran sus palabras, no de consuelo, sino de simpatía y de amor! Mi corazón recobraba calor y fuerza al contacto con el suyo. Después de todo, me decía, no es tan malo ni tan cruel el mundo cuando en él se encuentran tantos tesoros de amor. Sé muy bien que estos sentimientos son patrimonio privativo de algunas almas escogidas, verdaderas excepciones de la regla general; pero llegarán en su día a un desenvolvimiento general y completo, y entonces inspirarán y regularán las relaciones mutuas de la familia. Sí, el porvenir pertenece a la bondad.

Pasamos el resto del verano en las inmediaciones de Ginebra, cediendo a los insistentes ruegos del doctor Bresser de que debíamos apartarnos de aquella región contaminada. Al principio, no podía resignarme a abandonar tan pronto las tumbas de los míos. Mi apatía era tan extrema que cualquier intento de huida de la epidemia me parecía inútil. Bresser me instó, me ordenó, y logró al fin su propósito cuando me hizo comprender que la obligación como madre era apartar a mi hijo del peligro.

Fue idea de Friedrich fijar nuestra residencia en Suiza. Deseaba entrar en relaciones con los fundadores de la Cruz Roja, quería informarse del resultado de las conferencias últimas y del alcance que se proyectaba dar a la obra de la Convención.

Había pedido su retiro y obtenido, en tanto le fuera concedido oficialmente, una licencia de medio año. Yo era rica, muy rica, porque la muerte de mi padre y de mis hermanos había acumulado en mí la posesión de Grumitz y toda la fortuna de la familia.

—¿Qué dirías —pregunté un día a Friedrich, cuando el notario me traspasó los títulos de propiedad—, si me oyeses bendecir la guerra, porque a ella soy deudora de ventajas materiales de tanta consideración?

—Diría que no eres mi Martha; pero comprendo lo que quieres decir. El egoísmo cruel que puede gozarse en las ventajas materiales adquiridas al precio de la ruina ajena; ese sentimiento que el individuo, si es lo bastante vil para experimentarlo, al menos procura ocultarlo, constituye un timbre de gloria para las naciones y las dinastías. Miles de hombres han muerto, pero esas muertes han producido un aumento territorial o un acrecentamiento de poder, y entonces las naciones bendicen y dan gracias al Cielo por el feliz resultado de la guerra.

En una pequeña ciudad, al borde del lago, encontramos la calma y la soledad de que tanta necesidad teníamos, fue en una villa. Mis deseos eran vivir aislada, evitar todo contacto con otras personas. Friedrich respetaba mi tristeza y jamás me propuso

que la combatiera con el remedio banal de la distracción. Su delicadeza le hizo comprender y respetar las lágrimas que yo quería consagrar a la memoria de los míos enterrados en Grumitz.

Friedrich iba con frecuencia a la ciudad, donde estudiaba todo lo relacionado con la Cruz Roja. Poco puedo relatar sobre el resultado de sus estudios correspondientes a aquella época; había interrumpido mi diario y he olvidado la mayor parte de los acontecimientos. Únicamente he conservado recuerdos precisos sobre la impresión de conjunto que me produjeron aquellos parajes, la calma, la sencillez y la actividad serena de sus habitantes que por casualidad veía cuando se vive en medio de una época de paz y cordialidad. No llegaba hasta nosotros prácticamente ningún eco de la guerra última; si se hablaba alguna vez de ella era sin concederle importancia, nada más. Como se habla de un sencillo tema de conversación. El horrendo tronar de los cañones en tierras de Bohemia había producido en Suiza la misma impresión poco más o menos que el estreno de una nueva ópera de Wagner. Verdad es que el recuerdo de la guerra iba borrándose en todas partes. La prensa ya no hablaba de ella. Leía entonces con preferencia los periódicos franceses, que no hablaban más que de la Exposición Universal de París de 1867, de las recepciones de la Corte en Compiègne y de las nuevas personalidades literarias (Flaubert, Zola, cuyo talento naciente era objeto de comentarios contradictorios), de obras teatrales, de una ópera reciente de Gounod y de un nuevo y brillantísimo papel escrito por Offenbach para Hortense Schneider[106]. El insignificante duelo reñido por Prusia y Austria *là-bas en Bohème*[107] había perdido su escasa importancia… ¡Ah, de la memoria humana y del corazón humano desaparece todo lo que cuenta con tres días de antigüedad o ha ocurrido a treinta millas de distancia!

Salimos de Suiza a mediados de octubre para regresar a Viena, donde reclamaban mi presencia asuntos de la herencia. Nuestro propósito era trasladarnos luego a París, donde pensábamos residir por algún tiempo. Friedrich continuaba acariciando el proyecto de consagrarse a la propagación de sus ideas referentes a la creación de una Liga de la Paz. París, gracias también a la Exposición Universal, le parecía un lugar excelente para reunir a todos los amigos de la paz en un congreso y creía que ningún otro lugar reunía tantas condiciones para el desarrollo de un principio internacional.

—He pedido el retiro —decía— impulsado por una convicción adquirida precisamente durante la guerra. De hoy en adelante quiero alistarme en el ejército de la paz. Poco numeroso es hoy, sus combatientes no disponen de otras armas que la conciencia del derecho y el amor a la humanidad; pero no importa, quien combate por estas causas, tarde o temprano, triunfa.

—¡Ay! —contesté suspirando—. Es un comienzo sin esperanza. ¿Qué puedes tú solo alcanzar frente a una institución tan arraigada, tan antigua, tan potentemente sostenida por millones de hombres?

—¿Preguntas qué puedo yo?… No soy tan insensato como para creer que personalmente pueda hacer mucho; sólo digo que pretendo alistarme en el ejército de

la paz. Cuando me batía con los compañeros de armas, ¿esperaba salvar a mi patria o conquistar una provincia? No, ciertamente no. Servir es todo lo que puede hacer un individuo, y está en la obligación de hacerlo. Debe, en caso necesario, sacrificar su vida al triunfo de sus ideas, si tiene conciencia de que éstas son buenas y justas. No es el Estado sólo el que impone obligaciones al hombre. Una convicción personal, cuando llega al grado de entusiasmo, tiene tanta fuerza imperativa como el servicio militar obligatorio.

—Sí, tienes razón, si se congregan bajo una sola bandera millones de partidarios de la paz, de seguro la antigua fortaleza, abandonada por sus antiguos defensores, sucumbe a los esfuerzos del nuevo ejército.

Desde Viena fui a Grumitz, cuya dueña ahora era yo. No entré en el castillo, fui directamente al cementerio, deposité allí cuatro coronas y regresé inmediatamente a Viena.

Terminados mis asuntos más urgentes, Friedrich me propuso hacer un pequeño viaje a Berlín con objeto de visitar a la pobre tía Cornelie, viaje que acepté con gusto. Durante nuestra breve ausencia, mi hijo quedaría confiado a la tía Marie. Los últimos y tristes sucesos de Grumitz habían postrado por completo a la infeliz señora. Privada de todos los suyos, concentró todo su cariño en mi pequeño Rudolf, y yo esperaba que la presencia del niño la distraería y animaría.

Salimos de Viena el 1 de noviembre y nos detuvimos para hacer noche en Praga. Al día siguiente modificamos nuestro itinerario para llevar a cabo una nueva peregrinación.

—Hoy es el Día de los Difuntos —observé al fijarme en la fecha del periódico que acababan de traernos juntamente con el desayuno.

—¡Día de los Difuntos! —repitió Friedrich—. ¡Cuántos pobres muertos duermen olvidados en sus tumbas aquí en los alrededores! ¡Cuántos no las tienen!… ¿Quién los visitará?

Le miré silenciosa durante breves segundos.

—¿Quieres? —pregunté a media voz.

Nos habíamos comprendido, una hora más tarde salíamos hacia Chlum y Königgrätz.

¡Qué espectáculo!

Me vino a la mente una elegía de Tiedge[108]:

¡Espectáculo atroz, mengua del hombre,
ver pútridos osarios esparcidos!
¡Dueño de la nación, míralo atento,
y jura gobernar con más cariño
siendo del mundo mensajero afable!
¡Míralo atento, oh rey! Y cuando altivo
la gloria te corone,

cuenta esos cuerpos en el campo, fríos.
¡Con el laurel que adorna tu corona
la muerte te arrojará, oh rey impío,
al fondo de la tumba!
¡Te persiguen por siempre los gemidos
de los que por tu causa perecieron
sin deudos, sin hogar, patria ni amigos!
Que a tal tu afán de gloria
te conduce al escribir con sangre
esa triste página de Historia.

Declinaba el día cuando llegamos a Chlum; desde allí, silenciosos, tristes, nos dirigimos al campo de batalla, no muy distante. Densa niebla nos envolvía y copos de nieve nos caían, las ramas de los árboles, desnudas de hojas, se cimbreaban al soplo quejumbroso de un viento de noviembre. No se veían más que tumbas, fosas comunes. ¿Un cementerio? No… No dormían allí peregrinos cansados, rendidos en el viaje de la vida, sino jóvenes llenos de vigor, colmados de esperanzas, jóvenes que ansiaban vivir. Sepultados, ahogados, callados para la eternidad, todos esos corazones destrozados, esos miembros ensangrentados, desgarrados, esos ojos de amargas lágrimas, el grito salvaje de la desesperación, las oraciones inútiles…

En aquel campo de muerte no estábamos solos. Muchos, muchísimos habían venido el Día de los Difuntos, del país amigo y del país enemigo; habían llegado para arrodillarse sobre la tierra donde cayeron destrozados los suyos. El tren en que hicimos el viaje iba atestado de personas vestidas de luto. Durante muchas horas no vi más que lágrimas, no oí más que sollozos, gemidos de dolor a mi alrededor.

—¡Tres hijos, tres hijos, cada uno más hermoso, mejor y cariñoso que el otro, he perdido en Sadowa! —nos decía un viejo con un dolor que nos destrozaba.

Muchos unían sus quejas a las de aquel infortunado, por un hermano, por un marido, por un padre. Muchos se lamentaban, pero nada me conmovió tanto como la desesperación de aquel padre infeliz que repetía sin cesar:

—¡Tres hijos! ¡Tres hijos! ¡Tres hijos!

Por el campo circulaba infinidad de gente. Muchos permanecían de rodillas sobre el suelo, otros se arrastraban con trabajo, no pocos caían sollozando. Eran contadas las tumbas particulares, muy pocas las cruces de piedra que tenían alguna inscripción. Intentamos leer en la escasa luz del atardecer algunos de los nombres grabados:

«Mayor von Reuß, del 2.º Regimiento de Guardia prusiano».

—Tal vez algún pariente del prometido de nuestra pobre Rosa —observé.

«Conde Grünne, herido el 3 de junio, muerto el 5 de junio».

¡Cuánto sufriría durante esos dos días!… Probablemente fuese el hijo del conde Grünne, el que decía al declararse la guerra: «¡A puntapiés barreremos a esos prusianos!». ¡Qué descabelladas y criminales, qué estridentes y desafinadas suenan

esas palabras de antes de la guerra cuando se repiten en un sitio como éste! ¡Palabras, palabras huecas, palabras de amenaza, de menosprecio; baladronadas estúpidas…! ¡Vosotras fuisteis las que provocasteis la guerra! ¡Por vuestra causa estos campos están sembrados de cadáveres!…

Seguimos. Por todas partes, muchos y pocos, más altos y más bajos montículos de tierra…, también allí en los salientes del suelo, también bajo nuestros pies habría quizá cadáveres de soldados.

La niebla se hacía más densa.

—Friedrich, ponte el sombrero, vas a resfriarte.

Pero Friedrich permaneció descubierto y yo no repetí mi advertencia una segunda vez.

Entre las personas que nos rodeaban había muchos oficiales y soldados. Indudablemente, varios habían asistido a la sangrienta jornada de Königgrätz y querían dedicar un recuerdo a los camaradas caídos.

Llegamos al sitio donde habían sido enterrados juntos la mayor masa de cadáveres, amigos y enemigos confundidos; el lugar era como un cementerio. Hacia allí se dirigía la mayor parte de los visitantes, y se arrodillaba alrededor de la verja, en la que colgaba sus coronas.

Un hombre alto y delgado, todavía joven, de porte distinguido, envuelto en una capa de general, se aproximó al túmulo. Todo el mundo se retiró respetuosamente y oí que muchos murmuraban:

—¡El emperador!

En efecto, era Francisco José, era el jefe supremo del Estado y del Ejército, que, en el Día de los Difuntos, había querido rogar, en el mismo lugar donde cayeron, por los hijos de su patria, por los valientes soldados. Allí estaba descubierto, inclinada la cabeza, lleno de un doloroso respeto hacia la majestad de la muerte.

Mucho, mucho rato permaneció inmóvil, sin variar de actitud. Yo no podía apartar de él los ojos. ¿Qué pensamientos se agitarían en aquel cerebro, qué sensaciones embargarían aquel corazón, que yo sabía que era tierno y bueno? Me pareció leer los pensamientos que en aquel momento llenaban aquella cabeza tan tristemente inclinada:

> ¡Cuántos de mis pobres y valientes soldados yacen aquí, muertos!… Y ¿para qué? ¡No hemos podido vencer!… ¡Mi Venecia perdida! ¡Vuestras jóvenes vidas perdidas también! ¡Las habéis sacrificado noble, lealmente, por mí! ¡Oh, si yo pudiera devolvéroslas! ¡Hijos míos! ¡No fue por mí por quien os exigí el sacrificio! ¡Fue por vosotros mismos, por la patria! ¡No ocupo el trono para disponer a mi capricho de mis vasallos; lo ocupo por vosotros, y por vosotros estoy dispuesto a hacer el sacrificio de mi vida! ¡Ah, si hubiese estado en mi mano obedecer los impulsos de mi corazón y gritar «NO» cuando en torno a mí clamaban todos: «¡Guerra! ¡Guerra!»! ¡Dios es testigo de que me fue imposible

oponerme! ¡Quién la provocó, quién me arrastró, no podría precisarlo hoy! ¡Presiones irresistibles del pueblo…, vuestro propio deseo! ¡Ah, mis pobres soldados! ¡Qué sufrimientos los vuestros! ¡Ahí, en este lugar dormís el sueño eterno, mis queridas víctimas! ¡Si yo hubiese podido decir «NO»! ¡Y me lo pediste tú, bañada en lágrimas, Elisabeth! ¿Por qué no te escuché? ¡Este pensamiento me es intolerable! ¡Mundo miserable! ¡En él no se encuentran más que dolores!…

En este punto estaba mi lectura de su pensamiento cuando se cubrió el rostro con las manos y prorrumpió en sollozos.

Tal fue el Día de los Difuntos, de 1866, en nuestra visita al campo de batalla de Sadowa.

Libro quinto

(Período de paz)

En la ciudad de Berlín reinaba una diáfana alegría. En cualquier dependiente peripuesto, en cada individuo, en cualquier esquina, se reflejaba el orgullo de la victoria. No obstante, encontramos actitudes menos atrevidas y rostros mas decaídos en las familias que tuvimos ocasión de visitar. Los que perdieron a seres queridos en la campaña no conseguían regocijarse. Temía nuestra entrevista con la tía Cornelie, pues, sabiendo que su Gottfried era su ídolo, me era fácil medir la intensidad de su dolor; me bastaba para ello representarme a mi Rudolf de la edad ya de Gottfried, y como él. ¡No!, es algo que no quería imaginarme.

Habíamos anunciado nuestra visita. Al entrar en la casa de la señora Von Tessow el corazón me latía con violencia. El luto envolvía al visitante desde el vestíbulo, donde un criado con librea negra se inclinaba con una muda reverencia al recibir la tarjeta. En el salón estaba apagada la chimenea y los muebles enfundados; los espejos y los cuadros cubiertos con negros crespones aumentaban la tristeza de aquella morada. Desde el salón se entraba directamente al dormitorio de la tía Cornelie. En él permanecía a diario la buena señora, con la única excepción del tiempo necesario para ir todos los domingos a la catedral, y una hora que pasaba diariamente en el gabinete de Gottfried. En esta habitación todo continuaba tal como su hijo lo dejara el día de su marcha. A ella nos condujo la tía, y en el transcurso de nuestra visita nos dio a leer una carta que, momentos antes de emprender la marcha, dejó Gottfried sobre una carpeta:

Madre querida:

Sé, mi adorada, que vendrás aquí después de mi marcha, y quiero que encuentres este folio, que será para ti algo de mí mismo. La despedida personal ya ha pasado. Por eso te alegrará y sorprenderá encontrar una señal mía, unas palabras de alegría y esperanza. ¡Ten confianza! ¡Volveré! El destino no querrá separar dos corazones tan unidos como los nuestros. Presiento que la fortuna me empuja a una campaña gloriosa, en la que ganaré una o dos estrellas y una cruz. Después…, te haré abuela. ¡Te beso la mano, beso la frente serena de la más adorada y querida de las madres! Tu

Gottfried

Cuando llegamos, no encontramos sola a la tía Cornelie, sentado frente a ella

había un señor vestido con una larga chaqueta negra: un pastor protestante, sin duda.

La tía se levantó para salir a nuestro encuentro; también el pastor abandonó su sitio pero fue para retirarse a un extremo de la habitación.

Como es natural, al abrazarnos las dos, prorrumpimos en entrecortados sollozos. Friedrich tampoco pudo contener sus lágrimas al estrechar contra su corazón a aquella madre desolada. Durante algunos minutos no pronunciamos ni una sola palabra. En semejantes momentos, sólo las lágrimas pueden expresar lo que con palabras no es posible decir…

Después de hacernos sentar a su lado, dijo, enjugándose los ojos:

—Mi sobrino, el coronel barón Tilling, y su mujer. El señor Mölster, primer capellán militar y consejero consistorial.

Se produjo un mudo intercambio de inclinaciones de cabeza.

—Mi amigo y consejero espiritual —continuó diciendo la tía—, que se esfuerza en alentarme para soportar mi dolor.

—Pero desgraciadamente no he conseguido aún, mi apreciada amiga, infundirla en la resignación, en la alegría con que un cristiano debe soportar su cruz. Las lágrimas que acabo de ver en sus ojos me lo demuestran.

—¡Perdóneme! La última vez que mi sobrino y su querida esposa estuvieron aquí, estaba conmigo mi Gottfried…

De nuevo las lágrimas le impidieron hablar.

—Su hijo estaba expuesto, en este mundo pecador, a todas las tentaciones y a todos los peligros, mientras que ahora ha vuelto al seno de Dios. Le han abierto las puertas del Cielo después de su muerte gloriosa por el rey y por la patria. Seguramente el señor coronel dirá, como yo, a esta madre afligida, que es digna de envidia por la muerte de su hijo. Usted, señor, debe saber con qué alegre abnegación acepta el soldado la idea de la muerte. La noble resolución de hacer, si es preciso, el sacrificio de su vida en el altar de la patria le endulza la amargura de las despedidas, y cuando cae en la pelea, sabe que es para levantarse de nuevo en las filas del ejército del Señor. A usted, mi coronel, le ha sido dado volver con aquellos a quienes la divina Providencia ha otorgado una justa victoria…

—Perdón, señor consejero espiritual; yo me he batido al servicio de Austria.

—¡Ah! Yo creía… verdaderamente. Valiente y noble es también el ejército austriaco.

Se levantó.

—No quisiera ser importuno —continuó diciendo—. Indudablemente tendrán que tratar ustedes asuntos de familia. Adiós, amiga mía; volveré pasados unos días. Dirija usted, mientras, sus pensamientos hacia aquel cuyas misericordias son infinitas. No olvide que él dispone todas las cosas para el bien de los que le aman; todo, hasta la prueba, el sufrimiento y la muerte. Tengo el honor de saludar a ustedes.

La tía le estrechó la mano.

—Espero volver a verle pronto. Muy pronto, se lo ruego…

Se inclinó ante nosotros y se dirigió hacia la puerta. Friedrich le detuvo:

—Señor consejero consistorial, ¿me permite usted que le dirija una pregunta?

—Hable usted, coronel.

—Creo poder deducir de su conversación que en usted laten por igual los sentimientos militares y los religiosos; si así es, tal vez pudiera usted prestarme un gran servicio…

Yo escuchaba, con gran curiosidad, sin comprender dónde quería ir a parar Friedrich.

—Mi esposa —continuó— vive atormentada por dudas y escrúpulos; pretende que, desde el punto de vista cristiano, la guerra no puede tener justificación. Yo opino, por el contrario, que nada se concilia mejor ni se sostiene recíprocamente con más amor que el sable y el hisopo; pero carezco de la elocuencia suficiente para convencer a mi mujer. ¿Tendría usted la amabilidad de concedernos, mañana o pasado, una hora de conversación para…?

—Con mucho gusto. ¿Quiere usted darme su dirección?

Friedrich le entregó su tarjeta y quedó convenido el día y hora de la visita. Quedamos, pues, solos con nuestra tía.

—¿Las exhortaciones de ese pastor te sirven realmente de consuelo? —le preguntó Friedrich.

—Aquí abajo no puede haber consuelo para mí; pero habla tan admirablemente de cosas que escucho con gusto, de la muerte, de la cruz, del sacrificio, de la abnegación; pinta con tanta elocuencia como un valle de dolores, de lágrimas y de pecados este mundo que ha abandonado mi pobre Gottfried, que llego pensar algunas veces que tal vez haya redundado en beneficio de mi hijo el haber sido prematuramente arrebatado de este mundo. Ahora estará en el Cielo, mientras que aquí abajo…

—Mientras que aquí abajo se desencadenan con lamentable frecuencia las furias del infierno, conforme hemos visto hace poco —interrumpió Friedrich con dolorosa gravedad.

La tía Cornelie le hizo acto seguido numerosas preguntas acerca de las dos últimas campañas en que había tomado parte. Friedrich tuvo que contarle mil detalles y consiguió proporcionar a aquella madre, que tanto había sufrido, el mismo consuelo que en otro tiempo infundió en mi espíritu abatido, después de la guerra de Italia: la preciosa seguridad de que el ser querido que ella lloraba había sido arrebatado por una muerte pronta y sin sufrimientos. Fue preciso también que contara yo mis aventuras en Bohemia y nuestra terrible semana de cólera en Grumitz.

Al salir de casa de la tía, y apenas nos metimos en el coche, pregunté a Friedrich:

—¿Por qué has pedido al pastor que…?

—¿Que nos dé una conferencia? ¿No lo entiendes? Pretendo con ello recopilar materiales para mis estudios. Quiero oír y anotar, además, los argumentos que

invoque el pastor a favor del asesinato internacional. Me he escudado en ti, porque parece que sienta mejor en una mujer que en un *comandante* tener dudas, desde el punto de vista cristiano, sobre la legitimidad de la guerra.

—Pero tú sabes muy bien que nuestras dudas son sólo desde el punto de vista humanitario y no desde el religioso.

—Comprenderás que no era posible presentar así la cuestión al pastor. Existe contradicción manifiesta entre los preceptos del amor cristiano y las leyes del principio militar. Esta contradicción es la que quiero oír explicar a un primer capellán militar, es decir, a un representante del cristianismo militante.

El eclesiástico fue puntual. Dejaba traslucir claramente la satisfacción que le producía la idea de que el discurso que traía preparado debía convertirme. En cuanto a mí, la perspectiva de esta conversación me era en extremo desagradable; aborrecía el falso papel que iba a representar. Me presté a él, sin embargo, en obsequio a la causa que apuntaba Friedrich, y me consolé recordando la máxima conocida: «El fin justifica los medios».

Después del intercambio de saludos, nos sentamos, y el consejero consistorial tomó la palabra.

—Permítame, señora, que aborde enseguida nuestro asunto. Espero que me será difícil desterrar de su alma ciertos escrúpulos que, a pesar de su razón aparente, no son, en el fondo, sino el precepto de Cristo: «Amad a vuestros enemigos», y su afirmación: «El que desenvaine la espada perecerá por la espada», están en contradicción absoluta con el deber del soldado, puesto en la necesidad de herir y de matar…

—Ciertamente, señor consejero consistorial, la contradicción me parece evidente. Uno de los mandamientos del Decálogo es también «No matarás».

—Sí, señora, aparentemente tiene usted razón; pero lleguemos al fondo del tema y todo se esclarecerá. En cuanto al precepto del Decálogo, acaso fuese preferible usar la expresión adoptada en la traducción inglesa de la Biblia: «No asesinarás». Matar, en caso de legítima defensa, no es un asesinato, y la guerra sólo es un caso de legítima defensa. Debemos acatar el mandato del Redentor y amar a nuestros enemigos; pero no se desprende de esto que debamos sufrir la injusticia y la violencia.

—Pero sus razones prueban en todo caso que las guerras defensivas son las únicas legítimas. Si el adversario adopta el mismo principio, ¿cómo comenzaría la lucha? En la última guerra fue el ejército de su país, señor consejero consistorial, el primero en franquear la frontera y…

—Es natural, señora, procurar adelantarse al enemigo; es el más elemental de los derechos. Estamos autorizados a no esperar que el enemigo llegue a atacarnos en nuestra casa. Hay circunstancias en las que un gobierno tiene el deber de oponerse a la injusticia por la fuerza y de evitar la violencia. Se constituye así en el servidor y vengador del Eterno, castigando con la espada al que ha desenvainado la espada

contra él.

—Su argumento debe ocultar algún sofisma —dije yo—, porque no es bueno para los dos bandos contrarios.

Con habilidad volví a llevar la conversación al tema que nos interesaba.

El pastor se enfrascó en una larga y elocuente disertación sobre el espíritu cristiano y el militar. Habló de la consagración religiosa, ligada a la prestación del juramento a la bandera. Nos describió la majestad de esta ceremonia, la entrada de los estandartes en la iglesia, al son de la música militar, (con su escolta de soldados y oficiales, con el sable al hombro). Pintó la emoción del recluta y nos recitó la oración litúrgica de los domingos:

> ¡Señor! Protege al ejército y a todos los fieles servidores del rey y de la patria; enséñales a recordar, como a verdaderos cristianos, su juramento, y bendice sus servicios para gloria y bien de su patria.

Cuando nuestro guerrero capellán se despidió de nosotros, lo hizo con la íntima convicción de haberme convencido de las excelencias de la guerra y de su legitimidad ante el cristianismo. Se fue visiblemente satisfecho de haber cumplido con su elocuencia uno de los deberes de su ministerio…

Un telegrama urgente nos obligó a salir precipitadamente de Berlín: mi tía Marie, gravemente enferma, deseaba vernos por última vez.

Los médicos declararon que su estado era desesperado.

—Me ha llegado la vez —nos dijo la enferma—; me voy sin gran sentimiento. Desde que murió mi pobre hermano con sus tres hijos, la vida tiene pocos atractivos para mí. Voy a reunirme con ellos allá arriba. Konrad y Lilli están ya unidos. Me voy con el grato convencimiento de que te dejo feliz, mi querida Martha. Tu marido ha vuelto sano y salvo de dos campañas. El cólera os ha respetado; seguramente estáis destinados gozar juntos de una vejez feliz. Procura educar a tu hijo para que sea un buen cristiano y un buen soldado.

No respondí nada, resuelta como estaba a no hacer jamás de mi hijo un militar.

—Rogaré desde el Cielo por vosotros, para que viváis mucho tiempo y seáis felices…

Tres días después, tranquila y resignada, fortalecida con los sacramentos de la Iglesia, que pidió y recibió devotamente, voló al Cielo mi tía Marie. Todos los míos, los que me rodearon en mi niñez, habían abandonado este mundo.

Legaba mi tía, en su testamento, toda su fortuna a mi hijo Rudolf, y nombraba tutor de éste al ministro «Evidentemente».

Esta circunstancia me puso con frecuencia en relación con este viejo amigo de mi padre, casi la única persona con quien habíamos conservado una buena amistad.

Por aquel entonces había presentado, o le habían hecho presentar, la dimisión,

cosa que no he podido poner en claro jamás, pero le gustaba, como siempre, mezclarse en política. Sus conversaciones iban siempre a parar a su tema favorito, y le escuchábamos de buen grado. El señor «Evidentemente» comía con nosotros dos veces por semana. De sobremesa, el exministro y Friedrich se engolfaban en una conversación política, que mi marido procuraba mantener dentro del campo del interés y la conveniencia pública, evitando que degenerase en una polémica vulgar. No siempre podía seguir a Friedrich el señor «Evidentemente». En su calidad de diplomático y burócrata incorregible, no conocía más que la política práctica, es decir, lo que no sobrepasa los más restringidos intereses privados, e ignoraba todas las cuestiones teóricas de la ciencia social.

Con un bordado en la mano, escuchaba yo sus conversaciones sin tomar parte en ellas. Nuestro amigo estaba plenamente convencido de que yo pensaba en otra cosa, cuando, por el contrario, les oía con mucha atención, porque deseaba consignar en mi diario algunas notas sobre sus opiniones.

—He de comunicar a usted, Tilling, una noticia interesante —dijo una noche el exministro, con aire de triunfo—. En el Ministerio de la Guerra se habla de implantar en nuestra nación el servicio militar obligatorio.

—¡Cómo! ¿Serán capaces de adoptar ese sistema, tan ridiculizado antes de la guerra? ¡Un ejército formado por tenderos aprendices de sastre!

—*Evidentemente* teníamos ciertas prevenciones contra esa organización militar, cuyas ventajas nos han demostrado los prusianos. Examinando el sistema desde el punto de vista moral, social y democrático, que tanto interesa a usted, ¿no es justo que cualquier hijo de la patria, sin distinción de nacimiento, de fortuna o de educación, cumpla el mismo deber patriótico? Militarmente considerado, es muy cierto que sin su *Landwehr,* Prusia no hubiera alcanzado jamás los triunfos de que se enorgullece hoy, y que, si nosotros hubiésemos tenido una *Landwehr*, nunca hubiéramos sido vencidos.

—¿Eso cree usted? Cuando en todas partes introduzcan el servicio obligatorio, ya no habrá ventajas para nadie. Habrá más figuras sobre el tablero, pero el éxito dependerá siempre de la fortuna y destreza de los jugadores. Suponiendo que todas las potencias europeas adoptasen el mismo régimen, la relación entre las fuerzas respectivas no habrá variado; el único resultado positivo que se conseguirá con este sistema será sacrificar algunos millones de hombres, en vez de algunos cientos de miles.

—¿Le parece a usted justo que sólo una parte de la población total se sacrifique para defender los bienes de los demás? Con la nueva ley desaparecerá un estado de cosas *evidentemente* injusto: no habrá ya sustitutos, y todo el mundo irá al servicio. Precisamente los más instruidos, los hombres de estudio, pueden aportar al ejército el máximo de elementos inteligentes, muy útiles para alcanzar la victoria.

—Esos elementos de que usted habla son los mismos en todos los ejércitos, son los suboficiales instruidos; por consiguiente, para nadie resultaría superioridad. Al

contrario, el exceso de militarismo traerá consigo un descenso considerable del nivel intelectual. Transformará en carne de cañón a los sabios y a los artistas que hubieran contribuido al desarrollo y a la prosperidad general de su país.

—Ni las obras artísticas ni la investigación de cráneos aportaron jamás un adarme de peso a la potencia de un Estado.

—¡Hum!

—¿Cómo?

—¡Nada, nada! Continúe usted, se lo suplico.

—… opino que siempre quedara bastante tiempo para esas cosas. Además, no se pide a los ciudadanos que sirvan toda su vida. Algunos años de sana y buena disciplina no pueden menos de hacer mucho bien a los jóvenes. Y, finalmente, puesto que hay necesidad de pagar esa deuda de sangre, bueno es que sea repartida entre todos.

—Si esta repartición disminuyese la parte de cada uno, sería una cosa admirable; pero la deuda de sangre no quedará repartida, sino aumentada. Tengo la esperanza de que este proyecto no se vea realizado. No es fácil prever adónde nos llevaría. Cada potencia trataría, naturalmente, de sobrepujar a su vecina. Pronto no habría ya ejércitos, sino naciones en armas; se aumentarían sin cesar los efectivos, la duración del servicio y, como consecuencia, los gastos de armamento, que se sufragarían con nuevos impuestos, que agobiarían al país. Sin necesidad de llegar a las manos, la paz armada arruinaría a las naciones…

¡Año Nuevo de 1867!

Friedrich y yo celebramos solos el Fin de Año.

Cuando sonó la última campanada de las doce, le pregunté con un suspiro:

—¿Te acuerdas del brindis que pronunció mi pobre padre el año pasado a estas horas? No me atrevo a formular en este momento ningún deseo; tal vez el futuro nos tenga aún reservadas desgracias terribles e inesperadas…

—Entonces, en vez de intentar sondear el futuro, Martha, aprovechemos este fin de año para recordar los dolorosos acontecimientos que has soportado, mi pobre y valiente esposa. ¡Te has visto privada de muchos de los tuyos!… ¡Y has pasado días de horror en los campos de batalla de Bohemia!

—No lamento haber sido testigo de esos horrores: así puedo participar mejor en tus propósitos con todas las fuerzas de mi alma.

—Educaremos a tu…, a nuestro Rudolf en sentimientos que puedan hacer de él el continuador de nuestra obra. Tal vez alcanzará el fin que nosotros nos proponemos. ¿Oyes el ruido de la calle? ¡Con qué alegría aclaman al Año Nuevo! ¡Y pensar que el que acaba de terminar fue saludado con la misma alegría! ¡Oh! ¡Qué poca memoria tienen los hombres!

—No seamos demasiado severos con esa falta d memoria, Friedrich. Hasta a mí misma me parece que mi sufrimiento pasado pierde intensidad y que su recuerdo irá

borrándose. Lo que en la actualidad experimento es la dicha de verte a mi lado, es la alegría de poseerte, ¡mi bien amado! Creo también…, aunque no queremos hablar del futuro… Creo que tenemos un hermoso futuro ante nosotros… Estamos unidos, nos queremos, somos ricos. ¡Cuántos bellos goces puede ofrecernos aún la vida! Viajaremos y conoceremos el mundo; el mundo es tan hermoso… Hermoso mientras reine la paz, y ahora puede durar muchos años… Y aunque estallara otra guerra, no te verías implicado… Tampoco amenazará a Rudolf, puesto que jamás será soldado.

—Pero ¿y si implantan el servicio militar obligatorio, como cree el ministro «Evidentemente»?

—Eso es imposible. Como te decía, viajaremos y haremos de Rudolf un hombre modelo, proseguiremos nuestra propaganda pacifista, y, mientras, ¡nos amaremos!

—¡Oh, querida mía!

Me estrechó y me besó en la boca. Era la primera vez tras todo aquel tiempo de separación, de horror y de tristezas, que el amor iba mezclado con la pasión. Sus caricias me infundían en las venas un dulce calor. Todo quedó olvidado (la guerra, el cólera, el Día de los Difuntos…) en aquella venturosa noche de San Silvestre, y… el primero de octubre de 1867 nació nuestra hijita, a la que bautizamos con el nombre de Sylvia.

El carnaval de aquel año trajo de nuevo bailes y distracciones de todo tipo. Naturalmente, no para nosotros. Mi luto me mantuvo alejada de todas aquellas cosas. Me asombró que reapareciese tan pronto la vida mundana. Debía haber en cada familia algún ser querido que había desaparecido para siempre. Pero esto no parecía motivo suficiente para abstenerse de bailar. Algunos salones permanecieron cerrados, especialmente entre la aristocracia, pero a la juventud no le faltó ocasiones de asistir a bailes, y naturalmente los bailarines más disputados eran aquellos que habían vuelto del frente italiano y bohemio, y los más celebrados, los oficiales de Marina, los del combate de Lissa. Después de la guerra de Schleswig-Holstein, el sexo femenino había perdido la cabeza por el general Gablenz. Todas las mujeres estaban locas por el joven almirante Tegethoff; Custozza y Lissa, los dos triunfos, se mezclaban constantemente en las conversaciones, que versaban sobre las últimas guerras. No se hablaba más que del fusil de aguja y de la *Landwehr*, arma e institución que era necesario apresurarse a adoptar y que nos daría la victoria en el futuro. ¡La victoria! ¿Cuándo y contra quién? Nadie era más explícito, pero la idea del desquite inherente a toda campaña perdida flotaba en todos los discursos políticos. Tal vez llegaría nuestra venganza sin que nosotros tuviéramos necesidad de pelear nuevamente con los prusianos. Francia miraba de soslayo a nuestros vencedores, y, en tal caso, nuestro desquite sería seguro. El futuro acontecimiento había sido bautizado en los círculos diplomáticos con el nombre de *La revanche de Sadowa*, así nos lo había comunicado triunfante el ministro «Evidentemente».

A principios de aquella primavera apareció de nuevo en el horizonte un «punto negro», lo que se llama «una cuestión». El anuncio de los preparativos de guerra por

parte de Francia mantenía a los diplomáticos en la agradable perspectiva de una guerra inminente. Esta vez se trataba de Luxemburgo.

¿Luxemburgo? ¿Qué importancia mundial podía tener este ducado? Quise, como en el caso de Schleswig-Holstein, profundizar en la cuestión. Sólo conocía aquel nombre por *Muchachos despreocupados* de Suppé, donde se habla de un conde de Luxemburgo que derrocha toda su fortuna[109].

El resultado de mis investigaciones fue el siguiente:

Según los tratados de 1814 y de 1816 (¡Ah, aquí tenemos los tratados! —de ellos se derivan las disputas entre los pueblos—, una institución muy fina, esos tratados), Luxemburgo pertenecía al rey de los Países Bajos, y formaba también parte de la Confederación Germánica. Prusia tenía el derecho de mantener una guarnición en la capital; pero Prusia se había separado en junio de 1866 de la antigua Confederación, y, por tanto, cabía la duda de si ésta debía mantener tal derecho. La paz de Praga había establecido en Alemania un nuevo sistema que parecía dar por terminadas las relaciones de Luxemburgo con Prusia. ¿Por qué, pues, los prusianos querían mantener su derecho de guarnición? Era, *evidentemente*, un asunto bastante complicado, y el medio más sencillo de desembrollarlo era, *evidentemente*, hacer matar algunos cientos de miles de hombres; esto es algo en lo que está de acuerdo cualquier político «perspicaz». El pueblo holandés nunca tuvo mucho apego a la posesión de este ducado; tampoco lo tenía el rey Guillermo III, que lo habría cedido con gusto a Francia mediante una buena suma que debía entrar en su caja particular. Se entablaron, pues, negociaciones secretas entre el rey de los Países Bajos y el gabinete francés. Exactamente los secretos son la esencia de toda diplomacia. Los pueblos no deben saber nada sobre las disputas; cuando se llega a una decisión, entonces tienen el derecho a desangrarse por ella. El porqué y para qué se pelean, ésta es una cuestión sin importancia.

Hasta fin de marzo no dio su respuesta oficial el rey Guillermo. El mismo día que se telegrafiaba a París su aceptación, el embajador prusiano se enteraba de todo en La Haya. Vinieron enseguida las negociaciones con Prusia; ésta invocó las garantías de los tratados de 1859 que servían de fundamento al reino de Holanda. En Prusia, la opinión pública —¿quién es la opinión pública? Probablemente quienes escriben los editoriales en la prensa— se indignó contra esta dislocación de la antigua provincia alemana. El primero de abril, en el *Reichstag* de Alemania del Norte se pronunciaron violentas interpelaciones. Bismarck, ciertamente, no se inmutó por la cuestión de Luxemburgo, pero aprovechó la ocasión para movilizarse contra Francia, lo que, como es natural, provocó por parte de ésta represalias de armamento. ¡Bien conozco esta canción! Temí que estallase en Europa una nueva conflagración. No faltaba gente que la atizase: en París, Cassagnac y Emilie Girardin[110], y en Berlín, Menzel[111] y Heinrich Leo[112]. ¿Tienen estos provocadores la remota noción de la dimensión de su irresponsabilidad? Me cuesta trabajo creerlo. Por entonces —no lo he sabido hasta muchos años después—, el profesor Simson[113] se expresaba en estos términos ante

el príncipe heredero Friedrich de Prusia:

—Si Francia y Holanda han llegado ya a un acuerdo, la guerra es inevitable.

El príncipe alterado y desconcertado respondió:

—No conoce usted lo que es la guerra… Si la hubiese visto, no pronunciaría estas palabras con tanta tranquilidad… Yo sí que la he visto, y puedo decirle que el mayor de los deberes es intentar todo para evitarla.

Y por esta vez se evitó. El 11 de mayo se celebró en Londres una conferencia cuyo feliz resultado fue el mantenimiento de la paz. Luxemburgo fue declarado neutral y Prusia retiró de él sus tropas. ¡Los amigos de la paz respiraron! Pero había suficientes personas contrariadas por esta resolución. No el emperador de los franceses, éste deseaba la paz. Pero no así el *partido de la guerra* francés. En Alemania se elevaron varias voces para vituperar a Prusia por este «Sacrificio de un bastión», «Condescendencia muy parecida al miedo», y otras por el estilo. También los individuos que por esta sentencia se vieron privados de alguna posesión mostraban tal sumisión —¿Sería mejor no doblegarse ante ningún tribunal y liarse a puñetazos?—. El éxito afortunado que en esta ocasión obtuvo la conferencia de Londres podría conseguirse siempre que surgen conflictos. Si los hombres de Estado pusiesen en ello toda su voluntad y realizaran lo que el príncipe Federico[114] —Friedrich el Noble— llama «el más grande de los deberes».

En mayo nos fuimos a París para visitar la Exposición[115].

No conocía la capital del mundo y quedé deslumbrada por su esplendor y por su vida. El Imperio estaba en todo su apogeo; varias cabezas coronadas de Europa se encontraban allí. París brillaba entonces con todo su esplendor, alegría y por una paz que se creía asegurada. Me parecía no la capital de un país, sino la capital de la internacionalidad; esta ciudad que tres años más tarde fue bombardeada por sus vecinos del Este. Todos los pueblos de la tierra se habían dado cita en el palacio del Campo de Marte para tomar parte o admirar aquella noble rivalidad; una rivalidad que se esfuerza siempre en crear y jamás en destruir. Riquezas, obras de arte, maravillas de la industria, que ante su contemplación todo visitante se sentía orgulloso de pertenecer a una época de tanto progreso y evolución cultural. Al mismo tiempo que se sentía orgullo de poder respirar los anhelos de no ver jamás interrumpida la paz; porque una guerra hubiese detenido o comprometido aquel magnífico desarrollo de la civilización. Aquellos reyes, aquellos príncipes y diplomáticos, recibidos con tanta magnificencia por el emperador y la emperatriz, no podían pensar jamás en cambiar cañonazos con sus huéspedes o entre sí… Yo respiraba aliviada. Consideraba aquella fiesta espléndida como testimonio de una era de paz. Como mucho contra una incursión de mongoles, o algo parecido, podrían levantar aquellas civilizadas personas las espadas, ¿pero entre ellos? Vi confirmada esta esperanza con la noticia de un proyecto de *desarme general* propuesto por el emperador. Era, en efecto, una idea de Napoleón III, que había oído por boca de sus

parientes y más allegados. Éste no esperaba más que la ocasión favorable para proponer a las potencias europeas la reducción a un mínimo de sus efectivos militares. Si se hubiese llevado a la práctica este proyecto razonable, habría supuesto la realización del pensamiento de Kant, formulado en el párrafo tercero de los «Artículos preliminares para la Paz perpetua»:

> Con el tiempo, los ejércitos permanentes (*miles perpetuus*) desaparecerán. Son para los Estados una amenaza constante de guerra, pues los fuerzan a aparecer siempre dispuestos a la pelea; obligan a las naciones a excederse las unas a las otras en sus armamentos, en forma tal que pronto no tendrán ya límites. El solo hecho de esta paz armada, más ruinosa que una guerra corta, arrastrará a los gobernantes a lanzarse a guerras ofensivas, porque así esperarán poder desembarazarse de esas cargas intolerables.

¿Qué gobierno podría, sin desenmascarar sus intenciones belicosas, rechazar la proposición que meditaba el francés? ¿Qué pueblo no se rebelaría contra tal negativa? Este proyecto era de éxito seguro.

Friedrich no participaba de mis optimismos.

—Dudo mucho —decía— que Napoleón llegue a hacer esa propuesta. La presión del partido de la guerra se lo impedirá. Por lo general, a los que regentan un trono la gente que los rodea los previene de esos grandes esfuerzos de voluntad individual, que los librarían de la rutina gubernamental. Y, segundo, no se puede ordenar así, sencillamente, a un organismo de gran vitalidad que deje de existir; los fuertes no se dejan anonadar sin oponer una defensa.

—¿A qué organismo te refieres?

—Al ejército. Él mismo es un organismo que posee un robusto principio de vitalidad y una fuerza expansiva irresistible. La adopción del nuevo sistema de servicio obligatorio será tal vez un poderoso vivificante; creo que el ejército está llamado a adquirir un enorme desarrollo.

—¿Y quieres combatirlo a pesar de ello?

—Sí; pero no plantándome ante él para decirle: ¡Muere, monstruo! Por ahora no puedo pensar en consagrarme más que a la propaganda del nuevo concepto de la vida social y de las relaciones internacionales. Estos nuevos principios irán paulatinamente fortificándose y acabarán por triunfar frente a las concepciones antiguas. Si te hablo así, empleando metáforas de las ciencias naturales, es culpa tuya, Martha. Tú me indujiste a estudiar las obras de los naturalistas modernos, y en ellas he aprendido que, para formarse una idea de los fenómenos de la vida social, tanto en sus orígenes como en sus desarrollos, es preciso concebirlos como fenómenos sometidos a leyes inmutables. Precisamente esto es lo que los políticos y los que ocupan altos puestos dignatarios no sospechan siquiera, y mucho menos que ellos los militares. Hace algunos años tampoco yo lo sabía.

Nos hospedábamos en el Gran Hotel en el bulevar de los Capuchinos. El hotel estaba en su mayoría frecuentado por ingleses y americanos. No encontramos en él muchos compatriotas: el austriaco es poco aficionado a viajar. Tampoco intentamos nosotros entablar muchas relaciones; yo estaba aún de luto y no sentía ningún deseo de entablar relaciones sociales. A Rudolf, como es natural, le teníamos con nosotros; contaba entonces ocho años y era un hombrecito muy desarrollado para su edad. Le habíamos puesto como preceptor a un joven inglés, que actuaba en parte como tutor, en parte como niñera. Durante nuestras largas visitas al palacio de la Exposición, así como en nuestras numerosas excursiones por los alrededores de París, no podíamos llevar siempre con nosotros a Rudi; además, estaba ya en edad de comenzar sus estudios.

Nuevo, nuevo, nuevo era para mí todo lo que este mundo aquí me ofrecía. Todas aquellas personas venidas de los cuatro puntos cardinales, de todas partes, los más ricos y refinados; aquellas fiestas, aquella pompa, aquel gentío… todo me aturdía. A pesar del placer que me causaban esas impresiones extrañas y fuertes, pronto sentí el deseo de reanudar mi vida calmada y tranquila con Friedrich y mi hijo…, mejor dicho, mis hijos, pues de nuevo iba a experimentar las alegrías de la maternidad. Es extraño, pero tengo la prueba en las páginas de mis cuadernos rojos, cómo en medio de aquellas nuevas experiencias y hechos, de aquellos divertimentos, volvía a resurgir el anhelo hacia la soledad y la tranquilidad.

No frecuentábamos por entonces la sociedad. Nos limitábamos a visitar a nuestro embajador, el príncipe de Metternich, al que expusimos nuestro deseo de no ser presentados en la corte ni en los salones a causa de nuestro luto. Por el contrario, procurábamos conocer a algunas personalidades notables en política o en literatura; en parte, por interés personal y, en parte, por la causa a que se había consagrado Friedrich. Éste, a pesar de que no tenía la esperanza de alcanzar resultados inmediatos y positivos, no perdía de vista sus buenos propósitos. Con este fin entabló relaciones con varias personas influyentes, con las que esperaba contar en el futuro. En esta época concebimos la idea de un librito que titulamos *Protocolo de la Paz*, en el cual consignábamos todo lo que se refería a nuestro objeto: artículos, noticias, proyectos, etc. En nuestro *Protocolo* estaba trazada la historia del desarrollo de la idea de paz. Constaba también de todo cuanto se ha escrito acerca de la guerra y la paz por parte de escritores, filósofos, poetas y juristas. Con estos materiales redactamos rápidamente un volumen; he continuado la obra hasta hoy e incluye varios volúmenes. Si se pretendiera establecer una comparación entre esos pobres y modestos cuadernillos y la cantidad infinita de las obras consagradas a la estrategia, a la historia y glorificación de la guerra, a la táctica y a la instrucción de reclutas, a la balística, a las crónicas de batallas, a los cantos guerreros, ¡qué humillante y desconsolador sería el resultado para los primeros! No olvidemos, sin embargo, que una sola semilla contiene en sí el germen de toda una selva, que ahogará un día la enorme cantidad de malas hierbas que infestan el suelo. La idea es en el orden

intelectual lo que es la semilla en el mundo vegetal. Así, pues, puedo estar tranquila sobre su porvenir y no debo desanimarme porque la historia de su desarrollo quepa toda entera en un volumen pequeño.

Quisiera introducir aquí algunos extractos de nuestro *Protocolo de la Paz* del año 1867. En la primera página aparece una comprimida panorámica histórica:

Cuatrocientos años antes de Jesucristo, Aristófanes escribía una comedia titulada *La paz*, en la cual aparecía ya el principio humanitario.

La filosofía griega, transplantada más tarde a Roma, acusa una marcada tendencia hacia la unidad humana, desde Sócrates, que se llama a sí mismo «ciudadano del mundo», hasta Terencio, a quien «nada de lo que es humano le es indiferente», y Cicerón, para quien «el amor a la humanidad» es la más alta expresión de la perfección moral.

En el siglo primero de nuestra era, Virgilio, en su famosa égloga, predice al mundo una paz universal, bajo la forma mitológica del retorno de la edad de oro.

En la Edad Media, los papas se esfuerzan algunas veces, aunque inútilmente, en interponerse entre los soberanos como mediadores.

Georg Podiebrad, rey de Bohemia, proyecta, en el siglo XV, constituir una Liga de la Paz, con el fin de poner término a la lucha entre los emperadores y los papas. En tal sentido hace proposiciones a Luis XI, rey de Francia, quien las rechaza desde luego. A finales del siglo XVI, el rey de Francia, Enrique IV, traza el plan de una confederación de los Estados europeos. Cuando logró librar a su reino de las guerras de religión, se esforzó en robustecer el reinado de la paz y de la tolerancia. Su ardiente deseo era ver unidos en una confederación a los dieciséis Estados de Europa (Turquía y Rusia dependían entonces de Asia); cada uno de estos Estados tendría derecho a enviar representantes a una Dieta europea, y esta Dieta, formada por treinta y dos representantes, hubiera tenido por misión mantener la paz religiosa y prevenir todo conflicto internacional. Si todos los Estados hubiesen querido aceptar el compromiso de someterse a las decisiones de este tribunal, quedarían descartados definitivamente todos los motivos de guerra. El rey comunicó este proyecto a su ministro Sully, quien lo aprobó en todas sus partes, y entabló, acto seguido, negociaciones con los demás Estados. Isabel de Inglaterra, el Papa, Holanda y algunos países se adhirieron a esta proposición. Únicamente la casa de Austria se opuso a ello, negándose a aceptar ciertas concesiones territoriales que se le pedían. Para vencer esta resistencia era necesaria una campaña; Francia debía proporcionar el contingente mayor de tropas y renunciar previamente a toda extensión de territorio. El único fin de la campaña y la única condición de paz impuesta a Austria hubiese sido su entrada en la Confederación Europea[116].

Cuando, terminados ya los preparativos de esta guerra, se disponía Enrique IV a ponerse al frente de sus tropas, cayó, el 13 de mayo, bajo el puñal de Ravaillac[117].

Nadie ha vuelto a adoptar este proyecto tan glorioso, cuya realización hubiese

asegurado la felicidad de los pueblos; pero los pensadores de todos los países han recogido la idea de Enrique IV.

En el año 1647 se fundó la secta de los cuáqueros, en cuyos principios está condenar la guerra. En el mismo año publicó Willian Penn[118] su obra sobre la futura paz en Europa, en la que apoya el proyecto de Enrique IV.

A principios del siglo XVIII apareció el famoso libro del abad de San Pedro, *La paz perpetua*[119]. Un landgrave de Hesse desarrolla la misma idea, a la cual añade Leibniz un favorable comentario.

Voltaire exclama: «Toda guerra europea es una guerra civil». En la memorable sesión del 25 de agosto de 1790, Mirabeau[120] pronunció las palabras siguientes: «No está lejano el momento en el que la libertad, esa soberana innegable, realizará el deseo de los filósofos libertando a la humanidad del crimen de la guerra y estableciendo la paz universal. El solo objeto de los legisladores, así como la única gloria de las naciones, será entonces lograr la felicidad de los pueblos».

En 1795, uno de los más grandes pensadores de todos los tiempos, Immanuel Kant, escribió su tratado sobre *La Paz perpetua*. El publicista inglés Bentham se sumó, con entusiasmo, al número siempre creciente de los defensores de la paz: Fourier, Saint-Simon y otros[121]. Béranger[122] escribe su poema, *La Sainte Alliance des peuples*; y Lamartine[123] *La Marseillaise de la Paix*. En Génova, el conde Cellon fundó el Club de la Paz y entabló una correspondencia de propaganda con todos los gobiernos de Europa.

El sabio Elihu Burrit[124], del Estado de Massachusetts, en América, vino a Europa, donde esparció, por millares, los ejemplares de sus «hojas de olivo» y de sus «chispas del yunque». Presidió en 1849 la Conferencia Inglesa de los Amigos de la Paz. En el Congreso de París, que puso fin a la guerra de Crimea, la idea de la paz tuvo entrada en los acuerdos diplomáticos, exteriorizándose en una cláusula, añadida al tratado, que disponía que, para los conflictos que pudieran ocurrir, se comprometían las potencias a recurrir primero a una mediación. Era el reconocimiento del principio del arbitraje. Desgraciadamente, no se ha tenido en cuenta después.

El Gobierno francés, en 1863, propuso la celebración de un congreso para tratar los preliminares de un desarme general y los medios de evitar la guerra en el futuro; pero los Gabinetes se hicieron los sordos.

De nuevo se acercaron horas de profundo dolor.

Pero esta vez era diferente a aquella ocasión en que Friedrich tuvo que dejarme para ir a batirse por los Augustenburg. Esta vez estaba a mi lado, dulcificando con su presencia los sufrimientos de su mujer. Tan dichosa me hacía verle junto a mí, tan tranquila me sentía, que llegué a olvidar casi los dolores físicos.

¡Una hija! ¡Era la satisfacción de todos nuestros deseos! Fue la culminación de un

deseo silencioso. A las alegrías que ya teníamos con nuestro hijo, el pequeño Rudolf, se unía ahora la de convertirnos en padres de una hija. Nuestra pequeña Sylvia era un parangón de belleza y gracia.

No trataré de describir ni nuestra alegría ni los juegos verdaderamente infantiles a que nos entregábamos inclinados sobre la cuna; los padres que, enamorados, hayan vivido estos momentos son los únicos que pueden comprender este retorno a la niñez.

¡Qué egoísta es la felicidad! Tuvimos una época de tanta alegría que nos olvidamos de todo cuanto ocurría en el mundo exterior. Los recuerdos de la terrible semana de cólera vagaban por mi memoria como una forma borrosa de pesadilla que se desvanece. Y también el entusiasmo de Friedrich por combatir a favor de la paz se entibiaba un poco. Es cierto que crecía su desaliento al ver que en cuantas puertas llamaba en nombre de esta obra era recibido con una sonrisa de lástima, un encogimiento de hombros o un llamamiento discreto a la razón. Parece que el mundo no sólo quiere ser engañado, sino también engañarse a sí mismo. Allí donde uno quiere hacer una propuesta para erradicar la miseria y las calamidades, es tildado de «utopía, sueño infantil» y tu voz no quiere ser escuchada.

No obstante, Friedrich no perdía de vista sus metas. Continuaba sus estudios de Derecho internacional y sostenía activa correspondencia con Bluntschli[125] y otros sabios de la misma rama. Al mismo tiempo, proseguíamos juntos en el estudio de las Ciencias naturales. Mi marido había concebido el plan de escribir una gran obra sobre la guerra y la paz; pero quería, antes de comenzarla, prepararse para ello con concienzudas y variadas investigaciones.

—Soy ciertamente un viejo coronel y los hombres de mi edad y rango —solía decir— creerían rebajarse si volvieran de nuevo al estudio… Por regla general, se considera uno suficientemente instruido en las materias que le valieron premios y diplomas en su juventud, y al llegar a cierta edad se da ya por completamente satisfecho con el rango y situación a que ha llegado. Lo mismo opinaba yo hace algunos años; pero desde que he vislumbrado las asombrosas conquistas del espíritu moderno, la conciencia de mi ignorancia me ha anonadado… En mi niñez se enseñaba lo contrario de lo que en estos últimos treinta años ha descubierto el ingenio humano en todas las ramas del saber. Necesito, pues, a pesar de las hebras de plata que rodean mi cabeza, aprenderlo todo de nuevo.

El invierno, tras el nacimiento de Sylvia, lo pasamos en absoluta tranquilidad en Viena. En primavera viajamos a Italia. Viajar y conocer mundo formaba parte de nuestro nuevo programa de vida. Éramos ricos y libres y nada nos impedía llevar a cabo nuestros propósitos. Los niños pequeños son ciertamente un poco molestos cuando se va de viaje, pero cuando se dispone del personal suficiente: niñeras y cuidadoras, se puede hacer. Volví a tomar a mi servicio a una vieja criada que había sido niñera mía y de mis hermanas. Ahora era viuda. Anna, que así se llamaba, era persona de mi absoluta confianza, y podía, con total confianza, dejarle a la niña en sus manos cuando nos ausentábamos por algunos días de nuestro cuartel general.

También Rudolf, cuando no nos acompañaba, quedaba en muy buenas manos confiado a su preceptor, Mr. Foster. Aunque a menudo nos llevábamos con nosotros al pequeño hombrecito de ocho años.

¡Qué época tan feliz! Durante ella descuidé por completo la redacción de mis cuadernos rojos. Justamente habría tantas alegrías, hechos interesantes, bonitas vivencias que debería haber registrado, y tantos particulares que mi memoria ha olvidado, que hoy sólo de una manera general puedo evocar los recuerdos de aquellos años.

En el *Protocolo de la Paz* encuentro la oportunidad de hacer una entrada satisfactoria. Se trataba de un artículo de prensa, firmado por B. Desmoulins[126] en el que se habla de la propuesta del gobierno francés de colocarse a la cabeza de las naciones europeas, para dar ejemplo en el tema «desarme».

> De esta manera Francia se asegurará la alianza y la amistad honorable de todos los estados y además éstos cesarían de temer a Francia y desearían su simpatía. De este modo, el desarme general se produciría espontáneamente, el principio de conquista desaparecía para siempre, y la confederación de estados establecería de forma natural un tribunal de derecho internacional que estaría en disposición de arbitrar todo tipo de disputas que una guerra nunca hubiera podido decidir. Mientras se actuase así, Francia tendría de su parte el único poder real y duradero; es decir, el derecho; y se abriría para la humanidad y para la gloria de los hombres una nueva era (*Opinion Nationale*, 25 de julio 1868).

Ni que decir tiene que este artículo pasó inadvertido.

Volvimos a París durante el invierno de 1868 a 1869. Esta vez, deseando estudiar un nuevo aspecto de la capital, nos lanzamos al torbellino del gran mundo.

Fue una época de agitación algo fatigosa, pero durante algún tiempo no careció de encantos. Establecimos nuestro hogar en una casita amueblada en el barrio de los Campos Elíseos, donde también acogíamos a nuestros numerosos conocidos, que nos invitaban diariamente a todo tipo de fiestas. Presentados en la Corte de las Tullerías por nuestro embajador, fuimos admitidos a los lunes de la emperatriz. Se nos abrieron los salones de varias embajadas, así como también los de la princesa Mathilde, los de la duquesa de Mouchy, los de la reina Isabel de España y algunos más. Nos relacionamos también con muchas personalidades literarias, aunque, desgraciadamente, no con las más sobresalientes: Victor Hugo vivía en el exilo. Con frecuencia nos encontrábamos con Renan, Dumas —padre e hijo—, Octave Feuillet, George Sand, Arsène Houssaye[127] y algunos otros. Una noche asistimos a un baile de máscaras que se celebró en la casa de este último. En las fiestas venecianas que daba el autor de *Grandes Dames* en su espléndida casa de la avenida de Friedland no era raro que encopetadas señoras, bajo la protección de la máscara, fuesen a alternar con actrices de renombre y mujeres de dudosa conducta, orgullosas de poder mostrar

en aquel ambiente selecto su ingenio y sus brillantes.

Íbamos con mucha frecuencia al teatro. Por lo menos tres veces por semana a la Ópera Italiana, donde Adelina Patti[128] —la prometida entonces del marqués de Caux— arrebataba de entusiasmo al público; otras, al Thèâtre Français, o bien a cualquier teatro pequeño de bulevar, para ver a Hortense Schneider encarnando a la gran duquesa de Gerolstein, o admirar a cualquier otra celebridad de opereta o vodevil.

Aunque parezca extraño, lo cierto es que cuando uno se ha lanzado a este torbellino de distracciones y de esplendor concede una terrible importancia a ese pequeño «gran mundo» y sufre sus leyes tiránicas de la elegancia y el «chic» (entonces aún se llamaba «chic») como si fuesen imperiosas obligaciones. Ir al teatro a un palco que no fuese proscenio, o al *Bois* con un coche que no fuese irreprochable; ir a un baile de la corte con un traje que costase menos de dos mil francos y que no saliese de los talleres de Worth[129]; sentarse a la mesa (*Madame la baronne est servie*[130]…), aun cuando no se tuvieran invitados, sin haber sido solemnemente avisado por el *maître d'hôtel*, y dejarse servir los más delicados y los más nobles vinos por algunos lacayos, todo esto constituyen faltas imperdonables…

¡Con qué facilidad! ¡Con qué facilidad se deja uno llevar por el engranaje de una existencia semejante!, uno se absorbe en ella hasta el punto de consagrar todos sus pensamientos y sentimientos a banales ocupaciones, con evidente perjuicio del estudio de la vida real, que deja de interesar; quiero decir el universo y una parte del mundo propio: me refiero a la felicidad hogareña. A tal extremo hubiera llegado tal vez si Friedrich no me hubiese detenido. No era él hombre que se dejara arrastrar por el torbellino de la *haute vie* parisina[131]. El mundo en que vivíamos no logró borrar de su mente el universo ni nuestro hogar. Todos los días consagrábamos un par de horas por las mañanas a la lectura y a la vida familiar, gracias a ello pudimos realizar una gran obra de arte: saborear la felicidad junto a la fuente del placer.

Por el mero hecho de ser austriacos nos testimoniaban verdadera simpatía en París. En las conversaciones políticas se aludía con frecuencia a una *Revanche de Sadowa*. Porque mi marido había sido militar y hecho la campaña de Bohemia, no creían que nos eran agradables y corteses si no nos hablaban del famoso «desquite». Lo consideraban inminente, preparado por combinaciones político-diplomáticas y necesario para el mantenimiento del equilibrio europeo. La paliza que se les preparaba a los prusianos sería una lección pedagógica para los pueblos. El asunto no sería trágico…, no se trataba más que de bajar un poco los humos a ciertas gentes. Tal vez la sola vista del látigo bastase para lograr este resultado; pero si los prusianos en cuestión persistían en su arrogancia, podían prepararse para sentir los latigazos bajo la forma de *Revanche de Sadowa*.

Nosotros repudiábamos, naturalmente, semejantes esperanzas; una desdicha ya sufrida no se borra con una calamidad, ni una injusticia consumada se expía con otra injusticia. Asegurábamos que no teníamos otro deseo que la prolongación indefinida

de la concertada paz.

Tal era también el deseo de Napoleón III. Así lo afirmaba al menos él. Como manteníamos relaciones con muchas personas cercanas al emperador, tuvimos frecuentes ocasiones de conocer sus opiniones, manifestadas a los que le rodeaban, sobre tal o cual punto de la política. No sólo anhelaba el mantenimiento de la paz actual, sino que meditaba y preparaba un plan de desarme general. Desgraciadamente, para la ejecución de este proyecto, la base primordial era una absoluta paz interior, y ésta no existía. Se estaba fermentando un gran descontento. Había un partido cercano al trono de la opinión de que sólo una guerra victoriosa podía consolidar el trono imperial. Un sencillo paseo triunfal al otro lado del Rin bastaría para asegurar la gloria y la permanencia en el trono a la dinastía napoleónica. *Il faut faire grand*[132] era la premisa. Los que daban estos consejos no ocultaban su disgusto de que la guerra, que había estado a punto de estallar con motivo de la cuestión de Luxemburgo, se hubiera evitado. De haber ido a la guerra el asunto estaría ya terminado… Por lo demás, era inevitable entre Francia y Prusia una guerra más o menos próxima… Y no cesaban de excitar a la opinión pública. De todo esto no recogían nuestros oídos más que un eco oscuro. Con tanta frecuencia oímos propagar semejantes ideas en los periódicos que concluimos por habituarnos a ellas de la misma manera que escuchamos romper de las olas sobre la playa sin inferir de ello que la tempestad está ya muy próxima.

Durante los meses de primavera alcanzó su apogeo nuestra brillante existencia. Contábamos entonces, además de los placeres de invierno, con los largos paseos por el *Bois* en coche descubierto, las visitas a las exposiciones pictóricas, las *garden-parties*, las carreras de caballos, los picnics y no menos idas al teatro, no menos visitas, no menos grandes *diners* y *soirées* que durante el invierno. Comenzábamos ya a desear la tranquilidad. Este género de vida no tiene auténtico atractivo más que cuando se cruza en nuestro camino algún coqueteo o alguna intriga amorosa. Jóvenes que buscan un buen partido, mujeres que se dejan hacer la corte y caballeros que desean una aventura; para todo ello cada nueva fiesta brindaba las ocasiones propicias, pero Friedrich y yo estábamos libres de semejantes devaneos. Siempre he permanecido fiel a mi marido; jamás, ni con mis maneras ni con mis miradas, he autorizado a ningún hombre a dirigirme ni una sola palabra equívoca; y… no creo que esto sea motivo de envanecimiento; lo considero, por el contrario, como la cosa más natural. La mujer que tiene el corazón lleno de un amor tan profundo como el que yo profesaba a Friedrich está a cubierto de todo peligro. Respecto a él: ¿Me era fiel? Sólo puedo decir que jamás he dudado de él.

Llegado el verano, y después de transcurrido el *Grand Prix*, comenzaron a abandonar París los diferentes miembros de la alta sociedad. Unos partieron a Trouville y Dieppe, a Biarritz y Vichy; otros a Baden-Baden o a sus palacios. La princesa Mathilde se fue a San Gratien y la corte se trasladó a Compiègne. Nuestros

amigos nos rogaron que fuésemos con ellos a alguna playa de moda; otros nos invitaron a sus residencias en el campo; pero no queríamos reanudar en verano la serie de diversiones a las que habían puesto fin los primeros calores. Tampoco deseaba volver a Grumitz, temía que allí me asaltaran penosos recuerdos, y tampoco hubiéramos tenido la soledad que deseábamos por los muchos parientes y vecinos que nos acompañarían o visitarían. Entonces escogimos como residencia veraniega un rinconcito tranquilo de Suiza. Nos despedimos, pues, de nuestros amigos de París, pensando en el reencuentro con ellos el invierno siguiente, y, como estudiantes en vacaciones, nos apresuramos en nuestro viaje estival.

Aquel verano lo dedicamos al descanso, repartiendo el tiempo entre largos paseos, horas deliciosas de lectura y alegres momentos de juego con los niños y ninguna anotación en mis cuadernillos rojos; en último término, una señal de ausencia de preocupaciones y de tranquilidad de espíritu.

Europa también parecía bastante libre de preocupaciones y tranquila. Por ninguna parte se veían surgir «puntos negros». No se oía hablar ya del famoso *Revanche de Sadowa*. El mayor disgusto que experimenté por aquella época fue la noticia de la implantación en Austria desde hacía un año del servicio militar obligatorio. No podía resignarme a la idea de que Rudolf tuviese que ser soldado. ¡Y la gente soñaba con la libertad!

—Un año de voluntariado —me decía Friedrich para consolarme— no es gran cosa.

—¡Aun cuando sólo fuese un día! —replicaba yo, moviendo la cabeza—. No debería obligarse a nadie a desempeñar un servicio que detesta, porque eso vale tanto como obligarle a traicionar sus convicciones; es forzarle a mentir, y mi deseo hubiera sido educar a mi hijo en la sinceridad.

—¡Entonces hubiera sido preciso que naciera dentro de unos cuantos siglos, querida! Sólo un hombre perfectamente libre puede ser también completamente sincero, y hay que reconocer que la libertad y la sinceridad no están aún a la orden del día. Cuanto más profundizo en mis estudios, más convencido estoy de ello.

En nuestro retiro del mundo tenía Friedrich una mayor inspiración para sus trabajos, y a ellos se entregaba con extremado ardor. Por muy felices que fuésemos en nuestro retiro, no por ello estábamos menos resueltos a volver a pasar el invierno en París, no tanto para recomenzar la vida de placeres cuanto para intentar llevar a la práctica la idea que se había convertido en cometido de nuestras vidas. No teníamos mucha confianza en el éxito de nuestra empresa, pero quien lucha por una causa que considera la más noble de todas no debe perder ninguna oportunidad para tratar de alcanzar el triunfo. En nuestras charlas familiares recapitulábamos los recuerdos del invierno en París y nos ocupábamos con frecuencia del proyecto de desarme del emperador Napoleón III, que había llegado a nuestros oídos a través de sus más allegados. A la realización de este pensamiento volcábamos nuestros proyectos y en él fundábamos nuestras esperanzas. Las investigaciones de Friedrich le llevaron a

descubrir en las *Memorias* de Sully la parte que detallaba el proyecto de paz universal de Enrique IV. Pretendíamos entregar una copia de ella al emperador de los franceses. Utilizando nuestras amistades en Austria y en Prusia pensamos poder preparar estas dos potencias para aceptar la proposición de desarme que debía hacerles el gobierno francés. Contaba valerme del ministro «Evidentemente», y Friedrich, en Berlín, de uno de sus parientes que ocupaba un alto puesto en la Corte y gozaba de mucha influencia en el mundo político.

En diciembre, cuando íbamos a emprender el regreso a París, nuestro tesoro, nuestra hijita Sylvia, enfermó de suma gravedad. ¡Qué horas tan crueles! Como era natural, no nos ocupamos más de Napoleón III y Enrique IV. ¡Nuestra hija se estaba muriendo!

No murió nuestra hija. Al cabo de dos semanas desapareció todo peligro. Sin embargo, el médico nos prohibió que hiciéramos viajar a la niña durante la época de los fríos invernales intensos, y como consecuencia nuestra marcha quedó aplazada hasta el mes de marzo.

La enfermedad, la recuperación y los peligros corridos por nuestra hija nos conmovieron profundamente a Friedrich y a mí, y, a la vez, determinaron un intenso acrecentamiento, por más que yo lo considerara imposible, de nuestro mutuo cariño. Temblar juntos ante el pensamiento de una desgracia horrible, temerla más que nada por la desesperación que causaría al otro, y después, cuando el peligro había desaparecido, derramar juntos lágrimas de alegría, son causas que producen la fusión perfecta de dos almas en una sola.

Libro sexto

(1870-1871)

¿Presentimientos? No, no creo en ellos. Si se tuvieran, era posible que, al entrar en París una soleada tarde del mes de marzo 1870, no nos hubiera parecido tan alegre, tan radiante, tan llena de prometedores placeres. Hoy sabemos que sobre ella se cernían espantosos horrores, pero yo no sentí entonces el más mínimo presentimiento.

Por mediación del agente John Arthur, alquilamos el mismo pequeño *palais* donde habíamos residido en nuestra temporada anterior, y nuestro mismo *maître d'hôtel* nos esperaba a la puerta. El trayecto hacia nuestro domicilio coincidió con la hora del paseo por el *Bois*, y en los Campos Elíseos nos cruzamos con varios conocidos con los cuales cambiamos afectuosos saludos. Las numerosas carretillas de violetas, que en aquellos días inundaban las calles de París, embalsamaban el aire saturándolo de mil promesas de primavera. Los rayos de sol, al quebrarse en el terso espejo de las fuentes de la plazoleta, reverberaban en el agua todos los colores del arco iris; y se reflectaban en las lamparillas de los coches y en los arreos de los caballos.

Vimos pasar, ocupando un calesa con atalaje *à la Daumont*[133], a la bella emperatriz; nos reconoció al paso y nos favoreció con un saludo hecho con la mano.

Hay algunas imágenes y escenas que de forma fotográfica y fonográfica se quedaron en mi memoria; junto a ellas están las palabras que pronunciamos sobre los sentimientos que en aquellos días nos acompañaban. «¡Este París es verdaderamente hermoso!», exclamaba Friedrich por aquel entonces, y mi sentimiento era de una infantil «congratulación» al pensar en lo que nos depararía nuestra recién iniciada estancia. Si hubiese sabido todo lo que ese esplendor, ese bullicio en esta ciudad me tenía preparado…

Aquel año evitamos lanzarnos al torbellino de los placeres mundanos: no asistimos a baile alguno y nos mantuvimos apartados de las grandes recepciones. Tampoco frecuentamos tan a menudo el teatro, al que únicamente íbamos cuando representaban obras de éxito reconocido. Pasábamos las veladas en nuestra casa. Solos muchas veces, otras en compañía de algunos amigos.

Respecto a nuestro plan de presentarle al emperador el proyecto de desarme, no obtuvo buen resultado. Napoleón III no había abandonado su idea, pero comprendía que las circunstancias actuales eran poco favorables para su ejecución. Las personas que le rodeaban tenían conciencia de la escasa solidez del trono imperial. Por doquier

se dejaba traslucir el descontento. La censura y la policía redoblaban sus rigores, que daban por resultado excitar e irritar más y más los ánimos. Algunos sostenían con mayor ardor que nunca que únicamente una campaña afortunada podía prestar a la dinastía nuevo esplendor y asentarla sobre bases más sólidas… No se veían por ninguna parte motivos fundados de una guerra inmediata, pero habría sido altamente inoportuno hablar entonces de desarme sin destruir la gloriosa aureola de los Bonaparte que continuaba ornando la herencia afamada del primer Napoleón. Tampoco habíamos obtenido resultados mejores en nuestras tentativas particulares llevadas a cabo en Austria y en Prusia. Precisamente se ocupaban todos, en esa época de la expansión, de aumentar las fuerzas defensivas (la palabra «ejército» comenzaba a pasar de moda), y la palabra «desarme» resultaba disonante. Por el contrario, se opinaba que el medio más eficaz de asegurar la paz era aumentar los efectivos militares. Había que desconfiar de los franceses…, de los rusos también…, de los italianos sobre todo, porque era evidente que estos últimos acechaban una ocasión favorable para caer sobre Trieste y Trento: en una palabra, era preciso desarrollar el sistema de la *Landwehr*.

—Todavía no ha llegado la hora —dijo Friedrich cuando nos comunicaron estas noticias—. Me siento forzado a renunciar a la esperanza de obrar personalmente. Es tan poco lo que puedo hacer. Pero debo obrar de forma razonable… Mi contribución es ciertamente insignificante. Y sin embargo, desde que tengo conciencia de mi deber, esta pequeñez que puedo aportar constituye para mí una obligación. Por eso estoy resuelto a perseverar en mis trabajos.

Aunque por el momento el proyecto de desarme no iba a tener lugar, con una satisfacción contaba: no se cernía sobre el mundo amenaza alguna de guerra inmediata. Aquellos que en la corte y en la calle, instigados por el partido de la guerra, opinaban que «la dinastía tenía necesidad de buscar nuevas fuerzas en un baño de sangre» y que el país necesitaba una pequeña nueva porción de gloria debían, por lo pronto, renunciar a la esperanza de realizar «una pequeña campaña sobre el Rin». Francia no tenía alianzas con nadie, sufría las consecuencias de una sequía espantosa, y estaba abocada a una carencia absoluta de forrajes. Se habían vendido muchos caballos de los que prestaban servicio en el ejército; en ninguna parte quedaba alguna «cuestión» pendiente; los cuerpos legislativos decretaron la disminución del contingente de reclutas. En este contexto, desde la tribuna, Ollivier[134] había dicho: «La paz europea está asegurada».

¡Asegurada! ¡Cuánta alegría me produjo esta palabra! La repitieron todos los periódicos y millares de personas se regocijaron conmigo. ¿Acaso hay algo mejor para la mayoría de la humanidad que una paz asegurada?

Hoy sabe todo el mundo cuán poca confianza merecía la declaración referida, hecha por aquel hombre de Estado el 30 de junio de 1870. *A priori* debimos habernos dado cuenta de que semejantes afirmaciones carecen en absoluto de garantías, aunque la opinión pública suele creerlas siempre con la misma candidez. Oficialmente se

dice: la situación europea está despejada; no queda «ninguna cuestión pendiente»; luego «la paz está asegurada». ¡Vaya una lógica! Las «cuestiones» pueden surgir de un momento a otro, y sólo estaríamos completamente asegurados si para casos semejantes existiese un remedio que no fuese la guerra.

La sociedad parisina volvió a dispersarse en todas direcciones. Nosotros nos quedamos, en parte por cuestiones de negocios. Nos acababan de ofrecer una opción de compra extraordinariamente ventajosa. Ante la inminente partida de un americano, se vendía una pequeña y casi terminada casa en la Avenue de l'Imperatrice y su precio no era mucho mayor del que ya habíamos empleado en la decoración y mobiliario de la vivienda que ahora ocupábamos. Puesto que teníamos la intención, en el futuro, de pasar algunos meses del año en París y esta oportunidad de compra era bastante ventajosa, nos decidimos a realizarla. En nuestro deseo de vigilar los trabajos de instalación, resolvimos quedarnos en París. El placer de dirigir el arreglo de nuestro futuro nido nos compensaba con creces las molestias de pasar el verano en la ciudad.

Por otra parte, tampoco estábamos aislados. El castillo de la princesa Mathilde en Saint-Gratien, el algo más alejado en Mouchy, el del barón Rothschild, en Ferrières, y otras varias residencias veraniegas de nuestros conocidos se encontraban en los alrededores de París. Una o dos veces por semana salíamos para visitarlos.

Recuerdo que fue en el salón de la princesa Mathilde donde oí hablar por primera vez de la «cuestión pendiente».

Después de un tentempié a media mañana, estábamos sentados en la terraza que domina el parque. No podré citar a todas las personas que se hallaban allí, sólo dos de las personalidades allí presentes han quedado en mi memoria: Taine[135] y Renan[136]. La intelectual señora de Saint-Gratien gustaba rodearse de la compañía de las grandes figuras del mundo literario y científico.

La conversación estaba muy animada, me puedo acordar que quien la dirigía era Renan, ingenioso y chispeante como siempre. El autor de *La vida de Jesús* es un ejemplo de cómo alguien puede ser increíblemente feo y a la vez ejercer una increíble fascinación.

La conversación fue derivando sensiblemente hacia la política. Se buscaba un candidato al trono de España… Se pronunció el nombre de un príncipe de la casa de los Hohenzollern… No presté ninguna atención a lo que se decía, pues la verdad es que me interesaba muy poco el trono de España, y menos la persona llamada a ocuparlo. Pero al oír que alguien decía: «¿Un Hohenzollern? Francia no lo tolerará jamás». Me quedé profundamente impresionada, porque la aseveración «no lo tolerará» evocó en mi imaginación la imagen gigantesca de la estatua de una mujer que suele representarse en pie, con la cabeza soberbiamente erguida, en actitud de desafío y la mano puesta sobre el pomo de la espada.

Nadie insistió en el tema y la conversación tomó otros derroteros. No era fácil

prever las terribles consecuencias que debían derivarse en la sucesión del trono de España; no lo sospeché yo tampoco, pero la arrogante afirmación: «Francia no lo tolerara jamás» dejó en mi corazón una impresión bastante desagradable.

A partir de aquel momento, el asunto de la sucesión al trono de España fue adquiriendo una importancia cada día mayor. Los periódicos y las conversaciones de salón se hacían cada vez más eco de ello. Sé que aquello me aburría en grado sumo. Recuerdo perfectamente que llegó a ser para mí un manantial de zozobras. No se hablaba más que de la candidatura de ese Hohenzollern. Nadie lo hacía sin exteriorizar una gran irritación como si ello fuese para Francia el más sangriento de los ultrajes. Muchos veían en la candidatura una provocación de Prusia. Es evidente, decían todos, que Francia no lo tolerará. Pero si el Hohenzollern persistía en ello, era un simple desafío. No podía entenderlo. Pero en realidad el tema no me preocupaba. Recibíamos desde Berlín cartas de personas bien informadas que restaban importancia al asunto, y por parte de la Corte tampoco parecía que el tema de la sucesión al trono en España fuera objeto de demasiada atención. Así que nos ocupábamos más bien en la disposición de nuestra nueva casa que de los asuntos políticos.

Nuestra atención se fue despertando. Así como antes de estallar la tormenta recorre el bosque el murmullo de las hojas, del mismo modo corren ciertas voces belicosas por el pueblo: *¡Nous aurons la guerre! ¡Nous aurons la guerre!*[137]. Tal era el rumor que inundaba el aire de París. A mí me asaltó una angustia indecible, no por los míos, puesto que Austria por el momento estaba descartada, e incluso se nos ofrecía la posibilidad de la «satisfacción», la conocida venganza de Sadowa. Pero había dejado de contemplar la guerra desde el punto de vista nacional y me había acostumbrado a mirarla desde su aspecto humanitario. Las palabras siguientes, pronunciadas un día en nuestra presencia por Guy de Maupassant, reflejan mi manera de pensar: «Quand je songe seulement à ce mot —“la guerre”— il me vient un effarement, comme si l’on me parlait de sorcellerie, d’inquisition, d’une chose lointaine, finie, abominable, contre nature[138]»…

En cuanto se supo que Prim[139] había ofrecido la corona al príncipe Leopold, el duque de Grammont[140] pronunció en la Cámara un discurso muy aplaudido, cuya síntesis es, poco más o menos, la siguiente:

> No pretendemos inmiscuirnos en los asuntos de otras naciones, pero tampoco creemos que nos obligue el respeto a los derechos de un Estado vecino a aceptar la elevación de un príncipe extranjero al trono de Carlos V, si esa elevación ha de destruir, en nuestro detrimento, el equilibrio europeo [¡Oh, ese equilibrio! ¿Qué hipócrita ansioso de guerra se ha inventado esa frase hueca?] y poner en peligro los intereses y el honor de Francia.

Conozco un cuento de Georg Sand titulado *Gribouille*. Este Gribouille tenía una

particularidad, cuando amenazaba lluvia se tiraba al río para protegerse, pues tenía miedo de mojarse. Cuando oigo que hay que entrar en guerra para prevenirnos de otras amenazas, siempre pienso en Gribouille. Aunque sobre el trono de Carlos V, y sobre muchos otros tronos, se hubiese sentado toda una dinastía de Hohenzollern, es bien seguro que no habría ocasionado a los intereses ni al honor de Francia la centésima parte de los perjuicios que ocasionó la aguda aseveración: «¡No lo toleraremos!».

> Abrigamos la firme esperanza —prosiguió el orador— de que el suceso apuntado no ha de realizarse, pues para ello contamos con la prudencia del pueblo alemán y la amistad del pueblo español; pero si así no fuese, ¡ah!, entonces, señores, fuertes con vuestro apoyo y el de la nación, sabremos cumplir con nuestro deber sin vacilaciones ni debilidades. [Aplausos frenéticos].

A partir de aquel momento, la prensa emprendió una cruzada furiosa a favor de la guerra. Particularmente Girardin[141] excitaba a sus compatriotas a castigar como correspondía la audacia inaudita de aquella candidatura al trono.

> Sería contra la dignidad de Francia no imponer su veto… Prusia no transigirá, porque quiere conjurar la guerra. Engreída, enloquecida por sus triunfos de 1866, imagina Prusia que podrá proseguir por el Rin su marcha triunfal y ensanchar sus ocupaciones territoriales; pero, a Dios gracias, estamos aquí nosotros para domeñar la arrogancia de esos cascos puntiagudos…

Y seguía en este mismo tono. Napoleón III, por su parte, anhelaba el mantenimiento de la paz, pero los que le rodeaban veían en la guerra el remedio único que podría poner diques al descontento político, la única solución para atraer las simpatías del país, que estaba sediento de gloria, era una campaña afortunada: *Il faut faire grand*[142].

Los gabinetes europeos comenzaron a agitarse y se dirigieron mutuas consultas sobre la situación creada. Todos pedían el mantenimiento de la paz. En Alemania, los grupos populares publicaron un manifiesto, firmado entre otros por Liebknecht[143], en el cual se leía: «Sólo pensar en una guerra franco-alemana es un crimen».

Benedetti recibió la misión de invitar al rey de Prusia a prohibir al príncipe Leopold que aceptase la corona de España. En aquellos momentos se hallaba el rey Guillermo en el balneario de Ems. Allá se fue Benedetti, el día 9 de julio, y obtuvo una audiencia para tratar de ese asunto.

¿Cuál sería el resultado? Esperaba la noticia temblorosa.

El rey contestó sencillamente que nada tenía que prohibir a un príncipe mayor de edad.

Esta respuesta colmó de alegría triunfal en Francia al partido de la guerra.

> ¡Hasta dónde vamos a llegar!… ¿Con qué quiere agotarnos la paciencia? ¿Es que el jefe de una dinastía no tiene derecho a imponer su voluntad a un príncipe de su casa? ¡Eso es sencillamente ridículo! Está claro que se trata de un complot. Los Hohenzollern quieren establecerse en España y entonces por el Este y el Sur ocupar nuestro país. ¿Imaginan que vamos a esperar que obren tranquilamente? ¿Pasaremos por la humillación de tolerar que se haga caso omiso de nuestra protesta? ¡Jamás! ¡Ya sabemos lo que el honor y el patriotismo exigen de nosotros!…

Y los ruidos precursores de la tormenta se oían cada vez más fuertes y más amenazadores. El 12 de julio llegó una noticia que recibí con agrado: don Salustiano Olózaga[144] anunciaba oficialmente al gobierno francés que el príncipe Leopold von Hollenzollern, antes que dar pretextos para una guerra, *renunciaba* a la corona que se le había ofrecido.

Dios sea alabado: la «cuestión» se había disipado por completo. Al mediodía se comunicó esta noticia a la Cámara. Ollivier declaró que se daba por concluida la cuestión. No obstante, ese mismo día (en virtud acaso de órdenes anteriores) salieron tropas y material de guerra hacia Metz. En la misma sesión, Clément Duvernois[145] hizo la siguiente interpelación:

> ¿Qué garantías tenemos de que Prusia no hará surgir nuevas complicaciones con motivo de la sucesión al trono de España? Estamos en el deber de extremar las medidas de precaución.

Aquí volvió Gribouille: podría ser que quizá, tal vez, una leve lluvia nos moje, así que, rápidamente, todos al río.

Ordenaron a Benedetti que regresara a Ems y requiriera al rey Guillermo que se comprometiera a oponerse a la candidatura del príncipe Leopold no sólo para el presente, sino también en el futuro. Misión absurda, puesto que aquel a quien se pretendía imponer semejantes obligaciones carecía de derecho para contravenirlas. El rey de Prusia, por toda contestación, se encogió de hombros. Deberían saberlo aquellos que plantearon la demanda.

El 15 de julio, de nuevo una sesión memorable. Ollivier pidió para la guerra un crédito de quinientos millones. Thiers[146] se opuso; insistió Ollivier y dijo que aceptaba, ante la Historia, toda la responsabilidad de su proposición. Expuso que el rey de Prusia se había negado a recibir al embajador de Francia, y había notificado el hecho al gobierno francés por medio de una comunicación diplomática. La izquierda quería ver la comunicación; protestó tumultuosamente, la mayoría estaba en contra de

la exhibición del documento, que probablemente no había existido jamás. La misma mayoría votó todos los créditos que el gobierno había pedido para la guerra. Semejante espíritu de sacrificio, que aceptaba sin titubeos la ruina, por supuesto, fue aplaudido con las usuales sentencias esteriotipadas.

El 16 de julio, Inglaterra hizo intentos para prevenir la guerra. En vano… ¡Cuán sencillo hubiese sido para un tribunal de arbitraje internacional, de haber existido, zanjar satisfactoriamente un conflicto de tan poca importancia!

El 19 de julio, el embajador francés en Berlín entregó al gobierno prusiano la declaración de guerra.

«¡Declaración de guerra!». ¡Qué tranquilamente se pronuncian estas tres palabras! ¡Sin embargo, representan la sentencia de muerte de medio millón de criaturas humanas!

En mis cuadernos rojos encuentro este documento. Helo aquí:

> El gobierno de Su Majestad el emperador de los franceses no podía tolerar el proyecto de sentar a un príncipe prusiano sobre el trono español, sino como una tentativa contra la seguridad territorial de Francia, y se ha visto en la situación de exigir de Su Majestad el rey de Prusia la promesa de que no daría jamás su consentimiento a tal combinación. Y Su Majestad el rey de Prusia no sólo se ha negado a dar dicha promesa, sino que ha declarado a nuestro embajador que se reserva la posibilidad de obrar según exijan las circunstancias. El gobierno imperial ha tenido que reconocer que bajo la respuesta del rey de Prusia se oculta una segunda intención que amenaza con turbar el equilibrio europeo. [Ya está otra vez en danza el dichoso equilibrio europeo]. Ha venido a agravar extraordinariamente esta contestación la negativa del rey a recibir al embajador francés, quien deseaba proponer una fórmula de arreglo. En consecuencia, el gobierno francés ha creído que era deber suyo pensar en la defensa de su dignidad ofendida y en la de sus intereses amenazados. Ha resuelto, pues, adoptar todas las medidas que exige la situación actual y se considera, desde este momento, en estado de guerra con Prusia.

¡En estado de guerra! El hombre que, cómodamente sentado en su mesa de trabajo, estampó palabras semejantes sobre el papel ¿se dio cuenta de que mojaba su pluma en llamas, en lágrimas ensangrentadas, en el veneno de la peste?…

Nuevamente acaba de desencadenarse la tormenta, y esta vez a causa de un trono vacante y por las negociaciones de dos monarcas. ¿Estará en lo cierto Kant cuando en su primer «Artículo definitivo» de la Paz Perpetua afirma que «la constitución civil de los Estados debe ser republicana»?

Por lo menos, es indudable que con ella desaparecerían muchas causas de la guerra. La historia nos demuestra que se han reñido muchas campañas para ventilar

intereses dinásticos; pero no puede negarse que también son belicosas las repúblicas. No es, pues, la forma de gobierno, sino el espíritu bélico antiguo, bárbaro y feroz, el que todavía enciende hoy en los pueblos, sea el que sea su régimen político, los odios nacionales, el amor a la guerra, las ansias de conquista.

Conservo muy claro y nítido el recuerdo del estado de ánimo en que me hallaba cuando fue declarada la guerra franco-prusiana. Poco antes de la fecha fatal se sentía esa pesadez atmosférica que presagia la tempestad… Luego vino el desencadenamiento de la tormenta. Toda la población estaba poseída de una fiebre loca. ¿Quién podía sustraerse a semejante epidemia? Como es natural, de acuerdo con la antigua costumbre, todos opinaban que la campaña sería un paseo militar, una marcha triunfal y una obligación patriótica. En las calles se oía por doquier el grito lanzado desde los ómnibuses *À Berlin! À Berlin!* Por todas partes y rincones se cantaba *La Marsellesa: ¡Le jour de gloire est arrivé!* En todos los teatros, la primera actriz o la soprano —en la Ópera era Marie Sass[147]—, vestida como Juana de Arco, se acercaba a las candilejas y entonaba el himno patriótico, que el público escuchaba en pie o coreaba. Una noche asistimos Friedrich y yo a esta escena y tuvimos que ponernos también en pie. *Tuvimos* que hacerlo, no por cortesía, en el fondo del palco podíamos habernos quedado retirados, pero tuvimos que hacerlo porque nos sentimos realmente *electrizados*.

—Ves, Martha, esa chispa de entusiasmo —me aclaró Friedrich— que determina un solo latido en el corazón de tantas gentes es amor…

—¿Amor? Me parece que el himno respira odio. Fíjate:

> Que sangre impura
> riegue nuestros surcos.

—No importa, hasta la unión en el odio es también una forma de amor. Dos o más seres, si se unen en un sentimiento común, se aman. Si los hombres lograsen aceptar un concepto más elevado que el de nación, remontándose hasta el de humanidad, procurando un ideal general, entonces…

—¡Ah! —suspiré—. ¿Cuándo llegará ese día?

—El «cuándo» es un término muy relativo: en relación con la duración de nuestra existencia, significa nunca; relacionado con la duración de la raza, significa mañana.

Cuando estalla una guerra, las naciones neutrales se dividen en dos bandos y manifiestan sus simpatías a favor o en contra de uno de los beligerantes. Es como una apuesta fluctuante en la que todos participan.

¿A cuál de las dos naciones contendientes debíamos dedicar nuestras simpatías, Friedrich y yo? ¿Y a quién desear la victoria? Como austriacos, «patrióticamente» hablando, debíamos desear la derrota de nuestros vencedores. Por otra parte, siempre se interesa uno a favor de aquellos entre los cuales vive y cuyos sentimientos e ideas

se armonizan con los nuestros. Pero Friedrich era de origen prusiano, y los alemanes, cuya lengua hablábamos, ¿no eran de nuestra misma raza? Además, los franceses habían sido los primeros en declarar la guerra fundándose en una razón —no, razón no es la palabra apropiada—, en un pretexto completamente fútil. El rey Guillermo decía lo siguiente en su discurso de la Corona del 19 de julio:

> Los pueblos alemán y francés, gozando ambos de los beneficios de una educación cristiana y de una prosperidad siempre creciente, están llamados a una lucha más noble que la sangrienta de las armas. Pero los que hoy gobiernan Francia han tenido la habilidad de explotar en su provecho y personal interés el susceptible amor propio de nuestro gran pueblo vecino.

Napoleón III publicó, por su parte, la siguiente proclamación:

> Ante las pretensiones de Prusia, nos vimos en la necesidad de protestar; pero nuestras reclamaciones no sólo no han sido tan sólo atendidas, sino que fueron despreciadas. Y los sucesos[148] que siguieron no ayudaron. Nuestro país ha sido profundamente ofendido, y el grito de guerra ha resonado en el último rincón de Francia. No nos resta más que confiar a las armas la solución del conflicto. No lucharemos contra Alemania, cuya independencia queremos respetar: sólo anhelamos que se nos garantice nuestra seguridad para el porvenir. Los pueblos que integran la gran nación alemana deben disponer libremente de su suerte. Deseamos llegar a una paz duradera, fundada en los intereses verdaderos de los pueblos, y anhelamos ver la desaparición de la miserable situación actual, que obliga a las naciones a devorar todos sus recursos en instrumentos de guerra.

¡Qué lección! ¡Qué inmensa lección se desprende de este texto cuando se comparan los sucesos que posteriormente acaecieron! ¿Esta campaña, entonces, había sido emprendida por Francia para asegurar una paz duradera? ¿Y qué surgió? *L'année terrible* y una enemistad no sólo duradera, sino reforzada. No, no, con carbón no se puede teñir de blanco, con asafétida no se puede crear un perfume agradable y con la guerra no se asegura la paz. Esa «miserable situación» a la que Napoleón alude se ha agravado desde entonces. Él era un emperador convencido, completamente convencido de la necesidad de poner en práctica el proyecto de desarme europeo. Lo sabía gracias a mi relación con sus más cercanos parientes; pero el partido de la guerra le presionó, le obligó y él cedió… Por eso no pudo reprimir el hacer mención en su proclamación de guerra de su idea favorita. Aunque se tuviese que posponer de momento. «Después de la campaña, después de la victoria…», decía consolándose a sí mismo. Será diferente.

¿Hacia qué lado estaban entonces nuestras simpatías? Partiendo del punto de vista de que uno detesta cualquier guerra, como era el caso de Friedrich y mío, no puede

existir el «apasionamiento» ingenioso y auténtico por alguna de las partes en conflicto. El único sentimiento posible es: ¡Esta campaña nunca debió empezar! ¡Y tiene que acabarse ya!

Yo no creía que la guerra pudiese ser larga y de consecuencias importantes. Dos o tres batallas ganadas o perdidas por uno u otro de los combatientes, se pediría un armisticio y se firmaría la paz. ¿Por qué se estaba combatiendo en realidad? Todo ello era más bien una forma de parada militar, en la que los franceses participaban por su afición a las aventuras caballerescas, y los alemanes por la obligación de defenderse; un par de encuentros con los sables y los enemigos volverían a darse la mano… ¡Qué locura! ¡Como si la duración y estragos de una guerra se midieran por la importancia de la causa! Cuando es el curso el que determina las consecuencias.

Hubiésemos querido abandonar París, porque el entusiasmo desbordado de la población nos resultaba muy desagradable; pero todos caminos hacia el Este habían sido cerrados; aparte de que el arreglo de nuestra casa también reclamaba nuestra presencia. En suma: nos quedamos. Nuestros contactos sociales habían quedado interrumpidos. Todo el que había podido había abandonado París, y entre los que se habían quedado, nadie pensaba en tales circunstancias recibir invitaciones, ni dar recepciones. Sólo sosteníamos relaciones con algunas personalidades literarias que se habían quedado en la ciudad. Le interesaba a Friedrich oír, en aquellas circunstancias, el juicio que la situación merecía a los espíritus destacados. En mis cuadernos rojos encuentro algunas ideas idénticas a las mías, expresadas por un escritor muy joven, Guy de Maupassant, que tanta celebridad alcanzó después.

¡La guerra! Solamente al pensar en esta palabra siento un espanto, siento un horror como si oyera hablar de brujería, de inquisición, de algo abominable, contra la naturaleza. ¡La guerra! ¡Batirse, degollarse, despedazarse unos a otros! ¡Y pensar que hoy día, en nuestra época, con nuestra ciencia y vastos conocimientos, con el grado de cultura a que hemos llegado, tenemos escuelas dedicadas a enseñar a matar, a matar a gran distancia, a matar el mayor número posible de seres humanos…!

Lo sorprendente es que los pueblos acepten esta monstruosidad y que toda sociedad no se levante indignada cuando se pronuncia la mera palabra: guerra.

El primer deber de todo gobierno, el primer objetivo, debiera ser evitar la guerra, de la misma manera que es el primer deber de todo capitán de barco evitar el naufragio. El capitán que pierde su barco comparece ante un tribunal de justicia que le condena si resulta culpable de cualquier negligencia. ¿Por qué no ha de ser sometido un gobierno a un tribunal semejante después de toda declaración de guerra? Si los pueblos pudieran comprender esto, si éstos se negasen a dejarse matar no existiendo razones poderosísimas, se habrían acabado las guerras.

Tuve también ocasión de leer una carta dirigida por Gustave Flaubert a George Sand, en los primeros días de julio. Hela aquí:

Me desespera, me subleva, la estupidez de mis conciudadanos, la incorregible barbarie humana me llena de profunda tristeza. El entusiasmo que no nació al calor de ninguna idea me hace desear la muerte para no ver sus manifestaciones. El bravo francés quiere batirse, primero, porque se cree insultado por Prusia; segundo, porque el estado actual del hombre es la ferocidad; tercero, porque la guerra tiene para el hombre un atractivo místico. ¿Estamos avocados a una guerra de razas? Mucho me lo temo. Las terribles batallas que van a ser reñidas no tienen pretexto que las justifique. Francia va a batirse por el placer de batirse. ¡Lloro al pensar en los puentes y túneles que van a destruirse! ¡Cuánto trabajo perdido! Como usted sabe, un miembro de la Cámara ha propuesto la devastación del gran ducado de Baden. ¡Oh! ¡Quisiera vivir entre los beduinos!

—¡Ah! —exclamé después de leer aquella carta—. ¿Por qué no habremos nacido quinientos años más tarde? Esto sería preferible a vivir entre los beduinos.

—No es preciso tanto tiempo para que los hombres recobren la razón —contestó Friedrich.

Nos encontrábamos en un período de proclamas y de decretos militares.

Siempre se repetía la eterna cantinela, y el público la acogía con las mismas muestras de aprobación y de entusiasmo de siempre. Los manifiestos que prometían la victoria arrancaban vivas y gritos que no habrían podido ser más frenéticos si, en vez de promesa de victoria, se les hubiera servido una victoria real.

El 28 de julio, el emperador Napoleón III lanzó desde su cuartel general de Metz la proclama siguiente, que transcribo no porque comparta el entusiasmo, sino como modelo de fraseología ampulosa y hueca:

Defendemos el honor y el suelo de nuestra querida patria. Vais a luchar con uno de los mejores ejércitos, pero otros ejércitos que valían tanto como éste no pudieron resistir vuestro valor. Exactamente lo mismo sucederá ahora. Venceremos, como vencimos en Crimea, China, Italia y México. Nada hay, nada puede haber superior a vuestros esfuerzos y abnegación. Una vez más demostraréis al mundo todo lo que puede el amor a la patria. Cualquiera que sea el camino que recorramos más allá de nuestras fronteras, encontraremos en él las huellas gloriosas de nuestros antepasados. Mostrémonos dignos de ellos. El porvenir de la libertad y de la civilización depende de nuestros ¡Soldados! ¡Que cada uno cumpla con su deber y el Dios de los Ejércitos estará con nosotros!

Como es natural, *Le Dieu des Armées*[149] no podía faltar. Que los caudillos hayan repetido miles de veces lo mismo antes de entrar en la batalla para despertar la confianza. ¿Es la memoria de los pueblos tan corta y tan débil?

El rey Guillermo salió de Berlín el 31 de julio, y publicó el siguiente manifiesto:

En el momento de ir a reunirme con mi ejército para combatir a su lado por el honor y la defensa de nuestros intereses más preciados, concedo amnistía amplia y general a todos los condenados por delitos políticos. El pueblo sabe tan bien como yo que la enemistad y el quebrantamiento de la paz no han partido de nosotros; pero, una vez provocados, a ejemplo de nuestros padres y confiados en el Dios de los Ejércitos, estamos resueltos a sostener la lucha por la salvación de la patria.

¡La necesidad de defenderse! He aquí la única razón que puede justificar esas matanzas en masa; por eso no dejan nunca de invocarlas los dos adversarios. Y no existe en ello contradicción, pues a unos y a otros los anima una tercera potencia: el atávico espíritu guerrero. Contra éste habría que unirse, formando una potente liga defensiva…

—¡Oh *monsieur*, oh *madame*!, ¡qué alegría! ¡Qué gran noticia! —exclamó un día, precipitándose en la habitación, el ayuda de cámara de Friedrich, seguido del cocinero.

Era el día de la batalla de Wörth.

—¿Pues qué pasa?

—En la Bolsa se ha recibido un telegrama que dice: «Hemos vencido… El ejército del rey de Prusia ha quedado aniquilado…». La ciudad está engalanada con banderas tricolores. Esta noche habrá seguramente grandes iluminaciones.

En el transcurso de la tarde se supo que la noticia era falsa. Que se trataba de una artimaña de la Bolsa. Ollivier había arengado a la muchedumbre desde el balcón de su casa.

Bien, mucho mejor. Por lo menos no hubo iluminación. Esas manifestaciones con motivo de la «aniquilación del ejército», es decir, innumerables vidas destrozadas y corazones partidos, me volvió a recordar el deseo de Flaubert: «¡Ah, si estuviese con los beduinos!».

El día 7 de agosto llegaron malas noticias. El emperador salía de Saint-Cloud en dirección al campo de batalla. El enemigo había franqueado la frontera. Los periódicos no encontraban términos lo bastante violentos para expresar la indignación que les producía «la invasión». Habían olvidado, sin duda, que el grito *À Berlin!* parecía indicar que los franceses tenían el propósito de penetrar en territorio alemán. Nada de particular habría tenido la «invasión» de Alemania por los franceses; pero que los bárbaros del Este se permitieran invadir la Francia, la predilecta, ¡oh!, eso era una salvajada, un crimen que había que parar pronto y de forma enérgica.

El ministro de la guerra hizo saber por medio de un decreto que todos los ciudadanos útiles comprendidos entre los treinta y cuarenta años, no movilizados todavía, debían incorporarse inmediatamente a filas. Se formó un Ministerio de Defensa Nacional. Hubo que elevar al doble el crédito ya votado de quinientos

millones para la guerra. No deja de confortar el espíritu ver la noble abnegación con que disponen los gobernantes de la fortuna y de las vidas ajenas. Como no podía ser menos, se dejó sentir cierto malestar financiero. Los billetes de banco perdieron un diez por ciento de su valor, no había bastante oro en circulación para hacer frente a la enorme cantidad de billetes emitidos por el Banco de Francia.

Y mientras, la parte alemana obtenía victorias sobre victorias…

La fisonomía de la ciudad de París y de sus habitantes se alteró. La consternación y la cólera reemplazaron a la jactancia y al ardor belicoso. Crecía más y más la sensación de que sobre el país caería una verdadera horda de vándalos, algo terrible, horrible como una plaga de langostas u otra catástrofe de la naturaleza. Parece que los franceses habían olvidado que habían sido ellos quienes, con su injustificada declaración de guerra, habían provocado aquella plaga, para que ningún Hohenzollern pudiera acariciar en el futuro la idea de pretender el trono de España, todo ello lo habían olvidado. Al enemigo se le atribuían hazañas monstruosas. «¡Los ulanos, los ulanos!». En la imaginación popular, este cuerpo toma forma y aspecto de tropa fantástico-diabólica, una «horda de salvajes». Allí donde la caballería alemana realizaba cualquier hazaña atrevida, el pueblo francés la atribuía invariablemente a los ulanos, reducidos a un tipo de bestias que sólo buscaban el botín. A la par que estos rumores siniestros, se hacían circular otros de triunfo. La mentira era parte de los deberes chovinistas. Naturalmente, había que sostener el valor del pueblo. El mandamiento de la verdad, al igual que otros mandamientos, pierde su validez en tiempos de guerra. Dictado por Friedrich, copié en mis cuadernos rojos el siguiente extracto del periódico *Le Volontaire*:

> Hasta el día 16 de agosto los alemanes han perdido ya 144 000 hombres; en breve se encargará el hambre de diezmar el resto. Han sido llamadas las últimas reservas, es decir, *la Landwehr et la Landsturm*[150]. Forman estos cuerpos hombres de sesenta años, armados con fusiles de chispa que llevan colgando del lado derecho una gran bolsa llena de tabaco; del izquierdo, una botella llena de aguardiente, y en la boca, una enorme pipa de barro cocido. En sus mochilas no faltan los molinillos de café y las tisanas de flor de saúco. Jadeantes, encorvados bajo el peso de sus mochilas, resoplando, tosiendo, se disponen a cruzar el Rin. Sus bocas son vertederos de maldiciones contra quienes los arrancan de los bracitos de sus nietos para enviarlos a una muerte cierta.

En cuanto a los rumores de las victorias por ellos alcanzadas, los periódicos franceses decían: «Son mentiras prusianas perfectamente conocidas».

El conde de Palikao[151] hizo saber a la Cámara, el día 20 de agosto, que tres cuerpos del ejército prusiano que marchaban contra el comandante Bazaine[152] habían quedado aniquilados en las canteras de Jaumont. («¡Bravo! ¡Bravo!»). Cierto es que nadie conoce las canteras, ni dónde están, y sería difícil explicar el milagro de

que unas canteras puedan contener tres cuerpos de ejército, pero no por eso deja de circular la feliz noticia de boca en boca.

—¿No sabe usted? ¡Sí, hombre…, en las canteras!

—¡Claro! En Jaumont…

Nadie plantea una pregunta. Cualquiera diría que los que hablan conocen las canteras de Jaumont como si hubiesen nacido en ellas. A raíz de este suceso circuló el rumor de que el rey de Prusia, viendo el deplorable estado de su ejército, se había vuelto loco de desesperación.

No se oyen más que insensateces por todas partes. La excitación, la fiebre entre la población, crece de hora en hora. La guerra *là-bas*[153] ha terminado. Ya no creen que la guerra será un paseo militar; se siente la impresión de que las fuerzas ciegas que voluntariamente han desencadenado han de producir algo muy terrible. No se habla más que de ejércitos exterminados, de dirigentes dementes, de hordas diabólicas. Oigo tronar, retumbar y lo que surge es una tormenta de ira y desesperación. A propósito de la batalla de Bazeilles en las inmediaciones de Metz se cuenta que los bávaros han llevado a cabo los horrores más abominables.

—¿Crees posible, Friedrich —pregunté a mi marido—, lo que se cuenta de los bondadosos bávaros?

—Es muy posible que sea cierto: bávaro, turco, alemán, francés o indio, cualquier hombre que defienda su vida y que tenga el brazo levantado para matar a su adversario se ha despojado de todo sentimiento humano; en él no queda más que la bestia.

«Metz se ha rendido»… Esta noticia recorre la ciudad como un grito de terror…

Yo la recibo casi con júbilo, porque pienso que ahora se llegará a un armisticio, tal vez terminará esta guerra sangrienta. Pero desgraciadamente no termina. Nada está aún decidido. Hay otras plazas que conquistar. La derrota significa sólo replegarse y volver a la lucha con el doble de fuerzas. La suerte de las armas puede cambiar. Sí, pronto allá, pronto aquí, puede ser una ventaja. Lo único cierto es que en ambas partes hay quebranto y muerte.

Trochu[154] se ve en la disyuntiva de intentar reanimar, por medio de una nueva proclama, el valor de la población. A este fin recuerda una antigua divisa bretona: «Con la ayuda de Dios, por la patria». No me suena nueva, la he oído ya en otras proclamas; pero siempre produce su efecto. La gente se entusiasma. Se trata ahora de convertir la capital en plaza fuerte.

¡París plaza fuerte!… No puedo concebirlo. La ciudad que Victor Hugo llamó *la ville-lumière*[155]. ¿París, la reina de la fiesta, del placer y del arte; París, el centro de la vida, del lujo, del ingenio, quiere fortificarse, convertirse en objetivo de los esfuerzos del enemigo, en blanco de sus tiros? ¿Quiere aislarse, quedar sin comunicación con el país y exponerse al hambre y a los incendios? ¿Y qué hacen sus habitantes, se prestan a ello *de gaieté de cœur*[156], con espíritu de sacrificio, con jubilosa emulación, como si se tratara de la obra más noble y más útil? Empiezan los

primeros trabajos con actividad febril: se trata de levantar murallas y parapetos, de construir cañones, de abrir fosos, de colocar puentes levadizos, de proteger los canales de agua con obras de defensa. Se construyen polvorines y se lanza al Sena una flotilla de lanchas cañoneras. ¡Qué fiebre! ¡Qué actividad! ¡Qué derroche de celo y de energía! ¡Qué suma tan enorme de trabajo y de dinero! ¡Y qué hermoso y consolador sería todo esto si se consagrara a la obra fecunda de la paz y del progreso! Pero es triste pensar que ese esfuerzo gigantesco tiende a aumentar una obra de muerte y desolación.

Se aprovisiona la ciudad en perspectiva de un sitio que habrá de ser muy largo, según todas las apariencias. Hasta hoy no ha existido jamás plaza fuerte inexpugnable, las capitulaciones han sido siempre una cuestión de tiempo; y sin embargo se siguen levantando defensas y acumulando víveres, pese a la imposibilidad matemática de prevenirse indefinidamente contra el hambre.

Se toman medidas a gran escala. Se montan molinos y se improvisan extensos cercados para animales, pero habrá de llegar el momento en que falte el grano; pronto serán sacrificadas todas las reses. Pero nadie teme la contingencia, porque, antes que eso suceda, el enemigo habrá sido expulsado o destruido. Todos los hombres útiles no movilizados todavía se alistan voluntariamente; todos los bomberos de las poblaciones inmediatas se unen a la guarnición de París. Mientras, pueden estallar incendios en provincias… ¿Qué importa? Serán incidentes sin importancia: lo primero es la defensa nacional. El 17 de agosto ya hay en París sesenta mil *pompiers*[157]. Son llamados también los marinos; todos los días se organizan nuevos cuerpos bajo las distintas denominaciones: *volontaires*, *éclaireurs*, *franc-tireurs*[158] …

Se suceden los acontecimientos con rapidez espantosa. Pero sólo los sucesos bélicos. Todo lo demás queda en suspenso. No hay otro pensamiento que *mort aux Prussiens*[159]. Va condensándose una tempestad de odios que no ha estallado aún, pero cuyos truenos precursores retumban por todas partes. Expresión de este sentimiento son todas las arengas oficiales, todas las manifestaciones públicas, en ninguna de ellas falta el grito de *mort aux Prussiens*. Tropas regulares e irregulares, municiones, obreros, las voces que se oyen en las bocas de las multitudes, el brillo de las armas, todo trae a la mente el mismo pensamiento siniestro: *mort aux Prussiens*. Lo mismo expresa también, aunque bajo una forma distinta, este rito que parece una canción de amor: *pour la patrie!*

Pregunté un día a Friedrich:

—¿Qué efecto producen estas manifestaciones de odio en ti, que eres de origen prusiano?

—Me hiciste esa misma pregunta en 1866, y te contestaré hoy lo que te contesté entonces: me hace daño esa explosión de odio, no como sujeto de un país, sino como hombre. Si desde el punto de vista nacional juzgo a las gentes de aquí, no puedo

vituperarlos. Al sentimiento que los indigna le llaman la *haine sacrée de l'ennemi*[160] y constituye una parte esencial del patriotismo bélico. El pensamiento único de los franceses es librar a su patria de una invasión enemiga, sin acordarse de que ha sido su gobierno el que ha llamado a ese enemigo. Cometieron el error de creer la palabra de sus gobernantes cuando les dijeron que la guerra era inevitable; pero hoy no pierden ya el tiempo en reproches ni en recriminaciones. La calamidad se ha presentado y no hay más remedio que poner en juego todas las fuerzas, todo el entusiasmo para conjurarla o para sucumbir juntos, en un sentimiento de sacrificio común. Créeme, el hombre atesora caudales inmensos de amor; pero es lamentable que se le enseñe a derrocharlos, poniéndolos al servicio de los antiguos prejuicios de odio… Y en el otro bando, ¿qué hacen esos prusianos tan detestados, «esos bárbaros de cabellos rojos»? Los provocaron, y avanzan hoy por el país que los amenazó con los gritos de *À Berlin!*, *À Berlin!* ¿Te acuerdas cómo resonaba ese grito por toda la ciudad, incluso desde los techos de los ómnibus?

—Ahora marchan éstos sobre París. ¿Por qué imputan a los prusianos como un crimen la marcha de éstos sobre París?

—Porque el egoísmo patriótico está reñido con la lógica y con la justicia y está fundado en la asunción de que nosotros somos nosotros, es decir, los primeros, y los otros son los bárbaros. Yo no puedo menos que admirar esta marcha de los alemanes victoria tras victoria. Como soldado que he sido, conozco el mágico poder que rodea a la idea de la victoria, sé todo el orgullo, toda la alegría que infunde. Nada más natural: es el fin, la recompensa de todos los sacrificios que se exigen al soldado, por su renuncia a la tranquilidad, a la dicha, a la vida puesta en juego.

—Pero ¿por qué los vencidos, que son también soldados y conocen como tú el prestigio que acompaña a la victoria, no admiran el triunfo de sus vencedores? ¿Por qué, después de una batalla perdida, en ningún parte oficial se ha mencionado jamás el partido vencido: «El enemigo ha alcanzado sobre nosotros una gloriosa victoria»?

—Porque, según te he dicho antes, el espíritu guerrero y el egoísmo patriótico son la negación de toda justicia.

No pensábamos ni podíamos pensar en nada que no fuesen los avatares del gigantesco duelo a muerte entablado, así lo consignan mis cuadernos rojos.

Nuestra felicidad…, ¡nuestra pobre felicidad!, la seguíamos poseyendo, pero sin poder disfrutar de ella. Sí, teníamos todo cuanto el Cielo propicio puede otorgar sobre la tierra: un amor sin límites, riquezas, una posición, dos hijos encantadores (Rudolf y Sylvia), una independencia completa, fecundos intereses en el terreno del saber…, pero todo se encontraba detrás de un telón. ¿Podíamos, debíamos ser felices, cuando a nuestro alrededor temblaban, enloquecían, sufrían y morían tantos desgraciados? Es como si quisiéramos pretender divertirnos yendo a bordo de un barco que una tempestad está a punto de echar a pique.

—¡Un ser teatral, ese Trochu! —me dijo un día Friedrich, era el 25 de agosto—. ¿A que no aciertas qué golpe de efecto ha preparado hoy? No lo vas a adivinar.

—¿Llama a las mujeres al servicio militar? —dije.

—De mujeres se trata; pero, lejos de llamarlas, hace lo contrario.

—¿La supresión de las cantineras? ¿De las hermanas de la Caridad?

—No lo adivinarás, aunque de supresión se trata, por cierto relacionada con las cantineras cuyo papel es derramar la embriaguez del placer; y las hermanas, en cierto sentido, también van a ser suprimidas. Sin rodeos ni más charadas: son expulsadas las *demi-mondes*[161].

—¿Y es el ministro de la guerra quien ha adoptado esa resolución? ¿Qué tienen que ver con la guerra las…?

—Entre una cosa y otra cosa confieso que no veo ninguna relación, pero puedo asegurarte que el público ha recibido con entusiasmo la medida. De hecho, siempre acoge con agrado cuando ocurre algo. De cada nuevo decreto se esperan excelentes resultados, de la misma manera que ciertos enfermos ven en todo nuevo remedio una esperanza de curación. Con la expulsión del vicio, las personas piadosas esperan que el Cielo, enojado contra los parisinos, los perdone y se digne mirarlos con ojos de misericordia. Aparta esta consideración, cuando los habitantes de la ciudad nos disponemos a cumplir con los penosos deberes de un sitio y nos vemos abocados a las privaciones consiguientes, ¿para qué conservar en París esas diosas de la disipación? Todos encuentran excelente la medida, que es, desde luego, altamente moral y muy patriótica por añadidura, puesto que en su mayoría esas mujeres son extranjeras: inglesas, de los países mediterráneos e incluso alemanas. Pudiera ser que entre ellas hubiese también espías. Ahora en la ciudad no hay sitio más que para sus hijas, para sus hijas, dechados de virtudes.

El día 28 de agosto, nueva expulsión: todos los alemanes recibieron orden de salir de París dentro del plazo de tres días.

Los que firmaron este decreto no sospecharon probablemente que entrañaba un veneno mortal, de acción lenta y prolongada. Con él se despertaba el odio hacia los alemanes. Que tiempo después de la guerra los frutos de esta desdicha iban a perdurar, es algo que sé hoy. Puesta en vigor la medida, Francia y Alemania no eran ya dos grandes naciones, fuertes y poderosas, cuyos ejércitos estaban empeñados en un noble combate: en todo el pueblo nació y se arraigó un odio hacia el pueblo enemigo. La hostilidad se convirtió en institución que se viene transmitiendo, como una herencia fatal, de generación en generación.

Expulsados. En tres días había que abandonar la ciudad. Tuve ocasión de apreciar de cerca cuán inhumano fue este decreto para muchas familias honradas y pacíficas. Entre los comerciantes con los cuales estábamos en relación para decorar y amueblar nuestra casa había muchos alemanes: un fabricante de coches, un tapicero y un ebanista, establecidos desde hacía diez y veinte años en París y casados con parisinas, habían formado un hogar y contaban con muy buena clientela. Publicado el decreto, no tenían más remedio que cerrar sus casas, separarse de cuanto les era querido y perder su fortuna y su clientela dentro del plazo de tres días. Con el dolor en el alma

vinieron a contarnos su desgracia. Como era natural, no podían terminar los encargos que les habíamos hecho y que tenían muy adelantados. Tuvieron que cerrar sus talleres. Desesperados, con lágrimas en los ojos, nos contaron sus desdichas:

—Mi padre, ya un anciano, está enfermo —me dijo uno de ellos—. Mi mujer dará a luz un día de éstos. Es horrible tener que emprender el viaje en estas condiciones…

—No tengo ni un *sou*[162] en casa —gimió otro—. La mayor parte de mis clientes deudores se encuentran fuera de París, y los que no han salido de la ciudad muestran muy pocas prisas a la hora de liquidar sus cuentas. Ni siquiera puedo pagar a mis empleados, que son franceses. Dentro de ocho días habría entregado un encargo de importancia que me hubiese proporcionado una ganancia regular…, ¡y me obligan a que lo abandone todo precipitadamente…, en la mayor confusión!…

¿Y por qué, por qué caían tantas calamidades sobre estos pobres? Porque pertenecían a una nación cuyo ejército cumplía victoriosamente con su deber, y si nos remontamos a causas más inmediatas; a la primera, porque, andando el tiempo, un Hohenzollern hubiese podido aceptar el trono de España… Pero no, tampoco ese motivo puede ser la razón última. Todos son sencillamente pretextos, no la causa de la guerra.

«¡Sedán! El emperador Napoleón III se ha rendido[163]».

Esta noticia nos trastornó. Era una verdadera catástrofe histórica. El ejército francés, aniquilado; su emperador, en jaque mate. Había terminado la partida y Alemania había conseguido una brillante victoria. «¡Por fin, por fin!», gritaba yo. «Si en el mundo hubiese personas que tuviesen el derecho a llamarse ciudadanos del mundo, podrían hoy iluminar sus ventanas. Tendríamos templos consagrados al sentimiento de humanidad y con este motivo se entonaría el *Te Deum*. ¡La carnicería había acabado!»

—No te hagas ilusiones prematuras, querida mía —respondió Friedrich—. Esta guerra hace tiempo que ya no tiene el carácter de una partida de ajedrez. Toda la nación está luchando. Por cada ejército aniquilado brotarán diez nuevos de la tierra.

—¿Pero sería esto justo? Son sólo los soldados alemanes los que se ven forzados a penetrar en el país, no el pueblo alemán. A ellos sólo habría que oponer los soldados franceses.

—Que siempre quieras apelar a la justicia, a la razón, tú, criatura irracional. El dolor y la cólera enloquecen a Francia. Desde el punto de vista patriótico su dolor es santo, y justa su cólera. Todo lo que en su desesperación intente será obra de un rasgo sublime de sacrificio, y no del egoísmo.

—Confío en que la guerra haya terminado.

—Yo lo dudo mucho; pero, aunque así fuera, está echada la semilla del odio, que incluye además la expulsión de los alemanes. Estas cosas se perpetúan en las generaciones.

El día 4 de septiembre se comete un acto nuevo de violencia, un arrebato

apasionado, y al mismo tiempo, habría que decir, se emplea otro medio para la salvación de la patria: el emperador ha sido destronado. Francia se declara una república. Lo hecho por Napoleón III y su ejército ya no cuenta. Errores, traiciones, cobardías, todo lo malo se atribuye al emperador y a sus generales: Francia se lava las manos, no acepta la responsabilidad. El golpe que derriba el trono arrancará, a su entender, del libro de la Historia la página donde se han inscrito Metz y Sedán. Si Alemania tiene la audacia de proseguir su infame invasión, será el país que en adelante continuará la guerra.

—¿Y si Napoleón hubiese vencido? —pregunté a Friedrich cuando me hizo partícipe de esta noticia.

—Los franceses hubiesen considerado sus victorias y su gloria como victorias y glorias de su país.

—¿Y es eso justo?

—¿Cuándo perderás la costumbre de hacer esa pregunta?

Desgraciadamente, no terminó la guerra con la catástrofe de Sedán, más bien al contrario. La atmósfera estaba sobrecargada de una rabia salvaje, las ansias de venganza, el odio al enemigo y la saña contra la dinastía caída llegaron en todas partes al paroxismo. Escándalos y panfletos dirigidos a los emperadores y a los desafortunados generales. Sólo sospechas, calumnias, insultos, escarnios, todo era desazonador. Las masas incultas culpaban de todas las derrotas a únicamente un par de personas que eran el objeto de todos los ataques más burdos. Ahora era el momento en el que el país demostraría que era invencible.

Los trabajos para atrincherar París prosiguieron con ardor redoblado; todos los edificios enclavados en el perímetro del recinto principal fueron abandonados o demolidos; se talaron los alrededores. En tropel, los habitantes de los suburbios se refugiaron en el interior de la capital. ¡Triste imagen la que ofrecían aquellos carruajes, caballos y seres arrastrando por las calles los restos y enseres de sus hogares destruidos! Yo había presenciado un espectáculo idéntico en Bohemia, cuando los pobres campesinos huían delante del enemigo victorioso. Ahora, en la jovial y radiante capital del mundo, los mismos rostros ansiosos y sombríos, la misma extenuación, la misma precipitación, el mismo dolor.

¡Loado sea Dios! Al fin llega una buena noticia. Por mediación inglesa tiene lugar en Ferrières una entrevista entre Jules Favre[164] y Bismarck. En ella seguramente llegarán a un acuerdo y se firmará la paz.

Pero ¡nada de eso! El abismo que separa a las dos naciones parece más profundo que nunca. Desde hace ya algún tiempo, en los periódicos alemanes se habla de la anexión de Alsacia y Lorena. Expresan el deseo de que vuelvan a incorporarse a la patria aquellas tierras que en otro tiempo fueron alemanas. El argumento histórico sobre el que se apoya esta exigencia es sólo en parte sostenible, el auténtico argumento es estratégico, dado que el territorio cuya anexión se pide constituye una fortaleza indispensable para prevenir o rechazar futuras guerras. Por otra parte, puesto

que Francia ha perdido la partida, ¿no es lógico y justo que el vencedor recoja el fruto natural de su victoria? Los franceses, si hubiesen vencido, se habrían apropiado las provincias del Rin. Si el resultado de una guerra no tiene como consecuencia una expansión territorial para una u otra parte, ¿para qué se hacen entonces las guerras?

El ejército victorioso, mientras tanto, no detiene su marcha: los alemanes se encuentran a las puertas de París. Se pide oficialmente la cesión de Alsacia-Lorena, petición que se contesta con la conocida frase: «Ni una pulgada de nuestro territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas» (*pas un pouce, pas une pierre*).

Sí, sí, miles de vidas, pero ni una pulgada de tierra. Éste es el principio básico del espíritu patriótico. «Nos quieren humillar», gritaban los patriotas franceses, «¡No, antes de ello se sepultará la irritada París en sus propios escombros!».

¡Vámonos, vámonos! Es lo que habíamos decidido. ¿Para qué permanecer sin necesidad en una ciudad extranjera sitiada? ¿Para qué quedarnos entre gentes que no tienen más pensamiento que el odio y la sed de venganza, que nos miran con recelo y que, al oír que hablamos alemán, nos amenazan muchas veces con el puño cerrado? No era empresa fácil salir de París, de Francia. Había que atravesar, se quisiera o no, zonas militares, y solía negarse a los particulares el acceso a las estaciones del ferrocarril. También nos cuesta trabajo dejar nuestra nueva casa sin terminar… En realidad, debimos haber salido mucho antes. Tantas y tan violentas emociones vividas en los últimos tiempos habían quebrantado mi salud; desde hacía algún tiempo me acometían ataques nerviosos. A menudo tenía escalofríos y un par de veces me habían dado llantos compulsivos.

Ya teníamos arreglado nuestro equipaje y todo dispuesto para partir cuando me sobrevino un nuevo ataque, pero tan violento que me obligó a guardar cama. El médico declaró grave mi estado, podía tratarse de una fiebre nerviosa o incluso de una inflamación cerebral, y me prohibió que me expusiera a las fatigas de un viaje.

Permanecí en cama durante varias semanas. De toda aquella época sólo queda un recuerdo ilusorio y, ¡cosa rara!, muy agradable. Cierto era que mi enfermedad era grave y todo en el lugar donde residía era triste y terrible, una ciudad sitiada, y, sin embargo, cuando vuelvo la vista atrás, era una época singularmente feliz. Sí, feliz, con una intensidad que sólo lo pueden sentir los niños. La afección cerebral que me aquejaba y que me sumía en una especie de inconsciencia o semiinconsciencia, había paralizado mi pensamiento, mi reflexión, mi voluntad, y me había dejado una percepción vaga de mi existencia, la misma, como he dicho, que perciben los niños objeto de todo cariño… Cariños no me faltaban. Mi marido me prodigó cariñosos cuidados, me atendió con ternura y solicitud incansables. Durante mi enfermedad no se apartó de mi lado ni de día ni de noche, y con frecuencia traía a los niños a mi cama. ¡Qué de cosas me contaba Rudolf! La mayor parte de las veces me era imposible comprender su charla, pero su vocecita querida me parecía música. El balbuceo de nuestra pequeña Sylvia, nuestra muñequita idolatrada, me encantaba por su dulzura. Había cientos de tonterías que a Friedrich y a mí se nos ocurrían a

propósito de los gestos o dichos de nuestra hija… No conservé el recuerdo de tales niñerías, pero sí sé que me hacían reír y me producían alegría. Cada una de las habituales bromas me parecía el súmmum de la diversión, y cuanto más las repetían, más me divertían y más gracia me hacían. ¡Con qué placer tomaba los medicamentos prescritos! Todos los días, a la misma hora, me daban una limonada que me parecía un néctar divino como si en toda mi vida no hubiera probado nada igual. Y todas las noches tomaba un preparado de opio, calmante y soporífero al mismo tiempo, que provocaba en mí un sueño delicioso, cuya dulzura saboreaba sin perder la conciencia de que a mi lado velaba mi amado Friedrich. De la guerra, que hacía estragos alrededor de París, no sabía nada, y cuando me asaltaba el menor recuerdo, lo contemplaba como un acontecimiento que ocurría en algún lugar lejano, algo que no me concernía, como si tuviese lugar en China o en otro planeta. Mi habitación de enferma, de convaleciente, mejor dicho, era todo mi universo. En ella me sentía renacer a la dicha.

¿A la dicha? ¡Ay, no! Con la salud restablecida nació la conciencia de los horrores que me rodeaban. Nos encontrábamos en una ciudad sitiada, en el centro de una población que sufría hambre, frío y toda suerte de privaciones. La guerra seguía haciendo estragos.

Mientras, había llegado el invierno, el frío era congelador. Ahora supe lo que había ocurrido durante mi enfermedad. La capital del «país hermano», Estrasburgo, la ciudad «maravillosa», la «auténticamente alemana», la «alemana hasta la médula» fue bombardeada y su biblioteca destruida. Aquellos 193 722 disparos —tres o cuatro por minuto—.

¡Estrasburgo ha sido tomada!

Una desesperación furiosa se apoderó del país, esa desesperación que degenera en rabia y locura. Se buscaba en Nostradamus predicciones aplicables a los acontecimientos actuales; nuevos videntes se permitieron hacer profecías. Aún peor: aparecieron poseídos. Era como un retroceso a la noche de los espíritus de la Edad Media, iluminada por los fuegos de las hogueras…

«¡Ah, si pudiera vivir entre beduinos!», había exclamado Gustave Flaubert. Y yo me lamentaba: «¡Oh, si pudiese volver a los sueños de mi enfermedad!». Pero mi restablecimiento era completo y estaba condenada a saber y a comprender todos los horrores de aquellos días. Empecé de nuevo a hacer anotaciones en mis cuadernos rojos. He aquí las siguientes notas:

1 de diciembre. —Trochu se hace fuerte en las alturas de Champigny.

2 de diciembre. —Encarnizado combate en los alrededores de Brie y de Champigny.

5 de diciembre. —El frío es cada vez más intenso. Muchos desventurados mueren cubiertos de sangre y tendidos entre la nieve. También en París se sufren los horrores

del frío. El comercio ha cesado por completo. No hay nada con lo que hacer fuego. ¡Lo que darían algunos por tener un par de astillas de madera, seguro que el trono de España…!

21 de diciembre. —Ataque sobre París.

25 de diciembre. —En las localidades de Troo y Sougé reciben a tiros disparados desde las ventanas de las casas a un pequeño destacamento de la caballería prusiana (a esto se llama obligación patriótica). El general Kraatz, para castigar a esos pueblos, ordena que sean reducidos a cenizas (esto es obligación de mando). «Prended fuego», reza la orden. Y la tropa, muchachos sin duda buenos y valientes, obedecen la orden (a esto se llama obligación del soldado). Las llamas se elevan rápidamente hacia el cielo; con estrépito, los techos de aquellas pobres moradas se hunden sobre hombres mujeres y niños. Muchos, hombres y bestias, huyen lanzando alaridos, se están abrasando.

¡Oh, feliz, santa y bienaventurada noche de Navidad!

¿Caería París víctima del hambre o también sería bombardeada?

Contra esta última suposición se subleva la conciencia civilizada. ¿Bombardear la *ville-lumière*, aquel centro de atracción de todos los pueblos, aquel brillante hogar para las artes, donde se han acumulado tantas riquezas, tantos tesoros artísticos? ¿Bombardearlo como si fuera una de tantas ciudadelas? ¡No, ni pensarlo! Toda la prensa neutral había protestado en contra (lo supe más tarde). En Berlín, los periódicos del partido de la guerra hacían, por el contrario, una campaña violenta a favor de la conquista de la ciudad del Sena, asegurando que era el único medio para acabar de una vez con la guerra. ¡Cabía soñar mayor gloria! Por cierto, estas protestas hicieron que en Versalles ciertos círculos llevaran a cabo determinadas medidas estratégicas —después de todo, un bombardeo no es nada—. El día 28 de diciembre escribí, con mano temblorosa:

¡Aquí está…! ¡Oigo ruidos sordos…, silencio…, nuevo estampido…!

No escribí nada más, pero conservo, claras y precisas, mis impresiones de aquel día. La exclamación: «¡Aquí está!», a la vez que mi terror, expresaba cierta liberación, algo así como un alivio, como la cesación de una tensión nerviosa que se me había hecho insufrible. Lo que durante tanto tiempo, en parte, se esperaba y se temía, pero también se consideraba imposible por lo inhumano, estaba aquí.

Estábamos tomando un tentempié de media mañana (a saber, pan y queso, los alimentos ya escaseaban) con Rudolf y su preceptor, cuando resonó el primer cañonazo. Levantamos todos la cabeza e intercambiamos miradas de sorpresa. ¿Sería aquello…?

¡Imposible!… Habrá sido un portazo del portón de alguna casa o algo por el

estilo. Se hizo el silencio. Continuamos nuestra interrumpida conversación sin decir nada sobre lo que aquel ruido nos hacía presentir. Tres o cuatro minutos después se repitió el estampido. Friedrich se puso en pie.

—Es el bombardeo —dijo, y se precipitó hacia la ventana.

Le seguí. De la calle venía un ruidoso alboroto, se habían formado grupos, estaban allí parados escuchando e intercambiando voces excitadas.

Nuestro ayuda de cámara entró azorado en la estancia. En ese mismo momento retumbó otra detonación.

—Oh, monsieur et madame, c'est le bombardement!

Toda la servidumbre de la casa, hasta el mozo de cocina, invadió la habitación. La barrera que separa las clases sociales cae ante catástrofes como la guerra, el incendio y el hambre. Todos se sienten amenazados, porque ante el peligro todos los hombres se consideran iguales, mucho más que ante las leyes, y que ante la muerte, puesto que los sepelios y las ceremonias que los acompañan no conocen las distinciones de rango. *C'est le bombardement, c'est le bombardement!* Todos cuanto habían entrado en la estancia tenía un único grito.

Era horrible, y sin embargo recuerdo con claridad que me produjo algo así como una cierta admiración presenciar tal acontecimiento. No me desagradaba estar presente en aquel difícil episodio del destino, me halagaba poder apreciar que el peligro no me hacía temblar. Mi pulso se aceleraba, experimentaba…, ¿cómo lo diré? …, experimentaba el orgullo del coraje.

La cosa resultó, después de todo, menos terrible de lo que a primera vista parecía. Ni se produjeron incendios en los edificios, ni el terror enloqueció a la población, ni aquello se pareció en nada a una lluvia de bombas, sólo ese continuo, sordo y lejano estruendo y a intervalos, unas veces más largos otras más cortos. Bastó poco tiempo para que los parisinos se habituaran al estruendo del cañón y tomasen como paseo favorito los sitios desde donde se oía mejor. Algún que otro proyectil estallaba en las calles, pero rara vez producía víctimas. Bien es cierto que las bombas habían producido algún que otro muerto, pero en una ciudad con más de un millón de habitantes, estos casos se leen en la prensa local como incidentes ocasionales, sin darles mayor importancia: «Un obrero se precipita desde el cuarto piso de un andamio», «una mujer vestida con decoro cae al río desde la balaustrada del puente», y otros similares. Más que el bombardeo, inquietaban a la población el hambre, el frío y las penalidades de toda clase. Sin embargo, debo confesar que me impresionó profundamente una desgracia que supimos por una esquela mortuoria que llegó a casa:

> El señor y la señora N… le informan de la muerte de sus dos hijos, François, de ocho años, y Amélie, de cuatro, muertos por una bomba que atravesó la ventana. Ruegan a Vd. participe en su pésame silencioso.

¡Pésame «silencioso»! La esquela me arrancó un grito de terror cuando la leí en el periódico. Comprendí la desesperación espantosa que palpitaba en aquella lacónica esquela… Por un momento vi a nuestros dos hijos, Rudolf y Sylvia… ¡No! ¡Sólo de pensarlo…!

Se reciben muy pocas noticias. Por supuesto, las comunicaciones postales han quedado interrumpidas y no hay más comunicación con el mundo exterior que las establecidas por medio de globos y palomas mensajeras. Circulan toda clase de noticias contradictorias. Unas veces se habla de salidas victoriosas, otras, de que el enemigo ha resuelto asaltar París, incendiando y arrasando sin piedad hasta no dejar piedra sobre piedra. Aseguran otros que, antes que un solo alemán atraviese sus fosos, los comandantes de los fuertes tienen orden de volar todo París. Cuentan otros que una parte de la población del país, especialmente del Sur (*le Midi se lève*[165]) atacará por la espalda a los sitiadores cortándoles la retirada y exterminando hasta al último hombre.

Entre tanto cúmulo de noticias falsas nos llegaron también algunas cuya exactitud se comprobó después; por ejemplo, la del pánico que había sobrevenido en la carretera de Grand-Luce, cerca de Mans, donde se cometieron verdaderas atrocidades. Soldados en desbandada arrojaron a la vía a los heridos que conducía el tren y ocuparon sus lugares.

De día en día se hace más difícil proveerse de víveres. Tiempo hacía que en los depósitos se habían acabado las terneras y los corderos. Pronto se agotaron también los caballos. Comenzó un periodo en el que no se rechazaban los perros, los gatos, las ratas, ni los ratones; y en breve será preciso comerse los animales del parque zoológico *Jardin des plantes*, sin perdonar al pobre elefante, querido. Es difícil encontrar pan, hay que hacer cola durante horas frente a las puertas de las panaderías para conseguir una pequeña ración. Pero la mayoría vuelven con las manos vacías. La extenuación y las enfermedades producen una rica cosecha de muertos. De las mil cien personas por semana que morían en épocas normales, hemos pasado a cuatro mil y hasta cinco mil ahora. Había cada día en torno a 400 casos de muertes por causas no naturales; dicho de otro modo, asesinatos. Pero cuando el asesino no es un sujeto individual, sino un ente impersonal, es decir, la guerra, no es por ello menos asesino. ¿Sobre quién recaía la responsabilidad? Ésta debería caer sobre los fanfarrones parlamentarios que con sus discursos provocadores prendieron fuego a la pólvora y declararon que asumían ante la Historia la responsabilidad de esta guerra; afirmó Girardin en la sesión parlamentaria del 15 de julio. ¿Son las espaldas de los hombres tan anchas y fuertes como para soportar esta carga criminal? De seguro, no. Pero a nadie se le ocurre responder a semejante farol.

Un día, allá por el 20 de enero, regresó a casa Friedrich, muy excitado, de un paseo por la ciudad.

—Prepara tu cuaderno de notas, mi querida historiadora —me dijo dejándose caer sobre una butaca—. Hoy te traigo una noticia importante.

—¿Cuál de los cuadernos? —le pregunté—. ¿El Protocolo de la Paz?

Friedrich movió negativamente la cabeza.

—Ése habrá que dejarlo dormir durante mucho tiempo. Ha adquirido la guerra proporciones de naturaleza tan violenta que ya no quedan esperanzas de limitar su acción. En la parte de los vencidos se han extendido las simientes del odio y la venganza, y éstas darán su cosecha en el futuro. Y de parte de los vencedores, las victorias logradas les han infundido también la simiente del orgullo bélico.

—¿Qué ha ocurrido que es tan importante?

—El rey Guillermo acaba de ser proclamado emperador alemán en Versalles. Ya tenemos *una* Alemania y un imperio unificado y poderoso. Por sí solo, este acontecimiento constituye un capítulo de Historia universal. Tú misma puedes pensar que acaba de nacer un imperio que es producto de las armas. En lo sucesivo, las dos naciones más avanzadas del continente, en vez de ponerse al frente de la civilización, dedicarán todas sus energías al desarrollo y crecimiento del espíritu bélico. Una, porque querrá devolver los golpes que ha recibido; la otra, para mantener su supremacía. Puedes cerrar tu Protocolo de la Paz, por espacio de mucho tiempo nos encontraremos bajo la sangrienta constelación de Marte.

—¡Emperador alemán! —exclamé. Hice que Friedrich me refiriera todos los detalles del acontecimiento.

—No puedo por menos que alegrarme de esta noticia. Puesto que la gran carnicería no había sido estéril, ya que de ella nació un imperio grande y poderoso.

—Pero desde el punto de vista francés es una doble pérdida… Nosotros podemos juzgar esta guerra con criterio independiente. No sólo debemos deplorarla desde el punto de vista humanitario, sino, también, considerada desde el nacional, nos asiste el derecho a no regocijarnos por los triunfos de nuestros opresores de 1866. Sin embargo, reconozco, como tú, que la unificación de Alemania es un suceso hermoso. Admiro la abnegación de la que dan pruebas los príncipes alemanes ofreciendo la corona imperial a ese vencedor ya anciano. Sí, el hecho es grandioso. Lo único que siento es que esa unificación sea el coronamiento de una obra de guerra. Entristece el ánimo pensar que si Napoleón III no hubiese declarado la guerra a Prusia, los alemanes no habrían tenido el patriotismo suficiente para realizar, por iniciativa propia, la unión de que tan orgullosos están ahora. Su alegría se exaltará no sé hasta dónde; los votos de su poeta se han troncado en una realidad hermosa; van a olvidar que apenas hace cuatro años estaban en guerra unos con otros, y que, para que los hannoveranos, los sajones y los de Fráncfort y Nassau no había nombre más detestado que el de «prusiano». En cambio, en Francia, el odio a Prusia llegará al infinito.

Sentí un estremecimiento.

—Sólo la palabra odio…

—Te causa horror… y con razón. Mientras subsista ese sentimiento, no existirá un verdadero sentimiento de humanidad. Hoy, en este mundo de desdichas, no hay

más que una cosa…, ¿no es verdad, Martha?, una sola cosa capaz de ennoblecer al hombre, una cosa capaz de darle la dicha: el amor.

Con la cabeza inclinada sobre su hombro, fijé mis ojos en los suyos, mientras su mano separaba los rizos de mi frente.

—Sí, nosotros sabemos cuán dulce es sentir el corazón henchido de amor, de amor a nuestros hijos, amor a nuestros hermanos de la gran familia humana, a quienes libraríamos gozosos de las desventuras que les amenazan. ¡No quieren ellos…!

—No, Friedrich, mi corazón no es tan amplio. Yo no puedo amar a los que aborrecen.

—Pero podrás compadecerlos, al menos.

Un largo rato continuamos tratando del mismo tema. Todavía hoy tengo constancia de ello, porque en aquellos días de continuos acontecimientos bélicos, fueron muchas las anotaciones que hice en mis cuadernos rojos. Hablamos luego del futuro. París no tardaría en capitular, terminaría la guerra y nosotros podríamos volver, sin mala conciencia, a ser felices. Queríamos pasar revista a las garantías de nuestra felicidad. Ocho años de matrimonio no habían entibiado la intensidad de nuestro amor, más bien lo habían fortalecido. Las nuevas vicisitudes por las que pudiera pasar nuestra vida no harían sino estrechar más y más los lazos que unían nuestras experiencias comunes. Cuando las primeras canas marcasen el paso del tiempo, podríamos mirar con serenidad nuestro pasado. ¡Qué hermoso declinar de la existencia, iluminada por los postreros resplandores del ocaso, se alzaba ante nosotros!… Tantas veces y con tanta viveza me he figurado la imagen de la pareja de ancianos que haríamos un día, y ésta ha quedado grabada profundamente en mi espíritu y todos los días, resurge con mil detalles, como si fuera una realidad. Veo a Friedrich cubierto con un gorro de terciopelo en la cabeza y una podadera en la mano, y en verdad que no sé por qué razón, pues jamás manifestó afición hacia la horticultura ni ha usado un gorro para estar en casa. En cuanto a mí, me veía con una mantilla negra, coquetonamente prendida en mis cabellos blancos, sentada en un rincón soleado del jardín. Sonriendo, intercambiándonos nuestras miradas y antiguas frases de cariño… «¿Sabes que en aquel entonces…? ¿Te acuerdas cuando…?»

He necesitado superar turbaciones, recurrir a todo mi valor, hacer un llamamiento a toda mi energía para escribir muchas de las páginas precedentes. No sin un horror interno pude describir las escenas de mi viaje a Bohemia y la semana de la epidemia de cólera en Grumitz. Me animó la conciencia de que estaba cumpliendo un deber solemne. Unos labios muy queridos me dijeron un día: «Si muero antes que tú, continúa mi obra, que es la obra de la paz». Sin esta prescripción, reconozco que me habría faltado valor para ahondar en heridas tan crueles.

Ahora acabo de llegar a un hecho que quiero mencionar, pero que no quiero y no me será posible describir.

¡No, no puedo, no puedo!

Lo he intentado inútilmente: diez cuartillas emborronadas, hechas pedazos, están esparcidas por el suelo alrededor de mi mesa. Un dolor agudísimo lacera mi corazón. Mis pensamientos, fríos al principio, han hervido en seguida en mi cerebro; la pluma se ha escapado de los dedos y he llorado con desesperación, como llora un chiquillo.

He dejado pasar algunas horas, intenté tomar de nuevo la pluma para describir los detalles del suceso…, para reflejar algo de lo que experimenté… ¡Imposible! Desisto de ello.

Me limitaré a apuntar el hecho.

¡Friedrich…, mi único…!, a consecuencia de una carta de Berlín que encontraron en sus bolsillos, pasó a ser sospechoso de espionaje. Arrastrado por una cuadrilla de fanáticos que gritaban: *À mort, à mort le Prussien!*[166]…, y tras un juicio sumarísimo… fue fusilado el día 1 de febrero de 1871.

Epílogo

(1889)

Cuando recobré de nuevo la conciencia, se había firmado la paz y la Comuna[167] había sido derribada. Durante meses había estado en cama, bajo los cuidados de la fiel Anna, sin saber que vivía. De qué enfermedad se trataba, hasta el día de hoy sigo sin saberlo. Los que me rodeaban la llamaron amablemente tifus, pero yo creo que se trataba simple y llanamente de locura.

De forma difusa me acuerdo de aquellos días, en los que todo está envuelto por el martilleo de disparos e incendios que no cesan. Probablemente los sucesos de los que se hablaba en mi presencia los mezclaba yo en mi fantasía con las luchas entre el ejército de Versalles y los comuneros, y los incendios de las *pétroleuses*[168].

Cuando recobré la razón y tuve conciencia de mi terrible desgracia, el sufrimiento y el pesar no acabó conmigo, posiblemente porque tenía a mis hijos. Por ellos pude, por ellos tuve que seguir viviendo. Precisamente antes de la enfermedad, en el mismo día de la terrible desgracia, Rudolf me salvó la vida. Estaba postrada en el suelo y a gritos repetía: «¡Morir! ¡Morir! ¡Quiero morir!», y una cara de niño suplicante y amorosa me miraba con solemne dolor.

—¡Madre! —dijo.

Hasta entonces, mi pequeño siempre me había llamado «mamá».

En aquel momento empleó por primera vez la palabra «madre» y con aquellas dos sílabas me dijo: «No estás sola, tienes un hijo que comparte tu dolor, que te quiere y te venera por encima de todo y que no tiene a nadie en el mundo más que a ti. ¡No abandones a tu hijo, madre!».

Estreché contra mi corazón a aquella criatura para mostrarle que le había comprendido y balbuceé:

—¡Hijo mío, hijo mío!

Pero había sido demasiado violenta la impresión del dolor. Mis facultades mentales se trastornaron. Durante un año entero sufrí terribles accesos de melancolía acompañados de perturbaciones cerebrales. Las crisis fueron espaciándose a medida que el tiempo transcurría. De todo aquello no conservo recuerdo. Ahora, después de varios años, estoy libre de aquellas recaídas. Libre de aquella pesadumbre en la que perdía la conciencia, pero no libre de los ataques conscientes en los que mi espíritu experimenta el más amargo dolor. Han pasado dieciocho años desde aquel 1 de febrero de 1871, pero las hondas huellas de aquella tragedia no podrán borrarse aunque viva cien años.

No he dejado el luto desde entonces, ni el día de la boda de mi hijo. Cuando se ha amado con locura y se ha perdido a un marido de la trágica manera como yo perdí al mío, el amor debe ser «más fuerte que la muerte», y no pueden extinguirse las ansias de vengarle.

Pero ¿a quién dirigir esta ira? ¿Vengarme? ¿En quién? Los hombres que le asesinaron no son los responsables del crimen. El único culpable es el espíritu de la guerra; y contra él debo dirigir mis represalias, por impotentes que hayan de resultar.

Mi hijo Rudolf comulga con mis ideas, aunque no por ello ha dejado de cumplir con la obligación de su año en el servicio militar. Si un día estalla sobre nuestras cabezas la gran guerra europea que nos amenaza, tendrá que ir a la frontera. Y entonces, pues, todavía podría ver a lo que más adoro en el mundo sacrificado en los brazos de Moloch[169], introducido en su vientre incandescente, ésta sería la señal de que cualquier indicio de paz en mí se habría venido abajo.

Si esto ocurriera, perdería nuevamente la razón, pero sería para no recobrarla jamás. ¿Y si tuviera la dicha de asistir al triunfo de la justicia y de la humanidad? ¿Quién sabe? De día en día se fundan y consolidan nuevas asociaciones en todos los estratos de la sociedad.

Ni una palabra he escrito en los cuadernos rojos (mi diario). Bajo la fecha del 1 de febrero de 1871 hice una gran cruz y con ello concluí la historia de mi vida. Lo único que he hecho ha sido añadir algunas notas al Protocolo de la Paz (el cuaderno azul).

Durante los primeros años que siguieron a la guerra franco-alemana, contadas veces tuve ocasión, debido a mi enfermedad, de apuntar alguna nota favorable a la paz. Las dos naciones más grandes del continente no alimentaban más que pensamientos guerreros; una, por orgullo de la victoria alcanzada; otra, por las ansias de desquite. La exaltación ha entrado en un periodo de calma. Los de esta parte del Rin aclamaron con menos frecuencia la estatua de Germania, los de la otra cubrieron con menos crespones la ciudad de Estrasburgo. A los diez años se dejó oír la voz de un apóstol de la paz, Bluntschli, el profesor de Derecho internacional, que puso en práctica el acertado proyecto de consultar a cierto número de gobiernos y de políticos eminentes sobre la gran cuestión de la paz universal. Entonces fue cuando el taciturno «Pensador de batallas» pronunció la frase: «La paz universal no es más que un sueño, y ni siquiera tiene el mérito de ser un sueño hermoso».

A renglón seguido de esta frase de Moltke[170], añadí en mi cuaderno azul: «Si Lutero hubiese pedido al Papa su parecer sobre la Reforma, es más que probable que el Papa no la hubiera aprobado».

Hoy en día no hay casi nadie que no sueñe con este sueño o que no quiera confesar su hermosura. Y hay también quienes velan, y velan con una visión de futuro, para sacar a la humanidad del largo sueño de la barbarie. Hombres eminentes se han unido para agrupar un día a la humanidad entera bajo los pliegues de la bandera blanca. Su lema es: «Guerra a la guerra»; ésta es la única palabra que tiene el poder de salvar de la ruina a la Europa armada. Y su voz de mando: «¡Abajo las

armas!». En todas partes, en Inglaterra, en Italia, en los países nórdicos, en Alemania, Suiza, en América, se han fundado asociaciones para obligar a los gobiernos, por la presión de la voluntad popular, a someter sus conflictos futuros al fallo de un tribunal internacional. La cuestión de Alabama[171], la de las islas Carolinas[172] y otras, solucionadas en la forma indicada, son prueba evidente de que la idea de arbitraje internacional no es ni un sueño ni un arrebato insensato de entusiasmo. No son ya gentes sin poder y sin influencia, como el pobre herrero, en torno a la obra de la paz, no: son miembros parlamentarios, obispos, sabios, senadores, ministros. De ello estoy al corriente (aunque la mayoría de la gente no sepa nada al respecto) porque con todas estas personalidades estoy en contacto directo, después de que Friedrich entablase relaciones con ellas para que se uniesen a un noble proyecto. A través de estas personalidades estoy al corriente de los éxitos y los planes de las diferentes asociaciones en pro de la paz. En el Protocolo he consignado los progresos de las sociedades pacifistas. El último registro es la siguiente carta del presidente de una de las ligas de la paz, con sede en Londres y dirigida a mí:

International Arbitration and Peace
Association. London 41, Outer Temple
July 1889

Madam,

You have honoured me by inquiring as to the actual position of the great question to which you have devoted your life. Here is my answer: At no time, perhaps, in the history of the world, has the cause of peace and goodwill been more hopeful. It seems that, at last, the long night of death and destruction will pass away; and we who are on the mountain top of humanity, think that we see the first streaks of the dawn of the kingdom of Heaven upon earth. It may seem strange, that we should say is at a moment, when the world has never seen so many armed men and such frightful engines of destruction ready for their accursed work; - but when things are at their worst, they begin to mend. Indeed, the very ruin which these armies are bringing in their train, produces universal consternation; and soon the oppressed Peoples must rise and with one voice say to their rulers: «Save us, and save our children from the famine which awaits us, if these things continue; Save Civilisation and all the triumphs which the efforts of wise and great men have accomplished in its name; save the world from a return to barbarism, rapine and terror!».

«What indications», do you ask, «are there of such a dawn of a better day?». Well, let me ask in reply, is not the recent meeting at Paris of the Representatives of *one hundred* Societies for the declaration of international concord, for the substitution of a state of law and justice for that of force and wrong, an event unparalleled in history? Have we not seen men of many nations assembled on this occasion and elaborating with enthusiasm and unanimity, practical schemes for this great end? Have we not seen, for the first time in history, a Congress of Representatives of the

parliaments of free nations declaring in favour of treaties being signed by all civilised States, whereby they shall bind themselves to defer their differences to the arbitrament of equity, pronounced by an authorised tribunal instead of a resort to wholesale murder.

Moreover, these representatives have pledged themselves to meet every year in some city of Europe, in order to consider every case of misunderstanding or conflict, and to exercise their influence upon Governments in the cause of just and pacific settlements. Surely, the most hopeless pessimist must admit that these are signs of a future, when war shall be regarded as the most foolish and most criminal blot upon man's record?

Dear Madam accept the expression of my profound esteem.

Yours truly
Hodgson Pratt[173]

También se encuentra en el libro azul el manifiesto de un príncipe[174], fechado en marzo de 1888, un manifiesto en el cual se rompe definitivamente con la vieja usanza; en vez de propugnar un espíritu bélico, se aboga por uno pacífico.

Pero la nobleza que estas palabras promulgaban a su pueblo, y que con cetro en mano quiso poner en la práctica, fue más bien una rama de palma sin poder alguno, una pausa tranquila, que en breve se vería interrumpida.

—Madre, ¿te quitarás el luto pasado mañana?

—Con estas palabras irrumpió Rudolf un día en mi cuarto. Se iba a celebrar el bautizo de su primogénito.

—No, hijo mío, no —respondí.

—No puedo creer que estés triste ese día; ¿por qué, pues, vestirte el símbolo exterior de la tristeza?

—Te supongo libre de supersticiones, Rudolf; no creo que temas que el luto de la abuela atraiga la desgracia sobre el nieto.

—No se trata de eso, madre; pero bien sabes que el luto no armoniza bien con la alegría. ¿Has hecho algún voto?

—Voto no, pero sí una resolución, y las resoluciones basadas en el recuerdo como el que guardo tienen toda la inviolabilidad de un voto.

Rudolf no insistió.

—Te he interrumpido —dijo, dando otro giro a la conversación—. ¿Estabas escribiendo?

—Sí, la historia de mi vida; pero, gracias a Dios, la he terminado ya; estoy en el último capítulo.

—No puedes cerrar la historia de tu vida, puesto que te restan, así lo espero, muchos y felices años de vida. El nacimiento de Friedrich, a quien enseñaré que ame

sobre todo a su abuela, abre en tu historia un capítulo nuevo.

—Eres un buen hijo, Rudolf; muy ingrata habría de ser para no sentirme orgullosa de ti. También endulza los postreros días de mi vida mi…, «su» Sylvia. Sí, puedo esperar una vejez bendita, pero convendrás en que la historia del día acaba cuando el sol se pone, ¿verdad?

Una mirada compasiva fue su única contestación.

—Sí, la palabra «fin» es adecuada. Cuando decidí escribir mi biografía, hice propósito de terminarla con el día 1 de febrero de 1871. Únicamente me vería obligada a escribir un capítulo nuevo si tú murieses en la guerra, lo que bien podría haber ocurrido (por suerte, durante la campaña bosnia aún no estabas en edad de entrar en servicio). El libro, tal como está, ha sido para mí dolorosísimo escribirlo.

—También lo será leerlo —dijo Rudolf ojeando el manuscrito.

—También lo creo. Pero si ese dolor lograse despertar en algunos corazones un odio profundo contra la guerra, mis sufrimientos no serían estériles.

—¿No temes que se adivine la intención del relato y se malogre el objeto que te propones con la obra?

—No, porque el objeto lo expongo yo misma con las tres palabras que forman el título del libro: *Abajo las armas*.

Julio de 1889. Ayer tuvo lugar el bautizo de mi nieto. El día fue para mí dichoso por doble motivo: mi hija Sylvia y el padrino de mi nieto, el conde Anton Delnitzky, joven que desde hace tiempo era de mi agrado, han añadido al acontecimiento del bautizo la del anuncio de sus esponsales.

Me rodeaba, pues, toda la felicidad que una madre puede prometerse de sus hijos. Desde hace seis años Rudolf está en posesión del mayorazgo de la familia Dotzky, y desde hace dos, casado con su prometida de la infancia, Beatrix, de soltera Griesbach, la criatura más encantadora que nadie pueda imaginarse. Y el nacimiento de un hijo viene a colmar su felicidad. En una palabra: un destino envidiable y radiante.

Nuestros invitados toman asiento en una mesa dispuesta en el invernadero. Por las puertas de cristal, abiertas de par en par, penetra el tibio ambiente de una tarde deliciosa de verano, saturado de perfume de rosas.

A mi lado se sienta Lori Griesbach, madre de Beatrix. También viuda. Su marido murió en la expedición contra Bosnia; pero su pérdida no la afligió muy profundamente, puesto que jamás pensó en llevar luto eterno. A esta fiesta de familia se ha presentado engalanada con un vestido de brocado granate y luciendo una profusión de joyas. Continúa siendo tan superficial como en su juventud. Cuestiones sobre ropa, un par de novelas inglesas y franceses en boga y cotilleos de sociedad son suficientes para llenar su horizonte. Pero el coqueteo no lo ha abandonado por completo. Aunque no pone ya sus ojos en los jóvenes, sino en los hombres de edad madura, sobre todo si son de alto rango o desempeñan cargos oficiales. Me parece que en el momento actual dirige sus baterías contra el ministro «Evidentemente».

Éste ha variado recientemente de nombre: le llamamos ahora el ministro «Por otra parte», a causa de la nueva locución por él adoptada.

—He de hacerte una confesión —me dijo Lori después que habíamos brindado a la salud de nuestro nietecito—. Quiero aprovechar la oportunidad festiva de este día para declararte algo que pesa sobre mi conciencia. Estuve verdaderamente enamorada de tu marido.

—Me lo has confesado ya con mucha frecuencia, querida Lori.

—Pero él nunca me demostró más que indiferencia.

—Lo sé también.

—Martha, tuviste un marido verdaderamente ejemplar. No puedo decir otro tanto del mío, pero he sentido mucho la muerte de Griesbach. Si me he consolado ha sido merced a la reflexión de que su muerte fue gloriosa… Desagradable es la vida de una viuda, particularmente si se encuentra a las puertas de la vejez. Mientras se tienen admiradores y pretendientes, no carece de encantos la viudez; pero sin ellos… En la actualidad, te aseguro que la soledad me lleva a la melancolía… Para ti es diferente, puesto que vives con tu hijo. Pero yo tengo pocos deseos de vivir con Beatrix, y Beatrix no suspira tampoco por ello… El papel de suegra no me entusiasma, porque a fin de cuentas una quiere siempre ser la señora de la casa… Te diré con franqueza que no sería imposible que volviera a casarme… Claro está que sería un matrimonio razonable, con un hombre maduro…

—Con un ministro o cosa parecida… —interrumpí sonriendo.

—¡Ah, picarona, y cómo lo has adivinado! Pero mira allá. ¿Observas con qué animación hablan tu hija y Toni Delnitzky? Es casi comprometido.

—Déjalos que hablen. Al salir de la iglesia hoy se han arreglado. Me lo ha contado todo Sylvia. Mañana vendrá ese joven a pedirme su mano.

—¿Qué me dices? ¡Estás de enhorabuena! No creas que no ha dejado de divertirse el guaperas de Toni…; pero los hombres son todos iguales; no puede ser de otra manera, pero, si se piensa, es realmente un brillante partido…

—Sylvia no ha tenido en cuenta esa perspectiva: le ama.

—¡Entonces mucho mejor! No es mal complemento del matrimonio el amor.

—¡Complemento! ¡Di más bien que lo es todo!

Uno de los invitados, un coronel Von D., reclamó silencio golpeando con su copa. Casi todos los invitados pensaron que era fastidioso tener que interrumpir las conversaciones para escuchar al orador. En efecto, el discurso no pudo ser más tedioso. El buen señor, poco habituado a hablar en público, perdió tres o cuatro veces el hilo del discurso. Tampoco pudo estar más desencaminado en la elección del tema. Felicitó al recién nacido por haber venido al mundo en la época en que más necesitada de varones estaba la patria… «¡Quiera Dios que un día esgrima la espada con tanta gloria como la esgrimieron sus antepasados! ¡Quiera Dios que engendre muchos hijos que, a su vez, sean el honor de sus padres y de sus abuelos! ¡Quiera Dios que muchos de sus hijos caigan, como sus abuelos, en el campo del honor, y,

como sus abuelos, sacrifiquen su vida en aras de la patria! Y como sus abuelos, venzan o… y… o… como sus…, quiero decir, que brindo a la salud de Friedrich Dotzky».

Aunque se entrechocaron las copas, el brindis fue acogido con frialdad. A nadie podía producir buena impresión pensar que aquel niño, que acababa de entrar en la vida, estuviese inscrito en la lista fatal preparada para batallas futuras.

Sin duda, para borrar la penosa impresión del desdichado brindis, alguien hizo la observación consoladora de que, en las circunstancias actuales, la Triple Alianza era garantía casi segura del mantenimiento de la paz…

La conversación general entró insensiblemente en el terreno político. Tomó la palabra el ministro «Por otra parte».

—Hay que reconocer (Lori Giesbach estaba pendiente de sus labios) que nuestro poder ofensivo es hoy tan colosal, que haría reflexionar a cuantos pudiesen abrigar deseos de turbar la paz. La *Landsturm*, reforma que impone el servicio militar a todo ciudadano varón comprendido entre los diecinueve y los cuarenta y dos años, y a todo oficial que no pase de los sesenta, nos permite poner en pie de guerra, a la primera alarma, 4 800 000 hombres. *Por otra parte*, sería cándido negar que las exigencias siempre crecientes del ministro de la Guerra y los sacrificios que ellas imponen al país no son para el pueblo una carga demasiado pesada. *Por otra parte*, ensancha, regocija el alma ver el entusiasmo patriótico con que los representantes de la nación votan en el acto cuantos créditos suplementarios les son pedidos. Comprenden la necesidad de supeditar toda clase de consideraciones al desarrollo de nuestras fuerzas militares.

—¡Un artículo de fondo en toda la extensión de la palabra! —exclamó uno en voz baja.

Por otra parte continuó así:

—De esa manera tendremos la mejor garantía para el mantenimiento de la paz. Fieles a nuestro patriotismo nacional, con el acrecentamiento de nuestras fuerzas defensivas mantendremos intactas nuestras fronteras, llenaremos el más santo de nuestros deberes y consolidaremos la legítima esperanza de evitar los peligros que, de diversas partes, pudieran amenazarnos. Por eso levanto mi copa en honor de ese príncipe de la paz a quien tanto quiere nuestra amiga la baronesa Martha, príncipe estimado también por las tres potencias que integran la liga de la paz. Os pido a todos que bebáis conmigo. ¡Viva la paz! ¡Ojalá disfrutemos durante muchos años de sus beneficios!

—No puedo asociarme al brindis por las ideas que acaba de exponer nuestro amigo —dije—. La paz armada no es un beneficio. Tampoco debemos procurar vernos libres del azote de la guerra durante un plazo más o menos largo, sino para siempre. Cuando nos embarcamos para una travesía larga, ¿nos contentamos con la seguridad de que el barco, por el momento, no va a chocar ni a zozobrar? La obligación del capitán es terminar el viaje sin contratiempo.

El doctor Bresser, el mejor amigo de nuestra casa, vino en mi ayuda.

—En efecto, Excelencia, ¿cree usted que los soldados enamorados de su carrera desean la paz? ¿Piensa que nadie construiría arsenales, gastaría millones en maniobras, levantaría fuertes y atrincheramientos, si en todo ello no vieran más que simples simulacros? ¿Opina usted que las naciones se divierten fortificándose, para enviarse besos en la mano a través de la fronteras? Quien dice *Si vis pacem*[175]… sabe muy bien el resto, y los diputados que votan créditos tampoco tienen los ojos cerrados.

—¡Los diputados! Dignos de alabanza son por su unanimidad en los momentos críticos —interrumpió el ministro.

—Permítame usted. Si yo pudiera, diría al uno: ¿Ves a esa madre? Tu voto le roba un hijo. A otro: tu voto arranca los ojos a ese desdichado, tu voto entrega a las llamas esa biblioteca preciosa, tu voto abre el cráneo a ese poeta, que tal vez hubiese sido la gloria de su patria. Y tú has dado ese voto para que no te tachasen de cobarde.

—Espero, querido doctor —repuso el coronel, con amargura—, que no ocupará usted nunca un escaño en el Parlamento, le silbarían.

—Por el solo hecho de presentar mi candidatura, probaría que no soy cobarde.

—¿Y si el peligro nos cogiera desprevenidos?

—Es que nosotros estableceríamos un derecho de gentes que haría imposible el peligro. Una guerra sería hoy demasiado terrible, sería una lucha de gigantes que traería consigo el exterminio de los vencedores y de los vencidos. ¿Quién de ustedes se atrevería a votar una guerra así?

—Yo, no, pero los hombres en general… —contestó el ministro—. Nuestro Gobierno no lo haría nunca, pero las demás naciones…

—¿Con qué derecho acusa usted a los demás de ser peores, más salvajes que nosotros? Y a propósito de esto, voy a permitirme contarles un cuento:

«Un grupo de mil y un hombres miraban con envidia un jardín maravilloso, cuya verja estaba cerrada. El portero tenía orden de dejar entrar a aquellas gentes, siempre que la mayoría lo pidiese. Llamó al que estaba más cerca y le preguntó: “Con sinceridad, dime: ¿quieres entrar?”. “Yo sí, pero los demás no accederán nunca”. El sagaz portero anotó la respuesta en su cuaderno. Llamó al segundo, quien contestó exactamente lo mismo que el primero. Apuntó inmediatamente en su cuaderno: “Uno sí, mil no”. Así fue continuando hasta llegar al último. El resultado fue mil y un *sí* por un millón de *no*. La puerta no se abrió, porque cada uno, en vez de contestar por cuenta propia, se limitó contestar por los demás».

—Un voto unánime a favor del desarme sería hermosísimo —dijo el ministro—; pero ¿quién toma la iniciativa? ¿Cómo imponer silencio a las pasiones y a los intereses particulares?

Mi hijo Rudolf tomó la palabra.

—Cuarenta millones de ciudadanos de una nación forman un todo. ¿Por qué no han de formarlo también varios centenares de millones? ¿Es admisible que, pese a las

pasiones, pese a los intereses, cuarenta millones de hombres puedan renunciar a la guerra? ¿Es admisible que se constituya una liga de la paz como la Triple Alianza? Y si esto es admisible… y posible, ¿no ha de serlo que sigan el mismo camino cinco naciones más? Nosotros nos creemos seres civilizados y nos reímos de los salvajes, y en ciertas cosas somos más salvajes que ellos.

—¿Nosotros salvajes?

—Sostengo la palabra, somos salvajes, y salvajes continuaremos siendo mientras no prescindamos del pasado. Pero hoy veo surgir la aurora de una era nueva. Tal vez ha nacido ya el príncipe o el hombre de Estado que tendrá la gloria de proponer el desarme de las naciones. Pronto el egoísmo del Estado cederá su puesto a la fraternidad de los pueblos, y la justicia será la base de la vida social. Pero en el día del bautizo de este recién nacido no habrá más brindis: ¡Por el futuro!… ¿Pero qué tienes, madre? ¿Lloras? ¿Qué miras con tanta atención?

Mis ojos se habían vuelto hacia la puerta de cristaleras abierta. Los rayos del atardecer envolvían un rosal con una trémula aureola dorada; y en el centro del rosal vi aparecer una vez más la visión, con tal nitidez que me parecía viva. Le vi con una podadora de jardín en la mano…, el sol doraba sus cabellos de plata… Me sonrió… «¿No es cierto que formamos una pareja de ancianos felices?».

¡Ay de mí!



BERTHA VON SUTTNER (Praga, 9 de junio de 1843 - Viena, 21 de junio de 1914), fue una pacifista y escritora austriaca. En 1905 se convirtió en la primera mujer distinguida con el Premio Nobel de la Paz y la segunda mujer laureada con un Nobel después de Marie Curie en 1903.

En 1889, a la edad de 46 años, publicó la novela *Die Waffen nieder!* (*¡Abajo las armas!*), que se convirtió rápidamente en un clásico del movimiento pacifista internacional y se tradujo a varios idiomas. En la obra describe la guerra desde el punto de vista de una mujer, tocando así la fibra sensible de la sociedad y suscitando numerosos debates sobre el militarismo y la guerra. Fue adaptada al cine en 1914 por Holger-Madsen y Carl Theodor Dreyer, con el título *Ned Med Vaabnene*.

Notas

[1] Francisco José I, Emperador de Austria, Rey Apostólico de Hungría, Rey de Bohemia, Dalmacia, Croacia, Eslovenia, Galitzia, Lombardía, Venecia, Lodomeria e Iliria. Rey de Jerusalén, Archiduque de Austria, Gran Duque de Toscana y Cracovia, Duque de Lorena, Salzburgo, Estiria, Carintia, Carniola y la Bukovina, Gran duque de Transilvania, Margrave de Moravia, Duque de la Baja y Alta Silesia, Módena, Parma, Piacenza y Guastalla, de Auschwitz y Zator, de Teschen, Friuli, Ragusa y Gradisca. Príncipe de Trento y Brescia. Margrave de la Baja y Alta Lusacia, de Istria, Conde de Hohenembs, Feldkirch, Bregenz, Sonnenberg, Señor de Trieste, de Cattaro y de la Marca de Windisch. Gran Voivoda de la Voivodina en Serbia, etc. <<

[2] Jacques Dugast, *La vida cultural en Europa entre los siglos* XIX *y* XX. Barcelona, Paidós, 2003, pág. 164. <<

[3] «trotz vielem, was dagegen spricht, […] vielleicht doch ein Land für Genies; und wahrscheinlich ist es daran auch zugrunde gegangen» (Robert Musil, *Der Mann ohne Eigenschaften*, vol. 1, Reinbek, Rowohlt, 1978, pág. 15). <<

[4] I Guerra Balcánica (1911), II Guerra Balcánica (1913), III Guerra Balcánica (1914). <<

[5] Fritz Fischer, *Krieg der Illusionen: Die deutsche Politik: 1911-1914*, Düsseldorf, Droste, 1987. <<

[6] *Bertha de la paz*, nombre satírico empleado en muchas de las caricaturas dirigidas a la persona y obra de Bertha von Suttner. <<

[7] En sus *Memorias* lista sus lecturas: las obras completas de Shakespeare, Goethe, Schiller, Lessing, Victor Hugo, Dickens y Bulwer; además, Anastasius Grün, Hamerling, Grillparzer, Byron, Shelley, Alfred Musset y Tennyson. En francés, las novelas de George Sand, Balzac y Dumas; el teatro de Corneille, Racine, Molière, Dumas, Augier y Sardou. Completan la lista obras sobre etnografía, química, astronomía y filosofía y el contemporáneo Charles Darwin. <<

[8] Henri Dunant (Ginebra, 1828-Heiden, 1910) se encontraba en el campo de batalla de Solferino, en julio de 1859, en el momento en que comenzaban a llegar los heridos. Dunant ayudó a los dos médicos que se habían dado cuenta de la escasez de recursos con que contaban; el horror de lo que allí vio lo impulsó a realizar apremiantes gestiones con los diferentes gobiernos para conseguir la creación de una asociación destinada a ayudar a los heridos de guerra. En 1862 publicó su libro *Souvenir de Solférino (Un recuerdo de Solferino)*, que llegó a tener repercusión mundial. El 22 de agosto de 1864, la Convención de Ginebra creó el Comité Internacional de la Cruz Roja. La nueva organización adoptó como emblema una cruz roja sobre fondo blanco, es decir, la misma bandera, pero con los colores invertidos, que la de su país, Suiza. Henri Dunant fue pronto olvidado. Hacia el final de su vida, en 1901, obtuvo el Premio Nobel de la Paz. <<

[9] Hermano menor de Heinrich Heine. <<

[10] En georgiano, «Samegrelo», provincia al norte de Georgia, su capital era Zugdidi; como el resto de las provincias de Georgia en el siglo XIX, estaba anexionada a Rusia. <<

[11] Abreviación de *Boulotte*, el nombre cariñoso con el que Arthur von Suttner llamaba a Bertha. Arthur también escribía en un principio bajo el pseudónimo de M. A. Lerei. <<

[12] Bertha von Suttner publicó sus artículos escritos en el Cáucaso en una amplia serie de periódicos, entre ellos: *Neue Illustrierte Zeitung, Die Gartenlaube, Neue Wiener Tagblatt, Berliner Tagblatt, Deutsche Romanbibliothek, Über Land und Meer*. <<

[13] «Ahora es en efecto una mala profesión – saturación» («Ist jetzt in der Tat ein schlechter Beruf – Überfüllung»), comentaba la autora (citado en Hamann, 2009: 293). <<

[14] «Denn für eine Schar hungernder Kinder sorgen zu müssen, das hätte uns vielleicht die gute Laune noch verdorben, die uns in unserem Lebensduett nie verlassen hat» (Suttner, 1906a: 287). <<

[15] Los Suttner leían los periódicos rusos, franceses y alemanes que les prestaba el cónsul inglés o un amigo sueco. Bertha contaba con conocimientos rudimentarios de ruso que había adquirido en Viena antes de su partida; en la lengua georgiana sabía las formas de cortesía elementales, y con la familia de la princesa Dadiani las conversaciones se desarrollaban en francés. <<

[16] Arthur expresará su agradecimiento a Sacher-Masoch al publicar finalmente su novela en *Auf der Höhe*, publicación que califica de asilo para todos los que quieren escribir lo que de verdad tienen en el corazón (Hamann 2009: 84). Años más tarde, cuando el estado de salud y la situación material del polémico escritor no dejaban de deteriorarse, Bertha intentó obtener un legado destinado a ayudar al empobrecido Sacher-Masoch, pero su primera mujer, Wanda, hizo fracasar la operación. También intentó organizar una conmemoración con motivo de su sesenta cumpleaños, pero por razones desconocidas no pudo lograrlo (citado en Bernard Michel, *Leopold von Sacher-Masoch*, Barcelona, Circe, 1992, pág. 371). <<

[17] Durante trece años fueron miembros de la Asociación. Sus intentos por reformarla y modernizarla fracasaron. La pareja fundó al poco tiempo la Österreichisch-Literarische Gesellschaft (Sociedad Literaria Austriaca), aunque tras algún tiempo fue disuelta por el reducido número de socios que consiguió reunir. <<

[18] Existe una versión española de esta obra publicada en Madrid por Idamor Moreno, S. A., sin especificar año. <<

[19] En esta obra menciona la autora por primera vez el movimiento pacifista internacional. <<

[20] Suttner, que también utilizó el pseudónimo de «Elisa Arnold», no era un caso único entre las mujeres de su época, que publicaban con un nombre falso o un nombre de varón. Irma von Troll-Borostyáni lo hacía con el nombre de «Leo Bergen», y Minna Kautsky, con «Eckert» y «Wilhelm Wiener». <<

[21] Esta difundida anécdota es posiblemente falsa, aunque Suttner conoció a Nordau en París y durante años se mantuvo en contacto con él. Cierto es que se le atribuyó la paternidad del libro, al igual que al político liberal y filósofo Bartolomeus Carneri y ambos lo desmintieron. Max Nordau le hizo en una ocasión la observación de que las mujeres en realidad sólo podían escribir sobre un asunto: «sobre niños» (Hamann, 2009: 444). Sólo diez años más tarde de la publicación del libro, coincidiendo con la tercera edición del mismo, la autora desvela el secreto de la autoría. <<

[22] «Nur ein redliches Mittel gibt es, Verfolgte vor Verfolgung zu schützen – sich neben sie zu stellen» (citado en Hamann, 2005: 9). <<

[23] En una dedicatoria, Bertha von Suttner escribe «A quien primero fue mi discípulo, más tarde mi ayudante y finalmente mi báculo» («Dem, der zuerst mein Jünger, spätermein Gehilfe, zuletzt mein Stab geworden») (citado en Hamann, 2005: 15). <<

[24] «[…] glaubten viele der Roman wäre infolgedessen geschrieben worden. In Wahrheit lag es gerade umgekehrt. Mein Buch war die Ursache meines persönlichen Mitwirkungs» (Bertha von Suttner, «Wie ich dazu kam, *Die Waffen nieder!*», en *Aus der Werkstatt des Pazifismus. Vortragszyklus im Wiener Volksbildungsverein*, Viena/Leipzig, 1912. Aquí citado según la publicación con el «engañoso» título de *Inventarium einer Seele*, pero que en realidad recoge fragmentos de diferentes textos de la autora; Viena, Metroverlag, 2010, pág. 28). <<

[25] «Bin ich denn das wirklich? Es will mir nicht eingehen» (citado en Hamann, 2009: 137). <<

[26] Una encuesta realizada por el *Berliner Tagesblatt* en 1903 dio a conocer que Bertha von Suttner era la mujer más famosa de su época, por detrás de ella se situaban Carmen Sylva, Sarah Berhard, Eleonore Duse y Marie von Ebner-Eschenbach, respectivamente. <<

[27] Las vivencias y acontecimientos de su estancia en La Haya los recogerá en forma de libro en 1900, bajo el título *Die Haager Friedenskonferenz (Conferencia de la Paz en La Haya)*. <<

[28] La pareja de agnósticos había acordado previamente que ambos no serían enterrados sino incinerados. El cadáver de Arthur von Suttner fue trasladado en ferrocarril desde la Baja Austria a Gotha, dado que en aquella época no existía un crematorio en Viena. Éste es el motivo por el que las cenizas de Bertha von Suttner también se encuentren en esta ciudad alemana. <<

[29] «Löwos» era otro de los motes que Arthur tenía para Bertha, a causa de su pelo fuerte y rebelde, que él llamaba «Löwenmähne» (melena de león). <<

[30] Las *Memorias* de la autora quedan interrumpidas con la muerte de su marido: «Estos recuerdos de mi vida quiero interrumpirlos aquí, no puedo llamar vida a lo que ha llenado la mía desde el 10 de diciembre de 1902 hasta hoy» («Diese Lebenserinnerungen will ich hier abbrechen; ich kann es nicht mehr Leben nennen, was meine Tage zwischen dem 10. Dezember 1902 und heute gefüllt hat») (*Memoiren*, 1909: 539). <<

[31] La cinta *Ned med vaabnene* fue dirigida por Holger Madsen en 1914, con el guión adaptado de Carl Theodor Dreyer. Se considera uno de los primeros celuloides pacifistas, fue estrenada en Nueva York el 14 de agosto de 1915 y prohibida en Austria y Alemania hasta el final de la guerra. En Estados Unidos se utilizó para defender la inicial voluntad del país de no participar en el conflicto. <<

[32] En su primera edición de 1901, el premio fue otorgado a Henri Dunant y Frédéric Passy. <<

[33] «Meine Fabriken werden dem Krieg früher ein Ende machen als Ihre Kongresse. An dem Tag, da zwei Armeekorps sich gegenseitig in einer Sekunde vernichten können, werden alle zivilisierten Nationen zurückschaudern und ihre Truppen verabschieden» (citado en Johannes Twaroch, *Typisch Österreich. Literatur in Anekdoten*, Viena, Amalthea, 2003, págs. 53-54). <<

[34] A pesar del inmenso éxito que obtuvo la obra, su autora se quejaba en 1890 de que no existiese una convención internacional sobre derechos de traducción. Editoriales extranjeras estaban editando el libro sin pagarle los más mínimos derechos de autor. La primera edición en inglés estaba incompleta, al igual que la aparecida en Estados Unidos. Hasta 1912 no se publicó una traducción autorizada y revisada por la propia autora en la editorial Longmans, Green, and Co. <<

[35] La Wiener Künstlerhaus presentó dos exposiciones del pintor en 1882 y 1886 que ilustraban los horrores de la guerra ruso-turca, e indujeron a muchos de sus visitantes hacia posturas antibélicas e incluso conversiones en pro de la causa pacifista; entre ellos, al fiel colaborador de Bertha von Suttner y también premio Nobel de la Paz, Alfred Fried. Sin embargo, no está comprobado en qué medida la exposición de 1886 influyó en la concepción de *¡Abajo las armas!*, aunque la autora conocía personalmente al pintor. <<

[36] «Die Waffen hoch! Das Schwert ist Mannes eigen, / wo Männer fechten, hat das Weib zu schweigen, / Doch freilich, Männer gibts in diesen Tagen, Die sollten lieber Unterröcke tragen» (recogido en la revista *Die Waffen nieder!*, 22 de febrero de 1896). <<

[37] «Keinem vernünftigen Menschen würde es einfallen, Tintenflecken mit Tinte wegputzen zu wollen. Nur Blut, das soll immer wieder mit Blut ausgewaschen werden» (citado en Johannes Twaroch, *Typisch Österreich. Literatur in Anekdoten*, Viena, Amalthea, 2003, pág. 53). <<

[38] «Es galt den edlen Männern aller Zeiten / Als ihres Strebens schönster, höchster Lohn, / Fürs Vaterland zu kämpfen und zu streiten / Als ganzer Mann und als getreuer Sohn, […] Nun merket wohl; *Es gibt kein Waffen nieder*, / Weil's keinen Frieden ohne Waffen gibt! / Drum haltet fest den Säbel in der Rechten, / Laßt nimmer ihn entsinken eurer Hand / Und ruft die Not, *dann* seid bereit zu fechten, / Bereit zu sterben für das Vaterland» (recogido en la revista *Die Waffen nieder!*, 1 de junio de 1892, bajo el nombre de René Nilke). <<

[39] «Wer ruft *Die Waffen nieder*? Ein hysterischer Blaustrumpf hat mit dem Gepiepse begonnen» (citado en Hamann, 2009: 142). <<

[40] Protagonista de la obra *Der Streit um den Sergeanten Grischa (El caso del sargento Grischa)* (1927). <<

[41] Protagonista de la obra *Krieg (Guerra)* (1928). <<

[42] La más conocida obra antibelicista de la literatura alemana, escrita por Erich Maria Remarque (1898-1970). <<

[43] «Leute, die viel gereist sind, mehrere Sprachen kennen und in diesen Sprachen viel gelesen und auf diese Weise sich das Beste von dem Geiste und dem Wesen der verschiedenen Nationen angeeignet haben, streifen ihre nationalen Fehler auch in den äußeren Merkmalen ab. Sie sind als Engländer nicht steif, als Deutsche nicht schwerfällig, als Franzosen nicht oberflächlich und eitel, als Italiener nicht komödiantisch und als Amerikaner nicht vulgär. Sie bieten den nach allen Seiten in veredelten Typus einer neu erstehenden Nation, die sich einst die Welt erobern muß: Die Nation der Weltbürger» (Suttner, 1906a: 140-141). <<

[44] Arthur no formó parte de ningún partido liberal y a Bertha, al ser mujer, le era un terreno vetado. <<

[45] A partir de 1882, y tras una fuerte presión política del movimiento feminista, a las jóvenes se les permitió acceder a los institutos de enseñanza media. También a partir de ese año crecieron los centros de magisterio. Finalmente, a las mujeres se les permitió el acceso a la universidad en 1897; hasta entonces sólo podían cursar estudios superiores en Zúrich. <<

[46] «Für die Arbeiterinnen war die Stellung in der Produktion der Ansatz zur Emanzipation, für die bürgerliche Frau das Geschlecht der Ansatz zur Gleichberechtigung» (Götz, 1996: 137). <<

[47] Progromos contra judíos entre 1881 y 1884. <<

[48] No obstante, ya en 1886 era miembro de la Verein der Schriftstellerinnen und Künstlerinnen in Wien (Asociación de Escritoras y Artistas en Viena), fundada el 1 de abril de 1885, y que contaba con 55 miembros activos y 153 simpatizantes (entre ellas: Marie von Ebner-Eschenbach, Betty Paoli, Minna Kautsky y Ada Christen) (Rosenbacher, 1992: 322). <<

[49] *Neue Freie Presse, Neues Wiener Tagblatt, Neues Wiener Journal, Die Zeit, Österreichische Rundschau, Frankfurter Zeitung, Berliner Tageblatt, Die Woche, New Yorker Staatszeitung, Pester Lloyd, Secolo, Courier Européen, Die Welt, Das Freie Blatt* (Kempf, 1987: 46). <<

[50] «Ningún día sin una línea», proverbio atribuido a Plinio el Viejo, *Historia Natural*, Libro XXXV. <<

[51] «Der Schriftsteller soll nützen, erheben, beglücken – er soll der Wahrheit, der Gerechtigkeit und der-Schönheit gedient haben, freudenhemmende Vorurteile wegräumen, Aberglauben und Dunkel zerstören helfen» (Suttner, 1907a: 196). <<

[52] «die nicht aus Büchern und immer wieder aus Büchern schöpften, die Altgelesenes neu schreiben, sondern jene, die Leben studieren, um daraus die Stimmungen, die Einzelheiten, die Eindrücke – so wie sie sind, noch frisch zuckend, wirklichkeitstriefend auf das Papier zu bannen» (citado en Hamann, 1991: 98). <<

[53] Preferimos mantener el término original francés, que es también el adoptado en alemán, dado que su correspondiente en español «folletín» denota una serie de connotaciones peyorativas no presentes en el género tal y como se contempla en la cultura alemana. <<

[54] «[…] gehört zu den sinnigsten Unappetitlichkeiten, die uns die Schmockpresse je zum heiligen Fest beschert hat» (Götz, 1996: 164). <<

[55] Es interesante comprobar que en la segunda mitad del siglo XIX el género de la novela de tesis haya sido cultivado en Austria fundamentalmente por mujeres. Diez años antes de la aparición de *¡Abajo las armas!*, la escritora Minna Kautsky (1837-1912), madre del teórico marxista Karl Kautsky, escribió *Stefan vom Grillenhof* (1879), una novela pacifista que tiene como eje central los acontecimientos en torno a la batalla de Königgrätz. <<

[56] «die beiden Suttners von der Schule der *Jungen Österreicher* verleugnet und es sich wohl auch selber verbitten würden, dazu gerechnet zu werden, obwohl sie doch wenigstens als erste Boten und Läufer in sie gehören würden» (Bahr, 1891, citado en Wunberg, 1981: 294-295). <<

[57] «Viel schuld ist mein literarisch toter Name. Hat keinen Marktwert. Beim Publikum hat die Pazifistin die Literatin getötet» (citado en Kempf, 1987: 86). <<

[58] Arthur Schnitzler recoge en sus diarios una breve anotación tras la visita que ésta les hizo a él y a su mujer el 4 de marzo de 1914: «Por la tarde Bertha Suttner… Sobre la cuestión de la paz. Ella piensa que en 100 años no habrá más guerras. Yo creo que en 100 000. Es lista y bondadosa» («Nachmittags Bertha Suttner… Über die Friedensfrage. Sie glaubt, in 100 Jahren gibt's keine Kriege mehr. Ich glaube, in 100 000. Sie war klug und gütig») (A. Schnitzler, *Tagebuch 1913-1916*, Viena, Österreichische Akademie der Wissenschaft, 1983, pág. 103). <<

[59] «Sonderbar, wie weit sich die Schreibweise der Neuen von uns wegentwickelt hat. Ist’s schön? Ich weiß nicht. Fesselnd? Ja» (citando en Hamann, 2009: 293). <<

[60] Compárese con la encuesta del *Berliner Tagesblatt* de finales de 1903. <<

[61] «Zufällig traf ich am nächsten Tage Bertha von Suttner, die großartige und großmütige Kassandra unserer Zeit. Aristokratin aus einer der ersten Familien, hatte sie in ihrer früheste Jugend nahe ihrem böhmischen Stammschloß die Greuel des Krieges von 1866 gesehen. Und mit der Leidenschaft einer Florence Nightingale sah sie nur eine Aufgabe für sich im Leben: einen zweiten Krieg, den Krieg überhaupt zu verhindern. Sie schrieb einen Roman, *Die Waffen nieder*, der einen Welterfolg hatte, sie organisierte unzähligen pazifistische Versammlungen, und der Triumph ihres Lebens war, daß sie Alfred Nobel, dem Erfinder des Dynamits, das Gewissen erweckte, als Entgelt für das Unheil, das er mit seinem Dynamit angerichtet, den Nobelpreis für Frieden und internationale Verständigung zu stiften. Sie kam ganz ich erregt auf mich zu. “Die Menschen begreifen nicht, was votgeht”, schrie sie ganz laut auf der Straße, so still, so gütig gelassen sie sonst sprach. “Das war schon der Krieg, und sie haben wieder einmal alles vor uns versteckt und geheimgehalten. Warum tut ihr nichts, ihr jungen Leute? Euch geht es vor allem an! Wehrt euch doch, schließt euch zusammen! Laßt nicht immer alles uns paar alte Frauen tun, auf die niemand hört”. Ich erzählte ihr, daß ich nach Paris ginge; vielleicht könne man wirklich eine gemeinsame Manifestation versuchen. “Warum nur vielleicht?”, drängte sie. “Es steht schlimmer als je, die Maschine ist doch schon im Gang”. Ich hatte, selbst beunruhigt. Mühe, sie zu beruhigen» (Zweig, 1947: 243-244). <<

[62] EME, «Berta de Suttner», prólogo a *¡Abajo las armas! (Die Waffen nieder!*). Laureada con el Premio Nobel en 1905, Barcelona, Heinrich 1906, págs. 5-6. <<

[63] *La Vanguardia*, 2 de mayo de 1906, pág. 6. <<

[1] Los Graco fueron una influyente familia en la antigua Roma, desde finales del siglo III a. C. y sobre todo a mediados del siglo II a. C. Desde el cargo de tribunos de la plebe (*tribunus plebis*) intentaron implantar ambiciosas reformas sociales. El cónsul Tiberio Sempronio Graco fue el padre de los hermanos: Tiberio Sempronio Graco (162/164-133 a. C.) emprendió por medio de una serie de leyes agrarias una serie de reformas sociales; y Cayo Sempronio Graco (153-121 a. C.) continuó la labor reformista de su hermano. <<

[2] María Teresa I de Austria (1717-1780), casada con Francisco I, emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, fue la primera y única mujer que gobernó sobre los dominios de los Habsburgo (1740-1780). Es considerada un ejemplo del despotismo ilustrado. Fue responsable de la mayoría de las grandes reformas financieras, sanitarias y educativas realizadas en sus dominios; promovió el comercio, desarrolló la agricultura y reorganizó el ejército austriaco, lo que fortaleció la posición internacional de Austria. Sin embargo, se negó a permitir la tolerancia religiosa. <<

[3] Johann Joseph Wenzel, conde Radetzky von Radetz (1766-1858), noble y militar procedente de Bohemia, fue el más importante mariscal de campo del ejército austriaco durante la segunda mitad del siglo XIX. La victoria de Radetzky en la batalla de Custozza los días 24 y 25 de julio de 1848 en el contexto de la primera Guerra de Independencia italiana supuso la expulsión a los piamonteses de Lombardía; Radetzky los forzó a firmar un tratado de paz con los austriacos. Cuando la guerra se reanudó en marzo de 1849, Radetzky los venció nuevamente, en esta ocasión en Novara, lo que provocó la abdicación de Carlos Alberto en favor de su hijo, Víctor Manuel. En agosto, Radetzky restauró por completo la autoridad austriaca en las provincias italianas. La composición la *Marcha Radetzky* de Johann Strauß (padre) inmortalizó al mariscal de campo. <<

[4] Momento del baile en el cual las mujeres son las que sacan a bailar a los hombres. <<

[5] Mariánské Lázně, famoso centro balneario de Bohemia que conservó su nombre alemán (Marienbad) hasta 1945. Goethe, Chopin, Kafka, Freud y Nietzsche fueron algunos de los ilustres visitantes que pasaron temporadas de reposo en esta ciudad. <<

[6] En francés en el original: «fiesta». <<

[7] En francés en el original: «cena». <<

[8] Se hace referencia a la emperatriz y reina de Austria-Hungría desde 1854, Elisabeth (1837-1898), esposa del emperador Francisco José I, conocida popularmente como Sissi. <<

[9] Thomas Carlyle (1795-1881) fue un historiador, crítico social y ensayista escocés. En su ciclo de conferencias filosófico-históricas *On heroes, hero-worship and the heroic in history*, publicadas en 1841, sostiene que el avance de la civilización se debe a las proezas de las grandes personalidades. <<

[10] Durante la guerra de Crimea (1853-1856), Camillo Benso, conde Cavour (1810-1861), ofreció la ayuda del Reino de Piamonte y Cerdeña a las grandes potencias, y envió a Crimea un cuerpo del ejército. Su objetivo era crear un estado fuerte en el norte de Italia bajo la corona de la Casa de Saboya. Pero descubrió que para alcanzar ese objetivo debía obtener apoyos de las potencias europeas. Al participar en la guerra en el lado de los vencedores, el Piamonte fue admitido a la mesa de negociaciones como aliado de dos grandes potencias: Francia e Inglaterra. En 1856 se firmó la paz en el Congreso de París con la presencia del representante de Austria. Cavour no obtuvo compensación alguna por su participación en la guerra, pero consiguió que una de las sesiones se dedicara expresamente a discutir el problema italiano: pudo así defender públicamente la idea de que la represión de los gobiernos reaccionarios y la política del Imperio austriaco eran los auténticos responsables de las inquietudes revolucionarias, que se estaban formando en toda la península y que estas revueltas podrían constituir una amenaza para todos los gobiernos de Europa. De este modo, Cavour llamó la atención de todas las potencias europeas sobre la cuestión italiana. En 1858 se entrevistó con Napoleón III en Plombières para ratificar un tratado defensivo-ofensivo frente a los Habsburgo. En 1859 estalló la guerra que enfrentó, por un lado, a Francia y al Piamonte y, por otro, a Austria. <<

[11] Hace referencia al Reino de Cerdeña, el nombre de las posesiones de la casa de Saboya en 1720, cuando la isla de Cerdeña le fue obsequiada al rey Víctor Amadeo II de Saboya para compensar la pérdida de Sicilia a manos del Imperio austriaco. Aparte de Cerdeña, el reino incluía Saboya, Piamonte, Niza y Liguria, con su ciudad capital: Génova. Oficialmente su nombre completo era: *Reino de Cerdeña, Chipre y Jerusalén, Ducado de Saboya y Montferrat, Principado de Piamonte*. Durante la mayor parte de los siglos XVIII y XIX, bajo el gobierno de la Casa de Saboya, la capital política y económica fue Turín. En 1860 Saboya y Niza le fueron cedidas a Francia como pago por el apoyo francés en la guerra contra Austria, como parte de la campaña de unificación italiana. En 1860, se convirtió en el principal de los reinos fundadores del Reino de Italia. <<

[12] El Prater es un gran parque público en el segundo distrito de la ciudad de Viena. El nombre de Prater deriva de la palabra latina *pratum*, que significa prado. Su nombre lo tomó posiblemente a través de la palabra en español. La palabra «Prater» se usó por primera vez en 1403, originalmente para referirse a una pequeña isla en el Danubio, pero su significado se fue extendiendo gradualmente a las zonas adyacentes también. Las tierras cambiaron de dueños con frecuencia hasta que las compró el emperador Maximiliano II en 1560 para utilizarlas como terrenos de caza. En 1766, el emperador José II declaró al Prater libre para el entretenimiento público y permitió establecimientos de venta de café, que fueron los inicios del parque de atracciones actual. A lo largo de los años, la práctica de la caza fue habitual en el recinto, hasta que se prohibió en 1920. <<

[13] La batalla de Novara fue un enfrentamiento armado entre el Imperio austriaco y el Reino de Cerdeña, Se produjo entre el 22 y el 23 de marzo de 1849. Bajo el mando del mariscal Joseph Radetzky, las tropas de Austria tomaron la ciudad de Novara. <<

[14] Heinrich Hermann Joseph Freiherr von Hess (1788-1870), mariscal de campo al mando de las tropas austriacas durante la segunda Guerra de Independencia italiana (1859-1861). <<

[15] En francés en el original: «Es la guerra». <<

[16] En ambos combates vencieron los piamonteses apoyados por tropas francesas el 20 de mayo y el 4 de junio de 1859, respectivamente. <<

[17] En italiano en el original: «alemanes». <<

[18] Referencia a las campañas emprendidas por Austria contra Napoleón I. <<

[19] El 14 de agosto de 1350, el emperador Carlos IV dio privilegios de ciudad al lugar, pues conocía la leyenda de las fuentes termales y sus supuestos beneficios para la salud. Los topónimos Karlsbad y Karlovy Vary tienen significado similar en alemán (baños o balneario de Carlos) y en checo (baños termales o balneario termal de Carlos), respectivamente. <<

[20] La derrota de Solferino el 24 de junio de 1859 forzó a las tropas austriacas a rendirse. Las bajas en el bando aliado fueron 2492 muertos, 12 512 heridos y 2922 capturados o desaparecidos. Más de 3000 soldados austriacos murieron, 10 807 fueron heridos y 8638 capturados o desaparecidos. Después de esta batalla, Henri Dunant, testigo de ésta y de la agonía y sufrimiento de los heridos en el frente, se sintió motivado a fundar la Cruz Roja Internacional. <<

[21] «Desde el abismo» es un motete en el que se canta el salmo bíblico número 130 (129). Un salmo penitencial que suele emplearse principalmente en la liturgia de difuntos. <<

[22] Tras los grandes éxitos de las tropas conjuntas de Francia y Piamonte frente a Austria en las batallas de Magenta y Solferino, Napoleón III firmó por separado la Paz de Villafranca en 1859, ante el temor a que el conflicto se extendiera. Los nacionalistas italianos se sintieron traicionados por él. <<

[23] En inglés en el original: *El origen de las especies*. <<

[24] Henry Thomas Buckle (1821-1862), historiador inglés y uno de los más célebres actores de su época. En su obra más destacada, *History of Civilization in England* (1857-1861), aplicó el método científico a los estudios históricos. <<

[25] La diosa Eris (llamada Discordia en la mitología romana) era hija de Nix (la Noche). Su trabajo consistía en crear rumores, inquinas y celos basándose en su malévola imaginación y su experiencia; provocaba rencillas y odios entre unos y otros. Un día Zeus organizó un gran banquete con motivo de la boda de Tetis y Peleo, al que invitó a todos los dioses con excepción de Eris dada su naturaleza problemática. Ella, ofendida, apareció en la fiesta con la *Manzana de la Discordia*, una manzana de oro con la inscripción «para la más hermosa», y la lanzó en medio de todos indicando que el fruto debía ser entregado a la diosa más hermosa de todas. Las diosas, inmediatamente, trataron de adueñarse de la manzana, pero cuando las más poderosas entraron: Hera, Afrodita y Atenea, todas las demás se apartaron. La disputa entre las diosas no se hizo esperar, y como no había solución al problema, ya que los dioses no querían tomar partido, Zeus envió a las diosas al monte Ida con Hermes, quien se encargaría de llevarlas a Paris, príncipe troyano, elegido para dar veredicto sobre tan importante cuestión. El joven primero tuvo miedo, luego cada diosa le ofreció lo que estaba en sus manos para que la eligiera a ella. Paris, como joven y apasionado que era y después de mucha meditación, le entregó la manzana a Afrodita que se convirtió en su protectora. Paris raptó a Helena, hecho que ocasionó la guerra de Troya. <<

[26] Publicación francesa quincenal sobre Historia, Política, Literatura y Arte, fundada en París en 1829. <<

[27] En francés en el original: «dama guardiana». <<

[28] En francés en el original: «clan». <<

[29] Joseph von Klinkowström (1813-1876), predicador jesuita austriaco, sus sermones se hicieron tan famosos en Viena que hasta el emperador quiso conocerlo. <<

[30] Ilma de Murska (en realidad Ema Pukšec, 1834-1889) fue una famosa soprano croata. <<

[31] Amplio bulevar circular que rodea el centro de la ciudad de Viena. Al demolerse las fortificaciones de la ciudad se hizo posible la construcción entre 1858-1865 de esta avenida de cuatro kilómetros. En la segunda mitad del siglo XIX se inicio la construcción de los edificios monumentales: la Ópera del Estado, los museos de Historia del Arte e Historia Natural, el Parlamento, etc., todos ellos en estilo historicista, que funde los estilos arquitectónicos de distintas épocas de la Historia del Arte. <<

[32] Teatro de la corte. Fue fundado en 1741 por la emperatriz María Teresa I de Austria con la finalidad de contar con un teatro que estuviera en las cercanías de su palacio, y su hijo el emperador José II lo llamó el Teatro Nacional Alemán en 1776. A partir de 1794, el teatro fue denominado el «K. K. Hoftheater nächst der Burg». En 1888 se traslado a un nuevo edificio de estilo neobarroco en la Ringstraße, el cual había sido diseñado por Gottfried Semper y Karl Freiherr von Hasenauer. <<

[33] En el original, el acrónimo k. u. k. *kaiserlich und königlich (imperial y real)*. Hace referencia a la *Monarquía dual* o Imperio Austrohúngaro de 1867 a 1918. <<

[34] En francés en el original: «se hizo un silencio helado». <<

[35] Carl von Linné o Linneo (1707-1778) fue un científico, naturalista, botánico y zoólogo sueco que estableció los fundamentos para el esquema moderno de la nomenclatura binomial. Se le considera el fundador de la moderna taxonomía, y también se le reconoce como uno de los padres de la ecología. <<

[36] Georges Léopold Chrétien Frédéric Dagobert Cuvier (1769-1832), naturalista francés. Fue el primer gran promotor de la anatomía comparada y de la paleontología. <<

[37] Jean-Louis-Rodolphe Agassiz (1807-1873), naturalista, anatomista comparativo, paleontólogo, glaciólogo y geólogo suizo, experto en el estudio comparado de los peces y el análisis del movimiento de los glaciares. Agassiz es recordado hoy en día principalmente por su trabajo sobre las glaciaciones, pero también por ser uno de los grandes zoólogos que se opuso a la teoría de la evolución de Charles Darwin. <<

[38] Jean Louis Armand de Quatrefages de Bréau (1810-1892), zoólogo y antropólogo francés. <<

[39] *Les Huguenots*, ópera cómica de Giacomo Meyerbeer, estrenada en París en 1836. <<

[40] En francés en el original: «caché». <<

[41] En inglés en el original: «recepción». <<

[42] En francés en el original: «como Dios manda». <<

[43] Christian Bernhard Tauchnitz (1816-1895), fundador de una imprenta primero y después de una editorial en Leipzig, inició en 1841 la edición de la *Collection of British and American Authors*, la llamada Tauchnitz-Edition, para la difusión en el continente de los más sobresalientes escritores ingleses y americanos en su lengua original. <<

[44] En inglés en el original: «cortejar y ganar el amor de una mujer». <<

[45] David Friedrich Strauß (1808-1874) contribuyó, desde el racionalismo alemán tardío, al movimiento de la antigua búsqueda del Jesús histórico iniciado por Hermann Samuel Reimarus; publicó en 1835/1836 la obra *Das Leben Jesu, kritisch bearbeitet*, en la que plantea la idea de que los evangelios son relatos míticos, al contener elementos que no pueden explicarse racionalmente. Éstos no surgen desde la necesidad de falsificación, sino para expresar desde una mentalidad precientífica y prefilosófica ideas teológicas en estilo narrativo. Por tanto, hay que considerarlos como libros de teología y de fe, sin ningún valor histórico. <<

[46] En francés en el original: «el colofón de la obra». <<

[47] En francés en el original: «retiro espiritual». <<

[48] En francés en el original: «Señora, tengo el honor de presentarle mis respetos». <<

[49] En francés en el original: «Oh, es usted el marqués…, estoy encantada». <<

[50] En inglés en el original: «Le deseo una buena mañana, Lord Chesterfield». <<

[51] En inglés en el original: «Oh, ¿cómo está? Una mujer muy distinguida, su emperatriz». <<

[52] Adelina Patti (1843-1919), soprano italiana, prototipo de la *prima donna*, fue considerada la cantante más brillante de su tiempo. <<

[53] Término húngaro que designa una vasta extensión de llanura esteparia. <<

[54] Teatro vienés fundado en 1847, dedicado fundamentalmente a la ópera bufa y a la opereta. Por dificultades económicas, cerró en 1929. <<

[55] Pseudónimo del poeta austriaco y político liberal Anton Alexander, conde de Auersperg (1806-1876). <<

[56] Referencia al palacio imperial Hofburg en Viena, residencia de los soberanos austriacos. <<

[57] *Die Presse*, diario conservador, editado en Viena de 1848 a 1896. <<

[58] *Fremden-Blatt*, diario austriaco, editado en Viena entre 1847 y 1919, a partir de 1866 con dos ediciones: una de mañana y otra de tarde. Entre 1863 y 1874 su editor fue Gustav Heine von Geldern (hermano de Heinrich Heine), con el que Bertha von Suttner estuvo comprometida. <<

[59] En francés en el original: «hecho consumado». <<

[60] En inglés en el original: «poner una trampa retórica para conseguir un cumplido». <<

[61] Apodo del príncipe Cristián IX de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Glücksburg (1818-1906), quien, a través del llamado Protocolo de Londres del 8 de mayo 1852, heredó la monarquía danesa en 1863. <<

[62] A los pocos días de subir al trono, Cristián IX se vio obligado por la presión popular a redactar la llamada Constitución Jurada de Dinamarca, por la que, entre otras medidas legislativas, se proclamó la anexión de los ducados de Schleswig, Holstein y Lauenburg, territorios que causaban constantes litigios entre Dinamarca y los estados alemanes del norte por su posesión. Seguidamente, los ducados alemanes protestaron ante tal medida, y la protesta la encabezó Friedrich von Augustenburg (1829-1880), quien apeló directamente a la Dieta de Fráncfort. Apoyado por Austria y Prusia, Friedrich montó un impresionante ejército de 70 000 hombres que invadieron los territorios en litigio el 1 de febrero del año 1864. Ante semejante acto de fuerza, Dinamarca renunció a la soberanía de dichos ducados. <<

[63] El Tratado de Ribe (Jutlandia), firmado el 5 de marzo de 1460 entre el rey Cristián I de Dinamarca y los nobles alemanes de Schleswig y de Holstein, ratificaba que ambos ducados pasaran durante cuatro siglos a formar parte de la corona danesa. La frase más famosa de este tratado, en bajo alemán *up ewig ongedeelt*, significa que Schleswig y Holstein siempre deberán permanecer unidos. Esta frase, sacada de su contexto, inspiró el nacionalismo alemán durante el siglo XIX. <<

[64] En latín en el original: «[creo en ello] porque es absurdo». <<

[65] En francés en el original: «toque de diana». <<

[66] Ulrich von Hutten (1488-1523), humanista alemán que apoyó a Lutero en su crítica al clero y a la tutorización de la nación alemana por la curia romana. <<

[67] Palacio barroco que se encuentra en Viena, en el sitio de un antiguo coto de caza. Fue la versión más sencilla de los planes que presentó Johann von Erlach al emperador Leopoldo I. Concluido en 1713 no se llevó a cabo la idea inicial de construir un palacio de mayores dimensiones que el de Versalles. Fue residencia de los Habsburgo hasta el final de la Monarquía. <<

[68] Vincent Benedetti (1817-1900), embajador francés en Berlín. <<

[69] En latín en el original: el equívoco de tomar a una persona o cosa por otra. <<

[70] El llamado *Meerumschlungen-Lied* es un himno de 1844 en el que se desea la unidad y la independencia de un Schleswig-Holstein alemán. <<

[71] «Pueblos de Schleswig-Holstein, de igual raza, / echad a los prusiano del país». <<

[72] Alexander Graf von Mensdorff-Pouilly (1813-1871), desde 1868 primer príncipe von Dietrichstein zu Nikolsburg, estadista y ministro de Asuntos Exteriores de Austria. <<

[73] Otto Paul Julius Gustav, conde von Blome (1829-1906), diplomático alemán al servicio de Austria. Artífice de las negociaciones entre Prusia y Austria celebradas el 14 de agosto de 1865 en Gastein. <<

[74] En latín en el original: «causa de guerra». <<

[75] Ludwig Karl Wilhelm von Gablenz (1814-1874), general de la caballería austriaca. <<

[76] En la mitología griega, Hidra era un antiguo y despiadado monstruo acuático con forma de serpiente policéfala y aliento venenoso a la que Heracles mató en el segundo de sus doce trabajos. La Hidra poseía la virtud de regenerar dos cabezas por cada una que perdía o le era cortada. <<

[77] En latín en el original: «Si quieres la paz, prepara la guerra». <<

[78] Ludwig August Ritter von Benedeck dirigió el ejército imperial austriaco en la batalla de Königgrätz (1866). <<

[79] Ferdinand Cohen-Blind (1844-1866), estudiante alemán que perpetró un atentado frustrado contra Otto von Bismarck en 1866. <<

[80] «Chismorreos». <<

[81] Henri Dunant (Ginebra, 1828-Heiden, 1910) se encontraba en el campo de batalla de Solferino, en julio de 1859, en el momento en que comenzaban a llegar los heridos. Dunant ayudó a los dos médicos que se daban cuenta de la escasez de recursos con que contaban; el horror de lo que allí vio lo impulsó a realizar apremiantes gestiones con los diferentes gobiernos para conseguir la creación de una asociación destinada a ayudar a los heridos de guerra. En 1862 publicó su libro *Souvenir de Solférino (Un recuerdo de Solferino)*, que llegó a tener repercusión mundial. El 22 de agosto de 1864, la Convención de Ginebra creaba el Comité Internacional de la Cruz Roja. La nueva organización adoptó como emblema una cruz roja sobre fondo blanco, es decir, la misma bandera, pero con los colores invertidos, que la de su país, Suiza. Henri Dunant fue pronto olvidado. Hacia el final de su vida, en 1901, obtuvo el Premio Nobel de la Paz. <<

[82] Referencia a la brigada del teniente general Ferdinand Poschacher von Poschach (1819-1866), el que sería el trágico héroe de la batalla de Königgrätz. <<

[83] En checo Klimkovice, pequeña ciudad en la región de Silesia al este de la República Checa. <<

[84] «Schneidergesellen» en el original, denominación satírica para los soldados en la fortificación fronteriza (*Landwehr*) prusiana, que por su edad no podían cumplir servicio en la infantería, pero que en periodos bélicos eran llamados a empuñar las armas. <<

[85] Periódico fundado en 1703 con el nombre *Wiennerisches Diarium*. Es el periódico más antiguo que aún sigue publicándose en el mundo. <<

[86] Nobles hacendados en las tierras alemanas del Norte. <<

[87] Helmuth von Moltke (1800-1891) era jefe del Estado Mayor y en 1866 dirigía las operaciones del ejército prusiano durante la guerra contra Austria en Bohemia. Albrecht von Roon (1803-1879), ministro de la guerra prusiano desde 1859. <<

[88] Periódico de tendencia liberal editado en Fráncfort de 1866 a 1943. <<

[89] En alemán en el original, se corresponde a la actual ciudad checa de Česká Třebová, en Bohemia Oriental. <<

[90] Bebida hecha con agua caliente azucarada mezclada con ron, generalmente. <<

[91] En latín en el original: «para mayor gloria de la patria». <<

[92] Florence Nightingale (1820-1910), enfermera y escritora británica, considerada una de las pioneras de la enfermería moderna. Se hizo célebre por sus trabajos pioneros en la asistencia a los heridos durante la guerra de Crimea. Su trabajo fue fuente de inspiración para Henri Dunant. Nightingale sentó las bases de la profesionalización de la enfermería. El Día Internacional de la Enfermería se celebra en la fecha de su nacimiento (12 de mayo). <<

[93] Alusión a la I Convención de Ginebra (1864) que comprendía el *Convenio para aliviar la suerte que corren los heridos y enfermos en las fuerzas armadas en campaña*. Esta Convención contenía las propuestas humanitarias de Henri Dunant. <<

[94] Sadowa o Sadová, nombre en checo de Königgrätz. <<

[95] En francés en el original: «sálvese quien pueda». <<

[96] Nombre alemán de la ciudad de Moravia (Mikulov). En ella, el conde Károlyi comenzó a negociar la paz tras la guerra Austro-Prusiana y su redacción final fue el Tratado de Praga de 1886. Austria tuvo que ceder el Véneto a Italia y sus derechos sobre Schleswig-Holstein a Prusia. <<

[97] Actualmente Vis, en Croacia. <<

[98] Wilhelm von Tegetthoff (1827-1871), almirante en jefe de la armada austriaca durante la guerra de 1886, obtuvo una completa victoria sobre la flota italiana en la costa dálmata. <<

[99] Ludwig Büchner (1824-1899), hermano del dramaturgo Georg Büchner, divulgó en sus escritos científicos y filosóficos las teorías de Darwin, y llegó a ser el máximo exponente del materialismo científico del siglo XIX. <<

[100] En francés en el original: «Muerto por el enemigo». <<

[101] *La Dame blanche* (1825), ópera del compositor francés François-Adrien Boïeldieu (1775-1834). <<

[102] Famosa composición orquestal compuesta por Johann Strauß (padre) en 1848. <<

[103] El popularmente conocido como *Pickelhaube* es un casco de cuero rematado con adornos metálicos brillantes y el célebre pincho de metal que era puramente decorativo. Fue creado en 1842 y lo adoptaron primero el ejército, los bomberos y la policía prusiana; su uso se fue extendiendo paulatinamente a otros Estados alemanes, y ejércitos de otras naciones adoptaron también este tipo de casco. <<

[104] Linaje de príncipes alemanes originario de Turingia. <<

[105] Denominación dada por los portugueses a los indígenas pertenecientes a grupos de diversas filiaciones lingüísticas y regiones geográficas, debido al uso de discos («botoques») labiales y auriculares. Vivían desde el sur del actual estado brasileño de Bahia hasta el norte de Espírito Santo y la región del valle del río Doce. Todavía existen botocudos en las cuencas de los ríos Mucuri y Pardo. <<

[106] Catherine Schneider, conocida como Hortense (1833-1920), fue una famosa soprano francesa, figura de las operetas de Jacques Offenbach (1819-1880), entre ellas *La Belle Hélène*, *Barbe Bleue* y *La Périchole*. A la muerte de Offenbach, se retiró de los escenarios. <<

[107] En francés en el original: «allá en Bohemia». <<

[108] Christoph August Tiedge (1791-1813), poeta alemán. Ludwig van Beethoven sostuvo durante años correspondencia con él y puso música a algunos de sus textos. <<

[109] *Flotte Bursche*, opereta de Franz Suppé (1819-1895) estrenada en Viena en 1863. <<

[110] Publicistas franceses. <<

[111] Karl Menzel (1835-1897), historiador alemán. <<

[112] Heinrich Leo (1799-1878), historiador y político prusiano conservador. <<

[113] Eduard Simon (1810-1899), jurista y político, figura destacada de los liberales nacionalistas de Prusia y presidente del Parlamento de la Alemania del Norte, fundado en 1867. <<

[114] Federico Guillermo de Hohenzollern (1831-1888) fue el emperador de Alemania y rey de Prusia (durante 99 días), siempre en conflictos con la política de su padre y de Bismarck. El cáncer de laringe que padecía acabó con su vida y no pudo llevar a la práctica las reformas liberales que durante años las fuerzas progresistas habían estado esperando. <<

[115] Referencia a la Exposición Universal de París de 1897. <<

[116] El condensado proyecto de paz que aquí se ofrece procede de Maximilien de Béthenu, duque de Sully, elaborado entre 1617 y 1638, pero atribuido al rey de Francia Enrique IV (1553-1610). <<

[117] François Ravaillac (1578-1610) fue el asesino de Enrique IV. En París trabajó como maestro de primeras enseñanzas. Decía sufrir visiones en las que Dios le decía que debía salvar a Francia de los herejes hugonotes, para ello debía convencer a Enrique IV para que guerreara contra los herejes. Con esta idea, pretendió tener un encuentro con el rey. Merodeaba en torno al Louvre e intentó en tres ocasiones verle, pero los guardias no le permitían la entrada. Al no poder comunicarse con el rey, la idea de asesinarlo se abrió paso en su mente. <<

[118] William Penn (1644-1718) es el fundador de una colonia de cuáqueros en Pensilvania (1681). Su obra tiene el título *Essay on the Present and Future Peace of Europe*. <<

[119] *La paix perpétuelle* de Charles-Irénée Castel, abad de San Pedro (1658-1743). <<

[120] Honoré Gabriel Riquetti (1749-1791), conde de Mirabeau, fue un revolucionario francés, escritor, diplomático, periodista y político. Se le conoció por los sobrenombres de «el orador del pueblo» y «la antorcha de Provenza» (región en la que fue elegido diputado por primera vez). Figura polémica de destacada oratoria, especialmente en el Parlamento francés. <<

[121] Representantes de los socialistas utópicos: Charles Fourier (1772-1837) y Claude Henry de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825). <<

[122] Pierre-Jean de Béranger (1780-1857) fue un poeta y autor de canciones francés. La temática de sus obras es de contenido político. <<

[123] Alphonse Lamartine (1790-1869), poeta y político, fue nombrado, tras la Revolución de 1848 en París, miembro del gobierno provisional de la República y ministro de Asuntos Exteriores. <<

[124] Eliu Burritt (1810-1879) viajó desde 1847 por Europa propagando las ideas pacifistas. <<

[125] Johann Kaspar Bluntschli (1808-1881), abogado del Estado y político suizo, autor de un libro titulado *Das moderne Völkerrecht (El Derecho internacional moderno)*, aparecido en 1868. <<

[126] Lucie-Simplice-Camille-Benoît Desmoulins (1760-1794) fue uno de los personajes más destacados durante la Revolución Francesa. Sus ataques a su amigo Robespierre le llevaron a la guillotina. <<

[127] Arsène Houssaye (1815-1896), periodista, escritor y crítico literario francés. Los bailes de máscaras en su casa se hicieron célebres. <<

[128] Adelina Patti, soprano italiana (1843-1919). Prototipo de la *prima donna*, fue considerada la cantante más brillante de su tiempo y fue sin duda la soprano más notable del último cuarto del siglo XIX. <<

[129] Charles Frederick Worth (1826-1895) fue un diseñador de modas nacido en el Reino Unido, pero afincado en París. Es considerado el padre de la alta costura. Esta afirmación se debe a que fue pionero a la hora de firmar sus diseños, al igual que hacían artistas de otros campos como la pintura o la literatura. Año tras año creaba una nueva colección, algo que no se había hecho hasta el momento. <<

[130] En francés en el original: «señora baronesa, la mesa está servida…». <<

[131] En francés en el original: «gran vida». <<

[132] En francés en el original: «Hay que hacer algo grande». <<

[133] Denominación ligada al modo del enganche de los caballos en un carruaje; los coches enganchados *à la Daumont* están conducidos por postillones, y se caracterizan por la ausencia de asiento de cochero (pescante) y por un timón o lanza curva. <<

[134] Émile Ollivier (1825-1913), diputado francés republicano y ministro de Justicia. <<

[135] Hippolyte Taine (1828-1893), filósofo, crítico e historiador francés; es considerado uno de los principales teóricos del Naturalismo. <<

[136] Ernest Renan (1823-1892), escritor, filósofo e historiador francés; publicó en 1863 *La Vie de Jésus (La vida de Jesús)*. Desde el Racionalismo, siguió la corriente de la Escuela Liberal y contribuyó con su obra a la llamada Búsqueda del Jesús histórico. Esta publicación le valió ser expulsado del Collège de France y el epíteto de «blasfemo europeo» por parte del papa Pío IX. Renan se atrevió a tildar a Jesús de Nazaret de «anarquista». <<

[137] En francés en el original: «¡Tendremos guerra!». <<

[138] En francés en el original: «Solamente al pensar en la palabra “guerra” me sobrecoge el espanto, como si me hablasen de hechicerías, de inquisición, de cosas lejanas, olvidadas, abominables, contra la naturaleza». <<

[139] Juan Prim y Prats (1814-1870), conde de Reus, marqués de los Castillejos y vizconde del Bruch, militar y político liberal español que llegó a ser presidente del Consejo de Ministros de España. Tras la Revolución de 1868 se convirtió en uno de los hombres más influyentes en la España del momento; patrocinó la entronización de la Casa de Saboya en la persona de Amadeo I. <<

[140] Antoine Alfred Agénor, duque de Grammont (1819-1880), se convirtió en ministro de Exteriores de Francia en 1870; utilizó la cuestión a la sucesión del trono de España para provocar la guerra contra Prusia. <<

[141] Émile de Girardin (1806-1881), periodista, publicista y hombre político francés. Teorizador del doble mercado, es el fundador del diario parisino *La Presse*. <<

[142] Véase nota 132. <<

[143] En efecto, unos 2000 o 3000 trabajadores presentaron un manifiesto ante la Asamblea Popular de Chemmitz el 16 de julio de 1870. La presencia del político y cofundador del Partido Socialista alemán Wilhelm Liebknecht (1826-1900) está documentada, aunque no si llegó a firmar el citado manifiesto. <<

[144] Embajador español en París. <<

[145] Clément Aimé Jean Duvernois (1836-1879), periodista y político francés. Fue ministro de agricultura y comercio durante el corto espacio de tiempo del 10 de agosto de 1870 al 4 de septiembre de 1870, bajo el gobierno de Charles Cousin-Montauban. <<

[146] Adolphe Thiers (1837-1891), historiador y político, miembro de la Cámara desde 1863, era el portavoz de la oposición al gobierno de Napoleón. <<

[147] Marie Constance Sasse [Sax, Saxe, Sass] (1834-1907), cantante soprano belga. Entre 1860 y 1870 fue la estrella de la Ópera de París. <<

[148] Estos sucesos dieciocho años más tarde fueron enjuiciados tal como escribe el general Boulanger (véase *infra*) en su obra sobre la campaña de 1870: «Après avoir obtenu une satisfaction légitime, nous avons voulu imposer une humiliation au roi de Prusse; en sommes venus à prende une attitude diplomatique agressive, presque inconsciente. La renonciation formelle du Prince Leopold de Hohenzollern nous était acquise, nous avions en outre l'assentiment du roi de Prusse à cette renonciation. La réparation était suffisante car elle demeurait sur le domaine respectif des intérêts de le France, des droits de le France et des obligations du chef de le famille Hohenzollern. Nous devions nous en tenir là. Notre gouvernement poussa plus loin. Il voulut un engagement catégorique du roi Guillaume pour l'avenir. En portant si haut ses prétentions il déplaçait l'objet et le terrain du litige. Il en faisait une provocation directe au souverain de la Prusse» («Después de obtener una satisfacción cumplida, quisimos imponer una humillación al rey de Prusia llegando a adoptar actitudes diplomáticas agresivas y casi desatentadas. Contábamos con la renuncia formal del príncipe Leopold de Hohenzollern, y con la conformidad del rey de Prusia a la renuncia. La reparación era suficiente, porque dejaba a salvo los intereses de Francia y los derechos del jefe de la familia de los Hohenzollern. Nunca debimos exigir más, pero nuestro gobierno fue más lejos, exigió que el rey Guillermo adquiriese un compromiso categórico para el futuro. Pretensiones tan arrogantes desnaturalizaban el objeto y el terreno del litigio: eran una provocación directa al soberano de Prusia»).

Georges Boulanger (1837-1891), general francés que lucho en la guerra franco-prusiana, en 1886 fue ministro de la guerra y unos de los líderes en pro de la revancha. Su obra en tres volúmenes *L'invasion allemande* (1888-1890) se atribuye, sin embargo al historiador militar Hippolyte Barthélemy. <<

[149] En francés en el original: «El Dios de los ejércitos». <<

[150] Reserva territorial (militares no regulares de tercera clase). <<

[151] Charles-Guillaume-Marie-Apollinaire-Antoine Cousin-Montauban, conde de Palikao (1796-1878), general y estadista francés al mando de las tropas francesas en la segunda guerra del Opio en China; recibió el título por su destacado papel en la batalla de Palikao. <<

[152] François Achille Bazaine (1811-1888), mariscal de Francia. Sirvió en la guerras de Argelia, Crimea y en México. Sin embargo, es más conocido por su fracaso como comandante en jefe del ejército del Rin y por haber contribuido a la derrota francesa en la guerra franco-prusiana de 1870. <<

[153] En francés en el original: «allí». <<

[154] Louis Jules Trochu (1815-1896), general francés, al comienzo de la guerra gobernador de París. <<

[155] En francés en el original: «la ciudad-luz», es decir, la ciudad de la Ilustración. <<

[156] En francés en el original: «con agrado». <<

[157] En francés en el original: «bomberos». <<

[158] En francés en el original: «voluntarios, exploradores, francotiradores». <<

[159] En francés en el original: «muerte a los prusianos». <<

[160] En francés en el original: «odio sagrado al enemigo». <<

[161] Esta palabra, creación de Alexandre Dumas hijo, fue definida por su autor del modo siguiente: «Asentemos, pues, aquí para los diccionarios futuros, que la palabra *demi-monde* no representa como se cree y como se la imprime la barahúnda de las cortesanas, sino la clase de las desclasificadas. El *demi-monde* está separado de las mujeres honestas por el escándalo público y de las cortesanas por el dinero». El uso, contra el deseo del inventor de la palabra, confunde a las mujeres del *demi-monde* precisamente con aquellas de las que Dumas quería separarlas. <<

[162] Antigua moneda francesa, procedente del *solidus* romano, que designaba la moneda de 5 céntimos hasta principios del siglo XX y cuyo nombre ha sobrevivido en la lengua a la decimalización de 1795. Todavía está hoy presente en muchas expresiones francesas que se refieren a dinero. <<

[163] El 2 de septiembre de 1870 capitula el Ejército francés a través del mariscal Mac-Mahon tras la batalla de Sedán. Entre los 83 000 prisioneros se encontraba también el emperador Napoleón III. <<

[164] Jules Favre (1809-1880), diputado desde 1858 y uno de los líderes que demandó la deposición del emperador. Se declaró en contra de la guerra de 1870 y desde la revolución del 4 de septiembre ocupó el ministerio de Asuntos Exteriores durante el Gobierno de Defensa Nacional. <<

[165] En francés en el original: «el Mediodía [es decir, el sur de Francia] se levanta». <<

[166] En francés en el original: «¡Muerte, muerte al prusiano!». <<

[167] Referencia al breve movimiento insurrecto que gobernó París desde el 18 de marzo hasta el 28 de mayo de 1871, y que instauró un proyecto político popular autogestionario que para algunos autores se asemejó al anarquismo o al comunismo. Tras la derrota y derrumbe del gobierno de Napoleón III en la guerra Franco-Prusiana (1870-1871), París fue sometida a un sitio de más de cuatro meses (19 de septiembre de 1870-28 de enero de 1871). Debido a que París no aceptó rendirse, la nueva Asamblea Nacional y el gobierno provisional de la República, presidido por Adolphe Thiers, prefirieron instalarse en Versalles y desde ahí doblegar a la población rebelde. El vacío de poder en París provocó que la milicia ciudadana, la Guardia Nacional Francesa, se hiciera de forma efectiva con el poder para asegurar la continuidad del funcionamiento de la administración de la ciudad. Se beneficiaron del apoyo y de la participación activa de la población obrera descontenta, del radicalismo político muy extendido en la capital que exigía una república democrática. Al intentar el gobierno arrebatarles el control de las baterías de cañones que habían comprado los parisinos por suscripción popular para defender la ciudad, éstos se alzaron en armas. Ante esta rebelión, Thiers ordenó a los empleados de la administración evacuar la capital, y la Guardia Nacional convocó elecciones para el consejo municipal, que fue copado por radicales republicanos y socialistas. La Comuna gobernó durante sesenta días promulgando una serie de decretos revolucionarios, como la autogestión de las fábricas abandonadas por sus dueños, la creación de guarderías para los hijos de las obreras, la laicidad del Estado, la obligación de las iglesias de acoger las asambleas de vecinos y de sumarse a las labores sociales, la remisión de los alquileres impagados y la abolición de los intereses de las deudas. Muchas de estas medidas respondían a la necesidad de paliar la pobreza generalizada que había causado la guerra. Sometida casi de inmediato al asedio del Gobierno provisional, la Comuna fue reprimida con extrema dureza. Tras un mes de combates, el asalto final al casco urbano provocó una fiera lucha calle por calle, la llamada Semana Sangrienta, del 21 al 28 de mayo. El balance final fue de unos 30 000 muertos y el sometimiento de París a la ley marcial durante cinco años. <<

[168] El nombre se utilizaba para referirse a las mujeres que empleaban el petróleo para provocar incendios durante la Comuna de París. <<

[169] Dios de los fenicios. Generalmente se representa a Moloch como una figura humana con cabeza de carnero o becerro, sentado en un trono y con una corona u otro distintivo de realeza, como un báculo. Los sacrificios preferidos por Moloch eran los niños, especialmente los bebés. En los templos en los que se le rendía culto se encontraba una enorme estatua de bronce del dios. Dicha estatua estaba hueca, y la figura tenía la boca abierta y los brazos extendidos, con las manos juntas y las palmas hacia arriba, dispuesto a recibir los sacrificios. Dentro de la estatua se encendía un fuego que se alimentaba continuamente durante los sacrificios. En ocasiones, los brazos estaban articulados, de manera que los niños se depositaban en las manos de la estatua, que por medio de unas cadenas se levantaban hasta la boca, introduciendo a la víctima dentro del vientre incandescente del dios. <<

[170] Helmuth Karl Bernhard, conde Von Moltke (1800-1891), mariscal de campo alemán cuyo genio militar ayudó a convertir Prusia en el estado hegemónico en Alemania. Bajo su dirección, Prusia derrotó a Dinamarca en 1865, a Austria en 1866 y a Francia en 1870. <<

[171] Referencia a las *Alabama Claims*, la serie de demandas pecuniarias exigidas por el gobierno norteamericano a Gran Bretaña después de la guerra civil. El embajador estadounidense Charles Francis Adams reclamó que los ingleses debían responsabilizarse por los daños ocasionados y pidió mediación. Pero el primer ministro británico Lord Palmerston rehusó conceder cualquier tipo de indemnización. Después de su fallecimiento, el primer ministro William Gladstone aceptó transigir. En mayo de 1871, las partes firmaron el Tratado de Washington, el cual establecía ciertas obligaciones de guerra para los supuestos neutrales. En el tribunal de arbitraje de Ginebra tuvo lugar así el primer esbozo del derecho internacional público. <<

[172] Referencia a la llamada Crisis de las Carolinas, que enfrentó en 1885 a España con el Imperio alemán por la posesión del archipiélago de las Carolinas en el océano Pacífico, aunque la situación no degeneró en un conflicto abierto. España propuso el arbitraje papal, el pontífice emitió un laudo, firmado como Protocolo en Roma por ambas potencias el 17 de diciembre de 1885. Según éste, España conseguía la soberanía sobre el archipiélago pero concedía al Imperio alemán la libertad de comercio, navegación y pesca, y las islas Marshall, así como la explotación de establecimientos agrícolas. Por otra parte, se concedía una estación naval y un depósito de carbón a la marina alemana. <<

[173] Asociación para el Arbitraje Internacional y la Paz

Londres

41, Outer Temple

Julio 1889

Señora:

Me ha hecho usted el honor de preguntarme en qué estado se halla actualmente la gran cuestión a la que consagro mi vida. He aquí mi respuesta: En ninguna época de la Historia ha hecho concebir esperanzas tan halagüeñas la causa de la paz. Todo induce a pensar que, al fin, va a terminar la larga noche de muerte y de ruina. Nosotros, los que nos hemos colocado sobre la cumbre de la montaña, creemos distinguir los primeros resplandores del reinado de Dios sobre la tierra. Parecerá extraño que hable así en el momento actual, cuando el mundo ve aterrado el número de hombres armados, cuando se estremece ante los espantosos medios de destrucción inventados y puestos al servicio de la obra maldita; pero precisamente cuando los males alcanzan su intensidad máxima es cuando está más próxima su terminación. El exceso de gastos que originan esos armamentos desmedidos produce la consternación universal. No tardarán en alzarse pueblos y decir, unidos como un solo hombre, a sus gobiernos: «¡Libradnos, librad a nuestros hijos de la miseria que nos espera si las cosas siguen por la pendiente fatal en que las habéis colocado! ¡Librad del naufragio a la civilización y al progreso que, en el transcurso de los siglos, han realizado, en todos los órdenes, los esfuerzos de los sabios y de los grandes hombres! ¡Librad al mundo de un retroceso hacia la barbarie!».

Me pregunta usted que dónde están los indicios de esta aurora de días mejores. Permítame que a su pregunta conteste con otra: ¿No es un acontecimiento sin precedente en la Historia el congreso recientemente celebrado en París, en el cual los representantes de un centenar de sociedades han afirmado la necesidad de una inteligencia internacional, la urgencia de sustituir con un estado de justicia y de derecho el derecho actual de violencia y de injusticia? ¿No acabamos de ver a hombres de todos países elaborando, con verdadera unanimidad y entusiasmo, proyectos prácticos, encaminados a la consecución de un fin tan trascendental? ¿No hemos oído, por primera vez, en una reunión de representantes de los distintos parlamentos de Europa, expresar el deseo de que todas las naciones civilizadas cooperen a la creación de un tribunal arbitral que solucione sus diferencias? Además, esos representantes han adoptado el acuerdo de reunirse una vez al año en cualquier

capital de Europa, para examinar los conflictos y divergencias que puedan surgir, e influir acerca de los Gobiernos para lograr soluciones equitativas y pacificas. El pesimismo más castigado por los desengañados habrá de rendirse a la evidencia y reconocer en breve que hay signos reconfortantes y esperanzas de que la guerra ha de ser considerada en breve como la mayor de las locuras que ofrece la historia de la humanidad.

Sírvase aceptar, señora, la seguridad de la consideración más distinguida de su humilde servidor.

Hodgson-Pratt. <<

[174] Manifiesto de Federico III en su corto reinado de 99 días. <<

[175] La máxima latina dice: *Si vis pacem, para bellum* («Si quieres la paz, prepara la guerra»); cfr. nota 75. <<